BRANDEBURGO

Glenn Meade

Título original: Brandenburg
Traducción: Alberto Coscarelli
1." edición: marzo 1995
(c) 1994 by Glenn Meade (c) Ediciones B, S.A., 1995 Bailen 84 - 08009 Barcelona (España)
Publicado originalmente por Hodder and Stoughton Limited
Printed in Spain ISBN: 84-406-5313-1 Depósito legal: BI. 1.128-1995
Impreso por GRAFO, S.A. - Bilbao
Fotografía de cubierta: Ramiro Elena
Realización de cubierta: Damiá Mathews

Plantear en una novela la posibilidad de un resurgimiento nazi en el mundo no es una novedad. Pero sí es radicalmente nuevo hacerlo con la mezcla exacta de fantasía y reflejo de la realidad. Glenn Meade ha sabido crear una trama apasionante en la que, a partir del hallazgo de una fotografía, se suceden vertiginosamente las sorpresas. Pura invención. Pero al mismo tiempo, nos proporciona una imagen tan lúcida de la Alemania reunificada que el lector no podrá evitar la sensación de que los hechos narrados podrían estar ocurriendo hoy mismo.

A mis padres, Tom y Carmel

Así que continuamos remando, los botes contra la corriente, arrastrados incesantemente hacia atrás, hacia el pasado.
F. SCOTT FITZGERALD,
El gran Gatsby

AGRADECIMIENTOS
Mi más sincero agradecimiento a todos aquellos que tanto en Europa como en Suramérica me prestaron su ayuda para documentar este libro y, en particular, deseo dar las gracias a las siguientes personas e instituciones:
En Berlín, al personal directivo del Berlín Document Centre, US Mission, y sobre todo al director David Marwell y al doctor Richard Campbell, que me permitieron el acceso a sus archivos; a Axel Wiglinsky,

director ejecutivo de la seguridad del Reichstag; al doctor Bose y a Hans-Christopa Bonfert del Senatsverwaltung für Inneres (Consejo administrativo del Interior) en Berlín; al Landsamt für Verfassungsschutz (Oficina para la protección de la Constitución) en Berlín, y al personal directivo del Wermacht Auskunftstelle (WAST).
En Viena, a la administración del cementerio central de Viena.
En Estrasburgo, a Jean-Paul Chauvet.
En Paraguay, a Carlos Da Rosa.
También quiero agradecer su colaboración a Janet Donohue, y al profesor Jim Jackson, del Trinity College, Dublín.
Algunas de las personas que me prestaron su ayuda, tanto en Europa como en Suramérica, han preferido permanecer en el anonimato: a ellos, mi gratitud. Por último, quiero expresar mi agradecimiento a mi editor, George Lucas, de Hodder y Stoughton, por su profesionalizad, ilimitado entusiasmo, y compromiso con este libro. Y también a Bill Massey por su perspicacia y sus valiosísimos consejos.

PRÓLOGO

Era verano y el sol resplandecía sobre el agua azul, pero la playa estaba desierta. El joven doctor sostuvo la mano del niño mientras esperaban en el portón de la casa: el niño temblaba de miedo pero no lloraba.

Cuando vieron el pequeño Austin gris que se acercaba por el estrecho sendero arenoso, el corazón del niño palpitó con fuerza. Su mamá llevaba un vestido de algodón azul brillante; estaba muy guapa, pero cuando se bajó del coche y se quitó las gafas oscuras, él vio huellas de lágrimas en sus ojos castaños.

Mientras la mujer caminaba hacia ellos, el niño se soltó de la mano del doctor y corrió a echarse en los brazos de su madre. Olió su perfume, sintió el amor que parecía volcarse sobre él y casi en el acto comenzó a sentirse mejor. Se aferró al vestido de algodón cuando ella se agachó para besarle.

-No pasa nada, Joseph. Mamá está aquí. No pasa nada.

El joven doctor se acercó con la mano extendida.

-Señora Volkmann, soy el doctor Rhys. ¿Puedo hablar con usted?

El niño vio que su madre miraba hacia la pequeña casa blanca cercana a la playa. Había una ventana abierta, con las brillantes cortinas verdes agitadas por la brisa marina: sin embargo, la ventana del dormitorio donde dormía su padre permanecía cerrada. El jardín, diminuto, estaba cubierto de flores, y detrás de las cortinas hinchadas por la brisa, el niño vio el Steinway lustroso, y las fotografías con marcos de plata sobre la repisa de la chimenea.

Su madre miró al doctor.

-¿Mi marido... cómo está?

Le he administrado un calmante. Dormirá al menos durante ocho horas.

La mujer apretó con fuerza la mano del niño como si quisiera darle ánimos, y los tres caminaron hacia la playa. Las olas se estrellaban contra las rocas y el sol reverberaba sobre la playa de piedras.

-Está bastante mal -comentó el doctor mientras caminaban-. Por eso la he llamado. -El doctor sonrió al niño-. Este jovencito ha sido muy valiente. Corrió hasta el pueblo para ir a buscarme a la casa del doctor Mansfield. -El hombre palmeó la cabeza del niño-. Háblame de su marido, señora Volkmann. ¿Desde cuándo tiene este problema?

-¿El doctor Mansfield no se lo dijo?

El doctor negó con la cabeza.

-No. Está de vacaciones. Yo soy el suplente. Pero si ocurre otra vez quiero estar preparado.

Llegaron a la playa y el choque de las olas contra las rocas y los cantos rodados le ensordeció. El doctor se sentó en una duna.

La madre del niño se sentó a su lado. Rebuscó en el bolso, sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno con dificultad: el niño vio entonces la expresión de cansancio y la palidez de su rostro.

-Lo padece desde hace mucho tiempo. Va y viene -explicó la mujer.

-¿Qué se lo provoca?

-Un artículo en el periódico. Algo que dicen en la radio o en la televisión. Algunas veces incluso el cambio de clima, o de estación. Después se agudiza y entonces se hunde como una piedra.

-No lo entiendo -comentó el doctor, preocupado-. ¿Cuál es la causa del problema, señora Volkmann?
Entonces se produjo otro golpe de las olas; el niño no pudo escuchar las palabras de su madre porque la voz se perdió en el estruendo del agua y el rodar de guijarros. Cuando su madre acabó de hablar, el niño vio la expresión de horror en el rostro del doctor.
-Dios mío... No tenía idea. Qué terrible. -Durante un buen rato pareció quedarse sin palabras y después añadió-: Supongo que habrá acudido a algún especialista.
-Doctor, se pueden racionalizar los recuerdos, pero es imposible borrarlos. Se lo dice alguien que sabe bien de qué habla.
-Pero usted lo superó, y no me cabe duda de que su experiencia fue igual de traumática.
Su madre meneaba la cabeza.
-Lo superé, sí. Pero lo que le hicieron a mi marido no se puede describir.
-Lo siento, perdóneme. Sólo deseaba poder ayudarle de alguna manera.
-No puede, créame. Pero le agradezco su interés. -Sus ojos castaños miraron orgullosos al niño-. Joseph sí que lo ha hecho. -Su madre miró al doctor-. Tener un hijo ha sido de gran ayuda para los dos.
De pronto el doctor perdió su aire profesional y pareció muy joven. Una vez más las olas se estrellaron contra la costa rocosa y, después, se hizo un silencio muy largo. Miró incómodo a la madre del niño, como si no supiera qué decir.
-Cuando llamé al auditorio, el director me dijo que probablemente usted suspendería la actuación de esta noche. Debe de ser muy difícil. Quiero decir... en la situación en que se encuentra su marido.
-No tanto. Pero cuando ocurre, Joseph y yo nos arreglamos.
-Asistí a uno de sus conciertos en Londres. Disfruté mucho, señora Volkmann.
-Es usted muy amable. Gracias. Y gracias por atender a mi marido.
El doctor se levantó lentamente y se sacudió la arena de los pantalones.
-Creo que ya es hora de que me marche. Si se vuelve a encontrar mal déle un par de estas pastillas. -Sacó un frasco del bolsillo y se lo dio-. Le permitirán descansar como mínimo durante unas ocho horas. Pero no dude en llamarme si me necesita. Buenos días, señora Volkmann.
El doctor le estrechó la mano y el niño lo miró mientras se encaminaba hacia su coche. Entró en el vehículo y se alejó por el sendero.
Cuando se volvió, su madre lanzó la colilla contra las olas. Miraba el mar y la expresión de su rostro era triste.
-Mamá...
-¿Qué pasa, cariño?
-¿Qué le hicieron esos hombres a papá?
Su madre le miró, y entonces los ojos castaños se llenaron de lágrimas y ella le estrechó contra su cuerpo.
-Algo muy malo, Joseph. A tu padre le ocurrió algo terrible. Por esa razón siempre debemos ayudarle. Por eso necesita tanto de nuestro amor.
La madre le apretó muy fuerte contra su pecho y el niño preguntó:
¿Esos hombres también te hicieron daño a ti, mamá? Su madre le miró a la cara; después volvió la cabeza, y le abrazó todavia más fuerte. El niño supo que seguía llorando y escuchó el dolor en su voz cuando respondió a la pregunta.
Sí, Joseph. También me hicieron daño.
El niño se apartó, miró a su madre y levantó una mano para tocarle el rostro.
Los hombres que os hicieron daño, nunca más volverán a hacéroslo. Yo os cuidaré, mamá.
Su madre se enjugó las lágrimas y le sonrió, y entonces la voz de ella sonó idéntica a la de su padre cuando estaba triste. Como si la sonrisa y su alegría pudieran borrar las cosas malas que le habían ocurrido a ella y a su padre. La mujer se rió.
-Desde luego que sí, amor mío. -Le apartó el pelo de la frente, le besó y volvió a enjugarse las lágrimas mientras se ponía de pie-. Ahora ven, Joseph. Tenemos que cuidar a papá.
El niño tendió la mano a su madre, ella la asió con fuerza y dejó que él la condujera hacia la casa.

PRIMERA PARTE

1

Asunción, Paraguay, América del Sur

Cuando los doctores del hospital privado de San Ignacio le dijeron a Nicolás Tsarkin que iba a morir, el viejo asintió malhumorado, esperó hasta que los hombres se hubieron marchado, se vistió y, sin decir palabra, abandonó el hospital.

Subió a su Mercedes y condujo hasta la esquina de la calle1 Palma, tres manzanas más allá.

Aparcó el coche y anduvo la última manzana hasta el pequeño banco de la esquina. Entró por la puerta giratoria y le dijo al director que quería ver su caja de seguridad.

El director ordenó a uno de los empleados que acompañara al anciano hasta la cámara acorazada: después de todo, el señor Tsarkin era un cliente muy importante.

-Dígale que después se vaya. Quiero estar solo -le dijo Tsarkin con su tono cortante habitual.

-Desde luego, señor Tsarkin. Muchísimas gracias, señor Tsarkin. Una última reverencia del director y después--: Buenos días, señor Tsarkin.

Como siempre la actitud del director de traje azul irritó a Tsarkin, Pero esa mañana aún más, con tantas reverencias y sonrisitas.

"Buenos días. ¿Y qué tienen de buenos?"

Le acababan de comunicar que le quedaban menos de cuarenta y ocho horas de vida, y ahora mismo el dolor en el estómago era como una hoguera que le quemaba las entrañas. Se sentía débil, muy débil, a pesar de los calmantes para aliviar el dolor. ¿Qué motivos tenía para sonreír? ¿Qué tenía de bueno el día?

El último día de su vida, porque ahora sabía qué debía hacer.

Y, sin embargo, lo cierto era que Tsarkin tenía una extraña sensación de alivio: la mentira estaba a punto de acabar.

Se vio reflejado a sí mismo en las frías paredes de acero inoxidable mientras el empleado le acompañaba a la cámara acorazada. Tsarkin tenía ochenta y dos años, y hasta hacía apenas seis meses había aparentado diez menos: conservaba una figura atlética, tomaba comidas sanas, no fumaba, y casi nunca bebía. Todos aseguraban que llegaría a los cien.

Estaban equivocados.

El reflejo en la pared de acero le permitió verse tal cual era: flaco, demacrado, casi cadavérico, y la hemorragia en el estómago era tan fuerte que casi podía sentir cómo se le escapaba la vida. Pero a pesar del dolor y de los consejos de los médicos, tenía cosas importantes que hacer. Una vez concluidas, podría descansar en paz y para siempre.

A no ser que existieran realmente un Dios y un más allá, en cuyo caso tendría que pagar por sus pecados. Pero Tsarkin lo ponía en duda. Ningún dios le hubiera dejado vivir tanto tiempo y disfrutar de una vida tan rica y plena después de todo lo que había hecho. No, sencillamente te morías, así de sencillo: la carne se convertía en polvo y desaparecías para siempre, sin dolor, sin paraíso, sin infierno. Sólo la nada.

Confiaba en que así fuera.

El empleado abrió las rejas metálicas y le hizo pasar a la cámara acorazada. Era una habitación cuadrada, de seis metros por seis, silenciosa, con suelo de mármol. El hombre verificó el número de la llave, pasó un dedo por las cajas de acero brillante, instaladas en una de las paredes, y encontró la de Tsarkin. Sacó la caja, la abrió y la colocó sobre la mesa de madera pulida que había en el centro de la habitación; después, le entregó la llave y se marchó.

Tsarkin conocía el procedimiento: pulsaría el botón que había en la mesa cuando hubiera acabado. El empleado cerró con llave las rejas metálicas y subió las escaleras de mármol; entonces se quedó solo.

En la cámara reinaba la frialdad y el silencio de un depósito de cadáveres y eso lo hizo estremecer. "Muy pronto estaré allí -se dijo a sí mismo-. Muy pronto dejaré de padecer."

Mientras se sentaba arrastró la caja hacia él, insertó la llave y abrió la tapa; después sacó el contenido y desparramó los papeles sobre la mesa.

Allí estaba todo. Las escrituras de sus tierras, las claves de su pasado. Lo reconsideró por un momento, se olvidó de lo que debía hacer, y pensó en disfrutar una última orgía de indulgencia; pero en realidad no

había nada más que quisiera hacer. El dolor lo hacía todo insoportable y, además, ya había disfrutado bastante de todo lo que ofrecía la vida.
Recogió el contenido de la caja, lo clasificó en una pila y lo guardó en uno de los sobres grandes y viejos que contenían algunos de los papeles. Era un paquete bastante voluminoso. Después pulsó el timbre para llamar al empleado.
"Pronto -pensó Tsarkin, cuando oyó el eco de los pasos del empleado en la escalera-. Pronto se acabará todo."
Mientras cerraba la tapa de la caja de depósito, ahora vacía, oyó el ruido de la cerradura de las rejas metálicas. Dejó la llave sobre la mesa, recogió el sobre y se dirigió hacia la salida.
La casa estaba en la calle Iguazú, a las afueras de la ciudad. Blanca, grande y rodeada por una tapia muy alta, apenas sí se veía desde la calle. La parte más elegante de Asunción, y Tsarkin había podido pagarlo. Abrió las rejas de hierro forjado con el mando a distancia, siguió por el camino de asfalto y aparcó el Mercedes delante de la casa.
Respondió con un gruñido al saludo del mayordomo mestizo cuando éste le abrió la puerta. Fue al estudio revestido de madera y se encerró con llave. Allí dentro hacía calor, un calor sofocante. Se desabrochó los dos primeros botones de la camisa, mientras miraba el jardín bien cuidado, las palmeras y los molles al otro lado de la ventana. Era dueño de muchas propiedades en Asunción, además de tres fincas en el Chaco, pero esta casa siempre había sido su favorita.
Se sentó, vació el contenido del sobre encima del escritorio y comenzó a repasar la pila. Primero miró el pasaporte. Nicolás Tsarkin. Muy fino. Excepto por el hecho de que él no era Nicolás Tsarkin. Su verdadero nombre era otro. ¡Dios!, casi lo había olvidado, y cuando por fin lo pronunció, le sonó tan irreal que sonrió casi sin fuerzas. Tantos años de mentira. Dejó el pasaporte a un lado.
Hubo un tiempo en que le habían reclamado media docena de países. Había cometido actos terribles con aquel nombre olvidado. Infligido muertes atroces y torturas indescriptibles. Y, después de todo, a la hora de la verdad, era incapaz de soportar el dolor. Se reprochó a sí mismo: no era el momento de pensar.
"Hazlo."
Repasó los papeles. Documentos viejos y caducos, fragmentos de su pasado. Los leyó una vez más. Como en sus pesadillas, lo recordó todo: el terror helado en los rostros de sus víctimas, la sangre, la carnicería. Sin embargo, no se arrepentía.
Lo volvería a hacer. Sin ninguna duda.
Dejó los papeles a un lado, sacó varias hojas de papel en blanco y un sobre del cajón del escritorio y comenzó a escribir.
Quince minutos más tarde, cuando acabó, cerró el sobre y se lo guardó en un bolsillo. Después se acercó a la chimenea con los papeles de la caja en las manos, y construyó una pila sobre la parrilla.
Sacó una cerilla de la caja que estaba sobre la repisa, la encendió y les prendió fuego. Acto seguido, fue hasta la caja fuerte que había empotrada en la pared, apartó el cuadro que la ocultaba, y marcó la combinación.
Tomó los documentos que necesitaba, se aseguró de que no quedara ningún papel que pudiera delatar a nadie, y regresó junto a la chimenea para echar los documentos a las llamas hasta que no quedó nada, sólo cenizas negras. Removió las cenizas con el atizador.
Las llamas habían hecho bien su trabajo. Todo había desaparecido.
Una vez hecho esto, salió a la calle. Condujo hasta la estafeta de correos a cuatro manzanas de distancia, compró un sello y franqueó la carta por correo urgente. Regresó a la casa, aparcó el coche en el garaje, y se dirigió otra vez al estudio.
"Hazlo rápido", le dijo la voz en su cabeza.
No debía pararse a pensar. No debía pensar en el dolor. Del cajón del escritorio sacó un revólver Cok 45, comprobó que todas las recámaras estuvieran cargadas, y se metió el cañón en la boca contra el velo del paladar, dejando que los labios formaran un O perfecta alrededor del metal.
Apretó el gatillo.
Todo acabó en una fracción de segundo. Tsarkin no llegó a oír la explosión que le echó hacia arriba y hacia atrás, arrancándole la tapa de los sesos, mientras la bala se abría paso hacia la parte trasera del

cráneo, lanzando astillas de hueso y sesos ensangrentados que salpicaron las paredes blancas con manchas rojas y grises. La bala se incrustó en la madera, justo por debajo del techo.
Menos de un segundo de dolor primario.
En realidad, Nicolás Tsarkin no podía haber deseado una muerte más rápida e indolora.

2

Asunción, Paraguay Miércoles, 23 de noviembre

Rudi Hernández esperó a que a la muchacha le sellaran el billete en la mesa de embarque; observaba su figura con admiración mientras fumaba un cigarrillo. Aunque reinaba una gran actividad en el aeropuerto, repleto con los pasajeros del mediodía, mantuvo su mirada fija en ella.
"Eh, recuerda quién es", se dijo a sí mismo.
Pero no podía evitar contemplar aquellas piernas largas, bronceadas y sedosas, y aquel trasero firme y redondo que llenaba la estrecha minifalda roja.
La visión era exquisita y sonrió para sus adentros. Se trataba de su vena latina. Le gustaban las mujeres y no lo podía evitar. Pero sobre todo le gustaba Érica.
Cumplidos los trámites vio cómo se volvía y sonreía, mientras recogía el pasaporte, el billete y el bolso de mano. La muchacha se acercó a Rudi, y éste aplastó la colilla contra el suelo de mármol.
-¿Todo bien? -le preguntó Rudi con una sonrisa.
-Sí-contestó Érica-. Embarco dentro de quince minutos. ¿Tenemos tiempo de tomar un café?
-Claro.
Rudi cogió el bolso de la joven y la guió a través del vestíbulo hacia la cafetería. Encontró una mesa vacía, y pidió dos cafés y dos coñacs. Después de que el camarero les sirviera, Rudi observó a Érica tomar el café, y se preguntó si había llegado el momento de hablar, de manifestarle sus sentimientos.
-Rudi, hay algo que te preocupa, ¿verdad? ¿Es el reportaje?
Rudi Hernández estuvo a punto de negarlo, dispuesto a decirle no, "no el reportaje, sino, lo que siento por ti". La muchacha tenía veinticinco años, cinco menos que él, y cada vez que la veía después de una ausencia le parecía más hermosa. Se había cortado la melena rubia, cosa que realzaba la belleza de su rostro, sus elevados pómulos. También había engordado un poco desde la última vez que la había visto. Las caderas y los pechos más llenos, más femeninos. Ahora se maquillaba: lápiz de labios rosa, sombra de ojos azul. Le sentaba bien.
Sin embargo, Rudi asintió.
-Sí, es el reportaje.
Una mentira, pero ¿cómo podía decirle la verdad? El reportaje que preparaba, el reportaje del que le había hablado, estaba en su mente, pero muy en el fondo. Lo único importante era Érica; no quería que se marchara.
-Quiero que me prometas que tendrás cuidado -dijo la muchacha en un tono más serio-. ¿Me lo prometes?
-Siempre tengo cuidado -respondió Rudi, con una sonrisa. Miró a Érica a los ojos-. Tú lo sabes. A veces, incluso, soy demasiado cuidadoso.
Con su pelo rubio, ella era tan diferente de las mujeres suramÉricanas, de las mujeres de piel oscura de los barrios, que el contraste llamaba la atención. La florista india de la calle Estrella le había pedido que le dejara tocarle el pelo, como si fuera un amuleto de la suerte. "Es hermosa -afirmó la anciana con una sonrisa mientras acariciaba el pelo de Érica y miraba a Rudi-. Nos dará suerte a los dos, créame."
Había visto a los hombres latinos mirarla entusiasmados, sabiendo lo que pensaban, y sin culparles. Él había pensado lo mismo. Recordó una vez más el día que habían pasado en las montañas, en la selva cercana a la frontera con Brasil, el día que habían realizado un recorrido turístico. Lo cerca que había estado de ella. Ahora vio la mirada de preocupación en su rostro.
-¿Has pensado en pedirle a Mendoza que te ayude? -le preguntó Érica.

-¿Qué reportaje? -replicó Rudi-. Quizás es la conexión con algo grande. Pero no tengo pruebas, Érica. Ninguna prueba concluyente. Sólo la palabra de Rodríguez. Y las fotografías.
No le repitió lo que ya le había dicho, porque no quería que se preocupara por él. En cambio, recordó el cuerpo moreno de Rodríguez tendido sobre la mesa metálica del depósito de cadáveres del hospital y la sensación de náuseas cuando un enfermero apartó la sábana blanca y vio el cuerpo y la carne destrozada de su compañero. Reprimió un estremecimiento de miedo y se acercó, excitado por el perfume de la muchacha.
-Tengo que hacerlo sin prisas, Érica. Con cuidado. Y esperar a que surja alguna cosa. -Tendió una mano y palmeó suavemente la de la joven, en lugar de acariciarla como era su deseo-. Pero te prometo que iré con cuidado.
Érica le sonrió, y él sintió su propia reacción ante aquella sonrisa. Si hubiera estado con ella en un dormitorio probablemente habría tenido el coraje de besarla, abrazarla, hacerle el amor. Se preguntó cómo hubiera reaccionado esta extranjera rubia y fría. ¿Le habría aceptado, o, por el contrario, le habría mirado incrédula y le habría dicho: "Rudi... Déjate de bromas"? Érica bebió un trago de coñac tomando la copa con las dos manos.
-¿Qué hay de los hombres que según tú mataron a Rodríguez?
-¿Qué pasa con ellos?
-¿No te buscarán? ¿No tendrán miedo de que les denuncies?
Hernández sonrió al ver su miedo, e intentó mostrarse seguro, con la intención de tranquilizarla.
-Imposible. Para empezar, la gente que mató a Rodríguez no me conoce, nunca me han visto. Ni siquiera saben de mi existencia, te lo juro.
-¿Pero qué pasará cuando se publique el reportaje?
Hernández bebió un sorbo de café; estaba amargo. Con un gesto de
desagrado apartó la taza.
-Si el reportaje se publica, puedo pedir que no incluyan mi nombre. Eso no es problema. Además, tengo un par de amigos, policías, que me vigilarán si necesito protección.
La muchacha le vio meter la mano en el bolsillo, sacar un llavero, y jugar con las llaves distraído.
Rudi Hernández era guapo. No le costaba sonreír, como si la vida fuera una broma. El pelo castaño, con un corte de adolescente, le hacía parecer más joven. Incluso la cicatriz que tenía en la mejilla derecha le daba encanto; un aire aventurero. Érica le observó jugar con las llaves, pasándoselas de un dedo a otro. Rudi advirtió la mirada de la joven y le sonrió.
-Como te dije anoche, toda la documentación que tengo sobre esta gente está guardada en un lugar seguro donde a nadie se le ocurriría mirar. Así que deja de preocuparte, Érica. Iré con cuidado. -Vio la preocupación reflejada en sus ojos. Ella le devolvió la sonrisa y adelantó una mano para tocar la suya. Rudi guardó las llaves en el bolsillo. Se sentía tan cerca de ella, tan cerca-. Érica...
-¿Sí?
Se dispuso a hablar otra vez, a decirle cuáles eran sus sentimientos, Pero, en ese momento, una voz metálica anunció a los pasajeros por los altavoces que debían embarcar. La joven apartó la mano con suavidad, y comenzó a recoger sus cosas.
-¿De qué se trata, Rudi?
Él sacudió la cabeza mientras se cruzaban una mirada y se levantó.
-Nada. Anda, que tienes que embarcar. -La acompañó hasta la puerta de embarque cargado con su bolso y, cuando se detuvieron en el control de seguridad, se lo entregó-. Saluda a todos de mi parte.
-Lo haré -prometió Érica, mirándole con sus ojos azules. Se acercó a él para besarle en la mejilla. Rudi volvió el rostro y la besó suavemente en los labios; un beso delicado, cálido, y volvió a oler su perfume, su cuerpo, ansioso por abrazarla, justo en el momento en que ella se apartaba.
-Aufwiedersehen, Rudi.
-Aufwiedersehen, Érica. Buen viaje.
Observó cómo pasaba por el control de seguridad. En la puerta, Érica se volvió y le saludó con la mano. Él respondió al saludo antes de que la joven desapareciera de su vista, confundida entre la multitud de pasajeros.

Hernández sacudió la cabeza y suspiró. Tendría que haberle dicho lo que pensaba. Que la amaba. Oyó que la voz metálica de la azafata sonaba de nuevo en el vestíbulo.
"Señor Rudi Hernández acuda a información, por favor. Señor Rudi Hernández acuda a información, por favor."
La joven de la mesa de información le entregó el mensaje. Mendoza, el número del jefe de redacción, escrito en un trozo de papel. Buscó una cabina telefónica y marcó el número. Atendió Mendoza en persona.
-¿Sí?
-Soy Rudi. Estoy en el aeropuerto.
-Buenas tardes, amigo. Al menos buenas para algunos. Hay otros que sudan en una oficina que es un horno para ganarse el sustento.
-¿Qué pasa? -dijo Rudi, sonriendo-. ¿Alguna cosa urgente? -Buscó en los bolsillos hasta encontrar el paquete de cigarrillos, sacó uno y lo encendió.
-¿Has acabado de ligar con esa guapa extranjera? -le preguntó Mendoza.
-Ep, un poco más de respeto. Recuerda con quién estás hablando -contestó Rudi, sin dejar de sonreír-. ¿Qué tienes? ¿Algo jugoso?
-Un robo a mano armada en la calle Enrico y un viejo suicida. ¿Qué prefieres? Víctor Estrel cubrirá uno, así que me da igual, pero como somos amigos te dejo escoger.
-Gracias -dijo Rudi-. Sólo que... ¿cómo es que nunca me dejas elegir entre un concurso de belleza y un mitin político? -Se imaginó a Mendoza sonriendo en su despacho.
-Privilegios del rango, amigo. Además, las chicas guapas te distraen de tu trabajo, ya lo sabes. Venga, ¿con cuál te quedas?
-¿Qué hay del robo a mano armada?
-Un chico acuchilló a un turista gringo y le robó la cartera. Los polis tienen al chico, y el gringo está en el hospital, con una herida en la mano.
-¿Y el suicidio?
-Me llamó Casado, desde la jefatura, hará cosa de unos veinte minutos -contestó Mendoza, después de una pausa-. Un viejo que se voló la tapa de los sesos en el barrio de Trinidad.
Rudi Hernández se quitó el cigarrillo de la boca; buscó la libreta y el bolígrafo mientras intentaba decidir. Después de diez años en el periódico, no tenía mayor importancia. Conocía todas las historias, todos los crímenes. Los indios y mestizos que se apuñalaban enloquecidos en los barrios de tanto beber caña, políticos corruptos en busca de sobornos, gamberros que robaban las carteras a los turistas en la calle Palma. Siempre era lo mismo. Por eso el reportaje que preparaba era tan importante.
-¿Todavía estás ahí? -La voz de Mendoza sonó irritada-. Venga, Rudi, que no tengo todo el día.
-El viejo, ¿sabes alguna cosa más?
-Sólo el nombre y la dirección... espera, lo tengo por aquí...
Hernández dio una chupada al cigarrillo. ¿Cuál? ¿El robo a mano armada o el suicidio? "Qué más daba... escoge el que esté más cerca del aeropuerto."
-El viejo se llamaba... ay, madre, vaya nombrecito... Tsarkin... Nicolás Tsarkin. La casa está en la calle Iguazú. Número veintitrés.
Hernández permaneció en silencio durante unos segundos. Sintió un estremecimiento.
-Nicolás Tsarkin... ¿estás seguro?
-Desde luego. Es lo que pone aquí. ¿Cuántos Nicolás Tsarkin crees que hay en Asunción?
La adrenalina circulaba como un torrente por el cuerpo de Hernández; recordaba el nombre, la cara. ¿Podía haberse equivocado Mendoza?
-¿Me repites la dirección?
-Calle Iguazú veintitrés. ¿Qué pasa? ¿Has oído algo de él?
No -mintió Hernández-. ¿Qué hay de la policía? -Notó que le sudaban el cuello y las manos. Había una temperatura de casi cuarenta grados fuera de la terminal aérea, y de unos veinte dentro, y, sin embargo, estaba empezando a sudar.
¿Qué pasa con los polis? -replicó Mendoza.
-¿Están en la casa?

-Supongo que sí. Pero no estoy seguro. Bueno... ¿con cuál de los dos te quedas?
Hernández hizo una pausa. Era la misma dirección. Había estado allí, aparcado al otro lado de la calle, vigilando; vigilando porque Rodríguez le había dicho que vigilara. El día que sacó las fotos. La casa grande de paredes blancas donde vivía el viejo; el viejo que Rodríguez le había dicho que vigilara.
Y ahora el viejo estaba muerto. El viejo y Rodríguez.
La voz de Mendoza se escuchó otra vez.
-Pero bueno, Rudi, ¿qué pasa contigo? ¿Con cuál te quedas? No tengo todo el día.
-Me ocuparé de Tsarkin -contestó Hernández-. Ya te llamaré.

3

Estrasburgo, Francia 23 de noviembre

Era la última noche que Sally Thornton pasaba en Estrasburgo y ella deseaba irse a la cama con él.
Llovía con fuerza cuando salieron del restaurante cercano a la ópera, y en el momento en que Joe Volkmann pidió un taxi para ir a su apartamento, Sally supo que se quedaría a pasar la noche allí. Los hombres no invitaban a una mujer a tomar una copa y después la enviaban de vuelta a casa en un taxi en medio de la lluvia. Al menos no los que ella conocía.
Vestía una blusa verde esmeralda que realzaba su esbelta figura y hacía juego con sus ojos, y llevaba medias de seda negra. Sabía que tenía un tipo que las demás mujeres envidiaban: pechos grandes y firmes, y caderas delgadas. Pero no era una mujer fácil y no otorgaba favores sexuales a la ligera. No es que buscara relaciones duraderas, pero siempre debía haber un componente de atracción por su parte.
Un montón de tipos en el cuartel general de la DSE pasaban por su oficina para charlar un rato, y ella sabía por la mirada de sus ojos y el bulto en la entrepierna que sus intenciones no se dirigían precisamente a cuestiones de trabajo, o a cualquier otra cosa honorable. Pero este no era el caso de Joe Volkmann. Quizá por eso le deseaba.
Sally llevaba cinco años en el servicio de inteligencia, desde Oxford. El año pasado en la DSE se había divertido mucho, pero ahora había llegado el momento de regresar a casa y de disfrutar de una semana de vacaciones en Londres antes de ir a ocupar su nuevo puesto en Nueva York. Cuando Volkmann se ofreció a ayudarla a preparar las maletas, comprendió que la oferta era sincera y no por otros intereses.
Joe pasó la tarde en el apartamento de Sally en Petite France, ayudándola a embalar en cajones el equipo estéreo Sony y unas cuantas antigüedades. Cuando ella sugirió preparar la cena como compensación, Volkmann la invitó a la ópera y a cenar.
Sally le observó durante el concierto. Volkmann escuchaba con mucha atención, y aunque le sonrió varias veces y la velada tomó un aire romántico, en ningún momento le hizo insinuaciones, ni le metió mano por debajo de la falda, o la sobó. Ese tipo de cosas eran especialidad de los italianos si te aventurabas a pasar cerca de sus despachos en el cuarto piso.
Tampoco era frío o distante, pero Sally tenía la sensación de que no le gustaba precipitar los acontecimientos: era todo un reto. Otra razón más para desearle.
El apartamento en el Quai Ernest se hallaba en un primer piso, y el balcón daba a un pequeño patio adoquinado. Sólo tenía dos dormitorios y estaba bastante limpio para ser de un hombre. Había un equipo de música Pioneer en un rincón, unos cuantos libros, y montones de casetes y discos. La mayoría clásicos, pero algunos contemporáneos. Álbumes modernos, una colección de Dvorak y un par de compositores rusos que Sally nunca había oído mencionar, junto con la colección de clásicos habitual. Algunas fotografías enmarcadas y más libros en una estantería sobre los discos.
-¿Qué quieres beber, Sally?
La joven se sentó en el sofá y cruzó las piernas. Vio que él se las miraba y sonrió para sus adentros.
-¿Tienes whisky?
-Desde luego.
-Entonces tomaré uno doble. Con hielo y coca-cola.
Volkmann asintió y ella le observó mientras se dirigía a la cocina.

No era guapo en un estilo convencional, pero sí atractivo. Alto, de pelo oscuro y bien plantado; parecía más francés que británico. Tenía treinta y siete años, y no los aparentaba. Además, había algo en él que Sally Thornton no acababa de descubrir. Algo en sus ojos castaños; los mismos ojos que había visto en la mujer que aparecía en una de las fotografías de la estantería.
Tenía el aspecto de saber proteger a una mujer, aunque todos los hombres con los que ella trabajaba cumplían ese requisito: soldados profesionales, oficiales de inteligencia y expertos en narcóticos que se hacían pasar por policías. Además, no necesitaba protección. Sabía cuidar de sí misma.
Llegó a la conclusión de que era el tipo de hombre en el que una muchacha podía confiar. No era prepotente ni utilizaba el físico en su provecho. Además, su sonrisa le delataba. Era como si debajo de esa fachada distante y profesional fuera vulnerable.
Volkmann volvió al salón con la copa y se la acercó. Se había aflojado la corbata y desabrochado el botón del cuello de la camisa. Se bebió la cerveza directamente de la botella y Sally pensó que nunca le había visto tan relajado.
Mientras bebía, él la miró. Cuando Sally cruzó las piernas fue consciente de que tenía un aspecto imponente con esos zapatos negros de tacón alto y la falda ajustada, lo suficiente subida como para mostrar los muslos. Encendió la radio del equipo de música y la voz de Edith Piaf cantando Je ne regrette ríen llenó el salón. La lluvia azotaba la ventana y Sally miró a Volkmann.
-¿Me echarás de menos, Joe?
-Desde luego.
-Entonces, ¿por qué sonríes?
-Porque volverás locos a los de Nueva York.
-¿A quién? ¿A la gente de la embajada?
-A esos también. Pero me refería a los estadounidenses. Harán cola delante de tu puerta, Sally.
-Vaya, gracias por el cumplido. ¿Vendrás a visitarme?
-Si quieres.
Sally sonrió, removió el contenido de la copa y le miró.
-Habíame de ti, Joe.
-¿Qué quieres saber?
-Cualquier cosa -contestó Sally-. Llevo casi un año trabajando contigo y no sé casi nada de tu pasado. ¿Cuánto tiempo llevas en laDSE?
-Dieciocho meses.
-¿Te gusta trabajar en Europa?
-Claro.
-¿Y antes?
-En el SIS.
Sally descruzó las piernas, y las extendió para que Joe pudiera verlas mejor.
-¿Has estado casado, Joe?
-Una vez. -Bebió un trago-. Nos divorciamos. No tengo hijos, Sally.
-¿Y tus padres? ¿Todavía viven? -La muchacha miró las fotos enmarcadas que había sobre la repisa. Dos de una pareja con un niño: una tomada delante de una cabaña y otra en la playa. El niño se parecía a Volkmann y saltaba a la vista que la pareja eran sus padres. Había una tercera de la mujer sola. Era muy guapa y aparecía sentada al piano, con un ramo de flores sobre el instrumento; sonreía. Volkmann había heredado la sonrisa y los ojos de su madre.
-Mi padre murió hace seis meses. Mi madre todavía vive.

-¿Es la mujer que aparece en la foto? ¿Dónde se la hicieron?
-Hace mucho tiempo, en el Albert Hall. Era una pianista muy buena en su época.
-¿No quisiste seguir sus pasos?
-No -contestó Volkmann. Bebió un trago de cerveza-. No tengo el talento necesario. -Miró a la joven y cambió de tema-. Estás contenta por tu marcha, Sally?
-Me apetece mucho ir a Nueva York. Dios sabe, Joe, que no tenemos nada que ocultar a los estadounidenses, ni ellos a nosotros. Es sólo de enlace, pero es un buen destino y las dietas son

fenomenales. Además, no sirve de nada quedarse aquí. El embajador se entera de más cosas en una semana durante las recepciones, que nosotros en todo el año.
-Recibí una llamada de Dick Wolsley el otro día. Me dijo que los alemanes y los franceses tienen la intención de abandonar la operación.
-¿Te refieres a la DSE?
Volkmann asintió y bebió un trago de cerveza.
-¿Has oído algún rumor? -preguntó.
Sally Thornton se encogió de hombros y jugó con el botón superior de la blusa.
-He oído algunos comentarios, pero nada más. Si son ciertos, entonces se vendrá abajo todo el montaje. Se acabará la cooperación en temas de seguridad. -Hizo una pausa-. De todos modos, es malgastar el dinero de los contribuyentes, ¿no te parece, Joe? Y por la manera que van las cosas, me inclino a creer en lo que dice Wolsley.
-¿Porqué?
-Porque todos atravesamos una crisis económica. Los alemanes, los franceses, nosotros. Y cuando la bolsa estornuda, los países se resfrían. Y cuando eso pasa, vigila, porque cada uno tira para su lado.
-¿Sabes si Ferguson ha oído algún rumor?
-Apenas hablo con ese tipo -respondió Sally, con una sonrisa-. Me resulta muy engreído.
-¿Y qué me dices de Peters? -preguntó Volkmann después de reírse del comentario de Sally.
-Lo único que me dice es que tengo las piernas bonitas, que le gustaría que me fuera con él a la cama... -hizo una pausa y vio que Volkmann le miraba las piernas-, y que eres un buen oficial de inteligencia. -Le miró-. ¿Tenemos que hablar de trabajo? ¿A qué hora sale tu vuelo ?
-A mediodía. ¿Y el tuyo?
-Por la tarde. ¿Echas de menos Londres, Joe?
-Algunas veces, pero no mucho.
Sally Thornton se acomodó en el sofá.
-Yo no. Para nada. Si quieres saber mi opinión, es un asco. -Vio que le miraba las piernas otra vez y añadió-: ¿Puedo hacerte una pregunta muy personal, Joe?
-¿Cómo de personal?
-¿Te gustaría que me fuera contigo a la cama? -Cuando Volkmann sonrió, Sally le devolvió la sonrisa y dejó la copa-. Tengo que levantarme a las ocho.
Se sentaron en un banco. Las hojas caídas formaban verdaderas montañas en aquel pequeño parque.
Era noviembre y él había venido desde Escocia, donde asistía a un curso sobre armamento, a pasar el fin de semana. Brillaba el sol y el cielo tenía un color azul celeste; era uno de aquellos preciosos días de otoño en los que el aire era fresco y limpio y daba gusto respirar. Su padre se abrigaba con el viejo abrigo de tweed que siempre parecía que le quedaba una talla más grande. Se sentaron y el anciano le miró con sus ojos lacrimosos color castaño.
-Mamá me ha dicho que te envían a Berlín.
Él vio la expresión en el rostro de su padre cuando asintió, y dijo:
-Es un buen destino, papá. Y con un poco de suerte, podré venir a casa una vez al mes, así que no será tan malo.
-¿Es peligroso?
-No, papá. -Sonrió-. No es peligroso. Más que nada, es recoger información. No tienes por qué preocuparte. No me enviarán al otro lado del muro con una pistola. Y las historias que lees sobre Berlín sólo son eso: historias. El tipo de cosas que salen en las novelas. Ningún parecido con la vida real.
-Mamá dijo que fuiste allí el mes pasado.
-Sólo durante tres días para que viera cómo funcionaban las cosas. Supongo que querían averiguar si de verdad me gustaba el puesto.
-¿Y te gustó?
-Es un cambio de Century House -respondió y se encogió de hombros.
-¿YAnna?
-Se reunirá conmigo dentro de un par de meses.
-¿Cómo es ahora?

-¿Berlín? Es una especie de Nueva York en miniatura. Buenos restaurantes y mucha vida nocturna si es eso lo que quieres saber. Entre los amÉricanos, los ingleses y los franceses han conseguido imponerle un ambiente extraño. Nada que ver con los viejos tiempos.
Vio que el anciano miraba con aire ausente hacia los árboles, como si estuviera ensimismado en sus pensamientos, pero Joseph Volkmann reconoció la expresión en el rostro de su padre. El anciano se puso de pie, miró su reloj, y cortó el dolor antes de que pudiera dominarle.
-Tu madre ya debe de tener la comida preparada. No debemos hacerla esperar.
-Papá. -Su padre le miró y Joseph Volkmann vio el círculo rosado de carne rugosa en la sien, una herida tan visible como las interiores, que nunca desaparecerían. Y en voz baja, añadió-: Ahora todo es pasado, papá. Ocurrió hace mucho tiempo. Pero si quieres hablar de ello de vez en cuando, hazlo. Quizá te ayudaría.
-Créeme, Joseph -respondió su padre, sacudiendo la cabeza-, hablar no sirve de nada. Lo intenté durante veinte años y aprendí que es mucho mejor olvidar. -Los ojos castaños se fijaron en él-. Lo aprenderás a medida que te hagas viejo, hijo. Si puedes, entierra a los fantasmas, no los resucites. Venga, no hagamos esperar más a mamá.
Miró a su padre que se alejaba, el cuerpo encorvado dentro del abrigo que le venía grande.
Se levantó y le siguió.,

4
Asunción, Paraguay 23 de noviembre
Un muro alto rodeaba el perímetro de la finca, pero a medida que subía la colina, Hernández vio los amplios jardines iluminados por el sol, la casa apenas visible más allá de los molles y las palmeras que flanqueaban el camino al otro lado del muro.
Más que casa era una mansión. Enorme, de dos pisos, que se erigía en lo alto de la colina con vistas a la ciudad. Pintada de gris resultaba imponente, pero no llamaba la atención.
El día era húmedo, sin una sola nube en el cielo. Había sudado en el viaje, tanto por el calor como por la excitación nerviosa que le oprimía la boca del estómago.
Los portones de hierro forjado estaban abiertos y en el momento que se disponía a entrar con el Buick rojo, viejo y oxidado, vio, de pronto, a un joven policía que surgió de detrás del muro, con los pulgares enganchados al cinturón donde llevaba el revólver.
Era muy joven, unos veinte años, el rostro fresco, y el uniforme le venía grande. Se adelantó y levantó una mano para darle el alto. El periodista pisó el freno a fondo, se asomó por la ventanilla y le mostró su carné de prensa al tiempo que sonreía con aire amistoso.
Mientras el agente comprobaba su identidad con una expresión impenetrable, Hernández dijo:
-Vengo a cubrir la información del suicidio de Nicolás Tsarkin. Trabajo en La Tarde.
-No puede entrar nadie -respondió el agente.
-¿Quién lo ha dicho?
-El capitán. El capitán Sánchez.
-¿Vellares Sánchez? -El agente asintió, inseguro. Hernández le miró. El joven tenía la mano derecha sobre la culata del revólver. Pero la mención del nombre de pila de Sánchez le había desconcertado y el periodista aprovechó la oportunidad. Miró en dirección a la casa y preguntó-: ¿Vellares está ahí dentro?
-Sí.
-¿Tiene una radio portátil? -le preguntó Hernández que ya había visto el aparato sujeto al cinturón del agente.
-Sí-asintió elpolicía.
-Está bien, llame a Vellares -le dijo al tiempo que aceleraba-. Y dígale que Rudi Hernández va hacia la casa.
-Pero el capitán dijo...
Hernández puso la primera sin hacer caso de la protesta del agente.
-No se olvide del nombre... Rudi Hernández.
El Buick rojo salió disparado y atravesó la entrada. Por el espejo retrovisor, Hernández vio por un instante cómo el agente novato se apresuraba a coger el radiotransmisor. Sonrió para sus adentros.

"Superado el primer obstáculo. Ahora por el siguiente", pensó.
El viejo Tsarkin había tenido dinero. Muchísimo, sin ninguna duda.
El césped bien cuidado se extendía hasta un centenar de metros de la casa de tejas rojas. Hernández miró a izquierda y a derecha mientras conducía por el camino asfaltado; más allá de los molles había hibiscos amarillos y rosas en flor.
Los jardines eran otro cantar. Mangos, melocotoneros, un par de cocoteros, sus frondas pesadas e inmóviles en el aire caluroso de la tarde. Los jardineros debían trabajar mucho para mantenerlo todo tan cuidado. Eran los mejores jardines que había visto en Asunción.
Circuló con el Buick a poca velocidad, atento a todos los detalles, y recordó que una vez se había preguntado cómo sería el lugar visto desde el otro lado del muro. Algo le dijo que en la casa se enteraría de muchas más cosas de las que le había confiado Rodríguez.
En plena subida el motor comenzó a ratear, y el viejo chasis oxidado se sacudió como una hoja.
-¡Mierda!
El enorme y viejo Buick ya estaba para el desguace. Tenía doce años y había hecho ciento cincuenta mil kilómetros con un segundo motor. Había sido un compañero leal durante mucho tiempo, pero ahora necesitaba un coche nuevo con urgencia. El estrangulador averiado, rajado, y envuelto en cinta aislante, una cosa que debía haber reparado hacía mucho si hubiera tenido tiempo. Redujo la velocidad. El coche dejó de sacudirse durante unos veinte metros y comenzó de nuevo. Rodeó la curva y por primera vez pudo ver la casa en toda su extensión.
Treinta metros más allá de donde el asfalto era substituido por grava, el viejo Buick no dio más de sí; el motor dejó de responder al acelerador, y el coche apenas se mantuvo en movimiento en la cuesta arriba. Torció el volante a la izquierda, aparcó sobre la hierba, y dio un puñetazo contra el volante.
-¡Mierda!
Hernández cerró el contacto y miró hacia la entrada. Había un agente uniformado de aspecto rudo junto al coche azul y blanco que se hallaba aparcado en el camino. En ese momento se abrió la puerta de la casa y el capitán Vellares Sánchez salió al porche, pero sin situarse a la luz del sol, y con una expresión severa en su rostro carnoso.
Hernández se apeó del coche y saludó con la mano. Sánchez no contestó. Cerró la puerta de un golpe y echó a andar hacia la casa.
Vellares Sánchez era mayor que Hernández. Tenía cuarenta años, le sobraban kilos, y los párpados caídos le daban el aspecto de que necesitaba dormir un día entero. La papada le colgaba flácida de su rostro hinchado, y llevaba unos cuantos mechones de pelo negro aplastados sobre el cráneo. El traje de lino blanco le sentaba mal y, además estaba arrugado. Todo en él contribuía a darle un aspecto desaliñado; aunque Hernández sabía que eso sólo era pura apariencia ya que detrás de aquellos párpados caídos había un cerebro de primera.
Hernández sabía que era un hombre amable aunque de pocas palabras. Pero ahora, mientras se acercaba a él, notaba en su actitud un aire frío y distante. Le estrechó la mano de mala gana, muestra evidente de su enfado, y con la cabeza le señaló el coche.
-¿Qué le pasa a ese trasto? -preguntó Sánchez, secándose el sudor de la frente con un pañuelo.
-El estrangulador está estropeado. Inunda el carburador -contestó Hernández con una sonrisa, en un intento por aliviar el enfado del policía-. En cuanto el sol lo seque volverá a funcionar.
-Le dije al agente de la entrada que no dejara pasar a nadie -añadió Sánchez, en un tono áspero.
-Ya me conoce, Vellares... allí donde esté la noticia.
-Pero di una orden -afirmó el gordo todavía más enfadado.
-Venga, Vellares... usted sabe de qué va. Tengo que ganarme la vida. Si no escribo, no como... Mire, lo siento. Mendoza me encargó la crónica. Perdone.
Sánchez miró al joven que tenía delante. Era alto, con el pelo castaño y la piel clara. El corte de cabello era un poco largo, pero por lo demás iba bien afeitado y era bien parecido. Llevaba prendas amplias, como un lector de la universidad por el que hubiese podido pasar, de no ser por la cicatriz serrada de la mejilla derecha. Ésta le daba un aspecto de bribón, el aire de un pendenciero de taberna, pero Sánchez sabía que no lo era.

Se conocían desde hacía diez años. Hernández era un buen periodista, escribía bien, y tenía una mirada bondadosa, aunque Sánchez sabía que sus ojos habían visto tantas maldades como lo suyos.
-Bueno... ¿qué ha pasado aquí, Vellares?
Hernández le miraba con ojos chispeantes, sin preocuparse de haber desobedecido sus órdenes, como si nunca lo hubiera hecho, como si todo fuera una broma. Simplemente con una sonrisa, aunque Sánchez precibió que había algo más. ¿Excitación? ¿Miedo? El capitán sacó una cajetilla de cigarrillos, le ofreció uno y aceptó agradecido la oferta de paz. Lo encendió y miró al periodista.
-Dígame lo que sabe -dijo Sánchez.
Hernández soltó una bocanada de humo al aire caliente y húmedo.
-Que un viejo llamado Tsarkin se ha suicidado. -Miró el exuberante jardín tropical y después la casa-. Y dicen que el dinero no compra la felicidad...
-Lo compra todo menos la salud, amigo -afirmó Sánchez, que dio una chupada al cigarrillo y comenzó a toser.
-¿Por eso se suicidó? ¿Porque estaba enfermo?
-Quizá.
Hernández sacó una libreta del bolsillo trasero del pantalón de pana, y después comenzó a buscar en los bolsillos algo con que escribir.
-¿Le importa si tomo unas cuantas notas?
-No. Pero los hombres del forense todavía no han acabado. Por eso di la orden de que no pasara nadie.
-¿Cuánto tardarán?
-Están a punto de acabar.
-¿Me puede prestar un boli?
-¿Y encima pidiendo bolis? Se supone que los periodistas siempre llevan uno en el bolsillo.
-Los pierdo continuamente. Debo llevar agujereados los bolsillos -respondió Hernández con una sonrisa.
Sánchez sacó un bolígrafo del bolsillo y se lo dió.
-Hace diez años que me pide un boli, desde aquella vez en los juzgados. Sabe Dios los bolis que me debe. Lo que usted tiene son unos cuantos agujeros en la cabeza, amigo. -Sánchez se volvió hacia la casa-. Pase. Cuando acaben podrá echar un vistazo. -Había un cierto entusiasmo, poco frecuente, en la voz del capitán. Aplastó la colilla con el tacón-. Hay que verlo. El viejo tenía dinero a punta pala. -Cuénteme... -dijo el periodista, y le siguió al interior.
Al entrar, contempló la casa con asombro y admiración, aunque fingió una sorpresa mayor, porque en realidad ésta era la manera en que él se había imaginado que podía vivir un rico como Tsarkin.
El candelabro de cristal en el vestíbulo, la gran escalera, el comedor con los candelabros de plata y las sillas de roble talladas a mano, la cocina que era más grande que todo su apartamento. Había un jacuzzi con grifos dorados, y detrás de la casa, en el jardín, una cancha de tenis.
Las habitaciones del servicio se encontraban cerca de la piscina. Sánchez le informó que el personal constaba de cuatro criados y tres jardineros. Se habían tomado la tarde libre después de haber sido interrogados por la policía, y todavía no habían salido de su asombro tras conocer la noticia de la muerte del patrón. El viejo cocinero indio se había quedado sin habla de la conmoción.
Sánchez dejó el estudio de la planta baja para el final. Los hombres del forense hacía un segundo que habían acabado, cuando el capitán y el periodista entraron en el vestíbulo desde la cocina. Sánchez cogió a uno de los hombres por el brazo y se lo llevó a un lado para hablar en privado. Después regresó adonde estaba Hernández, que contemplaba una pintura al óleo de un jaguar en la selva. La pintura no estaba firmada, pero todo y así, no era mala. "Un buen aficionado", pensó Sánchez.
-¿Y bien? -preguntó Hernández.
-Suicidio -contestó el capitán-. No hay ninguna duda. Un problema menos. Tardarán unos minutos en levantar el cadáver. ¿Quiere ver a Tsarkin?
Hernández asintió y Sánchez le indicó el camino.
La puerta del estudio estaba abierta y la habitación era amplia como todas las demás. La primera cosa que vio fue un cuadro con marco dorado girado sobre las bisagras para dejar al descubierto una caja fuerte empotrada, con la puerta de metal gris abierta. En las otras tres paredes había bibliotecas, una

ventana que daba al camino, un escritorio grande y un lujoso sillón de cuero marrón. No vio el cadáver. Se volvió hacia la caja fuerte en el momento en que Sánchez le señaló la mesa.
-Está ahí, detrás de la mesa.
El periodista cruzó la habitación hasta el escritorio y miró por encima. Primero vio los pantalones, después los charcos de sangre coagulada en la alfombra gris y los restos de los sesos, gris amarillentos, que se habían esparcido por las paredes, las cortinas y el suelo. La cabeza del hombre estaba cubierta con un pañuelo blanco ensangrentado.
Hernández contuvo la náusea y se arrodilló para mirar mejor.
-¡Eh!
Se volvió. Sánchez estaba sólo a unos pasos; encendía un cigarrillo.
-¿Le importa si miro? -le preguntó Hernández.
-No es agradable. Se disparó en la boca.
Hernández asintió y se volvió hacia el cadáver. El pañuelo estaba empapado de sangre coagulada. Al tirar de él, notó cómo los coágulos se desprendían de aquel rostro inerte. Casi vomitó. En la parte superior del cráneo había un agujero oscuro, del tamaño de un puño; la masa encefálica estaba esparcida por todas partes: gruesos churretes de sangre seca se habían deslizado por las mandíbulas y cuello.
El rostro era casi irreconocible. Las mandíbulas destrozadas formaban un rictus como si en el último instante, antes de que el proyectil le atravesara el velo del paladar y le destrozara el cráneo, hubiese tenido miedo. Su mano, arrugada, permanecía levantada y retorcida, en un adiós macabro.
Hernández dejó caer el pañuelo y se puso de pie. Entonces vio el revólver, enorme, aterrador y resplandeciente sobre la alfombra, a un metro de distancia.
-¿Se encuentra bien? -le preguntó Sánchez.
-Sí -contestó el periodista con un nudo en la garganta.
-Debió de ser rápido. Sin dolor. No es la peor forma de morir, amigo.
-¿Qué hay de la familia?
-Según uno de los criados, no estaba casado.
-¿A qué se dedicaba? -preguntó el periodista.
Sánchez se sentó en una silla de cuero muy cómoda junto a la mesa de centro.
-Era un empresario retirado -respondió-. Al parecer, poseía varias empresas en Paraguay. La mayoría de exportación e importación.
-¿Era un inmigrante?
-Con un apellido como Tsarkin es difícil que fuera un indio maca. Eso es evidente.
-¿Edad? -preguntó Hernández mientras escribía en la libreta.
-Rondaba los ochenta. -Sánchez soltó una bocanada de humo acompañada de tres toses-. Ha disfrutado de una larga vida. Ojalá tuviera yo la misma suerte.
-¿Me dijo que estaba enfermo, no es así?

-Un criado me contó que había estado internado varias veces en los últimos seis meses. -Sánchez echó la ceniza en un cenicero-.
Además, esta mañana hizo una visita a un hospital privado. Estaba muy enfermo. Cáncer, según el criado. Había perdido mucho peso. No tenía muy buen aspecto que digamos. -El capitán miró hacia el cadáver-. Aunque ahora está mucho peor.
-¿Cómo sabía el criado que tenía cáncer?
-Vio un informe médico que el viejo dejó olvidado en alguna parte. Uno de mis hombres ha ido al hospital. Al San Ignacio.
Hernández volvió a mirar el cuerpo, sintió otra vez la náusea. Dio media vuelta y con un par de pasos se acercó a la caja fuerte abierta.
-¿Había algo en la caja?
-Nada. -Sánchez sacudió la cabeza y señaló la chimenea con el cigarrillo-. Hay un montón de cenizas en la parrilla. Al parecer quemó unos cuantos papeles.

Hernández se acercó a la chimenea. Había tenido la esperanza de encontrar algo, cualquier cosa, pero el viejo debía de estar preparado, dispuesto a quemarlo todo antes de morir.
-No ha quedado ni un sólo papel. Nada, excepto cenizas. -Sánchez miró con aire ausente la parrilla-. Me pregunto qué importancia tendrían para el viejo esos papeles como para querer quemarlos.
-Yo me hago la misma pregunta -contestó Hernández.
Sánchez le miró fijamente durante un instante, antes de desviar la mirada.
-En cualquier caso, qué más da. Ya no tiene importancia -comentó.
-¿Había oído el nombre de Tsarkin antes? -preguntó el joven, mientras escribía tonterías en la libreta, para disimular su interés.
-No. ¿Por qué lo pregunta?
-Un hombre rico... -respondió Hernández-. Pensaba que tal vez le conocía.
-No. ¿Y usted?
Hernández se volvió. Vio que Sánchez le miraba con curiosidad.
-No. Nunca tuve el gusto... -El periodista se preguntó si el policía le había creído. Probablemente no, pero había usado un tono sincero-. Ya sabe, amigo, cómo son estas cosas. Asunción es una ciudad muy discreta, plagada de hombres ricos anónimos.
Sánchez le miró un par de segundos más con los ojos entornados, atento. El periodista sabía que se estaba preguntando si realmente le había dicho toda la verdad. No era de los que dejaba pasar nada por alto.
-Supongo que sí -dijo el capitán al fin. Desvió la mirada y se levantó con mucho esfuerzo. Sacó el pañuelo del bolsillo y se enjugó la frente-. El calor me mata. ¿Le apetece una cerveza? La nevera está llena. Cerveza importada. Alemana, holandesa, la que quiera.
-Bueno. Una cerveza no me vendría mal.
-Vuelvo en cinco minutos -dijo Sánchez-. No toque nada. -Hernández asintió. El capitán se volvió y abandonó la habitación.
Hernández se quedó donde estaba, en el centro del estudio. Intentaba pensar. Miró el cuerpo ensangrentado, después la caja fuerte, y por último la parrilla de la chimenea. ¿Por qué? ¿Por qué se había suicidado el viejo? ¿Por el cáncer? ¿O por la gente que le había mencionado Rodríguez? Quizá le habían matado ellos y hacían ver que era un suicidio.
Se acercó a la chimenea y se detuvo ante ella, con la mirada puesta en la parrilla. Cogió un atizador y removió las cenizas. Como bien había dicho Sánchez, no quedaba ni un trozo de papel. Sólo hollín y cenizas. ¿Qué habían contenido aquellos papeles?
Dejó el atizador en su sitio y se acercó deprisa hacia la caja fuerte; lo hizo con cautela, con el.oído atento al regreso de Sánchez. Escudriñó el interior: vacía. Cruzó en silencio hasta el escritorio; intentó no mirar el cuerpo.
La hoja de papel secante y la tapa del escritorio estaban manchadas de sangre. Coágulos espesos que se mezclaban con fragmentos de los sesos gris amarillentos. Una vez más, Hernández sintió ganas de vomitar. Tragó saliva y se secó el sudor de la frente con la manga de la camisa.
Había tres cajones en el lado izquierdo de la mesa. Probó con el primero. No estaba cerrado con llave y se deslizó con suavidad sobre las guías. En el interior había unas tijeras, un cortapapeles de madera de quebracho, como los que hacían los indios macas y vendían por las calles, y unas cuantas hojas de papel blanco.
Pasó las hojas. Todas en blanco. Cerró el primer cajón y abrió el segundo. Vacío, sin usar. Olía a madera. Probó suerte con el último. Más hojas de papel, un puñado de gomas elásticas y una caja de clips. Lo cerró, miró la sangre coagulada que parecía estar por todas partes, y la mano del cadáver, levantada como en una despedida. Adiós, señor Tsarkin.
Vio cómo una gota de su propio sudor caía sobre el escritorio. Se volvió a secar la frente, atento a las pisadas de Sánchez, pero no escuchó nada; sólo el sonido de su propia respiración agitada.
El viejo había sido cuidadoso. Muy cuidadoso. Quizás guardaba la información en otra parte. Cualquier cosa que pudiera indicarle el camino, abrirle una puerta para llegar a saber qué ocurría. Entrar allí otra vez sería difícil, quizás imposible. Ésta era su única oportunidad. Fue hacia las estanterías.

Había libros de historia paraguaya, de las guerras del Chaco, una biografía de López2, libros de jardinería, de leyes comerciales, unos volúmenes bastamte gruesos con las normas de importación y exportación, y una hermosa colección encuadernada en cuero, de historia y cultura paraguaya de Vasquales. El resto eran novelas en ediciones de lujo.
Hernández cogió un volumen. Estaba en castellano. Las páginas vírgenes, impolutas. Lo volvió a dejar en su sitio y cogió otro. Igual. Ni tal sólo las marcas de los dedos; el olor del papel era muy intenso. El viejo no había sido un lector empedernido. Estos libros eran sólo para decorar, a excepción, quizá, de los legales.
En el momento en que iba a dejar el último libro, sonó el teléfono.
El periodista se quedó de una pieza y el corazón le dio un vuelco al oír cómo el campanilleo agudo rompía el silencio del estudio. Sonó un par de veces, Hernández escuchó atento cualquier señal que indicara el regreso de Sánchez, pero no pudo oír nada aparte del teléfono. Se acercó al escritorio sin perder un segundo y levantó el auricular.
-¿Sí?
-El señor Tsarkin, por favor. -La voz del hombre sonaba puntillosa. A Hernández le pareció escuchar una música de fondo: el Bolero de Ravel. Miró el cadáver del viejo y pensó que si se trataba de un pariente, no era asunto suyo darle la noticia.
-¿Qué desea? -preguntó Hernández, más alto.
-¡Señor Tsarkin! No reconocí su voz. -Hernández estuvo a punto de interrumpirle, pero el hombre no le dio ocasión-. Soy el encargado de reservas del hotel Excelsior. Llamaba para confirmar que todo está en orden. La suite que solicitó para el viernes por la tarde es la ciento veinte. Estoy a su servicio y espero que sus invitados quedarán satisfechos.

Hernández le contestó automáticamente, con el pulso acelerado:
-Sí, seguro que sí. -Volvió la cabeza en un movimiento brusco hacia la puerta; le parecía haber oído pasos en la distancia. ¿Sánchez que volvía?
-Sin embargo, ha surgido un pequeño problema, señor -dijo el hombre, ahora en un tono más formal-. Tenemos a unos clientes habituales que llegan a Asunción mañana por la noche. Necesitan varias suites, y el hotel está lleno. Usted nos advirtió que sólo la necesitaría de siete a nueve de la noche. Si es posible, me gustaría que nos lo confirmara, para así poder alojar a nuestros huespedes. -Hubo una pausa-. ¿Puede hacerlo, señor?
-Sí. Hasta las nueve. -Hernández tragó saliva; escuchó el ritmo frenético de su corazón y el ruido de los pasos que se acercaban.
-¡Excelente! -exclamó el hombre-. Muchas gracias, señor. Buenas tardes.
-Buenas tardes. -Hernández colgó el auricular y miró el cuerpo de Nicolás Tsarkin. Para él ya no eran tan buenas. Cuando apartó la mirada, descubrió a Sánchez en la puerta, con dos latas de cerveza en las manos.
-¿Quién era? -preguntó el capitán al entrar.
-Una llamada del periódico -mintió Hernández.
Sánchez le miró por un instante, después le ofreció una de las latas y observó cómo Hernández la abría tirando de la anilla.

El periodista se bebió un trago de cerveza helada, cerveza alemana; desconocía la marca, pero la bebida era fuerte y refrescante. Miró a Sánchez.
-Es buena -dijo.
-¿Qué querían? -le preguntó el-policía después de asentir al comentario de Hernández.
-Querían saber si había acabado.
Sánchez bebió un trago. El calor era sofocante, no pasaba ni una gota de aire por la ventana abierta. El sudor le corría por las mejillas. Se secó la frente con el dorso de la mano.
-¿Y qué les ha dicho? ¿Que ha terminado?
-Sí.

-Bébase la cerveza. Después nos ocuparemos del coche. Si fuera un policía como Dios manda, le encerraría en la cárcel por conducir un coche en ese estado.
Hernández sonrió. Se bebió la cerveza de un trago. Después se guardó la libreta en el bolsillo del pantalón, e hizo lo mismo con el bolígrafo.
-El boli es mío, amigo.
-Gracias-dijo Hernández, sonriendo mientras se lo devolvía.
Sánchez dejó la lata de cerveza vacía y señaló la puerta.
-Venga, salgamos de aquí. Los cadáveres me producen escalofríos.
Hernández miró por última vez el cuerpo del viejo. Después se volvió y siguió al capitán.
El periodista regresó a la ciudad por las calles calurosas y polvorientas, y dejó el coche en el aparcamiento de La Tarde. El viejo motor funcionaba ahora a la perfección; se prometió a sí mismo que lo llevaría al taller en cuanto tuviera tiempo.
Subió las escaleras hasta la sala de redacción, y saludó a sus colegas antes de sentarse a su mesa y encender el terminal del ordenador. Sólo tardó quince minutos en redactar un artículo sobre el suicidio del viejo: los hechos esenciales, el nombre, la dirección y los antecedentes que le había facilitado Sánchez. Lo escribió todo de memoria, sin necesidad de consultar la libreta que tenía sobre la mesa.
Eran casi las cuatro cuando entregó el artículo al editor; había acabado su jornada de trabajo. Miró a su alrededor en busca de Mendoza, pero no estaba. Mejor, le habría invitado a una cerveza y Hernández tenía otras cosas en mente. Sacó la libreta y leyó otra vez lo que había escrito al salir de la casa de Tsarkin: viernes, de siete a nueve. Suite ciento veinte. Hotel Excelsior.
Dentro de dos días. La pregunta era: ¿Por qué Tsarkin había alquilado una suite por dos horas? ¿Para una reunión? Tenía que ser una reunión.
Si estaba en lo cierto, necesitaba un plan, un plan que le permitiera estar allí, en la suite, escuchar lo que se decía. Ordenó el escritorio, fue al aparcamiento y tras subir al coche, condujo hasta el Excelsior, en la calle Chile.
El vestíbulo del hotel estaba muy concurrido. Era como un palacio, lleno de alfombras orientales y maderas oscuras; el mejor de la ciudad. Ya había pasado una noche allí, cuando le pidieron que ayudara a preparar unos artículos a una guapa periodista estadounidense que se encaprichó de él. Después de acabar el trabajo, ella le preguntó si podía acompañarla a su habitación. La pareja pasó una noche y un día juntos; se dedicaron a hacer el amor, a beber champán, y a pedir al servicio de habitaciones que les subieran las comidas. Por fortuna, el periódico de la muchacha fue muy generoso con las dietas. Hernández subió en el ascensor hasta el primer piso y no tuvo problemas para encontrar la suite. Antes de bajar de nuevo al vestíbulo, tomó nota de los números de las habitaciones vecinas y de la disposición de la planta. Después, salió a la calle, y subió al viejo Buick que se hallaba aparcado a unos veinte metros de la salida de incendios del hotel. Tomó buena nota de las puertas.
Todavía hacía mucho calor, por lo que condujo con las ventanillas bajadas hasta su apartamento, fumando y con la mente ocupada en elaborar un plan. Tsarkin había sido la clave de todo este asunto. Pero ahora estaba muerto y sin embargo era la única pista real de la que disponía.
Cuando entró en su apartamento, al cabo de veinte minutos, oyó el zumbido suave del aparato de aire acondicionado, junto a la ventana. Se había olvidado de apagarlo al salir. Ahora se estaba fresco, a gusto, y él tenía mucho calor.
El apartamento dominaba la ciudad; la vista panorámica del río al sur de Asunción era preciosa. A Rudi le encantaba. Un piso de soltero, pequeño, un solo dormitorio, con un sofá en la sala donde había dormido durante la estancia de Érica. Fue a la cocina, se sirvió una copa grande de whisky, le agregó unos cubitos de hielo y después se sentó junto a la ventana, para mirar abstraído los barcos que navegaban por el río Paraguay.
Algunas veces odiaba Asunción; otras la amaba.
Miró la fotografía de sus padres en la estantería del rincón de la sala. ¿Por qué razón elegiría su madre una ciudad dejada de la mano de Dios como Asunción? Sin embargo, para él era su hogar. Aquí se sentía mucho más a gusto que en la tierra natal de su madre. Había muchas cosas que odiaba de la ciudad, y también muchas que le encantaban. Detestaba la pobreza, la corrupción; amaba las muchachas, el sol, el trato de los mestizos.

Se bebió el resto de la copa de whisky de un solo trago y la dejó sobre la mesa. Todavía podía oler el perfume de Érica en la habitación.
Volvió a mirar la foto, su padre moreno, guapo y sonriente; su madre rubia, también guapa, a,unque sus facciones nórdicas le hacían mostrar una sonrisa tensa, forzada. Tendría que haber sonreído más. Pero nunca había tenido muchos motivos para hacerlo. Ésa era una de las ventajas de ser mestizo: él sonreía más.
Sonrió al pensar en la suite del hotel Excelsior, y el plan apareció en su cabeza con tanta claridad, que cogió el teléfono en el acto y marcó un número, con las manos temblorosas por la excitación y el miedo.
Quizá la vieja india de la calle Estrella había acertado. Quizás Érica le traería suerte.
Ojalá fuera verdad. Porque si no, podía darse por muerto.

5

Richmond, Surrey, Inglaterra 24 de noviembre

No había transeúntes en la tranquila calle de casas victorianas de ladrillos rojos, y el pequeño parque de enfrente estaba vacío en este día invernal.
El taxi negro se detuvo delante del número veintiuno; Volkmann pagó al chófer y se apeó. Estaba nublado, hacía frío, y mientras recorría el camino estrecho hasta la puerta le pareció que estaba a punto de nevar. El jardín se veía descuidado; los hierbajos ahogaban los rosales desnudos.
Cuando Volkmann abrió la puerta, escuchó el débil sonido de la música que provenía del cuarto del fondo; sonrió. Noche y día de Cole Porter.
Dejó la maleta junto a la entrada y pasó por delante del pequeño recibidor. A través de la puerta abierta vio las fotografías con marcos de plata sobre la repisa de la chimenea y el aparador de nogal con los objetos que la anciana había juntado durante cuarenta años.
En la cocina, la gran cocina económica lanzaba una ola de calor que se colaba por la puerta abierta del fondo; la música sonaba más fuerte a medida que se acercaba.
La anciana se encontraba sentada junto a la ventana del cuarto de música, con la cabeza, de pelo gris, baja sobre el Steinway. El bastón con empuñadura de plata descansaba sobre la madera negra pulida. Le miró cuando asomó la cabeza por la puerta, y sonrió antes de quitarse las gafas.
-Pensaba que ya no vendrías.
Volkmann le devolvió la sonrisa y se acercó a ella para darle un beso en la mejilla.
-Sólo me quedaré dos días. Tengo que regresar el sábado.
-No importa-respondió la anciana. Le acarició la mejilla-. Me alegra verte, Joseph. ¿Qué tal el vuelo?
-Tuvimos un retraso de dos horas. ¿Por qué no vamos a la cocina? Está más caliente. -Le alcanzó el bastón y la ayudó a caminar hacia la puerta, sosteniéndola del brazo porque cojeaba-. He conseguido entradas para la función de esta noche en el Albert Hall. ¿Podrás venir?
-¿Esta noche? Es magnífico, Joseph.
-Es un concierto de Per Cannni. Las cuatro estaciones. -Le sonrió a la anciana-. ¿Cómo está mi paciente?
-Mucho mejor ahora que estás aquí. Tomaremos el té y me contarás cosas de Estrasburgo.
La casa estaba como siempre; los mismos olores, la misma paz y tranquilidad que le envolvía como una crisálida, y la música como telón de fondo. Por la radio emitían una selección de obras de Bach.
Tomaron el té en la cocina. La anciana puso un plato de galletas junto a la taza de Volkmann que él no probó. Otra vez se encontró dominado por la vieja culpa de que su madre viviera sola en aquel antiguo caserón, valiéndose sólo de su bastón de plata. Estaba a punto de cumplir sesenta y cinco años, y Volkmann la recordaba más joven cada vez que venía. Miró las fotos que había colgadas sobre la chimenea de la cocina; sus padres fotografiados treinta años atrás, el pelo oscuro sobre la cara mientras le sonreía a la cámara; él mismo de niño sentado en las rodillas de su madre delante de la casa en Cornwall.
-Habíame de Estrasburgo.
-No hay mucho que decir -contestó Volkmann. Dejó la taza de porcelana blanca sobre la mesa-. Todavía queda mucho por hacer. Hemos tardado casi dieciocho meses en conseguir que las cosas comiencen a

funcionar. Y también hay mucha desconfianza. Los franceses no confían en los ingleses, y nosotros no confiamos en ellos. -Sonrió-. Los italianos, desde luego, no confían en nadie. Para que después hablen de la cooperación mutua en temas de seguridad.
-¿Qué hay de Anna? ¿Tienes noticias de ella?
-Me llama de vez en cuando. Ha conocido a un oficial de la academia militar.
-¿Le conoces?
-No. Se graduó cuatro años después que yo. -Se levantó, puso una mano sobre el hombro de su madre y sonrió-. Ven. Quiero que toques para mí. Tenemos tiempo antes del concierto. Después llamaré a un taxi y les diré que nos recojan a las siete.
Mientras viajaban en el taxi hacia la ciudad comenzó a nevar. Primero con suavidad y, después, con furia. Cuando llegaron al Albert Hall había un manto de nieve sobre las calles de Londres, y el tráfico convertía aquel blanco virginal en una masa grisácea.
Unas cuantas personas en el vestíbulo reconocieron a su madre y se acercaron a saludarla. Después del concierto se reunieron con unos amigos de ella para ir a cenar a un restaurante italiano cerca del teatro, gente que conocía de los viejos tiempos, de las grandes giras de conciertos por Europa. A uno de ellos, un diplomático italiano que Volkmann no había visto nunca, su madre lo conoció, junto con su esposa, según le dijo, en uno de sus conciertos en Ravena. El hombre rondaba los sesenta, de pelo gris, aspecto distinguido, alto para ser un italiano, con un aire teatral que Volkmann consideró más adecuado para una carrera en el escenario que no para el servicio diplomático. No había visto a la anciana desde hacía ocho años, pero la recordaba con cariño.
-Usted es mucho mejor concertista que el intérprete de esta noche, mi bella señora. Debe usted venir a Roma. Yo me ocuparé de los detalles.
Era una exageración pero a ella le alegró. En los postres, la conversación derivó a temas de política.
-Todo el mundo está preocupado. Hay tanta inestabilidad... -El diplomático italiano hizo un gesto de conformismo-. Sólo nos queda la esperanza. Mi gobierno ha ratificado un nuevo préstamo a ciertas empresas de suma importancia para el país, que está en dificultades. Pero los bancos..., los bancos dicen que no hay dinero. ¿Dónde iremos a parar?
El italiano volvió a expresarse con un gesto teatral, y siguió tomándose el postre. No dejaría de comer en los mejores restaurantes, pensó Volkmann, ni de beber los mejores vinos. Lo que ocurriera en su patria no le afectaría en lo más mínimo. Pero lo que había dicho le hizo pensar en el comentario de Sally Thornton.
Era más tarde de la una cuando el taxi enfiló la calle. Había dejado de nevar, y al llegar al parque, la anciana le pidió al conductor que parara: deseaba caminar un poco hasta la casa porque el ejercicio le sentaría bien. Volkmann la ayudó a bajar del taxi y la sujetó del brazo; se les hundieron los pies en la nieve fresca pero su madre no hizo caso de sus protestas, afirmó que se sentía mejor. La velada le había sentado de maravilla.
Los árboles del parque tenían un aspecto fantasmal cuando pasaron delante de la entrada. La nieve recortaba las ramas y los espacios abiertos eran una extensión gris en la oscuridad.
La anciana había dejado de cojear. Su padre le dijo una vez que, cuando alguien con temperamento artístico caía enfermo, el médico lo único que le debía recetar era una dosis de aplausos y nada de pildoras. Volkmann sonrió en la oscuridad al recordar el comentario.
-¿No crees que Carinni estuvo divino? -le preguntó su madre.
Habían llegado a la entrada del parque, y él la miró directamente a la cara.
-Te he oído tocar mejor a ti.
-Eres un mentiroso, Joseph -afirmó la anciana con una sonrisa-. Pero sabes cómo ganarte el corazón de una vieja. -Se detuvo para recuperar el aliento, y Volkmann la observó contemplar el parque nevado y atravesar los portones abiertos. Se mantuvo cerca-. Esto me recuerda...
-Dímelo.
-Cuando era una niña. La Navidad. En Budapest siempre nevaba en invierno. -Ella le miró y Volkmann vio el rostro de su madre entre brumas-. Pero de eso hace tanto tiempo... Mucho antes de que conociera a tu padre.
-Cuéntamelo otra vez.

Volkmann lo había escuchado antes, muchas veces; las palabras eran una letanía reconfortante. La época de la abundancia en Budapest, la llegada de la Navidad. Cuando la bandera azul ondeaba sobre el lago helado en la plaza Octogonal, el hielo era lo bastante grueso para soportar los giros de los patinadores, y las llamas de las velas rojas ardían en las ventanas de las casas calientes, calientes como hornos, el olor de las lámparas de aceite y las gruesas columnas de humo de las chimeneas que se elevaban en el aire helado. El Budapest de antes, la ciudad de su niñez. Pero la mujer permaneció en silencio. Volkmann la miró y vio las lágrimas en sus ojos. Le tocó el brazo suavemente.

-Vamos, cogerás frío.

La anciana volvió la cabeza para mirar el parque nevado. Volkmann la sujetó del brazo antes de que la melancolía pudiera afianzarse en ella. Mientras la miraba a la cara recordó a la mujer joven en la playa de Cornwall, tantos años atrás. Ella le miró y él vio la pena reflejada en sus ojos llorosos.

-Le echo de menos, Joseph. Le echo tanto de menos.

Volkmann se agachó y sujetó cariñosamente entre las manos el rostro arrugado de su madre. La besó en la frente.

-Los dos le echamos de menos.

6

Asunción

Viernes, 25 de noviembre

El gigantesco Iberia 747 hizo la maniobra de aproximación final y comenzó el descenso hacia el aeropuerto de Campo Grande.

Entre todos los pasajeros que se encontraban a bordo del vuelo que se dirigía a la capital paraguaya, no había ninguno tan exhausto como aquel hombre de mediana edad, vestido con un traje azul arrugado, que ocupaba un asiento en la fila veintitrés.

El vuelo de Munich a Madrid había sido tolerable, pero el largo trayecto de Madrid a Asunción estaba dejando sentir sus efectos. Ahora le dolía todo el cuerpo por efecto de la deshidratación.

Habían pasado casi tres meses desde su última visita a Paraguay. En aquella ocasión no lo había pasado bien, y dudaba de que en ésta fuera diferente. Los mosquitos. El calor. Los temperamentales nativos. Pero esta visita sería más corta, veinticuatro horas, y daba gracias por ello.

El hombre del traje azul oscuro cogió el maletín de cuero que tenía a sus pies y lo abrió. Revisó con mucho cuidado los documentos para comprobar que todo estaba en orden.

Una azafata muy guapa recorrió el pasillo para comprobar por última vez los cinturones de seguridad. El hombre levantó la mirada; vio las piernas bronceadas y las caderas delgadas que se contoneaban rítmicamente. La joven se detuvo cuando llegó a su lado, le dijo algo rápido en castellano, y señaló el maletín antes de alejarse. El hombre lo cerró, lo guardó debajo del asiento de delante, y se reclinó en la butaca.

A través de la ventanilla de babor atisbo los extensos y desperdigados suburbios de Asunción: los ranchos de adobe de techos planos y paredes encaladas, blancas y amarillas, y las barracas de los barrios con techados de cinc. Por un momento temblaron las entrañas de aquel enorme aparato, se oyó el zumbido de los alerones y el golpe sordo del tren de aterrizaje al desplegarse.

Cinco minutos más tarde vio cómo se acercaban a las luces amarillas de la pista, y, después, sintió rodar las ruedas sobre el pavimento cuando el aparato tocó tierra en un aterrizaje perfecto.

Tardó veinte minutos en recoger su maleta de la cinta transportadora y pasar por el control de aduanas.

En el vestíbulo de llegadas, un joven alto y rubio se destacaba de entre las demás personas porque sostenía un cartel en el que podía leerse: Pieter De Beers. Meyer fue a su encuentro; el joven le cogió la maleta y le invitó a que le acompañara con un ademán. Muy cerca de la salida había aparcado un Mercedes negro manchado de barro. Meyer vio a los tres hombres que esperaban en el interior. Schmidt, sentado, impasible, como una roca en el asiento delantero y los otros reclinados hacia atrás. Todos ellos vestían trajes impecables y sonrieron al ver a Meyer. Uno era joven, de unos treinta y

tantos años, fornido, llevaba un traje gris claro, y el pelo peinado con gomina. No era guapo pero sí atractivo; su rostro, ancho, estaba muy curtido de haber estado tantos años expuesto al sol.
El segundo hombre ya había cumplido los sesenta, aunque no los aparentaba. Era alto, delgado y muy guapo. Su pelo, peinado hacia atrás, tenía más de plata que de gris y resaltaba el moreno de su tez. Parecía un diplomático, muy seguro de sí mismo. Vestía traje gris oscuro, camisa blanca y corbata de seda roja, y sus hermosos ojos azules irradiaban confianza y carisma. Levantó una mano y volvió a sonreír cuando Meyer se acercó.
El joven rubio guardó la maleta de Meyer en el maletero del coche y Schmidt se bajó para abrirle la puerta de atrás. Cuando Meyer se sentó, los dos pasajeros le estrecharon la mano por turno.
-¿Has tenido un vuelo agradable, Johannes? -le preguntó el hombre de pelo gris.
-Ja, danke. -Meyer sacó un pañuelo del bolsillo superior de la chaqueta, y se secó la frente. Incluso con aire acondicionado el calor era insoportable. Se sentía físicamente agotado después del viaje y confiaba en que la reunión no durara mucho; estaba seguro de ello. Se volvió hacia el joven de pelo oscuro y le preguntó-: ¿Algún problema?
Kruger le miró y sacudió la cabeza.
-No -respondió-, pero hay malas noticias.
-¡Oh...! -exclamó Meyer, de pronto inquieto. Se preguntó si tendría algo que ver con el proyecto. No podía ser, se dijo a sí mismo, todo estaba en orden, no había ninguna duda.
-Ya hablaremos durante el viaje, Johannes -añadió Kruger, que se inclinó hacia delante para tocar el hombro del chófer-. Al hotel, Karl.
Mientras el coche se ponía en marcha, Meyer se recostó en el asiento, se secó la frente y maldijo en silencio el calor, al tiempo que se preguntaba cuáles serían las malas noticias.
Rudi Hernández estaba cansado. Se había ido a dormir a las tres de la madrugada después de repasar el plan y comprobar el equipo que Ricardo Torres le había prestado el día anterior.
"Asegúrate de devolvérmelo entero", le había recomendado Torres. "De lo contrario mi jefe me echará de una patada en el culo, y acabaré vendiendo palomitas en la puerta del zoológico, ¿comprendes?"
Comprendes.
El equipo era muy caro. Torres le había enseñado el funcionamiento y cuando acabó, repitió la pregunta que le había hecho cuando Hernández llamó por primera vez: "¿Qué vas a hacer con todo esto, amigo? -Hernández le respondió con una sonrisa enigmática-: Un trabajo clandestino. De acuerdo, pero me pagarás cualquier daño -afirmó Torres, que le miró intrigado-. No lo olvides, Rudi."
Hernández le prometió que no lo olvidaría. No habría ningún problema. Sólo necesitaba el equipo por una noche. Se lo devolvería intacto.
Por la mañana fue a trabajar temprano a La Tarde, acabó a las tres y regresó directamente a su apartamento. Lo tenía todo preparado, pero lo repasó una vez más, para que no hubiera errores, ningún fallo.
Después pensó en tomar una copa pero desistió. Necesitaba estar sobrio y con la cabeza despejada, no quería poner en peligro el plan. Había mucho en juego. Pensó en llamar a Érica, sólo para saludarla, oír su voz, porque ahora estaba excitado, nervioso, aprensivo, deseaba que todo saliera bien. Si el plan funcionaba tal y como lo había pensado, tendría mucha suerte. Eso si funcionaba.
En caso contrario se vería en un grave aprieto, a menos que pudiera salir del hotel a toda prisa. Recordó la salida de emergencia en el primer piso que llevaba a la parte de atrás del hotel. Podía necesitarla.
Fue a la cocina, se sirvió una coke tibia, echó un puñado de cubitos de hielo en el vaso y volvió a la sala. Cuando se sentó, tomó un sorbo, encendió un cigarrillo y, sin dejar de pensar en el plan, intentó ver los tallos. No los fallos reales, sólo los riesgos.
Apagó el cigarrillo en el cenicero y volvió a levantarse, consciente de la inquietud que le provocaba la ansiedad. En el dormitorio cogió la maleta con el resto de las cosas que necesitaba y regresó a la sala. La colocó sobre el sofá y la abrió. Comprobó que no faltara nada, y entonces dirigió su atención al equipo que le había prestado Torres, y que se hallaba preparado sobre la mesa de centro.
Tomó las distintas partes del instrumental y las depositó cuidadosamente entre las ropas que guardaba en la maleta, asegurándose de que el equipo no pudiera recibir ningún golpe. Torres le había advertido

que era muy delicado. Cuando acabó, lo repasó todo una vez más, cerró y marcó una nueva combinación en la cerradura.
Sintió un escalofrío de miedo. Le temblaban las manos y tenía las palmas sudadas. Le pareció que las tenía así desde hacía cuarenta y ocho horas. Sentía el calor a pesar del aire acondicionado. Inspiró con fuerza y soltó el aliento poco a poco.
"Relájate, amigo. Tranquilo. Si no acabarás muerto antes de empezar."
Miró el reloj. Las cinco y media. Tenía el tiempo justo para cambiarse y marchar.
El gran Mercedes negro avanzó lentamente entre el tráfico vespertino que entraba a la ciudad. El cristal de separación entre el chófer y los pasajeros estaba cerrado y los tres hombres podían hablar en privado. Meyer vio, a través de los cristales oscuros, cómo se encendían las farolas a medida que oscurecía, y también los coches más pequeños que pasaban por los otros dos carriles. Cada vez estaba más cerca del centro, más cerca de la última reunión en este país espantoso.
Una camioneta amarilla destartalada pasó junto al Mercedes. La conducía un indio que llevaba un sombrero vaquero. A su lado iba la esposa, una señora gorda con un niño que lloraba a moco tendido en el regazo. Tenía las ventanillas bajadas, y en la radio sonaba a toda pastilla, música de arpa paraguayana. En la parte de detrás de la camioneta, media docena de chiquillos sucios y de piel cobriza bailaban como monos. Uno de ellos le hizo una mueca y le enseñó el culo.
"Sucios y asquerosos latinos." Meyer se volvió disgustado. ¿Cómo podía su gente soportar todo esto? Miró a Kruger. No aguantaba más la tensión.
-¿Qué noticias son esas que me has dicho...?
-Se trata de Tsarkin. Se disparó un tiro hace dos días.
-¿Está muerto? -preguntó Meyer sorprendido.
-Da igual, sólo era cuestión de horas -contestó Kruger-. Tenía cáncer. Así que optó por la vía rápida. Le envió una carta a Franz antes de hacerlo. Dijo que no podía soportar más el dolor. Nos deseó mucha suerte y se lamentó de no poder ver el final.
Meyer pareció comprenderlo. Recordó vagamente algo que Franz le había comentado sobre la salud de Tsarkin.
-Una gran pérdida -comentó Meyer. Entonces le asaltó un pensamiento, un pensamiento terrible. "¿Los documentos...?" Su rostro reflejó su preocupación cuando miró al hombre de pelo gris.

-No tienes de qué preocuparte, Johannes -dijo el hombre con una sonrisa-. Tsarkin quemó todos los papeles. Todos. No hay nada que pueda delatarnos. Nada.
-¿Lo comprobó nuestra gente?
Esta vez fue Kruger el que respondió.
-Franz visitó la casa después de que se fuera la policía. No hay ningún motivo para preocuparse. Habló con los sirvientes. Para la policía sólo es un caso de suicidio.
-¿Revisó el estudio y las pertenencias de Tsarkin?
-No había más que unos cuantos álbumes de fotos viejas. Se los llevó.
-¿Y la caja fuerte?
-El propio Tsarkin se encargó de vaciarla. Lo quemó todo antes de apretar el gatillo. -Miró a Meyer-. Estoy seguro de que Franz lo comprobó.
-¿Y los arreglos para la reunión? -preguntó Meyer.
-Tsarkin dijo que había hecho la reserva en el hotel como siempre. Franz lo verificó para estar seguro. Todo en orden. -Kruger hizo una pausa. Sonrió-. El viejo Nicolás era un hombre muy precavido. Tan precavido en la muerte como en la vida.
Kruger miró por la ventanilla. El hombre de pelo gris se arrellanó en el asiento. Meyer hizo lo mismo, aliviado.
Hernández llegó al Excelsior a las seis menos diez y aparcó el Buick a veinte metros de la salida de emergencia que daba al aparcamiento.
Se aseguró de que no hubiera nadie más en el lugar antes de acercarse a las puertas. Apoyó las manos contra el metal y empujó. Las puertas estaban cerradas con cerrojos automáticos que sólo podían

abrirse desde el interior. Lo había verificado antes para asegurarse de que funcionaban. Probablemente no tendría que usarlas pero no quería correr riesgos.
Había una fila de cubos de basura metálicos, a unos veinte metros de la puerta trasera de la cocina del hotel, pero no obstruían la salida, atisfecho, regresó al coche, sacó la maleta y dejó la puerta sin cerrar. Dio la vuelta al edificio para entrar por la puerta principal.
Llevaba gafas de sol, y un traje gris que no se había puesto desde hacía años. El traje estaba pasado de moda y le venía pequeño, pero le daba un aspecto respetable con la camisa blanca planchada y la corbata de seda azul. A duras penas se había reconocido a sí mismo en el espejo cuando se vistió después de ducharse; el pelo peinado hacia atrás y oscurecido por la gomina.
Mientras cruzaba el vestíbulo iluminado, vio detrás del mostrador a un hombre gordo, con traje oscuro, que ordenaba unos papeles. El recepcionista le miró.
-¿Señor?
-Tengo una reserva para esta noche. Me llamo Ferres.
-Un momento, señor. -El hombre gordo se volvió hacia el terminal del ordenador y tecleó el nombre con sus dedos rechonchos. Sin mirar a Hernández, añadió-: Señor Ferres. Habitación ciento cuatro. Primer piso. -El empleado le indicó con una sonrisa anodina-. La última habitación libre. Ha tenido suerte.
"Así lo espero", pensó Hernández. Había hecho la reserva el día anterior. Para conseguir una habitación en el primer piso le explicó al recepcionista que había estado antes en aquel piso y le gustaba la vista. Esperó ansioso mientras hacía la comprobación y respiró aliviado cuando el empleado le dijo que sí, aunque era una habitación doble. Hernández le respondió que no tenía inconveniente.
-¿El señor pagará en efectivo o con tarjeta de crédito?
-En efectivo -contestó Hernández-. Y prefiero pagar ahora. Me marcho mañana por la mañana a primera hora.
-Muy bien, señor.
-Espero la visita de unos amigos. Por favor, envíe inmediatamente a la habitación una botella de champán y una bandeja de canapés.
-Desde luego, señor. Ahora mismo. -El hombre gordo cogió el teléfono, llamó al servicio de habitaciones, dio el número de la habitación y el encargo de Hernández; después colgó con otra sonrisa anodina-. Un momento, señor, ahora le preparo la cuenta. Llamaré a un botones para que suba el equipaje.
Tres minutos más tarde, después de pagar la cuenta, Hernández se bajó del ascensor en el primer piso. El botones, con la maleta, le acompañó a la habitación al final del pasillo, cinco puertas más allá de la suite de Tsarkin, en el lado opuesto. Tener la habitación en el primer piso era fundamental. Y ésta era la única que quedaba libre. ¿Un buen augurio? Después de hacer la reserva había vuelto al hotel para examinar la disposición de la planta. La habitación que le habían dado era perfecta, ni demasiado lejos ni demasiado cerca.
Hernández entró detrás del botones que encendió las luces, dejó la maleta en un estante y esperó la propina. Le dio un billete y el botones sonrió; le deseó las buenas noches y se marchó.
Se acercó a la ventana y miró afuera: las luces se empezaban a encender por todas partes. En la ciudad anochecía deprisa y la oscuridad le inquietaba un poco, le hacía temer que el plan no funcionara.
Ahora tenía miedo de verdad. Tragó saliva para aliviar el nudo que le oprimía la garganta y miró la hora. Las seis de la tarde. El ocupante de la suite no tardaría en llegar. Llamaron a la puerta. Se pegó un susto de muerte antes de comprender quién era.
Dejó entrar al camarero sonriente que empujaba un carrito de té con el champán y los canapés, y le observó mientras escuchaba su charla.
El camarero dejó el carrito en el centro de la habitación y con muchos aspavientos se dispuso a servir la bebida. Hernández le dijo que dejara el carrito y que no abriera el champán.
-Desde luego, señor. -Hizo una reverencia y se dispuso a marcharse, pero sin llegar a salir de la habitación; una técnica muy practicada.
-Excelente servicio -dijo el periodista. Sacó unos billetes del fajo que llevaba en el bolsillo-. ¿Cómo se llama?
-Mario, señor. Mario Ricardes.
-Muchas gracias, Mario. -Le dio la propina y el hombre se marchó después de hacer otra reverencia.

Hernández miró el champán y los canapés. El reportaje le iba a costar una fortuna. Esperaba que valiera la pena. El champán era francés y caro; junto al cubo con hielo, estaban las seis copas. Los canapés tenían un aspecto delicioso: triángulos de pan fresco crujiente con salmón ahumado, anchoa, queso y paté, todos perfectamente dispuestos en una bandeja de plata. Pero no tenía apetito. El miedo le oprimía el estómago como un puño helado y, al mismo tiempo, sudaba profusamente. Intentó no pensar en lo que le esperaba.

Se sentó, abrió la maleta, sacó todo lo que necesitaba y lo dispuso sobre la cama. Trabajó deprisa. Cuando acabó de montar el equipo, volvió a sentarse y encendió un cigarrillo. Había tardado diez minutos. Marcó el número de la suite ciento veinte. No obtuvo respuesta.

Por fortuna, el que fuera a utilizar la suite todavía no había llegado. Si le hubiera contestado alguien le habría dicho que se había equivocado de número.

Hernández volvió a consultar el reloj. Las seis y diez. Apagó la colilla en el cenicero de cristal y se levantó nervioso. Era la hora de bajar al vestíbulo.

Cuando el Mercedes se detuvo delante del Excelsior, Meyer advirtió que no era el mismo hotel de la vez anterior. Sin embargo, ya lo habían utilizado antes, muchas veces, él y Winter, aunque nunca juntos. A las reuniones para entregar los informes ellos asistían por separado y alternativamente. Los hoteles siempre habían sido idea de Tsarkin, tanto la ubicación como la suite, cada vez distintas, para evitar el espionaje electrónico o que les oyeran. Mejor que las casas de Franz o de Tsarkin donde los ojos y los oídos de los criados y los vecinos eran una verdadera amenaza para la segundad.

Desde luego, la casa en el Chaco era el lugar ideal, pero estaba demasiado lejos y en la estación lluviosa los caminos eran intransitables. Los hoteles eran lo mejor, y más discretos. Los hombres de negocios y los turistas entraban y salían sin que nadie se fijara en ellos.

Schmidt y el chófer se apearon del coche y abrieron las puertas. Kruger y Schmidt dirigieron la marcha hacia el vestíbulo. Meyer caminó junto al hombre de pelo gris.

Esperaron mientras Kruger se presentaba en recepción, cargado con el maletín. Meyer contempló el lujo que le rodeaba. El vestíbulo estaba tranquilo. Un par de chicas guapas en minifalda se hallaban sentadas en los sillones de cuero. Un joven vestido con un traje gris, que le venía pequeño, leía el periódico cerca de ellas. ¿Sería el chulo? Las muchachas eran muy guapas. Quizá, después, Franz y él tendrían tiempo de divertirse un rato. Conociendo a Franz tendría algo preparado.

Vio cómo Kruger se encaminaba hacia ellos.

-¿Qué número de habitación tenemos? -preguntó Meyer en alemán.

-La ciento veinte -contestó Kruger.

Todos le siguieron hasta el ascensor.

Las seis y cuarto. Hernández compró el periódico y se instaló en un sillón del vestíbulo de cara a la recepción. La música ambiental sonaba en todo el recinto, pero él tenía una capacidad de observación casi perfecta y si se concentraba, podía escuchar lo que se decía en el mostrador.

Un par de sillones más allá había dos chicas guapísimas muy provocativas. Llevaban la falda abierta por el costado, tacones altos y un maquillaje perfecto. Eran profesionales que hacían la ronda por los hoteles. Una de las muchachas le sonrió. Él no le hizo caso, se reprimió y abrió el periódico. Simuló que leía, pero en realidad no apartaba la vista de la entrada.

Diez minutos más tarde vio a aquellos hombres. Su mirada se desvió instintivamente hacia la entrada cuando les oyó entrar en el vestíbulo. Los cuatro vestidos con trajes, todos con aspecto europeo. Hernández sospechó de ellos en el acto; no llevaban equipaje, únicamente dos maletines. Quizá sólo eran hombres de negocios que volvían de una reunión en la ciudad, pero el instinto le dijo lo contrario.

Saltaba a la vista que uno de ellos era un guardaespaldas, un gigante que se sentía incómodo con su traje de lino. Caminaba por delante del grupo, el pecho como un barril, el pelo rubio cortado casi al rape. Tenía un andar marinero, lento y torpe, y parecía estar hecho de granito. Era el tipo de hombre al que sólo se podía hacer frente si se estaba respaldado por un ejército, pensó Hernández.

El segundo hombre era fornido, rondaba los treinta y tantos, y llevaba el pelo engominado. El maletín le daba un aspecto de ejecutivo. El tercero era bajo, de mediana edad, y vestía un traje azul arrugado. Sostenía el maletín debajo del brazo. Parecía fatigado, muy fatigado; el rostro carnoso, macilento,

como si hubiera estado bebiendo o soportado un viaje muy largo. El cuarto hombre destacaba del grupo. Alto, delgado, de facciones distinguidas y el pelo gris peinado hacia atrás.
El hombre fornido se acercó al mostrador mientras los demás esperaban unos pasos más atrás. Hernández prestó atención intentando separar la música ambiental de las voces, pero el hombre habló en voz baja, muy baja.
"Sí, señor...", oyó que decía el recepcionista, y después un murmullo de palabras en castellano. De pronto la música ambiental subió de volumen, y casi apagó las voces. "Mierda. Habla más fuerte, amigo. Más fuerte", rogó Hernández para sí mismo.
"Está todo preparado, señor..." Más murmullos. "Maldita sea." No había podido oír el número de la habitación. Iba a levantarse para acercarse más, cuando vio que uno de los hombres, el de aspecto fatigado, le observaba después de mirar a las muchachas. Cambió de posición, y miró hacia abajo simulando que consultaba el reloj. No quería que aquel hombre le viera la cara. Empezó a desplegar el periódico cuando oyó el murmullo de una voz que hablaba en alemán, la lengua de su madre, la lengua de la infancia. Era el tipo del traje azul que le preguntaba algo al hombre fornido, cuando pasaron junto a él camino del ascensor.
-Welche nummer?
-Ein hundert zwanzig.
¿Qué número? Ciento veinte. Hernández tembló de excitación y después sintió pánico.
Eran ellos. Los observó mientras se dirigían hacia el ascensor. El mayor, el de pelo gris, iba en el centro del grupo. Hizo un comentario y los demás lo celebraron con sonrisas y carcajadas, pero Hernández no lo pudo oír; estaban demasiado lejos.
Se abrió la puerta del ascensor y los hombres entraron. Hernández abandonó el sillón, y observó los números indicadores de los pisos. Se encendió la luz del primer piso. Esperó un minuto antes de ir al segundo ascensor y entró sin perder un instante. En el momento en que apretó el botón del primer piso, sintió el miedo en la boca del estómago.
Cuando bajaron del ascensor, Schmidt les guió hacia la suite, insertó la tarjeta en la cerradura y entró primero; casi rozó el marco con la cabeza. Encendió las luces, inspeccionó la habitación y corrió las cortinas, con movimientos desmañados pero rápidos.
Kruger entró después seguido por los demás. Mientras Meyer cerraba la puerta, Kruger abrió su maletín, sacó un detector electrónico manual, lo sostuvo a la altura del pecho, y dio una vuelta en círculo, con la mirada puesta en la bombilla roja del artefacto, atento a cualquier señal de alarma, pero no hubo ninguna. Nunca la había, sólo era una precaución. Guardó el aparato y dijo:
-Está limpio.
Schmidt se sentó junto a la puerta y cruzó los brazos; de su enorme pecho se destacaban dos bultos. Meyer sabía que uno correspondía a la pistola y el otro al cuchillo de caza. El hombre era un experto en su manejo, e impresionaba todavía más porque nunca hablaba. Su presencia en las reuniones le daba a Meyer una sensación de seguridad. Nadie podía enfrentarse a Schmidt y salir vivo. Con sólo verle se sabía que era verdad.
Mientras los tres hombres se sentaban alrededor de la mesa en un extremo de la suite, el aire acondicionado se puso en marcha. El calor y la humedad eran tremendos. Meyer se secó la frente, abrió el maletín, sacó los documentos y los apiló sobre la mesa, antes de mirar a los dos hombres que esperaban en silencio a que comenzara.
-Supongo que primero querréis que lea el informe Brandeburgo, ¿no? -preguntó Meyer.
El hombre apuesto de pelo gris juntó las puntas de sus dedos bien cuidados y sus ojos azules brillaron mientras asentía.
-Si tienes la bondad, Johannes. Sé que debes estar cansado, así que no perdamos más tiempo.
Meyer asintió y se secó una vez más la frente. Después comenzó la lectura.

7
Asunción

Hernández se hallaba delante del espejo del baño. Sudaba. Se había quitado el traje gris y las gafas oscuras. Conservaba la camisa blanca, pero esta vez con una pajarita negra. En lugar del traje llevaba el uniforme de camarero que había comprado el día anterior en una tienda de la calle Palma: chaquetilla blanca, pantalones y zapatos negros. Sin las gafas, y con el pelo todavía más engominado parecía otra persona. Se tocó la cicatriz de la mejilla derecha. No podía hacer nada al respecto.

Sabía que el plan no era perfecto. Pocos planes lo eran, y el suyo lo había pensado deprisa y corriendo; quizá tenía fallos, pero no tenía otro, y era el único que se le había ocurrido.

Si tal como pensaba estos hombres eran profesionales, entonces se habrían preocupado de revisar la suite en busca de aparatos de escucha. Este era el motivo por el que les había dado un poco de tiempo. Aunque el plan funcionara, no podría grabar toda la conversación, pero como habían reservado la suite por dos horas, al menos escucharía la mayor parte de ella.

Eso si el plan funcionaba.

Volvió al dormitorio, cogió del escritorio la hoja de papel con membrete del hotel y repasó el texto de la nota que había garrapateado- Champán y canapés. Suite ciento veinte.

Se arrodilló junto al carrito y levantó el mantel de hilo blanco que colgaba por uno de los lados. Debajo estaba el diminuto micrófono, sujeto con cinta adhesiva, que había colocado. Comprobó una vez mas que estuviera bien firme.

Satisfecho, dejó caer el mantel y se dedicó a la segunda parte del equipo que estaba sobre la cama. Era un magnetófono japonés, del tamaño de un libro. Ya había verificado el microtransmisor; funcionaba a la perfección tal como le había dicho Torres.

El magnetófono iba a pilas; Hernández insertó uno de los dos casetes que había comprado. Todo estaba listo. Tenía un cásete de reserva de dos horas por si lo necesitaba. Se puso de pie y miró el reloj. Las siete menos veinte. Les había concedido quince minutos. Confiaba en que con eso bastara.

Notó cómo el sudor le humedecía las axilas, el pecho, el cuello y la frente. Recogió la servilleta blanca del uniforme (un detalle bonito) se secó la frente con ella y se la colocó sobre el antebrazo izquierdo.

Estaba a punto.

Vaciló un par de segundos al pensar en Rodríguez, en el aspecto siniestro de la carne destrozada, y le estremeció un espasmo de miedo. Recuperó el control mientras caminaba con paso enérgico hacia la puerta. La abrió y miró hacia el pasillo. Vacío.

Sacó el carrito de té de la habitación, y comprobó que tuviera la tarjeta de la cerradura en el bolsillo; después cerró la puerta. Escuchó atento pero no oyó nada. Nada.

Hernández inspiró con fuerza y soltó el aire de prisa; a continuación, empujó el carrito hacia la suite ciento veinte.

Meyer tardó doce minutos en leer el informe. Se ciñó a los puntos esenciales, aunque destacó sus logros, su contribución personal, el duro trabajo realizado, la atención a los detalles de lo que se enorgullecía. Ahora vendrían las preguntas.

Cuando acabó la lectura se dio cuenta de que sobre la mesa, delante de él, había gotas de sudor: transpiraba a chorros. Cogió el pañuelo, se secó la frente y después lo pasó por la mesa. Había estado tan concentrado en los hechos, en la lectura, en lo importante que era esta etapa del plan, que había sufrido una especie de trance. Ahora que había acabado levantó la mirada. Vio la sonrisa en el rostro apuesto del hombre de pelo gris que asintió complacido.

Todos oyeron que llamaban a la puerta y se volvieron bruscamente. Meyer vio que Schmidt había desenfundado la pistola y la mantenía contra la pierna. Otra llamada, esta vez más fuerte. Kruger se levantó en el acto y fue hacia la puerta. Schmidt preguntó en castellano:

-¿Quiénes?

Kruger apartó al gigante y apoyó la oreja contra la puerta. Todos los presentes escucharon la respuesta desde el otro lado.

-Servicio de habitaciones, señor.

Kruger le hizo una seña a Schmidt y éste retrocedió un paso con la pistola preparada. Kruger abrió la puerta, manteniendo el hombro apoyado en ella, y miró por la abertura. Vio a un camarero en el pasillo, con una sonrisa estúpida en el rostro.

-No hemos pedido nada -dijo Kruger-. Se ha equivocado de habitación.

-¿De veras, señor? Oh... lo siento... -El camarero miró la hoja de papel que llevaba en la mano, después el número de la puerta y añadió-: No, señor... suite ciento veinte. Champán y canapés. Obsequio de la casa.
Kruger abrió la puerta un poco más. Vio la botella de champán en el cubo de hielo, la bandeja con los canapés. Después volvió a mirar al camarero interrogándole con la mirada. El hombre le mostró la hoja con el membrete del hotel.
-Mire, señor... lo pone aquí. Suite ciento veinte. Champán y canapés. -Kruger cogió el papel, lo examinó con atención y se lo devolvió. El camarero se encogió de hombros-. Si no lo quiere, señor, puedo llevármelo. No hay ningún problema. -Sonrió con amabilidad-. Es un obsequio del hotel para los huéspedes de las suites.
Kruger miró una vez más el carrito. Tenía sed, estaba cansado y en la habitación hacía calor. El champán helado y los canapés tenían un aspecto tentador.
-Muy bien -dijo-, puede pasar.
Kruger se apartó y el camarero empujó el carrito hasta dejarlo cerca de la mesa donde se sentaban los demás, unos metros más allá. Cuando el camarero comenzó a descorchar la botella, el hombre de pelo oscuro engominado, le dijo:
-Déjelo. Ya lo abriremos nosotros.
-Como usted desee, señor -contestó el camarero, con una expresión de agradecimiento-. ¿Necesita alguna cosa más, señor?
-No, nada.
El camarero alisó el mantel, colocó un par de copas, y tosió con discreción. Kruger captó la indirecta. Impaciente, sacó el billetero y le dio una propina.
-Muchas gracias.
Kruger le miró atento; observó la cicatriz en la mejilla del joven.
-¿Cómo se llama? -le preguntó.
-Ricardes, señor. Mario Ricardes.
Ocúpese de que no vuelvan a molestarnos, Mario.
Sí, señor. Desde luego, señor. Si necesita alguna cosa más, por favor llame al servicio de habitaciones.
Kruger asintió impaciente.
Hernández se volvió hacia la puerta, alejándose del hombre de pelo gris y cada vez más cerca del gigante rubio que ocultaba una mano detrás de la espalda. Casi ahogado por el miedo que le oprimía la garganta, pasó junto al rubio que permanecía junto a la puerta abierta. Con un esfuerzo supremo, se volvió para echar una última mirada a la habitación sin perder la sonrisa. -Buenas tardes, señores.
Con la mano apoyada en el pomo de la puerta hizo una leve reverencia mientras espiaba a los hombres que estaban sentados a la mesa; el hombre de aspecto cansado vestido de azul, y, después, una segunda mirada al del pelo gris antes de cerrarla. Dio tres, cuatro pasos por el pasillo; soltó un suspiro largo. Notó el sudor en la espalda, el cuello y la frente.
Señor...
-Caminó deprisa hacia su habitación.
Los tres hombres estaban sentados una vez más alrededor de la mesa. Meyer se sintió mejor. La interrupción del camarero había sido una pausa agradable. Tenía la garganta seca de hablar en aquella habitación húmeda, y comenzaba a notar los efectos de la deshidratación del largo viaje. El champán helado era una tentación, pero tendría que esperar. Se pasó la lengua por los labios resecos. Era el momento de responder a las preguntas.
El hombre de pelo gris se echó hacia delante. Le formuló la primera pregunta mirándole directamente a los ojos y en un tono algo brusco:
-¿El cargamento?
-Lo recogerán en Genova tal como acordamos -contestó Meyer.
-¿Y el italiano?
-Será eliminado, pero quiero estar seguro de que no despertaremos sospechas con la carga. Considero prudente esperar a que Brandeburgo sea operativo. Entonces nos ocuparemos de él junto con los demás.
El hombre de pelo gris asintió; luego escudriñó a Meyer.
-Aquellos que han jurado lealtad... debemos estar seguros de ellos.

-He confirmado los juramentos -aseguró Meyer-. Y no hay dudas sobre sus antecedentes.
Kruger se movió incómodo en la silla mientras miraba a Meyer.
-¿Y el turco? -le preguntó.
-No veo ningún problema.
-¿Y la muchacha? -quiso saber Kruger-. ¿Estás absolutamente seguro de que podemos confiar en ella?
-No nos fallará. Te lo aseguro. -Meyer miró al hombre mayor-. ¿Hay algún cambio en la lista de nombres...?
-Los mataréis a todos -afirmó el hombre.
-¿Los preparativos del viaje? -preguntó Meyer-. ¿Ya está todo organizado?
-Saldremos de Paraguay el día seis.
-El programa... -dijo Meyer, mirando a los dos hombres-. ¿Queréis que lo repase otra vez?
Los dos hombres asintieron.
Meyer se pasó el dedo por el cuello de la camisa. Incluso con el aire acondicionado el calor era insoportable. Había casi un noventa por ciento de humedad. Se ahogaba, y deseó acabar cuanto antes. Ya no faltaba mucho. Unos diez minutos. Kruger quería repasar de nuevo los puntos claves. Se humedeció los labios con la mirada puesta en el carrito, en la botella de champán que descansaba en el cubo de hielo. Una copa del líquido burbujeante y helado le hubiera venido de perlas para apagar la sed. Volvió a mirar a Kruger.
-Aquí hace mucho calor. ¿Puedo tomar un vaso de agua?
Kruger asintió.
Meyer se levantó y se fue hasta la mesa auxiliar donde había una bandeja con una jarra de agua y vasos. Se sirvió un vaso de agua tibia sin dejar de mirar el champán helado mientras bebía. Qué bien le sentaría ahora un copa. Y los canapés tenían un aspecto delicioso. El maldito carro comenzaba a distraerle.
Meyer se bebió el vaso de agua y se sirvió otro. Tenía que apartar el carrito, quitarlo de su vista. La visión de la comida y el champán helado le obsesionaba.
Alargó una mano y lo empujó con suavidad. Le sorprendió ver que rodaba con tanta rapidez. Lo vio alejarse, volar sobre la moqueta y chocar contra el escritorio en un rincón, con tanta fuerza que sacudió la mesa y estuvo a punto de hacer caer la lámpara.
Meyer se volvió y vio que Kruger le miraba. Volvió a sentarse deseando que la reunión acabara de una vez.
Todo iba de perlas hasta que Hernández escuchó el golpe en los auriculares. Estaba sentado en la cama fumando un cigarrillo. Tenía el magnetófono delante y el cásete giraba con suavidad. Los hombres hablaban en alemán, el idioma de su madre. Hernández escuchaba las voces con claridad mientras el aparato grababa la conversación en la suite ciento veinte.
De pequeño su madre le había hablado en castellano, alemán, y en ocasiones en guaraní, una curiosa y expresiva mezcla de castellano con la lengua de los indígenas que utilizaban los paraguayos vulgares. El alemán era su segunda lengua; su padre paraguayo lo odiaba pero no por ello su madre había dejado de hablarlo.
Entendía la conversación aunque de vez en cuando tenía que hacer un esfuerzo para recordar el significado de algunas palabras o de alguna frase hecha. Por suerte tenía el cásete, podía oírlo cuantas veces fuera necesario, podía traducir las palabras con más cuidado. Y entonces escuchó el golpe en los auriculares. Las voces se atenuaron, sonaron más remotas; después no escuchó nada más que un zumbido débil.
Hernández soltó una maldición. Subió el volumen al máximo, apretó los auriculares contra las orejas. Nada excepto el zumbido. Torres le había dicho que el equipo era bueno, frágil pero bueno; podía captar el zumbido de un mosquito a diez metros de distancia. Y eso era todo lo que podía oír, un zumbido. Quizás el micrófono se había soltado o estropeado, o... los hombres lo habían descubierto.
"Dios bendito." Se preguntaba si debía irse, abandonarlo todo, largarse; estaba sudando. No, era mejor quedarse, porque los hombres no podían saber en qué habitación estaba, no podían averiguar dónde se hallaba situado el receptor.

Desde la habitación siempre podía llamar a la policía. Empapado de sudor, hizo una mueca mientras apretaba los auriculares contra las orejas: escuchó el murmullo de los hombres, muy lejos. Notó que el sudor le corría por la espalda y le molestó la sensación de la camisa pegada a la piel.
"Por favor, Dios mío, que no encuentren el micro."
Hernández permaneció sentado en la cama durante otro cuarto de hora; fumó dos cigarrillos más, atento a aquel débil zumbido que le producía dolor de cabeza. Entonces lo escuchó. Un estampido fuerte como el de un disparo. El corazón se le subió a la boca. El miedo le congeló la sangre en las venas. Al cabo de unos segundos oyó en los auriculares el sonido de las risas, el tintineo de las copas, las palabras.
-Prost.
-Prost.
-Prost.
Un coro de prost. Hernández suspiró con fuerza; se relajó al entender lo que ocurría. El champán... se estaban bebiendo el champán. No habían descubierto el micrófono.
Los tres hombres volvieron a brindar, esta vez en silencio. La reunión había concluido. Meyer miró al hombre de pelo gris, le vio beber un sorbo de champán. Comprendió que estaba satisfecho, muy satisfecho. La reunión había sido un éxito. Por fin, Kruger dejó su copa y se dirigió a Meyer:
-Nos vamos. Nos espera un viaje muy largo hasta el norte. El chofer te llevará a la casa franca.
Meyer asintió. El hombre de pelo gris dejó la copa, y sujetó la mano de Meyer entre las suyas, en un cálido apretón. Meyer se estremeció de orgullo y de placer.
Kruger le hizo una seña a Schmidt, que abrió la puerta, salió al pasillo, miró a derecha e izquierda, y después se volvió para indicarle que estaba despejado.
Meyer y Kruger recogieron los maletines. El hombre de pelo gris salió detrás de Schmidt, escoltado por Meyer. El último en salir fue Kruger, que, antes de cerrar la puerta, echó una mirada final a la suite para comprobar que no se dejaban nada.
Schmidt abrió la marcha hacia el ascensor.
Hernández escuchó muy distantes las últimas palabras de la conversación en la suite ciento veinte y después silencio. "Maldito sea Torres y su estúpido equipo." Pero al menos tenía algo grabado. Sólo le faltaba saber qué significaba todo aquello.
Tembló al recordar una vez más la frase en alemán. "Sie werden alle umgebracht. Los matarán a todos." ¿A quiénes iban a matar?
Un estremecimiento sacudió el cuerpo de Hernández como una descarga. ¿Quiénes eran estos hombres? Quizá traficantes, capos europeos.
Los que venían una o dos veces al año a renovar contratos, a discutir precios. Pero había algo extraño en todo esto, algo extraño, una corazonada que Hernández no podía rechazar. Dos de los hombres hablaban el alemán propio de los inmigrantes, con las vocales suavizadas por el ceceo español. Sólo uno de ellos se expresaba en el alemán gutural puro, con el acento áspero de Bavaria.
Hernández sacudió la cabeza, confuso.
"El chófer te llevará a la casa franca", había dicho la voz. ¿Dónde estaba la casa franca? Ahora mismo no tenía importancia, lo único que deseaba era largarse enseguida. Pero antes debía recuperar el equipo de Torres. Si tenía tiempo quizá podía seguirles hasta la casa. Difícil. Tendría que ser muy rápido.
Cogió el teléfono y marcó un número.
Servicio de habitaciones -dijo una voz.
-Ah, por fin. Mis colegas de la suite ciento veinte no han podido comuunicar con ustedes. Desearían que les retiraran el carrito de la habitación. De inmediato.
Desde luego, señor. Ahora mismo. Suite ciento veinte.
Hernández colgó el auricular, se quitó el uniforme, y se vistió otra vez con el traje gris y la corbata de seda azul. No necesitaba las gafas oscuras. Lo guardó todo en la maleta en menos de dos minutos. Ya se podía ir, no se dejaba nada. Vio el cásete de recambio sobre la cama y se lo metió en el bolsillo junto con la tarjeta codificada de la habitación. Abrió la puerta y esperó a que apareciera el camarero.
Al salir del ascensor, el grupo cruzó el vestíbulo mientras Kruger se dirigió a la recepción. El recepcionista gordo le atendió con una sonrisa.
-¿Señor?

-Suite ciento veinte. Nos vamos. Está pagada, según creo.
-Así es, señor -respondió el empleado después de consultar el ordenador-. Se pagó en efectivo al hacer la reserva. ¿Ha quedado satisfecho con el servicio?
-Sí, muchas gracias. Mis felicitaciones para el hotel. El champán y los canapés estaban deliciosos. Buenas tardes.
Kruger casi se había vuelto de espaldas cuando vio que aquel hombre le miraba con una expresión extraña antes de apresurarse a consultar el ordenador otra vez. Kruger dudó. El hombre volvió a mirarle intrigado.
-¿Champán? ¿ Canapés? No nos consta ningún encargo, señor.
-¿Cómo dice? -preguntó Kruger con un nudo en la garganta.
-Que no consta su encargo en el ordenador -contestó el recepcionista. Sonrió-. Sin duda es un error.
-La botella de champán y los canapés que llevaron a la suite -insistió Kruger con nerviosismo-. ¿Dice usted que no eran un obsequio del hotel?
El gordo mostró una amable sonrisa como si realmente comprendiera la broma.
-No, señor. Desde luego que no. Pero puedo comprobarlo para que no haya ninguna duda. Quizá se envió un encargo a su suite por error. Aunque no lo creo.
Kruger se puso pálido. El recepcionista cogió el teléfono y marcó un número. Un momento después hablaba con alguien, pero Kruger no escuchó la conversación. Comenzó a sudar preocupado por alguna cosa que no tenía clara. Era muy precavido, nunca pasaba por alto los detalles menores, comprobaba los hechos una y otra vez antes de sacar una conclusión. Pero esto era extraño. El hombre colgó el teléfono y miró a Kruger.
-El servicio de habitaciones no tiene constancia de ningún pedido para la suite ciento veinte, señor. Es muy extraño.
Kruger notó que le sudaban las palmas de las manos. Miró a los demás, que le esperaban, y dijo deprisa:
-El camarero... creo que se llama Ricardes.
-Es con quien acabo de hablar -contestó el empleado sin perder la sonrisa.
-Un joven alto. Con una cicatriz en la mejilla derecha.
-No. Ricardes no es alto -le contradijo el recepcionista. Se rascó la cabeza-. ¿Y una cicatriz? No, no. No lo entiendo, señor.
Pero Kruger sí que lo entendía. De pronto se le ocurrió una posibilidad terrible. Su mente trabajaba a toda máquina mientras intentaba controlar la ansiedad y la cólera que le dominaba. Metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, sacó la cartera, cogió unos cuantos billetes y se los dio al recepcionista con una sonrisa forzada.
-Sin duda se trata de un malentendido -dijo-. Esto será más que suficiente para pagar la cuenta. Perdone, pero creo que he olvidado algo en la suite.
-Desde luego, señor. Gracias.
Kruger se volvió y caminó a paso rápido hacia donde le esperaban Schmidt, el hombre de pelo gris y Meyer. Los tres le miraron, conscientes de la inquietud que se reflejaba en su rostro. Kruger notó que tenía el pulso acelerado, la sangre le martilleaba en las sienes. Algo iba mal, un peligro terrible se cernía sobre ellos. Miró a los demás con el rostro demudado.
-Pienso -afirmó Kruger, con una voz fría como la muerte- que tenemos un problema.
Hernández oyó pasar al camarero por delante de su puerta, vio el destello de la chaqueta blanca y atisbo su rostro. Era otro camarero. El hombre golpeó la puerta varias veces, y, al no recibir respuesta, sacó una tarjeta de plástico del bolsillo y la abrió. Cuando entró en la suite, Hernández salió de la habitación, cerró la puerta y cruzó el pasillo a toda prisa. Siguió al camarero, que al oír sus pasos se volvió. -¿Señor? Hernández simuló rebuscarse los bolsillos mientras sonreía.
Estaba a punto de marcharme, pero creo que me he dejado las gatas en el baño. ¿Puede traérmelas por favor?
-Desde luego. -El camarero fue al baño, encendió la luz y entró, Hernández se arrodilló junto al carrito, metió la mano bajo el mantel y buscó el micrófono a tientas.

Kruger no desperdició ni un segundo. Actuó deprisa. Ante una situación como ésta, él era el responsable y por lo tanto ejercía su derecho. Cogió a Meyer del brazo y le habló en tono firme y rápido, casi hacer pausas para respirar.
-Ve con el jefe al coche. Di a Karl que os lleve a la casa de Franz, y esperad allí hasta tener noticias mías. Que Johannes se quede en el otro Mercedes y que no se mueva de la entrada. Decid a Werner que vaya a la parte de atrás. Si hay una salida de emergencia, que nos espere allí. Dale a Rotman y Werner la descripción del camarero que vino a la suite. Alto, pelo oscuro, joven, ronda los treinta, con una cicatriz en la mejilla derecha. Que le cojan en cuanto le vean. Vivo o muerto. Díselo, Meyer. Vivo o muerto.
Kruger vio que el hombre de pelo gris le miraba con aire severo. Su voz casi temblaba de cólera.
-Quiero que le encuentren, Hans. Quiero que le encuentren, cueste lo que cueste.
Kruger asintió con un brusco movimiento de cabeza.
El hombre de pelo gris pasó a su lado seguido de Meyer, y caminó con paso firme hacia la salida. Kruger llamó a Schmidt y se dirigieron al ascensor.
-Lo siento, señor. No encuentro las gafas. ¿Está seguro de haberlas dejado aquí?
Al verle salir del baño, Hernández sonrió y se levantó junto al carrito. Le mostró las gafas en la mano; el micrófono ya lo tenía guardado en el bolsillo.
-Qué estupidez la mía. Estaban aquí junto a la mesa... mírelas. Gracias por su ayuda.
-No es molestia, señor.
-Echaré una ojeada para asegurarme de que no me olvido nada más -añadió Hernández, y dejó pasar al camarero con el carrito.
-Desde luego, señor. -El camarero salió y cerró la puerta.
Hernández miró a su alrededor. Aquellos hombres eran profesionales. No se olvidaban nada. De todos modos, lo comprobó.
Cuando acabó, salió de la suite y cerró la puerta. Cruzó el pasillo y volvió a su habitación. Un minuto después volvió a salir cargado con la maleta. En el momento que cerraba la puerta, vio que se abría la del ascensor.
Cuando salieron los dos hombres, Hernández se quedó de piedra. Se reconocieron mutuamente en una fracción de segundo, un instante en el que el corazón de Hernández se detuvo mientras veía dudar a la pareja que le observaba: el hombre de pelo oscuro y el gigantesco guardaespaldas rubio de la suite. Vio cómo el rubio se metía la mano debajo de la chaqueta, vio la culata de una pistola.
"Dios santo." Hernández se volvió y echó a correr por el pasillo hacia la salida de emergencia.
"Halt!"3 Oyó el ruido de la persecución mientras el grito en alemán resonaba en el pasillo.
Hernández llegó a la puerta de emergencia y la abrió. Corrió escaleras abajo, entorpecido en sus movimientos por la pesada maleta que golpeaba contra las paredes. La maldijo pero se mantuvo atento al ruido que producían los pasos de sus perseguidores.
"¡Alto! ¿Alto!" Esta vez la voz gritó en castellano, pero Hernández no se detuvo. Simplemente la ignoró en su intento por llegar a la seguridad del coche. Bajó los escalones de dos en dos, maldiciendo el peso de la maleta. Tardó diez segundos en llegar a la planta baja; tenía fuego en los pulmones, apenas si podía respirar. Cuando abrió la puerta de emergencia y salió a la oscuridad, vaciló.
-¡Jesús María!
Oyó cómo los hombres corrían por las escaleras tras él. Si no conseguía entretenerles unos instantes, jamás llegaría al coche. Desesperado, miró a su alrededor y vio la hilera de cubos de basura. Alargó la mano que tenía libre, cogió una de las tapas, se volvió con el mismo movimiento, dejó la tapa en el suelo y de una patada la encajó como una cuña entre la puerta y el cemento. Corrió hacia el coche sin mirar atrás. Hernández llegó al coche en el preciso momento en que aquellos hombres empezaron a golpear la puerta frenéticos. Una voz enloquecida gritó:
-Sind Sie da, Werner? WERNER!4
Los puños aporrearon la puerta como el redoble de un tambor, pero la cuña aguantó. Hernández arrojó la maleta al interior del coche y entró. La voz de detrás de la puerta aulló desesperada:
WERNER! SCHNELL.!5

Hernández tardó unos segundos en meter la llave en el contacto. La hizo girar. El motor arrancó y se detuvo. Hernández sintió que se le helaba la sangre.
-¡No! ¡Por favor! ¡Ahora no! ¡Arranca, por favor, arranca!
Hizo girar la llave otra vez, bombeó el acelerador. Tenía fuego en el cuerpo, estaba bañado en sudor; se volvió al oír un estrépito terrible: el chirrido del metal raspando contra el cemento cuando cedió la tapa. El ruido resonó en el aparcamiento como un trueno, y los dos hombres aparecieron a la vista.
-¡Dios mío!
El motor del Buick arrancó de pronto. Hernández pisó el acelerador y el coche salió disparado. Al girar para tomar el carril de salida vio la silueta de un hombre que corría hacia él.
Un hombre. A treinta metros de distancia. Hernández vio cómo se metía una mano en la chaqueta para buscar alguna cosa. Werner... aquél era Werner. Apretó el acelerador a fondo. Y mientras el Buick avanzaba como un cohete, encendió las luces largas. Vio que el hombre se protegía los ojos del súbito y terrible resplandor, al tiempo que levantaba la pistola. Sólo fue una fracción de segundo pero surtió su efecto. El hombre saltó hacia la izquierda para no ser atropellado y cayó sobre el capó de un coche que había cerca; la luz de los faros alumbró la expresión de terror en su rostro.
Hernández hizo pasar al Buick entre dos coches aparcados y siguió a toda velocidad hacia la calle Chile.
Kruger y sus hombres tardaron dos minutos en alcanzar la entrada del hotel donde estaba aparcado el segundo Mercedes. El conductor puso el coche en marcha al verles aparecer y preguntó:
-¿Qué pasa?
Kruger actuó como un poseído. Abrió la puerta, arrancó al chófer del asiento, entró en el coche y buscó el teléfono portátil en la guantera. Mientras marcaba el número y dejaba sonar el teléfono, Kruger no paró de maldecir. Oyó que descolgaban el auricular.
-¿Sí?
-¿Tenemos línea segura...? -Kruger habló deprisa, jadeante, con el corazón en un puño.
-Un momento. -Hubo una pausa muy larga-. Adelante.
-Soy Kruger. Estoy en el hotel. Tenemos un problema. Creo que alguien nos oyó hablar de Brandeburgo.
Una vez más se repitió la pausa en el otro extremo. Después la voz dijo:
-¡Jesús!...

8
Asunción

Era de noche; el hombre y las dos chicas ocupaban una mesa junto a la piscina de una casa en el barrio rico de Asunción. Bebían las copas que les había servido un criado. Las luces en el fondo de la piscina iluminaban el agua con un suave color turquesa.
Franz Lieber miró a las dos hermosas muchachas que le acompañaban.
Eran mestizas, muy jóvenes y muy bonitas, no tendrían más de catorce años, y parecían mellizas. Eran voluptuosas, de esa manera que sólo pueden serlo las adolescentes, de piel bronceada y sedosa. Llevaban joyas de fantasía en las muñecas y el cuello, y sus faldas cortas y ajustadas dejaban ver buena parte de sus piernas morenas. Las dos tenían los pechos firmes y unas caderas estupendas. Lieber sonrió y se dirigió a las muchachas.
-Mi amigo no tardará en llegar. Mientras tanto, divertios.
Las chicas le respondieron con una sonrisa. Una de ellas se inclinó sobre la mesa para coger su copa de vodka e intencionadamente le mostró los pechos. "Sólo tiene catorce años -pensó Lieber-, pero sabe utilizar el cuerpo como un arma." Se lo pasaría en grande con estas dos.
La más lista de las jóvenes le preguntó:
-La señora Rosa dice que es muy generoso con las chicas, ¿es verdad?
-Siempre soy generoso con las chicas que me gustan -contestó Lieber.
La chica rió y dijo:
-Entonces haré todo lo posible por gustarle mucho.

La joven miró a su amiga y ambas rieron como colegialas. Lieber sonrió como un lobo hambriento. Tenía cincuenta años y se peinaba hacia atrás su abundante mata de pelo gris. Su rostro estaba cubierto de furúnculos rojos, consecuencia de una enfermedad de la piel en la adolescencia. Era un hombre corpulento, de huesos grandes. También tenía grandes apetitos; le gustaba comer y beber (su barriga era una prueba evidente) y sobre todo le gustaban las mujeres.
Esta noche Hans y él se lo pasarían de maravilla con las chicas. Era una atención que Lieber ofrecía a ciertos invitados, un delicioso final de fiesta. Lieber consultó su reloj. Hans llegaría en cualquier momento. Tomarían unas cuantas copas con las chicas, y después subirían al dormitorio. Mientras tanto, se divertiría un poco. Le sonrió a la muchacha que no había hablado. Parecía nueva en el oficio.
-¿Cómo te llamas?
-María.
-Ven aquí, María.
La muchacha miró a su compañera. La amiga asintió y ella se levantó despacio, y se situó justo delante de Lieber. Estaba para comérsela. Apoyó su manaza en la pierna de la chica por encima de la rodilla y le pellizcó la carne. Volvió a sonreír con expresión lobuna.
-Levántate la falda, María.
La muchacha obedeció. Se levantó la ajustada falda negra para dejar al descubierto la diminuta braga blanca y sus muslos perfectos. Lieber vio los rizos de pelo negro que se escapaban de la apretada tela de algodón que le marcaba el contorno rollizo de la vulva. Subió lentamente la mano por la parte de detrás de la pierna y cuando empezaba a deslizaría por debajo de la braga para sujetar la nalga suave y redonda, sonó el teléfono portátil que estaba sobre la mesa.
-¡Mierda!
Lieber no apartó la mano del culo de la muchacha y cogió el teléfono con la otra.
-¿Sí? -Escuchó la voz, advirtió la urgencia en el tono y apartó la mano del cuerpo de la joven. Cubrió el auricular y se volvió bruscamente para mirar a las chicas-. Necesito hablar en privado -dijo sin más-. Id adentro y esperad. -Hizo un gesto hacia las puertas que daban a un suntuoso salón iluminado. Las chicas vacilaron un momento-. ¡Iros! -rugió.
Las jóvenes saltaron al escuchar la orden, y corrieron hacia las puertas mientras murmuraban entre ellas. Lieber esperó hasta que entraron en el salón donde no podían oírle; después apretó el botón codificador del teléfono portátil.
-Adelante -dijo Lieber. Escuchó la voz frenética de Kruger y cuando su interlocutor acabó, lo único que pudo decir fue-: ¡Jesús!.

Hernández tenía las ropas empapadas de sudor. Sus ojos no dejaban de mirar el retrovisor mientras conducía hacia el centro. No sabía qué hacer ni adonde ir, pero necesitaba esconderse, encontrar un lugar seguro.
Giró a la izquierda por la calle Chile y pasó por delante de la cúpula rosa iluminada del panteón en la plaza de los Héroes. Había poco tráfico, y Hernández cambiaba de un carril a otro a toda velocidad. Se le encogía el corazón de miedo cada vez que miraba el retrovisor para ver si los faros de un coche aparecían detrás de él. No vio nada. Nadie le seguía. Al menos por ahora.
El Buick rojo era un problema. El color le delataba, y los hombres lo habían visto, de eso estaba seguro. Mientras conducía, sólo pensaba en que necesitaba algún lugar seguro donde esconder el coche, un lugar cercano. Volvió a girar a la derecha, después a la izquierda, hacia la plaza Constitución que estaba totalmente iluminada, siempre vigilando por el retrovisor, pero les llevaba ventaja y se sintió mejor. Rodeó la plaza, y bajó hacia el río donde las calles eran más estrechas y oscuras. El instinto le llevaba al lugar correcto.
El barrio ribereño de La Chacarita era una conejera, un montón de chabolas de lata y cartón construidas en las orillas fangosas del río. Las aguas estaban bajas y el hedor a porquería y a pescado entró en el coche por la ventanilla abierta. Cuando llegó a la orilla giró a la derecha, condujo otros trescientos metros y aparcó delante de una casucha con el frente desconchado.

Hernández bajó del coche cargado con la maleta. La Chacarita era el colmo de la pobreza, un barrio peligroso en el que incluso la policía evitaba entrar. Se aseguró de que el coche estuviera bien cerrado antes de acercarse a la casa y llamar a la puerta con mucha discreción.
Agitado y sudoroso, miró arriba y abajo de la calle. En un par de casas más allá, pudo ver a un grupo de viejos sentados en los escalones de piedra de una chabola. Tomaban mate mientras jugaban a las cartas. Le miraron por un instante sin prestarle atención. Entonces, se volvió hacia el río: había luna llena y el agua plateada aparecía salpicada de camalotes, trozos de plantas acuáticas que formaban islotes flotantes de todos los tamaños. Oyó un ruido al otro lado de la puerta y se volvió.
-¿Quién es? -preguntó una voz de mujer.
-Soy yo, Rudi. -Oyó cómo descorría el cerrojo y un instante después se abrió la puerta. Una muchacha apareció en la penumbra del vestíbulo. Llevaba un vestido sencillo de algodón blanco que le daba una apariencia angelical y sus ojos castaños brillaron al ver al visitante. Su hermoso rostro moreno mostraba una expresión de inocencia que despertó en Hernández sus más tiernos sentimientos-. ¿Cómo está mi chica?
La muchacha sonrió con timidez y su larga cabellera castaña se deslizó sobre sus hombros cuando bajó la cabeza y vio la maleta. En el acto apareció en su rostro una expresión de temor.
-¿Te vas, Rudi? -preguntó.
-No, Graciela -se apresuró a contestar Hernández-. Pero necesito un lugar donde quedarme hasta mañana.
La joven no le preguntó el motivo; sencillamente asintió, le hizo pasar y cerró la puerta. Cogió a Hernández de la mano y le llevó a una pequeña habitación, donde había una cama de madera vieja junto a una pared desconchada. Sobre el respaldo, en un estante, vio una imagen de la Virgen con una lamparita de aceite encendida. La habitación era espartana pero estaba muy limpia.
-¿Dormirás en mi habitación, Rudi? -preguntó mirándole a los ojos. Tenía un cuerpo perfecto, era una tentación para cualquier hombre, pero Hernández sacudió la cabeza.
-Dormiré en la cocina, Graciela. -Sonrió con cariño y le sujetó la barbilla con una mano-. Ahora §é una buena chica y prepárame un mate. ¿Lo harás por mí?
La muchacha asintió con una sonrisa. Cuando Rudi apartó la mano, ella se la cogió para guiarle a la cocina.
Franz Lieber tardó cinco minutos en hacer todas las llamadas telefónicas necesarias. Cuando acabó, soltó un suspiro y miró pensativo el agua turquesa de la piscina, su helada calma azul, lisa como un cristal. En cambio, él ardía de cólera. Una cólera alimentada por el miedo.
"Maldita sea..." Justo cuando todo iba sobre ruedas, cuando comenzaba a encajar, aparecía un cabrón curioso y lo jodía. En cuanto le encontraran, sería hombre muerto, de eso estaba seguro. No había ningún lugar en Asunción donde pudiera ocultarse.
¿Cómo había podido nadie enterarse de la reunión? Lieber dejó la copa y se concentró para buscar los eslabones perdidos, los fallos. Pero no había ninguno, sobre todo en Suramérica, y menos en Paraguay, que era su territorio. Los únicos que sabían algo del asunto eran los principales, y se podía confiar en ellos a ciegas. Así que, ¿cómo?
Suspiró con fuerza. Si fracasaban, las consecuencias serían tan terribles que ni siquiera se atrevía a pensar en ello. Años de planificación perdidos, millones tirados a la basura. Millones. Lieber hizo una mueca. Había invertido mucho en el plan, tiempo y dinero, y ahora todo estaba en peligro.
Tenían que encontrar a ese hombre, a cualquier precio. Había llamado a las personas indicadas, y en estos momentos ya le estaban buscando. Al menos cuarenta hombres recorrían la ciudad, vigilaban el aeropuerto, la estación, la terminal de autobuses, y las principales salidas por carretera. Lieber sólo confiaba en que aquel individuo no les llevara mucha ventaja. La descripción que le había dado Kruger por teléfono: alto, joven, de unos treinta años, pelo oscuro, con una cicatriz visible en la mejilla derecha, era vaga, pero el hecho de que condujera un coche amÉricano grande, viejo y de color rojo podía ser una buena pista. Había muy pocos en Asunción. Lieber se levantó furioso y se dio cuenta de que tenía la camisa empapada de sudor. El Mercedes no tardaría en llegar. Tenía que despedir a las muchachas.
-¡Norberto!
El criado mestizo apareció en el acto. Cruzó el patio casi a la carrera en dirección a Lieber.

-¿Sí, señor?
-Saca el coche del garaje y lleva a las chicas a lo de Rosa -le ordenó Lieber, indicándole la parte de detrás de la casa. Sacó el billetero y le entregó al criado un fajo de billetes-. Ten, dales esto. Diles que esta noche no las necesitaré.
-Sí, señor -respondió el criado, sin disimular el placer que le producía que se le confiara el encargo.
-Ahora mismo. ¡Pronto!
El criado corrió hacia las puertas de la sala y entró en la casa. Lieber vio cómo hacía salir a las muchachas por una puerta lateral, y al cabo de unos minutos, oyó el coche que se alejaba. Cogió el teléfono portátil y se dirigió a su estudio. La habitación daba al camino que conducía hasta la casa. Se sirvió un buen vaso de whisky y se bebió la mitad de un trago. En el momento en que se acercaba a la ventana sonó el teléfono. Era Kruger. Lieber apretó el codificador y dijo:
-Tengo cuarenta hombres buscándole. Stinnes lleva la coordinación.
-¿El aeropuerto, la estación del ferrocarril...?
-Todo cubierto. Incluidas las salidas de las principales carreteras. Los hombres tienen una descripción del coche y del individuo.
-Los demás estarán contigo en cualquier momento. Hay que cazar a ese cabrón, cueste lo que cueste. -Hubo una pausa, y después Kruger añadió angustiado-: Ya sabes las consecuencias que se derivarían de esto si no le encontramos...
No te preocupes, le encontraremos. Telefonea a Stinnes, te está aperando. Adiós.
Se cortó la comunicación.
Mientras Lieber dejaba el teléfono junto a la ventana vio los faros de un coche que entraba en el camino en dirección a la casa. Había llegado el Mercedes. Lieber se miró las manos. Le temblaban.

9

Asunción
Sábado, 26 de noviembre, 3.02 horas
La muchacha dormía en un colchón andrajoso junto a la vieja cocina económica. Tenía diecisiete años, y Hernández la amaba como amaba a todas sus mujeres, sólo que a ésta la quería de una manera especial: era su protegida. Graciela Campos tenía el cuerpo de una mujer, pero la mente de una niña, una mente que se correspondía al cuerpo de una niña de diez años. En el barrio la habían pisoteado, abusado de ella, y utilizado como un juguete.
Cuando la conoció, los hombres hacían cola para disfrutar de su cuerpo por un puñado de guaraníes. Hernández preparaba un artículo sobre los huérfanos del barrio cuando una mujer le habló del drama de Graciela. ¿Podría ayudarla? De esto hacía tan sólo seis meses y cuando la conoció se asombró de su gran belleza e inocencia. Su abuelo había muerto, la muchacha no tenía un céntimo y el periodista se apiadó de ella. Se ofreció a pagarle una casa fuera del barrio de chabolas, a sacarla del estercolero de La Chacarita. La niña con cuerpo de mujer se negó, le asustaba abandonar el ambiente de toda su vida. El barrio era su hogar, un refugio, a pesar de la miseria.
De esta manera, Hernández se convirtió en su guardián. Cada semana le llevaba lo que podía. También le consiguió un trabajo, con un sacerdote muy bondadoso, para que se encargara de cuidar del altar de la catedral cercana a la plaza. Así mismo, pidió a la anciana que la visitara día y la ayudara en cualquier cosa que pudiera necesitar. Pero chica siempre se apañaba sola.
Los hombres ya no la molestarían más. Un amigo de Hernández, un chico duro y honrado, que trabajaba en una barca, actuaba de ángel guardián. Ya le había partido la cara a más de uno que se había pasado de listo.
La casa de Graciela tenía tres habitaciones pequeñas. Ellos se hallaban en la más grande, la que servía de cocina, una habitación que la muchacha había decorado orgullosa de una manera sencilla y alegre: había macetas con plantas y flores por todas partes, porque le encantaban las flores. Cada vez que iba a visitarla, Hernández le llevaba alguna cosa: una planta, caramelos, una chuchería, algo que le gustara, y que provocara una mirada de gratitud inocente en sus hermosos ojos castaños. Pero esta noche no.

Eran poco más de las tres de la mañana y Hernández permanecía sentado e inquieto junto a la mesa destartalada. La muchacha no había querido irse a dormir sola a su habitación; no quería separarse de su protector. Hernández no estaba cansado. Tenía demasiadas cosas en la cabeza. La joven había preparado una cena sencilla de pan de chipa y mate antes de echarse a dormir sobre el colchón que había tirado en el suelo.
El magnetófono estaba sobre la mesa y Hernández tenía puestos los auriculares. Había escuchado la cinta tantas veces durante las últimas siete horas que se la sabía de memoria, cada palabra, cada inflexión, como un actor que se aprende un guión. La muchacha había mostrado cierta curiosidad, y cuando le vio con el magnetófono preguntó sonriente:
-¿Música, Rudi?
El periodista le devolvió la sonrisa y sacudió la cabeza.
-No, es algo más importante que música, Graciela -contestó él.
La joven no comprendió la respuesta y siguió cocinando. Hubiera sido inútil explicárselo; nunca lo habría entendido.
Miró una vez más la cinta mientras se fumaba un cigarrillo. Lo que tenía no era mucho, desde luego no tanto como habría deseado, pero era algo, algo con que seguir. Pero ¿qué? Rebobinó el cásete y lo puso en marcha.
"¿El cargamento?"
"Lo recogerán en Genova tal como se acordó."
"¿Y el italiano?"
"Será eliminado, pero quiero estar seguro de que no despertaremos sospechas respecto a la carga. Considero prudente esperar a que Brandeburgo sea operativo. Entonces nos ocuparemos de él junto con los demás."
Pausa.
"Aquellos que han jurado lealtad... debemos estar seguros de ellos."
"He confirmado los juramentos. Y no hay dudas sobre sus antecedentes."
"¿Y el turco?"
"No veo ningún problema."
"¿Y la muchacha? ¿Estás absolutamente seguro de que podemos confiar en ella?"
"No nos fallará. Te lo aseguro. ¿Hay algún cambio en la lista de nombres...?"
"Los mataréis a todos."
"¿Los preparativos del viaje? ¿Ya está todo organizado?" "Saldremos de Paraguay el día seis." "El programa... ¿Queréis que lo repase otra vez?" Hernández apretó el botón y detuvo la cinta; suspiró. ¿De qué era el cargamento que mencionaban? ¿De polvo blanco? ¿Y los hombres? ¿Compradores de Francfort? O serían los encargados de negociar los contratos en Suramérica.
Hernández tenía el presentimiento de que algo no cuadraba; su instinto le decía que había algo extraño en todo aquello. Mentalmente volvió al vestíbulo del Excelsior, y después a la suite donde había tenido lugar la reunión. También había algo extraño en el hombre de pelo gris, pero no sabía qué. Se estremeció. Volvió a escuchar la parte final de la conversación.
"Nos vamos. Nos espera un viaje muy largo hasta el norte. El chófer te llevará a la casa franca."
Esperó un momento; entonces, apretó el botón de parada. Decidió que llamaría a Sánchez, se lo contaría todo, le pediría consejo. Pero sin duda ya habrían cambiado sus planes. Hernández sacudió la cabeza. Hasta cierto punto había arriesgado mucho para conseguir muy poco: voces que discutían sobre algo que él no podía entender.
Consultó su reloj. Las tres y diez. Sánchez no entraba de servicio hasta las ocho, quizá las nueve de la mañana. Hernández maldijo para sus adentros. Quería que Sánchez escuchara la cinta. Quizá le ayudara a descifrarla.
Miró el rostro angelical de la muchacha mientras dormía y sintió una pizca de remordimiento. Estaba seguro de que aquellos hombres no le encontrarían en La Chacarita, pero aunque fuera una posibilidad muy remota no podía ponerla en peligro. Lo mínimo que podía hacer por ella era intentar no involucrarla. Se iría en cuanto durmiera un par de horas; se perdería entre el tráfico matutino de la plaza. Sería más seguro que cruzar la ciudad hasta su apartamento. Suspiró con la mirada puesta en el magnetófono.

Apretó el botón correspondiente y sacó el casete. Lo sostuvo entre los dedos. Lo mejor sería guardarlo en un lugar seguro hasta que pudiera hablar con Sánchez. De esta manera si le encontraban, no se lo podrían quitar.- Pero dudaba que dieran con él.
Rodriguez no les había dicho nada, estaba seguro. Dejó el cásete de recambio sobre la mesa.
Hernández se levantó. La muchacha se estremeció, se dio la vuelta y siguió durmiendo. Dejaría el coche aquí, era lo mejor. La estación donde tenía una taquilla alquilada no quedaba lejos. Iría por un atajo, guardaría la cinta y estaría de regreso en veinte minutos. Sin hacer ruido se dirigió al vestíbulo, descorrió el cerrojo, cogió la copia de la llave que colgaba de un clavo detrás de la puerta y salió a la calle.
El hombre estaba cansado. Llevaba recorriendo las calles de Asunción desde las nueve de la noche; ahora eran más de las tres de la mañana. Ofrecían una recompensa de un año de paga para quien encontrara el coche o a su conductor, y eso es lo único que le mantenía despierto. La descripción del fugitivo era vaga; en realidad hubiera necesitado una foto. Pero el coche era otra cosa. De hecho, resultaba más fácil dar con un coche que con una cara, y sobre todo, como en este caso, cuando se trataba de un coche amÉricano viejo y de color rojo. No podía ser difícil, aunque hasta ahora no hubiera tenido suerte. Tampoco los demás; se los había cruzado en sus coches mientras recorría la ciudad. "Coño, estaban metidos todos... al menos los que él conocía... ¿qué diablos pasaba?"
Se lo había preguntado a Model y Kaindel cuando coincidieron en el quiosco de café cerca de la plaza Constitución. No lo sabían. Franz Lieber había ordenado que buscaran el coche y al hombre que lo conducía. Por la recompensa se adivinaba que se trataba de un asunto importante.
El hombre se frotó los ojos doloridos y dio la vuelta a la plaza. Más adelante, vio las calles oscuras de La Chacarita. No era lugar para aventurarse a menos que uno quisiera jugarse el pellejo o pillar una enfermedad con alguna puta barata. Hasta los ladrones del barrio gozaban de una fama legendaria. En Asunción decían que eran capaces de robarte el reloj en el momento en que sacabas el brazo por la ventanilla del coche para indicar un giro. Sonrió. "Qué mierda." Tenía un teléfono portátil para pedir ayuda, una pistola del calibre 45 en la guantera y un cuchillo debajo del asiento. Cualquier latino que intentara molestarle acabaría con un agujero del tamaño de un puño. Acabó de dar la vuelta a la plaza y el coche comenzó a bajar lentamente por la oscuridad del barrio de La Chacarita.
Hernández tardó diez minutos en salir por el laberinto de callejuelas a la vieja estación de ferrocarril. No tenía miedo; le conocía mucha gente del barrio. Las callejuelas estaban desiertas y caminó sin prisa. A cincuenta metros de la entrada se detuvo. Al otro lado de la calle, aparcados justo delante de la entrada, junto a una farola, había dos coches: un Mercedes negro y un Ford blanco. Junto al Mercedes vio a dos hombres que conversaban y fumaban. Hernández tragó saliva. En otras circunstancias una visión como ésa no le habría preocupado lo más mínimo, pero había algo extraño en la escena. Hasta dentro de unas cuatro horas no se esperaba que llegara ningún tren. Entonces, ¿por qué dos hombres como aquéllos iban a estar esperando delante de la estación en plena madrugada? Los dos vestían trajes, parecían europeos. Como los hombres del hotel. Hernández se ocultó en las sombras; pensó que el corazón se le saldría del pecho.
Miró hacia la entrada y vio a otros dos hombres que holgazaneaban en el pórtico. Uno era joven, rubio, llevaba una cazadora de cuero y el cuello de la camisa abierto; el segundo era de mediana edad, grueso y vestía prendas deportivas. No tenían pinta de hombres de negocios, y Hernández estaba seguro de que le esperaban a él. Vigilaban la estación para evitar que saliera de la ciudad.
"¡Mierda!"
Le entró pánico. Notó que el sudor le empapaba la camisa. Inspiró con fuerza. Lo que había hecho en el hotel había disparado la alarma. "Tranquilo. Relájate." ¿Y si había más hombres en el interior? ¿Cómo podría llegar a las taquillas de consigna? Se mantuvo oculto en la oscuridad sudando, durante unos minutos más, hasta que se le ocurrió una idea. Sonrió. Quizá sí que había un camino. Se volvió y regresó por donde había venido.
Al cabo de un rato, Hernández llegó a la estación por la parte de detrás. Un portón doble de madera cerraba la entrada trasera del edificio, y en él había una portezuela que utilizaban los trabajadores ferroviarios.

Entró por ella y fue a dar a un patio pequeño. Mientras lo cruzaba vio a un empleado de uniforme, que leía una revista, sentado en una oficina acristalada. El hombre le miró un segundo y después continuó con la lectura. La gente del barrio utilizaba siempre ese atajo.
Un minuto después estaba en el andén más cercano. Una vieja locomotora diesel descansaba en silencio contra los parachoques; el olor a grasa y aceite flotaba espeso en el aire húmedo. No había nadie más, pero podía ver con toda claridad los andenes cercanos a la entrada, a unos sesenta metros de distancia.
Había indios y campesinos durmiendo en el suelo. Un viejo vendedor de agua y pistachos se hallaba acurrucado en su quiosco, con la cabeza gacha y apoyada entre los brazos. Las mujeres con sus chales decolores, algunas amamantando a sus bebés, esperaban junto con sus hijos y maridos la salida de los trenes que les llevarían al interior del país. Pero no había hombres vestidos con trajes, hombres fornidos como aquéllos del hotel. Las taquillas no estaban lejos, detrás de los tenderetes cerrados, a unos treinta metros.
Volvió a mirar a la multitud, pero no vio nada anormal, ningún hombre como los de el exterior. En cualquier caso, era mejor no arriesgarse. Hernández vaciló, vio que un empleado del ferrocarril dormía a pierna suelta acostado en un banco de madera, con las manos cruzadas sobre el pecho y que la chaqueta del uniforme colgaba del respaldo. Se acercó, y, tras observar que nadie le miraba, cogió la chaqueta, y se la puso mientras caminaba. Cuando llegó a la consigna metió la llave en la cerradura.
-Señor...
Hernández oyó la voz a sus espaldas y se quedó helado. Volvió la cabeza lentamente, dominado por el miedo. Vio a un hombre mayor que repitió:
-Por favor, señor.
La tez del hombre era color caoba oscuro, la piel arrugada por el sol y el trabajo. Llevaba una maleta vieja y estropeada. Un cigarrillo apagado le colgaba de los labios. El hombre le sonrió y señaló el cigarrillo.
Hernández tardó unos segundos en comprender qué le pedía. Le temblaron las manos mientras rebuscaba en los bolsillos y le entregó al viejo un mechero de plástico barato.
-Quédeselo -dijo-. Tengo otro.
-Muchas gracias, señor.
El viejo se alejó con paso cansino. Hernández respiró agitado. Estaba inquieto, temblaba de miedo, sintió que el sudor le caía a chorros por las mejillas. Rápidamente, abrió la taquilla, dejó el cásete encima del sobre que contenía las fotografías y cerró la puerta. Guardó las llaves, fue al banco donde dormía el empleado y le devolvió la chaqueta. Después se dirigió a la salida trasera.
El hombre decidió bajar hasta el río y volver a subir efectuando un zigzag a través del laberinto de callejuelas oscuras. Al llegar al borde del agua arrugó la nariz ante el olor a desechos y pescado podrido que se coló en el interior del coche. Dudó entre girar a la derecha o la izquierda. Escogió la derecha. Había echado el seguro y tenía la pistola sobre el asiento del acompañante.
Recorrió unos trescientos metros, poco a poco, escudriñando la ribera y los pasadizos estrechos entre las chabolas, cuando vio un destello rojo. Lo hizo de forma instintiva. Allí, aparcado delante de una casa con las paredes desconchadas había un viejo Buick rojo, con su inconfundible escudo trasero y la carrocería oxidada. El corazón le dio un vuelco. Alargó la mano hacia la pistola mientras aparcaba junto al bordillo, pero en vez de eso, sonrió y cogió el teléfono portátil. Marcó un número. Alguien atendió en el acto:
-¿Sí?
-Soy Dortmund -dijo el hombre-. Creo que he encontrado el coche.
Hernández regresó a la casa sin prisas dando un paseo a lo largo del río. A esa hora de la madrugada, La Chacarita era un lugar desierto. Tenía el cásete guardado en un lugar seguro; hablaría con Sánchez por la mañana, le diría todo lo que sabía; confiaba en que pudiera ayudarle. Dejar el cásete en la taquilla había sido una medida sensata. En el caso de que los hombres le pillaran siempre cabía la posibilidad de hacer un trato. En cambio, si le cogían con el cásete encima, podía darse por muerto. Las voces grabadas, lo que decían debía ser importante. La presencia de los hombres en la estación lo confirmaba. Necesitaba tiempo para descifrar la conversación. Quizá Sánchez le ayudaría.

Estaba demasiado nervioso y excitado como para dormir. Se detuvo junto al río y encendió un cigarrillo, sin dejar de pensar, consciente de que pasaba algo, algo muy grande, algo por lo que valía la pena matar. Recordó las caras de los hombres cuando salieron del ascensor en el primer piso, y tuvo la certeza que de haber podido, le habrían matado allí mismo. Se lo contaría todo a Sánchez; era un asunto demasiado peligroso para llevarlo él solo. Los hombres del hotel eran poderosos; de lo contrario, ¿cómo podrían haber enviado a tantos hombres a buscarle? Si tenían vigilada la estación ferroviaria, también debían de tener vigilado el aeropuerto, e incluso las principales carreteras. Temblaba, estaba asustado. Sánchez era su única esperanza.

El policía gordo querría saber por qué no había ido a verle de inmediato, por qué le había ocultado información en casa de Tsarkin. Pero ya se preocuparía más tarde de las explicaciones. Miró la hora en el reloj. Llevaba media hora fuera. Ahora debía regresar a casa de Graciela y dormir un poco. Arrojó la colilla al río, la vio girar en el agua plateada; después dio media vuelta y caminó en dirección a la casa.

Desde una distancia de cinco metros, vio que la puerta estaba abierta. Se quedó inmóvil. Había cerrado la puerta cuando salió, estaba seguro ¿o no? Tenía tantas cosas en la cabeza... Quizá no había cerrado. "Mierda, hubiera podido entrar cualquiera y..."

Hernández oyó el chasquido y se volvió en el acto. Se le heló la sangre en las venas cuando vio a dos hombres armados con pistolas que se tiraban sobre él. Sus rostros como una mancha. Una mano le tapó la boca para acallar su grito, otra le agarró del pelo y le echó la cabeza hacia atrás, mientras que alguien le empujaba hacia la casa. En cuanto cruzó el umbral, le lanzaron de un empellón tremendo hasta la cocina, donde había un grupo de hombres...

"Virgen santa..."

Hernández sintió el puñetazo en las costillas, y la mano sobre su boca ahogó el grito. Los rostros a su alrededor eran una mancha mientras recibía una lluvia de golpes, que le destrozaron la cara y le machacaron el cuerpo, hasta que apenas pudo mantenerse en pie. Notó el sabor salado de la sangre que le llenaba la boca. Unas manos le arrojaron de cara contra la pared, y los dos puñetazos que recibió en los riñones le hicieron venir ganas de vomitar.

Dos hombretones sujetaban a Graciela, parecía una muñeca de trapo entre ambos. Una toalla blanca le amordazaba la boca y tenía el rostro manchado de sangre. En sus ojos inocentes había una expresión de terror. El magnetófono seguía sobre la mesa de la cocina. Había dos hombres junto al equipo, dos de los hombres que había visto en el hotel: el de pelo oscuro que le había abierto la puerta, y el mayor, de pelo gris, apuesto, sesentón. Ambos le miraron con desprecio.

El hombre de pelo oscuro se adelantó de un salto con un gesto furioso. La mano que tapaba la boca de Hernández se apartó por un instante, y el puño del hombre se estrelló contra su cara. Se oyó el ruido seco del hueso roto y retrocedió, incapaz de soportar el dolor, con el puente de la nariz destrozado, su grito ahogado otra vez por la mano que le tapó la boca. Recibió un puñetazo en la nuca y los golpes volvieron a ensañarse con su cuerpo. Alguien le agarró por el pelo, le echó la cabeza hacia atrás y se encontró mirando el rostro del joven de pelo oscuro. Sus ojos grises eran duros y fríos como el acero. Le habló en voz baja, en un tono de amenaza, pero también con una cierta urgencia.

-Contestarás a mis preguntas -dijo-. Si mientes, la chica morirá. Si me dices la verdad, vivirá. ¿Me entiendes? -Señaló a Graciela con una mano y los dos hombres que la sujetaban le echaron la cabeza hacia atrás tirándole del pelo hasta que vio el blanco de sus ojos. Hernández escuchó sus gritos ahogados. Uno de los hombres le desgarró el vestido y sus pequeños senos morenos quedaron al aire. El segundo sacó un cuchillo enorme de detrás de la espalda, y apoyó la punta de la hoja contra el pezón izquierdo de la muchacha-. ¿Me entiendes?

Hernández sintió ganas de vomitar.

-¿Cómo sabías que estábamos en el hotel? -preguntó el hombre mirándole a los ojos-. Venga, contesta. -La mano que le tapaba la boca se apartó.

-Estaba en la casa de Tsarkin el día que se suicidó -contestó Hernández con voz débil, casi sin poder respirar-. Cubría la información para La Tarde... hubo una llamada... del hotel Excelsior... atendí el teléfono.

Los ojos del hombre de pelo oscuro se iluminaron al comprender lo ocurrido. De pronto metió las manos en los bolsillos de Hernández, le quitó el billetero y examinó el contenido. Encontró la tarjeta de

prensa, estudió la foto, y luego se la dio al hombre de pelo gris, al jefe, antes de indicarle a Hernández que continuara hablando.
Hernández le habló, con la voz entrecortada por el miedo, de la información que le había dado Rodríguez. De lo que le había explicado sobre ellos. Del equipo. De su plan. El hombre de pelo oscuro empalideció y se volvió hacia el de más edad que miraba furioso y con el rostro lívido a Hernández. El hombre de pelo oscuro se volvió una vez más, señaló la mesa y preguntó con voz brusca:
-El cásete. Lo hemos comprobado, está en blanco. -Su tono exigía una explicación. Hernández respiró con fuerza. Sentía fuego en el cuerpo; los golpes casi le habían destrozado-. ¡Contesta! -chilló.
-El micrófono... no funcionó... -respondió Hernández, pero el hombre le cortó con un ademán, como si supiera la respuesta. Con una sonrisa sádica levantó una mano, sujetó la barbilla de Hernández y se la retorció. Hernández quiso gritar: "No, el cásete auténtico está en un lugar seguro. Puedo llevarle hasta allí. Podemos hacer un trato." Pero el hombre se le adelantó.
-Rodríguez... ¿qué le dijo? ¿a quién más se lo contó?
Hernández intentó sacudir la cabeza pero la mano del hombre se lo impidió.
-A nadie más... Sólo a mí...
-¿Está seguro? Quiero la verdad.
-Sí...
-¿Y usted? ¿Se lo dijo a alguien más? ¿Siquiera una palabra... un susurro? -Esta vez la ansiedad era evidente en la voz del hombre, que apretó la mano todavía más.
-No. A nadie.
Dígame -preguntó el hombre después de una pausa-, ¿por qué salió de la casa?
Quería tomar un poco el aire... No... no podía dormir.
-¿Adonde fue?
-Caminé... a lo largo del río.
La mirada del hombre escudriñó el rostro de Hernández, en busca de la verdad.
-La carga que le mencionó Rodríguez... ¿qué cree que era? No me mienta. La vida de la muchacha depende de su respuesta.
Hernández le miró con los ojos amoratados y sanguinolentos.
-Polvo blanco. Ustedes embarcan cocaína -respondió sinceramente, sabiendo que daba igual, que estaba muerto, que Graciela estaba muerta, y sólo deseó que la muerte de la muchacha fuera rápida, instantánea. El hombre le soltó. Hernández suplicó-: Por favor... la muchacha... no sabe nada... no es más que una niña...
El hombre de pelo oscuro sonrió, se rió, como si alguna cosa le divirtiera. Consultó con la mirada al jefe y éste asintió. El hombre se volvió otra vez hacia Hernández y le miró con ojos de loco.
-¡Eres un latino imbécil y un cabrón!
Entonces dio media vuelta y chasqueó los dedos. Todo ocurrió muy rápido. El hombre que empuñaba el cuchillo delante de Graciela levantó la mano. La hoja relampagueó. Hernández quiso gritar, pero una mano le tapó la boca. Observó horrorizado cómo bajaba el cuchillo, abriendo la carne de la muchacha desde el hueco entre los pechos hasta el ombligo. Vio saltar la sangre como un surtido, el blanco de los ojos moribundos que miraban hacia el cielo, el cuerpo sin vida bañado en sangre. Sintió el vómito que le subía a la garganta. Y entonces apareció de pronto el gigante rubio que había visto en el hotel.
Hernández vio el destello del acero cuando el guardaespaldas sacó un cuchillo de hoja dentada. Intentó gritar, pero una mano le oprimió la garganta mientras otras le mantenían contra la pared.
Después, como si todo ocurriera en cámara lenta, Hernández contempló horrorizado cómo el cuchillo hendía el aire y se clavaba en su pecho. Sintió un dolor tremendo mientras la hoja atravesaba la carne con la fuerza de un martillazo, sintió el chorro de sangre caliente cuando el filo le abrió las tripas. A través de la niebla de dolor que le envolvía alcanzó a ver al hombre de pelo oscuro que se apartaba, notó que las manos le soltaban y se deslizó hasta el suelo con la espalda apoyada en la pared en medio de un charco formado por su propia sangre.
Y entonces llegó la oscuridad como una inmensa y fría ola negra que se llevó el dolor, y el sonido cada vez más débil de los pasos que se alejaban y el de los últimos suspiros que escapaban de sus labios, hasta que no quedó nada más que la oscuridad.

SEGUNDA PARTE

10

Estrasburgo, Francia Jueves, 1 de diciembre

En el local reinaba un ambiente muy acogedor, con sus paredes pintadas en tonos ocres cálidos y la chimenea encendida en un rincón.

Desde la mesa junto a la ventana, Volkmann podía ver la torre de la vieja catedral, recortada contra el cielo gris, y el mosaico formado por los techos inclinados de tejas rojas y marrones, del centro medieval del viejo Estrasburgo, que se extendían en hileras dentadas hasta donde alcanzaba la vista. Un viento helado barría la plaza Gutenberg, y la llovizna arañaba el vidrio de la ventana.

Ferguson era de una puntualidad legendaria, pero hoy ya llevaba media hora de retraso. Habían pedido y todavía no había señales de él.

El jefe de la DSE británica odiaba la comida alemana, y por esa razón siempre escogía un restaurante francés para celebrar la reunión informal de cada semana. En esta ocasión, se había decantado por uno regentado por un apuesto francés de Lille. La comida siempre era excelente, aunque el servicio, por lo general, un poco lento. Hoy, al parecer, era mejor de lo habitual, y los camareros rondaban atentos por las mesas.

Volkmann se volvió para mirar otra vez hacia la estatua de bronce de Johann Gutenberg. Por la plaza no transitaba casi nadie a pesar de que no faltaban muchos días para Navidad. En el escaparate de una tienda cercana, un vendedor gordo, bajo y con la cara roja, estaba subido en una silla y se las veía y se las deseaba para colgar unas serpentinas plateadas sobre los cristales de la ventana.

Tom Peters, su compañero de mesa, probó el Burdeos. Peters, un galés fornido, estatura normal, mediana edad, con el pelo canoso y rostro rubicundo, era la mano derecha de Ferguson y el número dos de la sección. Miró a Volkmann y le comentó:

-Había un artículo en Le Monde de la semana pasada, en el que algún experto reconocía que dentro de unos meses estaremos como en los días de la gran depresión. -Señaló con un ademán al vendedor del otro lado de la calle-. Ojalá que a aquel pobre cabrón le valga la pena tanto trabajo.

Volkmann sonrió y bebió un trago del vino rojo afrutado que Peters le había servido.

-¿Te comentó Ferguson alguna cosa de lo que quiere discutir?

Se encontraban en un lugar apartado del restaurante sobre una pequeña tarima, separados del resto de comensales. Peters saboreó el vino, después hizo una mueca y miró con aire tétrico el panorama.

-Alguna cosa relacionada con los jodidos alemanes, muchacho.

Volkmann se olía que pasaba algo. Krull no aparecía por su despacho de la sección alemana, y no se le veía desde hacía días. Incluso la gente de las secciones francesa y alemana parecían pasar más tiempo del habitual tomando café. Los únicos que todavía trabajaban activamente en sus despachos, eran los de su propio departamento, el británico, y los del holandés; como si no pasara nada, burócratas incorregibles hasta el final.

Ferguson llegó unos minutos más tarde. Alto, esquelético, pálido, sesentón, vestía como un señorito inglés: tweed de Donegal, camisa a cuadros y corbata de lana, con un nudo grueso. Se disculpó por el retraso.

-Veo que han comenzado sin mí. -Miró la botella de vino abierta, sonrió y se sentó, al tiempo que aceptaba la copa de vino que le ofreció Peters-. ¿Han pedido? Entonces, pediré yo también.

Ferguson eligió el lenguado con salsa de limón, bróculi con mantequilla y patatas al vapor. Probó el vino y se reclinó en la silla, mirando a través de la ventana las palomas que revoloteaban alrededor de la estatua de Gutenberg como trapos grises. Después se volvió y dijo en voz baja:

-Me ha retrasado una reunión con Hollrich. Estuvo en Bonn la semana pasada.
-¿Alguna cosa que nos concierna? -preguntó Peters.
-Es la gente de Berlín y Bonn -contestó Ferguson-. Están preocupados por el tema del dinero, los recortes presupuestarios. A la vista de cómo están las cosas es una excusa tan buena como cualquier otra. Quizá buscan la manera de reducir su presencia en la cooperación en temas de seguridad. Concentrarse más en los problemas domésticos.
-No lo harán, ¿verdad? -comentó Peters.
Ferguson hizo girar en la copa el vino espeso y afrutado antes de beber un trago. Hizo una mueca mientras miraba a Peters y a Volkmann.
Hollrich dice que es cuestión de dinero. Los jefazos de Bonn no se cansan de gritar que hay que recortar gastos.
-Pero, por amor de Dios, si se gasta una miseria. ¿Se lo ha dicho a Hollrich, señor? -preguntó Peters.
Permanecieron en silencio durante unos minutos mientras el camarero les servía la comida. Ferguson esperó a que se retirara antes de contestar.
--No es tan sencillo, Tom. -Cortó el pescado con movimientos lentos, y lo masticó pensativo antes de tragar-. Según Hollrich, el canciller tiene dificultades con el Gobierno de minorías. Además, los problemas internos han aumentado de forma considerable. Manifestaciones de protesta en Bonn; en Berlín casi a diario. Lo que es evidente, es que en todas partes pasa lo mismo. Podría citar cifras, pero sin duda lo saben por los periódicos. -Ferguson pinchó otro trozo de pescado antes de mirar a Volkmann y a Peters-. Sé que eso supone más trabajo para los demás, pero es lo que hay. Quería que estuvieran informados de lo que pasa. Quiero que sigan trabajando como siempre, pero manténganse alertas. El lunes volveré a reunirme con Hollrich. Como es natural, insistí en la importancia de permanecer dentro de la DSE. Le dije que transmitiera el mensaje a sus superiores.
-¿Qué pasa con los franceses? -preguntó Volkmann.
-El miércoles veré a su jefe de seguridad. Ha oído rumores acerca de los alemanes de boca de su propia gente, y como es lógico quiere tener una charla conmigo. Creo que podré arreglarlo.
-¿Alguna cosa más? -quiso saber Volkmann.
Ferguson vaciló y miró hacia la plaza durante un momento.
-En realidad hay algo más. Algo de lo que quiero que se ocupe. Un favor para Pauli Graf de la sección alemana. -Ferguson hizo una pausa-. Corren tiempos difíciles y no quiero montar ningún follón. Jin embargo, ha surgido una cosa. Algo que deberíamos investigar.
-¿De qué se trata?
No estoy muy seguro. Quizá narcóticos. Según Graf, Hollrich no demostró el menor interés. Le dijo que no tenía tiempo ni gente.
Entonces, ¿cuál es el problema?
Un muchacha de Francfort, una vieja amiga de Graf, estuvo en Suramérica hace poco. Afirma que tiene una información que podría interesarnos.
¿A nosotros? -preguntó Peters.
Me refiero a la DSE -contestó Ferguson.
-¿ Y por qué no se ocupa Pauli Graf del tema? -preguntó Volkmann.
-Como he dicho, los alemanes no parecen estar muy interesados en estos momentos. Hollrich no le hizo ni caso, y a Graf le han destinado a Berlín. Se va mañana. Aparte de la falta de personal, cree que en su sección pasaron del tema porque todo es demasiado vago y no se siguieron los canales correctos. Dice que la muchacha cree que su información puede ser importante pero no quiere hablar con la Bundespolizei.
-¿Algún motivo especial?
-Ninguno que yo sepa. -Ferguson se encogió de hombros-. La muchacha sólo dijo que quería hablar con uno de nuestros oficiales superiores de algo importante. Mencionó una operación de contrabando con Europa, pero no dio más detalles. Insistió en que quería hablar con alguien de la DSE en persona.
-¿A quién quiere encargárselo? -preguntó Peters.

-Había pensado en Joseph -contestó Ferguson. Miró a Volkmann-. Conoce el idioma y tiene, experiencia con ese tipo de asuntos. Sabe cómo moverse. Quizá sólo sea una falsa alarma, desde luego, pero tampoco pasa nada por comprobarlo.
-¿Nada más?
-No -dijo Ferguson, un tanto irritado-. Le he dicho todo lo que sé. -Volkmann miró al vendedor gordo del otro lado de la calle. Había terminado la decoración y ahora observaba desesperanzado a través del cristal-. ¿Alguna cosa más? -preguntó Ferguson.
-¿Qué hay de la chica?
-Se llama Érica Kranz. Tiene veinticinco años. Es periodista freelance. -Ferguson sacó un trozo de papel del bolsillo y se lo dio a Volkmann-. Aquí tiene la dirección y el número de teléfono. Vaya a verla, averigüe de qué se trata.
-¿Cuándo quiere que empiece?
-Podría ir a Francfort mañana. Pero primero llame a la muchacha.
-¿A quién informo?
-A mí. Y si no estoy, llame a Peters y él me pasará el mensaje. Le he pedido a Koller de la sección alemana información sobre la muchacha. Esta noche le enviaré el expediente. Al menos, estará preparado.
-¿Qué dirán los alemanes? -preguntó Volkmann.
-Estoy seguro de que lo considerarán un asunto de rutina -respondió Ferguson con una leve sonrisa-. En cualquier caso, no tienen ningún interés. Si es algo que no concierne a la sección británica ni siquiera indirectamente, le devolveremos la pelota. Suponiendo que Hollrich y su gente esté todavía con nosotros. Ahora lo importante es que mantegamos la cosa en marcha, se queden o no los alemanes en la operación.
Volkmann miró a través de la ventana. El vendedor gordo del otro lado de la plaza estaba ante la puerta de la tienda, las manos cruzadas detrás de la espalda; examinaba su trabajo. No había ningún comprador a la vista.
Cuando Volkmann se volvió, vio que Ferguson y Peters le observaban. La mirada de Ferguson se desvió hacia el vendedor gordo. El jefe de la DSE británica frunció el entrecejo, untó con mantequilla un bollo crujiente y se sirvió otra copa de vino.
-Si mal no recuerdo leí hace poco que durante la gran depresión pasaba exactamente lo mismo. Aquellos que todavía tenían un comercio iban detrás del último centavo. Un follón lamentable. Pero gracias a Dios, ahora podemos dejar esos problemas en las manos de economistas y políticos incapacitados -dijo Ferguson, con una sonrisa.
Peters miró a Volkmann y enarcó las cejas. Volkmann sonrió y bebió un trago de vino sin hacer ningún comentario.
Muy cerca de la DSE está el parque de la Orangerie, con los pájaros exóticos, el lago en miniatura y las cataratas, los jardines y el pabellón construido por Napoleón para la emperatriz Josefina.
A diferencia del imponente cuartel general de la Interpol en Lyon, el sencillo edificio que alberga las oficinas centrales de la DSE en Estrasburgo es poco conocido. Situado cerca del parlamento en la avenida de Europa, el edificio de seis pisos alberga una amalgama de los doce servicios de inteligencia europeos y de las fuerzas de policía especiales, cuyos representantes coordinan la información y las actuaciones en temas de seguridad mutua dentro de la comunidad europea. Su nombre completo es Dirección de Seguridad Europea, pero se la conoce vulgarmente como DSE.
Si bien el objetivo fundamental de la Interpol es la delincuencia internacional, sus poderes son limitados. Sus agentes, escogidos en los cuerpos de policía, se limitan a actuar como un servicio de información. Procesan y distribuyen documentación correspondiente a tres categorías de delincuentes bien definidas: delincuentes que actúan en más de un país, delincuentes que no viajan, pero cuyas actividades criminales afectan a otros países, y delincuentes que cometen un crimen en un país y escapan a otro. Pero dado que existen grandes diferencias en los procedimientos y códigos de justicia de las distintas naciones, los agentes de la Interpol no tienen autoridad para hacer arrestos, aunque las novelas y las películas muestren agentes que van de un país a otro haciendo detenciones cuando les

parece oportuno. Por lo tanto, la organización está limitada a servir de caja de compensación para las informaciones de actividades criminales, algo que hace con eficacia.
La DSE tiene un cometido similar pero sólo se ocupa de cuatro categorías principales de la actividad criminal y terrorista, y únicamente en aquellas que tienen vinculación directa con la seguridad y los actos criminales europeos. A diferencia de la Interpol, los agentes no sólo se eligen en la policía sino también en los servicios de inteligencia de los países miembros. Pueden efectuar arrestos, pero sus poderes están estrictamente limitados por el protocolo, y se circunscriben a las naciones de la comunidad. La categoría uno cubre la actividad terrorista, tanto en el país de origen como el procedente de países fuera de Europa que puedan utilizar el continente como base u objetivo. La categoría dos se ocupa del contrabando en todos sus aspectos, aunque centrándose sobre todo en las drogas, las armas, los metales preciosos y las gemas. La categoría tres trata exclusivamente el espionaje relacionado con la seguridad nacional y europea, y el industrial. Por último, la categoría cuatro investiga los fraudes y las falsificaciones.
Dentro de la DSE, cada estado miembro tiene su propia sección en el cuartel general de Estrasburgo, que representa al servicio de inteligencia y a la policía del país. Cada sección cuenta con doce oficiales superiores de enlace y personal administrativo, y trabaja con las diferentes secciones nacionales en los temas de interés mutuo. En resumen, la razón de ser de la DSE es ofrecer un servicio unificado para combatir las cuatro categorías de las actividades terroristas y criminales, y mantener un banco de datos informáticos compartido, sobre dichas actividades.
El despacho de Volkmann en la sección británica estaba en el tercer piso, al igual que la sección holandesa. Las ventanas daban a una pequeña plaza con cerezos pelados, conocida sencillamente como la plaza. La tarde era fría y no había ningún transeúnte.
Volkmann regresó de comer a las dos y se puso a trabajar. Durante dos horas revisó y clasificó informes. Trataban los temas habituales: drogas, contrabando, terrorismo; informes de inteligencia que daban pie a nuevas investigaciones o que simplemente había que archivar. Cuando acabó, empezaba a oscurecer y las luces comenzaban a encenderse en los edificios.
Sacó el trozo de papel que le había dado Ferguson y marcó el número de teléfono de la chica en Francfort. Cuando Érica Kranz contestó, le dijo que era un oficial de enlace de la DSE y le explicó que Pauli Graf había pedido que alguien hablara con ella.
-¿Puede decirme de qué se trata, señorita Kranz?
La voz de la muchacha sonaba inquieta y a Volkmann le pareció notar un cierto miedo.
-Prefiero no hablar del asunto por teléfono, señor Volkmann. Pero es importante. ¿Podríamos vernos?
-Puedo ir a Francfort mañana por la mañana. Pauli Graf nos dio su dirección. A no ser que usted quiera que nos veamos en otra parte.
Hubo una pausa, y después oyó de nuevo la voz de la muchacha.
-Si no le molesta, señor Volkmann, prefiero que venga aquí. Mi apartamento está en el último piso. ¿Le parece bien a mediodía?
-De acuerdo, a mediodía. Buenas tardes, señorita Kranz.
A las cinco Volkmann dio por acabada la jornada, bajó al aparcamiento y se fue a su casa. Vivía en un lugar modesto para lo que era habitual en Estrasburgo; un apartamento de dos dormitorios en uno de los edificios viejos del Quai Ernest, que daba a un patio pequeño. La ventana de la habitación de Volkmann daba al Rin y a Alemania, que estaba sólo a cinco kilómetros de distancia.
Eran poco más de las diez cuando se presentó Koller, de la sección alemana, con el expediente. El hombre parecía irritado. Volkmann le ofreció una copa pero él rechazó la invitación, molesto por haber tenido que ir al apartamento.
-¿Le importaría decirme para qué necesita el expediente de la muchacha? -le preguntó Koller.
-No es nada especial. Pura rutina.
Koller no hizo más preguntas y se limitó a decir:
-Por favor, no olvide devolver la copia del informe.
Cuando Koller se marchó, Volkmann llenó la bañera de agua caliente y se sirvió una copa llena de whisky. Después de bañarse, se acostó en la cama y leyó el expediente de Érica Kranz.

Resultó una lectura interesante. Diferente. Muy diferente. Había un párrafo que le provocó un temblor involuntario. No pudo dejar de preguntarse de qué iba todo aquello mientras se acercaba a la ventana.
Había dejado de llover, el cielo estaba despejado y era noche cerrada. Vio las luces de Alemania, encendidas en la noche invernal al otro lado del Rin. Nunca cruzaba la frontera a menos que se viera obligado a ello. Ferguson sabía que no le gustaba tratar con los alemanes. Con algunas excepciones había evitado el contacto social con ellos, incluso cuando trabajaba en Berlín, la ciudad menos alemana de todas.
Puso el despertador a las siete, se desvistió despacio, apagó la luz y se acostó. Lo que había leído en el expediente de la muchacha le había inquietado y se revolvió nervioso durante un rato antes de quedarse dormido.

11

Francfort, Alemania Viernes, 2 de diciembre

Volkmann encontró sin problemas la casa de apartamentos. Estaba escondida detrás de un grupo de edificios de ladrillo rojo, construidos antes de la guerra, cerca de Eiserner Steg en el lado sur del río. Una casa moderna, de cuatro plantas y con una mansarda gris. La muchacha le esperaba con la puerta abierta cuando salió del ascensor.
Era alta, con una figura espléndida, la piel bronceada y los ojos azul claro. Sus largas piernas estaban enfundadas en unos vaqueros azules ajustados, con las perneras metidas en botas de caña alta marrones, y vestía además un suéter negro amplio. Llevaba el pelo, rubio, recogido en una coleta que realzaba sus altos pómulos. Apenas iba maquillada, y su rostro mostraba una expresión tensa. Volkmann se presentó y le enseñó sus credenciales.
Al entrar escuchó una música de fondo: un concierto de violín de Mendelsson. La muchacha se acercó a la mini cadena de alta fidelidad quee estaba sobre un estante junto a la ventana y bajó el volumen.
Iba a preparar un poco de café. ¿Le apetece una taza, señor Volkmann?
Sí, gracias.
Por favor, póngase cómodo.
La observó mientras entraba en la cocina. Según el expediente tenía veinticinco años pero parecía mayor. Era guapa, muy guapa. Podía pasar tranquilamente por una modelo o una ejecutiva de alguno de los bancos de Francfort.
El apartamento estaba inmaculadamente limpio y amueblado en un estilo moderno; era amplio y bien ventilado, con plantas, estanterías y tapicerías de cuero color claro. De las paredes blancas colgaban portadas de revistas enmarcadas, y en el estante de la mini cadena había varias docenas de discos y casetes. La mayoría eran los clásicos habituales, pero había una selección completa de las óperas de Puccini y unos cuantos de jazz. Las bibliotecas estaban llenas y Volkmann vio un libro abierto sobre el sofá. Lo recogió y miró la tapa. Era un libro de poesía de Edna St. Vincent Millay. Dejó el libro en su sitio y se puso a mirar por la ventana.
La vista daba al río Mein, donde unas barcazas rechonchas iban y venían por el agua gris. Cerca de la ventana había una mesa de pino con una pantalla de ordenador.
La muchacha regresó a la sala llevando una bandeja con dos tazas de café, una jarrita de leche y un azucarero. Se sentó frente a Volkmann en el sofá de cuero blanco y cruzó las piernas. Recogió el libro y echó un vistazo a las páginas abiertas antes de mirar a Volkmann. Su rostro se veía pálido y tenso, y Volkmann, al mirarla de cerca, vio que tenía los ojos enrojecidos por el llanto. Mientras dejaba el libro a un lado, preguntó:
-¿Conoce la obra de Edna St. Vincent Millay, señor Volkmann?
-No, me temo que no -respondió él con una media sonrisa, sacudiendo la cabeza. Después la miró y dijo-: Creo que será mejor que me diga de qué se trata, señorita Kranz.
-¿Es usted alemán, señor Volkmann?
-Británico. La gente de la sección alemana de la DSE no ha mostrado tener ningún interés en su caso. A Pauli Graf le han trasladado otra vez a Berlín y nos lo pasó de una manera extraoficial. -Miró a la muchacha-. Pero si insiste, puedo preguntarle otra vez a su gente.

-No. -La joven sacudió la cabeza-. Sólo era un comentario. Su acento es un poco diferente, nada más. -Apoyó la taza de café en el regazo-. Quizá deba empezar por el principio.
-Por favor.
La muchacha se apartó un mechón de pelo de la cara, miró hacia la ventana y después lentamente volvió a mirar a Volkmann.
-Hasta la semana pasada estuve de vacaciones en Asunción del Paraguay. Me alojé en casa de mi primo, Rudi Hernández. -La joven se mordió el labio inferior como si dudara-. Durante la estancia advertí que le preocupaba alguna cosa. Cuando le pregunté qué pasaba me respondió que trabajaba en un reportaje. En el periódico no sabían nada del tema.
-¿Qué clase de reportaje? -preguntó Volkmann al ver que la joven vacilaba.
-Rudi se enteró por un piloto que conocía en Asunción, un hombre llamado Rodríguez, que ciertas personas estaban enviando cargas de contrabando desde Suramérica a Europa. Una semana antes de mi llegada al Paraguay, el piloto, Rodríguez, llamó a Rudi y le pidió que se reuniera con él. Le dijo que quería pedirle un favor. Que escribiera un reportaje, pero que no lo publicara. Debía conservarlo en algún lugar seguro, o entregárselo a un abogado. Si le mataban, Rudi debía publicarlo.
"Rodríguez había trabajado antes para esta gente, los contrabandistas -añadió la muchacha, tras dudar un instante-. Le habían contratado para hacer una serie de viajes. Su negocio era el contrabando y estaba acostumbrado a tratar con esa clase de personas. Pero ahora estaba seguro de que sus patrones le vigilaban y querían asesinarle.
-¿Sabe usted qué contenían esas cargas?
-No. Rodríguez le dijo a Rudi que podían ser drogas, pero no estaba seguro. Lo único cierto es que había hecho varios vuelos, todos a Montevideo, Uruguay, en menos de un año. Las cargas iban embaladas en cajas de madera y selladas. Rodríguez añadió que los hombres le habían pagado muy bien. También mencionó un nombre. El nombre de la persona que le contrató. Pero Rudi no quiso decírmelo.
-¿Porqué?
-Pienso que le preocupaba mi seguridad. Creo que pensó que cuanto menos supiera de esas personas, mejor. Que eran peligrosos, muy peligrosos.
-Adelante, señorita Kranz.
-La joven suspiró y volvió a morderse el labio inferior antes de proseguir.
-Dos días después de transportar el último cargamento, Rodríguez advirtió que le vigilaban. Fue entonces cuando tuvo miedo y llamó a Rudi. Le dijo que se había metido en algo demasiado grande, y que los hombres iban por él. Así que Rudi aceptó seguirle el juego a Rodríguez y escribir el artículo. Creo que pensó que se encontraba tras la pista de un asunto gordo, y que Rodríguez acabaría por darle permiso para que lo publicara. Pero tres días después encontraron el cadáver de Rodríguez en una calle de Asunción. Le había atropellado un coche que no se detuvo. Tampoco hubo testigos. Rudi estaba seguro de que le habían asesinado aquellos hombres. Ése era el motivo de que estuviera tan preocupado.
-¿ Por qué estaba tan seguro de que aquellos hombres eran unos asesinos?
-Por la manera que murió Rodríguez. Además Rodríguez le contó que eran unos hombres muy reservados. Estaban obsesionados por mantenerlo todo en secreto. Rudi me dijo que habían matado a Rodríguez para que nadie conociera sus actividades.
Volkmann vaciló, y dejó la taza de café antes de preguntar:
No estoy muy seguro. Quizá narcóticos. Según Graf, Hollrich no demostró el menor interés. Le dijo que no tenía tiempo ni gente.
Entonces, ¿cuál es el problema?
Un muchacha de Francfort, una vieja amiga de Graf, estuvo en Suramérica hace poco. Afirma que tiene una información que podría interesarnos.
¿A nosotros? -preguntó Peters.
Me refiero a la DSE -contestó Ferguson.

-¿ Y por qué no se ocupa Pauli Graf del tema? -preguntó Volkmann.
-Como he dicho, los alemanes no parecen estar muy interesados en estos momentos. Hollrich no le hizo ni caso, y a Graf le han destinado a Berlín. Se va mañana. Aparte de la falta de personal, cree que en su

sección pasaron del tema porque todo es demasiado vago y no se siguieron los canales correctos. Dice que la muchacha cree que su información puede ser importante pero no quiere hablar con la Bundespolizei.
-¿Algún motivo especial?
-Ninguno que yo sepa. -Ferguson se encogió de hombros-. La muchacha sólo dijo que quería hablar con uno de nuestros oficiales superiores de algo importante. Mencionó una operación de contrabando con Europa, pero no dio más detalles. Insistió en que quería hablar con alguien de la DSE en persona.
-¿A quién quiere encargárselo? -preguntó Peters.
-Había pensado en Joseph -contestó Ferguson. Miró a Volkmann-. Conoce el idioma y tiene, experiencia con ese tipo de asuntos. Sabe cómo moverse. Quizá sólo sea una falsa alarma, desde luego, pero tampoco pasa nada por comprobarlo.
-¿Nada más?
-No -dijo Ferguson, un tanto irritado-. Le he dicho todo lo que sé. -Volkmann miró al vendedor gordo del otro lado de la calle. Había terminado la decoración y ahora observaba desesperanzado a través del cristal-. ¿Alguna cosa más? -preguntó Ferguson.
-¿Qué hay de la chica?
-Se llama Érica Kranz. Tiene veinticinco años. Es periodista freelance. -Ferguson sacó un trozo de papel del bolsillo y se lo dio a Volkmann-. Aquí tiene la dirección y el número de teléfono. Vaya a verla, averigüe de qué se trata.
-¿Cuándo quiere que empiece?
-Podría ir a Francfort mañana. Pero primero llame a la muchacha.
-¿A quién informo?
-A mí. Y si no estoy, llame a Peters y él me pasará el mensaje. Le he pedido a Koller de la sección alemana información sobre la muchacha. Esta noche le enviaré el expediente. Al menos, estará preparado.
-¿Qué dirán los alemanes? -preguntó Volkmann.
-Estoy seguro de que lo considerarán un asunto de rutina -respondió Ferguson con una leve sonrisa-. En cualquier caso, no tienen ningún interés. Si es algo que no concierne a la sección británica ni siquiera indirectamente, le devolveremos la pelota. Suponiendo que Hollrich y su gente esté todavía con nosotros. Ahora lo importante es que mantegamos la cosa en marcha, se queden o no los alemanes en la operación.
Volkmann miró a través de la ventana. El vendedor gordo del otro lado de la plaza estaba ante la puerta de la tienda, las manos cruzadas detrás de la espalda; examinaba su trabajo. No había ningún comprador a la vista.
Cuando Volkmann se volvió, vio que Ferguson y Peters le observaban. La mirada de Ferguson se desvió hacia el vendedor gordo. El jefe de la DSE británica frunció el entrecejo, untó con mantequilla un bollo crujiente y se sirvió otra copa de vino.
-Si mal no recuerdo leí hace poco que durante la gran depresión pasaba exactamente lo mismo. Aquellos que todavía tenían un comercio iban detrás del último centavo. Un follón lamentable. Pero gracias a Dios, ahora podemos dejar esos problemas en las manos de economistas y políticos incapacitados -dijo Ferguson, con una sonrisa.
Peters miró a Volkmann y enarcó las cejas. Volkmann sonrió y bebió un trago de vino sin hacer ningún comentario.
Muy cerca de la DSE está el parque de la Orangerie, con los pájaros exóticos, el lago en miniatura y las cataratas, los jardines y el pabellón construido por Napoleón para la emperatriz Josefina.
A diferencia del imponente cuartel general de la Interpol en Lyon, el sencillo edificio que alberga las oficinas centrales de la DSE en Estrasburgo es poco conocido. Situado cerca del parlamento en la avenida de Europa, el edificio de seis pisos alberga una amalgama de los doce servicios de inteligencia europeos y de las fuerzas de policía especiales, cuyos representantes coordinan la información y las actuaciones en temas de seguridad mutua dentro de la comunidad europea. Su nombre completo es Dirección de Seguridad Europea, pero se la conoce vulgarmente como DSE.

Si bien el objetivo fundamental de la Interpol es la delincuencia internacional, sus poderes son limitados. Sus agentes, escogidos en los cuerpos de policía, se limitan a actuar como un servicio de información. Procesan y distribuyen documentación correspondiente a tres categorías de delincuentes bien definidas: delincuentes que actúan en más de un país, delincuentes que no viajan, pero cuyas actividades criminales afectan a otros países, y delincuentes que cometen un crimen en un país y escapan a otro. Pero dado que existen grandes diferencias en los procedimientos y códigos de justicia de las distintas naciones, los agentes de la Interpol no tienen autoridad para hacer arrestos, aunque las novelas y las películas muestren agentes que van de un país a otro haciendo detenciones cuando les parece oportuno. Por lo tanto, la organización está limitada a servir de caja de compensación para las informaciones de actividades criminales, algo que hace con eficacia.
La DSE tiene un cometido similar pero sólo se ocupa de cuatro categorías principales de la actividad criminal y terrorista, y únicamente en aquellas que tienen vinculación directa con la seguridad y los actos criminales europeos. A diferencia de la Interpol, los agentes no sólo se eligen en la policía sino también en los servicios de inteligencia de los países miembros. Pueden efectuar arrestos, pero sus poderes están estrictamente limitados por el protocolo, y se circunscriben a las naciones de la comunidad. La categoría uno cubre la actividad terrorista, tanto en el país de origen como el procedente de países fuera de Europa que puedan utilizar el continente como base u objetivo. La categoría dos se ocupa del contrabando en todos sus aspectos, aunque centrándose sobre todo en las drogas, las armas, los metales preciosos y las gemas. La categoría tres trata exclusivamente el espionaje relacionado con la seguridad nacional y europea, y el industrial. Por último, la categoría cuatro investiga los fraudes y las falsificaciones.
Dentro de la DSE, cada estado miembro tiene su propia sección en el cuartel general de Estrasburgo, que representa al servicio de inteligencia y a la policía del país. Cada sección cuenta con doce oficiales superiores de enlace y personal administrativo, y trabaja con las diferentes secciones nacionales en los temas de interés mutuo. En resumen, la razón de ser de la DSE es ofrecer un servicio unificado para combatir las cuatro categorías de las actividades terroristas y criminales, y mantener un banco de datos informáticos compartido, sobre dichas actividades.
El despacho de Volkmann en la sección británica estaba en el tercer piso, al igual que la sección holandesa. Las ventanas daban a una pequeña plaza con cerezos pelados, conocida sencillamente como la plaza. La tarde era fría y no había ningún transeúnte.
Volkmann regresó de comer a las dos y se puso a trabajar. Durante dos horas revisó y clasificó informes. Trataban los temas habituales: drogas, contrabando, terrorismo; informes de inteligencia que daban pie a nuevas investigaciones o que simplemente había que archivar. Cuando acabó, empezaba a oscurecer y las luces comenzaban a encenderse en los edificios.
Sacó el trozo de papel que le había dado Ferguson y marcó el número de teléfono de la chica en Francfort. Cuando Érica Kranz contestó, le dijo que era un oficial de enlace de la DSE y le explicó que Pauli Graf había pedido que alguien hablara con ella.
-¿Puede decirme de qué se trata, señorita Kranz?
La voz de la muchacha sonaba inquieta y a Volkmann le pareció notar un cierto miedo.
-Prefiero no hablar del asunto por teléfono, señor Volkmann. Pero es importante. ¿Podríamos vernos?
-Puedo ir a Francfort mañana por la mañana. Pauli Graf nos dio su dirección. A no ser que usted quiera que nos veamos en otra parte.
Hubo una pausa, y después oyó de nuevo la voz de la muchacha.
-Si no le molesta, señor Volkmann, prefiero que venga aquí. Mi apartamento está en el último piso. ¿Le parece bien a mediodía?
-De acuerdo, a mediodía. Buenas tardes, señorita Kranz.
A las cinco Volkmann dio por acabada la jornada, bajó al aparcamiento y se fue a su casa. Vivía en un lugar modesto para lo que era habitual en Estrasburgo; un apartamento de dos dormitorios en uno de los edificios viejos del Quai Ernest, que daba a un patio pequeño. La ventana de la habitación de Volkmann daba al Rin y a Alemania, que estaba sólo a cinco kilómetros de distancia.

Eran poco más de las diez cuando se presentó Koller, de la sección alemana, con el expediente. El hombre parecía irritado. Volkmann le ofreció una copa pero él rechazó la invitación, molesto por haber tenido que ir al apartamento.
-¿Le importaría decirme para qué necesita el expediente de la muchacha? -le preguntó Koller.
-No es nada especial. Pura rutina.
Koller no hizo más preguntas y se limitó a decir:
-Por favor, no olvide devolver la copia del informe.
Cuando Koller se marchó, Volkmann llenó la bañera de agua caliente y se sirvió una copa llena de whisky. Después de bañarse, se acostó en la cama y leyó el expediente de Érica Kranz.
Resultó una lectura interesante. Diferente. Muy diferente. Había un párrafo que le provocó un temblor involuntario. No pudo dejar de preguntarse de qué iba todo aquello mientras se acercaba a la ventana.
Había dejado de llover, el cielo estaba despejado y era noche cerrada. Vio las luces de Alemania, encendidas en la noche invernal al otro lado del Rin. Nunca cruzaba la frontera a menos que se viera obligado a ello. Ferguson sabía que no le gustaba tratar con los alemanes. Con algunas excepciones había evitado el contacto social con ellos, incluso cuando trabajaba en Berlín, la ciudad menos alemana de todas.
Puso el despertador a las siete, se desvistió despacio, apagó la luz y se acostó. Lo que había leído en el expediente de la muchacha le había inquietado y se revolvió nervioso durante un rato antes de quedarse dormido.

11
Francfort, Alemania Viernes, 2 de diciembre
Volkmann encontró sin problemas la casa de apartamentos. Estaba escondida detrás de un grupo de edificios de ladrillo rojo, construidos antes de la guerra, cerca de Eiserner Steg en el lado sur del río. Una casa moderna, de cuatro plantas y con una mansarda gris. La muchacha le esperaba con la puerta abierta cuando salió del ascensor.
Era alta, con una figura espléndida, la piel bronceada y los ojos azul claro. Sus largas piernas estaban enfundadas en unos vaqueros azules ajustados, con las perneras metidas en botas de caña alta marrones, y vestía además un suéter negro amplio. Llevaba el pelo, rubio, recogido en una coleta que realzaba sus altos pómulos. Apenas iba maquillada, y su rostro mostraba una expresión tensa. Volkmann se presentó y le enseñó sus credenciales.
Al entrar escuchó una música de fondo: un concierto de violín de Mendelsson. La muchacha se acercó a la mini cadena de alta fidelidad quee estaba sobre un estante junto a la ventana y bajó el volumen.
Iba a preparar un poco de café. ¿Le apetece una taza, señor Volkmann?
Sí, gracias.
Por favor, póngase cómodo.
La observó mientras entraba en la cocina. Según el expediente tenía veinticinco años pero parecía mayor. Era guapa, muy guapa. Podía pasar tranquilamente por una modelo o una ejecutiva de alguno de los bancos de Francfort.
El apartamento estaba inmaculadamente limpio y amueblado en un estilo moderno; era amplio y bien ventilado, con plantas, estanterías y tapicerías de cuero color claro. De las paredes blancas colgaban portadas de revistas enmarcadas, y en el estante de la mini cadena había varias docenas de discos y casetes. La mayoría eran los clásicos habituales, pero había una selección completa de las óperas de Puccini y unos cuantos de jazz. Las bibliotecas estaban llenas y Volkmann vio un libro abierto sobre el sofá. Lo recogió y miró la tapa. Era un libro de poesía de Edna St. Vincent Millay. Dejó el libro en su sitio y se puso a mirar por la ventana.
La vista daba al río Mein, donde unas barcazas rechonchas iban y venían por el agua gris. Cerca de la ventana había una mesa de pino con una pantalla de ordenador.
La muchacha regresó a la sala llevando una bandeja con dos tazas de café, una jarrita de leche y un azucarero. Se sentó frente a Volkmann en el sofá de cuero blanco y cruzó las piernas. Recogió el libro y echó un vistazo a las páginas abiertas antes de mirar a Volkmann. Su rostro se veía pálido y tenso, y

Volkmann, al mirarla de cerca, vio que tenía los ojos enrojecidos por el llanto. Mientras dejaba el libro a un lado, preguntó:
-¿Conoce la obra de Edna St. Vincent Millay, señor Volkmann?
-No, me temo que no -respondió él con una media sonrisa, sacudiendo la cabeza. Después la miró y dijo-: Creo que será mejor que me diga de qué se trata, señorita Kranz.
-¿Es usted alemán, señor Volkmann?
-Británico. La gente de la sección alemana de la DSE no ha mostrado tener ningún interés en su caso. A Pauli Graf le han trasladado otra vez a Berlín y nos lo pasó de una manera extraoficial. -Miró a la muchacha-. Pero si insiste, puedo preguntarle otra vez a su gente.
-No. -La joven sacudió la cabeza-. Sólo era un comentario. Su acento es un poco diferente, nada más. -Apoyó la taza de café en el regazo-. Quizá deba empezar por el principio.
-Por favor.
La muchacha se apartó un mechón de pelo de la cara, miró hacia la ventana y después lentamente volvió a mirar a Volkmann.
-Hasta la semana pasada estuve de vacaciones en Asunción del Paraguay. Me alojé en casa de mi primo, Rudi Hernández. -La joven se mordió el labio inferior como si dudara-. Durante la estancia advertí que le preocupaba alguna cosa. Cuando le pregunté qué pasaba me respondió que trabajaba en un reportaje. En el periódico no sabían nada del tema.
-¿Qué clase de reportaje? -preguntó Volkmann al ver que la joven vacilaba.
-Rudi se enteró por un piloto que conocía en Asunción, un hombre llamado Rodríguez, que ciertas personas estaban enviando cargas de contrabando desde Suramérica a Europa. Una semana antes de mi llegada al Paraguay, el piloto, Rodríguez, llamó a Rudi y le pidió que se reuniera con él. Le dijo que quería pedirle un favor. Que escribiera un reportaje, pero que no lo publicara. Debía conservarlo en algún lugar seguro, o entregárselo a un abogado. Si le mataban, Rudi debía publicarlo.
"Rodríguez había trabajado antes para esta gente, los contrabandistas -añadió la muchacha, tras dudar un instante-. Le habían contratado para hacer una serie de viajes. Su negocio era el contrabando y estaba acostumbrado a tratar con esa clase de personas. Pero ahora estaba seguro de que sus patrones le vigilaban y querían asesinarle.
-¿Sabe usted qué contenían esas cargas?
-No. Rodríguez le dijo a Rudi que podían ser drogas, pero no estaba seguro. Lo único cierto es que había hecho varios vuelos, todos a Montevideo, Uruguay, en menos de un año. Las cargas iban embaladas en cajas de madera y selladas. Rodríguez añadió que los hombres le habían pagado muy bien. También mencionó un nombre. El nombre de la persona que le contrató. Pero Rudi no quiso decírmelo.
-¿Porqué?
-Pienso que le preocupaba mi seguridad. Creo que pensó que cuanto menos supiera de esas personas, mejor. Que eran peligrosos, muy peligrosos.
-Adelante, señorita Kranz.

-La joven suspiró y volvió a morderse el labio inferior antes de proseguir.
-Dos días después de transportar el último cargamento, Rodríguez advirtió que le vigilaban. Fue entonces cuando tuvo miedo y llamó a Rudi. Le dijo que se había metido en algo demasiado grande, y que los hombres iban por él. Así que Rudi aceptó seguirle el juego a Rodríguez y escribir el artículo. Creo que pensó que se encontraba tras la pista de un asunto gordo, y que Rodríguez acabaría por darle permiso para que lo publicara. Pero tres días después encontraron el cadáver de Rodríguez en una calle de Asunción. Le había atropellado un coche que no se detuvo. Tampoco hubo testigos. Rudi estaba seguro de que le habían asesinado aquellos hombres. Ése era el motivo de que estuviera tan preocupado.
-¿ Por qué estaba tan seguro de que aquellos hombres eran unos asesinos?
-Por la manera que murió Rodríguez. Además Rodríguez le contó que eran unos hombres muy reservados. Estaban obsesionados por mantenerlo todo en secreto. Rudi me dijo que habían matado a Rodríguez para que nadie conociera sus actividades.
Volkmann vaciló, y dejó la taza de café antes de preguntar:
-¿Hernández informó a la policía de Asunción de todo esto?

-No. Primero quería tener pruebas. Quería saber los nombres de las personas involucradas, y quería estar seguro del contenido de las cargas. Confirmar que esa gente estaba metida en algo claramente ilegal.
Volkmann miró a la muchacha por un momento, y después se volvió hacia la ventana. El cielo estaba encapotado. Vaciló. Volvió a mirar a Kranz.
-Señorita Kranz -dijo-. No acabo de ver qué tiene que ver este asunto con la DSE. No tiene ninguna prueba sólida.
-No -respondió la joven tras una pausa-, pero Pauli Graf me comentó una vez que el departamento al que pertenece se ocupa de cosas muy diversas.
-Sí, pero Suraménca no es precisamente nuestro territorio.
-Hay algo que quizá les concierna.
-Dígamelo.
-Antes de dejar Asunción, Rudi me pidió que comprobara una cosa para él. Necesitaba cierta información. Hace cuatro días llamé al apartamento de Rudi para comunicarle lo que había averiguado. No obtuve respuesta. Así que llamé al periódico. Un reportero me dijo...
-La voz de la muchacha se apagó, y agachó la cabeza.
Volkmann oyó el concierto de Mendelsson, apenas audible; la música llenaba el silencio.
-¿Qué le dijo?
-Me dijo que Rudi estaba muerto. La policía encontró su cadáver en una casa de Asunción. La casa de una chica. Los habían asesinado a los dos. -La mujer se sacó un pañuelo de la manga del suéter y se secó las lágrimas.
-¿Qué tienen que ver los asesinatos con la DSE? -preguntó Volkmann.
La muchacha le miró directamente a los ojos antes de contestar.
-Antes de que mataran a Rodríguez, él llevó a Rudi a una casa grande a las afueras de Asunción. La casa del hombre que le había contratado. Vigilaron la casa. Rudi quería sacar unas fotos para el artículo. Llevaba un teleobjetivo. Dos hombres salieron juntos al jardín de la propiedad. Rodríguez le mostró al que le había contratado. Pero Rudi no se interesó por éste, sino por el otro, el que le acompañaba. Rudi le reconoció, le había visto antes. En Europa, no en Suraménca.
-No lo entiendo.
-Rudi había conocido al hombre cinco años antes en una fiesta en la Universidad de Heidelberg, cuando yo estudiaba allí. Se llamaba Dieter Winter.
-Siga.
-En aquel entonces Rudi estaba en casa de mi familia, y yo le llevé a la fiesta. Winter y Rudi discutieron, y casi llegaron a las manos. Rudi le recordaba con toda claridad. Dijo que por primera vez había deseado pegarle a alguien. Rudi me enseñó una de las fotos que sacó de los hombres que paseaban por el jardín de la casa en Asunción. Uno viejo y el otro joven paseando juntos. El joven quizás era Dieter Winter, pero no estaba segura. Había estado en la universidad, pero yo apenas le recordaba. Así que Rudi me pidió que lo averiguara en cuanto regresara a casa y que le enviara una foto de Winter si podía conseguir una, sólo para estar seguro.
"Cuando regresé a Francfort hice las averiguaciones pertinentes. Descubrí que su nombre había aparecido recientemente en los periódicos alemanes. La policía encontró su cadáver en una callejuela de Berlín la semana pasada. Le habían disparado.
La muchacha cogió un sobre grande que estaba sobre la mesilla de café. Sacó un recorte de periódico y se lo alcanzó a Volkmann. Sólo eran dos párrafos y hablaba del hallazgo del cadáver en un callejón cercano a la estación del metro en el zoo de Berlín. Le habían disparado cinco veces a bocajarro. No había testigos y el nombre del muerto era Dieter Winter.
La noticia incluía la solicitud de la Bundespolizei para que cualquiera que tuviera información sobre el caso se pusiera en contacto con la policía.
-Este hombre, Winter -preguntó Volkmann, mientras devolvía el recorte de periódico-. ¿ Qué tiene de extraño que estuviera en Paraguay?

-No lo sé -respondió la joven y se encogió de hombros-. A Rudi le llamó la atención que Winter estuviera allí, tan lejos de Alemania, y el hecho de que pudiera estar involucrado con las personas que mataron al piloto.
-¿Ha hablado de este asunto con alguien más?
-Sólo con Pauli Graf. Pero como sé que es un funcionario menor, quería hablar con alguien que tuviera autoridad.
-¿Por qué no acudió a la policía?
--Tuve el presentimiento de que Pauli pensaba que era un asunto Para ustedes. Además, la Bundespolizei sólo se interesa por lo que ocu-fre en territorio alemán. Pero Pauli me dijo que ustedes también traba-Jan fuera de Europa.
volkmann dejó la taza de café sobre la mesa.
-¿Exactamente qué quiere usted que haga?
Quiero saber por qué murió Rudi, y quién le mató -contestó la J°ven con toda franqueza-. Me voy a Paraguay a principios de la semana que viene . A Rudi le hubiera gustado que alguien continuara su trabajo. Soy periodista freelance, es mi profesión. Pero también tengo un interés personal en el asunto.
-No ha respondido a mi pregunta.
La muchacha vaciló un momento, como sorprendida por la brusquedad de Volkmann. Después añadió:
-Usted tiene contactos con la policía y los servicios de información de otros países. Quizá podría darme una carta de presentación, sugerirme el nombre de alguien con quien hablar en Paraguay. O incluso aconsejarme.
-Mi consejo es que deje el asunto en manos de la policía paraguaya. Utilice los canales correctos y no meta a Pauli Graf en todo esto. -Volkmann miró a la muchacha-. Dígale a la Bundespolizei lo mismo que a mí. Ellos se encargarán de comunicárselo a su gente en la DSE si lo consideran importante.
-Eso es lo mismo que me dijo Pauli Graf -replicó la joven, en un tono impaciente-. Pero lleva tiempo y yo salgo para Asunción pasado mañana. -Miró a Volkmann a los ojos-. Le agradecería cualquier ayuda que pudiera darme, señor Volkmann, a pesar de su consejo. Me facilitaría las cosas. Además, como le he dicho, la Bundespolizei no se ocupa por lo general de un crimen cometido al otro lado del mundo. Pero su gente... Pauli Graf me dijo que pueden llegar mucho más lejos. Claro que tal vez esté equivocada.
-Al parecer, Pauli Graf le ha dicho muchas cosas.
-No tantas. Es un amigo. Le conocí cuando era reportera del Frankfurter Zeitung. Sólo lo suficiente para comprender que ustedes eran el único camino. Claro que, como ya le he dicho antes, puedo estar equivocada.
-No le quiero mentir. No creo que éste sea territorio de la DSE.
-Le comprendo, señor Volkmann. Gracias por escucharme.
-Su vuelo para Asunción, ¿cuándo sale? -le preguntó Volkmann mientras se ponía de pie.
-El domingo. Del aeropuerto local.
-Lo comentaré con mi gente. No le prometo nada, pero si hay algo que yo pueda hacer para ayudarla la llamaré antes de que se marche.
-Muchas gracias, señor Volkmann.
-Buenos días, señorita Kranz.
La joven observó a Volkmann mientras cruzaba el pasillo hasta el ascensor. Después cerró la puerta y se acercó a la ventana. Las barcazas iban a pasar un día movido; el oleaje las zarandeaba en el agua gris-Vio a Volkmann cruzar la calle y dirigirse al coche; la gabardina le azotaba las piernas.
Había algo en él que le hacía parecer distante, pensó. Era tan distinto a Rudi, siempre sonriente, y, sin embargo, tenía la misma mirada suave en sus ojos castaños. Además, había notado el desagrado casi palpable en su actitud hacia ella. Una formalidad inquietante. Tampoco había pasado por alto la tensión alrededor de los ojos y la boca.

Le contempló mientras se alejaba. Después hizo a un lado sus inquietudes y se fue a lavar las tazas del café.
Eran más de las cuatro cuando Volkmann regresó a Estrasburgo. Ferguson y Peters no estaban. Escribió su informe y le entregó una copia a la secretaria de Ferguson adjuntando la copia del expediente de la

muchacha. La secretaria le dijo que el jefe se encontraba en París y que no volvería hasta la noche. Volkmann envió un fax al cuartel general de la Bundespoüzei en Berlín. Solicitaba información sobre Dieter Winter, daba todos los detalles que podía del hombre, y pedía una foto, si era posible.
Volvió a leer el expediente de Kranz. Había nacido en Buenos Aires, Argentina, de padres alemanes. Tenía una hermana mayor, casada con un francés, que vivía en Rennes. El padre había muerto en Suramérica cuando ella tenía tres años, y Érica Kranz había regresado a Alemania con su madre y su hermana aquel mismo año.
Licenciada en periodismo por la Universidad de Heidelberg, había militado en diversos partidos minoritarios en su época estudiantil, pero en la actualidad no se le conocía ninguna afiliación política. Soltera, sin vicios, ni antecedentes policiales. Trabajaba como periodista freelance y tenía contratos con muchas de las principales revistas femeninas alemanas.
El párrafo referente al padre, aunque era historia pasada, había influido en la actitud de Volkmann durante la conversación, por mucho que intentó olvidarlo. Manfred Kranz había sido mayor en la división Leibstandarte de la SS durante la Segunda Guerra Mundial. Hubo un tiempo en que le habían buscado por los crímenes de guerra que cometió en dos de los países ocupados. Veinte hombres de la aldea de Ronchamp, en el sur de Francia, habían sido ejecutados públicamente durante la retirada alemana. Manfred Kranz era el comandante de la unidad responsable. En Rusia, había estado implicado en la ejecución de doscientos prisioneros de guerra durante el ataque alemán contra Kiev. Nunca le habían sometido a juicio porque las autoridades argentinas no habían permitido la extradición. Volkmann se marchó dos horas más tarde; llegó a su apartamento pasadas las seis. Ferguson le llamó a las diez de la noche.
He leído el informe. Un poco impreciso pero interesante.
-¿Alguna respuesta al fax que envié a Berlín?
-Llegó hace un rato. Junto con una foto.
-¿Qué dice de Winter?
-Se licenció en historia en Heidelberg hace cinco años. Involucrado en varios grupos de extrema derecha durante la etapa estudiantil, pero no hay arrestos. Lleva en el paro desde que se graduó. La policía no tiene ninguna pista del asesinato. La zona donde ocurrió es frecuentada por camellos. Sin embargo, lo investigaron sin obtener ningún resultado.
-¿Condenaron a Winter alguna vez por tráfico de drogas?
-No. Pero como el asesinato ocurrió en esa zona, la policía investigó esa posibilidad.
-¿Alguna cosa más?
-El arma utilizada en el asesinato de Berlín es la parte que nos interesa. Una pistola Walther, de calibre nueve milímetros, pero la munición se fabrica en Suramérica. La policía alemana piensa que es la misma que se utilizó en el asesinato de un industrial alemán llamado Piebei en un restaurante de Hanover el año pasado. Un colega británico del fallecido, llamado Hargrove fue herido en el mismo ataque y murió dos días después.
-¿Qué piensa usted, señor?
-Sólo Dios lo sabe. Podría ser cualquier cosa. Personalmente, pienso que tendría que hacer el viaje con la chica. El periodista de Asunción quizás estaba sobre la pista de algo que nos concierne. Tal vez podría aclarar alguna cosa de los asesinatos de Hanover y Berlín.
-¿De verdad cree que es necesario?
-A la vista de lo que la muchacha dijo de las cargas, sí. Siempre estamos a tiempo de endosar los gastos a los alemanes si esto acaba en sus tribunales. Además, no olvide que después de todo, Hargrove era un subdito británico.
-Entonces, ¿qué le digo a la chica?
-Que investigaremos. Que la muerte de Winter nos interesa. Pídale a Peters que se encargue del billete mañana por la mañana a primera hora. ¿Supongo que la chica no pondrá ninguna pega?
-Pienso que no.
-Bien. Llamaré a la gente en Asunción y les enviaré una copia de la declaración de la joven, traducida, desde luego. Buenas noches, Joseph.

Volkmann escuchó el chasquido en la línea y colgó. Se sentó medio desvestido en la cama, antes de apagar la luz. A oscuras, miró a través de la ventana mientras se fumaba un cigarrillo. Repasó mentalmente el encuentro con la muchacha; el avistamiento de Winter en Paraguay y el asesinato en Berlín; los crímenes cometidos en Asunción. ¿Que relación tenían? Quizá ninguna. Por ahora no sabía la respuesta, todavía no, era imposible, sólo había preguntas y más preguntas, era como si se arrojara una piedra a un estanque; y se formara una serie de círculos interminables.
Por el Rin navegaban algunos barcos. Vio sus luces, puntos blancos en medio de la oscuridad. Más allá de las tinieblas se extendían las sombras de la Selva Negra. Pensó en la conversación telefónica con Ferguson.
Había dejado una copia del expediente de la chica junto con el informe. El párrafo de la última página tenía que haberle llamado la atención; sin embargo, Ferguson no lo había mencionado. Era algo muy anterior al nacimiento de la joven. No significaba nada para Ferguson, pero sí para él, y se estremeció en la oscuridad al recordar aquel único párrafo en el expediente.
Chaco nororiental, Paraguay Domingo, 4 de diciembre.
Hacía rato que había anochecido cuando el hombre de pelo gris se sentó en el sillón de caña de la galería. Llevaba una camisa blanca sin corbata, chaqueta de lino, y sus pantalones de algodón estaban recién planchados.
Fuera llovía a cántaros. La luna llena asomaba entre los espesos nubarrones negros. En la galería estaba encendida la luz, y los insectos zumbaban en las sombras. El pelo cano del hombre reflejaba la luz y sus apuestas facciones bronceadas parecían amarillentas.
El criado le sirvió té con limón helado en una bandeja de plata. Observó cómo le añadía dos cucharaditas de azúcar a la taza, y después se volvió para contemplar la selva: la masa oscura de vegetación exuberante empapada por la lluvia, las gruesas cañas de bambú y los fragantes mangos. Miró fijamente la lluvia torrencial y las plantas selváticas verde jade que se aglomeraban en el jardín más allá de la cortina de agua.
Dentro de un rato dejaría de llover; los nubarrones agotarían su carga. Por la mañana volvería a brillar el sol, y de los jardines y los árboles se elevaría la niebla mientras el calor evaporaba el agua de lluvia.
"Es el ciclo natural", le dijo una vez su tutor cuando de niño observó por primera vez el fenómeno. Al recordar las palabras, sonrió.
Pero ahora estaba oscuro y gris más allá de la lluvia incesante. Oyó el eco de los pasos en el suelo de madera del vestíbulo y al cabo de unos segundos vio aparecer a Kruger que fumaba un cigarrillo. Llevaba un suéter gris con las mangas arremangadas, lo que permitía ver e' espeso vello oscuro de sus brazos musculosos, y se había peinado el Pelo hacia atrás. Tomó asiento en un sillón delante de él.
El hombre de pelo gris se volvió hacia el criado y le ordenó con ina sonrisa:
-Por favor, Emilio, déjanos solos. -La voz era suave y amable, y ;1 joven moreno le devolvió la sonrisa mientras obedecía.
Cuando se marchó el sirviente, el hombre se llevó la taza de té helado a los labios, y bebió el líquido refrescante. Después miró a Kruger; el sillón de caña crujía bajo el peso de su corpachón. Un insecto se movió sobre la mesa; Kruger lo apartó con la mano.
-¿Has llamado a Franz por la radio?
-Sí -respondió Kruger-. No hay nada de que preocuparse.
-¿Estás absolutamente seguro, Hans?
-El periodista trabajaba solo. Eso está confirmado.
-¿Y la cinta?
Kruger dio una chupada al cigarrillo, soltó el humo.
-En blanco. Hice que Franz revisara la cinta y el equipo a fondo. El micrófono estaba estropeado. Al parecer, sólo podía registrar sonidos muy cercanos y aun así de forma muy débil. Pero no consiguió grabar nada.
-¿No hay ninguna duda?
-Ninguna. El técnico de Franz es un experto de primera. Según dijo, el equipo era muy sensible y se podía estropear fácilmente si no se utilizaba con cuidado. Franz se encargó de hacerlo desaparecer.

El hombre de pelo gris suspiró, un suspiro de alivio. Levantó la taza, la sostuvo entre sus delgadas manos, y bebió el té. Entonces miró hacia la selva, más allá de la lluvia.
-¿Están hechos los preparativos para el viaje?
-El helicóptero vendrá a las nueve. Cuando lleguemos a Ciudad de México, Konrad nos llevará a casa de Halder.
El hombre de pelo gris permaneció pensativo unos instantes antes de hablar.
-El periodista, quiero que investiguen a fondo sus antecedentes. Pero con discreción. Díselo a Franz. Y no quiero más problemas. Ya hemos tenido suficiente con el piloto y el periodista. Lo que pasó en el hotel no debe volverse a repetir. -Aunque la voz del hombre era suave, la advertencia era clara.
Kruger asintió en silencio. Contuvo su deseo de decir que no habría más problemas, que podía garantizarlo, que los hombres de Franz se habían ocupado de verificarlo, que habían investigado cualquier posibilidad. Pero el hombre mayor habló otra vez y Kruger le escuchó respetuoso.
-Antes de que nos vayamos, quiero que lo destruyáis todo. Quemad todo lo que no nos llevemos. No debe quedar nada. Nada. Como si nunca hubiésemos estado aquí. Como si no hubiésemos existido.
Ocúpate de ello, Hans. -Kruger asintió con una inclinación de cabeza-. Eso es todo, Hans. Gracias.
Kruger se puso de pie y se fue; sus pisadas resonaron en el suelo de madera.
El hombre mayor permaneció en su sillón, y observó cómo Kruger cruzaba la galería y entraba en la casa. Una vez solo, miró hacia la selva. Vaciló unos instantes, después buscó el billetero en el bolsillo interior de la chaqueta de lino y sacó una foto. La foto amarillenta de una joven rubia y un hombre de pelo oscuro.
Un momento más tarde aparecieron los dos adolescentes que servían de criados. Emilio, cargado con la bandeja de plata, y López detrás. Los muchachos se sentaron en el suelo junto al hombre que les sonrió con cariño al ver sus expresiones aduladoras. Entonces los muchachos miraron la foto que el hombre tenía en las manos y sonrieron. El hombre les palmeó la cabeza por turno y, mientras señalaba la foto, les preguntó en castellano:
-¿Queréis escuchar la historia otra vez?
Los muchachos asintieron entusiasmados sin dejar de sonreír. El hombre guardó la foto en el billetero y comenzó su relato.

12
Asunción
Lunes, 5 de diciembre
El policía que recibió a Joseph Volkmann y a Érica Kranz en la zona de llegadas internacionales aquel lunes por la mañana, vestía un traje blanco arrugado que parecía una talla demasiado grande para su cuerpo rechoncho. Tenía la cara gorda, pálida y fofa, y sus ojos oscuros se veían cansados. Se expresaba bien en inglés, y al hablar dejaba ver unos cuantos dientes de oro. Se presentó a sí mismo como el capitán Vellares Sánchez. Les acompañó hasta un coche de policía secreta y les condujo al centro de la ciudad.
En Asunción era verano y el calor resultaba insoportable, el aire seco les dañaba los pulmones. A lo largo del camino, vieron los eucaliptos y las palmeras con las hojas inmóviles expuestas a aquel aire abrasador. Volkmann se sentó junto a la muchacha en el asiento trasero, con las ventanillas bajadas: el calor era terrible. El policía se secaba el sudor de la cara con un pañuelo mientras conducía. Apenas si habló, excepto para preguntarle a sus pasajeros si habían tenido un vuelo agradable.
La ciudad era un caos de ruido y color; una mezcla de viejo y nuevo, con fachadas del siglo XIX, casas de adobe amarillo y chabolas de lata y madera que se erguían junto a edificios modernos y bloques de apartamentos. Unos viejísimos tranvías amarillos traqueteaban ruidosamente por las avenidas principales, y, en las esquinas, las indias se sentaban al sol junto a carretillas cargadas con frutas, flores y quincallería.
La oficina del capitán estaba en el tercer piso de la jefatura de policía en la calle Chile. Era una habitación vulgar y calurosa con la pintura desconchada y muebles destartalados. En un rincón había un ar:hivador viejo y oxidado; un ventilador en el techo movía el aire caliente. De la pared, junto a la puerta, colgaba un mapa de Suramérica; el brillo había quedado apagado por una pátina sepia de mugre.

Un agente joven les sirvió la infusión aromática y fuerte que los paraguayos bebían en lugar de té.
-Es yerba mate -explicó Sánchez-. ¿Ha estado antes en Paraguay, señor Volkmann?
-Nunca.
-El té es un gusto adquirido. Pero tan bueno como la cerveza cuando hace calor.
Sánchez se quitó la chaqueta y se aflojó la corbata; esperó a que se retirara el agente antes de abrir un cajón del escritorio y sacar dos expedientes. El suyo y otro que contenía el informe que la división de seguridad había recibido de los jefes de Volkmann, traducido al castellano. Había leído el informe el día anterior por la mañana mientras tomaba el café, y había hecho que dos de sus hombres comprobaran la información. Sonrió a la joven al recordar lo que Hernández le había comentado de ella, y apreció su belleza. Muy hermosa. Piernas largas. Sensual. Como una de esas modelos que aparecían en las portadas de las revistas amÉricanas. Una figura que provocaba una reacción inmediata en los hombres.
Apartó esos pensamientos de su mente, abrió los expedientes y miró a Volkmann. El hombre podía ser un poli, pero Sánchez sabía que era algo más que un poli. Un día antes, los de seguridad le habían llamado a última hora para decirle que cooperara con el visitante, que le dejara ver todos los expedientes, e incluso le habían preguntado si necesitaba un intérprete. Sánchez contestó que no: hablaba inglés y ahora tendría la oportunidad de practicarlo. En más de una ocasión se había preguntado por qué estos dos viajaban juntos, si habría alguna cosa más en las muertes de Rodríguez, Hernández y la chica, ahora que había leído la traducción del informe.
Miró a sus visitantes. No necesitaba releer los expedientes; recordaba todos los detalles, los había mirado con lupa en busca de alguna pista. Sobre la mesa tenía una fotocopia del plano de Asunción; una marca hecha con rotulador rojo señalaba el lugar donde habían encontrado los cadáveres. Giró el plano para que la pareja pudiera verlo, y les indicó la calle donde estaba la casa de la muchacha muerta. Se aclaró la garganta y dijo lentamente:
-Encontramos los cuerpos aquí, la mañana del veintiséis, en una casa del barrio de La Chacarita, cerca del río Paraguay, y a poca distancia de la estación de ferrocarril central. El coche de Rudi estaba aparcado delante de la casa. Las llaves las encontramos entre la hierba de la calle, como si alguien las hubiera tirado.
-¿Quién es el dueño de la casa? -preguntó Volkmann, que aprovechó una pausa del capitán.
-La muchacha que murió asesinada y Rudi Hernández. Se llamaba Graciela Campos, y tenía diecisiete años. Pero era retrasada, su edad mental era la de una niña. Sin parientes. Alquilaba la casa. -Sánchez vio la mirada de dolor en los ojos azules de la visitante.
-Esa muchacha... ¿conocía a Rudi? -preguntó Kranz.
-Sí. He sabido que le daba dinero. Para pagar la comida, el alquiler y la ropa. Era un acto de caridad, me comprende. No en pago de algún servicio. Sólo eran amigos. -Sánchez hizo una pausa, se preguntó si su inglés sonaba correcto y si sus visitantes le comprendían con claridad. El rostro de Érica Kranz se veía pálido, no por el calor, sino por el dolor interior. La mujer asintió. Volkmann también. El capitán añadió en voz baja como una muestra de respeto-. A la joven y a Rudi los mataron a puñaladas. Un viejo borracho que a veces duerme en un callejón cerca de la casa de la muchacha encontró los cuerpos. La chica acostumbraba a darle una taza de mate por las mañanas. Al ver que ella no salía, el viejo empujó la puerta. Estaba abierta. Cuando descubrió los cadáveres se lo dijo al cura del barrio, y éste llamó a \a.polida.

-¿Cuánto tiempo llevaban muertos? -preguntó Volkmann.
-No mucho. Unas cuatro, cinco horas. -Sánchez sacó varias fotos del expediente, y se las entregó a Volkmann, poniendo mucho cuidado en que la mujer no las viera. El capitán miró a Érica Kranz y le dijo-: Perdone, señorita, pero prefiero que no las vea. No son agradables.
En la cara de la muchacha apareció una súbita expresión de angustia, mientras volvía la cabeza. Sánchez le había preguntado a Volkmann con toda discreción, cuando llegaron a la jefatura, si podían hablar sin tapujos delante de la joven. Volkmann le respondió que sí. Pero las fotos eran otra cosa. Nada aptas para los ojos de ella.
Había cinco fotos, tomadas por los ayudantes del forense, en colores muy vivos y espeluznantes. Volkmann las examinó con atención. En dos de ellas se veía el cuerpo de Hernández, en las otras dos el

de la muchacha, y en la quinta los dos cuerpos muy cerca uno de otro y boca arriba. El rostro moreno de la muchacha daba pena, los ojos cerrados como si estuviese dormida. El salvajismo de las heridas sorprendió a Volkmann. La cuchillada le había abierto el pecho desde los senos al ombligo, dejando al aire las visceras. El vestido blanco aparecía desgarrado por encima de la cintura y sucio de sangre.
A continuación miró la foto del cadáver de Rudi Hernández, e intentó mantener una expresión serena por el bien de la mujer. Hernández había sufrido el mismo destino: el torso rajado desde el pecho hasta la entrepierna, los intestinos desparramados en el suelo.
Volkmann hizo una mueca y devolvió las fotos a Sánchez que se ipresuró a guardarlas dentro de la carpeta del expediente. Entonces miró a la muchacha; ésta contenía las lágrimas, aunque su rostro estaba desfigurado por una expresión de dolor.
-Capitán Sánchez -preguntó Volkmann-, ¿los hombres del forense encontraron alguna cosa?
El policía le miró sin entender, y la muchacha al advertir la situación se apresuró a traducir al castellano la palabra inglesa forensic. Sánchez recordó la palabra y le agradeció el esfuerzo con una sonrisa triste, indicándole que comprendía su pena.
-Habla usted muy bien el castellano, señorita -le dijo Sánchez.
-Nací en Buenos Aires -respondió ella en voz baja.
Sánchez asintió. Hernández no se lo había dicho. Volvió a mirar a Volkmann y respondió a su pregunta:
-Los hombres del forense creen que emplearon cuchillos diferentes para matar a las víctimas. Las armas eran cuchillos de caza. El utilizado para matar a Rudi tenía la hoja muy grande. Quizás un cuchillo Bowie. Pero aparte de eso, nada más. Ninguna huella digital. Algunas de pisadas, muy débiles. Los morados en los brazos y los rostros de los cadáveres sugieren que varias personas colaboraron en los asesinatos. Pero tuvieron mucho cuidado en no dejar nada. Ninguna huella, ninguna pista para los hombres del forense. Y un cuchillo no es como una bala. Algunas veces resulta más difícil de rastrear. Mis hombres buscaron alrededor de la casa y por todo el barrio. No encontraron nada. Ni cuchillos ni ropas ensangrentadas.
Sánchez vio el gesto de la muchacha mientras hablaba, y se preguntó si debía ser tan explícito. Cogió la taza con la infusión caliente, bebió un trago del líquido verde y aromático, y la volvió a dejar sobre la mesa. Sus visitantes ni siquiera la habían probado; "tendría que haber pedido coca-colas", se dijo a sí mismo, el mate era demasiado amargo y estaba muy caliente. Sacó un paquete de cigarrillos, y se lo ofreció a Volkmann y a la joven. Después de que los dos rehusaran, encendió uno para él y se aflojó la corbata un poco más mientras veía que la muchacha se inclinaba un poco sobre la mesa para preguntarle en voz baja y tensa.
-En el lugar donde encontraron los cuerpos, ¿nadie vio o escuchó alguna cosa? ¿No hay testigos? ¿Cómo es posible que nadie sepa nada?
El capitán soltó una bocanada de humo y sacudió la cabeza antes de responder a su pregunta.
-El viejo que mencioné no vio ni oyó nada. Había bebido demasiada caña la noche anterior. Hablé con mucha gente en La Chacarita. La misma historia. Nadie vio ni oyó nada. Y créame, habrían hablado. La muerte de la chica les conmovió a todos. Algunos viejos vieron a Rudi llegar a la casa alrededor de las siete y media de la tarde. No le vieron salir. Un hombre que vive en la orilla del río dijo que se despertó y que le pareció oír un coche que pasaba por la ribera hacia la madrugada. No estaba muy seguro de la hora, pero no oyó nada fuera de lo normal. -Sánchez hizo una pausa-. Sin embargo, hay una cosa. Quizá sea importante.
El policía volvió a vacilar, vio que sus visitantes le miraban y añadió:
-El día después de los asesinatos, La Tarde publicó un artículo sobre el episodio. Sacaron una fotografía de Rudi y de la chica en primera plana. Vino a vernos un vigilante de la estación central de trenes de la plaza Uruguaya. Dijo que había visto a un hombre parecido a Rudi entrar por la parte de atrás de la estación la noche de los asesinatos, sobre las tres de la madrugada. Pero no podía asegurarlo. Estaba cansado, llevaba trabajando desde las tres de la tarde del día anterior. -Sánchez se encogió de hombros-. Quizá Rudi estuvo en la estación, quizá no. Tal vez planeaba dejar Asunción, coger a la chica y marcharse a algún lugar si pensaba que estaba en peligro. Pero la taquilla estaba cerrada. O quizá, sencillamente, le preocupaba alguna cosa y salió a dar un paseo, a tomar el aire.

"Claro está -afirmó Sánchez, dirigiéndose a Volkmann-, que el informe que me envió su gente cambia las cosas, si consideramos que Rudi planeaba escribir un artículo al respecto. También hay otros dos hechos importantes. -El detective dejó caer la ceniza del cigarrillo en un cenicero de vidrio roto que tenía delante-. Una, faltaba la tarjeta de prensa de Rudi y también el billetero. Y dos, que tenía dinero en el bolsillo trasero del pantalón. No mucho, pero suficiente. Además conservaba un anillo de oro y el reloj.
Volkmann probó la infusión amarga y miró al policía.
-¿Quiere usted decir que los que mataron a Hernández y a la chica no tenían intención de robarles?
-Así es. Creo que podemos olvidarnos de que esto haya sido un robo fallido. Tampoco hubo agresión sexual contra la chica. Debemos de descartar todos los motivos irrelevantes. Por esa razón pienso que vuestro informe sugiere que a Rudi y a la chica los mataron por otras razones. Un ladrón se habría llevado todo el dinero, el anillo de oro y el reloj, a menos que le sorprendieran. No lo creo. Nadie informó de ningún disturbio y los cuerpos no fueron descubiertos hasta las siete de la mañana. Además, la manera de cometer los crímenes. No fue un asesinato vulgar. Para matar de esa mañera, tan brutal, con cuchillos, hay que estar loco. ¿Me comprende? Por lo tanto no creo que el motivo fuera el robo. Simplemente querían liquidarles.
"Pero en todo esto hay una incógnita -prosiguió Sánchez-. Rudi le pidió prestado un equipo a un amigo suyo, un hombre llamado Torres. Es técnico en una compañía electrónica. Torres se presentó en el periódico cuando Rudi no le devolvió el equipo. Al enterarse del asesinato, vino a vernos.
-¿A qué clase de equipo se refiere? -preguntó Volkmann, mientras Érica se inclinaba sobre la mesa.
-A un equipo electrónico especial que permitiría a una persona escuchar y grabar algo dicho a una cierta distancia -contestó Sánchez. Dio una chupada al cigarrillo y soltó el humo poco a poco-. Japonés, y caro. Un microtransmisor muy pequeño que trabaja a una frecuencia muy alta. Estoy seguro de que usted los conoce, señor. Rudi pidió el equipo dos días antes de ser asesinado. Interrogamos a Torres. Nos dijo que le preguntó a Rudi para qué lo quería. Le respondió que era para un trabajo clandestino.
El policía miró a la joven para asegurarse de que sus palabras eran correctas, y después volvió a mirar a Volkmann que le preguntó:
-¿Eso fue todo lo que Rudi le dijo a Torres?
-Sí. Nada más. No le dijo adonde iba ni para qué lo necesitaba. Sólo que se lo devolvería al día siguiente. No encontramos el equipo. No estaba en la casa de la chica, ni en el apartamento de Rudi ni en su coche. Quizás está en alguna parte, donde sea que Rudi lo utilizó, si es que llegó a utilizarlo. O quizá lo tienen o lo han destruido los asesinos. -Sánchez hizo una pausa, miró a Volkmann, y añadió en voz baja-: Creo que Rudi usó el equipo el día o la noche antes de que le mataran. -El policía repicó con el dedo en la carátula del expediente-. El informe que enviaron... referente a los contrabandistas para los que trabajaba Rodríguez, quizá Rudi pensó que podía grabar algo, conseguir más información para su artículo. Pero esas personas le descubrieron y le mataron. A la muchacha, también. Tal vez ayudó a Rudi de alguna manera, o sencillamente fue testigo de lo que le ocurrió a él. Es sólo mi teoría. Pero tiene sentido, ¿no le parece?
-¿Qué puede decirnos de Rodríguez? -preguntó Volkmann.
-Norberto Rodríguez era un contrabandista -contestó Sánchez, reclinado en su silla-. Encontramos su cadáver hace dos semanas. El forense dijo que le habían atropellado. El coche no se detuvo. No hubo testigos. Pensamos que era un accidente que no se denunció, quizás el conductor estaba borracho. Incluso que era otro delincuente. Pero mis hombres habrían escuchado algo en los bajos fondos. En el caso de Rodríguez, no se enteraron de nada. Pero ahora sé por su informe que hay otra explición... que la gente para la que trabajaba pudieron matarle.
-¿Qué clase de trabajo hacía Rodríguez?
-Era un intermediario que hacía contrabando con la mercancía desde el proveedor al comprador. Alquilaba un viejo DC4 de su propiedad. Llevaba la carga al puerto de Montevideo en Uruguay o Porto en Brasil, desde donde la embarcaban a Europa o a Estados
Unidos.
-¿Estamos hablando de drogas?

-Sí, drogas, desde luego. Pero también de todo aquello que da una buena ganancia. Oro. Gemas. Pieles de leopardo. Me han dicho que Rodríguez era de los mejores. Bueno, muy bueno. -Sánchez se permitió una sonrisa fugaz-. Tan bueno que nunca le pudimos coger.
Volkmann se aflojó la corbata. A pesar del ventilador, el calor en la pequeña oficina era sofocante. Probó la infusión aromática; tenía un sabor amargo. Dejó la taza en la mesa.
-Los amigos de Rodríguez, la gente que le conocía, los que quizá trabajaron con él, ¿ha hablado con ellos?
-Rodríguez no tenía amigos de verdad. Casi siempre trabajaba solo. Y nunca dijo nada de la gente para la que trabajaba. Decir cualquier cosa le hubiese costado la vida. -Sánchez hizo una pausa-. Sin embargo, hay un tipo con el que trabajó en algunas ocasiones, un hombre llamado Santander. Otro contrabandista. Hemos intentado dar con él, pero hasta el momento no hemos tenido suerte. E incluso aunque le encontráramos, quizá no podría decirnos nada. Rodríguez no era de los que hablaban de la gente que le contrataba.
-¿Ha interrogado a los compañeros de Rudi en el periódico, a sus amigos? -preguntó Érica-. ¿Quizá le dijo a alguno de ellos algo referente al artículo?
-No sabían nada del tema en que trabajaba Rudi -contestó Sánchez-. Registramos su mesa de trabajo y la taquilla en el periódico. También su apartamento. No encontramos ninguna pista al respecto. Y tampoco las fotografías que usted mencionó. Nada que pudiera ayudarnos.
-Rudi comentó una vez que todo lo tenía guardado en un lugar seguro.
El capitán miró por un instante a Volkmann, después a Érica y añadió:
-Sí, señorita, lo leí en el informe. Debo decirle que hice averiguaciones en todos los bancos de Asunción. Rudi Hernández tenía cuenta en uno de ellos. Pero no una caja de depósitos. En ninguno. He ordenado que investiguen los bancos que hay fuera de la ciudad, sólo Por si acaso. Pero llevará tiempo. -Miró directamente a la joven-. Lo he leído en el informe que envió la gente del señor Volkmann, pero me gustaría preguntárselo yo mismo. ¿Rudi le dijo alguna cosa res-Pecto a la información o a las pruebas que tenía?
-No.
-¿Hizo alguna mención a cuál podía ser ese lugar seguro?
-Lo único que dijo fue que no era gran cosa -respondió Érica-. Pero que era un lugar seguro. Nada más. Un lugar seguro.
-El viejo que le mostró en la fotografía. ¿Podría describirle?
La muchacha se mordió el labio inferior mientras se concentraba.
-La fotografía estaba tomada de lejos y no era muy clara. Viejo, alrededor de unos setenta años. Muy delgado. Eso es todo lo que recuerdo.
-Haré que mis hombres enseñen una fotografía de Rudi a los empleados de los bancos que visitaron; podría ser que utilizara otro nombre. ¿Recuerda si Rudi dijo algo más? Cualquier cosa, por pequeña o insignificante que sea?
-No. Estoy segura de ello.
Sánchez repicó con el dedo en el expediente, el expediente con la traducción del informe de Volkmann. Allí estaba todo: Hernández y Rodríguez observando a los hombres de la casa, y lo que Rodríguez le había dicho a Hernández, según el relato de la joven. Todo ello había ayudado. Había abierto una puerta, aunque sólo fuera un poco. Volvió a mirar a la muchacha.
-Y la casa -probó Sánchez-. ¿Rudi no le dijo en qué zona de Asunción estaba?
-No, lo siento.
-¿Qué me dice del lugar donde tomaron las fotos? ¿Recuerda alguna cosa?
-Era un jardín, o quizás un parque. No estoy segura.
-¿No había nada al fondo?
-Nada que pueda recordar-respondió Érica. Sacudió la cabeza-. Quizá sólo árboles, y un espacio abierto. No lo sé.
Sánchez asintió una vez más, consultó su reloj y apagó la colilla. Hubo un silencio muy largo. Se habían formulado todas las preguntas. No había nada más que decir. Nada hasta que sus hombres encontraran

alguna cosa, si tenían suerte. El calor en el pequeño despacho era insoportable. Se dispuso a cerrar el expediente, a dar por concluida la reunión, pero vaciló y miró a la joven.
-¿Los padres de Rudi están muertos, verdad? -Érica asintió-¦ Sus pertenencias... -añadió Sánchez con voz solemne-. Las cosas de Rudi... -Hizo una pausa, vio que la muchacha asentía. Había comprendido. Sacó un llavero de un sobre del expediente y se lo entregó-• Éstas son las llaves del apartamento de Rudi -explicó el policía-. Si hay alguna cosa que desee. Alguna cosa personal, quizá fotografías. Yo tengo copias de las llaves.
-Muchas gracias -dijo Érica y cogió el llavero.
Sánchez apartó la silla, se puso de pie y recogió la chaqueta.
-Y ahora, señorita, señor, los llevaré al hotel. -Miró a Érica y añadió cortésmente-. ¿Le molestaría perdonarnos un momento? Debo hablar en privado con el señor Volkmann. Tengo que tratar unos asuntos policiales.
Érica Kranz asintió y salió del despacho para esperar en el vestíbulo. Sánchez aguardó hasta verla salir y después se volvió hacia Volkmann.

La policía de seguridad de mi país -dijo- tiene expedientes
sobre ciertos ciudadanos. Rudi Hernández era un periodista, y los periodistas son, cómo le diría, un caso especial. Debido a su trabajo, ya me entiende. -Volkmann asintió y el capitán se acercó al archivador, sacó un expediente y se lo entregó al visitante-. Es una copia. No hay mucho. Rudi no era un tipo conflictivo. No hay nada de especial interés. Pero quizá le ayudará a comprender su personalidad. -Volkmann lo tomó-. En cuanto al tal Winter, mis hombres lo están averiguando con la gente de inmigración. Le avisaré en cuanto sepa algo. -Sánchez se puso la chaqueta-. ¿Hay alguna cosa más que quiera añadir al informe que mandó su gente?
-¿Recibió una foto de Winter? -preguntó Volkmann al tiempo que contestó negativamente a la pregunta de Sánchez con un cabeceo.
-Sí, aquí está. -El policía sacó una telefoto del expediente. Una ampliación de una foto carné. El hombre era joven, rubio, de facciones muy marcadas y labios finos. Sánchez estudió la foto por un momento-. Creo, señor Volkmann, que es un caso difícil. Extraño, muy extraño. Rudi era un buen chico. Le juro que haré todo lo que pueda.
-¿Eran amigos?
-Sí. Desde hacía muchos años.
-¿Los cadáveres todavía están en el depósito?
-No. Los funerales se celebraron hace tres días. De haber sabido que venía la joven hubiese retrasado el entierro. Pero el forense había terminado su trabajo y el depósito está lleno. Mañana llevaré a la muchacha al cementerio. Quizá quiera rezar una oración. También he concertado una cita con un dibujante de la policía. Tal vez juntos puedan hacer un retrato del anciano que le mencionó Rudi.
-Se lo diré. Muchas gracias.
-También le llevaré a la casa de la chica donde encontraron los cadáveres. Y hablaremos con Mendoza, el jefe de Rudi, y con Torres, el que le prestó el equipo. -El policía se abrochó la chaqueta-. Y ahora les acompañaré al hotel. ¿Su gente ha hecho las reservas?
-Sí, en el Excelsior -respondió Volkmann.
-Es un buen hotel -comentó Sánchez.

13
Asunción

Volkmann y la joven ocuparon sus habitaciones en el Excelsior y, después de cenar, tomaron un taxi para ir al apartamento de Rudi Hernández. Eran las siete y cuando llegaron ya había anochecido. Volkmann encendió las luces de la sala, encontró el botón del aire acondicionado y lo puso en marcha; hacía muchísimo calor.
Era el típico pisito de soltero: un dormitorio, la sala, la cocina y un baño pequeño. En el escritorio, cerca de la ventana, había una vieja máquina de escribir portátil, justo debajo de una estantería atestada de

libros y de una fotografía de un vagón de ferrocarril antiguo arrastrado por una locomotora de vapor. También se podía ver una gran lámina enmarcada del derribo de una parte del muro de Berlín, cerca de la puerta de Brandeburgo, con la muchedumbre agitando la bandera federal como muestra de júbilo, y otra, con una visión nocturna de la Kaiser Dom en ruinas, además de un par de tallas indias. Un ventilador colgaba de un gancho sobre el escritorio.

En uno de los estantes había media docena de fotos dispuestas en marcos de plata. Volkmann supuso que eran fotos de familia. En una aparecía una mujer rubia junto a un hombre latino; el hombre sonreía, la mujer estaba muy seria. En otra se podía ver a Érica Kranz en una taberna bávara; estaba mucho más joven, y llevaba el pelo largo. Reía mientras sostenía en alto una jarra de cerveza; con el otro brazo rodeaba la cintura de un joven guapo y sonriente.

Volkmann miró a la muchacha. Ahora parecía cansada y tensa. El largo viaje y la diferencia de siete horas entre Francfort y Asunción habían dejado sentir sus efectos. Supuso que pensaba en la última vez que había estado aquí. La vio coger la foto del estante y mirarla en silencio.

-¿Rudi? -preguntó Volkmann.

-Sí. -Érica le miró y Volkmann vio las marcas de las ojeras.

La joven dejó la foto en el estante y se sentó en el sofá, sin añadir palabra, mientras Volkmann echaba una ojeada al apartamento. La policía lo había revuelto todo: en el dormitorio algunos cajones estaban abiertos y las prendas se veían desordenadas. En la cocina, no habían cerrado las puertas de los armarios. En uno de ellos se podía ver una botella de whisky vacía, otra de vodka llena y unas cuantas latas de gaseosas.

Cuando regresó al salón vio que Érica miraba en silencio a través de la ventana. Las luces de la ciudad brillaban al otro lado del cristal, ofreciendo una vista panorámica hasta el río Paraguay, donde los barcos navegaban en medio de la oscuridad. Al acercarse a ella, se volvió; las lágrimas le corrían por las mejillas. De pronto, la muchacha apretó el rostro contra el pecho de Volkmann, el cuerpo estremecido por los sollozos. El hombre la abrazó hasta que dejó de llorar, y entonces Érica se apartó lentamente.

-Perdóneme. No puedo dejar de pensar. La última noche que estuve aquí con Rudi. Y lo que el policía dijo hoy... sobre cómo le mataron.

-Ha sido un día muy duro. ¿Quiere una copa? -La joven asintió. Volkmann se volvió y fue a la cocina.

La botella de vodka y las latas de gaseosa estaban sobre la mesa de centro, junto con el cubo de hielo. Érica tenía la frente cubierta de sudor y se había quitado los zapatos. A Volkmann le resultaba difícil no mirar aquellas piernas largas y esbeltas, ese cuerpo perfecto. Se sentía físicamente atraído por ella, y se descubrió a sí mismo observando sus grandes y turgentes pechos, la curva de las caderas, la misma piel bronceada que había visto en la calle en algunas muchachas suramÉricanas. Intentó pensar en otra cosa.

-Háblеme de Rudi -dijo.

-¿Qué quiere saber?

-Cualquier cosa que pueda decirme.

-Era un hombre bueno y un excelente periodista -dijo Érica con una expresión de dolor-. Amaba la vida. Rudi siempre reía por muy valdadas que fueran las cosas. No sé qué más puedo decirle.

Tampoco es que hubiera mucho más en el expediente que Sánchez le había entregado: dos páginas traducidas al inglés, con detalles personales, afiliación política, edad, antecedentes familiares. Pero Volkmann quería escuchar lo que ella le pudiera decir. Quería saber si había algo más; cosas ocultas, privadas, secretos que todos los hombres guardan para sí, o que sólo comparten con una mujer. Alguna pequeña pista; que abriera una puerta. Sacó un paquete de cigarrillos, le ofreció uno a Érica y encendió los dos.

. Háblеme de los antecedentes de Rudi.

¿Se refiere a su familia?

-Sí, a su familia.

Ella miró su copa por unos instantes y después se volvió hacia Volkmann.

La madre de Rudi y la mía eran hermanastras. Al finalizar la gue
rra mis abuelos las mandaron a Argentina. Años más tarde, la madre de
Rudi conoció a un paraguayo, un estudiante de biología en la Universi

dad de Buenos Aires. Cuando él se licenció, se casaron y vinieron a vivir a Asunción donde nació Rudi. Era hijo único. -La muchacha jugó con la copa, miró las fotos en el estante-. Rudi se parecía mucho a su padre. Siempre estaba contento. La madre era más severa. Pienso que no era una mujer feliz.

Volkmann miró la foto de aquella mujer rubia tan guapa pero seria.

-¿Por qué? -preguntó.

-Una vez, mi madre me contó una historia -respondió Érica. Se apartó un mechón de pelo de la cara y miró a Volkmann-. Ella y su hermanastra vivían en Hamburgo durante la guerra. Una noche bombardearon la ciudad con bombas incendiarias. Fue el peor de los ataques aéreos. En los refugios, la gente rezaba y todos tenían un miedo atroz. Una bomba cayó muy cerca del refugio donde estaban. Tembló la tierra y las luces se apagaron. Muchos murieron aplastados al intentar escapar. La madre de Rudi era la única niña y se asustó muchísimo. Salió del refugio, desesperada. Pero lo que vio en las calles fue todavía peor y se le quedó grabado en la memoria para siempre. Edificios en llamas, cadáveres, todo el infierno de aquella noche terrible. Niños que conocía, parientes, muchos estaban muertos. Se convirtió en un ser retraído. Era muy sensible y la experiencia le afectó muchísimo. Rudi me comentó que no dejó nunca de revivir aquella noche de horror. Siempre fue una persona triste.

-Los padres de Rudi. ¿Cómo murieron?

-A menudo, mi tío se hacía acompañar por su familia cuando realizaba sus estudios sobre biología. Volaban en "una avioneta que se estrelló en el sur del Amazonas. Rudi iba con ellos, pero se salvó. Le encontraron al cabo de cuatro días, con una conmoción y malherido. Le quedó una cicatriz en la mejilla derecha. Tardó mucho en recuperarse emocionaimente. Vino a visitarnos muchas veces a Alemania, porque eramos sus únicos parientes. Pero dijo que no podía vivir allí, aunque hablaba el idioma. Creo que los alemanes le parecían muy severos, demasiado serios. Su gente eran los paraguayos. -La joven miró la copa vacía-. ¿Puedo tomar otra?

Volkmann sirvió otra ronda y pescó los cubitos que quedaban.

-¿Por qué regresó su familia a Alemania? -preguntó, mirándola con atención. Érica bebió un trago sosteniendo la copa con las dos manos.

-Mi madre conoció a mi padre y se casó con él en Buenos Aires. Era un empresario, un inmigrante alemán mucho mayor que ella. Pero murió cuando yo tenía tres años, así que no le recuerdo. Mis abuelos también habían muerto y supongo que mi madre se sentía un poco perdida. Vendió la empresa de mi padre y decidió regresar a Alemania. Todavía tenía algunos parientes allí y pensó que sería mejor para mí que estudiara en Alemania. Cuando me licencié, se volvió a casar y se mudó a Hamburgo. Desde entonces nos distanciamos. Lo mismo ocurrió con el resto de la familia. Pero Rudi y yo no dejamos de escribirnos. Era como un hermano mayor.

Volkmann vio que la joven desviaba la mirada, con los ojos llenos de lágrimas. Bebió un trago y la miró. Había algo en ella que le hizo desear alargar una mano y tocarla, consolarla, pero no sabía cómo reaccionaría.

-Dieter Winter, el joven que Rudi creyó ver en la casa. ¿Le dijo de qué hablaron cuando se encontraron en Heidelberg?

-Yo le hice la misma pregunta a Rudi -replicó Érica, con el entrecejo fruncido. Me contestó que eran cosas sin importancia. Winter estaba muy borracho cuando se encontraron, pero parecía intrigado por los antecedentes de Rudi, por el hecho de que fuera medio alemán y nacido en Suramérica. Ésta fue otra de las cosas que a Rudi le pareció extraña cuando me dijo que le había visto en Asunción. Durante la fiesta, Winter le preguntó a Rudi si se relacionaba con la colonia alemana en Paraguay. Rudi respondió que no, que le aburría. Prefería a los latinos. Me comentó que Winter se lo tomó como un insulto personal y que se puso muy agresivo.

-¿Fue ésa la razón de que a Rudi le cayera mal?

-Dijo que le parecía un presuntuoso y un bocazas -contestó Érica-. Winter afirmó que si Rudi tenía tan mala opinión de los alemanes, entonces debía volverse al lugar de donde venía. Como los trabajadores inmigrantes. Que Alemania no necesitaba otro Mischling--La joven dejó la copa-. Estoy segura de que

conoce el significado de la palabra. Se utiliza para describir a alguien que sólo es medio alemán; un mestizo.
Volkmann asintió. A pesar del aire acondicionado el calor en el pequeño apartamento era sofocante. Se puso de pie, dejó la copa vacía sobre la mesa y miró a la muchacha.
-El capitán Sánchez me dijo que le llamará mañana por la mañana para llevarla al cementerio a visitar la tumba de Rudi.

¿Usted también vendrá?

-Si quiere.

Sí -dijo la joven-. Lo prefiero. Muchas gracias, señor Volk-
mann.

Llámeme Joe. -Indicó el teléfono-. ¿Quiere que llame a un taxi para que nos lleve al hotel?
Érica Kranz asintió. Volkmann recogió las cosas de la mesa y se las llevó a la cocina.
Eran más de las ocho cuando regresaron al Excelsior. En uno de los salones del hotel se celebraba una fiesta prenavideña. En el vestíbulo, había hombres con esmoquin y hermosas mujeres de piel morena vestidas de gala que bebían alrededor de un árbol de navidad iluminado.
En contraste, Érica parecía agotada; el maquillaje estropeado. Al pasar por delante del edificio de La Tarde, se había echado a llorar desconsolada. En la penumbra del taxi, Volkmann la cogió de una mano, sintió cómo apoyaba la cabeza en su hombro, olió su perfume y notó el roce de los cabellos en su mejilla. Cuando se enjugó las lágrimas, siguió mirando por la ventanilla y no le soltó la mano hasta que se bajaron del coche. Subieron en el ascensor hasta el quinto piso y Volkmann le abrió la puerta de la habitación contigua a la suya.
-Si no puede dormir o quiere hablar, estoy aquí al lado.
-Gracias, Joe. Ha sido usted muy amable. Perdóneme la llantina, pero hoy ha sido un día muy duro.
Volkmann esperó hasta que la muchacha cerró la puerta y después se marchó a su habitación. El aire acondicionado estaba en marcha pero el ambiente era caluroso y húmedo. Se desvistió despacio y se acostó desnudo en la oscuridad. Aún podía oler el perfume de Érica cuando cerró los ojos y se durmió.
Al cabo de una hora, el teléfono sonó en la habitación de Volkmann. Encendió la lámpara de la mesita de noche, y levantó el auricular. Medio dormido oyó el inglés muy acentuado y reconoció la voz.
Soy Sánchez, señor Volkmann. ¿Le he despertado? Perdone... la diferencia horaria... Lo recordé cuando ya había marcado... -¿Qué pasa?
-Nada grave. Ha surgido una cosa. El hombre que le interesa... el alemán...
--Winter.
-Si es sobre él. Y otra cosa; Santander, el hombre que le mencioné.. el que algunas veces trabajaba con Rodríguez. La policía de San Ignacio le detuvo hace un rato. Muy cerca de la frontera con Argentina. En estos momentos viene de camino a Asunción. Será mejor que se acerque por aquí.
-Pediré un taxi.

No. Descanse un poco más. Mis hombres todavía tienen que :omprobar unas cuantas cosas más. Necesito un poco de tiempo. Enviaré un coche a buscarle a medianoche. Traiga a la chica si quiere.
-Medianoche -repitió Volkmann.
-Sí. Descanse, amigo mío -dijo Sánchez y colgó.

14

Chaco nororiental, Paraguay

Kruger se encontraba en la galería fumando un cigarrillo mientras vigilaba el trabajo de los hombres. Los nubarrones tapaban la luna, y las constelaciones del hemisferio sur parecían débiles puntos de luz más allá de las profundas tinieblas de la selva tropical.

Los generadores eléctricos estaban en marcha y un torrente de luz rodeaba la propiedad iluminando el borde oscuro de la selva, donde se encontraban aparcados el camión y la furgoneta. La luz daba a las hojas verde jade de las plantas, que se hallaban al otro lado del camino de entrada, el aspecto de una superficie bruñida.
Había dejado de llover hacía rato, pero el aire volvía a ser húmedo. Kruger llevaba la camisa de algodón azul abierta por el cuello y se podían ver las manchas de sudor en las axilas y en la espalda.
Schmidt estaba supervisando a los tres hombres que cargaban el camión, y él mismo transportaba las cajas pesadas, dos a la vez, desde el garaje al vehículo. Kruger le observaba. A Schmidt sólo había que darle cuerda y situarle en la dirección correcta. Le decías que matara y mataba. Le decías que se fuera y se iba. Puro músculo, nada de cerebro. Pero útil, muy útil.
Kruger se pasó una mano por el pelo oscuro y consultó el reloj; después miró hacia el interior del garaje, estaba totalmente iluminado y lleno de cajones de madera y cajas de cartón. Todavía quedaba mucho por hacer. Los documentos irían por separado a Ciudad de México: en cajas de acero incombustibles. Todo estaba programado; la casa quedaría vacía por la mañana. Su única preocupación era que quizá no cupiera todo en el camión, pero Franz le había jurado que sí.
Volvió a mirar a Schmidt; sus músculos prominentes tensaban la tela del mono azul. El gigante parecía esculpido en roca. Kruger captó un movimiento súbito por el rabillo del ojo y se volvió en el acto. Vio moverse la cortina de la habitación más cercana a él. Entonces descubrió el rostro moreno de López. Al cabo de un segundo asomó la cara : Emilio, el otro muchacho. Tenían unos quince años, estaban felices de contar con casa y comida y eran buenos trabajadores si de tanto en tanto se les echaba una ojeada. Nadie les había explicado nada y por eso miraban la carga de las cajas con curiosidad. Sus rostros imberbes mostraban un asombro y un interés infantil, atentos al rítmico ir y venir de los hombres, del garaje al camión. Nunca se les hubiera ocurrido preguntar nada, sabían cuál era su lugar, y les bastaba con tener a panza llena. Uno de ellos, Emilio, se volvió hacia Kruger, y sonrió. Kruger respondió con otra sonrisa. Los rostros desaparecieron y la cortina volvió a su sitio.
Un momento más tarde, Kruger oyó pasos que se acercaban a la galería desde el vestíbulo. Dio una última chupada al cigarrillo, dejó caer la colilla al suelo, y la aplastó con el pie.
El hombre de pelo gris se acercó a él. Llevaba puesta una bata de algodón sobre el pijama blanco, preparado para irse a la cama.
-Los hombres acabarán de cargar el camión a medianoche -informó Kruger-. Schmidt se ocupará de quemar todo lo demás.
El hombre asintió en silencio, después puso una mano sobre el hombro de Kruger y clavó la mirada en la selva. -¿Te alegra que nos vayamos, Hans?
-Ha pasado mucho tiempo -contestó Kruger con una sonrisa-. Demasiado.
-¿Pero no lo echarás de menos?
-Ha sido como una cárcel -afirmó Kruger-. Cuando era más joven, quizá no me parecía tan infernal y claustrofóbico. Pero ahora, me alegra dejarlo. -Volvió la cabeza para mirar al hombre, que retiró la mano de su hombro-. ¿Y usted?
-Es un lugar que guarda muchos recuerdos, Hans -dijo con una sonrisa débil-. Recuerdos muy gratos. -Permaneció en silencio con la mirada puesta en los hombres vestidos con monos azules, que transportaban las cajas de acero y de madera del garaje al camión. Casi todo lo que poseía de importancia estaba en esas cajas: sus pertenencias personales, sus documentos y archivos, años de trabajo duro. Y en voz baja preguntó-: ¿Y los chicos?
-Schmidt y yo los llevaremos al bosque.
Esta vez el hombre de pelo gris se volvió para mirar a Kruger, le tocó suavemente el brazo y en tono compasivo añadió:
-Hazlo rápido, Hans. No quiero que sufran. Ni el más mínimo dolor, ¿me comprendes?
Kruger asintió al ver la expresión de pena en aquel apuesto rostro. El hombre dio media vuelta, cruzó la galería y entró en el vestíbulo. Kruger esperó hasta que desapareció el ruido de las pisadas y entonces miró otra vez a Schmidt.

Chaco nororiental

Lunes, 5 de diciembre. 23.57 horas

No circulaba nadie por aquel camino lleno de baches en medio de la selva. Y menos aún a esas horas y en esta parte del Chaco, tan remoto, vacío y enorme. Los olores fuertes de la selva y la tierra entraban por las ventanillas abiertas, y una ligera brisa refrescaba el rostro de Kruger. La furgoneta viajaba a una velocidad de treinta kilómetros por hora, y sus faros bañaban con una luz plateada el verde intenso de la vegetación.

Kruger ocupaba el asiento del pasajero. De vez en cuando veía el resplandor de los ojos de algún animal salvaje, puntos de luz rojiza entre el verde plateado, antes de que desaparecieran a toda prisa entre los arbustos. Cuando la furgoneta tomó una curva cerrada, uno de los muchachos soltó una carcajada y señaló a través del parabrisas. Kruger miró hacia la zona iluminada por los faros: una mangosta cruzaba el camino hacia un bosquecillo de mangos. Los muchachos rieron.

Kruger les sonrió en la oscuridad de la cabina. Los cuatro viajaban apretados en el asiento: Kruger, los dos muchachos y el gigantesco Schmidt, con su rostro impertérrito como el granito mientras conducía por el estrecho camino de tierra. Kruger vio el claro en la selva un poco más allá y golpeó el hombro de Schmidt. El gigante dobló a la izquierda, y avanzó por el sendero cubierto de maleza. El terreno se volvió empinado, y el motor sonó con más fuerza a medida que la furgoneta subía la montaña.

Estaban a una hora de la casa. Tardarían otros cinco minutos en Uegar al punto de destino. Kruger mantuvo el brazo apartado de la ventanilla mientras la furgoneta se abría paso lentamente entre la densa vegetación que crecía a ambos lados del sendero. Cada vez que el vehículo se arrimaba demasiado a un lado, entraban por la ventanilla trozos de ramas y hojas. Era un lugar perdido y el sendero apenas se utilizaba ; las rodadas eran de algún camión o tractor que había pasado por allí durante la época de lluvias, algunos meses atrás. Kruger ya había estado aquí una vez. Conocía el terreno; era el último lugar del mundo en el que alguien vendría a mirar.

La furgoneta dio un bote al cruzar una rodada y Kruger oyó el estrepito de los cajones de madera al chocar entre sí en la parte de atrás.

Los muchachos rieron. Kruger les sonrió. Vio los rostros morenos en la penumbra de la cabina, los ojos brillantes, las sonrisas inocentes. El viaje era un paseo y se divertían, libres de cualquier temor.

-¿Ya hemos llegado, señor?-preguntó una voz infantil. Era López que miraba a Kruger.

-Pronto. Ya casi estamos allí -contestó Kruger con una sonrisa.

El motor sonó con mucho estrépito al encarar el último repecho antes del pequeño claro en la cima. Schmidt cambió de marcha. El vehículo brincó otra vez. Los muchachos volvieron a reír mientras los cajones saltaban y caían contra el suelo del vehículo.

Los cajones habían sido idea de Kruger. Le servían para justificar el viaje. Así los muchachos tendrían algo que hacer cuando llegaran a su destino. Les dijo que les necesitaba para que le ayudaran a deshacerse de las cajas. Los muchachos tenían el aspecto de los adolescentes que se ven en un coro de iglesia; sus cuerpos delgados no estaban hechos para los duros trabajos manuales sino para las tareas domésticas y servir la mesa. Pero habían aceptado felices la oportunidad de dar un paseo en la furgoneta. Llevaban en la casa tres años. Vinieron después de la muerte del viejo mayordomo y Kruger sabía el motivo: eran analfabetos y apenas entendían su propio idioma, pero no hacían preguntas y tenían suficiente con su propia compañía.

El motor sonó más suave y Kruger aguzó la mirada. La furgoneta estaba en la cima. Schmidt cambió de marcha mientras Kruger miraba. La vegetación era menos densa a esa altura y de pronto los faros alumbraron un claro. Habían llegado al borde del abismo. Las estrellas resplandecían en el cielo azul oscuro, y la bóveda del firmamento se extendía a su alrededor.

Schmidt giró el volante y la furgoneta dio media vuelta antes de detenerse. Apagó el motor. Durante unos segundos reinó el silencio; después comenzaron a oírse los crujidos del motor caliente que empezaba a enfriarse y los zumbidos de una multitud de insectos en la selva. Los muchachos se movieron inquietos en el asiento.

-¿Aquí, señor?

-Sí, aquí.

-¿Bajamos las cajas?

-Sí.

Schmidt y Kruger abrieron las puertas y se apearon; aquí se estaba un poco más fresco. El precipicio se encontraba a unos diez metros de distancia. Una caída que parecía interminable. Nunca bajaba nadie al fondo; sólo las alimañas. Kruger cogió una linterna de la cabina, la encendió y apuntó el rayo hacia el suelo. Consultó el reloj. Medianoche.

La luz era buena, incluso sin la linterna; bastaría con las luces de posición de la furgoneta y la luz de la luna. Kruger estaba cansado,muy cansado. Se hubiera echado a dormir en aquel mismo momento, pero todavía faltaba hacer esta última cosa. Miró a Schmidt y ambos se volvieron hacia los muchachos que se dirigían a la parte de detrás con la intención de abrir el portón de la furgoneta.

Kruger asintió. Schmidt metió la mano debajo del mono, sacó una pistola con silenciador y se la ocultó detrás de la espalda. Kruger vio que del bolsillo lateral del mono sobresalía la empuñadura del cuchillo Bowie. Se volvió para mirar a los muchachos que estaban a punto de abrir el portón, conversando entre ellos en su dialecto indígena. El rumor débil de su charla sonaba como una última oración.

En aquel momento Schmidt apareció detrás de ellos. Kruger le vio sacar la pistola, vio cómo la levantaba y apuntaba a la nuca del muchacho más alto.

¡Pag!

Entonces, una fracción de segundo después, a la cabeza del segundo muchacho, justo cuando se volvía, con la boca abierta en una expresión de horror.

¡Pag!

Los dos cuerpos cayeron violentamente hacia delante mientras los sonidos de los disparos rompían el silencio. El segundo muchacho soltó un gemido ahogado cuando la bala le destrozó la nuca, después nada, sólo los sonidos incesantes de la selva.

Kruger alumbró con la linterna el lugar donde yacían los cuerpos. La sangre manaba de los agujeros pequeños abiertos en la nuca. Uno de los muchachos se sacudió, un espasmo brusco y luego el sonido de la exhalación final. Schmidt vio el movimiento, apuntó en el acto y disparó. El cuerpo dio un bote y se quedó inmóvil. Kruger le hizo una seña a Schmidt y el gigante descerrajó un tiro contra el segundo cadáver. Kruger iluminó los cuerpos. Esta vez no hubo más sonidos ni movimientos. Se volvió hacia Schmidt.

-Desnúdalos -le ordenó.

Schmidt dejó la pistola sobre el capó de la furgoneta. Kruger se volvió de espaldas, sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno. Oyó los gruñidos del gigante mientras se agachaba sobre los cadáveres para quitarles las ropas.

Cuando acabó, Kruger ya se había fumado el cigarrillo. Apagó la colilla en el cenicero del vehículo. Toda precaución era poca. Incluso Schmidt y él iban calzados con alpargatas. Además, le había dicho a Hanz que quemara los neumáticos de la camioneta cuando regresaran a Asunción. Schmidt había apilado las ropas ensangrentadas a un metro de los cuerpos.

Kruger se acercó y miró los cadáveres.

- Ya sabes lo que has de hacer -le dijo al gigante-. Tómate tu tiempo . Hazlo bien.

Kruger miró cómo Schmidt hacía su trabajo. Tenía que mirar; necesitaba estar seguro de que el trabajo estuviera bien hecho. Había visto asesinar a muchos hombres, también él había asesinado a unos cuantos. Pero nunca había visto despellejar a nadie. Los rostros y los dedos. No creía que a los muchachos les hubieran tomado nunca las huellas digitales, o que alguien fuera a encontrar los cadáveres, pero no quería correr ningún riesgo. Necesitaba estar seguro de que nadie pudiera rastrearlos hasta la casa.

Vio cómo Schmidt sacaba el cuchillo Bowie del bolsillo del mono y comenzaba a trabajar. Escogió el cadáver más cercano, le dio la vuelta. Era Emilio. El rostro miraba hacia el cielo, con los ojos bien abiertos. Kruger observó, fascinado y con asco al mismo tiempo. Al cabo de quince minutos, Schmidt acabó el trabajo.

Kruger alumbró los cadáveres. Ahora era imposible reconocerlos. Los rostros inocentes se habían convertido en una pulpa sanguinolenta donde se alcanzaban a ver los huesos de las mandíbulas, y las cuencas de los ojos eran agujeros negros.

Kruger ayudó a Schmidt a cargar los cadáveres, uno por uno, hasta el borde del abismo y a lanzarlos al vacío. Oyó el ruido de los golpes cuando los cuerpos chocaron contra las piedras en el descenso hasta el

fondo en tinieblas. Después Kruger alumbró la ladera con la linterna. No se veía nada. Sólo una masa de vegetación y rocas que se había tragado los cadáveres.
Kruger tenía las manos y el mono sucio de sangre. Frotó las manos contra la hierba y vio que Schmidt hacía lo mismo. La sangre desaparecería con la primera lluvia. Schmidt guardó las ropas de los muertos en una bolsa de basura y limpió el cuchillo en el mono antes de quitárselo y meterlo en la bolsa junto con el de Kruger.
Schmidt arrojó la bolsa en la caja de la furgoneta y ocupó el asiento del conductor. Antes de subir, Kruger alumbró el claro. No quedaba ninguna huella. Los animales salvajes y las alimañas completarían el trabajo. No dejarían ni los huesos. Consultó el reloj: la una. Ocho horas más. Ocho horas más y se iría para siempre de este país infernal. Quizá podría descansar un par de horas antes de la llegada del helicóptero. Le dolía todo el cuerpo.
El gigante arrancó en cuanto Kruger se dejó caer en el asiento. Hizo la maniobra y condujo cuesta abajo por aquel camino estrecho.

15
Asunción
6 de diciembre, 1.02 horas
Sánchez estaba sentado detrás de su escritorio. Tenía las ojeras muy marcadas, y el rostro hinchado de no dormir. En la bandeja había una cafetera y tres tazas servidas; un cigarrillo a medio consumir humeaba en el cenicero de vidrio. Volkmann y Érica ocupaban las otras dos sillas frente a la mesa.
A pesar del cansancio, el policía parecía alerta e interesado, y Volkmann se preguntó si sería por su amistad personal con Hernández, o porque Ferguson había tocado las teclas adecuadas. No tenía importancia; estaba con ellos, y les ayudaba.
Ahora corría un poco más el aire en aquella pequeña oficina gris; el ventilador que había sobre el archivador oxidado funcionaba al máximo. Sánchez abrió un expediente y miró el contenido: varias páginas manuscritas en castellano.
-Este hombre, Winter -dijo-, ha visitado Paraguay ocho veces en los últimos tres años. Y siempre en un intervalo de unos cuatro meses, para permanecer aquí solamente dos o tres días. El motivo según pone en las tarjetas de inmigración fueron: "viajes de negocios".
El capitán levantó la mirada un segundo, y luego volvió al expediente- Ya le había explicado a Volkmann que los datos como la edad y el lugar de nacimiento que aparecían en la tarjeta de inmigración, coincidían con los enviados por la gente de Volkmann en el informe a seguridad.
- En cada tarjeta,-añadió Sánchez- figura la dirección del hotel donde se alojó durante su estancia aquí. Cada vez que vino a Paraguay, aterrizó en Asunción. Cuatro veces desde Miami, Estados Unidos, y tres desde Río de Janeiro. Todos eran vuelos procedentes de Europa. El único vuelo directo fue desde Francfort. La última vez que Winter visitó Paraguay fue hace tres meses. Se alojó en el hotel Excelsior. Antes en el hotel Guaraní. Después otra vez en el Excelsior. Y antes en dos hoteles pequeños. Pero la mayoría de veces, en el Excelsior o en el Guaraní. Tengo la lista si quiere verla. -El capitán le alcanzó una hoja a Volkmann.
-¿Ha comprobado en todos los hoteles? -preguntó Volkmann después de leer toda la lista.
-Hasta ahora, sólo en el Excelsior y el Guaraní -contestó Sánchez-. Recibí la lista de Inmigración a última hora de la tarde. Mis hombres todavía tienen que ir a los demás. Llevará algún tiempo.
-En las tarjetas de inmigración que Winter rellenó antes de desembarcar. ¿Figuraba el nombre de alguna empresa?
-No. Ninguna.
-Entonces, ¿quién pagó sus facturas de hotel?
-En los dos hoteles que he visitado las pagó él mismo. En efectivo. Siempre en efectivo. Y las dos veces pidió una suite, no una habitación, aunque en teoría él era el único huésped.
-¿Qué hay de las llamadas telefónicas que Winter quizás hizo desde la suite? ¿En los hoteles se lleva algún registro?

-Sí. Llevan un registro de todas las llamadas locales y a larga distancia que hacen los huéspedes; lo manda la ley. Pero mis hombres no han encontrado ni en el Excelsior ni en el Guaraní el registro de ninguna llamada hecha por Winter. Las facturas corresponden a gastos de comida y bebida. -Sánchez cogió la taza de café, bebió un trago, y la volvió a dejar en la bandeja. Al ver que el cigarrillo no estaba apagado le dio una última chupada antes de aplastarlo en el cenicero.
-Ningún nombre de empresa -comentó Volkmann-. Ninguna llamada telefónica. ¿Qué me dice de las casas que alquilan coches? ¿Ha llamado?
-Tengo una lista de todas las casas de alquiler de coches de la ciudad- Nos ocuparemos de investigarlas en cuanto mis hombres tengan tiempo. -Sánchez consultó el expediente-. La foto que nos enviaron de Winter. Hemos preguntado al personal de los hoteles si alguno le recordaba. Pero como era de esperar, nadie le había visto nunca. -El capitán se encogió de hombros-. Hoteles grandes, montones de caras nuevas cada día. A mis hombres aún les quedan por visitar los pequeños, pero supongo que no encontrarán nada. -Sánchez miró a Volkmann-. En el turno de noche, tengo menos hombres. Hay que atender a otras cosas. Cosas que están ocurriendo en este mismo momento. Asesinatos, robos, ya sabe... Cuando tengan un momento libre los visitarán. -Se volvió hacia Érica Kranz-. Al menos ahora sabemos que Rudi no se equivocó cuando dijo que había visto a Winter en Paraguay.
-Pero no hay ningún registro de que Winter estuviera aquí cuando Hernández dijo que lo vio.
-No -contestó Sánchez y sacudió la cabeza-. Pero un hombre puede cruzar la frontera en algún lugar remoto, o utilizar un pasaporte falso. Quizá no se registró la entrada. Eso ocurre algunas veces. He enviado una petición a todos los puestos de frontera, ante la posibilidad de que no hubiesen enviado la tarjeta de inmigración a Asunción. Los agentes apostados en lugares tan lejanos a veces se olvidan de sus obligaciones.
-Usted ha dicho que en los dos hoteles comprobados, Winter siempre tomó una suite.
-Sí. Siempre. -Sánchez consultó el expediente-. Las ocho veces.
-Eso sugiere que quizá pretendiera agasajar o impresionar a alguien. O las dos cosas.
-Tal vez. Pero necesitamos más información, y eso puede llevar tiempo.
-¿Qué hay del otro hombre? -preguntó Érica, que se inclinó hacia delante en la silla-. ¿El hombre que algunas veces trabajaba con Rodríguez?
-Sí. Miguel Santander.
-¿Le ha interrogado?
-Sí, antes de que llegaran ustedes. Estaba enterado de la muerte de Rodríguez. Le dije que ahora es un caso de asesinato. Se piensa que le hemos tomado por un posible sospechoso, y no le he sacado de su error. Afirma que no tiene nada que ver con la muerte de Rodríguez. Dice que estuvo cerca de la frontera sur durante las últimas dos semanas. Para nada legal, desde luego. Pero no tiene una coartada. -Sánchez sonrió-. Mejor para nosotros. Está asustado. Ha confesado algunas cosas. -Se puso de pie con aire cansado-. Quizá deseen hablar con él cara a cara. Está abajo, en uno de los cuartos de interrogatorios. Vengan, ya les acompaño.
El cuarto de interrogatorios tenía las mismas paredes grises desconchadas que el despacho de Sánchez. Aparte de tres sillas y una mesa de madera vieja, no había ningún otro mueble.
Al entrar, Volkmann vio a un hombre de rostro delgado de unos treinta años, sentado a la mesa entre dos policías jóvenes que estaban de pie. La piel morena de tanto exponerla al sol, y la barba sin afeitar, le hacían parecer todavía más moreno; las facciones eran más indígenas que españolas. Se frotaba las manos sucias, inquieto. Vestía una camiseta Adidas mugrienta, rota a la altura del cuello, vaqueros azules desteñidos y unas botas camperas gastadas. Parpadeó nervioso al verles entrar. Con un ademán, Sánchez ordenó a los policías que se retiraran.
Cuando los agentes salieron, Sánchez señaló las sillas para que Volkmann y Érica se sentaran. La muchacha aceptó la invitación. Volkmann permaneció de pie.
-Éste es Miguel Santander -dijo Sánchez-. Habla un poco de inglés. Pero si lo prefieren, puedo hacer de intérprete.
-Por favor, hablo inglés -intervino Santander, con una sonrisa débil-, y me gustaría practicarlo. -Amplió la sonrisa, dejando ver los dientes manchados y desiguales mientras miraba a Volkmann y a la muchacha.

Sánchez se encargó de los preliminares; no explicó nada, sólo que sus dos amigos estaban interesados en la muerte de Rodríguez. Les ofreció cigarrillos a todos, incluido Santander, y cogió uno para él. Los encendió y después le dijo a Santander:
-Quiero que le cuente a mis amigos lo que me contó a mí. Despacio. Para que puedan entenderle. ¿Comprende?
-Sí. -Santander miró a Volkmann y a Érica. Después otra vez al capitán-. ¿Por dónde comienzo?
-Desde el momento en que Rodríguez le pidió ayuda.
Santander asintió y dio, nervioso, una chupada al cigarrillo. El sudor le corría por la frente morena, y no dejaba de mirar alternativamente a Volkmann y a Érica, mientras se frotaba las manos.
-Rodríguez vino a verme hace cosa de un mes. -Su voz era tensa y entrecortada-. Dijo que necesitaba ayuda. Quería alquilar el avión de un amigo mío para un trabajo que estaba haciendo. El suyo, que era muy viejo, estaba averiado. Tenía roto el generador de uno de los motores. Así que hasta que no consiguiera el recambio necesitaba alquilar otro avión. -Miró a Sánchez y luego a los dos europeos como si esperara que le dijeran que le entendían. Al no recibir respuesta, siguió-Este trabajo, el trabajo que hacía Rodríguez, algunas veces es peligroso. Como el avión era de mi amigo, necesitaba saber que todo iría bien, que no habría problemas. Porque si Rodríguez se metía en líos, entonces el aparato, o mi amigo, podían acabar en manos de la policía, así que le pedí a Rodríguez que me explicara de qué se trataba, para saber si podía alquilarle el avión o no. -Santander miró las caras de los presentes-. Al principio, Rodríguez no quiso decirme nada. Pero como necesitaba el avión, no le quedó más remedio que contármelo. Había unas personas que le contrataban para llevar una carga a través de la frontera. A Montevideo. Ya había hecho varios viajes. Estas personas querían que trabajara solo. Que nadie le ayudara. Y siempre debía volar de noche.
Santander dio una chupada al cigarrillo y miró al policía que le indicó con un gesto que prosiguiera. El hombre se pasó el dorso de la mano por la boca y miró a los presentes.
-Los viajes siempre eran lo mismo. Ningún cambio. Rodríguez llevaba el avión hasta un lugar discreto en el norte del Chaco. Un lugar donde no había pista. Sólo el campo. Un campo con luces en la selva. Aterrizaba allí y unos hombres cargaban las cajas en el avión. Cajas de madera. Entonces, llevaba la carga a Uruguay, cerca de Montevideo. Volaba muy bajo, de noche, para que el radar no le detectara. En un campo cerca de Montevideo hacía la misma maniobra. Sin pista, sólo la tierra con luces. Cuando aterrizaba unos hombres descargaban las cajas del avión. Rodríguez hacía el mismo viaje una vez cada dos meses desde hacía quizás un año. -Santander sacudió la cabeza-. Y sin problemas. Nunca tuvo ningún problema. -Hizo una pausa y se rascó la barba nervioso-. Confiaba en Rodríguez. En su vida me había mentido. Dijo que no tenía de qué preocuparme. El avión de mi amigo estaría seguro. Sólo le quedaba por hacer este último viaje. Llevaría una carga especial. Una caja pequeña. Después, ya no trabajaría más para esa gente. -Hizo otra pausa, miró a Volkmann-. Rodríguez era muy buen piloto. El mejor. Así que le dije: "Vale, ya tienes tu avión." Pero antes de que pudiera conseguírselo, llamó diciendo que no lo necesitaba. Le había llegado el recambio para el generador.
"Esto es todo lo que sé -finalizó Santander. Se echó hacia atrás en la silla y miró a Sánchez-. Rodríguez era mi amigo. No tenía ningún motivo para querer matarle. No he matado a nadie en toda mi vida. -Miró a Érica y después a Volkmann, con una expresión de clemencia-. Tienen que creerme.
-¿Quiere hacerle alguna pregunta al señor Santander? -le preguntó el policía a Volkmann. Éste asintió mientras observaba la mirada nerviosa de aquel hombre.
-¿Cuándo fue la última vez que vio a Rodríguez? -preguntó Volkmann.
-Hace un mes. Cuando me preguntó si podía alquilarle el avión de mi amigo.
-¿Después no?
No, lo juro. Me llamó a un bar dos días después de nuestro encuentro para decirme que no necesitaba el avión. No volví a verle ni hablé con él.
-¿Le suena el nombre de Rudi Hernández? ¿Rodríguez mencionó ese nombre en alguna ocasión?
-No, señor-contestó Santander después de pensar un instante. -Hernández. Rudi Hernández.
¿Está seguro?
- Seguro. Jamás le oí mencionar ese nombre.

-¿Rodríguez mencionó alguna vez los nombres de los que le alquilaban el avión, la gente para la que hacía los vuelos a Montevideo?
-Ningún nombre. -Santander sacudió la cabeza, enfático-. Rodríguez jamás daba nombres. En este negocio, la gente para la que se trabaja algunas veces no da nombres. Es mejor de esa manera, ¿me comprende?
-¿Conoce los lugares donde Rodríguez recogía y descargaba la mercancía?
-Rodríguez no me lo dijo exactamente. Sólo que eran lugares discretos, desiertos. Lugares donde no había ciudades ni pueblos. No me dijo nada de dónde recogía las cajas en el Chaco. Cuando se lo pregunté, sólo me contestó que era una de las viejas colonias alemanas. Abundan en el norte, señor.
-Los hombres que cargaban y descargaban las cajas. ¿Rodríguez le dijo qué aspecto tenían? ¿Le describió a alguno?
-No -respondió Santander tras una pausa-. Sólo que eran buenos trabajadores. Que trabajaban rápido. Que en diez o quince minutos las cajas ya estaban cargadas y no tenía que esperar mucho. Lo mismo en Montevideo. -Santander se paró a pensar un momento-. Pero creo recordar que Rodríguez me dijo que en la colonia había un viejo al mando.
-¿Un alemán?
-Supongo.
-¿Rodríguez se lo describió?
-No, señor. Sólo dijo que era viejo.
-¿Cuántos hombres trabajaban en la carga y descarga del avión?
-No lo sé, señor. No me lo dijo.
-¿Rodríguez sabía cuál era el contenido de las cajas?
-No. -Santander se rascó la barba-. No creo que lo supiera. Pero pienso que las cajas eran pesadas. Excepto la última.
-¿Por qué piensa que eran pesadas?
-Rodríguez me comentó que necesitaba mucha pista. Un campo muy largo. Para poder despegar. Y también los tanques de combustible llenos.
-¿No le contó nada más?
-No, señor. Estoy seguro. Nada. Ya se lo he dicho todo. -Santander miró a Sánchez-. Es la verdad. Créame.
Volkmann suspiró, notó que el cansancio se apoderaba de su cuerpo. No había aire acondicionado en el cuarto y la humedad era alta. Hizo una pausa antes de continuar.
-¿Cuántas cajas llevaba Rodríguez en cada vuelo, excepto en el último?
-No lo sé, señor.
-¿Cajas grandes, pequeñas?
-Lo lamento, señor... -Santander sacudió la cabeza, y se encogió de hombros.
-La gente que contrataba a Rodríguez, ¿cómo le pagaban?
-No me lo dijo. -Santander volvió a sacudir la cabeza-. Pero creo que en efectivo. Al final de cada viaje. Es lo habitual.
-¿Cómo les conoció Rodríguez?
-No me lo dijo.
-¿Hay alguien, alguna persona cercana a Rodríguez, alguien con quien pudiera haber hablado de su trabajo. Una mujer, quizás un amigo?
-No, señor. Rodríguez era un hombre muy reservado. Incluso cuando se emborrachaba no decía nada de su trabajo. A nadie, estoy seguro. Así evitaba que alguien se chivara a la policía.
Santander miró al capitán y después a la muchacha. Tenía unas piernas muy bonitas, fantásticas. Una tía para llevársela al catre. Se preguntó qué interés podían tener los gringos en este asunto, aunque sabía que no debía preguntar. Miró a Volkmann.
-¿Recuerda alguna cosa más? -preguntó Volkmann-. Cualquier cosa. Por insignificante que le parezca.
-Nada. Se lo juro. -Santander se persignó.
-Si descubro que me ha mentido, compañero... -le advirtió Sánchez.
-Pongo a Dios por testigo. Rodríguez era un amigo.

Sánchez hizo una mueca, aplastó la colilla, se volvió hacia Volkmann y le preguntó:
-¿Alguna pregunta más, señor?
Volkmann sacudió la cabeza.
Los tres volvieron al despacho de Sánchez. El capitán pidió más café para todos. Eran las dos de la mañana, y el zumbido suave del ventilador era lo único que se podía oír en la habitación.
Volkmann miró a Érica. Parecía cansada, cansada y preocupada al mismo tiempo; algo le rondaba por la cabeza mientras se bebía el café pensativa. Se volvió hacia Sánchez.
-¿Cree que Santander dice la verdad?
-Sí, lo creo. No es un asesino, sólo un pequeño contrabandista. Pienso que nos ha dicho todo lo que sabe.
-Sánchez cogió la taza de café . Lo que dijo del viejo en la colonia alemana, ayuda un poco, pero hay muchas colonias alemanas en Paraguay. Gente que vino antes y después de la última guerra. Inmigrantes.
-El policía bebió un trago de café-. Lo que Santander dijo no es mucho, pero ayuda a que la figura sea un poco más clara. La gente para la que trabajaba Rodríguez querían mantener el secreto. Cuando se acabó el trabajo, decidieron asesinarle. Ningún testigo. Nadie con quien hablar. Pero Rodríguez se dio cuenta. Así que buscó protección; llamó a Hernández y le contó la historia. Era el seguro de Rodríguez. O mucho me equivoco o su intención fue la de ir a ver a sus patronos y decirles que si le ocurría cualquier cosa la policía vendría a buscarles. -Sánchez se encogió de hombros-. Pero quizá no tuvo la oportunidad. O quizá se lo dijo y ellos decidieron matarlos a los dos.
Sánchez calló un momento, miró hacia la ventana y después a los presentes, antes de añadir:
-Existe otra posibilidad. Tal vez Rudi consiguió enterarse de que iban a celebrar una reunión. Así que planea grabar la conversación, averiguar alguna cosa más, conseguir pruebas. Sólo que le falla el plan, y él y la chica acaban muertos. Lo que no entiendo es el papel de la muchacha. -Sánchez se volvió a encoger de hombros-. Quizás estaba donde no debía a la hora equivocada, o ayudó a Rudi en alguna cosa y pagó por ello con su vida.
-El equipo electrónico que Hernández pidió prestado -preguntó Volkmann, después de pensar un momento-. ¿Qué alcance tenía?
-No mucho -respondió Sánchez. Un kilómetro más o menos.
-Hernández pudo haber estado en cualquier parte la noche que le mataron.
-Estoy de acuerdo con usted. La única pista que tengo sobre su paradero la noche que le mataron es la palabra del vigilante nocturno. El hombre que trabaja en la estación de trenes. Dijo que le vio en la estación. -Sánchez hizo un gesto-. Quién sabe lo que Rudi hacía allí, si es que realmente estuvo. Quizás utilizó allí el equipo de grabación, pero no lo sé. No creo. El vigilante dijo que el hombre no llevaba nada y que estuvo en la estación unos cinco minutos, o poco más. Y para cargar con el equipo de Torres, hubiera necesitado llevar algo con que transportarlo. Una bolsa, una maleta pequeña.
-Digamos que Hernández estuvo en la estación -dijo Volkmann-. ¿Qué razones tenía para ir a una estación de trenes en plena madrugada? ¿Por qué entró por la puerta de atrás? -Pensaba en voz alta, pero formuló la pregunta y vio que Sánchez fruncía el entrecejo.
-¿Quizás era el acceso más corto? -replicó el policía-. Tal vez Rudi tenía la intención de comprar un billete a cualquier parte, y salir de Asunción. Pero las taquillas a esas horas están cerradas, no abren hasta mucho más tarde.
-¿Cree que no lo sabía?
-Le comprendo -contestó Sánchez-. Esto plantea una pregunta. Si Rudi fue a la estación y se quedó poco tiempo, quiere decir que tenía un propósito. Pero, ¿cuál? No sé la respuesta. ¿Para qué va la gente a una estación de trenes a primera hora de la madrugada? A coger un tren, o a esperarlo, si es que llega alguno. Pero en este caso era imposible.
El capitán miró a la muchacha. Érica levantó la cabeza por un momento, le devolvió la mirada, y después miró a otra parte. Oía la conversación pero no escuchaba, estaba preocupada por otra cosa, las manos inquietas, el entrecejo fruncido. Sánchez pensó: "Todavía llora la pérdida." Miró a Volkmann. El gringo también pensaba, analizaba los hechos y las palabras.
-¿Qué hay de los otros hoteles de la lista? -preguntó Volkmann.
-Mis hombres todavía no han llamado. Les diré que lo hagan.

Sánchez se puso de pie, ordenó las hojas del expediente sobre la mesa antes de cerrar la carpeta. Se volvió hacia el archivador, sacó un llavero grande, abrió la cerradura del mueble, tiró de uno de los cajones, metió el expediente en su lugar y volvió a cerrar el archivador con llave.
Cuando se giró vio que la muchacha le miraba con una expresión extraña, los labios fruncidos, las cejas casi juntas en un esfuerzo de concentración. Por primera vez el policía le miró las manos, no el rostro o las piernas.
Érica sostenía en la mano derecha un manojo de llaves, las llaves del apartamento y el coche de Rudi. Sánchez recordó que la muchacha había estado jugando con ellas todo el rato mientras él hablaba con Volkmann. El capitán le miró a los ojos; la joven observaba el llavero que él tenía en la mano. Sánchez miró su propio llavero y luego otra vez a la muchacha.
-Usted preguntó qué motivo pudo tener Rudi para ir a la estación. ¿En la estación hay taquillas... es decir, una consigna para que la gente deje cosas?
Sánchez enarcó una ceja. Volvió a mirar el manojo de llaves en la mano de la muchacha; sostenía una entre el pulgar y el índice. Le respondió en castellano.
-Creo que sí.
-¿Y no cabría la posibilidad que Rudi tuviera una? -preguntó Érica, dudosa.
Sánchez la miró con el rostro inexpresivo.
Volkmann los miró a los dos, preguntándose de qué hablaban.
La estación de ferrocarril daba a la plaza Uruguaya. En el vestíbulo vieron media docena de borrachos que dormían en los rincones. Los indios y mestizos con sus familias, y los bebés envueltos en mantas de colores, estaban sentados o dormitaban junto a los quioscos. Gente pobre del norte y del sur que esperaban los primeros trenes; ojos tiernos y apesadumbrados; miradas inocentes en aquellos rostros anónimos, demasiado pobres para poderse pagar incluso las habitaciones de las fondas cercanas.
Algunos les miraron somnolientos cuando cruzaron a toda prisa la estación. El olor a gasóleo flotaba en el aire. Sánchez los miró y sintió pena.
Desde la última vez que estuvo allí, la estación apenas había cambiado. Pensó en los viajes a la casa de sus abuelos en Villarica, en aquellos antiguos trenes arrastrados por locomotoras de vapor. Según creía recordar, la consigna de equipajes estaba a la derecha, cerca de uno de los quioscos.
Dieron la vuelta a una esquina y vieron las hileras de taquillas de metal colocadas contra una pared de hormigón, con los números pintados en negro. Sánchez se detuvo delante de la fila del medio.
-Las llaves, señorita.
Érica le entregó las llaves al capitán.
Sánchez volvió a examinarlas. Había dos que no tenían ninguna relación con el apartamento, el coche, la mesa de trabajo o el armario de Rudi. Se había preguntado qué puertas abrirían; de la misma manera que lo había hecho la joven. En jefatura ya le preguntó qué le hacía creer que Rudi pudiera tener una taquilla en la estación. Por toda contestación ella se había encogido de hombros. Un presentimiento. Una intuición.
Los indios de su país tenían una palabra para definirlo: mon-ia-taah-ka. Una voz del más allá. Quizá la muchacha tenía razón. Tal vez Rudi tenía una taquilla allí. El lugar seguro que le había mencionado a ella.
Sánchez jugó con la llave que parecía encajar por su tamaño en la cerradura de la taquilla que tenía más cerca. Era la veintisiete; el número abarcaba casi toda la puerta. Metió la llave en la cerradura. Intentó hacerla girar. Se movió un poco, nada más. Notó la resistencia de los dientes. Se volvió hacia Érica y Volkmann mientras sacaba la llave, y vio la expresión de sus rostros. Esperanza, urgencia.
Señaló hacia la izquierda donde comenzaban las taquillas y esbozó una sonrisa.
-Quizá debamos empezar por el principio. Siempre será mejor punto de partida. ¿No les parece?

16
Asunción
6 de diciembre, 3.45 horas

El aire en la oficina de Sánchez estaba gris por el humo de los cigarrillos. Volkrnann miró al policía gordo mientras bebía un trago del café caliente y recién hecho que les había traído el sargento de guardia. La cara de Sánchez estaba hinchada de no dormir. Los párpados entornados parecían más oscuros de lo que eran, y la piel se veía grisácea en el aire viciado. En cambio, a Érica se la veía muy despierta. Despierta y silenciosa.

Volkmann, con la mente inquieta y el cuerpo castigado por la fatiga, no dijo nada; el café y los cigarrillos mitigaban la necesidad de dormir. La conversación en el cásete, la conversación en alemán, le había dejado confuso e inquieto.

Habían encontrado el casete y las seis fotografías en la taquilla número treinta y nueve. En las fotos aparecía siempre la misma imagen. Tomadas con teleobjetivo en diferentes fracciones de segundos, mostraban a un anciano y a un joven paseando por los jardines de una casa blanca que se veía al fondo.

Uno de los hombres era Dieter Winter, el pelo rubio y los rasgos tinos y mUy marcados resultaban inconfundibles cuando se los comparaba con la foto que Sánchez había recibido. Al policía le resultó vagamente familiar la cara del anciano. Durante el trayecto de regreso a la jefatura desde la estación de ferrocarril, Sánchez se había exprimido cerebro hasta que por fin le vino a la memoria. Recordó primero la casa blanca en la foto, y después la vinculó con la foto de un anciano llamado Tsarkin, que se había suicidado dos días antes del asesinato de Rudi - Había visto la foto en uno de los dormitorios de la casa y la observó para saber cómo era la cara del hombre sin rostro en el estudio de la planta baja. Era la casa donde había visto vivo a Hernández por última vez, le explicó el capitán a Volkmann y a Érica. Ahora al menos había conexiones, los hilos sutiles de una telaraña, algo que comenzaba a cobrar forma.

Excepto el casete.

Lo habían escuchado ocho veces.

Érica había traducido la conversación para Sánchez, y después la había escrito en castellano. El policía leyó el texto sin prisa, preocupado por la inflexión de las palabras. Al igual que Volkmann, se sentía perplejo y curioso. Releyó las palabras crípticas, y le pidió a Érica que las volviera a traducir, para asegurarse de que la transcripción era correcta, que no faltaba ningún matiz, ninguna palabra. En la oficina llena de humo, el capitán miró a Volkmann.

-¿Quiere volver a escuchar la grabación?

Volkmann asintió, sí, quería escucharla otra vez. Sánchez apretó el botón de play en el magnetófono que tenía sobre el escritorio, antes de encender otro cigarrillo y balancearse en la silla. El agente de la DSE escuchó las voces profundas y guturales que resonaban en el silencio de la oficina. Se sabía las palabras casi de memoria, pero deseaba escucharlas una vez más.

"¿El cargamento?"

"Lo recogerán en Genova tal como se acordó."

"¿Y el italiano?"

"Será eliminado, pero quiero estar seguro de que no despertaremos sospechas con la carga. Considero prudente esperar a que Brandeburgo sea operativo. Entonces nos ocuparemos de él junto con los demás."

Pausa.

"Aquellos que han jurado lealtad... debemos estar seguros de ellos."

"He confirmado los juramentos. Y no hay dudas sobre sus antecedentes."

"¿Y el turco?"

"No veo ningún problema."

"¿Y la muchacha? ¿Estás absolutamente seguro de que podemos confiar en ella?"

"No nos fallará. Te lo aseguro. ¿Hay algún cambio en la lista de nombres...?"

"Los mataréis a todos."

"¿Los preparativos del viaje? ¿Ya está todo organizado?"

"Saldremos de Paraguay el día seis."

"El programa... ¿Queréis que lo repase otra vez?"

Siguió una pausa muy larga hasta que Volkmann volvió a escuchar una voz que decía:

"Aquí hace mucho calor. ¿Puedo tomar un vaso de agua?"

Escucharon el tintineo del vaso, el sonido del agua, un silencio largo, y entonces el chasquido en la cinta, seguido de un débil zumbido.
Sánchez alargó el brazo y apretó el botón de avance rápido. Había otro período de silencio bastante largo en la grabación, sólo se escuchaba el zumbido de fondo, hasta que aparecían las voces otra vez, pero ahora como muy lejanas, las palabras confusas, apenas audibles.
"Prost."
"Prost."
"Prost."
Otra pausa. Y después muy débil: "Nos vamos. Nos espera un viaje muy largo hasta el norte. El chófer te llevará a la casa franca."
Silencio.
Sánchez esperó unos momentos para asegurarse de que la conversación había acabado; escuchó lo que parecía el sonido lejano de una puerta al cerrarse, y después paró el magnetófono.
Volkmann miró las notas que había tomado en su libreta, su transcripción taquigráfica de la conversación grabada. Sánchez había preguntado el significado de la palabra Brandeburgo. Érica le explicó que era el nombre de una ciudad al oeste de Berlín, y también el nombre de la provincia alemana que en una época había albergado parte del aparato de Estado de Berlín. La famosa puerta de Brandeburgo, cercana al Reichstag, el viejo edificio del parlamento alemán, había sido la entrada original al territorio.
Al escuchar la respuesta, el policía asintió, pero se rascó la cabeza con una expresión perpleja; la explicación no le había servido de nada. Estaba más sorprendido que nunca.
Habían discutido el contenido de la cinta durante la última hora, repasándola una y otra vez, pero no había nada que les diera una pista, algo concreto, nada que les marcara una dirección.
Volkmann intentó concentrarse en la grabación. Decidió después de escuchar las palabras, los tonos y el timbre de las voces, que los participantes en el encuentro eran tres hombres.
"¿Los preparativos del viaje? ¿Ya está todo organizado?"
"Saldremos de Paraguay el día seis."
-El seis. ¡Es hoy!
Volkmann le pidió a Sánchez que rebobinara la cinta hasta esas palabras.
Escuchó atentamente la voz débil que respondía, y tuvo la seguridad de que era la misma que después decía: "Nos vamos. Nos espera un viaje muy largo hasta el norte..." El norte, ¿dónde estaba el norte? ésto ya lo había discutido con Sánchez. El norte en Paraguay significaba una enorme extensión de selva, pantanos y matorrales llamada Chaco. El policía se lo señaló en el mapa amarillento colgado en la pared.
El norte podía ser más allá de la frontera: Brasil, Bolivia. O sencillamente un suburbio muy al norte de la ciudad. Cualquier parte. Volkmann miró a Sánchez.
-El viejo, Tsarkin, el suicida. Dígame otra vez lo que sabe de él.
Sánchez tenía el expediente abierto sobre la mesa, el expediente del caso del anciano, el informe del forense, la carta del oncólogo del hospital privado de San Ignacio. Ya les había hecho un breve resumen a sus visitantes, pero lo consultó otra vez.
-Todo lo que sé en este momento -dijo Sánchez-, es lo que está en el informe de la semana pasada, el que escribí después de investigar el suicidio. El hombre tenía ochenta y dos años, era un empresario jubilado, nacionalizado paraguayo desde hacía muchos años, y ex director de numerosas empresas. El veintitrés de noviembre, en el hospital privado de San Ignacio, los médicos le dieron menos de cuarenta y ocho horas de vida. Tenía un cáncer de estómago. La hemorragia era muy grave. Los doctores que le trataban en el hospital no se sorprendieron al saber que se había suicidado. Padecía unos dolores tremendos a pesar de las drogas y estaba muy débil.
-¿Está seguro de que fue un suicidio?
Sánchez asintió. Bostezó, se tapó la boca con su mano regordeta, y parpadeó varias veces.
-No había ninguna duda -contestó el policía-. Estaba solo en el estudio en el momento de su muerte. Y a la vista de su mala salud, no tenía mucho sentido escarbar en sus asuntos. Pero ahora es otro cantar. Le he ordenado a uno de mis hombres que averigüe más cosas del señor Nicolás Tsarkin. Haré que investiguen los expedientes de la oficina de Inmigración en cuanto abran por la mañana. Mi hombre

también irá a la casa de Tsarkin: quizás encuentre documentos o papeles personales. Cualquier cosa que pueda ayudarnos.
Volkmann miró el rostro fatigado del capitán.
-Usted dijo que la caja fuerte del estudio estaba abierta cuando entró. Y que había cenizas en la chimenea.
-Sí. Pero eso es normal cuando alguien se suicida. Queman las cartas, todas las cosas personales. Sobre todo si tienen algo que ocultar. Y en el caso de Tsarkin, ahora sabemos que eso era lo más probable. -El policía pensó un momento antes de seguir-. Cuando Rudi llegó a la casa de Tsarkin le noté inquieto. Pienso que sentía curiosidad sobre el viejo, pero intentaba no demostrarlo. Otra cosa. Salí del estudio donde estaba el cadáver mientras esperábamos que se lo llevaran al depósito de cadáveres. Al volver, vi cómo Rudi colgaba el teléfono. Me dijo que era una llamada del periódico. Pero no lo tengo muy claro. Mi hombre lo está investigando; también las llamadas hechas desde la casa de Tsarkin.
Todavía estaba oscuro al otro lado de la ventana. Sánchez apenas podía mantener los ojos abiertos; fumar le ayudaba a mantenerse despierto. Su jornada había acabado a las cinco de la tarde del día anterior, pero como siempre ocurre en el trabajo de un policía, nunca podía saber cómo y cuándo acabaría el día. Había llamado a su esposa para decirle que llegaría tarde, no sabía a qué hora, consciente de que podía ser tardísimo.
Sánchez pestañeó, se frotó los ojos junto al puente de la nariz con el pulgar y el índice, dispuesto a resistir el agotamiento. Intentó concentrarse; pensó en la transcripción del casete, recordó las palabras en busca de pistas, en busca de algo que le indicara una dirección.
-¿Cuánto tardará en recibir la información de los antecedentes de Tsarkin? -preguntó Volkmann. El capitán le miró y enarcó las cejas.
-La oficina de Inmigración abre a las siete. Entonces podremos enterarnos del pasado de Tsarkin: cuándo llegó al país y de dónde venía. Pero será un trabajo lento y difícil; quizá tardaremos varios días. Haré que interroguen otra vez a los sirvientes en cuanto consiga otro hombre. Tal vez sepan alguna cosa más de su difunto patrón. Las personas que negociaban con él. Amigos. La gente con la que trataba.
Sánchez consultó su reloj. Eran casi las cuatro de la madrugada. El también recordaba las palabras en la cinta, las palabras que Érica había transcrito: "Saldremos de Paraguay el día seis." Se levantó con gran esfuerzo y estiró los brazos. El humo de la oficina le irritaba los ojos; sin embargo, aplastó la colilla y encendió otro cigarrillo.
Se acercó a la ventana y la abrió. No soplaba ni gota de viento; en el exterior todo estaba quieto y húmedo, las hojas de las palmeras colgaban inmóviles por debajo de la ventana. Calle abajo se veía parte de la cúpula rosada del panteón de la plaza de los Héroes, el monumento erigido en memoria a los hombres que murieron en las guerras nacionales, iluminado y con una guardia de honor permanente. Los dos soldados en posición de firmes debían de estar agotados, pensó el capitán. Casi tan cansados como él.
Suspiró. Intentó volver a concentrarse mientras fumaba en silencio y miraba la calle. En la distancia vio cómo un taxi se detenía delante de un hotel; cómo se apeaban los pasajeros. Dos hombres de mediana edad y dos mujeres jóvenes. Les observó caminar hacia la entrada del hotel, los hombres bien vestidos pero con paso inseguro, las mujeres sonrientes, con trajes muy cortos y coloridos y zapatos de tacón alto.
Empresarios de visita, que regresaban de una juerga en algún club nocturno, pensó Sánchez. Las mujeres debían de ser prostitutas.
El policía se rascó la barba incipiente mientras veía alejarse el taxi. Cuando por fin se volvió después de varios minutos de silencio, observó que Volkmann y la muchacha le miraban.
-¿Algún problema? -preguntó Volkmann.
-No. -Sánchez meneó la cabeza lentamente-. Una pregunta. En los hoteles donde se alojó Winter, siempre alquiló una suite. Usted mismo formuló la pregunta. ¿Para qué alquila una suite una persona? -Hizo una pausa-. ¿Para impresionar a alguien? ¿A unos socios, a una mujer? -Sánchez calló un segundo-. Una suite también es lo bastante grande como para celebrar una reunión, ¿no es así?
El capitán interrogó con la mirada a Volkmann y a Érica Kranz, antes de proseguir con su razonamiento.

-Un hotel también es un lugar adecuado para alquilar una habitación e intentar escuchar lo que se dice en la de al lado, ¿no les parece? -Miró el expediente sobre la mesa, cogió la lista de hoteles y se encogió de hombros, con desgana-. Quizá valga la pena investigarlo. No se me ocurre otra cosa.
-Es posible -opinó Volkmann, cansado-. Pero, ¿qué hotel? Asunción es una ciudad muy grande.
-En el hotel donde Winter se alojó más veces -respondió Sánchez después de consultar la lista por un momento-. En el mismo donde están ustedes. El Excelsior. ¿Por qué no probamos primero allí? Si no hay suerte, iremos al hotel Guaraní.

Cuando llegaron al hotel, el recepcionista insistió en llamar al gerente que había de guardia. El hombre apareció al cabo de unos minutos. Alto, impecablemente vestido con traje oscuro, camisa blanca almidonada y corbata de seda gris. Bien afeitado, tenía un aspecto fresco a pesar de la hora.
Sánchez le mostró la placa y repitió sus preguntas. El gerente no puso pegas; les llevó hasta su despacho junto al vestíbulo. El cuarto era pequeño y se veía ordenado. Había varias filas de archivadores metálicos. Los invitó a sentarse y le preguntó a Sánchez:
-¿Me puede repetir la fecha?
-Veinticinco de noviembre.
El gerente se acercó a los archivadores y abrió uno de los cajones. Buscó en el interior, sacó varios paquetes de tarjetas de registro sujetas con bandas elásticas, las llevó a la mesa y se sentó.
-¿Cómo se llama la persona en cuestión?
-Hernández. Señor Rudi Hernández. Quiero saber si se alojó aquí.
-La información concerniente a los huéspedes se guarda en el ordenador. Sin embargo, las tarjetas de registro originales están por orden alfabético, así que no será difícil encontrarla. -El gerente cogió el primer paquete y fue pasando las tarjetas con dedos ágiles-. Hernández... Hernández... Sí. -Miró a los visitantes-. Un Hernández, pero el nombre de pila es... -Consultó la tarjeta-. Morites... Morites Hernández.
Sánchez tendió una mano; el gerente le pasó la tarjeta. Un viajante de comercio de Sao Pablo. Miró el bolso de Érica y le dijo en inglés:
-¿Señorita, tiene a mano alguna carta de Rudi?
La muchacha vaciló un instante. Miró a Volkmann, luego a Sánchez.
-En la habitación... tengo una carta en la maleta.
-¿Sería tan amable de ir a buscarla, por favor?
Érica Kranz asintió en silencio y salió de la oficina. Cuando regresó al cabo de cinco minutos, le entregó la carta abierta a Sánchez. El gerente miró curioso mientras el policía comparaba la caligrafía en la tarjeta con la de la carta que había sobre la mesa.
Los trazos tenían una inclinación diferente: la escritura en la tarjeta era apretada, minúscula; la caligrafía de Rudi en cambio era amplia, las letras grandes, con un estilo florido. Sánchez levantó la vista.
-No. No es el Hernández que buscamos. -El gerente mostró una leve expresión de alivio. Sánchez añadió-: El veinticinco de noviembre. ¿Cuántos huéspedes tenían alojados en esa fecha?
El gerente miró al capitán, después a Volkmann y a Érica, y esta vez respondió en un inglés perfecto.
-Recuerdo que tuvimos mucho trabajo. El hotel estaba completo. Había una convención y vanas fiestas.
-¿Cuántos? -repitió Sánchez.
-Quizás unos trescientos. -Al ver que Sánchez suspiraba, el hombre dijo a modo de disculpa. Lamento mucho no haberle podido ayudar.
-Tendremos que comprobar todas estas tarjetas -afirmó Sánchez.
-¿Todas, señor? -exclamó el gerente, incrédulo.
-Sí. Todas. También necesito el listado del ordenador, con todos los huéspedes que se alojaron aquí el veinticinco de noviembre. Nombres, números de pasaporte si eran extranjeros. Quién hizo las reservas. Quién pagó las facturas. -Sánchez hizo una pausa-. ¿Está toda esta información dentro del ordenador?
-El hombre asintió, pasmado-. Entonces hágalo ahora mismo.
-¿Señor, sabe qué hora es? He de atender a otras obligaciones. Cuando llegue el personal de día...

-Necesito la información ahora -le interrumpió Sánchez, enérgico-. No puedo esperar. Así que por favor haga lo que le digo. Si no, me veré obligado a llamar a sus superiores. -La voz de Sánchez se suavizó un poco-. Le agradecería mucho su cooperación, señor.
El policía dirigió al gerente una mirada penetrante con los ojos inyectados de sangre. El hombre vaciló y por fin soltó un suspiro. -Está bien -dijo-. Veré qué puedo hacer. -Dio media vuelta. -Una cosa más -añadió Sánchez. -¿Sí...?
-¿Pueden traernos una cafetera? Que el café esté bien cargado. El gerente asintió con un ademán brusco y salió. Voíkmann miró la hora. Eran las cinco de la mañana.

17

Chaco nororiental 5.40 horas

Le despertaron los sonidos de la selva. Se levantó de la cama, apartó la tela mosquitera y se vistió sin prisa. Mientras sus ojos se acomodaban a la penumbra, observó la habitación, ahora vacía; sólo quedaba la cama, las maletas y las ropas colgadas detrás de la puerta donde las había dejado uno de los muchachos, limpias y planchadas para el viaje. Pensó en ellos mientras se abrochaba la camisa de algodón. Sus muertes habían sido necesarias. Indispensables para protegerle a él.
Cuando acabó de vestirse bajó a la cocina. Encontró a Kruger sentado a la mesa fumando un cigarrillo y con un vaso de agua en la otra mano. Parecía haber dormido mal; las ojeras destacaban en su rostro curtido.
-Hemos quemado el resto de las provisiones -le dijo Kruger-. Si quiere desayunar sólo hay agua y frutos secos.
-Sólo agua, Hans -respondió el hombre de pelo gris.
Kruger apagó la colilla en un paquete de cigarrillos vacío que había sobre la mesa, fue hasta la pila en un rincón y abrió una botella de agua mineral. Cogió uno de los vasos que quedaban, y lo enjuagó con el agua tibia antes de llenarlo hasta el borde.
El hombre de pelo gris bebió un trago, con la mirada puesta más allá de la ventana abierta, en la masa oscura de la selva que se perdía en las montañas. En el cielo aparecían las primeras rayas de un azul intenso. Muy pronto se haría de día. Los ruidos de la selva eran como un martilleo constante. Un pájaro cruzó el cielo, el plumaje amarillo, visible incluso en la penumbra. Miró a Kruger.
¿Y los muchachos...? -le preguntó en voz baja.
-Ya está -respondió Kruger-. Schmidt lo hizo todo lo rápido e indoloro posible. Nadie podrá identificarles. -Hizo una pausa al ver que un expresión de dolor cruzaba el rostro del hombre-. Esperaremos hasta que amanezca para quemar lo que queda en la casa. Falta cargar algunas cosas en el camión. Sólo media hora más de trabajo. Entonces haremos una última revisión y la limpieza.
El hombre alto miró la vieja casa construida en el patio. Un lugar donde había pasado muchas horas solitarias durante la infancia, mientras cumplía su sentencia. Dejó el vaso de agua sobre la mesa.
-Me apetece dar un paseo antes de marcharnos, Hans. Los hombres pueden quedarse aquí. Prefiero ir solo. -El hombre vio la expresión de alarma en el rostro de Kruger y sonrió mientras apoyaba una mano sobre su hombro para tranquilizarle-. Cálmate, Hans. No hay ningún peligro. Te lo prometo.
-Desde luego. Como usted quiera.
El hombre salió de la cocina. Kruger le vio salir; acto seguido consultó su reloj. Las seis y diez. Tres horas más. Tres horas más y dejarían para siempre este país infernal. Cogió otro cigarrillo y lo encendió.

Asunción

5.55 horas

Tardaron casi una hora en encontrar la tarjeta de registro. Fue Volkmann el que la vio. Los tres se hallaban sentados alrededor de la mesa y, con una hoja de la carta de Rudi, revisaban una pila de tarjetas comparando cada uno por separado, la escritura. En la tarjeta había firmado con otro nombre: Roberto Ferres, pero la caligrafía era la misma: las letras inclinadas y grandes, además, la amplitud del trazo correspondía exactamente con la de Hernández.

En cuanto Volkmann encontró la tarjeta, Sánchez solicitó una lista detallada de los huéspedes que se habían alojado en el primer y segundo piso. Ahora tenía las hojas de ordenador sobre la mesa y aún le faltaba revisarlas. Con la tarjeta en la mano, Sánchez miró al gerente que no las tenía todas consigo. Casi no habían probado el café que les habían servido.
-¿La habitación que el señor Ferres alquiló en el primer piso se pagó por adelantado? -La información constaba en la tarjeta, pero Sánchez formuló la pregunta de todas maneras. En la cuenta figuraba el cargo de una botella de champán y una bandeja de canapés, y eso le extrañó.
-Sí, en efectivo -contestó el gerente, que echó una ojeada a la tarjeta que sostenía Sánchez.
-¿Devolvió la llave en recepción?
-No hace falta que nuestros huéspedes devuelvan las llaves. Las cerraduras se abren con tarjetas de plástico desechables. Cada huésped recibe una tarjeta nueva con un número de código asignado por el ordenador. -Sánchez asintió-. ¿ Quiere ver la habitación que ocupó el caballero? -preguntó el gerente-. Creo que está vacía.
-Quizá más tarde. -Él sabía que era inútil. A estas alturas habrían limpiado la habitación una docena de veces. Miró la hora. Las seis y cuarto-. De haber habido alboroto en la habitación del señor Hernández... del señor Ferres, ¿le habrían informado?
-¿Qué clase de alboroto? -replicó el gerente un tanto alarmado.
-Cualquier cosa. Una pelea. Una discusión. Demasiado ruido.
-El personal es muy diligente -contestó el gerente-. De haber ocurrido cualquier cosa, habrían informado y figuraría en la tarjeta. -Enarcó las cejas y sonrió por un segundo-. Algunas veces ocurre. Parejas que discuten. Tiran cosas. ¿Cree que ocurrió algo en la habitación del caballero?
-Tal vez.
-Puedo mirar en el libro de quejas del piso.
-Se lo agradezco. Mire también si este caballero se dejó alguna cosa en la habitación. Algún efecto personal. ¿Puede comprobarlo, por favor?
El gerente asintió y salió de su oficina una vez más. Sánchez se frotó los ojos.
-Me intrigan el champán y los canapés -dijo-. ¿Por qué los encargaría?
Recogió el listado que había pedido y desplegó las hojas. La lista comenzaba por el primer número de habitación en el piso de Hernández. Lentamente y con mucho cuidado, leyó la información. Número de habitación, nombre del huésped, facturas.
Después de un rato parpadeó varias veces, volvió a frotarse los ojos y abandonó la lectura.
-Por fin -anunció-, una luz brilla en las tinieblas. -Volkmann y Érica miraron al policía-. Alguien alquiló una suite en el mismo piso de la habitación de Rudi. -Por primera vez, Sánchez sonrió complacido-. El señor Nicolás Tsarkin.

El gerente regresó al cabo de unos minutos con un libro abierto en sus manos. Informó a Sánchez de que en el registro no figuraba ningún objeto olvidado en la habitación, ni tampoco ninguna queja en el primer piso, ni aquella noche ni en la madrugada siguiente. Sólo constaba un aviso del segundo piso hecho por una señora mayor que había protestado por los ruidos que hacían en la cama una pareja en la habitación de al lado, y otra del tercer piso, donde un huésped borracho había intentado propasarse con una de las doncellas. Sánchez le preguntó si podía ver la suite de Tsarkin.
-Lo siento, está ocupada. Pero en cuanto la desocupen por la mañana, le avisaré. Lamento no poder ayudarle en nada más.
-Le agradezco todo lo que ha hecho, señor-respondió Sánchez.
Llamaron a la puerta. Volkmann vio entrar a un hombre que pidió por el capitán. Sánchez se excusó, se reunió con el recién llegado y juntos salieron de la oficina.
Volkmann miró a Érica. No habían dormido más que dos horas durante las últimas veinticuatro. La fatiga de la muchacha era evidente; ojerosa, inquieta. Un mechón de pelo rubio le cayó sobre el rostro; Érica lo apartó al tiempo que le sonreía.
-Si quiere -le dijo Volkmann-, puede ir a su habitación y descansar. Ya la avisaré si surge cualquier cosa.
La muchacha sacudió la cabeza. Ambos miraron a Sánchez cuando entró de nuevo en el despacho. El policía les habló directamente sin tener en cuenta que el gerente todavía estaba allí.

-Era el agente Cavales, el hombre asignado al caso Tsarkin. Ha conseguido la lista de las llamadas telefónicas hechas desde la casa de Tsarkin durante las últimas dos semanas. Constan dos llamadas a través del radio enlace con el Chaco nororiental. -Sánchez hizo una pausa, esperó que calara la información. A pesar del agotamiento, Volkmann y Érica le miraron animados-. El radioteléfono. Tenemos un nombre: Karl Schmeltz. Y una dirección. Es una zona en territorio indígena. Justo al norte del río Salgado, cerca de la frontera con Brasil. Un lugar desolado donde vive muy poca gente. Selva y matorrales. La clase de lugar donde la gente daría lo que fuera sólo por hacer algo.
-¿A qué distancia está? -preguntó Volkmann.
-A unos cuatrocientos kilómetros, quizá más. -Sánchez se encogió de hombros-. En coche se tardan unas diez horas. Las carreteras son malas, muy malas. Carreteras abiertas a través de la selva.
Volkmann miró el reloj. Las seis y media. Necesitaba dormir, echarse en una cama y cerrar los ojos. No estaba para lanzarse a recorrer caminos en medio de la selva. Pero si esperaba, sería demasiado tarde.
-En helicóptero -añadió Sánchez- es un viaje de dos horas. Quizá menos.
-¿Puede arreglarlo? -preguntó Érica.
Sánchez asintió.

Asunción
6.41 horas

Volkmann miró a través de la ventanilla de plexiglás del helicóptero mientras los edificios de Asunción se encogían a sus pies. Tenían el sol de cara y hacía un calor sofocante en la cabina. El piloto militar llevaba gafas oscuras para protegerse los ojos. El ruido apagado de los rotores que batían el aire caliente del exterior sonaba dentro. Aparte del piloto, eran cinco los pasajeros que viajaban en el aparato: Érica, Volkmann, Sánchez, el agente Cavales, y otro agente llamado Moringo.
Los dos agentes de Sánchez iban armados con los revólveres reglamentarios y escopetas de repetición. Por su parte, el capitán tenía a su lado dos fusiles M-16 junto con seis cargadores extras. Aunque Sánchez no le había dicho nada, Volkmann sabía que el segundo fusil era para él, por si llegaban a necesitarlo.
El helicóptero Dauphin se sacudió un poco mientras se elevaba, no demasiado alto, porque en el aire tan caliente los rotores no se sustentaban muy bien. Volkmann vio cómo el altímetro del aparato subía hasta casi los setecientos metros y se estabilizaba.
Ahora volaban sobre las zonas de cultivo en la selva. El paisaje aparecía salpicado de casas de adobe, chozas y ruinas de viejos molinos azucareros. A la derecha estaba el río Paraguay, una cinta de agua color chocolate que serpenteaba entre el verde hasta donde alcanzaba la vista.
Volkmann percibió la tensión de los ocupantes de la cabina. La tensión y el cansancio.
Por fin se oyó un chasquido en la radio y una voz metálica sonó por el altavoz. El piloto se puso los auriculares porque el ruido dentro de la cabina era demasiado fuerte. Habló durante unos segundos; después se volvió y le dijo algo a Sánchez en castellano. El capitán asintió y habló casi a gritos para que el agente Moringo pudiera oírle. Por último, se volvió hacia Volkmann y Érica.
-Llamaban desde Asunción. Le pedí a la policía local que se reuniera con nosotros cerca de la casa. Tienen orden de indicarnos de qué inca se trata y de ayudarnos si es necesario. -Consultó su reloj-. estaremos en contacto por radio en poco menos de una hora. Moringo conoce la región pero no el lugar exacto. Piensa que es un sitio muy aislado.
Volkmann asintió. Se apoyó en el respaldo del asiento con el cuerpo . olorido de no dormir mientras miraba hacia abajo, hipnotizado por la inmensidad de la selva verde esmeralda. El sonido monótono de las hélices le hacía muy difícil mantener los ojos abiertos.
Desvió la mirada del verde hipnótico hacia Érica. Su rostro mostraba las huellas de la tensión y la fatiga, y en aquel mismo momento ella le miró sonmolienta. Después se volvió y contempló la selva. Volkmann observó su hermoso perfil durante unos segundos; luego consultó su reloj.

Eran las siete de la mañana.

Chaco nororiental
8.25 horas

Kruger alzó la vista hacia el cielo desde la galería. Buscaba el helicóptero, el reflejo del sol en la cabina de plexiglás; el oído atento al sonido de las hélices. Nada.
Franz Lieber se había marchado con sus hombres hacía una hora, al volante de su propio Mercedes y seguido por la caravana de vehículos que los habían venido a buscar para llevarles de regreso a Asunción. Hacía mucho calor y la humedad era muy alta. Las nubes ocultaban el sol. Mientras se volvía hacia la casa vio salir al hombre de la selva a unos cincuenta metros de distancia; caminaba con las manos en la espalda, entre la hierba poco espesa, en dirección al sendero estrecho que bajaba hasta el río.
Kruger se acercó al otro lado de la galería y miró las cenizas humeantes de la hoguera que había encendido Schmidt. Lo había quemado todo; un buen trabajo. Él mismo inspeccionó la casa y los anexos después. No quedaba nada.
Se pasó una mano por el pelo; estaba a punto de mirar otra vez hacia el cielo cuando oyó el ruido y se volvió. El hombre había subido a la galería y contemplaba el verdor del terreno. Mientras se acercaba a Kruger, una bandada de pequeños pájaros amarillos pasó delante de ellos.
-Ha venido Franz -dijo Kruger, mirando cómo la bandada desaparecía entre los árboles-. Le manda sus saludos y dice que espera reunirse con nosotros en cuanto pueda.
El hombre de pelo gris asintió en silencio, sin dejar de mirar a un punto lejano, como si estuviera perdido en sus pensamientos. Unos segundos después oyeron un sonido débil. Ambos miraron instintivamente hacia el cielo, pero no vieron nada. Al parecer, también lo había oído uno de los hombres de la casa, porque salió a la galería con unos potentes binoculares Zeiss y comenzó a escudriñar el cielo de un lado a otro. Kruger vio la sonrisa del hombre a medida que el ruido lejano aumentaba; como un latido débil, más fuerte a cada segundo. Él también alzó la vista al cielo, pero no vio nada.
Entonces hubo un breve destello a la derecha, en la dirección que apuntaban los binoculares. Después otro destello, mientras el sonido se hacía más fuerte, vibrante; era el ruido inconfundible de las hélices. Kruger miró la hora. Las ocho cuarenta.
-El helicóptero -dijo tranquilo-. Es temprano.
El hombre asintió. Caminó hasta el otro lado de la galería, mientras Schmidt y dos hombres más salían de la casa para escudriñar el cielo. Dirigió una última mirada al pequeño pabellón, y después a la hoguera donde Schmidt había quemado todo lo que no se había podido llevar, incluso cosas que había guardado desde la infancia.
Ahora ya no quedaba nada, sólo cenizas humeantes. Sus ojos recorrieron el verde jade de la selva, mientras el ruido del helicóptero se hacía más fuerte. Una última mirada nostálgica antes de volverse hacia Kruger para decirle:
-Que Schmidt apague los rescoldos, y se asegure de que todo está quemado. Después reúne a los hombres y el equipaje.

Fue Volkmann el que vio primero el vehículo. Se frotó los ojos y volvió a mirar para estar seguro. El coche azul y blanco de la policía apenas era una mancha visible que esperaba en una carretera desierta. Las carreteras aquí eran simples fajas de tierra marrón rojizo que cortaban la selva, como cintas de papel celo pegadas sobre una vegetación exuberante.
Volkmann tocó a Sánchez en el hombro y señaló hacia abajo. Sánchez asintió en cuanto vio el coche, e inmediatamente indicó la dirección al piloto. El Dauphin se inclinó bruscamente y comenzó el descenso hacia el vehículo. Desde hacía quince minutos estaban en comunicación con la policía local a través de una frecuencia especial. Sánchez le había traducido a Volkmann toda la información que iba recibiendo.

El capitán parecía cansado, al borde del agotamiento, pero en esos momentos había recuperado las energías. Miraba atento a través del plexiglás y mientras conversaba por radio con el sargento del coche, que estaba casi debajo mismo del helicóptero, Sánchez se volvió hacia Volkmann. -El sargento dice que la finca da al camino, a un kilómetro de aquí. Nos seguirán. Se oyó un grito del agente Cavales que señalaba justo delante de ellos. -Allí. A la izquierda. El piloto siguió la dirección que le indicaba el dedo. Había bruma, pero incluso Volkmann vio la casa, a menos de un kilómetro de distancia. Estaba aislada en medio de la jungla, pintada de blanco, y era grande, muy grande, una de las más grandes que había visto en la última media hora; un camino particular angosto llevaba hasta un claro que se abría delante de la casa.
Mientras la tensión aumentaba en la cabina, el helicóptero viró bruscamente hacia la izquierda. El piloto le gritó algo a Sánchez. El policía asintió; se volvió hacia Volkmann.
-El piloto... dice que intentará aterrizar delante de la casa si hay espacio suficiente.
Volkmann miró hacia abajo y vio el coche azul y blanco que circulaba a gran velocidad por la carretera levantando una nube de polvo rojizo. El helicóptero redujo la velocidad y se mantuvo en la posición, a unos doscientos cincuenta metros de la casa, mientras el piloto le decía algo al capitán.
-Aterrizaremos en el claro, ¿de acuerdo? -le comentó Sánchez a Volkmann-. Pero antes haremos un par de pasadas sobre la casa, para asegurarnos de que no tendremos problemas. -El capitán tocó el hombro del piloto y habló rápido. Éste empujó hacia delante la palanca de mando y el helicóptero avanzó al tiempo que descendía a gran velocidad. Volkmann se puso tenso. Sánchez apretó los dientes, cogió uno de los fusiles y tres cargadores, y se lo dio a Volkmann-. Tenga. Por si hay problemas. No deje que la chica baje del helicóptero.
Volkmann miró el cielo tapado por la bruma; por un segundo le pareció vislumbrar a lo lejos algo brillante, un destello de luz blanca, que se esfumó. Revisó el fusil, y después miró hacia abajo mientras el helicóptero realizaba la primera pasada.

Volkmann adivinó después de la primera pasada que la casa blanca estaba vacía. El piloto mantuvo el aparato en el mismo ángulo y realizó una vuelta perfecta alrededor de la casa, para después ejecutar la segunda a muy baja altura, casi rozando las copas de los árboles.
El lugar parecía desierto. Había una mancha negra en el terreno a la derecha de la casa que, a simple vista, parecía aceite, pero, en la segunda pasada, Volkmann vio que eran los restos de una hoguera. El viento provocado por los rotores levantó las cenizas y las esparció como una nube negra por todo el lugar.
No había nadie en la galería, las ventanas de la casa no tenían cortinas y los edificios anexos en la parte de atrás estaban descoloridos y en mal estado; a la derecha, había un pabellón de madera.
Volkmann miró a Sánchez mientras ejecutaban la segunda pasada. Las mejillas barbudas del capitán parecían lamparones de goma negra y en su rostro había una expresión de desconsuelo. Pero la mirada de sus ojos era alerta, dispuesta a todo aunque no fuera necesario. Volkmann lo supo al ver el coche azul y blanco de la policía que se acercaba a la casa por el camino particular.
El conductor del vehículo frenó de golpe y los cuatro agentes se apearon de un salto, desenfundaron las armas y se agazaparon mientras el helicóptero aterrizaba en un claro a la derecha del camino.
En cuanto el aparato aterrizó, Sánchez saltó a tierra seguido por sus hombres y Volkmann, todos con las armas preparadas. Érica permaneció junto al piloto, y éste apagó el motor.
El calor y la humedad de la selva les golpeó en la cara mientras agachaban instintivamente la cabeza para protegerse de las últimas vueltas de los rotores. Entonces se detuvieron las palas, y Volkmann tuvo por un momento la impresión de que sólo había silencio y calor. Pero, de inmediato, la infinidad de sonidos diferentes de la selva estalló a su alrededor.
Dos agentes uniformados se apartaron del coche, agitando las armas y dando voces mientras señalaban la casa. Sánchez habló con ellos. A continuación enfundó el revólver y se volvió hacia Volkmann. Su expresión lo decía todo: habían llegado demasiado tarde. El capitán miró hacia la casa.
-Venga, amigo. Echaremos un vistazo.

Volkmann adivinó que algo andaba mal. Nadie dejaba una casa tan desnuda, ni la vaciaba hasta el punto de convertirla en algo que parecía un esqueleto descarnado por los buitres.
Ésta era la imagen que ofrecía. Un esqueleto de madera. Hueco, los suelos barridos y limpios; el eco de los pasos resonaba en las habitaciones desnudas. Érica se unió a los demás. Sólo el piloto prefirió quedarse fuera. Había sintonizado una emisora comercial en la radio del helicóptero, y escuchaba la música, indiferente al calor mientras paseaba cerca del Dauphin, mascando chicle.
La casa era muy grande. Volkmann contó trece habitaciones, todas limpias, vacías, sin nada en el suelo: no quedaba ni un hilo. Parecía como si se hubieran llevado incluso el polvo.
Sánchez ordenó a sus hombres y a los agentes que registraran todas las habitaciones en busca de cualquier pista. Después, en compañía de Volkmann y Érica, fue a inspeccionar los edificios anexos.
Había tres. Dos se habían utilizado como garaje, con espacio suficiente para aparcar un coche grande en cada uno de ellos, pero tampoco allí encontraron nada, sólo manchas de aceite en el suelo.
El pabellón de madera que se alzaba a la derecha de la casa era la construcción más pequeña. Podría haber sido un trastero, o la habitación de jugar de un niño. Tampoco había nada en el interior. Volkmann y Sánchez sólo encontraron unas huellas de pintura blanca en una de las paredes. Eran muy viejas, y al examinarlas de cerca vieron que formaban una especie de telaraña, como si alguien hubiera comenzado a pintar la pared para después desistir, o un niño que se hubiera entretenido jugando con un pincel.
Nadie dijo una sola palabra mientras registraban el pabellón. Sánchez fumó un cigarrillo, concentrado en su tarea hasta que renunció, absolutamente desconcertado. Cuando salieron al exterior, Volkmann se fijó en los restos de la hoguera. El viento provocado por los rotores del helicóptero habían dispersado las cenizas en pequeños montones irregulares. Se arrodilló y tocó el centro del montón más grande. Las cenizas estaban mojadas, como si les hubieran echado agua. Se hizo con un palo y removió los montones. Nada.
La bruma había desaparecido, y el calor era insoportable. Volkmann miró a Érica y después a Sánchez. El rostro del policía estaba bañado en sudor.
-Dígame qué le explicó el sargento local -dijo. Sánchez ya se lo había comentado, pero quería escucharlo otra vez.
-Me dijo que lleva viviendo aquí casi toda su vida, y que ni siquiera estaba enterado de la existencia de la casa.
-¿A qué distancia está el pueblo más próximo?
-A unos veinte kilómetros. La casa más cercana a unos diez.
Volkmann dio un puntapié a uno de los montones de ceniza, hizo una pausa, miró a Sánchez y le preguntó marcando las palabras.
-¿Qué opina, Vellares? -Era la primera vez que Volkmann trataba al capitán por el nombre de pila.
Sánchez se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano, miró a Volkmann y contestó:
-Los indios de mi país tienen una palabra para definir esto... -Sánchez la pronunció con una expresión de fatiga. Era una palabra larga, enrevesada-. Significa... muy raro... muy misterioso. -Miró a Volkmann-. ¿Capta el sentido?
Volkmann asintió. Al entrar en la casa y en el pequeño pabellón, había notado algo, un escalofrío... Un escalofrío violento. Algo dentro de él se había sentido tocado por una fuerza ajena. Sánchez y Érica también lo habían notado. Estaba seguro. Una sensación que ninguno de ellos podía describir con palabras. Se volvió hacia Érica. La joven le estaba mirando; aquella muchacha alemana que había venido de tan lejos, llena de esperanzas. Oyó una voz a sus espaldas y se giró. Era el piloto que llamaba a Sánchez. Volkmann y Érica miraron hacia la casa blanca sin decir palabra. Esperaron a que el capitán se acercara para volverse. Sánchez traía algo en la mano.
-El piloto -le explicó Sánchez a Volkmann- encontró esto entre los arbustos. El viento generado por los rotores lo debió de lanzar hacia allíEl policía le entregó un trozo de cartulina brillante. Era el fragmento de una fotografía en blanco y negro muy vieja. La mitad estaba quemada, y la parte derecha se veía ajada y sucia, pero se distinguía la imagen. Era la foto de una mujer, una mujer joven, rubia y muy guapa, con un fondo de cielo y montañas nevadas.
La mano derecha de la mujer cogía el brazo de un compañero, un hombre de uniforme. Sólo se veía el hombro, el brazo izquierdo y parte del torso. El resto de la foto estaba quemado, los bordes

ennegrecidos y con restos de ceniza. Pero lo que más le llamó la atención a Volkmann fue el gran brazalete negro en el uniforme de aquel hombre, con la esvástica nazi negra sobre un redondel blanco. Volkmann miró la fotografía durante un buen rato hasta que Sánchez le dijo:
-Déle la vuelta.
Volkmann lo hizo. Había una fecha, en alemán, garrapateada en la esquina superior derecha con tinta azul. "Elfter Juli, 1931." Once de julio de 1931.
Volkmann levantó la mirada, protegiéndose los ojos del sol. Vio que Érica y Sánchez miraban la casa blanca. Después ambos se volvieron hacia él.
-¿Qué significa? -le preguntó Sánchez.
Volkmann le dio la vuelta a la foto medio quemada, volvió a mirar el rostro de aquella mujer joven y rubia, y se formuló la misma pregunta.

TERCERA PARTE

18

Genova, Italia
9 de diciembre

Franco Scali se encontraba junto al ventanal de la oficina portuaria con los dedos agarrotados de sujetar los prismáticos. El María Escobar llevaba dos horas de retraso, y Franco pensó que durante esas dos horas interminables había perdido por lo menos medio kilo de tanto sudar. Pero ahora el barco entraba en el puerto. Un carguero de doce mil toneladas. Un espectáculo soberbio.
-¿Franco...?
Scali bajó los prismáticos y le dedicó una sonrisa a la joven, morena y guapa, que era su secretaria.
-¿ Qué pasa, encanto ?
El hombre agradeció la distracción ahora que por fin había llegado el barco. La chica llevaba puestas unas medias negras y una falda corta de lana negra. Cuando cruzaba las piernas dejaba ver la parte superior de los muslos. Sabía que era una provocación, se burlaba de un hombre desgraciado en su matrimonio y con tres hijos de corta edad. Suspiró para sí mismo. Las mujeres eran así. Unas provocadoras natas.
La pequeña oficina sobre el almacén tenía una magnífica vista panorámica del puerto viejo. Pero era un recinto estrecho y con corrientes de aire, y Franco llevaba un suéter de lana bastante grueso. Tenía calor a pesar de que en el exterior soplaba un viento gélido. Debía de estar muy nervioso, porque la temperatura en la oficina era bastante baja.
La muchacha tiritaba junto a una estufa eléctrica de una sola resistencia que apenas daba calor.
El María Escobar... -respondió la secretaria.
-Qué pasa con el barco?
-La hoja de carga. No te olvides de darme la copia.
-Está abajo en el almacén. No te preocupes, te la daré más tarde, después de que descarguen el Escobar.
La hoja de carga era un formulario que contenía el original y las copias, así que no podía haber errores ni cambios respecto al cargamento del barco.
La muchacha miró a Franco y sus labios sensuales formaron una sonrisa perversa y coqueta. El hombre le devolvió la sonrisa al captar el doble significado que había dado a su respuesta.
-¿A menos, cariño, que la quieras ahora? -Sonrió alegre mientras veía cómo la muchacha intentaba en vano contener la risa.
-Franco... eres un hombre casado.
-Son los mejores. ¿Es que tu madre nunca te lo dijo?
-La copia de la hoja de carga, Franco -insistió la muchacha, con una risita.
-Cuando acabe con el barco.
-De acuerdo, pero no te olvides.
La joven sólo era una secretaria y en cambio Franco, quince años mayor que ella, era el jefe de aduanas. Sin embargo, parecía que la jefa fuera ella. A Franco le divertía. La pobre pensaba que le tenía cogido por los huevos; le enseñaba las tetas y las piernas, le provocaba, le tentaba con las minifaldas, las medias negras, las blusas ajustadas. Pero estaba en un error. Franco era demasiado listo para dejarse enredar. No estaba mal para echarle un polvo, pero aparte de eso... Además, Franco Scali tenía otros planes.
Desvió la mirada de las piernas de la muchacha, que comenzó a limarse las uñas, pintadas de rojo brillante, y miró al María Escobar. Ahora no le hacían falta los prismáticos porque el barco estaba cerca, muy cerca, a sólo cinco minutos del muelle, con el barrio antiguo de Genova a la izquierda, el laberinto de callejuelas que escalaban las laderas abruptas de las estribaciones de los Apeninos.

Franco volvió a mirar a la muchacha y le sonrió. Ella le dedicó una sonrisa sensual. Él le guiñó un ojo, dejó los prismáticos sobre la mesa y se encaminó hacia la puerta.
-Ciao, preciosa. El trabajo me llama.
Bajó las escaleras hasta el almacén, que se hallaba en plena actividad y recogió los papeles del barco en la pequeña oficina acnstalada de la entrada. Soplaba un viento de mar helado. Franco se puso un chaquetón y cruzó en dirección al muelle. Miró hacia la cabina de la gruaq donde esperaba Aldo Celli, le saludó con la mano y después levantó e pulgar. Casi de inmediato escuchó como Aldo ponía en marcha el motor de la grúa. Le llamaban Aldo el Halcón, por la manera que tenía de lanzar el gancho de la grúa sobre los contenedores, como si fueran presas.
Franco miró hacia el agua donde el María Escobar realizaba la maniobra de atraque. Las hélices funcionaban marcha atrás para reducir la velocidad, al tiempo que el buque viraba un poco a estribor, antes de arrimar la popa. Los marineros a bordo y el personal de tierra se preparaban para sujetar las amarras. Miró a su alrededor en busca del oficial de aduanas. No le vio, pero estaba seguro de que aparecería.
Algunas veces los aduaneros sólo comprobaban los precintos, o bien los rompían para mirar la carga de los grandes contenedores de acero y satisfacer así su curiosidad, o sólo como demostración de autoridad. Pero hasta ahora nunca habían pillado a Franco. Siempre había tenido mucho cuidado, y esta vez aún más. Con las ganancias de este trabajo se compraría un coche nuevo, y le quedaría de sobra para gastarlo con las chicas de los bares elegantes cerca de la Piazza della Vittoria, las que cobraban casi un millón de liras por un polvo, pero valía la pena. Además, él necesitaba el dinero. En estos tiempos, tal como estaban las cosas, todo el mundo necesitaba dinero. Hasta su padre decía que todo estaba peor que antes.
Franco se humedeció los labios resecos. La carga estaba bien escondida, se dijo a sí mismo, más tranquilo. El María Escobar se hallaba sólo a unos metros del muelle. Los marineros se disponían a arrojar los cabos, y Aldo esperaba ansioso de poder bajar el gancho. Franco aplastó la colilla contra el suelo de cemento y miró hacia la izquierda. Sintió un temblor nervioso en el pecho. La figura obesa y patosa de Paulo Bone-facio, el oficial de aduanas, avanzaba a paso ligero por el muelle. Paulo, alias La Peste, porque mira que incordiaba y tocaba los huevos con tanto querer revisar los contenedores hasta el último rincón, como si quisiera ganar la medalla al mérito aduanero. ¿Qué cono estaba haciendo aquí? Hoy era su día libre. En la lista aparecía Vincenti, no Bonefacio.
La Peste se unió a él, agitado y sudoroso.
-Ciao, Franco.
-Ciao. ¿Qué le pasa a Vincenti?
Está enfermo. ¿Por qué? ¿Pensabas escaquear faena? Franco se obligó a sonreír. En el Escobar acababan de bajar la pasaba. Notó que la tensión volvía... "Joder, entre tantos cabrones justo me tiene que tocar La Peste..."
Venga, Franco, a ver qué encontramos, ¿eh? Scali tragó saliva con disimulo e intentó mantener la sonrisa.
De acuerdo -respondió.
El aduanero gordo soltó un gruñido y se dirigió al lugar a unos cincuenta metros de distancia de donde Aldo colocaría los contenedores antes de que se los llevaran a los depósitos.
Franco Scali le siguió musitando una plegaria.
Scali observó cómo Aldo Celli hacía girar el brazo de la grúa y sacaba uno de los pesados contenedores metálicos de la bodega del buque como si fuera una caja de cerillas. El que él esperaba, el contenedor azul marcado con tres rayas grises seguía allí abajo. La grúa sólo había depositado cinco contenedores en el muelle. Pero la carga era de cuarenta contenedores, y conociendo a La Peste estaba seguro que los querría revisar todos.
Franco se movió de un lado a otro haciendo ver que trabajaba y, con el trajín, justificar su aspecto sudoroso. Ayudó a los hombres a mover los contenedores a medida que Aldo los sacaba de las bodegas del Escobar, y los depositaba en el muelle. "Señor -pensó Franco-, haz que esto acabe de una vez."

Vio a La Peste repasar la lista de documentos que tenía en las manos. El tipo era incorruptible y se corría de gusto cada vez que encontraba un error en el manifiesto del barco, o contrabando en los contenedores.
No ocurría muy a menudo, pero si La Peste se olía alguna cosa te jugabas el culo. Nadie se atrevía a tomar represalias: el hermano del tipo, Stefano, era inspector de los Carabiniere. Le hacías algo, y todos los polis de Genova se te echaban encima. Naturalmente, Franco intentaba que sus fechorías no coincidieran con la presencia de La Peste. Sólo que a veces no lo conseguía. Como hoy.
Franco maldijo por lo bajo mientras otro contenedor salía de las bodegas. Aldo disfrutaba encerrado en la cabina de la grúa (todavía le faltaba sacar veinticinco más). Mientras tanto, Franco sudaba, sin parar de correr de un lado a otro y de gritar haciendo ver que trabajaba cada vez que una de las enormes cajas metálicas tocaba el suelo. Echó una mirada al oficial de aduanas. El hombre estaba serio; contemplaba la hilera de contenedores y esperaba a que estuvieran todos fuera antes de comenzar su trabajo, como un atleta atento al pistoletazo de salida. -El viento azotó el muelle, y Franco observó de nuevo, cómo Aldo bajaba el gancho de la grúa a las bodegas.
Era el último contenedor. Azul, marcado con tres rayas grises en los costados. El que esperaba Franco. Aldo lo sacó de la bodega y lo depositó en el muelle sin muchos miramientos.
¡Coño... vete con cuidado. Lo que va ahí dentro vale un montón de pasta, imbécil.!
Franco oyó el zumbido final del motor de la grúa. Los hombres gritaron, satisfechos de haber acabado el trabajo, y se quitaron los guantes de cuero. Ahora sólo faltaba que La Peste revisara los contenedores. El aduanero se dirigió adonde se encontraba él, con expresión seria, como si estuviese dispuesto a buscarle las cosquillas.
-Cuarenta contenedores, ¿correcto?
-Sí.
-¿Tienes toda la documentación?
Franco se la entregó. Todos los contenedores llevaban un precinto de aduana correspondiente al último puerto de llamada, o al puerto de origen. El trabajo de Franco consistía en pasar la carga por el control aduanero tan rápido como fuera posible. Encargarse del papeleo, hacer que los contenedores entraran y salieran del puerto con el mínimo de dificultades. "Entrada y salida, el tiempo es oro", como no dejaba de repetirle su jefe. La mayoría de los aduaneros no le ponían ninguna pega, sólo echaban una ojeada para protegerse las espaldas.
Pero La Peste no. Era meticuloso. Y algunas veces utilizaba el plumero, un plumero con una bola de bronce en el mango, para golpear el interior de los grandes cajones de acero. Escuchaba el sonido del golpe y luego el eco, para asegurarse de que no hubieran paredes dobles ni falsos fondos. Eso era lo que más se temía Franco: que La Peste utilizara el plumero.
-Está bien -dijo el aduanero-. Todo parece estar en orden.
-¿Cuántos quieres revisar? -preguntó Franco. Esperaba que ninguno, pero sabía que era mucho pedir. Uno, quizá dos. "Pero por favor, cabrón, no el último, no el número cuarenta."
-Hoy tengo que acabar temprano -contestó La Peste, después de mirar el reloj-. Voy a un bautizo. La mujer de mi hermano, Ste-fano, ha tenido un niño. Soy tío otra vez.
-¡Felicitaciones! -Franco palmeó el hombro de Bonefacio mientras se volvía hacia los hombres que esperaban-. ¡Eh! ¿Qué os parece? Paulo es tío otra vez. La mujer de Stefano acaba de tener un niño.
Los hombres murmuraron sus felicitaciones. La Peste sonrió complacido por los buenos deseos. Se trataba de una buena señal, pensó Franco, algo cojonudo. Quizás era la respuesta a sus plegarias. Tal vez tipo no se ensañaría. Un viento helado recorrió el puerto mientras Franco sonreía.
-Si tienes tiempo -dijo Franco-, te invito a una copa para celebrar. En alguna otra ocasión, Franco. Tengo que estar en la iglesia a las tres.
-Claro, ningún problema.
La Peste consultó los documentos sujetos a la tablilla.
-Haremos... déjame ver... el número tres. El tercero.
-Perfecto -exclamó Franco, contento.
-Y el último. El número cuarenta.

Franco casi se ahogó; hizo todo lo posible por ocultar el miedo, mantener la sonrisa y poner cara de buenos amigos, por no perder la calma, pero notó que le temblaban las piernas.
-Claro...
La Peste se volvió hacia los contenedores dispuestos en cuatro hileras de diez, antes de mirar el rostro descompuesto de Franco.
-¿Qué pasa, Franco? Estás pálido. ¿Te encuentras bien?
Franco notó un puño helado en las tripas, se frotó el estómago y esbozó una sonrisa.
-Mi mujer hizo pasta carbonara para la cena. No tenía muy buen sabor.
El aduanero sonrió comprensivo y caminó a paso rápido hacia la primera hilera de contenedores.
Franco sudaba como un cerdo. "Venga, tío, acaba de una vez. Termina con toda esta comedia." La Peste había revisado el contenedor número tres sin problemas. El contenido concordaba con el manifiesto de carga.
Ahora se encontraban delante del último contenedor, el número cuarenta. Franco intentó controlar el pánico mientras Bonefacio cortaba el precinto y se apartaba para que dos trabajadores abrieran las puertas.
"Por lo que más quieras, no utilices el plumero, tío... no utilices el plumero de mierda."
-¿Cuál es el puerto de origen? -preguntó el aduanero.
-Casablanca.
La Peste consultó los documentos. Sacudió la cabeza.
-No, no es ése.
Franco se acercó para mirar los documentos por encima del hombro del funcionario.
-Ah, sí... lo había olvidado, es...
-Montevideo -le corrigió La Peste-. Casablanca fue el primer puerto de llamada.
-Sí, Montevideo.
Los contenedores procedentes de América del Sur casi siempre despertaban sospechas entre los aduaneros. Las drogas eran su obsesión. Franco, bañado en sudor, se acercó a la puerta del contenedor; veintiséis cajas, veintiséis entre grandes y pequeñas, pero todavía quedaba espacio; no estaba lleno.
-¿Qué dice el manifiesto? -preguntó La Peste que, sin esperar la respuesta, consultó el documento-. Veintiséis cajas. Todas con piezas de maquinaría, excepto una con suministros médicos. De acuerdo, echemos un vistazo.
Entraron en el contenedor y Franco le vio sacar una linterna del bolsillo. Bonefacio la encendió, contó las cajas, comprobó que todas tuvieran los precintos intactos y soltó un gruñido de satisfacción mientras marcaba con una cruz una de las entradas del formulario. De pronto, levantó la cabeza y husmeó el aire.
-¿No hueles a algo raro?
-No huelo nada -contestó Franco, después de olfatear el aire.
-Los suministros médicos... ¿Qué caja?
Franco se puso a buscarla sudando la gota gorda. Se enjugó la frente con el dorso de la mano.
-Creo que esta allí-dijo Franco.
La Peste se acercó a una caja que había colocada encima de otra, la cogió, la olió y después la dejó a un lado.
-No le pasa nada.
Franco casi gritó de alivio. Pero el aduanero no guardó la linterna. Metió la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta y sacó el famoso plumero. "¡No, cabrón... el maldito plumero, no!" Franco observó horrorizado cómo cogía el mango de bronce entre sus dedos rechonchos y le sonrió.
-Sólo un par de golpecitos de la suerte.
Franco le devolvió la sonrisa; intentó disimular mientras observaba inquieto cómo La Peste recorría el contenedor. Golpeaba una pared, esperaba, volvía a golpear, con el oído atento al segundo sonido; los comparaba como si fuera un afinador de pianos. Cuando se acercó a la pared derecha, Franco notó que el corazón se le había desbocado. Los latidos parecían martillazos en las orejas, en el pecho, y hasta en la yema de los dedos.
"Cono, no... la pared derecha no."

El plumero continuó golpeando.
Tap... tap... tap...
Tap... tap... tap...
La Peste se quedó inmóvil.
Franco vio que el hombre apenas movía la cabeza hacia la derecha. ¡Mierda! La ha encontrado... ¡el muy capullo la ha encontrado! Franco tuvo ganas de echarse a llorar, sintió que la sangre se le helaba en las venas, cuando La Peste volvió a golpear en el mismo punto.
iap... tap... tap... El puño de bronce golpeó la parte inferior derecha cerca del fondo del contenedor. Incluso Franco escuchó la pequeña diferencia de sonido, una cosa de nada.
Tap... tap... tap...
Franco estaba a punto de vomitar. La Peste golpeaba a menos de un metro del compartimiento secreto y después en otra parte de la pared, y comparaba los dos sonidos. Había una pequeña pero muy clara diferencia entre los dos.
-Eh, Franco.
Franco miró al aduanero con el corazón en la boca.
-¿Sí...? -Su voz sonó como un graznido.
La Peste le miró en la penumbra del contenedor, con la linterna puntada hacia el suelo.
-¿Tienes hora? -preguntó.
-¿Qué...?
-La hora... ¿qué hora es?
-Las dos... las dos y media -tartamudeó Franco casi sin ver los números del reloj de tanto que le temblaban los brazos.
-Tengo que llamar a mi hermano a la comisaría. ¿Te molesta si aso tu teléfono? -Franco sacudió la cabeza atontado. Si la linterna le hubiera iluminado el rostro, La Peste hubiera visto que estaba lívido.
-¿Qué... qué pasa...? -susurró Franco.
-Mi reloj... se ha parado. -La Peste golpeó con la uña el cristal del reloj-. Eso es lo que pasa. Llegaré tarde al bautizo. Venga, vamonos.
A Franco se le escapó un suspiro que sonó como una ráfaga de viento. La Peste le oyó y alumbró el rostro de Franco con la linterna.
-Eh... Tienes cara de enfermo, Franco. ¿Estás bien?
Franco soltó un eructo nervioso y sonrió con aire inocente.
-Debe de ser la pasta.
Estaba oscuro, eran casi las seis de la tarde cuando Franco salió del almacén y cruzó la explanada del muelle hacia los contenedores. Llevaba una linterna, un destornillador y unas cuantas cosas que necesitaba: las cosas que ocultaba en su taquilla.
Los trabajadores se habían marchado a las cuatro y la secretaria una hora más tarde. Franco estaba solo. No se esperaba la llegada de otro barco a este muelle hasta la medianoche, y no había nadie a la vista; el personal que debía de completar la descarga del Marta Escobar estaba en su hora de descanso. Franco había retrasado adrede la descarga, para disponer del tiempo que necesitaba y así poder acabar su trabajo.
Echó una mirada por encima del hombro. El almacén estaba iluminado; no vio al guardia de seguridad, estaría por el fondo leyendo el periódico. Franco tenía aparcado el Fiat blanco delante del almacén. A cien metros a la derecha se encontraba el edificio de dos plantas de la Aduana. Las luces estaban apagadas pero se veía un reflejo azul en el interior. Los tipos del turno de la noche estaban mirando la televisión.
Habían pasado más de tres horas pero Franco seguía con el susto. Hoy casi le habían pillado, se había salvado de milagro. Volvió a mirar la explanada para asegurarse de que no había nadie. Había dejado de soplar el viento helado. Caminó deprisa hasta el contenedor con las tres rayas grises, se arrodilló en el lado derecho, encendió la linterna y la dejó en el suelo.
Las tres rayas grises formaban bandas por los cuatro costados; tenían el ancho de la muñeca de Franco, y estaban separadas por una distancia de veinticinco centímetros entre sí. Sacó el destornillador y lo

dejó a un lado. Cogió la linterna e iluminó las rayas al tiempo que pasaba con mucho cuidado las yemas de los dedos por encima de ellas, en el lugar donde estaba el compartimiento secreto.
Tardó unos segundos en encontrar lo que buscaba. Una pequeña hendidura en el metal, del tamaño de una uña. Era la marca para Franco. A diez centímetros a la izquierda, imperceptible para cualquier mirada curiosa, estaba el primer tornillo. En total, había cuatro tornillos que sujetaban la plancha de metal con las cabezas embutidas y tapadas con masilla pintada de un gris idéntico al de las rayas. "Una idea muy inteligente", pensó Franco.
Cogió el destornillador, quitó la masilla seca, destornilló los cuatro tornillos y los dejó en el suelo bien a la vista, antes de retirar la plancha de cincuenta centímetros de alto. Buen trabajo. Incluso mirando muy de cerca nadie hubiera notado el corte en el metal. Sujetó la plancha y la colocó en el suelo con mucho cuidado para que no hiciera ruido.
Franco alumbró el interior del agujero y vio la caja metálica sujeta con dos grapas de acero a la pared del contenedor. Destornilló una de las grapas, mientras que con la mano libre aguantaba la caja en esa posición. Cogió la caja y tiró de ella. La caja medía unos veinticinco por veinticinco centímetros, pero era tan pesada que Franco tuvo que encorvar la espalda para sacarla. La dejó en el suelo.
Tardó menos de dos minutos en colocar la tapa falsa y los cuatro tornillos en su sitio. Luego sacó del bolsillo las cosas que había ocultado en la taquilla envueltas en un trapo sucio: una bola de masilla blanda, un pincel y un bote muy pequeño de pintura gris. Rellenó los huecos de las cabezas de los tornillos con la masilla y después la pintó gris. Examinó el resultado a la luz de la linterna. Perfecto.
Los tornillos habían desaparecido de nuevo; la pintura gris que había utilizado Franco era idéntica a la de las rayas. Satisfecho, recogió sus cosas, se las guardó en el bolsillo y apagó la linterna.
Levantó la caja de metal. "Joder, cómo pesa." Se preguntó qué contendría. Quizás oro a juzgar por el peso. Pesaba como todas las demás pero era mucho más pequeña. Y esta vez habían utilizado un contenedor diferente.
Sin embargo no era cosa suya saber qué contrabandeaban aquellos alemanes. Lo importante era cobrar. Franco se pasó la palma de la mano por la frente. Estaba empapado de sudor. Miró la hora. Las seis y diez. Echó una mirada a los muelles. Todo tranquilo, desierto. El rayo de luz de la Lanterna, el faro viejo del puerto, atravesó la oscuridad. Sujetando con fuerza la pesada caja con las dos manos, cruzó la explanada en dirección al Fiat blanco aparcado delante del almacén.
Llovía cuando aparcó el coche delante del bar en la Via Balbi. Franco vio al hombre en cuanto entró- Un joven rubio, de labios finos, sentado solo en la barra. Tenía unos veintitantos años, llevaba gafas, y el impermeable abierto dejaba ver su traje gris. Miró a Franco, se quitó las gafas y las limpió con un pañuelo.
Franco pidió un vaso de vino, encendió un cigarrillo. Era la contraseña en respuesta a la acción del rubio. Ningún problema, tenía la caja. El joven pagó la consumición y salió del bar, sin mirar a Franco cuando pasó a su lado. Franco esperó un par de minutos, se bebió el vino, apagó el cigarrillo, pagó al camarero y abandonó el local. Subió al coche, y giró en la primera esquina para ir a un aparcamiento desierto delante del Banco dTtalia donde le esperaba un Fiat oscuro. El hombre rubio estaba al volante acompañado por un pasajero cuyo rostro quedaba medio oculto entre las sombras. Scali bajó el cristal de a ventanilla y el rubio le imitó. Había amainado la lluvia.
-¿Tiene la carga? -preguntó el hombre en un italiano correcto.
-Sí. ¿Y usted el dinero?
-Aquí está. Cuéntelo si quiere. -El joven le entregó un sobre grande-. Pero dése prisa.
Franco asintió. Cogió el sobre y encendió la linterna. En el sobre habia diez fajos de billetes de diez mil liras nuevos. Los contó.
-La caja -dijo el hombre.
Franco metió la mano debajo del tablero de mandos, apretó un botón y el tablero se abrió hacia él. Era su escondite secreto, lo había hecho él mismo y resultaba casi imposible de descubrir. La caja cabía justa. La sacó y se la pasó al hombre a través de la ventanilla. Pesaba tanto que Franco tuvo que apoyarse en el marco. El rubio se la paso con mucho cuidado a su acompañante.
-No se olvide de nuestro arreglo -le recomendó el rubio a Franco--• Avísenos si surge algún problema o le hacen preguntas.

-¿Éste era el último?
-Sí.
-Bien.
El joven se volvió bruscamente hacia Franco, al captar un tono particular en la voz del italiano.
-¿Por qué? ¿Algún problema?
-No. Pero pudo haberlo. El aduanero de hoy... Miró a fondo, ¿me comprende?
-Pero no encontró nada -afirmó el joven con un poco de pánico-. ¿Sospechó alguna cosa?
-¿Cree que estaría aquí? -Franco sacudió la cabeza-. No... Se acabó el contrabando. De ahora en adelante sólo haré mi trabajo. En el futuro, si necesitan pasar alguna cosa, no me llamen, ¿de acuerdo?
-Pienso que es una decisión sabia -comentó el rubio.
Franco arrancó el coche y mientras se ponía en marcha le respondió:
-Yo también, amigo. Ciao.

19
Estrasburgo
Viernes, 9 de diciembre
Volkmann y Érica aterrizaron en Francfort casi al mediodía a causa del retraso que había sufrido el vuelo desde Asunción a Madrid. Llegaron al apartamento de él tres horas más tarde, y Volkmann se marchó inmediatamente a su oficina. Redactó un informe preliminar, y dejó una copia en el casillero de Ferguson junto con una nota avisándole de que volvería al día siguiente antes del mediodía.
A las cinco cenó temprano con Érica en un restaurante pequeño cerca de Quai Ernest, y regresaron a pie al apartamento. Después de deshacer las maletas, Volkmann preparó la habitación de los invitados y sirvió dos copas de coñac.
La muchacha parecía estar agotada. La tarde anterior, Sánchez les había llevado a un cementerio pequeño a las afueras de la ciudad. No había ni una nube en el cielo, el calor era insoportable, y Volkmann y el policía habían esperado a la sombra de un Jacarandá mientras Érica rezaba una oración ante la tumba de Rudi Hernández.
Más tarde, Sánchez les llevó a la casa de La Chacarita donde habían aparecido los cadáveres, y se entrevistaron durante unos minutos con Mendoza y Torres, pero ninguno de los dos aportó nada nuevo a sus declaraciones anteriores. A última hora de la tarde visitaron la residencia de Tsarkin, y Volkmann vio los jardines bien cuidados, las pineras, la caja fuerte abierta en el estudio, y los suelos de mármol que resonaban mientras recorrían las habitaciones alumbradas con candelabros de cristal. Los agentes de Sánchez habían vuelto a registrar la casa de arriba abajo, sin encontrar nada importante.
En el aeropuerto, Sánchez le prometió a Volkmann que enviaría un informe con los antecedentes de Tsarkin a Estrasburgo lo antes posible. Sus hombres todavía escarbaban en los archivos de la oficina de Inmigración.
"Espero tener alguna información dentro de las próximas veinticuatro horas", les dijo Sánchez mientras les acompañaba hasta la puerta de embarque. Érica Kranz le dio las gracias por su ayuda, y el capitán se lo agradeció con una sonrisa. Al despedirse, le dijo a Volkmann: "Cuide de ella, amigo. Cuídese usted también. Buena suerte."
En el vuelo de regreso Érica le había preguntado por qué su gente tenía tanto interés por Winter; cuando él se lo dijo, la joven no hizo ningún comentario. Asintió y después se puso a mirar a través de la ventanilla.
Érica había aceptado ir al apartamento de Volkmann cuando él le dijo que Ferguson necesitaría hablar con ella y que resultaría más sencillo para todos que se alojara allí en lugar de un hotel.
Cuando Érica se fue a dormir porque no se aguantaba de pie, Volkmann se sirvió otro coñac. Era de noche y a través de la ventana podía ver la torre de la catedral gótica iluminada. En Estrasburgo no hacía calor, y un viento helado sacudía los cristales de las ventanas.
Mientras se bebía el coñac, con los músculos doloridos por el cansancio, Volkmann oyó cómo la muchacha se movía inquieta en la cama. Pensó en el calor y en la selva donde habían estado hacía tan sólo veinticuatro horas, en la casa blanca y en la fotografía de una mujer tomada hacia tanto tiempo.

Se preguntó qué sacarían en limpio Ferguson y Peters de todo esto.
Los tres hombres permanecían callados en el despacho caldeado. Peters y Volkmann sentados frente al escritorio de Ferguson. Junto a él, el magnetófono estaba en marcha. Cuando acabaron de escuchar la grabación, Ferguson apagó el aparato y sacudió la cabeza.
Había oído varias veces seguidas la misma frase. "Sie werden alie umgebracht. Los matarán a todos". La reprodujo una y otra vez hasta asegurarse de que no había error posible; escuchó la voz suave pero inconfundible del interlocutor.
Sobre el escritorio había tres fotografías, tres copias hechas por la policía de Asunción; las miró con interés. Los rostros que acompañaban la historia. Una era la de Dieter Winter y el hombre mayor llamado Nicolás Tsarkin, sacada con teleobjetivo. Otra de Tsarkin, la cabeza y los hombros; parecía una foto de pasaporte. Mirada dura, labios finos y una expresión reservada. La tercera era una copia en blanco y negro de la mujer que, con la mano derecha, tomaba el brazo de un hombre. El brazalete nazi era una curiosidad interesante, pensó Ferguson.
Se acomodó las gafas, cogió la foto de la mujer y la observó atentamente- Había una nota de Volkmann, enganchada con un clip a la con un clip a la copia donde consignaba la fecha que había escrita en el dorso de la fotografía original. Ferguson había copiado la fecha a lápiz al final del informe de Volkmann. Once de julio de 1931. También había marcado con asteriscos y signos de interrogación todos aquellos puntos que necesitaba aclarar.
Ferguson echó otra ojeada al informe. Era una lectura muy interesante. Volkmann no se había ahorrado detalles en describir la escena vivida en la casa remota en el Chaco. Después miró a Volkmann.

Los restos de la hoguera... ¿dice usted que los analizaron?

Volkmann echó el cuerpo hacia delante en la silla. Parecía cansado, pero se mantenía alerta.
-La gente de Sánchez hizo un análisis preliminar de los restos -respondió-. En su mayoría eran papeles y fotografías, mezclados con maderas y cartones. Pero también restos de comida. Alimentos envasados. No había nada en la casa ni en los edificios anexos. -Volkmann sacudió la cabeza-. Nunca había visto nada semejante, señor. Todo parecía estar desinfectado. Como si los ocupantes hubieran barrido y lavado a fondo hasta el último rincón.
Ferguson hizo una pausa antes de hablar. Miró primero a través de la ventana y después a sus subordinados.
-Por el momento olvidemos la casa del Chaco y volvamos a la pregunta importante: ¿dónde está la conexión con Winter ?¿ Qué tiene que ver todo esto con su asesinato?
-¿Puedo hacer una sugerencia, señor? -intervino Peters.
-Desde luego -dijo Ferguson esbozando una sonrisa.
-El informe del tiroteo en Berlín decía que la munición utilizada era de fabricación suramÉricana. Sabemos que Winter estuvo en Suramérica. Ocho veces.
-Adelante -le animó Ferguson.
-Sabemos que la munición utilizada tanto en el asesinato de Winter como en el del empresario hace un año en Hamburgo, proceden del mismo lugar. También sabemos que muchos grupos terroristas reciben sus suministros de Suramérica desde que los rusos dejaron de abastecerlos. -Peters dudó por un momento, miró a Volkmann-. A su vez, no hay que olvidar las cargas transportadas a Montevideo, esde luego, las posibilidades son numerosas, señor. Pero podría transe tranquilamente de armas y municiones. Esta razón justificaría los viajes de Winter a Suramérica.
Ferguson suspiró, se puso de pie y se acercó a la ventana.
-Plausible, sí. Pero no deja de ser una especulación. Y me temo que no explica por qué asesinaron a Winter en Berlín. -Ferguson se volvió; miró a Volkmann con una ceja enarcada.
-¿Qué cree que contenían las cargas, Joseph?
-Es difícil saberlo, señor -contestó Volkmann-. Armas o drogas, sería lo más lógico. O quizá metales preciosos. Pero si eran drogas lo que Rodríguez transportaba para esa gente, entonces la casa del Chaco no se utilizó. Los productos químicos que se emplean en el refinamiento habrían dejado rastros. -Volkmann sacudió la cabeza-. Pero no había ningún rastro de productos químicos ni de drogas en la propiedad. -Volkmann miró a Peters-. Lo que dice Tom es posible, señor. Pero no hay ninguna prueba que lo demuestre.

-¿Qué me dice de los terrenos de la finca? ¿Los inspeccionaron?
-Sánchez hizo que los policías locales rastrearan la zona en un radio de tres kilómetros. Encontraron un campo que podía servir como pista de aterrizaje a unos dos kilómetros de la casa. Había huellas de neumáticos y manchas de aceite. Nada más. Podría ser el lugar donde aterrizó Rodríguez.
-¿Registraron el avión de Rodríguez en busca de rastros de drogas?
-La policía de Asunción incautó el aparato. Los expertos del laboratorio lo inspeccionaron.
-¿Y?
-Encontraron unos restos minúsculos de cocaína en la bodega. -Volkmann sacudió la cabeza mientras miraba a Ferguson-. Pero no demuestra nada. Según Sánchez, Rodríguez pudo haber hecho docenas de viajes para otros clientes transportando droga.
Ferguson suspiró y, a paso lento, fue hasta su mesa para recoger una carpeta. En el interior estaban el original y dos copias del informe que le habían enviado por fax desde Asunción una hora antes. No se lo había enseñado antes a sus subordinados porque le había interesado discutir primero el informe de Volkmann. Abrió la carpeta y sacó las hojas.
-Recibí este informe de Paraguay hace una hora. Está en inglés. Quizá convenga que lo lean antes de seguir adelante. Hay una copia para cada uno. Me temo que más que aclarar el misterio, lo complica..Ferguson les entregó las copias del informe confidencial, el informe que había prometido Sánchez. Volkmann cogió las tres hojas, les echó una hojeada y comenzó la lectura.
Para: Director, DSE británica.
De: Capitán Vellares Sánchez. Policía Civil, Paraguay.
Tema: Visita de su agente, J. Volkmann, y su investigación.
Calificación: Altamente confidencial.
Efectuadas las investigaciones pertinentes se han obtenido los siguientes datos:
1) La finca en el Chaco que visitó su agente ocupa una exten
sión de doscientas hectáreas. Fue adquirida y escriturada a nombre
de Erhard Schmeltz en diciembre de 1931, un mes después de la
llegada a Paraguay del señor Schmeltz, su esposa, Inge, y su hijo
Karl. Según los datos del registro, Erhard Schmeltz nació en Ham-
burgo en 1880, y su esposa en 1881. En la tarjeta de inmigración
consta que Schmeltz sirvió en las filas del ejército alemán durante
la Primera Guerra Mundial. A su llegada a Paraguay declaró que
disponía de un capital de cinco mil dólares estadounidenses.
La finca en el Chaco fue la primera de las muchas que el señor Schmeltz compró en Paraguay, a partir de diciembre de 1931, aunque las otras no estaban en la misma región. La finca en el Chaco se utilizó en la explotación de madera de quebracho hasta 1949. El señor Erhard Schmeltz murió en un accidente de automóvil ocurrido en Asunción en 1943.
Los archivos policiales revelan que, de diciembre de 1931 a enero de 1933, recibió grandes sumas de dinero desde Alemania. A partir de febrero de 1933 en adelante, le enviaron el dinero a Asunción, cada seis meses, mediante un giro del banco central alemán; los giros eran de cinco mil dólares. A la muerte de Schmeltz, los enviaron a nombre de su esposa. El último corresponde a febrero de 1945.
A pesar de las investigaciones, que continuarán, no tenemos más información de los últimos ocupantes de la finca en el Chaco. La viuda del señor Schmeltz falleció en 1949. En el registro de la propiedad figura como nuevo propietario el hijo de Schmeltz, Karl, nacido en Alemania en julio de 1931. No figura ningún pueblo o ciudad en la tarjeta de inmigración, ni hay fotos de Karl Schmeltz. Se desconoce su actual paradero.
2) Respecto al señor Nicolás Tsarkin, la información disponi
ble es la siguiente:
El señor Nicolás Tsarkin llegó a Asunción procedente de Río de Janeiro el 8 de noviembre de 1946, y solicitó la nacionalidad paraguaya dos días después.
En la solicitud figura que nació en Riga, Letonia, en 1911. A su llegada a Paraguay en 1946 disponía de la considerable suma de veinte mil dólares. El señor Tsarkin se describió a sí mismo como un empresario y refugiado de guerra. Se le concedió la ciudadanía Paraguaya una semana después de solicitarla.

Para su información, le aclaro que en aquellos años se utilizaban dos tipos de formularios para la petición de la nacionalidad: uno para el registro civil y el otro para los archivos de la dirección de seguridad, en el que constaba información de carácter más confidencial. Al acabar la guerra fueron muchos los refugiados que vinieron a Paraguay desde Europa, y el Gobierno paraguayo de la época era pro nazi; en consecuencia se admitió a muchos ex nazis, sobre todo a los que tenían oro o divisas. Según la influencia y el poder económico del sujeto, a algunos se les daba una nueva identidad y la nacionalidad.
En el caso del señor Nicolás Tsarkin, existe un expediente de la dirección de seguridad. Lo he visto pero no se permite sacar una copia. No obstante, figuran los siguientes datos:
a) Nicolás Tsarkin no nació en Riga sino en Berlín, en 1911.
b) El verdadero nombre de Tsarkin era Heinrich Reimer.
c) Tenía el grado de mayor en la división Leibstandarte SS al
finalizar la guerra en 1945.
d) Según fuentes fiables que se citan en el expediente, Tsarkin
era el responsable de diversos crímenes de guerra en el frente ruso
y aliado, y era buscado por Us autoridades rusas y aliadas. Sin em
bargo, Tsarkin jamás cometió ni la más mínima falta durante el
tiempo que vivió en Paraguay, y nunca se presentó ninguna solici
tud de extradición. Al parecer fue un gran hombre de negocios y
supo ocultar su pasado a la perfección.
Tsarkin prosperó en este país. Creó varias empresas de importación de maquinaria agrícola y recambios. También compró fincas en el interior destinadas a la cría de ganado para el consumo. Era soltero. No se ha descubierto ningún tipo de relación de negocios entre Tsarkin y la finca de Schmeltz. La compañía matriz de Tsarkin fue vendida hace seis meses a un paraguayo nativo.
3) Continúa la investigación de las tarjetas de inmigración en
viadas por los puestos fronterizos, pero no se ha encontrado hasta el
momento ninguna a nombre del señor Dieter Winter aparte de las
ya conocidas.
4) Otro detalle interesante. La estación de radar militar de Ba
hía Negra en el noreste del Chaco registró un vuelo no identifi
cado que se supone de una avioneta o un helicóptero, poco des
pués de nuestra llegada a la finca. El aparato no identificado provenía
del noreste y volaba rumbo a la frontera brasileña en dirección a
Corumba. Después se perdió el contacto. Se ha solicitado más in
formación.
FINAL
SÁNCHEZ

Volkmann miró a los demás. No se había dado cuenta de que Ferguson se encontraba de nuevo junto a la ventana. Tom Peters había acabado de leer el informe y meneaba la cabeza.
Ferguson le miró.
-Como he dicho -afirmó Ferguson-, se ahonda el misterio, ¿no es así?
-¿Cree que la muerte de Winter está relacionada con todo esto? --preguntó Peters, que miró primero a Ferguson y después a Volkmann-. ¿Con la fotografía de la mujer? ¿Con lo que le pasó al periodista y a aquella muchacha?
-Es posible -respondió Ferguson, sin comprometerse.
Volkmann permaneció en silencio, con la mirada puesta más allá de la ventana. El cielo estaba encapotado y hacía frío, amenazaba nieve. Miró a Ferguson y vio que su jefe estudiaba la foto de la mujer rubia. Al cabo de unos segundos, Ferguson se dirigió a Volkmann.
-Usted dijo que Tsarkin alquiló la suite.
-Ésa y todas las suites ocupadas por Winter en los dos últimos años durante sus visitas a Paraguay. -Volkmann sacudió la cabeza-. Pero eso no nos dice nada, señor. Excepto que quizá Reimer se ocupaba de organizar las cosas para esa gente.

-Mandaré una copia del casete al laboratorio de idiomas de Bea-consfield para que lo analicen -dijo Ferguson-. No creo que nos puedan decir gran cosa a partir de la sintaxis y del acento de las voces, aparte de la edad aproximada de los interlocutores y la región donde nacieron. Pero quizá nos dé alguna pista. Porque estamos absolutamente perdidos. -Hizo una pausa, miró hacia la ventana y después a sus hombres-. En cualquier caso, existe una vinculación muy tenue pero curiosa. ¿Se han fijado en ella, caballeros? -Ferguson vio que los dos hombres le miraban atentos. Levantó la foto de la mujer rubia-. Este hombre, Erhard Schmeltz, el que menciona el informe. Comenzó a recibir el dinero de Alemania y del banco central nazi el mismo año que sacaron la foto, si es que podemos creer en la fecha que figura al dorso. -Ferguson hizo una pausa, con una expresión perpleja en su rostro cetrino, mientras dejaba la foto sobre el expediente-. Erhard Schmeltz es un personaje curioso. Llega a Paraguay en 1931 procedente de una Alemania en plena depresión con cinco mil dólares en el bolsillo.
Volkmann miró a Ferguson. Había una frase en el informe de Sánchez que le preocupaba, otra conexión entre Tsarkin y el padre de Érica Kranz, y pensó que los otros también se habían dado cuenta, aunque por ahora no habían dicho nada.
-¿Qué dijo Hollrich cuando le mostró el informe? -preguntó Volkmann.
-No se lo he enseñado -contestó Ferguson-. Con todas estas dudas sobre si seguirá o no la DSE, no sé hasta qué punto los alemanes se dedicarían a investigarlo. El expediente podría acabar criando polvo. Además, la pelota está en nuestro campo.
-¿Qué quiere que haga, señor?
-El embarque que se menciona en la grabación -contestó Ferguson, después de pensar un momento-, puede estar conectado con el italiano que citan. Quizá valga la pena pedir a la sección italiana que controlen la llegada de cargas procedentes de Montevideo después del día veinticinco. Pero como no podemos concretar nada más, me temo que no tendrá éxito. -Ferguson titubeó-. ¿A alguien se le ocurre otra sugerencia?
-Érica -propuso Volkmann-. Quizá conoció a algunos estudiantes amigos de Winter en Heidelberg. Gente de la misma facultad que se relacionaran con él.
-Se podría probar -replicó Ferguson.
-¿Quiere que vaya solo? -preguntó Volkmann.
-Por ahora, sí. Llévese a esa joven si ella no tiene inconveniente, quizá pueda ayudarle... acudiendo a sus contactos en la universidad. Dada su condición de periodista será mejor que le explique que esto todavía es un asunto de máxima seguridad. Y si necesita ayuda, avíseme.
-Las fotos, señor -dijo Volkmann, mientras se ponía de pie-. Necesitaré copias.
-Desde luego. Pediré al laboratorio que las haga.
-¿Qué hacemos con Erhard Schmeltz?
-¿Qué pasa con él?
-¿No podríamos investigar sus antecedentes? Quizás encontremos algo. El hecho de que recibía giros del banco central alemán tal vez nos dé una pista sobre los ocupantes de la casa.
-Muy bien -dijo Ferguson-. Tom se encargará de llamar al Centro de Documentación Estadounidense de Berlín. Schmeltz abandonó Alemania antes de que los nazis llegaran al poder. Pero ¿quién sabe? Tal vez ese asunto del banco central revele que era miembro del partido nazi, y en el Centro tengan su expediente. También pediré información sobre Reimer alias Tsarkin, para confirmar el mensaje de Asunción. Si lo que dice ese tipo Sánchez es cierto, tendrán su expediente. Leibstandarte SS. La misma división que el padre de la muchacha, si no recuerdo mal. ¿Se ha fijado, Volkmann?
-Sí, señor.
-Otro detalle curioso. ¿Confía en ella?
-¿En qué sentido?
-Pues por el hecho de que conociera a Winter en la universidad, y
que su padre y Reimer estuvieran en la misma división de la SS. Puedo aceptar una coincidencia, pero dos son demasiadas. Y todavía hay una tercera.
-¿A qué se refiere, señor?
-Ha estado en Suramérica y conocía al periodista. ¿Piensa que nos ha dicho todo lo que sabe?
-No sabría decirle, señor -respondió Volkmann después de pensarlo un momento.

Ferguson asintió para indicar que la reunión había concluido.
-Muy bien -dijo-. Por el momento, dejaremos las cosas tal como están. Buena suerte, Joseph. Manténgase en contacto para que pueda informarle si llega alguna cosa de Asunción. -Ferguson miró a Volkmann hasta que salió del despacho. En cuanto se cerró la puerta, se volvió hacia Peters-. ¿Cree que será capaz de manejarlo?
-¿Señor?
-Ya sabe que a Volkmann le desagradan los alemanes.
Peters se encogió de hombros.
-¿Prefiere que me encargue yo del tema? -preguntó.
-No. Volkmann tiene experiencia y domina el idioma. Creo que por ahora lo dejaremos en sus manos. Por cierto, la chica se aloja en su casa.
-¿Cómo es eso? -quiso saber Peters, extrañado.
-Es decisión de Volkmann. -Ferguson sonrió-. Una de dos. O ha moderado su actitud, o es que no se fía y quiere tenerla cerca.
-¿Quiere decir que oculta alguna cosa? ¿Que no nos lo ha contado todo?
-Es lo que pienso. Todavía queda por aclarar por qué nos buscó a nosotros. Por qué insistió en tratar sólo con la DSE y no con la Bundespolizei. -Ferguson vaciló-. Hay algo que no encaja, Tom. Y no me gusta. -Miró a Peters-. Por cierto, ¿qué aspecto tiene?
-¿La muchacha? Es una preciosidad. Tiene un cuerpo que volvería loco al más pintado.
-Eso es todo por ahora, Tom -añadió Ferguson con una sonrisa.
-Sí, señor.
Volkmann y Érica eran los únicos comensales del restaurante Oriental en Petite France. La joven llevaba el pelo suelto y se había maquilado. Vestía un suéter azul claro, falda negra y medias de seda. Tenían un camarero para ellos solos que les prestó toda su atención. Filete Poco hecho y verduras. Una botella de Sauterne, helado.
Volkmann le habló del informe de Sánchez, después de avisarle que era confidencial. Observó su rostro mientras le explicaba el pasado de Tsarkin y del propietario de la finca del Chaco, y las averiguaciones que estaban en marcha sobre los antecedentes de Schmeltz v Reimer. Érica le miró extrañada y luego frunció el entrecejo.
-Pero el contacto del Reichsbank con Erhard Schmeltz ocurrió hace muchos años -afirmó la joven.
-Hay que investigarlo de todos modos. El hecho de que la fecha en el dorso de la foto y los primeros giros enviados a Schmeltz correspondan al mismo año, puede tener alguna relación. Además, quizá nos diga alguna cosa sobre el hijo de Schmeltz. Porque aparte del nombre, no tenemos nada más.
-No lo entiendo -dijo Érica, al tiempo que dejaba la copa sobre la mesa-. ¿Es que se conservan los archivos de aquella época?
Volkmann le explicó que para averiguar los antecedentes de alguien como Reimer, había que acudir a las dos agencias en Alemania que guardaban los archivos de los antiguos nazis y miembros de la SS. La primera era el Centro de Documentación Estadounidense que funcionaba en Zehlendorf, Berlín. Se trataba de una institución estadounidense financiada por el Gobierno alemán donde se conservaban los documentos del partido nazi. En 1945, las tropas estadounidenses confiscaron casi todos los expedientes personales de los miembros del partido nazi, de la SS y de sus organizaciones en diversos lugares de Alemania. Estos documentos, junto con otros, fueron depositados en cámaras acorazadas subterráneas en Berlín, para su consulta durante los juicios a criminales de guerra y para saber qué ciudadanos del Tercer Reich habían pertenecido al partido nazi mientras se realizaba el proceso de desnazificación.
La segunda agencia era responsabilidad exclusiva del Gobierno alemán. Se la conocía con el nombre de Comisión Z, y estaba ubicada en la pequeña localidad de Ludwigsburg en Württemberg. Su personal constaba de un pequeño número de agentes y fiscales cuya función era investigar, y, en caso necesario, ejercer la acusación contra criminales de guerra. Mientras que el Centro sólo cumplía las funciones de archivo de la documentación del partido nazi y la SS, la Comisión Z se había dedicado a perseguir y capturar a los nazis y SS culpables de crímenes de guerra y matanzas; la mayoría de sus informes eran copias de los expedientes guardados en Berlín. Sin embargo, a la vista de que muchos de los perseguidos

por crímenes de guerra estaban muertos, habían sido juzgados, o bien, conseguido ocultar su pasado con éxito, el Gobierno redujo poco a poco el presupuesto y la Comisión Z estuvo a punto de desaparecer. Volkmann miró a la muchacha.
-Así que los expedientes de la mayoría de los antiguos nazis y SS o bien se guardan en Ludwigsburg o en Berlín -dijo-, pero como Berlín tiene los documentos originales es allí donde hay que acudir.
-Quizás no tengan el expediente de Erhard Schmeltz porque se marchó de Alemania antes de que los nazis subieran al poder en 1933, pero vale la pena intentarlo.
La joven dudó, volvió la cabeza en otra dirección y después miró de nuevo a Volkmann.
-El avión que Sánchez mencionó en el informe. ¿Pueden averi
guar dónde aterrizó?
- Si no fue en algún aeropuerto regular, lo dudo. Además, quizás era un helicóptero. En ese caso puede haber aterrizado en cualquier claro lo bastante grande. Y otra cosa más; estamos dando por sentado que sr trataba de la gente de la casa en el Chaco, pero podríamos estar equivocados.
Érica se apartó un mechón de la cara.
-¿Así que no tenemos nada concreto para seguir adelante?
-Quizá no. ¿Qué sabe de los antiguos amigos de Winter en la universidad?
-¿A qué se refiere?
-A la gente que trataba Winter -respondió Volkmann-. ¿Conoció a alguno en Heidelberg?
-Nos movíamos en ambientes muy diferentes. Pero conocí a un par de chicas del grupo de Winter. ¿Por qué quiere saberlo?
-¿No conoció a nadie que tuviera una relación más estrecha con él? -Vio que la muchacha dudaba.
-Había un tipo de Baden-Baden, un tal Wolfgang Lubsch que parecía ser muy amigo suyo. A menudo los veía bebiendo juntos en el barrio antiguo.
-¿Dónde está Lubsch ahora? ¿Tiene idea de su paradero?
-No -dijo Érica. Pero conocía a su novia, Karen Holfeld. Compartimos una habitación durante un par de meses. Creo que vive en Mainz.
-¿Cree que podría encontrarla?
-Puedo llamar a algunas amigas de los viejos tiempos que quizá lo sepan. Tal vez ya no se relacione con Lubsch. Pero si la encuentro,¿qué ledigo?
Puede decirle que escribe un artículo con un colega para una de sus revistas -propuso Volkmann después de pensar unos instantes-Estudiantes de Heidelberg antes y ahora. Que desea entrevistarse con Lubsch, como ha hecho con otros antiguos alumnos. Pero hágalo con discreción. Si no puede dar con la muchacha a través de sus amigos, haré que mi gente se encargue de hacerlo. -Volkmann hizo una pausa- ¿Recuerda a alguien más que pueda haber conocido a Winter?
Érica hizo un esfuerzo por recordar y después miró a Volkmann.
-Recuerdo a otro tipo. Se llamaba Hermán Borchardt. Creo que era amigo de Winter. Pero no se quedó mucho tiempo en la universidad. Su padre era un empresario rico que poseía varios clubes de alterne en Hamburgo. Creo que en el barrio de St. Pauli.
-¿Por qué dejó Borchardt la universidad?
-Si no recuerdo mal murió el padre y él abandonó los estudios para hacerse cargo de los clubes.
-¿Cree que podría encontrarle?
-Supongo que sí.
-Llámelo y averigüe si accede a hablar conmigo. Dígale que soy un periodista amigo suyo que quiere entrevistarle para un artículo. Hable sólo lo imprescindible. -Volkmann dudó, recorrió el salón con la mirada. Permaneció en silencio durante un rato, y después miró a Érica-. Quiero preguntarle una cosa. Sobre la casa en el Chaco. ¿Percibió algo extraño?
-¿Qué quiere decir con extraño?
-Aparte del estado en que encontramos la casa. Me refiero a una sensación. Al ambiente en general.
La muchacha dejó el tenedor y Volkmann vio la expresión de su rostro.
-Sí, noté algo. Pero no estoy segura de lo que fue. En el pequeño pabellón de madera que había a la derecha de la casa... Recuerdo que al entrar me estremecí a pesar del calor. -Érica dudó por un

momento-. Fue como esa sensación que tienes cuando entras en una casa donde ha muerto alguien. -Miró directamente a Volkmann-. ¿Se refiere a eso?
-Quizá. No estoy seguro.
-¿Es importante?
-No, no lo es. -Volkmann la miró directamente a los ojos y sonrió-. Olvídelo.
En cuanto el camarero acabó de retirar los platos, la muchacha alargó la mano y tocó la de Volkmann.
-Quiero darle las gracias, Joe. Gracias por su ayuda.
Volkmann miró los ojos azules de Érica y su bello rostro; se preguntó si lo decía en serio o si sólo era una magnífica actriz.
Le despertó el timbre del teléfono que sonaba en la sala. El dormitorio estaba a oscuras; había dejado la ventana abierta y una brisa suave agitaba las cortinas. Encendió la lámpara de la mesilla de noche y miro la hora. Medianoche. Se vistió y fue a la sala.
La muchacha se encontraba junto al teléfono con una libreta abierta; parecía cansada.
-He hecho un montón de llamadas. Un reportero que conozco
en Hamburgo me ha dado el número de uno de los clubes de Bor-chardt. He llamado pero me han dicho que Borchardt no estaba y que le llamara mañana a la oficina. Les he contestado que era urgente, y me han dado el número particular de su secretaria; así que la llamé.
-¿Qué ha dicho?
-Se ha enfadado bastante porque la he llamado a su casa. Me ha dicho que Borchardt está en Munich en viaje de negocios y que no regresará hasta pasado mañana. Le he explicado que era periodista, una amiga de Herman de la universidad, y que un colega mío necesitaba hablar con él por un artículo; que era importante. Según ella, Borchardt tiene el día muy ocupado pero estará en uno de sus locales en el Reeperbahn, el Barón Club, después de las seis por si queremos llamarle. Me ha asegurado que le pasaría el mensaje.
-¿Ha conseguido averiguar algo de Wolfgang Lubsch?
-Sí. A través de una amiga de Karen... una chica que conocí en Heidelberg -contestó Érica-. Me ha dado el teléfono de Karen. Pero cuando he llamado, ésta se ha mostrado muy desconfiada, como si tuviera miedo de hablar conmigo.
-¿Porqué?
-Dijo que Lubsch no se deja ver mucho por ahí. Tengo el presentimiento de que se oculta.
-¿Su amiga le dio algún motivo?
-No. No me lo ha dicho, y yo no se lo he preguntado.
-¿Dónde está Lubsch ahora?
-No lo sé.
-Entonces, ¿cómo nos pondremos en contacto con él?
-Le expliqué a Karen lo que usted me dijo. Que no utilizaría el nombre de Lubsch, pero que el artículo era muy importante para mí. Me respondió que llamaría a Lubsch y que se lo preguntaría. Ahora mismo acaba de llamarme y me ha dicho que de acuerdo.
-¿Cuándo nos reuniremos con él?
-Me dio el nombre de un bar. Está en un viejo pueblo vinícola en el Rin llamado Rüdesheim, a una hora de viaje desde Francfort. Mañana por la tarde tenemos que estar a las cuatro en un lugar llamado weisses Rossl. Karen me ha pedido que vayamos sólo nosotros dos. Le di mi palabra.
Volkmann esperó hasta que la muchacha salió de la sala, deleitándose con la visión de aquellas hermosas piernas mientras se dirigía hacia la habitación de los invitados, antes de llamar al oficial de guardia, Jan de Vries, y pedirle que buscara en los archivos información sobre Wolfgang Lubsch de Baden-Baden, un graduado de Heidelberg. De Vries le prometió que le llamaría a las ocho de la mañana.
A continuación, fue a la biblioteca, cogió el Times Atlas y buscó el mapa de Paraguay. Siguió con el dedo la frontera con Brasil hasta dar con Bahía Negra, donde según Sánchez la estación de radar había captado la señal. Por lo que se veía en el mapa, se trataba de un pueblo insignificante perdido en las márgenes del río Paraguay. Se preguntó si Sánchez habría conseguido averiguar algo más, pero sabía que en caso afirmativo, el capitán ya habría enviado un mensaje.

Dejó el atlas en el estante y se dirigió al dormitorio. Buscó la Beretta calibre nueve milímetros, la sacó de la cartuchera e inspeccionó la pistola. Tenía el cargador lleno y otro de recambio. La dejó al lado del segundo cargador sobre la mesilla de noche y guardó la cartuchera en la cómoda. Después fue a sentarse junto a la ventana y leyó una vez más la transcripción del casete. Cuando acabó miró a la calle. Caía una lluvia fina y helada. Encendió un cigarrillo y fumó despacio.

20
Rüdesheim
10 de diciembre,
15.00 horas

El pueblo vinícola de Rüdesheim era un laberinto de estrechas callejuelas adoquinadas y posadas acogedoras abierto al Rin. Durante el verano se llenaba de visitantes, y en las riberas atracaban numerosos hoteles flotantes y las barcazas de los turistas. Pero en invierno, el número de visitantes se reducía a las pocas personas que se acercaban de los municipios vecinos.

Pasaron primero por el apartamento de Érica para que la muchacha preparara su maleta y recogiera la correspondencia, después tomaron la autopista en dirección a Mainz, hasta la salida de Rüdesheim, y después la carretera que atravesaba el valle del Rin. Llegaron pasadas las tres.

Volkmann cruzó el pueblo para orientarse antes de dirigirse a la ribera donde aparcó el Ford, cerca de la estación del ferrocarril. Ocultó la Beretta y la identificación de la DSE debajo del asiento del conductor, y cogió el carné de prensa que le había dado Suministros.

Durante el invierno, había un par de buques de recreo atracados Permanentemente. No parecía que fuera Navidad, pero los escaparates estaban decorados y en la plaza mayor se elevaba un pino gigantesco decorado con guirnaldas de luces que se encendían y apagaban er> la mortecina luz de la tarde.

Caminaron colina arriba por las estrechas callejuelas adoquinadas hacia el centro del pueblo. La mayoría de las bodegas estaban cerradas pero encontraron una cafetería abierta y pidieron café con pastas.

La muchacha vestía un suéter de lana, vaqueros, bambas y un impermeable azul. Se había recogido el pelo en una coleta y apenas llevaba maquillaje, pero su rostro seguía siendo hermoso. Mientras ella tomaba el café, Volkmann le dijo:

-Descríbame a Lubsch.

-No es la clase de hombre que las mujeres encuentran atractivo. -Érica hizo una mueca-. Bajo. Flacucho. Lleva gafas y es pelirrojo. Parece un tipo vulnerable, y al mismo tiempo arrogante; no sé si me entiende. Un soñador. Pero brillante, muy brillante. -Hizo una pausa-. ¿Le sirve de algo?

-Es suficiente -afirmó Volkmann con una sonrisa-. ¿Su amiga Karen todavía mantiene la relación con Lubsch?

-Tengo la sensación de que todavía se ve con él -contestó Érica tras una pausa-. De lo contrario no le habría llamado. -Sonrió-. A Karen siempre le ha gustado acostarse con hombres inteligentes. Creo que mientras estuvo en Heidelberg pensó que, si se acostaba con los mejores estudiantes, podría llegar a aprender todo lo que necesitaba por osmosis. Quizá le funcionó, pero también se ganó la reputación de devoradora de hombres. Conociendo a Karen, es probable que todavía se acueste con Lubsch, aunque ahora esté casada.

-Háble me de ella.

-Karen y su marido tienen un negocio. Está en el centro de Mainz. Y su apellido ya no es Holfeld sino Gries.

-¿Qué tipo de negocio?

-Una especie de sex-shop -contestó Érica, sonriendo-. Suministran prendas para espectáculos sado y obras de teatro. Según Karen, algunas son muy atrevidas, pero el negocio florece.

-¿En qué facultad estaba?

-Políticas, como Lubsch.

-Al parecer su amiga se equivocó de carrera.

-No crea. A Karen siempre le interesó la política. Pero también es lo que se podría llamar un animal muy sexual. Muchos de los estudiantes estaban dispuestos a ayudarla con los estudios a cambio de sus favores.
-Háblеme de sus años en la universidad. Me dijo que en la época que Rudi la visitó, había grupos dispuestos a apoyar las ideas de Winter.
-¿Se refiere a los comentarios sobre los inmigrantes? No era una cosa organizada, si es a eso a lo que se refiere. Al menos por lo que yo sabía. Sólo grupos de estudiantes de derechas que hablaban en las tabernas.
-¿De qué hablaban?
-Casi siempre de la situación del país. Decían que Alemania se había convertido en una nación mestiza por culpa de los cinco millones de inmigrantes. Cuando se emborrachaban hacían comentarios sobre los estudiantes que se encontraban en ese momento allí y que eran hijos de inmigrantes.
-¿Qué otra cosa recuerda?
Érica miró a lo lejos y después otra vez a Volkmann mientras pensaba la respuesta.
-Cuando estaban borrachos -dijo-, gritaban un lema: "Alemania para los alemanes." Y un par de veces en alguna taberna vi a alguien hacer el saludo nazi. Pero nadie les prestaba mucha atención. Pienso que la mayoría de los estudiantes lo consideraban una estupidez, la clase de cosas que se puede esperar de esos matones cabezas rapadas que votan al partido republicano.
-¿Esto sólo pasaba en Heidelberg?
-No, creo que también en las demás universidades. Pero no siempre de una manera tan descarada. Era algo más sutil.
-¿Cuál fue la respuesta de las autoridades universitarias?
-Después de las quejas que recibieron, creo que hablaron con los estudiantes que participaron en dichos actos, porque no hubo más problemas. Casi nadie les apoyaba. Además, en el último año el apoyo que pudieron haber recibido se desvaneció.
-¿Y después?
-¿A qué se refiere?
-A después de que se graduaran. ¿Ha vuelto a ver a alguno de ellos? ¿Todavía tenían las mismas ideas?
-Que yo sepa no había nadie de mi facultad involucrado con esa gente -respondió Érica, y sonrió-. Estaban más interesados en las drogas, el sexo y el rock. Respecto a los demás, no puedo decirle nada. -Sacudió la cabeza, volvió a sonreír y miró la taza que sostenía con las dos manos. Después, añadió-: ¿Sabe qué es lo más extraño de todo?
-Dígamelo.
-Hace que desee llenar el silencio respondiendo a sus preguntas. Incluso que confíe en usted. Yo soy la periodista. Se supone que ésa es mi estrategia. Pero con usted no funciona. Además, es un tanto absurdo.
-¿Qué es lo absurdo?
-He pasado la noche en el apartamento de un hombre del que no se nada. Y eso no es lo que suelo hacer, Joe. Y ¿qué es lo que suele hacer?
-Nada extraordinario, se lo aseguro -afirmó Érica-. Voy a trabajar, escucho música. Salgo con mis amigos. Pero sobre todo el trabajo-- Creo que no estoy hecha para ser ama de casa.
-¿Tiene novio?
-En este momento no hay nadie especial. -Sacudió la cabeza y miró a Volkmann-. ¿Cuándo me tocará a mí hacer preguntas personales?
-¿Qué quiere saber? -preguntó Volkmann con una sonrisa.
-¿Le gusta su trabajo, Joe?
-Es para lo que me entrenaron.
-Suena como un militar respondiendo a un civil que le acaba de hacer la misma pregunta. -Sonrió-. ¿De veras le gusta su trabajo?
-Sí.

Volkmann le devolvió la sonrisa y miró hacia la ventana, como si quisiera evitar más preguntas. Oscurecía. Comenzaban a encenderse las luces en las callejuelas. Cuando volvió a mirar a la muchacha dijo:
-Hay una cosa que debe saber antes de que nos reunamos con Lubsch.
-¿Qué?
-No es el intelectual inocente que se imagina. Figura en la lista de personas buscadas por la Bundespolizei. Es un conocido terrorista.
-¿De qué está hablando? -exclamó Érica, que le miró con asombro.
-Pedí los antecedentes de Lubsch. Está con un grupo que opera desde la frontera suiza hasta Francfort. Un retoño de la Facción del Ejército Rojo. Al joven que conoció en Heidelberg le han crecido los dientes. Está involucrado al menos en dos secuestros y en el asesinato de un industrial en Friburgo. También le gusta sacar dinero de los bancos en los que no tiene cuenta abierta.
La muchacha le miró atentamente con una expresión de extrañeza en el rostro.
-No lo entiendo. Me pidió que se lo describiera...
-La información me la transmitieron por teléfono. No podía esperar que me enviaran una fotografía de la Bundespolizei. -Volkmann vio el destello de furia en aquel hermoso rostro.
-Si lo que dice de Lubsch es cierto, entonces corremos un riesgo entrevistándonos con él. ¿Por qué no me lo dijo antes?
-Porque existía la posibilidad de que no quisiera seguir con todo esto. Y ahora mismo es la única pista que tenemos.
La muchacha vaciló y el enojo desapareció de su rostro tan rápidamente como había aparecido.
-Si esto nos tiene que ayudar a dar con los asesinos de Rudi, entonces no tengo miedo.
-No hay manera de que Lubsch sepa que pertenezco a la DSE, a menos que usted se lo diga. -Volkmann sacó su tarjeta de prensa. Es auténtica. Por lo tanto, lo que le dijo a Karen se aguanta. Y no importa lo que suceda, no descubra nuestra tapadera. ¿De acuerdo? Las cosas podrían ponerse feas si Lubsch se entera de mi verdadera identidad.
-¿Hasta qué punto?,
-Probablemente intentaría matarme -contestó Volkmann, con una sonrisa. Vio que la muchacha empalidecía. Érica desvió por un momento la mirada-. ¿Se encuentra bien?
-Sí, estoy bien.
No pasará nada si hace lo que le digo, pero si no se ve capaz de seguir adelante, entonces dígalo ahora. De lo contrario, uno o los dos podemos acabar flotando en el Rin. No voy armado. Si Lubsch se reúne con nosotros, querrá comprobar que no llevo armas. Puede darlo por hecho. Así que los dos corremos un riesgo. Pero si quiere que la ayude a encontrar a los asesinos de Rudi, es un riesgo que deberá correr.
-¿Qué pasará cuando le preguntemos a Lubsch sobre Winter?
-Improvisaremos sobre la marcha, pero aférrese a nuestra tapadera pase lo que pase.
-De acuerdo -dijo la muchacha después de vacilar un momento.
-¿Está segura que quiere seguir?
-Sí.
Volkmann la observó durante unos instantes; no había miedo en el rostro de la joven. Consultó su reloj y cuando alzó la cabeza vio que sus ojos azules le miraban atentos antes de mirar en otra dirección. Pagó a la camarera y le preguntó cómo podía llegar a Weisses Rossl.
Llegaron a la taberna al cabo de cinco minutos. Un viejo bierkeller cerca de los muelles, con vigas de madera oscura, que olía a chorizo ahumado y sebo.
Eran los únicos clientes. Volkmann escogió una mesa del fondo, cerca de la puerta de emergencia, y pidió un par de copas de aguardiente.
La camarera acababa de servirles cuando un joven bien afeitado, rornido y de pelo oscuro, vestido con una cazadora de plástico gris entró en el local. Pidió una cerveza y se sentó en la barra mientras abría un periódico.

Pasaron cinco minutos. Volkmann llegó a la conclusión de que el joven les observaba. De vez en cuando miraba hacia la calle. Recordó entonces la descripción de Lubsch que le había hecho Érica. El hombre sentado en la barra no se parecía en nada al terrorista y Volkmann supuso que si pertenecía al grupo de Lubsch, no tardaría en establecer contacto.
Cuando la encargada de la barra entró en la cocina, el joven abandonó su asiento y se encaminó hacia ellos con una mano metida en el bolsillo. Miró a Érica.
-¿Se llama Érica Kranz? -preguntó en un tono brusco.
-Sí.
-¿Y usted es Volkmann? -Los ojos castaños del joven observaron al agente de la DSE mientras formulaba la pregunta. Volkmann asintió y el terrorista se dirigió a Érica-. Wolfgang quiere que los cachee a los dos. -Esbozó una sonrisa-. Ya saben, sólo es una precaución.
-La mirada del joven se dirigió por un instante a la cocina-. Detrás de aquella puerta hay un callejón, justo a la derecha. Acaben las copas y reúnanse conmigo dentro de dos minutos. Mantengan las manos fuera de los bolsillos y separadas del cuerpo. Lo único que quiero ver en ellas son los documentos de identidad. Si ven que se acerca alguien más, hagan como si me conocieran y hablen conmigo. Pero no intenten meter las manos en los bolsillos o hacer ninguna tontería. ¿Está claro?
-Érica abrió la boca para decir algo, pero el joven apenas si movió una mano para hacerla callar-. Hagan lo que les digo o adiós entrevista.
El hombre se acercó de nuevo a la barra, se acabó la cerveza, guardó el periódico y se despidió de la encargada cuando salió de la cocina. Volkmann le vio salir, torcer a la derecha y desaparecer. Miró a la muchacha, y ella le devolvió la mirada sin el menor indicio de miedo en sus ojos.
-Muy bien, acábese la copa y hagamos lo que nos ha dicho. ¿Tiene algún documento de identidad?
-Érica asintió, metió la mano en el bolsillo del abrigo, y sacó el carné de conducir-. Llévelo en la mano.
-Acabaron las copas y salieron de la taberna.
El callejón que había detrás del bierkeller era largo, angosto y mal iluminado. Llegaron a un pequeño patio adoquinado: un foco colocado en alguna de las paredes, iluminaba la zona. A unos cinco metros de distancia, Volkmann vio otro callejón que desembocaba en una calle. El joven les esperaba en la entrada del segundo callejón con las manos metidas en los bolsillos de la cazadora. En cuanto se acercaron, les dijo en voz baja:
-A la derecha, por favor. Rápido. Las manos contra la pared. No hablen. A usted también tengo que cachearla -le dijo a Érica. El hombre les cacheó con manos rudas pero expertas, en busca de armas. Cuando acabó, les ordenó que se volvieran-. Los documentos. -Se los dieron y el joven los examinó atentamente, poniéndolos bajo la luz mientras comparaba las fotos con sus rostros. Se los devolvió y miró a Volkmann-. ¿Han venido en coche?
-Sí.
-¿Vio si alguien les seguía?
-No.
-¿Está seguro?
-Creo que sí.
-Le he preguntado si está seguro, Volkmann.
-Por lo que sé, nadie nos ha seguido.
-Está bien. Síganme. No hagan preguntas. -Se volvió impaciente y caminó por el segundo callejón.
Cuando salieron a la calle desierta el joven miró a derecha e izquierda. Levantó una mano y el ruido de un motor sonó en la oscuridad. Una furgoneta Mercedes gris apareció de pronto y se cruzó en su camino. El conductor, un hombre con el rostro picado de viruela y vestido con un mono verde, aceleró en vacío.
Se abrieron las puertas laterales de la furgoneta produciendo un ruido metálico y dos jóvenes saltaron al exterior. Uno de ellos, armado con una pistola Walther, les indicó que entraran en el vehículo.
Sin miramientos les empujaron al interior de la furgoneta y les obligaron a echarse al suelo para después cerrar las puertas, sin perder un segundo.

-Poneos esto. -Uno de los hombres les dio dos pasamontañas. No tenían aberturas para los ojos. Sólo el corte de la boca para que pudieran respirar. Al ver que Volkmann vacilaba, el hombre perdió la paciencia y le dio un puntapié en el muslo-. ¡Póngaselo! ¡Ahora!

-Volkmann y Érica se pusieron los pasamontañas y ya no vieron nada más . Sólo escucharon la voz de aquel hombre que les decía-: Si alguno de los dos intenta moverse o hablar, pueden darse por muertos.

Se oyó el poderoso rugido del motor diesel y la furgoneta se puso en marcha.

21

La furgoneta abandonó la carretera de montaña y se desvió por un camino que se adentraba en los espesos bosques del valle. Era de noche y el vehículo llevaba los faros encendidos. Al cabo de unos cinco minutos el conductor se detuvo delante de un refugio de montaña. Mientras apagaba el motor, se abrió la puerta lateral del vehículo y los dos hombres de la parte trasera saltaron a tierra.

Volkmann notó que una mano le cogía del brazo y le tiraba con fuerza. Sintió los olores del bosque, el olor fuerte de los pinos, y oyó el ruido de los pasos sobre la hojarasca. Unos segundos más tarde, le empujaron a través de una puerta.

Allí reinaban otros olores: moho, madera podrida, comida rancia. Las tablas del suelo se movían al pisarlas. Pasó casi un minuto, antes que una mano le quitara el pasamontañas; la intensidad de la luz le cegó por un momento. Parpadeó. Érica estaba a su lado. Ya no llevaba el pasamontañas y se le había corrido el maquillaje. Le miró por un instante antes de volverse hacia el joven con gafas de montura de alambre que se hallaba junto a una ventana rota.

Vestía un anorak oscuro, unos vaqueros y unas zapatillas deportivas blancas bastante estropeadas. Era bajo, nervudo, llevaba una barba de varios días y el pelo sucio. Tenía el aspecto de no haber dormido durante una semana. A Volkmann le pareció que sus facciones no eran alemanas, a excepción de los ojos, muy azules y duros, como los de un animal asustado, pero con una pizca de arrogancia. El anorak abierto dejaba ver la pistola Walther que llevaba sujeta al cinto. Volkmann adivinó por la expresión de la muchacha que el hombre era Wolfgang Lubsch. Él les observó sin decir nada.

Una lámpara de butano colgaba de un gancho sujeto a una de las vigas del techo, y había otra sobre la mesa de madera en el centro de aquella habitación mugrienta, que proyectaba las sombras de todos ellos sobre las paredes de madera desnudas.

Volkmann supuso que la habitación formaba parte de una cabaña. La típica Berghütte. Una de las muchas que salpicaban las montañas y los valles alemanes, para uso de los cazadores, de los forestales y de las familias que querían pasar allí sus vacaciones, pero ésta era muy vieja y flotaba en el aire un fuerte olor a excrementos y podredumbre. El techo se aguantaba sobre vigas de madera gruesas y el único mobiliario lo constituían una mesa de pino destartalada y cuatro sillas. Había dos puertas que comunicaban con las otras habitaciones, pero por el aspecto y el olor que hacía allí dentro, la cabaña no se debía de haber utilizado en años. En el interior hacía un frío tremendo, ya que el aire se colaba por los huecos de la ventana sin cristales.

El agente de la DSE vio la luna a través de la ventana. El bosque se perdía en la oscuridad, y muy a lo lejos se veían las masas oscuras de lo que parecían ser colinas con las cumbres cubiertas de nieve.

El viaje en la furgoneta había durado aproximadamente media hora, y el motor rugió con fuerza mientras ascendían la última mitad del camino. Volkmann calculó que debían de estar en las montañas Taunus, al norte de Rüdesheim, o en las colinas que formaban parte del valle del Rin. El joven que estaba junto a la ventana le miró.

-Ni siquiera lo intente, Volkmann. No conseguiría llegar más allá de la puerta.

Los dos jóvenes de la furgoneta se mantenían cerca. Uno era alto, rubio y llevaba un Kalashnikov AK47 colgado del hombro. El segundo era más bajo y robusto. La nariz torcida indicaba que se la había roto más de una vez y, además, ostentaba una cicatriz dentada en la frente. Parecía ser una persona que disfrutaba con el contacto físico; la porra de cuero que sostenía en la mano derecha lo corroboraba.

El billetero de Volkmann estaba sobre la mesa; el contenido desparramado. La fotografía de la mujer rubia del Chaco junto al dinero, el carné de conducir francés y la credencial de prensa. También habían vaciado el bolso de Érica.

El hombre de la porra les señaló las sillas. Cuando Volkmann y Érica se sentaron, el joven de las gafas se acercó despacio. Miró las cosas desparramadas sobre la mesa antes de comenzar a separarlas con la mano. Por fin se decidió; cogió el carné de conducir de Volkmann, lo observó durante unos momentos, y después lo arrojó a la mesa. Saco un paquete de cigarrillos del bolsillo del anorak; lo encendió con un Zippo. Mientras inhalaba el humo, sus ojos azules inquietos se fijaron en Érica. La muchacha le devolvió la mirada sin decir palabra.
-Ha pasado mucho tiempo, Érica. Estás tan guapa como siempre.
-Wolfgang...
-Perdona toda esta pantomima para traerte hasta aquí, pero estoy seguro de que comprendes que una persona en mi situación debe ir con mucho cuidado. -Lubsch hizo una pausa para sonreír-. Eso suponiendo que sepas por qué debo ser tan precavido.
Érica miró por un instante al hombre armado con el AK47, y después otra vez a Lubsch.
-Porque eres un terrorista -respondió.
-Es sólo una cuestión de perspectiva, ¿no te parece? -Lubsch volvió a sonreír. Se quitó las gafas y se frotó los ojos-. Ahora, dime. ¿Por qué querías verme?
-Ya se lo dije a Karen.
Lubsch se colocó las gafas y sonrió mientras sacudía la cabeza.
-No me dirás que va en serio lo de ese estúpido reportaje universitario. -Lubsch volvió a situarse junto a la ventana; miró a Érica-. Había otros en Heidelberg más adecuados que yo, si de verdad es lo que te interesa. Además, nunca estuve destinado a convertirme en un pilar de la sociedad alemana, ¿no te parece? -Lubsch la atravesó con la mirada-. Dejemos de lado los disimulos. Dime la verdadera razón por la que querías verme.
-Porque necesitamos tu ayuda -respondió Érica.
-¿Porqué?
La muchacha miró a Volkmann y después otra vez al terrorista antes de contestar.
-Porque trabajamos juntos en un reportaje.
-Karen me lo dijo. Pero ¿qué clase de reportaje? -Lubsch sonrió-. No el que mencionó Karen.
-Hace diez días asesinaron a un hombre en Berlín. Alguien que tú conocías de Heidelberg.
-¿A quién?
-Dieter Winter.
-Lo leí en los periódicos -comentó Lubsch sin mostrar ninguna reacción al escuchar el nombre-. ¿Qué tiene que ver conmigo?
-Intentamos saber la razón del asesinato y quién le mató.
-¿Y por qué te interesa tanto la muerte de Winter?
-Porque pensamos que su muerte está relacionada con otros asesinatos -contestó Érica, después de dudar un momento.
-¿De veras? ¿A qué asesinatos te refieres?
La joven le habló de Rudi, Winter y las cargas ilegales. El terrorista dio una chupada a su cigarrillo y se encogió de hombros.
-Han asesinado a un tipo al otro lado del mundo. Y ¿qué tiene que ver conmigo?
-La policía no sabe quién mató a Winter, o por qué. Recordé que tú le conociste en Heidelberg. Pensé que podías ayudarnos. Tal vez conozcas a alguien que sepa en qué estaba metido, o quienes eran sus amigos. Por eso necesitábamos hablar contigo.
-¿Sabes qué había en las cargas de Suramérica? -preguntó Lubsch.
-No.
Lubsch permaneció junto a la ventana, sin hablar durante unos instantes, con la mirada puesta en Volkmann.
-¿Y usted qué pinta en todo esto, Volkmann?
-Trabajamos juntos en el reportaje.
-Lleva un carné de conducir francés -dijo Lubsch, señalando hacia la mesa-. Pero no es francés, ni alemán, ¿verdad? Su alemán es excelente, pero su acento... -Lubsch movió la cabeza mientras miraba al agente-. Las vocales le traicionan.

-Soy británico.
-¿Hay alguna otra razón para que estén tan interesados en Winter, aparte de lo que han dicho? -preguntó Lubsch, con un atisbo de sospecha en la mirada.
-¿Tiene que haberla?
-Le he hecho una pregunta, Volkmann. Conteste.
-No la hay.
Lubsch vaciló por un segundo; de pronto hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza. El hombre de la cicatriz levantó una mano y la porra surcó el aire como un rayo para estrellarse contra el lado izquierdo del rostro de Volkmann. La fuerza del golpe le echó hacia atrás. El hombre sujetó la silla y la enderezó. Érica soltó un grito; una mano le tapó la boca. Volkmann sintió el dolor agudo que le había producido el golpe, y cuando levantó la mano para tocarse la mandíbula notó el hematoma inflamado. Lubsch tendió una mano, le agarró por el pelo y le tiró la cabeza hacia atrás.
-¿Está seguro de que no hay otra razón, Volkmann?
-Ya se lo he dicho.
-Entonces escúcheme -dijo el terrorista, que le miró directamente a los ojos-. Escúchenme los dos. Primero, no ayudo a periodistas imbéciles que me piden un encuentro con la excusa de un reportaje idiota. Segundo, no me cae nada bien la gente que me hace perder el tiempo y encima me pone en peligro. ¿Está claro? -Esperó la respuesta, y al ver que Volkmann no contestaba, le volvió a tirar del pelo-• Le he hecho una pregunta. ¿Está claro?
-Sí.
-Bien.
Lubsch le soltó y se volvió hacia Érica en el momento en que la mano se apartaba de la boca de la joven.
-Y tú escúchame. No vuelvas a llamar a Karen. Lo que recibió Volkmann es un aviso de amigo. El primero y el último. Para los dos.
Hay algo más que quiero que entendáis. No os metáis con los amigos de Winter. Si queréis seguir viviendo, olvidaros de él y del reportaje.
Lubsch hizo un gesto al hombre de la porra, que dio media vuelta y abandonó la cabana. Unos segundos después oyeron cómo se ponía en marcha el motor de la furgoneta. El hombre con el AK47 cogió la lámpara colgada del gancho y salió. Se oyó el ruido de la puerta lateral del vehículo. El terrorista recogió la segunda lámpara y se acercó a la puerta. Miró a Volkmann y a Érica.
-Recordad lo que os he dicho. Y agradeced que todavía estéis vivos.
Lubsch apagó la lámpara y la pequeña cabaña quedó sumida en la oscuridad. Las pisadas sonaron en la hojarasca; se oyó un portazo. El motor de la furgoneta se puso en marcha. En pocos minutos el ruido se perdió en la distancia y se encontraron rodeados por la oscuridad, el silencio y los olores fétidos de aquel lugar.
Volkmann y Érica siguieron el camino a través del bosque y tardaron media hora en llegar a un pueblo. El cartel a la entrada decía: Kiedrich. Era noche cerrada y cuando cruzaron el umbral del primer bar abierto, la media docena de parroquianos que había les observaron con desconfianza.
Érica estaba pálida y temblorosa y tenían la ropa sucia de barro después de la caminata a través del bosque. Intentaron no hacer caso de las miradas de aquella gente. Volkmann fue al lavabo y se echó agua fría en la cara. La zona donde había recibido el golpe estaba inflamada y le dolió incluso el contacto con el agua; pero por suerte no tenía ningún corte. Cuando volvió al bar, Érica ya había pedido dos coñacs. Volkmann le pidió al camarero un poco de hielo. Cogió un par de cubitos, los envolvió en un pañuelo que le dejó la joven y los apretó contra el hematoma.
Según el camarero se encontraban a veinte kilómetros de Rüdesheim. Por suerte, había servicio de taxi, pero cuando Volkmann llamó le informaron que el único taxista había tenido que llevar a una joven lugareña al hospital de Wiesbaden y que tardaría media hora en pasar a recogerlos. El hombre le preguntó si se encontraba bien o necesitaba llamar a un médico, y él le contestó que no; ya no volvió a hacer más Preguntas.
Pasó casi una hora antes de que llegara el taxi, y tardaron media hora más en regresar a Rüdesheim. Se subieron al Ford que habían aparcadp cerca de la estación del ferrocarril y estuvieron de regreso en el apartamento de Érica poco después de las siete.

Ella le echó un vistazo a la cara hinchada de Volkmann y se dirigió rápidamente a la cocina. Volvió al salón con unos cuantos cubitos de hielo envueltos en una servilleta, y una botella de licor. Sirvió dos copas bien llenas y le pasó una a Volkmann junto con el hielo. Le observó sentada en el sofá mientras se ponía el hielo contra el hematoma.
-¿Se encuentra bien, Joe?
-Sí -respondió Volkmann, aunque al intentar sonreír no pudo evitar una mueca de dolor. Vio que a Érica le temblaban las manos mientras bebía-. Y usted ¿qué tal?
-Pensé que Lubsch iba a matarnos. -Érica se estremeció-. ¿Cree que todo aquello lo decía en serio?
-Sí, a pies juntillas.
-¿Piensa que sabe alguna cosa sobre Winter?
Volkmann dejó la servilleta, cogió la copa y miró a Érica.
-Pienso que Lubsch esconde alguna cosa. Si no mantuviera ninguna relación con Winter nos lo hubiera dicho. Y dudo que nos hubiera amenazado.
-¿Por qué habrá querido apartarnos de la investigación?
-No lo sé, Érica. Lubsch es el único que puede contestar a su pregunta. A mí me gustaría saber por qué quería averiguar si teníamos otras razones para interesarnos por Winter aparte de la que le dimos.
-No se le ocurrirá volver a ponerse en contacto con él, ¿verdad, Joe?
Volkmann miró a la joven y sacudió la cabeza antes de beber un trago. Dejó la copa. Le dolió la boca al tragar.
-La gente como Lubsch no da un segundo aviso -comentó-. Si intentamos volver a verle hará lo que dijo.
-Entonces, ¿qué haremos?
-Quiero que mañana por la mañana vaya a mi casa y me espere allí -dijo Volkmann, después de pensar un momento-. Le daré una llave. Creo que después de lo ocurrido es conveniente que deje Francfort por un tiempo. -Miró a la muchacha-. ¿Tiene coche?
-Sí, abajo en el aparcamiento. ¿Está seguro...? Me refiero a lo de que me aloje en su apartamento.
-Es por su propia seguridad. Si Lubsch está en contacto con los amigos de Winter... será lo más prudente. Quizá la busquen, o nos busquen a los dos.
Érica permaneció en silencio durante unos instantes mientras tomaba una decisión. Por fin, se puso de pie y preguntó:
-¿Necesita más hielo?
-No, pero otra copa no me vendría mal.
Érica cogió la servilleta mojada y le sirvió otra copa. Volkmann la observó mientras se dirigía a la cocina. Parecía un poco más tranquila pero no había recuperado el color. El incidente con Lubsch la había impresionado y no había rechazado la oferta de trasladarse a su apartamento. Parecía asustada de verdad.
Volkmann se levantó, fue hasta la ventana y abrió la cortina. La noche era clara, el viento había parado, y las barcazas navegaban por el Rin. En la calle, junto al río, vio a un grupo de cabezas rapadas que bebían cerveza directamente de la lata mientras caminaban hacia el Eisener Steg. Sus voces duras y guturales resonaban en la oscuridad.
Érica preparó la cena y después puso la radio. Buscó una emisora de música clásica: ofrecían un concierto para violín de Schubert. Se sentaron en el sofá. La joven sirvió un par de copas mientras miraba a Volkmann. Se apartó un mechón de pelo de la cara y dijo:
-Es usted un hombre extraño, Joseph Volkmann.
-¿En qué sentido?
-Tengo la sensación de que no le tiene miedo a nada. Yo todavía tiemblo sólo de pensar en el encuentro con Lubsch. ¿A qué le tiene miedo?
-A lo mismo que la mayoría de la gente.
-Háble me de usted, Joe.
-¿ Qué quiere saber?
-Cualquier cosa. Todo. -Érica sonrió con timidez-. Para mí usted es un extraño y sin embargo me siento segura a su lado.
-No hay mucho que contar. -Volkmann bebió un trago.

-¿Está casado?
-Divorciado.
-¿Tiene hijos?
-No, no tengo hijos.
-Háblеme de su familia. En su apartamento había una foto. De cuando era niño, si no recuerdo mal. ¿La pareja eran sus padres?
Cuando Érica vio que Volkmann vacilaba, cogió la copa y la sostuvo con las dos manos. No hacía caso de sus reticencias, y Volkmann supuso que quizá necesitaba hablar para calmar su inquietud.
-¿Ha oído mencionar Cornualles?
-Sí. Está en el sudoeste de Inglaterra.
-La foto fue tomada allí, junto al mar. Era donde mis padres iban de vacaciones cuando yo era pequeño.
-¿Qué hacía su padre?
-Era lector en la universidad.
-¿Le ve a menudo?
-Está muerto. Murió hace seis meses.
Lo siento... -Érica hizo una pausa, después volvió a mirarle-.Se le parece mucho. ¿Nunca deseó seguir sus pasos?
-Sí, durante un tiempo. Pero cuando acabé la carrera no me vi dejado a la enseñanza, y el trabajo de oficina me aburría. Así que opté Por aceptar el chelín del rey...
-¿El chelín del rey...?
-Es una expresión. -Volkmann sonrió; le dolía la mandíbula-. Significa alistarse. Entré en el ejército como cadete.
-¿Su padre estaba orgulloso de usted?
-Mi padre odiaba los uniformes, Érica. No le gustó mucho. Pero yo había tomado mi decisión.
-¿Cómo acabó en la DSE?
-Esa es una historia muy larga -contestó Volkmann y sonrió-. Y lo más seguro es que probablemente se trate de un secreto oficial. Digamos que me destinaron.
-Cuénteme más cosas de su familia, Joe. Me interesa.
-Mi madre era concertista de piano. Ahora está retirada. Sus dedos han perdido la agilidad con el paso de los años, pero eso es algo que no le puedes decir. -Sonrió-. No ha sabido aceptar la vejez. Mi padre solía decir que sólo era feliz sentada al piano en lo alto de un escenario e iluminada por un foco.
-Parece una gnädige Frau.
-comentó Érica, sonriente. Hizo una pausa-. ¿Se parece usted a su padre, Joe?
-En algunas cosas, sí.
-No tenía aspecto de inglés.
-¿Qué aspecto tienen los ingleses?
-Me refiero a que se parecía más a un centroeuropeo. Alto y moreno.
-Era un refugiado, Érica -aclaró Volkmann, que permaneció callado por un momento-. Él y mi madre se fueron a Inglaterra cuando acabó la guerra. Mi madre es húngara, y mi padre de los Sudetes. ¿Conoce los Sudetes?
-Es una parte de la república checa que los nazis reclamaron como territorio alemán.
-Allí había una minoría de origen alemán. La familia de mi padre vivía en una ciudad llamada Smolna.
-¿Eran de origen alemán?
-Sí, provenían de Alemania. Eran judíos, judíos alemanes. No es que Volkmann sea sólo un apellido judío pero ellos sí lo eran. -Vio la expresión de sorpresa en el rostro de Érica seguida por otra de vergüenza-. Fue así como aprendí el alemán. Durante mucho tiempo fue el único idioma que habló mi padre. Siempre se le dio muy mal el inglés.
-¿Y la familia de su madre? -preguntó Érica en voz baja-. ¿También eran judíos.
-Húngaros católicos. Así que eso me convierte en medio judío.
-¿Iba a la sinagoga?

-No. La familia de mi padre no era judía ortodoxa. Sólo eran judíos de nombre. Cuando yo era niño mi padre me llevó una vez a la sinagoga, sólo para que viera cómo era y satisfacer mi curiosidad. Pero hasta ahí llegaba su compromiso religioso.
Érica dejó la copa y permaneció en silencio durante un buen rato.
-La guerra debió de ser algo terrible para su padre.
-Estuvo en un campo de concentración, si es a eso a lo que se refiere -replicó Volkmann-. Fue allí donde conoció a mi madre. Tenían dieciséis años. Se encontraban en la alambrada que separaba el campo de los hombres del de las mujeres. Cuando liberaron el campo, se perdieron la pista, pero volvieron a encontrarse en Londres después de la guerra y se casaron.
-No lo entiendo. ¿Por qué enviaron a su madre a un campo de concentración? No era judía.
-Allí no sólo iban a parar los judíos, sino también los homosexuales, vagabundos, gitanos, e intelectuales. Incluso gente sencilla, de clase media, como la familia de mi madre. Cualquiera que los nazis consideraran una amenaza para el Reich; los encerraban con cualquier excusa. ¿No me dirá que no lo sabía? -Volkmann la miró y Érica se volvió para ocultar la expresión de su rostro por un instante.
-Fue una época terrible... -afirmó la muchacha-. Para los judíos, para Alemania, para todos. Debe de odiar a los alemanes.
-No les odio, pero desconfío -respondió Volkmann, después de observarla durante un buen rato-. De una forma general y abstracta. Todavía no comprendo cómo sus compatriotas pudieron permitir que ocurriera. Trabajé en Berlín durante tres años. Me despertaba por las noches pensando en lo que les había sucedido en ese país a mis padres y a toda la gente que como ellos vivieron el holocausto.
Érica permaneció en silencio durante un momento, antes de volver a mirar a Volkmann.
-Hay una cosa que no entiendo -dijo.
-¿Qué es lo que no entiende?
-Dijo que su padre odiaba los uniformes. Pero usted escogió llevar uno. ¿Porqué?
-Quizá porque siempre quise protegerle -contestó Volkmann.
-¿Deque?
Volkmann vaciló, desvió la mirada. Oyó que se acababa el concertó de Schubert, las últimas notas del violín que se apagaban lentamente.
-De cualquiera que pudiera hacerle daño otra vez. -Cuando se volvió la muchacha le miraba atenta. ¿Era pena y comprensión lo que había en sus ojos o alguna otra cosa? Volkmann dudó y una vez más y desvió la mirada-. -¿Cómo diablos hemos venido a parar a todo esto?
-Lo siento, perdóneme, Joe. No tendría que haber sido tan curiosa.
-Creo que me tomaré otra taza de café. -Volkmann fue a la cocina. Estaba lavando una taza cuando Érica entró.
-¿Joe...?
Volkmann se giró y vio a la muchacha en el umbral; le miraba fijamente a los ojos. Entonces ella le dijo en voz baja:
-Cuando vino a mi apartamento la primera vez pensé que era frío. Incluso rudo y arrogante. Y noté que yo no le caía bien. Tal vez el sentimiento era mutuo. Pero en Asunción, cuando me eché a llorar, me di cuenta de que le importaba. Usted comprendía lo que era el dolor. -Aquellos ojos azules le miraron atentos-. Algo espantoso le ocurrió una vez a su padre, ¿no es así, Joe? -Él no respondió. Permaneció inmóvil sin desviar la mirada-. ¿Y qué pensaría si le pidiera que me besara?
Érica se encontraba muy cerca. Tocó suavemente los labios de Volkmann con los dedos antes de apretar su cuerpo contra el de él. Volkmann sintió la suavidad de ese contacto, la tibieza de aquellos grandes senos maternales contra su pecho, el contacto de los labios al principio suave y después salvaje, mientras se besaban y ella apretaba el cuerpo con desesperación contra el de él. Cuando por fin se separaron, Érica le miró.
-Creo que tenía ganas de hacer esto desde Asunción -afirmó.
Podían ver la película de sudor en el rostro obeso de Felder y casi oler su miedo. Estaban en el Grünewald. En el aire frío de la madrugada se respiraba la llegada de la primavera y, mientras la luz amarilla del sol se filtraba entre las copas de los árboles, Volkmann pensó en lo absurdo que era todo: los árboles renacían y Felder estaba a punto de morir.

Aquel hombre fornido de la Alemania oriental tenía las manos atadas a la espalda y temblaba mientras su mirada se paseaba nerviosa de Ivan Molke a Volkmann que le apuntaban con las Berettas y los silenciadores puestos. Felder se había echado a temblar en cuanto se apearon del coche.
Cuando llegaron al claro, Felder comenzó a suplicar y Molke le recomendó en voz baja:
-Date la vuelta y mira a otra parte, Felder. Será más fácil.
De pronto, éste cambió de actitud y se dejó llevar por la furia.
-Todo lo que hice fue porque me lo mandaron. Lo juro.
-¿Quieres saber una cosa, Felder? -Ivan Molke sacudió la cabeza-. Tu gente en Karlshorst pensarán que les hemos hecho un favor.
-Sí, maté a dos de los vuestros -reconoció Felder, con la frente perlada de sudor-. Pero me lo ordenaron, palabra.
-No es lo que dicen los tuyos. Según ellos te excediste en tu autoridad.
-Es una puta mentira.
De pronto sonó un ruido detrás de ellos y Molke y Volkmann se volvieron. Una paloma remontó el vuelo entre las ramas bajas de un árbol, batiendo las alas con furia en el silencio del bosque.
Volkmann oyó un gruñido y al volverse vio que Felder intentaba huir. Levantó la Beretta y disparó.
La primera bala alcanzó a Felder en la nuca y le echó hacia delante, la segunda le dio en el hombro mientras caía. El hombretón soltó un gemido y cayó boca arriba, con los ojos desorbitados. Molke corrió hacia él y le disparó un balazo en el pecho. La sangre manó de las heridas y un sonido ahogado escapó de la garganta de Felder. Molke miró a su compañero.
-Trae las palas del coche -le ordenó con voz ronca. Al ver que Volkmann vacilaba, repitió-: Trae las palas del coche, Joe. No tenemos todo el puto día.
Durante unos segundos más, Volkmann no dijo nada. Permaneció inmóvil con la Beretta en la mano, en medio del olor de la cordita que se mezclaba con el aire limpio del bosque, observando la agonía de Felder. Había matado y había visto matar a otros hombres, pero nunca de tan cerca como para oír sus estertores. Por fin desvió la mirada y fue consciente del sudor frío que le empapaba el rostro y de la sensación de náusea mientras caminaba hacia el coche. En el momento en que sacaba las palas del maletero oyó el sonido apagado de la Beretta de Molke.
-¿Estás bien? -le preguntó éste, cuando Volkmann volvió a su lado.
-Sí. -Volkmann miró el cadáver. Había un agujero en la sien derecha de Felder donde Molke le había dado el tiro de gracia. Contuvo una arcada y le preguntó a Molke-: Lo que dijo, ¿era verdad?
Molke cogió una pala y comenzó a cavar a unos dos metros del cuerpo de Felder.
-Que va, Joe. Cuando no quiso hablar, le dimos escopalomina, el suero de la verdad. Felder era un cabrón y un sádico. Disfrutaba con la tortura. Estaba fuera de control. Nuestra gente encontró en su piso de Friedrichstrasse las cosas habituales que les gustan a los tipos como él.
-¿Qué cosas?
-Libros y vídeos pornográficos. Cosas muy violentas. Una autentica cámara de horrores. Violaciones de niños. Mujeres torturadas, Felder era una basura.Uno de nuestros contactos en Karlshorst dijo que incluso los de la Stasi y el KGB se asombraron de lo que les hizo a nuestros hombres.
Volkmann comenzó a cavar. La tierra era blanda y húmeda, y se olía el perfume dulzón del humus del bosque. Una fosa de un metro de profundidad sería suficiente.
-En cualquier caso, se enterarán de que le ha pasado algo cuando no se presente.
-Claro. Sumarán dos y dos y darán las gracias. Saben que es justo. Nosotros esperaríamos lo mismo de ellos si uno de los nuestros actuara como Felder. Hay unas reglas tácitas, Joe, y Felder las violó. -Se oyó un ruido parecido a una detonación cuando la pala golpeó algo duro. Ivan Molke dejó de cavar en el acto y miró el suelo con una expresión de horror-. ¡Dios bendito! -exclamó.
En ese momento Volkmann vio la parte superior de un cráneo que asomaba entre la tierra removida y, cuando Molke lo apartó con la pala, apareció otro. Totalmente pálido, Molke se arrodilló juntó al agujero, sacó unos guantes del bolsillo, se los puso, recogió el cráneo, lo dejó a un lado, e hizo lo mismo con el otro, antes de comenzar a escarbar la tierra con las manos. Había un montón de huesos, los restos de dos cadáveres y a Volkmann le pareció que llevaban enterrados mucho tiempo. Había un agujero taladrado en la parte de atrás de cada cráneo. Molke se volvió y vomitó.

-Vuélvelos a tapar -dijo.
-Pero...
Molke se limpió la boca con el dorso de la mano.
-Haz lo que te digo. Tápalos. Enterraremos a Felder en otra parte.
Tenía el rostro empapado de sudor y Volkmann pensó en lo absurdo que era que Molke no se hubiera inmutado lo más mínimo ante el cadáver de Felder y que ahora le afectara tanto la visión de aquellos esqueletos. Molke permaneció en silencio durante todo el viaje de regreso a la ciudad. Llovía y estaban a diez minutos de la Kurfurstendamm cuando entró en un área de servicio de la autopista y apagó el motor. Le temblaban las manos.
-Vamos a tomar un trago -dijo.
Volkmann le siguió al interior del bar y buscaron una mesa apartada de un grupo de camioneros que hablaban a gritos. Volkmann pidió un café y Molke una copa de licor doble; después se volvió para mirar en silencio a través de la ventana el tráfico matutino. Cuando se marchó el camarero, Volkmann miró a su colega. Molke se bebió de un trago la mitad de la copa y volvió a desviar la mirada, ensimismado, mientras con una mano se masajeaba suavemente la nuca.
-¿Qué haremos con los restos?
-Nada -respondió Molke en voz baja-. Quienes quiera que sean llevan muertos mucho tiempo. No quería que un cabrón como Felder estuviera enterrado junto a ellos.
-No lo comprendo.
-Aquellos cadáveres están allí desde la guerra.
-¿Cómo puedes estar tan seguro?
-Joe, nací en Berlín. Mi padre también. La Sicherheitsdienst y la SS llevaban a la gente al Grünewald y les pegaban un tiro en la nuca. Comunistas. Socialistas. Judíos. Gente a la que no querían molestarse en enviar a los campos de concentración o a la cárcel. Los llevaban al bosque y los mataban. -El agente hizo una pausa mientras pensaba en la ironía de la situación-. Como acabamos de hacer con Felder. Excepto que esa gente no eran como él. Sólo gente común.
-¿Cómo lo sabes?
-¿Te refieres a los cadáveres? Mi padre estuvo en Flossenberg.
-¿Era judío? -preguntó Volkmann.
-No, era socialista. Se las arregló para esconderse hasta el cuarenta y cuatro. Entonces, una noche la Sicherheitsdienst asaltó la casa donde se escondía. Se lo llevaron junto con las personas que le habían dado cobijo. A mi tío, a su mujer y a sus dos hijos, se los llevaron a Grünewald. A mi padre le enviaron a un campo de concentración. Primero a Ravensbrück, después a Flossenberg.
-¿Tu padre murió allí?
-Sobrevivió -contestó Molke-. Estuvo en Hamburgo en una residencia para ancianos hasta que murió hace cinco años. Supongo que Berlín tenía demasiados malos recuerdos para él. -El hombre miró a lo lejos, a través de la ventana, los coches que circulaban por la autopista aquella fresca mañana de primavera-. Cuando regresó a casa después de la guerra estaba en el limbo. No le importaba nada. Flossenberg había acabado con él. Jamás volvió a ser el mismo. Mi madre y él se divorciaron. Ella dijo que no podía vivir con un fantasma. Eso es lo que era, un fantasma. -En el rostro de Molke apareció una expresión de pena-. ¿Sabes qué fue lo más extraño de todo? El día que murió juzgaban en Munich a uno de los viejos guardias de la SS en Flossenberg. Hacía quince años que esperaban poder someter a juicio a aquel cabrón. Como tenía un buen abogado, se las había arreglado para postergar el juicio con mil trampas legales. El cabrón rondaba los ochenta. Había matado gente con sus propias manos. Pero el jurado se apiadó de él porque era un viejo a punto de morir y le suspendieron la sentencia un año. -Molke apretó los dientes-. A la semana siguiente del entierro de mi padre publicaron en el Münchner Post una fotografía del tipo de la SS saliendo del tribunal, sonriente mientras saludaba a los amigos y a la familia con un brazo en alto. A mí no me pareció que estuviera a punto de morirse. Nada me hubiera gustado más que pegarle un tiro en la cabeza. ¿Sabes qué dijo su abogado? "Se ha hecho justicia.>> -Molke sacudió la cabeza-. Cuanto más viejo me hago más cuenta me doy de que la justicia no existe. La verdadera justicia. Hay un viejo proverbio que dice: en el pecado está la penitencia. Pero eso no es cierto. ¿Me comprendes?

-Molke hizo una pausa, miró a Volkmann-. ¿Qué me dices de tu padre? ¿Todavía vive, Joe?
-Sí.
-¿Le ves con frecuencia?
Volkmann miró a través de la ventana con ganas de contárselo todo a Molke, pero vaciló. "Ahora no, aquí no. En otra ocasión".
-Sí -contestó.
-Tienes suerte, Joe. Los hijos necesitan a los padres tanto como los padres necesitan a los hijos.

22

Volkmann tardó casi todo el día en realizar el viaje desde Francfort a Hamburgo. A las diez de la mañana acompañó a la muchacha hasta el Volkswagen blanco aparcado delante del edificio de apartamentos, la ayudó a meter la maleta en el asiento trasero, y esperó hasta que la vio ponerse en marcha hacia Estrasburgo.
El tiempo era seco y fresco. Volkmann tomó la autopista norte hacia Kassel y después la de Hanover, que atravesaba todo el valle de Lü-neburg. Eran casi las cinco de la tarde cuando cruzó el río Elba, en dirección oeste, por la zona de Neustadt, hasta que llegó a la cinta resplandeciente de la Reeperbahn en el barrio de St. Pauli. El centro de Hamburgo estaba iluminado por las decoraciones navideñas y en el barrio chino había una multitud de clientes.
Encontró el Barón Club en la Holstenstrasse. Aparcó el Ford en un callejón un poco más allá y caminó hasta el local. Era domingo y a pesar de la hora un poco temprana, las seis de la tarde, el cartel de neón resplandecía el aire frío y se podía oír la música de rock procedente del interior. El club era pequeño y limpio pero la iluminación roja le daba un aspecto sucio. Había un escenario minúsculo a la izquierda, sofás tapizados en imitación cuero y sillones delante del escenario y tocando las paredes. Un par de chicas conversaban con dos hombres de mediana edad que parecían ser los únicos clientes. Una joven muy guapa de aspecto filipino bailaba a ritmo de rock, iluminada por un foco. Sólo llevaba puestos unos pantaloncitos negros y por encima de su cabeza había una pantalla de vídeo donde pasaban una película Porno.
Volkmann le dijo su nombre a la muchacha que estaba detrás de la barra y le preguntó si podía hablar con Hermán Borchardt. Ella le pidió que esperara y, al cabo de unos minutos, regresó escoltada por un hombre. Era alto, rubio, con bigote, muy guapo, y vestía un traje gris muy elegante pero que le daba un aspecto ruin. A Volkmann le resultó difícil pensar en él como un estudiante de Heidelberg. Llevaba un teléfono portátil y después de que Volkmann se presentara, Borchardt le llevó a una mesa vacía.
El agente le hizo todas las preguntas importantes y el joven le escuchó atento, pero cuando Volkmann acabó era obvio que Borchardt tenía muy poco que decir y que su desinterés era total. De vez en cuando miraba el local o consultaba el reloj.
No mostró ningún interés en el hecho o las circunstancias que habían rodeado el asesinato de Winter y afirmó que apenas le había conocido en la universidad. En cuanto a los amigos de Winter, no recordaba a ninguno. Admitió que le había visto de vez en cuando, en alguna fiesta o en el campus, pero nunca había escuchado mencionar a Kesser y tampoco recordaba si Winter había sentido algún interés por la política. La única vez que demostró algún entusiasmo fue cuando Volkmann quiso saber si Winter había consumido drogas.
-Todo el mundo en el campus se drogaba, Volkmann -contestó sonriente-. Duras y blandas. ¿El asesinato de Winter tiene algo que ver con las drogas?
-No lo sé, señor Borchardt.
-Lamento no poder ayudarle. Sólo pasé un año en la universidad y con eso tuve de sobras. Apenas recuerdo a Winter.
Volkmann le miró a los ojos. Parecía sincero.
-¿Recuerda a Érica?

-¿Y quién no? -Borchardt sonrió-. Era guapísima. Todos los tíos iban calientes por ella. -Recogió el teléfono portátil como señal de que la conversación se había acabado. Mientras Volkmann se levantaba, Borchardt volvió a sonreír y añadió-: Cuando la vea, déle recuerdos de mi parte.

A pesar de que eran casi las siete de la tarde, Volkmann prefirió hacer el largo viaje de regreso a Francfort antes que quedarse a pasar la noche en Hamburgo. Tardó un poco más de cinco horas en realizar el trayecto, con una breve parada en las afueras de Kassel para cenar, y cuando llegó era casi la una de la madrugada. Sacó la pistola de debajo del asiento del conductor y se la metió en el bolsillo antes de subir al apartamento de la muchacha. Le dolía todo el cuerpo de tanto conducir. Se preparó un café, descansó diez minutos sentado en el sofá con los ojos cerrados y después registró toda la vivienda. No sabía qué buscaba y le disgustaba curiosear las pertenencias personales de ella, pero sabía que debía hacerlo.

Junto al ordenador había una pila de papeles y un archivador de madera pequeño. Primero revisó los papeles. La mayoría eran borradores de artículos para revistas y correspondencia vinculada con su trabajo; recortes de prensa resaltados con marcador y algunos de sus propios artículos cortados de las revistas alemanas. Después revisó el contenido del archivador que estaba abierto. Encontró más artículos clasificados por orden alfabético y muchas cartas de los editores.

Al abrir los armarios y los cajones en el dormitorio, olió su perfume. Los vestidos y la ropa interior estaban bien ordenados y debajo de unos pantis y medias encontró un paquete de cartas viejas con sellos paraguayos. Estaban escritas en castellano, excepto un par de ellas en alemán, y todas llevaban la firma de Rudi Hernández. Las dejó en el mismo sitio, y miró en los otros cajones. Había otro montón de cartas, supuso que de algún antiguo novio, con un matasellos de Darmstadt del año pasado.

Miró debajo del colchón. Encontró dos diarios viejos, pero la mayoría de las páginas eran ilegibles y las anotaciones no eran más que listas de compras o citas con las amigas. No vio ninguna referencia a Karen Holfeld o a Gries; las páginas de las direcciones estaban arrancadas.

En el estante superior del armario había dos álbumes de fotos. Uno era de fotos de la infancia: había fotografías de Érica con su madre y su hermana tomadas en lo que parecía ser Argentina; algunas en la playa y otras en el jardín de una casa grande, con buganvillas rojas sobre paredes blancas en el fondo. En dos de las fotos, la joven llevaba un biquini que dejaba ver en toda su plenitud sus piernas largas y sus pechos.

Pasó las páginas protegidas con celofán y al final del álbum vio una vieja foto en blanco y negro de un grupo de hombres y mujeres que bebían junto a una piscina en compañía de la mujer rubia, la madre de Érica. La foto estaba un poco desenfocada y los rostros no se veían con claridad, pero los hombres parecían europeos más que latinos. El segundo álbum contenía sobre todo fotos de la muchacha en la etapa de la adolescencia y de la universidad, tomadas con compañeros en Heidelberg y un par con Rudi Hernández, una de ellas copia de la misma foto que había visto en el apartamento del periodista.

Dejó los álbumes en el estante. En el suelo del armario guardaba algunas cajas con alhajas y chucherías y dos pilas de discos y casetes viejos. Lo revisó todo con mucho cuidado. También buscó en los bolsillos de las prendas que había colgadas en las perchas, pero no encongo nada de interés. Después de verificar que lo había dejado todo en el mismo sitio entró en el baño. No había más que perfumes, cosméticos y unos cuantos frascos de pastillas.

Volvió a la cocina, lavó la taza de café y la puso en el estante. Despues entró en la sala y se sentó en el sofá. Sabía que tras el fracaso con Borchardt la única manera de seguir adelante era ponerse de nuevo en contacto con Lubsch. Permaneció sentado durante cinco minutos mas antes de levantarse y coger la guía de teléfonos. No tardó en encontrar el nombre y la dirección de Mainz que buscaba. La anotó y luego cogió de la biblioteca un mapa de la región de Renania-Palatinado. Había un callejero de Mainz; buscó la calle cerca de la catedral donde Karen Gries tenía su negocio.

Estocolmo, Suecia

12 de diciembre, 19.30 horas

El restaurante estaba a diez kilómetros de Estocolmo sobre la costa norte, un lugar acogedor con un fuego de leña y mesas de pino, cercano a Saltsjóbaden. Sólo había otra media docena de comensales, y con el típico respeto escandinavo por la intimidad, ni siquiera se fijaron en Shaeffer ni en su compañero.

La comida era realmente de primera, pensó Shaeffer mientras masticaba un delicioso bocado de arenque frito del Báltico seguido de un trago de cerveza helada. ¡Lástima de la compañía!
El turco apenas había abierto la boca. Era alto, delgado, con una mirada torturada en sus ojos castaño oscuro. Rondaba los treinta, se peinaba el pelo negro ralo hacia atrás y vestía un traje barato que le sentaba mal. Su rostro bien parecido mostraba una expresión ausente aunque sus ojos vigilaban atentos a Shaeffer. Hablaba bien el alemán. Shaeffer observó las gruesas cicatrices rosadas en el dorso de las manos de aquel hombre.
-Espero que le guste la comida -comentó Shaeffer.
Kefir Ozalid bebió un trago de agua mineral y respondió en voz baja:
-Sí, gracias.
Cortés pero distante. Como si le desagradara su persona. Desde el primer momento le había irritado. De no ser por el excelente smörgásbord, pensó Shaeffer, la velada hubiera sido muy aburrida. Después de aproximadamente una hora, tras una cena casi en silencio y el rato del café y las copas, en el que el turco siguió fiel al agua mineral, el camarero volvió con sus abrigos, y Shaeffer y su compañero abandonaron el restaurante.
Una acera de madera daba a las aguas congeladas de la pequeña y desolada bahía, al otro lado de la calle. Shaeffer comprendió por qué el turco había escogido este lugar que él no conocía. Al parecer era el típico pueblo de veraneo que en invierno se transformaba en un lugar desierto. En la carretera apenas se habían cruzado con algún coche, por lo que hubiera sido muy fácil descubrir a cualquier vehículo que les siguiera. El turco se levantó el cuello del abrigo, se puso los guantes de lana y después le hizo una seña a Shaeffer para que le siguiera.
Caminaron por la acera de tablas durante varios minutos sin decir palabra, el vapor de sus alientos formaba nubes en el aire helado. A Shaeffer le castañeteaban los dientes de frío. La noche era clara y hacia el sur se veían las luces del archipiélago que era Estocolmo. Shaeffer vió la cara del turco cuando el joven se detuvo junto a una farola y miró hacia el mar helado. No había ninguna expresión en su rostro: era el momento de hablar.
¿Hay algún cambio en el plan? -preguntó Ozalid.
Ninguno. -Shaeffer vaciló mientras el turco sacaba un cigarrillo de un paquete arrugado y lo encendía. El joven soltó una bocanada de humo acre y continuó con la mirada puesta en las aguas del Báltico, y una expresión de angustia en el rostro-. ¿Yusted? ¿Necesita alguna aclaración?
-Ninguna. -El hombre sacudió la cabeza. El tono de su respuesta era definitivo-. ¿Su gente mantendrá el acuerdo?
-Desde luego -contestó Shaeffer-. Respecto a los arreglos financieros... me han autorizado a transferir el dinero a una cuenta en Suiza una vez que haya cumplido su parte del trato.
El turco miró a lo lejos, sin abandonar la expresión de angustia, como si el dinero no tuviera ninguna importancia. Mientras él miraba el mar oscuro y helado, Shaeffer sacó un sobre del bolsillo y se lo dio.
-Todos los detalles necesarios están aquí. Hágalos desaparecer en cuanto se los aprenda de memoria. El billete de avión está extendido a nombre de la persona que figura en el pasaporte falso. Le recomiendo que se fije bien en la foto del pasaporte. Ha de tener el mismo aspecto. Además, las ropas que vestirá se corresponderán con su alias. He hecho una lista y el dinero que hay en el sobre cubrirá de sobras todos los gastos.
-¿Hay algún cambio respecto a la identidad?
-Ninguno -contestó Shaeffer-. Es un empresario que trabájaba en una compañía electrónica de Berlín. Si surge cualquier problema con inmigración, en el sobre figura el número de teléfono de la compañía que confirmará su identidad. Pero le sugiero que primero se familiarice con el entorno. Encontrará el bote en el lago tal y como lo acordamos. No tome taxis, utilice el transporte público. Así habrá menos posibilidades de que le recuerden. ¿Alguna pregunta? -El turco sacudió la cabeza. Shaeffer añadió-: Si necesita más explicaciociones, puede llamarme siempre que tome las precauciones habituales.
-El turco se guardó el sobre en el bolsillo-. En cuanto llegue a la casa franca, nuestra gente se encargará de facilitarle el paso a Suiza. Una vez allí tendrá que seguir solo.

El turco sonrió, pero sin humor, con una expresión resignada.
-Eso si vivo, ¿no es así?
-Estoy seguro de que lo conseguirá -afirmó Shaeffer con una sonrisa.
-Allaha ismarladik.
Shaeffer dio la respuesta adecuada antes de que el turco le volviera la espalda bruscamente y reemprendiera el camino de regreso por la acera cubierta de nieve.
Nevaba cuando el turco entró en la miserable casa de apartamentos en el barrio de Skansen en Estocolmo. Subió en el ascensor destartalado hasta el octavo piso. Las paredes estaban cubiertas con pintadas en un idioma que no comprendía; el edificio lleno hasta los topes de inmigrantes. A medida que el ascensor pasaba por los pisos se oían los sonidos discordantes de la música de sus países, y los niños berreaban en lenguas incomprensibles. Los inquilinos lo llamaban la Torre de Babel. Africanos. Vietnamitas. Árabes. Turcos. Kurdos. Refugiados que habían soñado con una vida mejor y que habían cambiado su dignidad por una pesadilla.
A pesar de ser un lugar miserable, el apartamento ofrecía una vista panorámica de Estocolmo. El joven encendió las luces, se quitó el abrigo y se sirvió un vaso de agua mineral. Bebió un trago y se acercó a la ventana. Las luces de la ciudad y el puerto brillaban entre los copos de nieve. Era como las nevadas en las montañas azules de Esmirna en invierno. Sólo que más espesa, más persistente; por un instante pensó en Layla y en su hogar. Intentó hacer a un lado sus pensamientos mientras se sacaba el sobre del bolsillo. Lo abrió y examinó el contenido con mucho cuidado. Al cabo de media hora guardó las cosas otra vez en el sobre, se lo volvió a meter en el bolsillo y encendió un cigarrillo turco de un paquete que cogió de la mesa de centro.
Había algo que le preocupaba de la reunión. De hecho, había algo que le preocupaba en todo este asunto. Alguna cosa no andaba bien del todo. Lo había notado desde el primer momento. No se sentía cómodo. Pero no le preocupaba tanto lo que iba a hacer como la gente y el plan. Las dudas le atormentaban y no conseguía quitárselas de la cabeza.
En cualquier caso, él se había comprometido a sabiendas; quería matar al hombre que había convertido su vida en un infierno. Y si tenía que perderla en el empeño, que así fuera. Estaba resignado.
"Por Layla."
Alá estaba con él, lo notaba en sus huesos. Miró las gruesas cicatrices rosadas que corrían como cuerdas por el dorso de sus manos y los brazos. Pensó otra vez en Layla. Recordó sus grandes ojos castaño oscuro que le miraban a la cara, la piel blanca como la leche, el dulce olor a limpio de su pelo, y el sabor de su aliento como miel en sus labios. La había visto por primera vez hacía muchos años en la aldea de su padre, en las montañas. Una muchachita inocente con los pies descalzos. Demasiado hermosa para él. Miró la fotografía de la joven colocada en la repisa de la chimenea y sintió deseos de llorar aunque ya había pasado raucho tiempo. La hermosa Layla. La sonriente Layla.
Acabó de beberse el agua y dejó el vaso sobre la mesa; intentó apartar las imágenes que le asaltaban: el fuego que abrasaba la carne, las sonrisas sádicas en las caras de los hombres con las cabezas rapadas, que reían mientras las llamas rodeaban a sus víctimas. Y Layla, la hermosa Layla, el cuerpo mancillado por su amor, incapaz de moverse.
El odio le había impulsado a esto. El odio le había llevado a matar.
Le distrajo la ceniza del cigarrillo que cayó sobre su traje barato; se la quitó con un gesto de fastidio y después apagó la colilla, antes de que se le llenaran los ojos de lágrimas.
Al cabo de unos minutos desenrolló la alfombrilla de lana de color azul chillón y la colocó de cara a la ventana. Cuando acabó de rezar por Layla, la volvió a enrollar y la besó, como si besara otra vez a la muchacha, antes de dejarla en el estante.

23

Mainz

Volkmann tomó la autopista A66 dirección a Wiesbaden y tras cruzar el Rin llegó a Mainz, poco después de las diez. Dejó el Ford en un aparcamiento subterráneo cerca de la catedral y caminó hasta la dirección de Karen Gries.

La MarktPlatz estaba llena de gente que hacía las compras de Navidad. Un laberinto de callejuelas y galerías comerciales se abrían a la calle principal. La tienda de Karen Gries se encontraba en un primer piso, encima de una galería de arte moderno. Volkmann dedicó media hora a pasear arriba y abajo de la calle, para familiarizarse con las callejuelas y travesías que había estudiado en el mapa en casa de Érica.

Hacía frío y estaba nublado. Mientras paseaba por la calle cercana a la catedral intentó imaginar el plan que había preparado. Había un bar en la acera de enfrente, con un cartel que decía: Zum Dortmunder. Unos setenta metros más allá estaba la entrada de una galería comercial. En el primer piso de la galería había una pastelería muy elegante, con grandes ventanales que daban a la calle. Desde allí se dominaba la tienda de Karen Gries.

Volkmann compró un ejemplar del Frankfurter Zeitung, subió a la cafetería, se sentó junto a los ventanales y pidió un café. Mientras fufaba un cigarrillo observó la calle. No había nada que le obstaculizara una perfecta visión del local de Karen Gries, que se hallaba a unos cincuenta metros a la izquierda, al otro lado de la calle. Cuando la camarera le sirvió el café, Volkmann le preguntó hasta qué hora tenían abierto; la joven le respondió que dejaban de servir quince minutos antes del cierre de la galería, a las ocho.

El agente permaneció sentado otros veinte minutos. Cuando consideró que ya había estudiado lo suficiente la disposición de la calle, dobló el periódico y se lo guardó en un bolsillo. Bajó las escaleras y cruzó al otro lado.

Muy cerca, en el lado en que estaba situada la tienda de Karen Gries, había otras dos callejuelas, separadas unos veinte metros entre sí. Una llevaba a la parte de atrás de una panadería y a un aparcamiento público. Volkmann sabía, porque lo había comprobado, que en el lado opuesto había tres callejuelas más antes de que se acabara la calle. Dos no figuraban en el plano. Sabía que para que su plan funcionara dependía en gran parte de la suerte y de la oportunidad, incluso en el caso de que Karen Gries mordiera el anzuelo.

Una escalera angosta tapizada con una alfombra roja llevaba hasta un rellano; sobre el vidrio esmerilado de la puerta había un rótulo que decía: "Lederwaren bei Bruno & Karen Gries."6

Dentro había percheros con prendas de cuero y cubiertas con bolsas de plástico colgadas a ambos lados, y cuando Volkmann entró el olor dulzón del cuero era tan fuerte que casi ahogaba. Vio a un hombre de mediana edad y medio calvo que le enseñaba una falda a una mujer. Detrás de él pudo ver una oficina acristalada y en su interior a una joven muy guapa, con el pelo rubio cortado casi al rape y vestida con un mono de cuero, que conversaba con una mujer asiática. Volkmann adivinó que la joven rubia era Karen Gries y que el hombre era su marido. Dio una vuelta por la tienda y al cabo de unos minutos oyó voces. Eran la rubia y la asiática que se dirigían a la puerta. La mujer rubia besó a la otra en la mejilla y le entregó una bolsa de plástico con la compra. La asiática se marchó y la joven se volvió hacia Volkmann.

-¿Puedo servirle en algo? -preguntó con una sonrisa.

El mono de cuero le venía un poco ajustado y vista de cerca su rostro sensual era más atractivo que bonito. Además, llevaba demasiado maquillaje. La pintura de labios y de uñas era del mismo rojo brillante y llevaba dos pesados brazaletes de oro y una gruesa cadena de oro alrededor del cuello. La cremallera del mono abierta dejaba ver sus grandes pechos, y aunque no era bonita, tenía un tipo sensacional. En conjunto daba la apariencia de ser una mujer hecha para la cama. Volkmann pensó que no parecía ser la clase de mujer capaz de sentirse atraída por alguien como Lubsch, a menos que la excitara el peligro, pero por la forma en que ella le midió con la mirada, comprendió que le gustaban los hombres.

-¿Karen Gries?

-Sí.
-Me llamo Volkmann, señora Gries. Soy colega de Érica KranzLa sonrisa de la mujer se esfumó en el acto; en aquel momento se abrió la puerta y una pareja entró en la tienda. Mientras los clientes mezclaban a curiosear entre los percheros, Karen Gries les miró ycontestó con una sonrisa forzada cuando la saludaron con un gesto.
Después se volvió otra vez hacia Volkmann, con una expresión agria.
-¿Qué quiere?
-Quiero hablar con usted de Wolfgang Lubsch. ¿Hay algún lugar discreto donde podamos conversar, señora Gries?
-¿Cómo dijo que se llamaba?
-Volkmann. Joseph Volkmann. -Le mostró por un segundo la credencial de prensa y la muchacha la miró.
-¿Por qué ha venido aquí?
-Su amigo Lubsch tuvo una charla con Érica y conmigo ayer por la tarde. Pero no nos ayudó mucho. Necesito hablar con Lubsch otra vez.
-Desperdicia su tiempo viniendo aquí, señor Volkmann -afirmó la mujer con expresión airada-. Y Lubsch no es un amigo, sino alguien que conocí hace mucho tiempo. Érica me preguntó si le podía ayudar a buscarle porque necesitaba hablar con él. Pero nada más. Así que si no le importa, señor Volkmann... - Karen Gries se volvió impaciente y miró hacia el calvo que acababa de hacer una venta. El hombre advirtió que ella le miraba; le respondió con una media sonrisa y observó con suspicacia a Volkmann antes de volver la atención a su cliente.
-Señora Gries, necesito la ayuda de Lubsch -dijo Volkmann-. Usted es la única vía para llegar hasta él.
-Ya se lo he dicho. Pierde el tiempo. No puedo ayudarle. No sé cuál es su problema y no quiero saberlo. Ahora, adiós, señor Volkmann. -La joven iba a darle la espalda, pero se detuvo al oír lo que dijo Volkmann.
Podemos hacer esto de dos maneras, señora Gries. ¿Qué quiere decir?
-Me escucha y hace lo que le pido o llamo a la policía y les informo de lo mala chica que ha sido. Estoy seguro de que les interesará muchísimo saber que mantiene contacto con un terrorista. Antes de que sepa lo que está pasando, la brigada antiterrorista allanará el local y la interrogará a usted y a su marido. No le quepa la menor duda de que sus clientes lo leerán en los periódicos. ¿Me comprende, señora Gries?
- Es una amenaza, Volkmann? -preguntó Karen que echaba fuego por los ojos.
-Sólo le pido su colaboración. También puedo decirle a su marido que todavía folla con Wolfgang Lubsch.
Karen Gries miró a Volkmann casi sin poder contener la indignación. Apretó los labios y se le hincharon los músculos del cuello,
-¿Quién cono se cree que es para hacer una acusación como ésa>
-Todavía le ve, ¿no es así?
El calvo acompañó al cliente hasta la puerta. Volkmann vio que le miraba como si presintiera que algo no andaba bien, y sin hacer caso de los otros dos clientes que había en la tienda, se acercó a ellos.
-¿Está todo en orden, Karen? ¿Puedo ayudarte en algo?
-Bruno, éste es el señor Volkmann -se apresuró a contestar la mujer-. Es colega de una amiga mía. Quiero hablar en privado con él ¿Podrías ocuparte de atender la tienda tú solo durante unos minutos?
-Encantado de conocerle, señor Volkmann -dijo el calvo y le es
trechó la mano. Miró a su esposa y le puso una mano en la cintura .
¿Estás segura de que no pasa nada?
-Desde luego, Bruno. -Karen sonrió-. Ocúpate de los clientes. -Se volvió hacia Volkmann y en un tono seco añadió-: Iremos al despacho, señor Volkmann.
Volkmann la siguió. La pequeña oficina estaba llena de cosas y decorada con fotografías de modelos vestidos con ropas de cuero. En las paredes colgaban fotos autografiadas de artistas de cabaret y cantantes. La mesa de despacho que había en el centro de la habitación estaba cubierta de revistas de moda y papeles. Karen cerró la puerta y se sentó muy tiesa detrás del escritorio; miró furiosa a Volkmann. Al otro lado del cristal podía ver a su marido conversando con los dos clientes.

-¿Qué diablos pretende viniendo aquí? -La joven le miró con frialdad y sus pechos presionaron contra la cremallera.
-¿Ha hablado con Lubsch desde que concertó el encuentro en Rüdesheim, señora Gries?
-No. Ya se lo he dicho; esto no tiene nada que ver conmigo. Comete un error.
Volkmann la miró a la cara y supo que mentía.
-Lubsch no nos ayudó mucho. -Vio que Karen Gries le miraba impaciente como si ya lo supiera-. ¿Sabe dónde está, señora Gries.
-No, no lo sé.
-Pero puede ponerse en contacto con él.
-Escúcheme. -Karen Gries se echó hacia delante y apoyó las manos sobre la mesa-. Lubsch no es la clase de tío con el que se pueda jugar. ¿Se da cuenta del follón en que se puede meter viniendo aquí para amenazarme? Podría acabar herido, Volkmann. De gravedad--Le miró a la cara-. Y no me refiero a un morado en la mandíbula. -Esto va también por Érica. Si llama a la policía, Lubsch se cabreara-¿Me comprende?
-Quiero que llame a Lubsch. Dígale que vuelva a reunirse conmigo.
-Está loco? Vayase a hacer puñetas, Volkmann, salga de aquí.
Mientras Karen Gries se ponía de pie, Volkmann consultó su reloj.
-Son las once y cuarto, señora Gries. Quiero que Lubsch se reúna conmigo esta tarde a las siete. Esto le da tiempo más que sobrado para ponerse en contacto con él. De lo contrario, haré mi llamada.
-Volkmann, está loco. Quiero que se vaya. Ahora, ya.
-Quiere ver lo loco que estoy? -Volkmann cogió el teléfono y marcó un número mientras la mujer le miraba indignada. Ambos escucharon que levantaban el auricular y Volkmann dijo-: ¿Policía...?
-Miró a la muchacha que con los ojos desorbitados descargó un manotazo sobre el auricular.
-No tendría que haber escuchado a Érica -afirmó Karen Gries.
A las siete -repitió Volkmann. Colgó-. Si Lubsch llega un minuto tarde haré la llamada.
¿Dónde? -preguntó la mujer con el rostro arrebolado.
-Al otro lado de la calle hay un bar llamado Zum Dortmunder. Dígale que le espero dentro a las siete en punto. Que quiero hablar con él a solas. Sólo hablar. No quiero violencia, ¿me comprende? Y no intente llamar a Érica. No está en el país.
-Espero que se dé cuenta del follón en que se ha metido, Volkmann.
-Eso es cosa mía.
El agente dio media vuelta y se marchó.
Fue hasta el aparcamiento subterráneo, se subió al coche y cruzó el puente sobre el Rin en dirección a Wiesbaden. Le quedaban ocho horas hasta el encuentro. Condujo a través de Wiesbaden por las carreteras secundarias hacia el norte, adentrándose en las colinas detrás del Rin. Cuando llegó a la pintoresca ciudad balneraria de Bad Schwalbach torció al este y entró en el gran parque natural de Rin-Taunus. lardó unos cuarenta minutos en hacer el viaje.
En verano el parque estaba siempre lleno de turistas y tiendas de acampada, pero en esta época del año era un enorme lugar desierto, castigado por el viento que soplaba entre los bosques de pinos y abetos que cubrían las colinas onduladas. Hacía mucho frío, y a unos quince minutos de Bad Schwalbach vio un cartel que indicaba hacia el lago.
Se desvió por la pista forestal. Después de recorrer unos cincuenta metros por el bosque vio el cartel del lago. Aparcó el coche, y continuó a pie por la pista entre los árboles. Al cabo de cinco minutos llegó a la orilla de un lago pequeño. No había nadie a la vista. El viento helado encrespaba la superficie del lago. Un poco más allá vio un embarcadero de madera que se adentraba unos diez metros en el agua, provisto con postes, a intervalos de dos metros, para amarrar los botes.
El agua era profunda al final del embarcadero. Volkmann se fumó un cigarrillo mientras contemplaba el panorama, con la mente ocupada en repasar los posibles escenarios. Cinco minutos más tarde, aplastó la colilla, volvió al Ford y puso en marcha el motor.
Si el plan funcionaba, el lago era lo bastante remoto y tranquilo como para que no le molestaran. Si es que funcionaba.

Regresó a Wiesbaden y encontró una ferretería en las afueras. Compró veinte metros de cuerda de plástico naranja, una linterna con funda de caucho y cuatro pilas de recambio. Guardó la compra en la guantera del coche y emprendió el viaje de retorno a Francfort.
Cuando entró en el apartamento, las ventanas del salón estaban cerradas pero el aire olía a lavanda fresca. Se sirvió un vaso de whisky en la cocina y después se acostó en el sofá.
Consultó el reloj. Las dos y cuarto. Intentaría dormir un par de horas antes de regresar a Mainz.
Se despertó a las cuatro y llegó a Mainz poco después de las cinco. No sabía si necesitaría o no el coche; todo dependía del número de hombres que Lubsch trajera consigo y los vehículos que tuvieran. Estaba seguro de que Lubsch acudiría a la cita, pero no vendría solo y además, iría armado.
Había tratado antes con tipos como él. No se lo pensaban dos veces a la hora de disparar en una calle concurrida. Si quería que su plan funcionara tendría que actuar deprisa.
Decidió utilizar el mismo aparcamiento subterráneo de antes. Estaba a sólo una manzana de la tienda de Karen Gries, pero era una distancia excesiva si se presentaba una emergencia. Sin embargo, no tenía otra opción porque en la calle de la tienda de Karen había doble línea continua y no podía correr el riesgo de que la grúa le jugara una mala pasada.
Revisó la Beretta antes de bajar del coche. Se aseguró de que tuviera el seguro puesto y se la metió en el bolsillo derecho. En el izquierdo se guardó la linterna y las pilas de recambio, y la cuerda la introdujo en el bolsillo interior del abrigo.
Como a las cinco de la tarde ya era oscuro, las luces de Navidad que adornaban las calles y los edificios ya estaban encendidas. Se paseó por la calle de la tienda, mezclado entre la gente. Si había acertado, Lubsch y los suyos llegarían temprano. Al menos una hora o quizas una hora y media antes. Seguramente Lubsch enviaría primero a un mensajero al bar, y haría que otro vigilara el local antes de la hora de la cita. Ellos no esperaban que fuera armado ni tampoco que hubiera pasado a la ofensiva.
Compró un periódico y entró en la misma cafetería de la mañana. Tuvo que esperar diez minutos en la puerta antes de conseguir una mesa junto a los ventanales. Pidió un café y desplegó el periódico aunque sin apartar la vista de la calle. Miró la hora. Las cinco y treinta y un minutos.
Esta vez no era una furgoneta Mercedes sino un coche Opel azul oscuro. Volkmann vio pasar el coche al cabo de una media hora. Recorrió la calle y dio la vuelta a la esquina. Repitió la maniobra tres veces antes de aparcar a unos cincuenta metros de distancia en la misma acera de la tienda de Karen. Había tres hombres en el coche: dos delante y uno detrás.
Volkmann reconoció a Lubsch sentado al volante, la cara iluminada por las bombillas multicolores colgadas a través de la calle. El pelirrojo llevaba el mismo anorak oscuro y era al único al que se le podía ver la cara. A los otros no los podía ver debido al ángulo de visión.
Cinco minutos más tarde, el hombre en el asiento trasero se apeó del coche, cerró la puerta y caminó hacia la tienda de Karen Gnes. Había una farmacia junto a la galería de arte, con un cartel luminoso; el hombre se situó bajo la arcada. Sacó un periódico e hizo ver que leía. Volkmann le reconoció: era uno de los que había estado en la furgoneta. Se encargaría de vigilar el bar y Volkmann supo que iba provisto de un radiotransmisor portátil.
Había llegado el momento de actuar con rapidez; notó los latidos acelerados de su corazón y el sudor en las palmas de las manos. La calle seguía abarrotada, la gente le serviría de protección, pero no había que olvidar que era un lugar abierto, vulnerable y peligroso. Si Lubsch o sus hombres comenzaban a disparar existía la posibilidad de que alguno de los transeúntes resultara herido.
Volkmann volvió a mirar la hora. Faltaban cuarenta minutos para la cita y sabía que no podía esperar más, tenía que hacerlo antes de que Lubsch saliera del coche o volviera a dar otra vuelta a la manzana.
El acompañante de Lubsch le planteaba además otro problema adicional; todo dependía de la suerte y de que el hombre que vigilaba el Zum Dortmunder hubiera dejado sin poner el pestillo de seguridad de la puerta de atrás. A Volkmann no le preocupaba la gente de la calle porque sólo les interesaba lo que había en los escaparates. Vio que Lubsch miraba a través de la ventanilla, impaciente. El terrorista apostado bajo la arcada de la farmacia vigilaba continuamente el bar por encima del periódico. El escaparate de la farmacia estaba decorado con un árbol de Navidad, y las luces intermitentes de colores iluminaban el rostro y el vapor del aliento de aquel hombre.

Volkmann notó la tensión en los músculos del cuello. Guardó el periódico y pagó la consumición. Había llegado el momento de actuar.
Salió a la calle y cruzó a la otra acera. Se hallaba a unos diez metros detrás del Opel. Mientras caminaba hacia el vehículo forzó la mirada para ver si la puerta trasera tenía puesto el seguro. A cinco metros del coche vio que no. El hombre sentado en el asiento del acompañante quitó el vaho de la ventanilla con la manga de la chaqueta y Volkmann alcanzó a verle de perfil. Era el mismo que le había golpeado. Sonreía mientras hablaba con Lubsch y repiqueteaba el volante con los dedos, también impaciente.
Volkmann dio media vuelta y retrocedió hasta el callejón de la panadería que estaba vacío. Abrió el periódico, sacó la pistola, le quitó el seguro, y la ocultó entre las páginas. Mientras regresaba a la calle principal miró hacia el Opel azul. El acompañante continuaba con la charla. El terrorista en la puerta de la farmacia se asomó por un momento para mirar el coche y volvió a desaparecer de su vista.
El agente se acercó al coche por detrás, abrió la puerta y se metió en el asiento trasero, con la pistola en la mano. Los dos hombres se volvieron y Volkmann vio la sorpresa en sus rostros mientras Lubsch exclamaba: "¿Qué carajo...?" Entonces el terrorista intentó meter la mano debajo de la chaqueta y lo mismo hizo el acompañante.
Volkmann descargó dos puñetazos tremendos contra el rostro del pasajero y la cabeza del hombre se estrelló contra el parabrisas. Antes de que Lubsch tuviese tiempo de sacar su arma, Volkmann apretó el cañón de la Beretta contra el cuello del terrorista.
-No lo haga -dijo. El rostro de Lubsch mostraba un color blanco tiza y Volkmann añadió-: Saque el arma del bolsillo. Démela muy despacio, por la culata. Si intenta cualquier cosa, le vuelo la cabeza.
-Volkmann, dése por muerto... -murmuró Lubsch.
-Hágalo. -Lubsch sacó poco a poco la pistola del bolsillo y se la alcanzó sujetándola por el cañón-. Vuélvase. Mire hacia delante. No diga nada y arranque el coche. Vaya hasta el final de la calle y gire a la derecha. Siga hasta que yo le diga. No intente hacer nada cuando pasemos junto a su amigo.
-Volkmann, cuando esto se acabe...
Volkmann sujetó el cuello del anorak de Lubsch y tiró con fuerza aumentado la presión de la pistola contra la carne.
-Pórtese bien y usted y su amigo podrán marcharse con vida. Si no lo hace, le mato. ¿Está claro? Ahora arranque. Conduzca.
Volkmann soltó a Lubsch y el pelirrojo puso el coche en marcha. Mientras lo hacía, Volkmann cacheó al acompañante, inconsciente por el golpe. Encontró una Walther PPK en el bolsillo derecho del terrorista y un radiotransmisor portátil en el otro. El agente dejó las dos cosas en el suelo junto al arma de Lubsch, sin dejar de apuntar al terrorista que aceleraba el coche.
El agente vio la expresión de incredulidad en el rostro del terrorista de guardia cuando el coche pasó por delante de la farmacia. Un instante después arrojó el periódico al suelo y echó a correr detrás del Opel.
-Siga conduciendo. Acelere -ordenó Volkmann.
El Opel cogió velocidad en el momento en que el tercer hombre se ponía a la altura del coche. Volkmann alcanzó a echar el seguro justo cuando el terrorista cogía el tirador e intentaba abrir la puerta. El rostro del hombre se apretó contra la ventanilla con una expresión de furia mientras golpeaba con los puños el cristal. Volkmann apretó la Beretta contra el cuello de Lubsch.
-¿Cómo se llama su amigo? -preguntó.
-Hartig -masculló Lubsch.
-Feliz Navidad, Hartig -dijo Volkmann con una sonrisa.
Entonces el coche aceleró, giró en la esquina y el rostro del terrorista desapareció de la ventanilla.

24

Al cabo de media hora entraron en la ciudad de Bad Schwalbach; Volkmann le ordenó a Lubsch que tomara el desvío hacia el parque natural de Taunus. En el momento en que un coche que venía de frente les iluminó con los faros pudo ver que el acompañante de Lubsch comenzaba a recuperar el sentido.

Rápidamente deslizó el pulgar en la cavidad de detrás de la oreja izquierda, justo en el punto donde la mandíbula se une al cráneo, le rodeó la nuca con los otros cuatro dedos y apretó. Aplicó la presión de golpe y se oyó un pequeño quejido. La mirada de Lubsch se desvió furiosa hacia Volkmann que seguía apuntándole con la pistola a la cabeza.
-¡Mantenga los ojos en la carretera! -le gritó el agente.
Sabía la presión exacta que debía aplicar y al cabo de unos segundos notó cómo se aflojaba el cuerpo del terrorista. Una presión más fuerte le habría matado en un par de minutos, pero de ese modo sólo le dejaría inconsciente durante unas dos horas.
Al tiempo que el cuerpo se desplomaba sobre el asiento pudo oír cómo respiraba: primero fuerte; después lenta y regularmente. Volkmann le buscó el pulso. Era un poco lento pero no representaba ningún problema. Tenía un pequeño reguero de sangre en la boca y la barbilla, restos de la hemorragia producida por el golpe. Por el ruido del hueso cuando le golpeó, Volkmann pensó que le había roto el tabique nasal o la mandíbula.
¿Quién coño es usted, Volkmann? -preguntó Lubsch.
-Cállese y siga conduciendo.
Cuando al cabo de unos diez minutos llegaron al camino forestal, Volkmann le ordenó que tomara la pista que llevaba hasta el lago; la media luna asomaba entre los nubarrones oscuros. A unos veinte metros de la orilla le dijo que frenara, apagara el motor y se apeara. Acto seguido, Volkmann sacó las llaves del contacto. Encendió la linterna y le indicó al terrorista que caminara hacia el embarcadero. El viento sacudía con furia los árboles en el linde del bosque, y la luz de la luna arrancaba destellos en el agua encrespada. Alumbró el camino para Lubsch mientras le seguía.
Faltaban unos dos metros para llegar al embarcadero cuando el terrorista intentó escapar. Se desvió bruscamente a la derecha y echó a correr como un gamo hacia los árboles. El agente corrió tras él, soltó la linterna cuando le tuvo a su alcance y le agarró por un hombro. Los dos cuerpos entrechocaron en la oscuridad y Lubsch descargó una lluvia de golpes contra él.
El terrorista se aferró a la pistola de su perseguidor e intentó arrebatársela. Lubsch era fuerte, pero Volkmann le aventajaba. Le rodeó el cuello con el brazo libre, y apretó. Oyó cómo intentaba respirar, pero a pesar de ello mantuvo la presión en la garganta. Al cabo de unos segundos notó cómo Lubsch se desvanecía y le dejó caer al suelo. Volkmann recuperó la linterna y le iluminó el rostro; no estaba inconsciente, pero tenía las pupilas dilatadas por la falta de oxígeno. Se masajeaba la garganta y de pronto le sobrevino un violento acceso de tos. Mientras jadeaba en busca de aire miró a Volkmann.
-Cuando esto se acabe, Volkmann, puede darse por muerto... Cadáver -amenazó Lubsch con voz ronca.
-Levántese, Lubsch -ordenó Volkmann, y le indicó con la pistola que se dirigiera hacia el lago-. Camine hasta el final del embarcadero. -Lubsch se levantó con gran esfuerzo. Cuando llegaron al borde del agua, Volkmann añadió-: Ahora átese los cordones de los zapatos entre sí.
-¿Qué?
-Ya me ha oído. Hágalo.
Volkmann mantuvo el arma apuntándole mientras le observaba atarse unos con otros los cordones de los zapatos. Cuando acabó, dirigió la luz de la linterna a sus pies para comprobarlo. Después le ordenó que se quitara el cinturón y se echara boca abajo sobre el embarcadero. Lubsch hizo un amago de resistencia y Volkmann le obligó de un empujón. Una vez que se hubo quitado el cinturón, Volkmann lo utilizó para atarle las manos detrás de la espalda. A continuación, le obligó a sentarse. Hacía mucho frío y el viento que soplaba desde el lago les helaba la cara.
-Podemos hacer que sea fácil o difícil, Lubsch -manifestó Volkmann-. La manera fácil es que me diga lo que necesito saber. La difícil es que le lleve junto con su amigo a la comisaría más próxima.
-¿De verdad cree que se saldrá con la suya, Volkmann? -le preguntó Lubsch con el rostro lívido de rabia-. Mis hombres le cazarán, le matarán como a un perro. ¿Quién coño es usted? ¿Un poli?
-Piénselo -dijo Volkmann sin hacer caso a la pregunta-. Le pueden caer unos veinte años en una prisión de máxima seguridad. Eso si el juez está de buen humor. Vigilarán todos sus movimientos. No tendrá visitas, excepto las de su abogado, si es que tiene la suerte de conseguir uno. -Volkmann se guardó la pistola en un bolsillo, sacó la cuerda y la sostuvo delante del rostro de Lubsch-. Usted decide. Le envuelvo como un regalo de Navidad junto con su amigo y les dejo delante de la comisaría, o habla.

Volkmann alumbró el rostro de Lubsch, que desvió la mirada deslumbrado por la luz. El viento que soplaba por encima de las aguas oscuras del lago era helado, y los únicos ruidos que se oían eran el chapoteo de las olas y el murmullo del aire entre las copas de los árboles. Lubsch permaneció sentado sin moverse mientras pensaba en su situación. Cuando miró otra vez al agente, tenía el rostro amoratado de frío.
-¿Y qué saco yo si hablo? -preguntó.
-Dejaré que usted y su amigo se vayan.
-¿Qué coño quiere saber, Volkmann?
-Lo mismo que le pregunté la última vez que nos vimos. Quiero saber cosas de Dieter Winter y sus amigos.
-¿Cómo sé que cumplirá su palabra y nos dejará marchar?
-Tendrá que confiar en mí. Pero si no me dice toda la verdad, o descubro que me ha mentido, su amiga Karen recibirá la visita de la policía.
-De verdad que está como una cabra, Volkmann -dijo Lubsch con la voz ahogada por la rabia mientras entornaba sus ojos azules para protegerlos de la luz de la linterna-. Ya me lo dijo Karen. Pero si cree que podrá salirse con la suya...
Volkmann no le dio tiempo de acabar la frase. Cogió a Lubsch por el cuello del anorak y lo arrastró hasta el borde del embarcadero. Después agarró al terrorista por los pelos y le sumergió la cabeza en el agua helada. Lubsch luchó por soltarse. Se removió a un lado y al otro mientras intentaba golpear a su torturador con los pies. Volkmann observó como subían las burbujas a la superficie mientras contaba hasta diez. Después sacó la cabeza de Lubsch fuera del agua. El terrorista comenzó a boquear en busca de aire.
-La última oportunidad, Lubsch. ¿Hablará o qué? -Al ver que Lubsch no respondía, Volkmann le volvió a agarrar del pelo.
Por el amor de Dios, Volkmann -chilló Lubsch tosiendo para sacar el agua de los pulmones-. Está bien, está bien, se lo diré.
Volkmann le arrastró un poco más atrás y esperó hasta que Lubsch recuperó la respiración. Tenía el pelo aplastado sobre el cráneo y la frente. Le goteaba agua de la cara y tiritaba de frío.
Quiero saberlo todo desde el principio, Lubsch. Desde el momento que conoció a Winter. No se olvide de nada. ¡De Nada! ¿Está claro?
Lubsch volvió a toser y escupió en el suelo. Durante unos instantes no se movió hasta que empezó a respirar con normalidad. Entonces miró a Volkmann y después desvió la mirada antes de hablar.
-Conocí a Winter en Heidelberg. Estudiaba en la Facultad de Historia.
-¿Eran amigos?
-No, Volkmann. No éramos amigos. Sólo conocidos. Algunas veces nos encontrábamos en las tabernas a las que acudían los estudiantes, para tomar una copa y discutir.
-Háble me de Winter.
-¿Qué quiere saber? -preguntó Lubsch después de estornudar y escupir en el agua.
-Ya se lo he dicho. Todo.
-Winter y yo estábamos en lados diferentes en cuestiones de política. Él era un patriotero de derechas, y a mí me iba la izquierda. Pero Winter siempre fue un orador convincente. Incluso, durante un tiempo, se las apañó para convencerme de que teníamos algo en común.
-¿Qué?
Lubsch miró a Volkmann y una vez más desvió la mirada.
-El futuro de Alemania.
-¿A qué se refiere?
-Era el tema favorito de Winter. Él y sus amigos sostenían la idea de que podían cambiar el país.
-¿Quiénes eran sus amigos?
-Otros estudiantes. Gente que compartía sus ideas.
-Háble me de sus amigos.
-¿Por qué, Volkmann? -preguntó Lubsch, en un tono de desconfianza-. ¿Tiene relación con los asesinatos, o es otra cosa?

-Continúe hablando hasta que yo le diga. ¿Qué hay de sus amigos?
Lubsch vaciló; volvió a mirar hacia el lago. Tenía el cuello hundido en el anorak empapado, y mientras permanecía sentado en el embarcadero su cuerpo delgado se estremecía de frío. Cerró los ojos con fuerza por un momento.
-Llegué a conocer a Winter bastante bien durante el primer semestre de nuestro segundo año en la universidad. Cada vez que íbamos a tomar unas cervezas discutíamos de política. A Winter le gustaba beber y hablar, pero nuestras discusiones nunca fueron violentas. Discutíamos con fervor porque manteníamos posturas opuestas. Un día me invitó a ir con él y un grupo de sus amigos a pasar un fin de semana en la región de Lüneburg. Fuimos siete. Algunos estudiantes, pero sólo Winter y yo pertenecíamos al campus de Heidelberg. Los otros procedían de diferentes zonas de Alemania y también de otros ambientes, la mayoría eran trabajadores. Había un par de tipos duros, sin mucha cultura, pero eran invitados de Winter. Nos alojamos en una casa de alquiler en el bosque e íbamos a beber a las tabernas locales. Paseábamos y hablábamos día y noche. De política. Filosofía. Historia.
-¿Y los otros, también conocían a Winter? -Sí -contestó Lubsch-. Era como una fraternidad. Como si se conocieran muy bien entre ellos.
-¿Quiénes eran esos amigos de Winter? -preguntó Volkmann, que aprovechó la pausa del terrorista.
-Ya se lo he dicho, Volkmann. Eran sus invitados. Yo no los conocía de antes.
-Quiero nombres, Lubsch.
-Sólo recuerdo uno -respondió éste, tras dudar un segundo-. Un estudiante de ciencias. Se llamaba Kesser. Lothar Kesser. Tenía más o menos mi edad y era de Baviera. -¿De qué parte de Baviera?
--Un pueblo pequeño. -El terrorista sacudió la cabeza-. No recuerdo el nombre.
-Dice que el grupo era como una fraternidad. ¿A qué se refiere? -Era como si tuvieran algún vínculo entre ellos... No sé, me producían una sensación extraña. Parecía una sociedad secreta. No me pida que se lo explique porque no puedo. Pero sentía como si yo estuviera fuera del círculo, un extraño. Alguien que estaba allí sólo porque Winter me había invitado. -Continúe.
-Una noche, después de que todos los demás se acostaron, el tal Kesser me invitó a dar un paseo por el bosque. Sólo nosotros dos. Fuera estaba muy oscuro y había bebido unas cuantas copas. Pero accedí, porque me pareció que quería hablar conmigo a solas. Así que paseamos durante casi una hora. Kesser sólo hablaba del pasado de Alemania. No de las cosas malas. Las buenas. De cómo Alemania había conseguido superar siempre las épocas de penurias y trastornos sociales. Había escalado todos los obstáculos. Había creado el orden a parar del caos. Toda esa mierda. Me pareció que intentaba soltarme todo un rollo político. Dijo que Alemania volvería a pasar por una fase de desórdenes. Que, sin duda, habría problemas en el futuro. No sólo en Alemania, sino en toda Europa. Sociales. Políticos. Económicos. Pero ambién habría grandes oportunidades. Todos éramos alemanes y cuando llegara ese momento tendríamos que unirnos y aprovechar la ocasión para crear una patria mejor. Yo estaba bastante borracho, pero pensé que Kesser hablaba como un idiota. Le dije que me sonaba a rollo idealista de niñatos.
-¿Y qué respondió él?
-Se enfadó conmigo y dijo que cuando llegara el momento él y aquellos que habían apoyado sus ideas recibirían apoyo financiero para su causa. Cuando le pedí más explicaciones, se negó a entrar en detalles. Estaba enterado de mi participación en una rama de la Facción del Ejército Rojo, y añadió que él y Winter no me veían a mí ni a mis amigos como terroristas, sino sencillamente como alemanes desencantados que buscaban una Alemania diferente. Dijo que si nos interesaba podíamos unirnos a él.
-¿Cuál fue la respuesta?
-Le respondí que era muy amable de su parte, pero que estaba en un error, porque yo no pertenecía a ningún grupo. Estaba borracho, Volkmann, pero todo y así desconfiaba. Además, pensaba que Kesser no jugaba limpio. Quizá Winter y Kesser eran infiltrados de la Bundespolizei. Es lo que hacen, sabe. Envían a sus mejores cadetes a las universidades alemanas para que espíen a los estudiantes extremistas. Les siguen el juego y después los cazan.
-¿Cuál fue la reacción de Kesser a su negativa?

-Dijo que cometía un grave error. No comentó nada más, y ahí acabó la conversación. Pero después de aquello, Winter se distanció de mí en la facultad. Casi nunca me hablaba y si nos encontrábamos siempre mantenía las distancias.
Sopló una ráfaga de viento procedente del lago y Lubsch tiritó.
-¿Volvió a ver a Kesser? -preguntó Volkmann.
Lubsch permaneció en silencio durante unos momentos, ensimismado en la contemplación del agua. Después miró al agente.
-Le vi hará unos dos años.
-Dígame qué pasó.
-Una noche, un amigo mío recibió una llamada. El tipo no quiso decir quién era. Pero quería que me transmitiera un mensaje. Dijo que Lothar Kesser deseaba verme. Tenía una propuesta importante que podía interesarme. Dejó un número de teléfono y una hora para que le llamara y le pidió a mi amigo que pasara el mensaje. Así que llame. Atendió Winter. Se mostró muy amable. Cuando le pregunté de qué se trataba, respondió que él y Kesser deseaban reunirse conmigo y que no era prudente discutir el tema por teléfono. Pero recalcó que era muy importante. Dijo que si no confiaba en él podía llevar a un par de mis hombres, sólo para estar más seguro. Y que podía escoger el lugar del encuentro.
-¿Qué hizo entonces?
-Me picó la curiosidad, así que acepté que nos reuniéramos en las afueras de un pequeño pueblo de la Selva Negra. Llevé conmigo a un par de hombres para que inspeccionaran el lugar. Pero Winter y Kesser estaban solos. Nos dirigimos a las montañas y los tres fuimos a dar un paseo. Cuando les pregunté de qué iba la historia, Kesser se encargó de las explicaciones. Me hizo una proposición. A mí y a mi grupo.
-¿Qué clase de proposición?
-Dijo que nos podía ofrecer todo lo que los rusos nos habían suministrado en el pasado.
-¿A qué se refiere?
-Armas. Explosivos. Lo que quisiéramos.
-¿Le mencionó Kesser dónde los conseguía?
-No, no lo dijo.
-¿ Se lo preguntó ?
-Claro. Pero contestó que no era asunto mío. Que la oferta era legal y que podía aceptarla o dejarla. La decisión estaba en mis manos y en las de mi gente.
-¿Qué pensó de la proposición?
-Pensé que era una locura, Volkmann. -Lubsch sonrió con ironía-. Un grupo de extrema derecha suministrando armas a un grupo terrorista de extrema izquierda. No tenía ningún sentido.
-¿No aceptó?
-Claro que acepté. Kesser podía estar loco, pero yo no. Nuestros depósitos de armas estaban casi vacíos. No llegaba casi nada de la URSS. Además, después de la caída del Muro nos volvieron la espalda.
-¿Qué clase de armas les suministró la gente de Kesser? -Al ver que el terrorista titubeaba, Volkmann repitió-. ¿ Qué clase de armas, Lubsch?
-Armas ligeras y explosivos. Ametralladoras, fusiles de asalto, pistolas. Granadas y Semtex. Una vez incluso, un lanzagranadas que necesitábamos para cargarnos el coche de un político.
Volkmann observó al terrorista antes de formular su pregunta.
-¿Qué me dice de las condiciones? ¿Kesser estableció algunas?
-Mi gente tenía que pagar por las armas. Pero era un pago simbólico. Para cubrir costes.
-¿Su gente no desconfió de los motivos de Winter?
-Volkmann -respondió Lubsch, que meneó la cabeza y se rió por lo bajo al escuchar la pregunta-, estábamos dispuestos a aceptar armas del diablo en persona, siempre que fueran buenas. Sólo podíamos dar gracias por ese suministro.
¿Durante cuánto tiempo les abastecieron Winter y los suyos?
-Unos dieciocho meses.
-¿Por qué? ¿Qué pasó? -Lubsch se volvió para mirarle y Volkmann apartó la luz de la linterna del rostro del terrorista.
-Kesser puso otra condición más.

-¿Cuál?
-Cada vez que recibíamos un suministro, nos pedían que les devolviéramos el favor. Nos sugerían que atacáramos ciertos objetivos.
-¿Qué clase de objetivos?
-Bancos. Entidades financieras. Edificios públicos. Las bases aliadas que todavía quedan en suelo alemán. Algunos de estos objetivos coincidían con los nuestros. Encajaban en nuestro plan de ataque y estuvimos encantados de devolverles el favor. Pero otros no. Sin embargo, los atacamos porque necesitábamos los suministros.
-Entonces, ¿por qué motivo Winter y Kesser dejaron de abastecerlos?
-Hará cosa de seis meses, las exigencias de Kesser comenzaron a desmadrarse. Quería que pusiéramos bombas en los albergues de inmigrantes. Ése no era nuestro estilo. Y que atentáramos contra algunas personas. Me dio tres nombres de personas a las que deseaba ver muertas.
-¿Kesser le dijo por qué quería matarlas?
-No, no lo dijo. Sólo eran parte del trato.
-¿De quién se trataba?
-Había dos a las que nunca había oído mencionar. Pero la tercera sí que la conocía, y no estaba dispuesto a matarla.
-Continúe.
-Era un político liberal de Berlín. Le dije a Kesser que nosotros no actuábamos de esa manera. Atacaríamos a los políticos y empresarios que encajaran dentro de nuestros objetivos. Pero no mataríamos a los tres de la lista.
-¿Qué dijo Kesser?
-Se limitó a sonreír y afirmó que él se encargaría de hacerlo. Pero a partir de entonces las cosas se pusieron tensas entre nosotros. La entrega que teníamos que recibir al cabo de un mes, no llegó. Además, ni Kesser ni Winter volvieron a ponerse en contacto conmigo.
-¿Quiénes eran las personas a las que querían matar?-Un tipo en Berlín -contestó Lubsch después de una pausa-. Se llamaba Rauscher, Herbert Rauscher. La otra era una mujer en Friedrichshafen, cerca de la frontera con Suiza.
-¿Su nombre?
-No lo recuerdo.
-Haga memoria, Lubsch.
-Hedda no sé cuantos. Pohl o Puhl. No estoy seguro.
-¿Quién era?
-Nadie. La viuda de un empresario.
-¿Y el hombre de Berlín oriental... el tal Rauscher?
-Un comerciante de poca monta. Otro don nadie.
-¿Los suyos comprobaron los antecedentes?
-Desde luego. No íbamos a matar a alguien sólo por gusto, Volkmann. Ésa no es la forma en que acostumbramos a llevar nuestros asuntos. Sólo atentamos contra aquellas personas que pensamos que se lo merecen. Los grandes empresarios que corrompen este país. Los políticos que les apoyan. La policía y las fuerzas armadas.
-Y Winter o Kesser ¿no le dijeron por qué querían asesinarlos?
-No. Ya se lo he dicho, Volkmann. Sólo era parte del trato.
-¿Quién era el político en Berlín?
-Se llamaba Walter Massow. -Lubsch miró hacia el lago y tembló; tenía los labios amoratados por el frío-. No es un animal político, sólo un hombre bueno y honrado que intenta hacer todo lo posible por los oprimidos en este país. Por eso le dije a Kesser que no. No éramos racistas y no apoyaríamos sus ideas fascistas. También le dije que si a Massow le ocurría alguna cosa me lo tomaría como algo personal. -El terrorista volvió a mirar al agente de la DSE-. Después de aquello, se acabó el suministro.
-¿ Le preguntó a alguno de ellos por qué querían atacar los albergues de inmigrantes?
-Sí. Kesser dijo que algunas colonias de inmigrantes habían organizado sus propios grupos terroristas para atacar a los partidarios de la derecha. Y a partir de ahora iban a responder a los ataques. Pero

Kesser era un ultraderechista, y ése es el tipo de excusa que alguien con sus antecedentes utiliza para justificar sus acciones.
-¿A qué se refiere?
-Cuando estuvimos en Lüneburg, le oí hablar de su padre. Durante la guerra, fue uno de los peces gordos de la SS. Mencionó que su viejo había ayudado a redactar el testamento de Brandeburgo para Adolfo Hitler. No sé a qué se refería, pero Kesser lo dijo con orgullo, como si con ello no cupiera duda sobre sus antecedentes.
-Al político... Massow, ¿qué le ocurrió?
-Nada. -Lubsch meneó la cabeza-. Le dejaron en paz.
-¿Y a los otros?
-No lo sé. Muertos, supongo.
Lubsch tiritó de frío cuando una ráfaga de viento helado sopló desde el lago.
-¿Por qué cree que no mataron a Massow? -le preguntó Volkmann.
-Quizá Winter pensó que era más conveniente dejarle vivo después de saber lo que yo opinaba. -Se encogió de hombros-. No lo sé, Volkmann. Sea como fuere, ni Kesser ni Winter volvieron a llamarnos. Además, tenía a otros para que les hicieran el trabajo sucio.
-¿A qué se refiere? ¿Quiénes?
-Nos enteramos de que Kesser y Winter suministraban armas a más grupos, y no sólo al nuestro.
-¿Se refiere a grupos terroristas?
Lubsch esbozó una sonrisa y sus labios temblaron de frío.
-Según como se mire, ¿no cree, Volkmann? Pero sí, para usted serían grupos terroristas.
-¿Qué grupos?
-Casi todos los que se pueden citar. Por lo menos, todos los importantes. Hizo el mismo trato con ellos. Armas a cambio de atacar los objetivos que le he mencionado.
Volkmann pensó por unos instantes. Se acercó al borde del embarcadero; dejó que el viento helado le azotara el rostro. Miró al terrorista.
-Todo lo que me ha dicho carece de sentido, Lubsch. ¿Cuál era la intención de Winter? ¿Cuál era el beneficio para él y sus amigos? ¿Por qué razón querría Winter que matara a esas personas? ¿Por qué no lo hicieron ellos mismos? Tenían las armas.
-No lo sé, Volkmann -respondió Lubsch con una sonrisa amarga-. Tengo una teoría. Pero tampoco lo explica todo, sólo una parte, y no tiene mucho sentido.
-Dígamela.
-Quizás el plan era provocar la anarquía. Winter y los suyos suministraban las armas, y sugerían los objetivos. Empresarios. Entidades públicas y privadas. Personal militar. Pero la gente acusaría de los atentados a los terroristas de izquierda, mientras que la derecha obtendría cada vez más apoyo a sus tesis. -Al ver que Volkmann no hacía ningún comentario, Lubsch se volvió hacia él-. ¿Cree que estoy loco, Volkmann?
-Dijo que una parte de su teoría no tenía mucho sentido. ¿Cuál?
-La gente que Kesser quería matar, aparte de Massow. Y otra cosa. Los que estaban detrás de Winter. Debían de tener dinero y una buena organización para comprar y distribuir armas y municiones en tales cantidades. Tal vez fuera un grupo de ultraderecha infiltrado en la policía o el ejército. O quizás un grupo de empresarios ricos. Gente para la que había algo en juego.
-¿De dónde provenían las armas?
-No lo sé.
-La muerte de Winter. ¿Fueron los suyos?
-No.
-Entonces, ¿quién le mató?
-No lo sé, Volkmann. Winter vivía en la cuerda floja. Trataba con otros grupos como el mío. Además era un bocazas. Y cuando bebía hablaba demasiado... Si juegas con fuego, te acabas quemando. Quizás alguno de ellos le quemó.
-¿Cuándo fue la última vez que le vio?
-Hace seis meses, cuando nos reunimos con Kesser.

-¿Cómo puedo encontrar a Kesser?
El terrorista miró al agente de la DSE; tenía el rostro amoratado de frío.
-No lo sé, Volkmann. Pero le daré un consejo. El mismo que le di antes. Si sabe lo que le conviene manténgase alejado de él y sus amigos. A menos que usted y la chica quieran acabar muertos.
-¿Los nombres de Karl Schmeltz o Nicolás Tsarkin le dicen algo? ¿Winter o Kesser mencionaron estos nombres en algún momento?
-No.
-¿Está seguro?
-Nunca mencionaron a nadie. Jamás. Excepto los que aparecieron en la lista. -Oyó castañear los dientes de Lubsch-. ¿Va a desatarme o no, Volkmann? ¿Acaso piensa dejarme sentado aquí toda la noche para que me muera de frío? Le he dicho todo lo que sé.
Volkmann desvió ligeramente la linterna a la derecha para no deslumbrar al terrorista, pero de forma que podía ver su rostro con toda claridad.
-Una pregunta más. Érica Kranz.
-¿Qué pasa con ella?
-¿Hasta qué punto llegaba su amistad con Winter en Heidelberg?
-¿Y me lo pregunta a mí, Volkmann? Pregúnteselo a ella.
-Conteste a la pregunta, Lubsch.
-Les vi hablar un par de veces en las fiestas. -El rostro del terrorista parecía helado cuando miró a Volkmann. Enarcó las cejas-. Pensaba que era amiga suya.
Volkmann no hizo caso del comentario y se puso de pie.
-Gracias por la charla.
-Que le den por el culo.
Volkmann vio la rabia reflejada en la mirada de Lubsch. Se alejó, pero después se volvió hacia el terrorista y le iluminó el rostro.
-Esta noche le he hecho un favor, Lubsch. Se merece estar en la cárcel durante el resto de su vida. Sólo cumplo con mi palabra. Pero si descubro que me ha mentido, o si intenta vengarse, la policía le hará una visita a su amiga Karen. Una cosa más. Manténgase apartado de Érica Kranz. -Volkmann apagó la linterna y el embarcadero quedó a oscuras-. Encontrará el coche cerca de la tienda de Karen. Le dejaré a su amigo para que le haga compañía.
Mientras caminaba hacia el Opel escuchó el aullido del viento que soplaba a través del lago, y los gruñidos de Lubsch que se retorcía para librarse del cinturón en medio del frío y la oscuridad.

25

Volkmann llegó a su apartamento hacia la medianoche. La muchacha dormía en el cuarto de invitados. Llamó a Peters a su casa. En cuanto éste conectó el codificador, Volkmann le puso al corriente de lo sucedido con Lubsch.
-Caray, Joe, te has jugado la piel. ¿Quieres que pase el nombre de la chica al BFV?
-No. Primero esperemos a ver qué pasa. Si Lubsch intenta meterse conmigo se lo daremos.
-¿Crees que Lubsch te ha dicho la verdad?
-No lo sé, Tom. Diría que sí, pero tendré que comprobarlo.
-¿Qué vas a hacer? Ferguson estará fuera durante un par de días.
-Seguiré adelante.
-De acuerdo. Pero si necesitas ayuda, avísame. Recibimos un comunicado sobre Erhard Schmeltz del Centro de Documentación de Berlín.
-¿Qué dice?
-Tienen registros del partido nazi a partir de 1925, cuando el partido comenzó a inscribir oficialmente a sus afiliados. Hay un Erhard Jonann Schmeltz nacido en Hamburgo, con el número de afiliado seis-ocho-nueve-seis-cuatro. Presentó la solicitud a finales de noviembre de 1927 y la fecha de nacimiento

es la misma que figura en el informe de Sánchez. Si tenemos en cuenta la fecha de inscripción y el hecho de que el Partido llegó a tener más de diez millones de afiliados en Alemania, Schmeltz debió apuntarse casi al principio.
-¿Qué más dice?
-Tienen la solicitud original, el expediente y su fotografía, todo estaba guardado en los archivos de la sede central del partido en Múnich. También estaba afiliado a los camisas pardas, los Sturmabteilung. Schmeltz no abandonó el partido cuando se marchó a Suramérica. Se pagaron las cuotas hasta que murió en 1944. Había arreglado el pago in absentia.
-¿Cómo lo saben?
-Los nazis tenían una cosa llamada el Gau Ausland. Algo así como una sección que trataba con los afiliados en países extranjeros, gente que había abandonado el país pero que mantenían su afiliación. Nazis recalcitrantes. Schmeltz figura en el Gau Ausland desde noviembre de 1931. -Peters hizo una pausa-. Hay algo más, Joe. Los del Centro de Documentación dicen que la solicitud de Erhard Schmeltz llevaba adjunta una recomendación.
-¿A qué te refieres?
-Al parecer, las solicitudes debían llevar la recomendación y el visto bueno casi siempre del jefe de la filial del partido en la región donde se presentaba. Pero en el caso de Schmeltz había una carta enviada desde la Prinz-Albrecht Strasse de Berlín, el cuartel general de la SS, cosa poco frecuente. La carta estaba firmada por Heinrich Himmler y recomendaba la afiliación inmediata de Schmeltz. Esto sugiere que Schmeltz era como mínimo amigo o una persona de confianza de Himmler, o que tenía contactos entre los máximos dirigentes del partido.
-¿Alguna cosa más? -preguntó Volkmann tras una pausa.
-La información sobre Reimer. El Centro de Documentación le tiene en la lista de oficiales de la SS. Por lo que se ve, disponen de los registros que los estadounidenses confiscaron cuando se acabó la guerra. Pero en ellos no hay nada que nos pueda servir de ayuda. Mañana recibirás la información sobre Schmeltz y Reimer, todo lo que nos envió Berlín. ¿Necesitas alguna cosa más?
-Quiero que averigüen los antecedentes de Lothar Kesser, un estudiante de la Facultad de Ciencias, de Bavaria. No tengo más datos de él pero con un poco de suerte quizás encuentres algo. Además, necesitaré un billete de ida y vuelta a Zúrich, en el primer vuelo disponible de mañana por la mañana.
-¿Por qué a Zúrich?
-¿Recuerdas a Ted Birken?
-Pensaba que al viejo zorro lo habían jubilado de una vez -comentó Peters con una carcajada.
-Así es. Pero todavía tiene contactos y quizá nos eche una mano.
-De acuerdo. Te pediré el billete. No dejes de llamarme. Buenas noches, Joe.
-Buenas noches.
Cuando colgó, Volkmann oyó un ruido y se volvió. Era Érica Kranz; iba vestida con un salto de cama, y le miraba desde la puerta de la habitación de invitados con cara de enfadada.
-Le oí hablar por teléfono. Me dijo que no volvería a ponerse en contacto con Lubsch o Karen. ¿Es allí dónde fue hoy, a la tienda de Karen? -Volkmann no respondió y los ojos azules le miraron acusadores-. Usted sabe la clase de hombre que es Lubsch. Sabe lo que es capaz de hacer. ¿Por qué se ha arriesgado, Joe? ¿Por qué nos ha puesto en peligro a los dos?
-No le molestará, Érica. Me he ocupado de ello. Si lo hace entregaré a Karen a la policía. No tiene motivos para preocuparse, se lo aseguro.
-Creo que hay una cosa que todavía me preocupa más, Joe -dijo la muchacha, con un leve titubeo.
-¿Qué es?
-Que no tuvo la suficiente confianza como para decirme lo que iba a hacer. -Volkmann permaneció en silencio y la joven se sentó sin dejar de mirarle-. ¿Qué le dijo Lubsch?
-Él se lo explicó mientras Érica le observaba atentamente-. ¿Confía en él?
-No confío en él, pero pienso que me ha dicho la verdad -contestó Volkmann.
-¿No cree que puede haber intentado darle una pista falsa? ¿Por qué querría la gente de Winter matar a esas personas? ¿Qué motivos tenían para pedirle a Lubsch que atacara a los inmigrantes, a instituciones públicas? Los objetivos parecen tan diversos... No tiene ningún sentido.

-Tal vez. Pero no pienso que Wolfgang Lubsch mienta. Más bien, creo que me ha dicho la verdad.
-¿No ha caído en la cuenta de que quizás él y la gente de Winter sigan en contacto, a pesar de lo que le haya dicho Lubsch? Y si es así, ¿no les hablará de nosotros dos?
-Es un riesgo que debemos correr. -Volkmann miró a la muchacha-. Usted quiere encontrar a los asesinos de Rudi, Érica. Pues para eso, el único camino posible era conseguir que Lubsch hablara. -La joven desvió la mirada sin responder. Había desaparecido el enfado pero seguía callada. Volkmann se acercó a la ventana. Después se volvió hacia ella y le preguntó-: ¿Tiene acceso a la hemeroteca de algún periódico?
-A la del Frankfurter Zeitung -contestó Érica.
-¿Puede ocuparse de revisar los archivos? A ver si encuentra algo referente a las personas que Kesser y Winter le pidieron a Lubsch que asesinara. Rauscher, y la mujer Hedda Pohl o Puhl.
-¿Qué es exactamente lo que quiere saber?
Si los asesinaron, o fueron objeto de algún atentado. Si su nombre salió en los periódicos por algún motivo. Cualquier cosa. -¿No se podría encargar su gente de eso?
-Tendría que pasar por la sección alemana de la DSE. Y por ahora prefiero que todo esto quede entre nosotros. Cuanto menos cosas les pidamos mejor para todos, hasta que sepamos qué es lo que sucede. -Volkmann hizo una pausa-. En cuanto al político de Berlín, el que mencionó Lubsch, el tal Massow, intente llamar a su oficina y concertar una entrevista. Si está de acuerdo puedo viajar a Berlín para hablar con él.
-¿Por qué quiere hablar con él?
-Si lo que dijo Lubsch es cierto, tiene que haber algún motivo para que la gente de Winter desee su muerte. Quizá Massow conozca la razón. Le daré un número de teléfono para que pueda llamarme si surge alguna cosa. Si no estoy, hable con Peters o deje un mensaje.
-¿No estará en Estrasburgo?
-No. Quiero entrevistarme con alguien que conozco en Zúrich sobre la información que envió Sánchez, respecto a las transferencias de dinero a Schmeltz en Paraguay, efectuadas por el Reichsbank antes y durante la última guerra. Quizá me pueda ayudar.
Volkmann le contó a Érica lo que le había dicho Peters sobre Erhard Schmeltz. La muchacha le miró extrañada al escuchar las novedades.
-¿Cree que el pasado de Schmeltz puede estar relacionado con lo que Lubsch dijo que pasaba, además de los asesinatos?
-No lo sé, Érica. No sabemos casi nada de Erhard Schmeltz, o de su hijo, excepto que son propietarios de una finca en el Chaco y los datos que constan en el Centro de Documentación de Berlín. Esperemos a ver qué consigo averiguar mañana en Zúrich.
-El tal Kesser, Lothar Kesser. ¿Su gente puede encontrarle?
-Si hay un expediente a su nombre, sí.
-¿A qué hora se marcha a Zúrich, Joe? -preguntó Érica mientras se ponía en pie.
-Sobre las nueve. ¿Por qué?
-Entonces será mejor que le deje dormir.
En el momento en que Érica le volvía la espalda, Volkmann le formuló una pregunta.
-¿Hasta qué punto llegaba su amistad con Winter en la universidad?
-No le conocía mucho. -Érica sacudió la cabeza-. Le veía en el campus y coincidimos un par de veces en alguna fiesta. ¿Por qué?
-¿Qué me dice de sus otros amigos en la universidad? ¿Alguno se relacionaba con él?
-No. Ya se lo dije. Los únicos estudiantes que se relacionaban con él eran Wolf gang Lubsch y Hermán Borchardt.
La muchacha le miró durante un buen rato. Hubo un instante en que vaciló, como si se dispusiera a decir algo, pero cambió de opinión. Se volvió y Volkmann la observó mientras entraba en la habitación.

26
Zúrich, Suiza

Martes, 13 de diciembre

Volkmann había llamado a Ted Birken a primera hora de la mañana. Peters le había conseguido el billete para el primer vuelo de Estrasburgo a Zúrich. El avión iba completo. En cuanto aterrizaron, Volkmann tomó un taxi para ir a la casa sobre el lago Zúrich. Hacía mucho frío, pero el cielo estaba despejado; a lo lejos vio las cumbres nevadas.

La casa, situada a unos veinte metros hacia el interior, después de dejar la carretera, parecía pequeña en comparación con algunas de las mansiones vecinas, pero era una construcción sólida y contaba con su propio jardín. Los maceteros de las ventanas estaban llenos de las flores multicolores de invierno. Cuando Volkmann se apeó del taxi vio que Ted Birken salía de la casa para saludarle. Sus hombros se encorvaban debajo del cárdigan que llevaba, demasiado amplio, y parecía más viejo de lo que era. No se veían desde que Birken diera aquella conferencia en la casa de Devon, y de aquello hacía ya diez años. Pero todo y así, sus ojos azules brillaron cuando se estrecharon las manos.

-Me alegra verte, Joe. Pasa.

Volkmann pagó al taxista y se dispuso a seguir a aquel hombre alto y de pelo gris. Cuando entró en la casa notó el calor del hogar. En el estudio, Birken había preparado una pequeña bandeja de madera con copas y una botella de kirsch. Vio que en la chimenea ardía un buen fuego y a través del ventanal pudo contemplar el lago. Un par de veleros surcaban la suave marejada. Birken los contempló mientras encendía la pipa de espuma de mar, y después se volvió hacia Volkmann, sin hacer caso de sus disculpas por la precipitación con que le había pedido la cita.

Ted Birken había sido oficial de inteligencia durante la mayor parte de su vida laboral. Él y su familia, judíos alemanes, habían huido a Suiza en 1940, cuando Birken tenía dieciocho años. Hijo de un conocido banquero, no tardó en aburrirse de permanecer al margen situación, y al cabo de un año abandonó el país neutral para dirigirse a Niza con una documentación falsa. Desde allí inició un arriesgado viaje a Lisboa y después a Inglaterra donde intentó enrolarse en el ejército británico. Debido a lo dudoso de sus antecedentes fue internado en la isla de Man durante el resto de la guerra, y tuvo que esperar hasta el verano de 1945 para ofrecer sus servicios. Por entonces la guerra ya había acabado pero el oficial que le entrevistó comprendió que los conocimientos y contactos de Birken, su dominio del alemán y sus relaciones a través de su padre con la mayoría de los grandes bancos suizos, podían ser muy útiles y le pasó al servicio de inteligencia.

Así comenzó una carrera que durante cuatro años llevó a Birken a perseguir e interrogar a personajes importantes del partido nazi y de la SS que habían participado en secreto en la desaparición de muchos millones en oro y divisas del Reichsbank nazi y de los campos de concentración en los últimos meses de la guerra. Cuando acabó su trabajo, Birken se convirtió en ciudadano británico y se unió al SIS, donde llegó a ocupar un cargo importante dentro de la jerarquía antes de retirarse a Suiza. El anciano dio una chupada a la pipa y sirvió dos copas de kirsch antes de mirar a Volkmann con sus resplandecientes ojos azules. El agente de la DSE ya le había explicado por teléfono las razones de su visita y Birken era de los que iba al grano, así que entró directamente en materia.

-Quieres saber la respuesta a tres preguntas. Una sobre el dinero que fue enviado a Suramérica por el Reichsbank nazi. Otra respecto a esos hombres, Schmeltz y Reimer, y la última, sobre la Leibstandarte SS. Empezaremos por la primera, si te parece bien. -Birken bebió un trago de su copa, se arrellanó en el sillón, y dio una chupada a la pipa- Primero quizá deba explicarte los antecedentes de los fondos nazis, para que puedas hacerte una idea de las cosas. Al finalizar la guerra, en mayo de 1945, se esfumó una cantidad equivalente a dos billones de libras al cambio actual En esa cifra se incluían numerosos objetos de arte, pero en su mayoría era oro y plata, la llamada propiedad del Reichsbank. En realidad una parte considerable de esa suma, había sido robada en los países invadidos. -Birken sonrió-. Había suficiente para equipar de nuevo a todo un ejército alemán, y pienso que ésa era una de las intenciones de los nazis, especialmente de Himmler, cuando se trazaron los primeros planes para ocultar los tesoros. Pero, desde luego, a medida que la situación bélica se hizo más desesperada, la idea se abandonó y muchas de las personas cuya tarea era ocultar los tesoros comenzó a utilizarlos en su provecho.

-Pero, ¿qué pasó con el oro, la plata y las divisas? -Volkmann bebió un trago mientras esperaba la respuesta.

-Una parte la encontraron los británicos y los estadounidenses. Pero el resto desapareció. Fue a parar a Suiza o a Suramérica, y a algunos países árabes que habían apoyado a Hitler. Unos cuantos estadounidenses sin escrúpulos se quedaron con algo de ese botín, o hicieron tratos con los nazis que detuvieron; pero eso son cosas a pequeña escala que siempre ocurren. Muchos nazis, como ya sabes, escaparon a Suramérica y se llevaron con ellos buena parte de los tesoros. Entre la gente involucrada había desde soldados rasos a jefes de la SS y de la Gestapo. Escaparon a través de los puertos de toda Europa, pero sobre todo de Italia. Intentamos rastrearlos, a ellos y al oro, hasta Suramérica pero resultó una tarea inútil. En aquel entonces la mayoría de los Gobiernos suramÉricanos eran pro nazis y no hicieron nada por ayudarnos.
-¿Por qué se llevaron el oro y las divisas a Suramérica?
-Pensaban que era un lugar lejano y más o menos seguro -dijo Birken, con una sonrisa indulgente-. Algunos Gobiernos habían apoyado abiertamente a los nazis, sobre todo en los países donde había colonias alemanas muy numerosas. Paraguay es un buen ejemplo de ello. El general Stroessner mantuvo una dictadura militar durante bastante tiempo. Él mismo era mitad alemán y nazi. Había otros muchos países en la región con las mismas ideas. La mayor parte de los tesoros que acabaron en Suramérica sirvieron para que se forraran muchos particulares, aunque una cantidad considerable estaba controlada por Die Spinne (la Araña), la organización secreta creada por los antiguos SS. También se la conocía con el nombre de Kameradenwerk, y antes como Odesa. Había un plan para reagrupar y formar otro partido nazi en Alemania cuando la situación fuera propicia, pero todo quedó en agua de borrajas. -Los ojos llorosos de Birken se fijaron en Volkmann-. Die Spinne, ¿conoces su función original?
-No.
-Bueno, en realidad tenía muchas funciones. Pero las principales eran proteger a los antiguos SS de las acusaciones que les imputaban los tribunales internacionales, y ayudarles a establecerse junto con otros nazis y sus familias en los círculos comerciales e industriales. Y, como es lógico, continuar con la defensa del ideario nazi.
Volkmann contempló las aguas grises y agitadas del lago durante unos segundos. Después se volvió hacia Ted Birken.
-¿Tienes noticias de que se hayan enviado fondos a Alemania con ese propósito, Ted?
-¿En qué sentido?
-Para financiar a grupos extremistas. Neo nazis.
-El Mossad creía que algunos de los resurgimientos neo nazis en Alemania durante los últimos treinta años estaban financiados en parte con dinero de Die Spinne, pero nunca consiguieron probarlo. Como te puedes imaginar, Die Spinne era una organización hermética, en la que prácticamente era imposible infiltrarse. Los israelitas lo intentaron muchas veces, pero los agentes encargados de tal misión desaparecieron sin dejar rastro. -Birken miró atento a Volkmann-. Supongo que esto tiene alguna relación con Reimer y Schmeltz. -Volkmann asintió-. ¿Te molesta que te lo pregunte? Si prefieres no hablar, lo comprenderé.
Volkmann le contó la historia. Tardó casi diez minutos en hacer un resumen de los hechos. Birken le escuchó atento mientras fumaba su pipa.
-¿Has traído la fotografía de la joven? -le preguntó éste.
Volkmann sacó la foto de su cartera y se la entregó. Birken la estudió durante un buen rato. Después, se la devolvió mientras sacudía la cabeza.
-Lo siento. No sé quién es. Claro que la fecha es de cuando yo era pequeño. Desde luego, la joven puede ser cualquiera. Una figura pública o, sencillamente, la novia anónima de algún oficial nazi.
-¿Qué hay de Schmeltz y Reimer?
-Después de hablar contigo esta mañana, revisé mis archivos. Durante la época que investigué la desaparición de los fondos nazis, tomé muchísimas notas. Como te expliqué hace años, mi equipo tuvo que investigar los libros hasta 1933 para poder establecer la procedencia de dichas divisas y de los metales preciosos. Había que saber qué cantidad pertenecía al partido nazi, qué cantidad al pueblo alemán, y qué cantidad a los países invadidos. -Birken sonrió-. Hubo un tiempo en que pensé escribir un libro sobre todo esto, pero nunca puse manos a la obra. Ésa es la razón de que tenga copias de casi todas las cuentas importantes que hubo durante los doce años de régimen nazi.

-Y por eso es por lo que te he llamado, Ted -añadió Volkmann.
-No he encontrado nada acerca de Reimer, alias Tsarkin. Al parecer, no era una de las personas que buscábamos. Los veinte mil dólares que dices que tenía cuando llegó a Paraguay pueden haber sido un fondo que ocultó durante la guerra, o quizá se los pagó Die Spinne.
-¿Qué sabes de Erhard Schmeltz?
-No he encontrado ningún registro de transferencias de dinero a nadie llamado Schmeltz en Paraguay. Tampoco lo esperaba. Esto no quiere decir que el Reichsbank no hiciera las transferencias. Quizás eran giros secretos. Pero lo más seguro es que las transferencias a la cuenta de Schmeltz fueran pura calderilla comparadas con otras que hizo el Reichsbank, antes y durante la guerra. Las destinadas a servicios de espionaje, propaganda y cuentas secretas de los jerarcas nazis por si las cosas venían mal dadas. Los pagos de Schmeltz aunque considerables, tienen poca importancia dentro del conjunto global. Pero la pregunta es: ¿por qué le enviaban dinero a Schmeltz antes del comienzo de la guerra? y ¿por qué le enviaron dinero a su viuda?
-¿Se te ocurre alguna idea, Ted?
-Sólo Dios lo sabe -comentó Birken con una sonrisa-. Puede haber sido por cualquier cosa. Algunos nazis ocultaron fondos a través de inmigrantes alemanes en Suramérica en la creencia, supongo, de que llegaría el día en que pudieran necesitarlos. Creo recordar que había un gran número de colonias alemanas en Paraguay, y la mayoría eran fervientes pro nazis. Quizás el matrimonio Schmeltz sólo hacía de administrador para alguien.
-¿Y qué me dices del hecho que la afiliación de Schmeltz al partido nazi llevara la recomendación personal de Himmler?
-Eso sí es interesante -afirmó Birken, con otra sonrisa-. Pero tampoco puedo darte una respuesta. Por lo que parece, Schmeltz era amigo personal o conocido de Himmler o de algún otro mandamás nazi. Es obvio. -El anciano enarcó las cejas-. Pero si Himmler o algún otro de los jerarcas nazis se hubiera servido de Schmeltz para sacar dinero destinado a un fondo de reserva para el futuro, te aseguro que las cantidades hubieran sido mucho más grandes. -Birken hizo una pausa-. Quizá Schmeltz le hizo un favor o un servicio a alguien. Tal vez era una compensación. Es la única explicación que se me ocurre, si consideramos que Schmeltz siguió afiliado a pesar de encontrarse a miles de kilómetros de distancia. O bien es eso o es que Schmeltz servía de tapadera para los fondos de alguna otra persona. También cabe la posibilidad de un chantaje. Pero, en ese caso, es poco probable que Schmeltz hubiese continuado en el partido, aunque nunca se sabe. Además, las transferencias cesaron en febrero del cuarenta y cinco, en el momento en que el Reichsbank prácticamente no podía nacer transferencias al extranjero, ni siquiera a través de sus cuentas en Suiza.
-En cuanto al oro que llegó a manos de Die Spinne, ¿sabes en qué se utilizó?
Birken contempló la panorámica durante unos segundos antes de contestar a la pregunta de Volkmann.
-Creo que en ese punto estoy de acuerdo con la teoría del Mos-Sad, al menos en parte. Estoy seguro de que algunos fondos se utilizaron para financiar movimientos neo nazis y de extrema derecha
durante años. Y no sólo en Alemania, sino también en toda Europa, América, y especialmente en Suráfrica. Pero hasta ahora Alemania ha sido un país demasiado próspero como para verse perturbado por ese tipo de cosas. Pienso que en su mayoría, ese dinero todavía está en Su-ramérica, y que sirve para mantener a un grupo de nazis muy viejos y a sus familias a cuerpo de rey.
-¿Hablamos de millones, Ted, o qué?
-Oh, mucho más, muchacho. Probablemente desapareció una cuarta parte de la suma original. Además debes tener en cuenta que el capital se ha ido inviniendo.
-¿En qué?
-En empresas comerciales, y compras de tierras. Sobre todo en Suramérica. -Birken hizo una pausa-. Es aquí donde entra tu última pregunta. ¿Qué sabes de la división Leibstandarte de la SS?
-Muy poco -respondió Volkmann-. Sólo que eran una élite dentro de la SS y que entre ellos se escogía a los miembros de la guardia personal de Hitler.
-Efectivamente -afirmó Birken-. Eran la élite de las Waffen SS. Y sobre todo la guardia personal de Hitler. Se constituyó después de la noche de los Cuchillos Largos, cuando mataron a los jefes de la SA por orden de Hitler, que los consideraba una amenaza para su propio futuro. Sepp Dietrich, un fanático

nazi y amigo íntimo de Hitler, decidió crear una unidad especial de la SS como guardia personal de Hitler, para que le protegiera de cualquier crisis futura. Los hombres eran nazis recalcitrantes y fanáticos leales al Führer. La unidad se convirtió posteriormente en una división. Ellos fueron los que montaron Die Spinne y los que ayudaron a transportar gran parte del oro nazi a Suramérica. -Birken sonrió-. Es interesante porque hay una vinculación entre Reimer y Erhard Schmeltz.
-¿A qué te refieres?
-Reimer era un Leibstandarte SS. Erhard Schmeltz un SA. Un camisa parda.
-Verás, los camisas pardas fueron la primera guardia personal de Hitler. Pero después de la noche de los Cuchillos Largos, en 1934, cuando asesinaron a los jefes, algunos de sus miembros, los más leales a Hitler, fueron incorporados a la Leibstandarte SS. -Birken se encogió de hombros-. No es algo definitivo, pero es una conexión.
-¿Qué le pasó a Sepp Dietrich?
-Sobrevivió a la guerra y le sometieron a juicio, pero sólo cumplió diez años de la condena por crímenes de guerra. Murió en Alemania hacia 1970.
Volkmann consultó su reloj y miró el teléfono que había sobre la mesa del estudio.
-Tengo billete para el vuelo de regreso a las doce y media, Ted. ¿Puedo usar tu teléfono para pedir un taxi?
-Desde luego. Pero deja que lo pida yo.
Diez minutos más tarde, cuando vieron llegar el taxi, Volkmann acabó su copa y Birken se puso de pie, tembloroso.
-Una última pregunta, Ted. ¿ Has oído mencionar alguna vez el testamento de Brandeburgo?
El anciano pensó durante unos instantes; se rascó la barbilla mientras hacía memoria.
-No, creo que no -contestó-. ¿De qué se trata?
-No tengo ni la menor idea -dijo Volkmann, con una sonrisa-. Seguramente es algo sin importancia. Gracias por tu ayuda, Ted.
-Lamento no haber podido ayudarte más. Pero todavía hay algo que puedo hacer respecto a lo de Schmeltz; quizá valga la pena, si es que quieres saber más cosas.
-¿De qué se trata?
-La mayoría de los viejos nazis están muertos. Pero todavía quedan algunos vivos. Tengo un contacto en la oficina de archivos federales de Coblenza. Le preguntaré si puede encontrar los números de afiliados cercanos al de Schmeltz y que los controle con el WAST.
-¿Qué es eso?
-La abreviatura de Wehrmacht Auskunft Stelle. La agencia de información del ejército alemán. Está en Reinickendorf en Berlín Norte y es uno de los archivos principales del personal militar. Poseen datos de todos los oficiales y soldados hasta la época anterior a la última guerra. Esto incluye a la SS, que eran parte del ejército. Cada vez que un militar quiere pedir una pensión estatal o federal, ya sea porque es mutilado de guerra o tiene edad de jubilarse, debe hacerlo a través del WAST. Sólo cuando el WAST confirma que han servido en el ejército, se hacen efectivas las pensiones.
-¿Quieres decir que los ex miembros de la SS cobran pensiones?
-Por terrible que parezca, así es.
-¿ Cómo nos puede ayudar el WAST?
-Si podemos conseguir la lista de los nombres y números de afiliados próximos al de Schmeltz, y esa gente sirvió en el ejército o en la SS durante la guerra y todavía están vivos, seguro que cobran una pensión. El WAST tiene que tener sus direcciones de cuando la solicitaron.
-¿Crees que servirá de algo?
-Es una posibilidad. No puede haber muchos vivos, sobre todo entre los afiliados próximos al número de Schmeltz. Incluso si le conocieron es probable que ya no le recuerden o no quieran hablar. Pero es lo único que tienes.
-¿Qué pasará si esa gente ha cambiado de domicilio?
-Aquí es donde entra la eficacia alemana -dijo Birken con una sonrisa-. Desde hace un par de años existe una ley vigente que obliga a todos los ciudadanos del país a informar de cualquier cambio de domicilio a la Einwohnermeldamt. Es una oficina de registro de la policía. Así que buscar las direcciones

de esas personas no será muy difícil. El único problema con que nos podemos topar es que muchos de ellos habrán fallecido. Deja que yo me ocupe del tema y ya veremos lo que encuentro.
-Muchas gracias, Ted.
-No hay de qué, muchacho. -Birken se llevó una mano a la cabeza-. Ahora que lo pienso, hay alguien que quizá pueda ayudarte con la foto de la chica. Eso suponiendo que la otra persona que aparecía en ella fuera un nazi importante o un Leibstandarte SS.
-¿Quiénes?
-Un estadounidense llamado Erdberg. Cole Erdberg. Trabajaba en la CÍA, pero le echaron hace unos años. Coleccionaba cosas de los nazis y de la SS. Sobre todo de la SS.
-¿Dónde le puedo encontrar?
-Tiene una pequeña tienda de antigüedades en Amsterdam, pero su verdadero negocio es vender objetos nazis a los coleccionistas. -Birken sonrió y en sus ojos llorosos apareció una chispa de picardía-. Me parece que no está muy cuerdo. Pero quizá pueda darte una pista. Tiene una memoria prodigiosa. Si alguna vez ha visto a esa mujer en alguna fotografía, se acordará.
-¿Figura en la guía telefónica de Amsterdam?
-Supongo que sí. La tienda está en el Herengracht. Dile que vas de mi parte y que te ayude en todo lo que pueda.
-Gracias, Ted.
-Es un verdadero placer, hijo. -Birken le acompañó hasta la puerta y le estrechó la mano-. Te llamaré si surge alguna cosa. -Sonrió-¦ Ven a visitarme. Últimamente viene a verme muy poca gente.
Era casi el mediodía cuando el taxi se detuvo ante la puerta de salidas internacionales. Mientras le pagaba al taxista, Volkmann se fijó en un Citroen verde oscuro que aparcaba unos metros más allá. Lo había visto antes por el espejo retrovisor en la carretera del lago.
Estaba demasiado lejos para poder distinguir a ios dos ocupantes sin llamar demasiado la atención, pero cuando fue al mostrador de embarque advirtió la presencia de un joven rubio leyendo un periódico junto al mostrador de Hertz. Llevaba un abrigo oscuro largo y el pelo cortado al rape. Su cara le resultó familiar y entonces recordó que lo había visto por la mañana en la terminal de llegadas.
En cuanto le dieron la tarjeta de embarque, Volkmann se volvió. Pero el joven del periódico había desaparecido. El agente se dirigió a la entrada y salió de la terminal. El Citroen verde ya no estaba y no vio al rubio entre la gente.
Volkmann esperó otros diez minutos, realizó los procedimientos habituales para descubrir a sus perseguidores, y cuando estuvo seguro de que no le seguía nadie, cruzó la puerta de embarque.

27
Estrasburgo 13 de diciembre
Volkmann regresó al cuartel general de la DSE a las tres. Llamó a la oficina de Peters; la secretaría le dijo que se había ido temprano. De todas formas, tenía un recado para él del oficial de servicio. Le llamó y Jan de Vries se puso al aparato.
-Ha llegado un despacho sin clasificar de la sección italiana -explicó el holandés-. Según dicen, están revisando todos los manifiestos de cargas procedentes de Suramérica durante el último mes. Si encuentran cualquier cosa te llamarán. -De Vries hizo una pausa-. También tengo el informe de un análisis de voz que acaba de llegar de Beaconsfield. ¿Quieres que se lo entregue a Peters, Joe?
-Pasaré a recogerlo, Jan. Gracias.
Colgó el auricular, encendió un cigarrillo y se acercó a la ventana. Había unas cuantas cartas sobre su mesa pero las dejó para después, tstaba seguro de que el rubio del aeropuerto le vigilaba a él, y de que ios dos hombres del Citroen verde le habían seguido desde el lago Zúrich. Pero ¿por qué? ¿Quiénes eran esos hombres? Si hubiese visto al rubio fuera de la terminal de salidas habría podido invertir la persecución, pero no tuvo esa suerte. El asunto del aeropuerto le inquietaba, rica era la única que sabía, aparte de Peters y Logística, que había fajado a Zúrich. Recordó que ella le había preguntado la hora de salida. ¿O sólo cuándo se iba? No recordaba las palabras exactas, pero le preocupaba.

Firmó la hoja de entrega del informe de Beaconsfield y volvió a la oficina para leer las dos páginas. El informe determinaba que había tres voces en la grabación, todas masculinas.
El primero rondaba los cincuenta años y, por los diptongos y a través de los análisis de sintaxis, se había determinado que su acento correspondía al área de Munich, probablemente a la parte oeste de la ciudad. El hombre no fumaba, su constitución física era de mediana a robusta y su clase social media.
Las otras dos voces, señalaba el informe, presentaban más dificultades. En ambos casos, su alemán era una versión suavizada del platt-deutsch. Pero no era un dialecto y el análisis sugería que los dos hombres eran bilingües; sus voces quedaban suavizadas por una lengua latina, probablemente el castellano. Había resultado imposible determinar con exactitud la clase social, pero se suponía que era media.
La segunda voz correspondía a un fumador, de unos treinta y tantos años, de complexión robusta. La tercera era de un hombre entre sesenta y sesenta y cinco años, delgado y no fumador.
El alemán que hablaban correspondía al de las colonias alemanas no étnicas situadas en Paraguay o Argentina, pero una vez más resultaba difícil precisar de cuál de los dos países. El informe sugería una región fronteriza.
Volkmann lo leyó varias veces. Después hizo dos copias, una para Ferguson y otra para Peters.
Cuando revisó la correspondencia, encontró un sobre grande de Peters con las fotocopias del material enviado por el Centro de Documentación Estadounidense de Berlín. Abrió el sobre y sacó el contenido.
Había dos carpetas, cada una con fotocopias. Una de ellas llevaba una nota enganchada donde se explicaba que un juego de copias correspondía al expediente de Heinrich Reimer y el otro al de Erhard Schmeltz; todas copias de los documentos originales guardados en el Centro de Documentación de Berlín. Volkmann cogió primero el expediente de Reimer.
Contenía toda la información importante. Número de SS, número de afiliado al partido nazi, y las solicitudes de ingreso, escritas y firmadas por el propio Reimer. Había informes sobre su educación, historial médico, cursos de oficial, traslados y ascensos, hasta octubre de 1944. Figuraba como soltero sin hijos. También había un árbol genealógico de cuatro páginas, que se remontaba hasta el 1800, para dar te de la pureza de su sangre.
Tres páginas eran copias de un cuestionario impreso. Según las notas del Centro de Documentación, ésta era una práctica habitual para los oficiales de la SS. Las respuestas estaban escritas con la letra propia de Reimer. Tenía veinticinco años en aquel momento y su lugar de nacimiento era Lübars en Berlín.
También había una biografía manuscrita de una página. Reime había comenzado por escribir su edad y el lugar de nacimiento; a continuación describía el tipo de educación recibida y los antecedentes familiares. Hijo de un panadero, había entrado en contacto con el partido nazi en 1929 y se había afiliado en 1930. En julio de 1934, ingresó en la Leibstandarte SS. La mayor parte de la información carecía de importancia: describía su asistencia a los mítines y seminarios de adoctrinamiento político. El tono era pomposo, y el último párrafo una encendida alabanza a Adolf Hitler y al partido nazi. Estaba firmado por Reimer e incluía su rango: SS Untersturmführer, teniente.
La tercera página incluía tres fotos en blanco y negro. Dos eran de tamaño carné, de frente y de perfil. La tercera de cuerpo entero. Reimer aparecía con el uniforme negro de la SS sobre un fondo blanco. Tenía las manos cruzadas delante, y vestía botas negras de caña alta relucientes y pantalón bombacho. Las runas de la SS brillaban en el cuello. En la manga izquierda de la chaqueta llevaba un brazalete con la esvástica y, sobre la bocamanga, otro brazalete en el que ponía: "Adolf Hitler".
Las tres fotos mostraban a un joven de aspecto seno con el pelo rubio cortado muy corto, y rostro afilado, que se parecía muy poco al de la foto que le había mostrado Sánchez. Los labios finos y la frente despejada eran los únicos rasgos que podía reconocer.
Constaban todos los ascensos de Reimer desde 1934 a 1944, cuando consiguió el grado de Sturmbannführer, comandante. Había servido en Austria, Polonia, Rusia, Francia y los Balcanes. Su último destino correspondía a octubre de 1944, cuando le trasladaron a un centro de entrenamiento de la Leibstandarte SS en el distrito de Lichterfelde en Berlín.
Volkmann dejó el expediente de Reimer y abrió el de Erhard Schmeltz. Constaba de cuatro páginas y una era la copia de la solicitud de afiliado al partido nazi. Arriba ponía: Nationalsozialistische Deutsche

Arbeiterpartei, y debajo: München Braunes Haus, la dirección de la sede central del partido nazi en Munich. Inmediatamente después del encabezamiento comenzaba la solicitud.
La firma de Erhard Schmeltz era firme y segura. Citaba como profesión la de encargado de fábrica, y en el espacio en blanco destinado al lugar y fecha de nacimiento había escrito: Hamburgo, 6 de marzo de 1880. En la casilla superior derecha estaba estampado el número 68694. La direccción era el 23 Brenner Alle en Schwabbing. La fecha de solicitud era el 6 de noviembre de 1927. Debajo había una frase que decía: Verweisung Hauptquartier. Consultar al cuartel general.
Volkmann enseguida comprendió que Schmeltz se refería con ello a recomendación que le había mencionado Peters, y cuando miró la página siguiente vio la copia de la carta encabezada con el membrete: Prinz-Albrecht Strasse, Berlín, el cuartel general del Reichsführer SS.
La fecha de la carta correspondía a tres días antes de la solicitud de afiliación de Schmeltz, e iba dirigida al Gau Ausland. El texto era breve: "Recomiendo la aceptación inmediata de Erhard Johann Schmeltz al Gau Ausland. Para cualquier duda, consultar directamente conmigo." La carta llevaba la firma de H. Himmler, Der Reichsführer, y debajo había estampado un sello oficial.
Las otras dos fotocopias eran el dorso y el reverso de la tarjeta de afiliación original de Schmeltz sacada de los registros del partido nazi.
La tarjeta contenía poca información: el nombre y la dirección, el número de afiliado, la fecha de ingreso al partido, el distrito y el comité al que pertenecía. Había una foto en el reverso de la tarjeta, que mostraba a un hombre vulgar, de mediana edad, de rostro campesino y cuello grueso. El poco pelo negro que le quedaba aparecía aplastado con brillantina sobre la calva. Vestía un traje oscuro que le iba pequeño, cuello de celuloide y corbata. Los ojos eran como dos rajas, pero luminosos y penetrantes, y sus. cejas hirsutas se unían como si hubiera intentado concentrar toda su atención en la cámara.
Volkmann estudió la foto durante un buen rato. Una vez más, se preguntó por qué Schmeltz abandonaría Alemania para marcharse con su mujer y su hijo a Suramérica. Y qué razón había para que le enviaran tanto dinero. En su ficha no constaba nada especial; lo único extraño era la recomendación de Himmler, aunque Volkmann supuso que más de uno debió de buscar un padrino entre los jefes nazis. Tardó casi media hora en devolver los expedientes al sobre.
Llamó a información de larga distancia y consiguió la dirección y el teléfono de Cole Erdberg en Herengracht, Amsterdam. Cuando llamó, una voz de mujer atendió la llamada. Parecía joven y Volkmann preguntó si podía hablar con Erdberg.
-No está. Se halla de viaje. ¿Puedo ayudarle en algo?
-Creo que no. ¿Cuándo volverá?
-Mañana por la mañana.
Volkmann le dio las gracias y, sin dejar su nombre, dijo que volvería a llamar. Después telefoneó a Logística para pedir un billete en el primer avión que saliera con destino a Amsterdam el día siguiente. Cuando recibió la confirmación de que tenía pasaje para el vuelo de las ocho de la mañana, ordenó su escritorio, salió de la oficina y se fue a su casa
Cuando llegó a su apartamento, eran las cinco pasadas y ya estaba oscuro. Érica había puesto la mesa para cenar. Le comentó que había ido a Petite France a comprar pescado fresco, verdura y dos botellas de Sauterne. Se encargaría de preparar la cena.
Tenía un aspecto magnífico con los vaqueros y un suéter ajustado que realzaba su figura; además, se había dejado el pelo suelto. Durante la cena, Volkmann le habló del análisis de voces y de la visita a Zúrich, pero no comentó nada acerca del hombre que le había seguido en el aeropuerto.
-¿A su amigo de Zúrich se le ocurrió alguna razón para que el Reichsbank le enviara dinero a Erhard Schmeltz?
Volkmann le repitió lo que Ted Birken había dicho, y después sacudió la cabeza.
-Pero sólo son conjeturas. Así que cualquier cosa es posible. Incluso podría tratarse de un chantaje. Y usted, ¿ha descubierto algo?
-Me pasé el día en los archivos del Frankfurter Zeitung, mirando recortes de prensa.
-¿Y?
-Lubsch no le mintió -contestó la muchacha, y titubeó-. Al menos respecto a las dos personas que Kesser quería que asesinaran.

-¿A qué se refiere?
-Hace cinco meses asesinaron a un tal Herbert Rauscher en Berlín Este. Tiene que ser el mismo hombre. Los periódicos de Berlín publicaron la noticia y también los demás de ámbito nacional.
-¿Quemas?
-Según la información que salió en los diarios, a Rauscher le mataron en su apartamento, cerca del museo Pergamon. Dos disparos en la cabeza. Falleció en el acto. No hubo testigos y la policía de Berlín no tiene pistas. Llamé a la brigada de homicidios de Berlín pero no quisieron darme ningún tipo de información. Sólo me dijeron que investigan el caso y que no se ha detenido a ningún sospechoso.
-¿Qué hay de la mujer?
-Se llamaba Hedda Pohl y también la asesinaron.
-¿Dónde?
-Cerca de Friedrichshafen en el sur de Alemania, donde había nacido. Está junto a la frontera suiza, en el lago Constanza. La mataron una semana antes de que asesinaran a Herbert Rauscher. Todos los periódicos de Munich publicaron la noticia, pero yo llamé al diario local en Friedrichshafen.
-¿Qué le dijeron?
-Hablé con una de las reporteras. Me contó que a la mujer la asesinaron entre la medianoche y las dos de la mañana en un bosque cercano a la ciudad. Le dispararon tres tiros en la cabeza y la espalda. La reportera no sabía nada más. El caso sigue abierto. Me dio todos los detalles posibles. Hedda Pohl tenía sesenta y tantos años, era viuda de un empresario y tenía dos hijos mayores. Gozaba del aprecio de todo el mundo. No había ningún motivo aparente para el crimen, y la policía no parece haber progresado mucho en las investigaciones.
-¿Llamó a la policía de Friedrichshafen?
-No. Pensé que lo querría hacer usted. Pero he preparado una carpeta con todos los recortes que conseguí sobre los asesinatos.
-¿Qué hay de los antecedentes de Rauscher? ¿Aparecieron en los periódicos?
-Sólo decían que era un hombre de negocios, nada más.
Volkmann suspiró, y meditó unos segundos antes de formular la siguiente pregunta.
-¿Qué averiguó del político, Massow?
-Vivito y coleando -respondió Érica. Se apartó un mechón de pelo de la cara-. Tiene una oficina en Kreutzberg en Berlín; un barrio donde viven mayoritariamente inmigrantes. Llamé y la secretaria me dijo que en estos días Massow asiste a una convención que se celebra en París. Le conseguí una cita para dentro de dos días, a las diez de la mañana, en su despacho.
Volkmann se preguntó si debía hablarle del hombre del aeropuerto de Zúrich, pero decidió no hacerlo. Le dijo que estaría fuera un par de días, sin mencionar adonde iba ni por qué. Érica no se lo preguntó. Simplemente le miró y él le respondió con una sonrisa mientras recogía la mesa.
-¿Tomamos café? -le dijo Volkmann.
Érica abrió otra botella de Sauterne. Volkmann tardó media hora en leer los recortes de prensa sobre los asesinatos. Había muy poca información que sirviera para ampliar lo que ya le había contado la joven, pero cuando acabó de leer todo lo referente a Herbert Rauscher, supo que necesitaba hablar con Jakob Fischer, un amigo suyo que trabajaba en la brigada de homicidios de Berlín. De hecho era la única persona que podía ayudarle a investigar el asesinato de Rauscher de una manera extraoficial. No conocía a nadie en Friedrichshafen y por eso tendría que ingeniárselas para conseguir información de la policía local sobre la muerte de Hedda Pohl. Se acercó varias veces a mirar por la ventana, hacia el aparcamiento y la acera de enfrente, siempre que Érica salía de la habitación. No vio nada sospechoso; si le vigilaban, los que lo hacían eran profesionales. Había dejado la Beretta en el bolsillo del abrigo para no asustar a la muchacha.
Ella volvió a la sala y se sentó a su lado en el sofá. Cuando se inclinó para servir las copas, Volkmann miró la suave curva de la nuca. Era bellísima. La piel bronceada y sin máculas. Debajo del sencillo top de algodón blanco, no llevaba sujetador. Vio la hendidura entre los pechos turgentes y los promontorios oscuros de los pezones. Al echarse hacia atrás, Érica advirtió que la miraba.
-¿ Qué hace, Joe ?

-La contemplo. -Ella no se ruborizó pero volvió la cara hacia otro lado, y cuando le miró de nuevo, Volkmann le preguntó-: ¿Quería a Rudi?
En el rostro de la joven apareció una expresión de dolor y cerró los ojos por un momento antes de responder a la pregunta.
-Sí, le quería. Pero no estaba enamorada de él. Era bueno conmigo. Siempre me hacía reír. Y en algunas ocasiones fue la única persona con la que pude contar. Tuve que enfrentarme a ciertas cosas, cosas desagradables, y él nunca me falló; siempre estaba allí cuando necesitaba hablar. Aunque sólo fuera por teléfono.
-¿Cree que él la amaba?
-Sí, creo que sí-contestó la joven, con un tono de duda en la voz.
-¿Cuáles fueron esas ocasiones en las que él fue el único al que pudo acudir?
-¿Por qué quiere saberlo?
-Por la misma razón que usted quería saber cosas de mí.
Érica le miró por un instante y después desvió la mirada. Cuando por fin respondió, su voz era casi un susurro.
-Hubo un tiempo en que sentía vergüenza. Vergüenza de ciertas cosas que descubrí en el pasado de mi familia.
La muchacha vaciló. Volkmann comprendió que no diría nada más si no la ayudaba.
-¿Se refiere a su padre? -le preguntó en voz baja.
Los ojos azules de Érica se volvieron hacia él, y en esta ocasión Volkmann pudo ver la expresión de sorpresa y el sonrojo en su rostro.
-¿Cómo lo sabe?
-Érica, la policía alemana tiene información sobre la mayoría de los ciudadanos de este país. No me dirá que no lo sabía.
-¿Se refiere a información sobre los hijos de criminales de guerra?
-Es su gobierno, Érica -señaló Volkmann-. Y lo es desde hace casi cincuenta años.
-Dígame lo que sabe -le pidió la joven después de una larga pausa.
Volkmann no le recitó todos los detalles del expediente porque no hacía falta.
-Su padre sirvió en la división Leibstandarte SS. La misma donde estuvo Heinrich Reimer.
--¿Qué más sabe?
-Al final de la guerra escapó a Suramérica. Los aliados le siguieron el rastro hasta Buenos Aires, pero murió antes de que consiguieran la extradición.
-El día que nos conocimos -preguntó Érica, tras unos momentos de silencio-, ¿sabía lo de mi padre?
-Sí -dijo Volkmann sin dejar de mirar a la joven.
-La primera vez que nos vimos noté que le desagradaba estar cerca de mí. Era algo en su manera, en su forma de mirarme. Pensé que me odiaba un poco. ¿Me odiaba, Joe?
-No -contestó Volkmann. Sacudió la cabeza-. No la odiaba Érica. Odiar es una palabra muy fuerte. Digamos que desconfiaba.
-¿Porque era la hija de un oficial de la SS? ¿Por lo que le pasó a sus padres? Pues entonces, ahora debe de desconfiar todavía más porque mi padre estaba en la misma división que ese tal Reimer. -Volkmann permaneció en silencio mientras la muchacha le miraba-. ¿Ésa es la razón por la que no quiso acostarse conmigo, Joseph?
-Sí.
-Sabe una cosa -añadió Érica, apenada-, es algo terrible que el odio o la desconfianza se transmitan de una generación a otra, Joe. Que pase de padres a hijos. Porque si es así, entonces no hay ninguna esperanza para ninguno de nosotros. ¿No lo ve? Me culpa por los pecados que cometió mi padre.
-No la culpo de nada, Érica -afirmó Volkmann. Sacudió la cabeza para dar más énfasis a sus palabras.
-Pero lo hace, Joe, lo hace. Incluso aunque no quiera. Le diré una cosa. Cuando era pequeña, mi padre lo era todo para mí. Pero no sabía lo que había hecho. Asesinar a gente a sangre fría. Hombres, mujeres y niños. No sabía que sus manos que cogían las mías habían causado tanta muerte y sufrimiento. Confiaba en él. Cuando murió sentí la pérdida de alguien muy importante para mí. Tenía dieciséis años cuando escuché por primera vez los rumores. Un año después, mi madre me contó la verdad. A partir de aquel

momento, dejó de ser el padre querido y se transformó en una bestia. Había dejado que le amara y confiara en él cuando no se lo merecía. Pero no, esto no aparecerá nunca en sus expedientes. Jamás reflejarán el dolor, el sufrimiento, la humillación de las familias y los niños de esas personas que avergonzaron a Alemania. ¿Cree que los hijos de todos los nazis están orgullosos del pasado de sus padres? ¿Lo cree, Joe? Quizá los hay, pero son gente enferma. Las personas decentes, las personas normales, sufren por lo que hicieron sus padres. Yo también llevo una cicatriz como usted.
-Cuéntemelo.
Érica le observó durante un buen rato como si le costara decidirse-Sólo puedo decirle lo que sentí después de saber la verdad sobre mi padre -dijo la muchacha-. Me lavaba las manos y el cuerpo una docena de veces al día en un intento inútil por limpiar mi persona de toque de sus manos, de sus besos. Yo no había escogido a mi padre. Pero sentía que nunca más podría volver a confiar en un hombre, a ninguno, excepto quizás en Rudi. -Érica le miró con atención. -Ambos somos víctimas. Usted es una víctima del pasado de su padre y del mío. Pero usted no lo comprende, Joe. Cree que todos los alemanes son unos bárbaros indignos de toda confianza.

Nunca dije tal cosa.

-No necesita hacerlo. Se nota en su mirada. En la manera que se distancia. Como ahora. ¿Todavía no confía en mí, no es verdad, Joe?
Volkmann no respondió a la pregunta. Después miró a Érica y cambió de tema.

Hoy en Zúrich alguien me ha estado siguiendo.
-¿Qué dice?

Dos hombres en un Citroen verde me siguieron desde la casa del
hombre que fui a visitar hasta el aeropuerto. -Volkmann vio que Érica enrojecía mientras le miraba furiosa.
-¿Qué insinúa? ¿Piensa que se lo dije a alguien? -Al ver que Volkmann no contestaba, añadió-: ¿A quién se lo pude haber dicho,
Joe?
-No lo sé, Érica.
-No confía en mí, ¿no es así? -La joven sacudió la cabeza-. Sólo porque es incapaz de confiar en nadie, no dignificaré su pregunta diciéndole lo que pienso de ella.
Volkmann vio los ojos enrojecidos y las muecas que hacía para contener las lágrimas y se preguntó si serían sinceras. Érica no lloró; le miró en silencio, con los labios temblorosos, y mientras se ponía de pie, dijo: -Estoy cansada. Me voy a dormir. Buenas noches.
El agente de la DSE la vio salir de la sala sin saber qué decir, y sin saber si debía confiar en ella o no.
Llamó a Logística otra vez y les pidió que cambiaran su billete de ida y vuelta a Holanda por otro que le permitiera hacer escala en Berlín. Así aprovecharía para hablar con Jakob Fischer sobre el caso de Rauscher, y anotó en su agenda que debía llamar al policía al KriminalAmt por la mañana. Se fue a la cama tocadas las once, pero durmió inquieto y se despertó a las dos. Se acercó a la ventana y encendió un cigarrillo antes de abrir las cortinas.
Había dejado de llover y a lo lejos se veían las luces de Alemania. Apagó la colilla, salió al vestíbulo y abrió la puerta de la habitación de la muchacha. La lámpara de la mesilla de noche estaba encendida, pero Érica dormía. Vio los hombros desnudos y el pelo rubio desparramado sobre la almohada. La contempló durante un buen rato, mientras pensaba en lo hermosa que era.
Ella tenía razón: no confiaba en nadie. Se preguntó si había sido demasiado duro, desconfiado en exceso. Lo que Érica había dicho sobre su rechazo a dormir con ella era cierto. Se sentía atraído física y emocionalmente, pero esto último lo experimentaba de una manera extraña, debido a sus recelos. Sabía que este sentimiento se debía a lo que aquellos hombres, como el padre de Érica, le habían hecho al suyo. Pero, ¿podía ser de otra manera? Había querido a su padre y si hubiera existido la forma de eliminar el dolor que sintió a lo largo de toda su vida o de vengarse de los culpables de tantos sufrimientos, lo hubiera hecho hacía mucho tiempo.
El sonido de una bocina en la distancia le arrancó de sus pensamientos. Miró el rostro de la muchacha dormida por última vez antes de apagar la lámpara. Se acercó a la ventana y corrió las cortinas. La ventana daba a Estrasburgo y las luces de la ciudad salpicaban la oscuridad. Pensó por un momento en el

informe de Beaconsfield. Tres voces, Tres hombres. Un poco más de substancia para la sombra, pero de todos modos las cosas iban demasiado despacio.
"Sie werden alle umgebracht. Los matarán a todos."
Recordó la conversación grabada en un intento por ligarla con las cosas que había averiguado en los últimos días, buscó las conexiones, las piezas del rompecabezas que encajaran en la figura. Había dos líneas separadas, pero quizá paralelas: lo que ocurría ahora y lo que había ocurrido antes. La gente de la casa del Chaco por aquel entonces y en la actualidad. Tsarkin y el extraño pasado de Schmeltz, la fotografía de la joven rubia, y sus relaciones con los personajes de ahora.
¿Cómo y por qué se relacionaban?
Se preguntó si Sánchez habría adelantado algo. Los dialectos dispares en la grabación confirmaban que había un vínculo entre Paraguay y Europa. Pero ¿cuál era? Lo que había dicho Lubsch le preocupaba más de lo que había dejado entrever. Sin embargo, todavía iba dando tumbos.
Oyó el roce suave de las sábanas y se volvió. Vio a Érica sentada en el borde la cama; le observaba somnolienta en la penumbra de la habitación, iluminada sólo por la luz que entraba por la ventana. La joven dudó antes de hablar.
-¿Joe...?
-Soy yo. Duérmase.
Érica parecía muy joven e inocente, como una niña a la que acabaran de despertar. Mientras ella le observaba, Volkmann se dio cuenta de lo mucho que la deseaba.
-Algunas de las cosas que dije... lo siento mucho, Joe. ¿Podrá perdonarme?
La voz de Érica sonaba ronca por el cansancio y Volkmann olió el perfume de su cuerpo.
-Quizá también fue culpa mía. Quizá tenía razón en lo que dijo.
-Entonces, ¿hará algo por mí?
-¿Qué?
-Intente confiar en mí, Joe. -Volkmann apoyó una mano sobre el rostro de Érica. Ella la apretó contra su mejilla y después le besó los dedos.
Todo ocurrió con la máxima naturalidad, y mientras ella se apretaba contra él, Volkmann encontró su boca y la besó. Le rozó uno de los pechos y la muchacha casi no le dio tiempo a acostarse. Le atrajo hacia sí mientras le besaba el cuello, el rostro, la boca y con las uñas le arañaba la espalda en un intento por arrancarle la ropa.
Hicieron el amor con un salvajismo que sorprendió a Volkmann, como si estuvieran dominados por un frenesí incontrolable, y cuando por fin agotaron las fuerzas, sus cuerpos estaban empapados de sudor. Durante mucho rato se quedaron quietos, la cabeza de Érica apoyada en el pecho de Volkmann. Después, la voz de ella sonó en la oscuridad.
-Háble me de su padre, Joe. Dígame lo que le ocurrió.
-¿Por qué quiere saberlo?
-Porque quiero saberlo todo sobre usted.
Volkmann contempló la oscuridad, la nada, y cuando respondió lo hizo con una voz muy suave.
-Cuando los alemanes invadieron los Sudetes, la familia de mi padre se fue a Polonia, a un pueblo cercano a Cracovia. Mi padre, sus dos hermanas pequeñas y mis abuelos. Entonces estalló la guerra y ya no quedó lugar seguro adonde ir. El Einsatzgrüppen recorría los pueblos y aldeas en busca de judíos a los que detenían y mataban. Eran escuadrones móviles que los nazis utilizaban para acabar con los judíos antes de montar los campos de concentración. Un día, mis abuelos salieron a buscar comida. Jamás regresaron y mi padre nunca volvió a verlos.
"Mi padre tenía catorce años -añadió Volkmann-. Las dos niñas tenían ocho y diez. Al quinto día de la desaparición de mis abuelos, comprendió que les había ocurrido algo. Se enteró en el pueblo que se los habían llevado uno de los Einsatzgrüppen. Decidió cruzar las montañas Tatra para ir a Budapest donde su madre tenía familia. Consiguió un poco de comida, abrigó a las niñas y emprendieron el viaje.
"Llegaron a la frontera al cabo de tres días. Les atrapó uno de los grupos nazis. Les llevaron a un claro del bosque junto con otros judíos y les hicieron detenerse al borde de una fosa poco profunda. Mi padre sabía lo que iba a pasar. Todos lo sabían. Sus hermanas lloraban y él también. Mi padre le rogó a uno de los guardias que perdonaran a las niñas.

"Los nazis apartaron a mi padre, le trataron de judío inmundo y le obligaron a ver cómo las desnudaban y violaban. Después las arrojaron a la fosa y las mataron a tiros.
"A continuación hicieron que mi padre se arrodillara junto a la fosa. Los guardias estaban borrachos. El que le disparó en la cara le hirió pero no le mató. Mi padre se quedó en la fosa junto a los cadáveres de las niñas, simulando estar muerto. Cuando los alemanes acabaron su trabajo, se limitaron a tapar los cuerpos con un poco de tierra y se marcharon.
"Mi padre siguió allí, demasiado conmocionado para moverse y muy débil por la pérdida de sangre; casi no podía respirar. Ya era de noche cuando consiguió salir de la fosa. Enterró a sus hermanas y vagó por las montañas durante días con una bala en la cara. Esta vez consiguió llegar a Budapest y buscar a sus familiares.
"Entonces los alemanas llegaron otra vez. Se llevaron a sus parientes; a él le detuvieron en una redada y le enviaron primero a Dachau y después a Belsen. Los demás acabaron en los hornos crematorios. Mi padre sobrevivió pero nunca pudo olvidar lo que les ocurrió a sus hermanas.
Volkmann permaneció en silencio en medio de la oscuridad; escuchó la respiración de la muchacha. Le pareció que lloraba, pero él no dijo nada, no hizo ningún ruido. Era un dolor tan antiguo que no podía llorar; lo único que podía hacer era pensar en su padre.
El silencio se hizo eterno en la oscuridad, y sólo después de un rato, bastante largo, la mano de Érica le acarició el rostro, sin decir una palabra. No había nada que decir.

CUARTA PARTE

28

Asunción
Domingo, 18 de diciembre, 14.45 horas
Sobre la parrilla de carbón que había instalada en el jardín, ahora iluminado por el sol, crepitaban las salchichas y unos cuantos filetes gruesos y jugosos.

I

Vellares Sánchez miró uno de los trozos de carne sin apetito. Lo pinchó con el tenedor y le dio la vuelta. Le preocupaban muchas cosas; y todas ellas se referían a un asunto en concreto. Ante sus ojos apareció el rostro de Rudi Hernández. Tendido en una mesa del depósito de cadáveres. La sábana blanca a un costado, las heridas al descubierto.
El capitán hizo una mueca y, por un momento, se olvidó de lo que estaba haciendo y miró a su alrededor. Grupos de vecinos, amigos y familiares suyos conversaban animadamente, con las copas en las maI
nos. Hoy era un día especial. María, su hija menor, había comulgado por primera vez. Niñas inocentes vestidas de blanco junto a niños trajeados y con corbata tomaban limonada, pastel de chocolate y daban vueltas por el jardín, aburridos desde que se había acabado la ceremonia. No es que a Sánchez le apeteciera mucho estar allí, pero las obligaciones familiares eran sagradas. Vio que María le dirigía una sonrisa y le saludaba con un ademán. Contestó al saludo y a la sonrisa de su hija.
La niña era bonita. Muy bonita. Un tributo a la belleza de la madre. Algún día los chicos se darían bofetadas por conquistarla. Pero todavía no. Primero debía saborear la inocencia. María se acercó a él, exhibiendo su vestido blanco.
-¿La comida está lista, papá? Tengo hambre.
-Todavía no, cariño. -Acarició los rizos oscuros de la niña; su esposa, Rosario, se dirigía hacia él desde el patio. Antes, cuando la vio entrar en la casa pensó que se había ido a descansar un poco, pero al parecer no fue así porque mostraba una expresión de preocupación en el rostro. Tocó a la niña en el hombro-. Hazle un favor a papá, preciosa, y ve a ver si alguien necesita más bebida.
La niña asintió y se alejó. Entonces Rosario se dirigió a su marido, sin abandonar su expresión ceñuda.
-Pensaba que hoy tenías el día libre.
-Así es.

-¿Todo va bien?
-La comida casi está a punto.
-No me refería a la comida. -Sánchez miró a su mujer, extrañado-. El agente Cavales está en la casa. Dice que pasaba por aquí y que decidió entrar. Le pedí que se uniera a los demás, pero no quiso. Dice que prefiere hablar contigo a solas.
-¿Dónde está?
-En tu estudio.
-Entonces iré a ver qué quiere. Hazme un favor. Ocúpate de la carne.
-Y yo que pensaba que hoy era tu día libre -protestó Rosario.
-Yo también. -Le dio un beso en la mejilla y frunció el ceño-. Ya se sabe, así es la vida de los polis.
-Y la de sus mujeres. Tendrías que haberlo dicho antes de pedirme que me casara contigo.
-¿Y correr el riesgo de perder a una mujer hermosa?
Rosario fingió una expresión de enfado y después le sonrió. Cogió un par de latas de cerveza y se las dio a su marido.
-Llévale una a Cavales. Tiene pinta de necesitarla.
-¿Tan mal está?
-Me da la sensación de que está sediento.
Sánchez cogió las latas, cruzó el patio y entró en la casa. Allí dentro se estaba fresco en comparación con el jardín. Había flores y plantas por todas partes. "¿Por qué las mujeres se obsesionarán tanto por las flores?", se preguntó. Era un misterio que nunca había podido aclarar.
Encontró a Cavales junto a la ventana del estudio, entretenido en la contemplación de una yuca muy resistente, ya que había podido aguantar el humo de los cigarrillos de Sánchez, y crecer. Éste cerró la puerta, se acercó al agente y le dio la cerveza.
-De parte de Rosario. Dijo que tenía pinta de necesitarla.
-Gracias. Hace calor -afirmó Cavales-. Miró a los invitados en el jardín-. Es un buen día para hacer una barbacoa.
-Es la comunión de María -le explicó Sánchez. Cavales era soltero y sin compromisos. Todo un policía. Ambicioso, de una manera discreta. Concienzudo.
-¿Qué le trae hasta este rincón perdido en mi día libre? ¿No me dirá que es una visita social?
Cavales sacudió la cabeza. Parecía cansado. Al igual que Sánchez, llevaba trabajando mucho. Demasiado. Días y noches enteros dedicados al caso. Y había otros como él. Tenían poco personal. La gente estaba de vacaciones. Sánchez miró a través de la ventana y bebió un trago de cerveza.
-¿Qué pasa?
-Fui otra vez a la casa de Tsarkin -contestó Cavales.
-Adelante -dijo Sánchez, que se volvió a mirarle.
-Sé que la revisamos tres o cuatro veces y no encontramos nada.
-Pero no quiso darse por vencido -comentó Sánchez, y sonrió.
-Algo por el estilo -reconoció Cavales.
-¿Y qué encontró que nosotros no pudiéramos encontrar?
-¿Qué le hace pensar que encontré algo?
-Me tiene más visto que el tebeo. Y no soy precisamente un hombre tan atractivo.
-Tiene razón -replicó Cavales, risueño.
-¿En qué, en lo de guapo o en que he acertado?
-En lo segundo.
-Bien. Por un momento pensé que iba a herir mis sentimientos. -El capitán medio sonrió, bebió un trago, pestañeó-. Dígame.
-Volví a registrar las habitaciones. De arriba abajo. Sólo por si nos hubiéramos dejado algo. -Cavales hizo una pausa-. Y así fue.
-¿De qué se trata?
-De las fotografías.
-Expliqúese.
-Las fotografías. Todo el mundo las tienes. Álbumes. De amigos. Conocidos. Familiares.

-No había. -Sánchez sacudió la cabeza-. Lo recuerdo. Excepto una. Una foto de Tsarkin. En el dormitorio.
-A eso me refiero. No había ninguna foto excepto aquélla -dijo Cavales en voz baja-. Los viejos siempre tienen fotografías.
-Prosiga -le pidió Sánchez, satisfecho. Cavales tenía una mente inquisitiva.
-Hablé con el mayordomo de Tsarkin. Se puso muy incómodo cuando mencioné las fotos. Mucho más que cuando le interrogamos por primera vez. Como si tuviera algo que ocultar.
-¿Ocultaba algo?
Cavales asintió. Dejó la cerveza, encendió un cigarrillo, le ofreció uno a Sánchez, y éste aceptó.
-Efectivamente. -Cavales echó una ojeada al jardín, y después volvió a mirar a su jefe-. Le dije que si nos ocultaba alguna cosa, se metería en un follón. Le advertí que me lo llevaría a comisaría. El viejo se asustó. Dijo que no había hecho nada malo.
-Pero, ¿qué hizo?
-Me contó que al día siguiente del suicidio de Tsarkin, y antes de que nosotros revisáramos a fondo la propiedad, un hombre se presentó en la casa. Un conocido de Tsarkin que le visitaba de vez en cuando. Un hombre de negocios, según el mayordomo. Le preguntó qué había hecho la policía. Quería saber si Tsarkin había dejado algún documento. Cuando el viejo le contestó que no, el tipo decidió echar una mirada. El criado protestó, pero el hombre le convenció de que más le valía cooperar.
-¿Le amenazó?
-Nada en concreto, sólo se lo insinuó.
-Continúe.
-El hombre revisó la casa a fondo. Se llevó unos cuantos álbumes que había dejado Tsarkin.
-¿Y?
-Eso es todo. Además le dijo al mayordomo que no le mencionara a nadie que había estado allí o que faltaba alguna cosa.
Sánchez suspiró. Dio una chupada al cigarrillo. Se sentó en el borde de la silla.
-El visitante. ¿Consiguió su nombre?
-Después de una persuasión amistosa -contestó Cavales, sonriente.
-¿Cómo se llama?
-Franz Lieber.
-¿ Quién es ?
-Lo único que sé ahora mismo es que era conocido de Tsarkin. Pero el nombre suena a alemán.
Sánchez contempló a través de la ventana la escena que se desarrollaba en el jardín: los grupos de invitados, alegres; María que comparaba su vestido con el de otra niña, y su esposa que reía con unas amigas. Amaba a esa mujer, la amaba hasta la locura. Muchas veces había deseado no ser policía, haber escogido otra profesión para estar más tiempo con ella y con la niña. Se volvió hacia Cavales.
-Déme una hora. Nos reuniremos en la oficina. Quiero la dirección de Lieber. Sus antecedentes.
-Ya los he pedido. Dos agentes del turno de día trabajan en ello.
-Hasta dentro de una hora.
Cuando se marchó Cavales, sin acabar la cerveza, Sánchez se acercó a la ventana. Escuchó el sonido de las risas. Un día para disfrutar. A Rosario le sentaría como un tiro que se fuera, pero tenía trabajo. Consultó el reloj. Se quedaría media hora más, y después se iría a la oficina. Apagó la colilla y fue a reunirse con los invitados.
16.35 horas
El burdel estaba cerca de la estación de trenes y \a plaza Uruguaya. A pesar de la fachada ruinosa, en el interior la decoración era de lujo. Paredes estucadas en color azul coral, cortinas de algodón muy caras. Sábanas de seda. Sauna y baño turco para que los clientes se limpiaran los cuerpos sudorosos. Habitaciones privadas con espejos, y todos los detalles para el cliente de buen gusto.
Las chicas eran muy guapas. Tenían fama de ser las más bellas de Asunción, y las más caras.
Lieber había escogido una quinceañera. En cambio, su compañero había preferido una mujer más madura. De pechos grandes, caderas voluptuosas. Habían pedido dos botellas de champán.

Cuando acabaron de hacer el amor y de beber champán, Lieber buscó el billetero y les dio unos cuantos billetes a las chicas mientras se vestían de nuevo.
El segundo hombre siguió acostado con una copa en la mano y una sonrisa en su rostro de comadreja.
-Tomad -les dijo Lieber a las chicas-. Una propina. -En el momento en que las mujeres se disponían a salir de la habitación, Lieber se dirigió a la mayor-. Mi amigo y yo tenemos que discutir unos asuntos. Dile a Rosa que no nos molesten.
La mujer asintió y salió detrás de su compañera. Lieber disfrutó con la visión de sus posaderas a través de la fina tela del camisón. Cogió dos copas limpias y las llenó de champán. Se volvió hacia el hombre que le acompañaba.
-¿Y bien, Pablo... está satisfecho?
El hombre era delgado y nervudo. Se llamaba Pablo Arcades. Tenía treinta y cinco años, y, desde hacía diez, era oficial de seguridad del Estado. Un amigo muy valioso para Lieber, sobre todo porque tenía dos vicios universales: el dinero y las mujeres. Como vicios representaban una debilidad a explotar. Arcades sonrió mientras se ponía los pantalones.
-Ya me conoce. Podría pasarme follando todo el día. -Se cerró la bragueta y se puso la camisa-. ¿Ha traído el dinero?
-Más tarde. Primero, hablemos.

18.02 horas
Lieber condujo su coche por las calles de Asunción. Hacía diez minutos que había llamado por el teléfono portátil para comprobar lo de la muchacha, después de recordar su nombre en la lista; los nombres de la red. Tenían que ponerse en contacto con ella sin perder un instante, eso lo tenía muy claro, y confirmar lo ocurrido, hacerle saber las ramificaciones de cualquier nuevo acontecimiento.
También debía comunicar el resto de la información que le había proporcionado Arcades. Había que actuar deprisa. Ocuparse de los hombres. Volkmann. Sánchez. No entendía muy bien qué pintaba Volkmann: un agente británico de la DSE, que además no era alemán. Lieber sacudió la cabeza; quizá la muchacha podría explicarlo. ¿Por qué no le había llamado antes ? ¿ Qué se pensaba esa tía ?
Repasó mentalmente las cosas que debía hacer. Primero llamar a seguridad, después a Kruger en Ciudad de México. Estaría allí otras cuarenta y ocho horas. Tenía que resolver algunos asuntos con el viejo Halder y Ernesto, el brasileño. También habría visitantes, gente de antes que irían a presentar sus respetos y a ofrecer sus consejos para los días venideros.
Habría que discutir la información de Arcades, tomar decisiones; aclarar la situación de la muchacha; saber si se la mantenía en la red o no. Los neumáticos chirriaron cuando Lieber hizo girar demasiado rápido el coche para entrar en el camino de su casa.
Por el rabillo del ojo vio a dos hombres detrás de las puertas abiertas. Lieber, sorprendido por su presencia, ya había avanzado unos veinte metros y estaba a punto de pisar el freno y mirar atrás, cuando advirtió otra irregularidad.
Las luces de la galería estaban encendidas y desde donde estaba, pudo ver a otros dos hombres y un coche blanco, que no conocía, aparcado delante mismo de la puerta. Lieber sintió pánico, pero ya era tarde. Estaba al final del camino; frenó delante del otro coche. Se bajó alerta, mientras los desconocidos salían a su encuentro.
-¿Qué ocurre? ¿Quiénes son ustedes? -preguntó Lieber.
Le contestó uno de los dos hombres. Era bajo, gordo, pálido y el traje le sentaba mal.
-¿El señor Lieber? -Este no respondió. El policía esbozó una sonrisa-. Me llamo Sánchez. Capitán Vellares Sánchez.

29
Asunción 18.32 horas
Al parecer estaban encendidas todas las luces de la casa; al mayordomo mestizo no se le veía por ninguna parte. Los dos policías y Lie-ber se encontraban en el estudio; el capitán se fumaba un cigarrillo

mientras su compañero revisaba el contenido de la mesa de nogal. Habían forzado las cerraduras, y los papeles y documentos estaban dispersos por el suelo y sobre la mesa.
Lieber miró al capitán con el rostro lívido.
-Usted no tiene derecho...
-Señor, tengo todo el derecho del mundo.
-Le recuerdo que soy amigo personal del jefe de policía...
-Y yo le recuerdo que tengo una orden de registro en regla.
-No es necesario que me someta a un trato tan indigno -protestó Lieber, que había visto la orden firmada por un juez-. Si quisiera decirme qué es lo que busca...
-Ya lo sabe.
-No sé nada de las fotografías de las que me habla. Lo único que sé es que mi propiedad ha sufrido daños. Y esto es un abuso flagrante de...
-Por favor, señor, evíteme los detalles. -Los ojos adormilados de Sánchez miraron a Lieber con mucha atención-. Si me dijera dónde están los álbumes de fotos, simplificaría las cosas.
-No sé de qué me habla.
-Como le dije antes, se los llevaron de la casa de un amigo suyo un día después de que se suicidara -afirmó Sánchez, sin hacer caso de la expresión de inocencia fingida por Lieber-. Nos lo dijo el criado de Tsarkin. Por favor, señor, no me haga perder el tiempo.
-Me niego a hablar si no es en presencia de mi abogado.
-Como quiera. ¿Tiene una caja fuerte en la casa?
-¿Una caja fuerte?
-Una caja para guardar valores. La mayoría de los hombres de negocios tienen una. Usted es propietario de varias empresas en Asunción, señor. Una agencia de importación y exportación. Una promotora inmobiliaria. Un despacho de lujo en la calle Palma. -Sánchez hizo una pausa para que Lieber comprendiera que le había investigado a fondo. Vio que Lieber enarcaba las cejas-. ¿Dónde tiene la caja fuerte?
-No es asunto suyo.
-Señor, intente ser amable y cooperar. De lo contrario, sólo hará que empeorar su situación.
-¿Y cuál es mí situación?
-Si sus respuestas no me satisfacen, puedo acusarle de estar vinculado al asesinato de un periodista, Rudi Hernández. -Sánchez se rascó una oreja-. Y de estar relacionado con otros dos crímenes más.
-Eso es ridículo -objetó Lieber, con voz ronca-. No sé de qué me está hablando.
-No ha respondido a mi pregunta -insistió Sánchez, sin hacerle el menor caso-. ¿Tiene una caja fuerte?
Lieber se paró a pensar un momento, después se sacó un llavero del bolsillo y se lo entregó al policía.
-En el primer dormitorio de la planta de arriba encontrará un cuadro. Una copia de Vermeer. Detrás del...
-Lo sé -le interrumpió Sánchez y cogió el llavero. Habló en voz baja con los dos agentes antes de entregarle las llaves a uno de ellos. Lieber escuchó los pasos apresurados en la escalera.
En cuanto se quedaron solos, Lieber miró a su alrededor y se dirigió a Sánchez en un tono mucho más amable.
-Amigo, tiene que haber algún error. Sabe, conozco a personas muy importantes, gente que...
El capitán alzó su mano regordeta para hacer callar a Lieber.
-Por favor, no insista. -Se sentó. Sacó un cigarrillo y lo encendió-. Mis hombres volverán a inspeccionar el resto de la casa. Para estar seguros de que no se nos ha pasado nada. Quizá tarden un poco.
-Mi abogado...
Una vez más, Sánchez le hizo callar con un ademán. Dio una chupada al cigarrillo y soltó el humo despacio.
-Le recomiendo que se esté un rato callado. -El capitán esbozó una sonrisa-. Estoy seguro de que no representará para usted un esfuerzo excesivo.
Lieber apretó los labios y no dijo nada.
La espera duró casi una hora. Lieber sudaba la gota gorda pero estaba confiado. No había nada en la casa que pudiera acusarle. Nada que le vinculara al asesinato del periodista y de la chica. Nada de nada.

Mientras bebía un trago de whisky, vio que los dos policías entraban en la habitación. Uno de ellos traía un álbum de fotos. Lieber frunció el ceño. Era un viejo álbum que guardaba en su dormitorio. Hacía años que no le había pegado ni una sola foto más. Observó cómo Sánchez cogía el álbum y lo inspeccionaba para después comenzar a pasar las hojas. Al cabo de un rato, apretó los labios y se acercó a Lieber con el álbum abierto.
-¿Es suyo?
-Sí, es mío -respondió Lieber, que vaciló un momento. Sánchez le señaló una foto. Lieber casi se ahogó.
-Esta foto. ¿Dónde la sacaron? -Era la foto de una casa blanca. Tres hombres. Lieber era uno de ellos. La vegetación selvática asomaba por la derecha del encuadre.
-No lo recuerdo -negó Lieber, con voz ronca.
-Piense. ¿Quizás en el Chaco?
-Se lo acabo de decir. No lo recuerdo. Es una foto vieja.
El capitán observó la expresión en el rostro carnoso de Lieber y volvió a señalar la foto.
-El hombre de la izquierda es usted. ¿Quiénes son los otros dos?
Lieber sacudió la cabeza mientras veía cómo el dedo regordete del capitán señalaba a sus dos acompañantes en aquella instantánea tomada hacía tantos años. Uno era un joven robusto, de pelo oscuro. El otro, mayor, alto, de pelo gris y elegante.
-Ya se lo he dicho. Fue hace mucho tiempo. No lo recuerdo. -Lieber observó la frustración en el rostro de Sánchez. Parecía no estar muy seguro de sí mismo. Intentaba pescar alguna cosa.
-Señor Lieber. ¿Recuerda dónde estuvo la noche del veinticinco de noviembre y la madrugada del día veintiséis?
-En mi casa -respondió Lieber, preocupado.
-¿Solo?
-Sí, aparte de la servidumbre.
-¿Cómo está tan seguro?
--Tuve que ocuparme de un papeleo urgente.
-Sin duda, el personal podrá ratificar su versión en caso de que fuera necesario, ¿verdad?
-Desde luego.
Sánchez retó al hombre con la mirada, vio la confianza en sus ojos. La respuesta había sido demasiado segura. En aquel momento regresó el agente que se había ocupado de la caja fuerte. Sacudió la cabeza mientras le devolvía el llavero al capitán. Sánchez hizo una mueca,- dejó las llaves sobre una mesa de centro ante el dueño de la casa.
-¿Sus hombres han terminado? -preguntó Lieber.
-Por ahora, sí -respondió el capitán a regañadientes. Se volvió hacia los agentes y los despachó.
-¿Va a arrestarme?
-No.
-Entonces quiero que usted, junto con su gente, se vayan de mi casa -dijo Lieber, que a duras penas consiguió contener el suspiro de alivio. Se irguió en toda su altura; parecía un gigante al lado de Sánchez-. Notificaré a su superior esta intrusión. Ahora, vayase. De inmediato.
Sánchez dejó el álbum de fotos sobre la mesa del estudio. Durante un buen rato no dijo nada, se limitó a permanecer de pie junto a la mesa, mirando fijamente a Lieber. Cuando habló, lo hizo en voz baja, pero en un tono de amenaza.
-Señor, volveré. Todas las veces que sea necesario. Se lo prometo.
-Eso es acoso.
-No, señor. -Sánchez sonrió inexorable-. Yo preferiría llamarlo "responsabilidad". Es uno de mis peores defectos. Debe tener paciencia conmigo.
-Puede estar seguro de que informaré de todo esto al jefe superior de Policía -afirmó Lieber, coJérico.
-Sí, no me cabe duda. -Sánchez volvió a sonreír-. Pero sabe una cosa, señor, está ese asunto de la cinta. Una cinta grabada con la conversación en un hotel. Estoy seguro de que sabe de qué le hablo. Por lo tanto, señor Lieber, me volverá a ver.
La complacencia de Lieber desapareció en el acto. Perplejo, notó que la sangre le subía a las mejillas, vio los ojos adormilados del capitán atentos a su reacción, y se controló.

-Vayase -dijo con voz ronca.
El capitán dio media vuelta y se marchó.
Cuarenta minutos más tarde, Lieber se hallaba en la. plaza de los Héroes. Aparcó el Mercedes y miró a su alrededor. Durante todo el trayecto, no había dejado de mirar el espejo retrovisor, y, hasta el momento, no había visto que le siguiera nadie. Decidió utilizar el teléfono público por si el portátil no fuese del todo seguro, o que hubieran intervenido el de su casa.
Fue hasta un hotel cercano a la plaza, pidió cambio en el bar y después se dirigió a unas cabinas que había junto a las puertas de los lavabos. Hizo dos llamadas urgentes, escuchó las voces incrédulas al otro lado del receptor, mientras sudaba la gota gorda. Habló lo menos posible, sin dejar de vigilar el vestíbulo para ver si alguien le observaba. Comunicó sus planes y recibió la aprobación inmediata.
La tercera llamada fue a un teléfono cuyo número no figuraba en la guía, a las afueras de la ciudad. Lieber le dijo al hombre lo que quería. Después colgó y se fumó un cigarrillo mientras esperaba la contestación.
Recibió la llamada al cabo de cinco minutos. Anotó las instrucciones. Colgó el auricular, salió del hotel y se dirigió a su coche, siempre atento para descubrir la presencia de cualquier perseguidor.
No vio a nadie.
Desde la ventana de su despacho Sánchez contempló las copas de las palmeras en la calle; tenía una taza de café en una mano y un cigarrillo en la otra. Eran casi las nueve de la noche y el tráfico era intenso. En la entrada de la jefatura, se detenían los coches azules y blancos para descargar los resultados de su redada nocturna: putas, chulos, ladrones. Oyó que se abría la puerta; se volvió y vio entrar a Cavales.
-¿Y bien? -preguntó Sánchez.
-¿Quiere saberlo todo?
-Todo.
-Tal y como usted dijo, salió para llamar por teléfono. Le siguieron cuatro agentes. Veinte minutos después de que nos fuéramos, fue hasta la plaza de los Héroes y entró en un hotel pequeño, el Riva. Creemos que sólo hizo un par de llamadas, pero no estamos seguros. La chica que le vigilaba dijo que parecía muy inquieto y no se quiso arriesgar.
-Prosiga.
-Regresó a su casa; se quedó una media hora. Después salió con el coche; esta vez conducido por el criado, y fue hasta las afueras. Caminó durante cinco minutos antes de coger un taxi. Cambió de taxi dos veces. El segundo le llevó al aeropuerto. Recogió una maleta en la consigna de equipajes. También seguimos al criado. Se dirigió al aeropuerto después de dejar a Lieber y depositó la maleta en la consigna para que éste la recogiera.
-¿Revisaron la maleta?
-Sí -dijo Cavales-. Contenía un par de camisas y un traje. Ropa interior y un neceser de aseo. Las cosas habituales. Nada fuera de lo normal. -El agente hizo una pausa-. Hay otra cosa. -Sánchez le miró sin abrir la boca. Esperó las palabras de Cavales-. Recogió un paquete en la mesa de información, junto con el recibo por la maleta. Dos agentes le siguieron hasta la zona de embarque.
-¿No le detuvieron?
-No, tuvimos en cuenta algo mucho más interesante.
-¿Qué?
-Lleva un pasaporte con nombre falso y tomó un vuelo a San Pablo, Ciudad de México, mañana por la noche. Creo que el pasaporte estaba en el paquete que recogió. Debe de estar asustado.
-¿Qué nombre utiliza?
-Monck. Julius Monck.
-¿Quiere que llame a los muchachos de inmigración en San Pablo para que le detengan? -preguntó Cavales. Después consultó su reloj-. El avión no aterrizará hasta dentro de una hora. Una cosa es tener un pasaporte ilegal y otra utilizarlo. Con eso basta para que responda a unas cuantas preguntas.
Sánchez se sentó y emitió un suspiro de alivio. No dijo nada, juntó las cejas, como si el mero hecho de pensar le resultara doloroso, y después de una pausa muy larga, miró a Cavales.
-Alcánceme el mapa de la pared.

Cavales descolgó el mapa de Suramérica y lo colocó sobre la mesa del capitán. Este observó la lámina multicolor manchada de nicotina. Con un dedo siguió un trazo que iba desde el noreste del Chaco, hasta la frontera brasileña. Permaneció absorto durante unos minutos antes de mirar a su subordinado.
-El informe de la estación de radar en Bahía Negra decía que el aparato no identificado iba rumbo a Corumba, al otro lado de la frontera.
-Sí.
-Desde allí hay muy poca distancia a Campo Grande -señaló el capitán que marcó en el mapa los dos puntos.
-Así es -replicó Cavales. Se rascó la barbilla.
-En Campo Grande hay un aeropuerto. Si no recuerdo mal, tienen puente aéreo a San Pablo.
-No le entiendo -comentó Cavales, intrigado.
-Piense. Desde San Pablo hay vuelos a Ciudad de México. El destino de Lieber. La gente de la casa del Chaco. Quizá siguieron esa ruta. Tal vez, ellos también están en Ciudad de México. Ahora Lieber está acojonado. Necesita hablar con ellos en persona. -Cavales sonrió-. Es posible, ¿no?
-Sí. De lo contrario, es que simplemente ha decidido largarse.
-Lo dudo. -Sánchez sacudió la cabeza-. La gente como Lieber tiene muchos contactos. No. Está asustado por alguna cosa. Esta noche le hemos asustado. ¿Vio la expresión de su cara cuando mencioné la grabación? Le entró el telele. --Sánchez pensó durante un momento y añadió-: Llame al jefe inspector Eduardo González de Ciudad de México. Avísele de la posible llegada de Lieber bajo el nombre falso de Monck. Ocúpese de que nuestra gente revise las listas de pasajeros desde San Pablo a Ciudad de México, en los últimos diez días. Avíseme si aparece el nombre de Karl Schmeltz. Lo dudo, ya que si nuestro amigo Lieber utiliza un pasaporte falso, Schmeltz puede haber hecho lo mismo. Pero no se pierde nada por intentarlo.
-El tal González de Ciudad de México... ¿es amigo suyo?
-Nos conocimos en una conferencia de policías en Caracas -dijo el capitán-. Mándele una foto de Lieber. Los billetes están a nombre de Monck, pero quién sabe si Lieber no lleva otro pasaporte falso. Así le podrán identificar por la foto. Y llame también a San Pablo. Pídales que le vigilen, que se aseguren de que toma el avión. Si se aloja en un hotel, que controlen sus movimientos. Dígales que sean muy discretos. Que utilicen a los mejores agentes porque es un asunto de máxima prioridad. No quiero estropearlo.
-¿Quiere que González detenga a Lieber?
-No. Sólo que le siga. Quiero saber adonde va, con quién se reúne.
Cavales asintió, dispuesto a marcharse.
-Ah, Cavales...
-¿Sí?
-Consiga dos billetes en el primer vuelo con escala en Ciudad de México. -Sánchez sonrió-. Pero que no sea la misma ruta que la de Lieber.
Cavales le devolvió la sonrisa, asintió y abandonó el despacho.
Sánchez abrió el billetero y miró la foto que con toda discreción había sacado del álbum en casa de Lieber. Un robo justificable. No creía que Lieber se hubiese dado cuenta; estaba demasiado distraído.
Puso la foto sobre la mesa; parpadeó. Miró a los dos hombres que acompañaban a Lieber. Uno joven, de pelo oscuro, y fornido; el otro alto, elegante, de pelo gris. Por el corte de la ropa, comprendió que Lieber no le había mentido cuando dijo que la foto la habían tomado hacía mucho tiempo, unos diez años, aunque resultaba difícil precisarlo. Había una galería detrás de ellos. Pintada de blanco. Igual que la casa en el Chaco. El instinto le decía que se trataba de la misma casa.
Volvió a estudiar la foto. Haría investigar a los dos hombres que acompañaban a Lieber. Quizás había algo en los archivos. Suspiró al pensar en el trabajo que le quedaba por hacer, y con la mano se alisó el pelo de la cabeza. Llamaría a su esposa para comunicarle sus planes. Con un poco de suerte sólo estaría un par de días en Ciudad de México. Miró la foto de nuevo mientras marcaba el número de su casa.
Rosario lo entendería. Él lo hacía por Rudi Hernández. Se lo debía.

30

Volkmann tomó el primer vuelo de la KLM a Amsterdam, y dejó su bolsa de viaje en la consigna de equipajes de Schipol. Telefoneó a Jakob Fischer al KriminalAmt de Berlín desde la terminal de llegadas, pero le informaron que Fischer no estaba en su oficina y que no le esperaban hasta la tarde. Le dejó el recado y avisó de que llamaría más tarde.

Cuando salió de Schipol comprobó que no le siguiera nadie. Cogió un taxi hasta la Raadhuisstraat y caminó por las estrechas callejuelas vecinas al canal hasta que encontró la dirección en Herengracht.

La tienda de antigüedades estaba en la planta baja de un edificio de cuatro pisos típicamente holandés, cerca de una esquina entre un sex shop y un pequeño hotel. El cartel en la fachada decía: "Antigüedades Clásicas", y cuando Volkmann abrió la puerta sonó una campanita.

En un rincón, y sobre un sofá tapizado de rojo, había una chica rubia, de unos veinte años, sentada, con las piernas cruzadas, y con un gato persa gris sobre la falda. Volkmann adivinó que era la muchacha que se había puesto al teléfono. Vestía unos vaqueros ajustados, una sudadera también roja y zapatillas de deporte. Sus ojos castaños le miraron mientras descruzaba las piernas y se ponía de pie. El gato se frotó contra las perneras de los pantalones de Volkmann. Ella lo recogió del suelo y lo sostuvo entre los brazos.

-¡Hola! -saludó al agente de la DSE.

La tienda, pequeña, estaba abarrotada de muebles antiguos restaurados. Un largo aparador de cristal, que contenía viejas fotos en sepia enmarcadas en plata y artículos de lo más diverso, hacía las veces de mostrador. Una cortina verde cerraba una abertura que debía dar a la parte trasera. La chica miró a Volkmann y se dirigió a él en inglés al tomarle por un turista.

-Puede mirar todo lo que quiera. ¿Prefiere que le ayude?

-Busco a Cole Erdberg -dijo Volkmann, con una sonrisa.

-¿Es un poli?

-¿Por qué lo pregunta? -replicó Volkmann, con otra sonrisa.

-Porque tiene toda la pinta. -La joven no le devolvió la sonrisa, y hasta el gato pareció mirar a Volkmann con desconfianza.

-¿Cole está aquí?

-¿Por qué quiere ver a Cole? -quiso saber la muchacha.

Volkmann comprendió por el ligero acento al hablar en inglés que no era holandesa. La chica se abrazó al gato y sus ojos castaños observaron al intruso.

-Dígale que le quiere ver un amigo de Ted Birken.

-¿Y usted cómo se llama?

-Volkmann. Joe Volkmann.

La chica vaciló, y apretó los labios como si le costara tomar una decisión.

-Espere aquí. -Dio media vuelta y desapareció detrás de la cortina verde, con el gato persa apoyado en el hombro. Era guapa y tenía buen tipo. Los vaqueros ajustados realzaban sus formas. Volkmann entrevio una puerta que la muchacha cerró tras de sí.

Mientras esperaba, se dedicó a contemplar aquel local atestado. En la pared, cerca del escaparate, había un viejo mosquete de pedernal y dos pistolas de duelo. En otra pared, unas cuantas pinturas originales del siglo XVIII con escenas flamencas. La tienda olía a moho, orín de gato y marihuana. El agente oyó que se abría la puerta a sus espaldas.

Un hombre apartó la cortina. Era alto, delgado, con una barba gris de varios días. El poco pelo teñido que le quedaba en la nuca lo llevaba recogido en una coleta. En una mano sostenía las gafas con montura de alambre. Se las puso. Rondaba los sesenta. Vestía unas bermudas caquis y calzaba unas zapatillas de deporte sin calcetines. El cuello desabrochado de la camisa negra dejaba ver un medallón de oro perdido en un mechón de pelo gris. Miró a Volkmann.

-¿Le conozco? -preguntó con un acento del sur estadounidense.

-¿Cole Erdberg?

-Soy yo.
-Me llamo Volkmann. Joe Volkmann.
-Misha me ha dicho que es amigo de Ted Birken. ¿En qué puedo servirle?
-Ted dijo que quizá podría ayudarme.
-¿Está con el equipo?
-No. -Volkmann sonrió-. No pertenezco a la CÍA, señor Erdberg.
-¿Con quién está? -Volkmann le mostró su identificación y Erdberg le echó una ojeada. Volvió a mirar al agente con una sonrisa-. ¿Cómo está el viejo Ted? ¿Todavía vive solo en los Alpes con todo aquel coñazo de quesos suizos? -Volkmann le devolvió la sonrisa. Erdberg añadió-: Tendría que buscarse una tía buena, disfrutar de los pocos años que le quedan. -La mirada de Erdberg parecía vidriosa, como si todavía estuviera drogado-. ¿Qué puedo hacer por usted, Joe?
-Ted dijo que era un experto en la SS. Que quizá podría ayudarme a identificar a alguien en una fotografía.
La cortina se corrió y la chica rubia entró con el gato persa en brazos. Erdberg la miró.
-Misha, ¿puedes traernos un par de tazas de café? ¿Quiere café, Joe?
-Sí, gracias.
-Dos cafés, Misha. Y por favor, intenta mantener a esa mierda de gato fuera de mi habitación mientras trabajo. ¿Vale, cariño? -La chica hizo un mohín cariacontecida y mientras salía, Erdberg le palmeó el culo-. Yo también te quiero. -Miró a Volkmann-. Vayamos a mi habitación, Joe.
Pasaron al otro lado de la cortina verde. La habitación servía de almacén y taller; estaba abarrotada de muebles enmohecidos en distintas fases de restauración. En el ambiente flotaban los mismos olores que afuera, a los que había que añadir el de la laca y la cera. Las herramientas estaban desparramadas sobre una mesa larga junto con los trozos de una silla. De una de las paredes blancas colgaba un póster de un hombre que por única prenda llevaba un sombrero tejano y unas botas, sentado en el váter. Debajo la leyenda decía : "Estoy orgulloso de ser un gilipollas de El Paso."
Erdberg caminó hasta otra puerta al fondo de la habitación. La abrió con una llave que sacó del bolsillo y encendió la luz. Como en todos los edificios de Amsterdam la estancia era más larga que ancha. Quizá tendría unos veinte metros de largo y parecía un museo en miniatura.
A cada lado había vitrinas, del suelo al techo, llenas con una selección de uniformes, medallas e insignias del Tercer Reich. Espadas de ceremonia, dagas y un par de pistolas; una docena de fusiles Máuser y automáticos, y una pistola ametralladora MP40, todos con el cañón recortado. En el fondo había una mesa de nogal y encima una lámpara plateada, impresionante. En la base cuadrada había un águila en relieve, con la esvástica entre las garras. En la habitación hacía frío. Erdberg tembló. Encendió un cigarrillo.
-¿En qué puedo ayudarle, Joe? -Erdberg vio que Volkmann miraba a su alrededor y comentó-: Impresiona, ¿eh?
Volkmann se acercó a una vitrina. Había una selección de dagas y espadas nazis y una gorguera de plata de la Feldgendarmerie nazi.
-¿Le importa si le pregunto qué hace con todo esto, señor Erdberg?
-Llámeme Cole. ¿Que qué hago con esto? Yo vendo toda esta mierda. Y la colecciono.
-¿A quién se la vende?
-A los coleccionistas. A los pirados por los recuerdos nazis. A cualquiera que le interese. Son muchos, le sorprendería saber cuántos. También se lo alquilo a las productoras cinematográficas cuando quieren algo auténtico y especial. Tengo un almacén en el fondo. Uniformes, distintivos, medallas. Digamos que soy una especie de asesor. -Se abrió la puerta y entró la chica con dos tazas de café-. ¿Te molesta todo esto, Misha? -Erdberg le señaló las vitrinas.
-No -contestó Misha. Se encogió de hombros y les alcanzó las tazas.
-Misha, te presento a Joe Volkmann. Joe, Misha. -Erdberg sonrió-. Es judía.
La muchacha le sonrió. Parecía una de aquellas sabrás rubias que se veían en los kibutz con el pelo claro, los ojos castaños y un cuerpo estupendo.
-Por si le interesa saberlo, le diré que no soy un neo nazi. Pero debo de reconocer que todo este rollo del Tercer Reich me chifla. ¿A usted también, Joe?

-No puedo decir lo mismo.
La chica salió de la habitación. Volkmann pasó una mano sobre la mesa de nogal. Erdberg la miró.
-¿Sabe de quién era esta mesa?
-No. ¿De quién?
-De Ernst Kaltenbrunner. El número dos de la SS después de que la resistencia se cargara a Heydrich en Checoslovaquia. Kaltenbrunner. Uno de los maníacos más hijo de puta de la SS. Se sentaba en esta mesa borracho para firmar las sentencias de muerte. Judíos, miembros de la resistencia y cualquiera que le cayera mal. -Erdberg se acercó a la mesa y sonrió. Pasó una mano sobre la madera pulida con cariño, como quien acaricia el muslo de una mujer-. Siniestro, ¿no le parece?
-¿ Qué sabe de la división Leibstandarte SS? -preguntó Volkmann.
-La conozco como los pelos de mi culo. La crema de la SS. Fundada por el archinazi Sepp Dietrich, en 1934. Más conocida como la guardia personal de Hitler. Al principio contaba sólo con ciento veinte nombres escogidos, pero más tarde, creció hasta convertirse en una división. Cada hombre realizaba un juramento de sangre de lealtad a Adolf Hitler. Sirvió como división motorizada en Polonia en 1939. Participó en las campañas de Grecia y Rusia, desde 1941 a 1944. Responsable de la masacre de Malmedy en Bélgica en 1944, y de otras muchas en Rusia; si se las enumero todas nos llevará toda la noche. La última división que combatió en Hungría y Austria en 1945. ¿Quiere saber algo más? Empiezo a ponerme en marcha. ¿Ha venido aquí por la Leibstandarte SS?
-¿Conoce detalles sobre la vida de los jefes y oficiales?
-Sí.
-¿Y de sus esposas, novias, amantes?
-De algunos. ¿Por qué?
Volkmann sacó la fotografía de la mujer rubia y se la entregó.
-¿Conoce a esta mujer, Cole?
Erdberg miró la foto. Vaciló. Se quitó las gafas y buscó una lupa en el cajón de una mesa. La sostuvo sobre la foto. La estudió durante un buen rato antes de mirar a Volkmann.
-¿Quiénes?
-Es lo que necesito saber. Esperaba que usted me lo dijera.
-No parece conocida. -Erdberg sacudió la cabeza-. Al menos yo no sé quién es.
-¿Está seguro?
-Sí.
-El brazalete nazi. ¿Tiene algo especial?
Erdberg volvió a mirar la foto.
-No, no lo creo. Es el brazalete con la esvástica habitual. ¿Por qué?
-¿Qué hay de la manga del uniforme?
-No sé qué decirle. La foto tiene mucho grano, y no se ve demasiado bien.
-¿Leibstandarte SS?
-Claro, se ponían estos brazaletes en la manga izquierda. Aunque también los usaban muchos otros SS y nazis. Sólo que en la Leibstandarte llevaban una cinta gris y plata que decía: "Adolf Hitler". Por eso se sabía que eran Leibstandarte. Puede ser que sea de la SS, pero necesitaría ver un poco más del uniforme para darle una respuesta definitiva. -Erdberg sonrió-. Supongo que no es posible. -Volkmann asintió-. ¿De dónde la sacó?
-De Suramérica.
-¿De qué va el rollo? ¿Persigue a algún viejo nazi? No creía que todavía quedara ninguno de los importantes suelto por ahí.
-No -contestó Volkmann-. Intento rastrear a un hombre. Su padre emigró a Paraguay antes de la guerra. La foto puede ser una pista.
-¿De qué año habla?
-1931.
-Entonces, ¿qué tiene que ver la Leibstandarte SS con todo esto?
-El padre del hombre era un camisa parda, un SA. Ted Birken me dijo que algunos camisas pardas ingresaron en la Leibstandarte SS.

-Así es. -Erdberg hizo una pausa y se encogió de hombros-. Lo lamento, pero no puedo ayudarle.
-¿Conoce a alguien que pueda?
-¿Con la foto? No lo creo, podría ser cualquiera. -Erdberg volvió a encogerse de hombros-. Si piensa que puede ser la novia o la esposa de un oficial superior, entonces quizás un buen historiador, alguien especializado en el período previo a la guerra... Y ahora mismo no se me ocurre el nombre de nadie, pero de todas formas dudo que puedan ayudarle. Me refiero a que quizá la muchacha es una perfecta desconocida. Además, aparte de Eva Braun y Magda Goebbels, ¿quién se acuerda de las mujeres de los jefes nazis? Lo que es evidente es que la chica no es ninguna de esas dos señoras.
-Una cosa más, Cole. ¿Ha oído citar alguna vez algo llamado el testamento de Brandeburgo?
-No -contestó el estadounidense después de pensar un momento-.¿De qué va?
-Quizá no tenga ninguna importancia. -Volkmann sonrió-. Gracias por su ayuda.
-No se merecen.
Volkmann recuperó la foto y la guardó en el billetero mientras echaba una última ojeada a las vitrinas.
-Tengo algunas piezas importantes -le comentó Erdberg-. Cruces de hierro con diamantes y hojas de robles. La espada del uniforme de gala de Himmler. Una insignia del partido, que perteneció a Martin Bormann. Ahí tiene a uno que pudo haber acabado en Suramérica. Si tiene tiempo, le puedo mostrar algunas.
-Gracias, pero debo tomar un avión.
-Si ve a Ted, dígale de mi parte que se busque una tía buena. Veinte años. Tetas grandes. Un buen culo. Que lo haga antes de que sea demasiado tarde.
-Se lo diré -dijo Volkmann con una sonrisa-. No hace falta que me acompañe. Ya conozco el camino. -Cuando llegó a la puerta, Volkmann vaciló-. ¿Le importa que le haga una pregunta personal, Cole?
-No.
-Ted me dijo que usted estuvo en la CÍA.
-Durante doce años.
-¿Por qué le echaron?
-¿Está de coña? -Erdberg sonrió-. ¿Usted no me hubiera echado?

Volkmann consiguió una plaza en el vuelo de las dos de la tarde de la KLM a Berlín. Durante las dos horas de espera en Schipol no vio que nadie le siguiera.
Eran las cuatro pasadas cuando aterrizó en Tegel; empezaba a oscurecer.
Desde el aeropuerto, reservó una habitación en el hotel Schweizerhof, y antes de coger el taxi que le llevara a la Budapesterstrasse, tomó las mismas precauciones que en Schipol. Al cabo de media hora llamó a Jakob Fischer. Tuvo que esperar cinco minutos antes de que Fischer se pusiera al aparato y el viejo agente se disculpó por haberle hecho esperar.
-Ha pasado mucho tiempo, Joe. ¿Cómo está, amigo mío?
-Bien. ¿Y usted?
-Me faltan seis meses para el retiro, y no veo la hora de quitarme el arnés. ¿Qué puedo hacer por usted, Joe?
-¿Recibió mi mensaje?
-Esta mañana.
-Quiero pedirle un favor, Jakob.
Volkmann le explicó todo lo que sabía de Herbert Rauscher, y cuando acabó, Fischer quiso saber si era un asunto oficial. El agente de la DSE le respondió que por el momento deseaba llevar el tema de un forma extra oficial y con la mayor discreción posible.
-Será mejor que me diga qué es lo que quiere saber -dijo Fischer.
-Todo lo que haya averiguado su gente sobre el asesinato de Rauscher, y los antecedentes que tengan de él.
-Dice que el tal Rauscher vivía en el lado este. Está fuera de mi jurisdicción, Joe. Sí, de acuerdo, nuestra gente se ocupa ahora del lado este y yo estoy en el KriminalAmt, pero los chicos de homicidios pueden sospechar alguna cosa si les pido que me dejen mirar el expediente. ¿Sabe si Rauscher participaba en alguna actividad delictiva?

-No lo sé, Jakob.
-De acuerdo. Intentaré echarle un vistazo al expediente y ver qué pasa. La mayor parte de la información está metida en los ordenadores y quizá consiga el acceso.
-Se lo agradezco.
-Explíqueme los detalles para estar preparado. -Volkmann le dijo todo lo que sabía de Rauscher por los recortes de periódicos. Cuando acabó, el viejo policía le preguntó-: ¿Dónde se aloja?
-En el Schweizerhof en Budapesterstrasse.
-Muy bien. Le llamaré dentro de una hora.
-Gracias.
Jakob Fischer le llamó casi dos horas más tarde.
-Lamento comunicarle que el ordenador sólo me ha permitido un acceso limitado al expediente, Joe; no había mucha cosa. Así que he llamado al tipo que se ocupó del caso, pero está de vacaciones. También he hablado con uno de los inspectores de la comisaría y me ha dicho lo que él sabía del caso. No es mucho, pero podría servirle.
-¿Puede decírmelo por teléfono?
-Pienso que será mejor que lo haga personalmente.
-Diga dónde.
-¿Que le parece su hotel? Nos tomaremos una cerveza mientras le paso todos los datos.
-¿Cuándo?
-Dentro de una hora, en el bar. Todavía me quedan un par de cosas por aclarar.
-Perfecto.
-Hasta luego.
El bar del hotel estaba vacío; sólo había una pareja de hombres de negocios que conversaban sentados en la barra. Cuando Jakob Fischer entró, Volkmann se hallaba sentado en un sillón cerca de la puerta. Al verle se sorprendió por lo mucho que había envejecido; cojeaba un poco al caminar, pero aún se le veía animoso. Sus ojos azules evidenciaban cansancio y la espesa cabellera negra de la que siempre había estado tan orgulloso mostraba mechones de canas. Le estrechó la mano y se dejó caer en uno de los amplios sillones.
Volkmann le preguntó si había cenado, pero él sólo pidió un bocadillo y una cerveza. Dedicaron cinco minutos a charlar de los viejos tiempos y en cuanto Fischer acabó de comer, entraron en materia.
-¿De qué va este caso Joe?, si es que me lo puede decir. -Volkmann le explicó los detalles esenciales-. Suena todo muy complicado -comentó Fischer-. Y además, ¿por qué se ocupan los suyos de todo esto y no nosotros? -El agente se lo dijo y Fischer añadió-: De acuerdo. ¿Quiere saber lo que tengo?
-Adelante.
-Primero los antecedentes, sólo para que se sitúe. Herbert Rauscher nació en Leipzig. Tenía cuarenta y nueve años. Se trasladó a Berlín hace veintiocho. Soltero, nunca se casó. Trabajaba como gerente de una pequeña editorial cuando derribaron el Muro y se quedó sin empleo. Estuvo apuntado al paro durante tres meses hasta que emprendió su propio negocio. La gente del Stasi KriminalAmt tenía un expediente sobre él. Ignoro su contenido porque muchos expedientes desaparecieron o fueron destruidos tras la caída del Muro. Entre ellos el expediente de Rauscher. Nuestra gente consiguió algunos detalles del antiguo personal de la Stasi después de que le asesinaran, nada importante. Pero al parecer Rauscher no era el buen ciudadano germano oriental que proclamaba ser.
-¿En qué sentido?
-Tenía un chollo montado aparte. Publicaba revistas pornográficas. El mismo negocio que puso en marcha cuando perdió el trabajo. Después de la reunificación y de que se levantara la censura, el negocio comenzó a remontar. También se metió a traficante de drogas, pero a pequeña escala. Se compró un Mercedes de segunda mano y se mudó a un apartamento mejor, sin abandonar el lado este. Entonces, hace seis meses, se lo cargaron. Fue de noche, alrededor de las once. Dos disparos en la cabeza. Según el inspector, había quemaduras de pólvora en el cráneo; así que fue a quemarropa.
-¿El informe del forense menciona la munición o el arma?
-Creen que utilizaron una Beretta, con silenciador. Pero de la munición sólo se cita el calibre: nueve milímetros.

-¿Dónde le mataron?
-En su apartamento. Está cerca del museo Pergamon. Lo encontró su novia. El expediente dice que la investigaron. No tuvo nada que ver con el asesinato.
-¿Sabe dónde está la muchacha?
-Lo estoy averiguando, Joe, porque supuse que querría hablar con ella. Por el momento, no he tenido suerte. Se llama Monika Worch. No sé nada más. -Fischer sonrió-. Aparte de que posaba en pelotas para algunas de las revistas de Rauscher.
-¿Qué sabe de la investigación? ¿Descubrieron alguna cosa?
-Nada, Joe. -El policía sacudió la cabeza-. Siguieron los caminos habituales. Interrogaron a las personas metidas en el mismo negocio, pero no encontraron nada, según me ha dicho el inspector con el que he hablado. Sin embargo, Rauscher debía de conocer a su asesino, porque no había señales de violencia en la casa y todo ocurrió en el salón. El portero de noche declaró que no vio ni oyó nada. Lo mismo dijeron los vecinos. La opinión es que Rauscher se pasó de listo. Trató de ampliar el negocio demasiado rápido y se pilló los dedos. Desde la caída del Muro la criminalidad va en aumento en el lado oriental. Todo el mundo intenta montarse un negocio, convertirse en un pequeño capitalista de éxito y forrarse. No sería extraño que Rauscher se hubiese metido en territorio ajeno. Es la única cosa que tiene sentido. Pero no han descubierto nada.
-¿Rauscher estaba metido en política?
--No que nosotros sepamos -afirmó Fischer, ceñudo-. Por la clase de tipo que era, diría que no. Le interesaba más el dinero que la política. ¿Por qué? ¿Cree que el asesinato de Rauscher puede tener un motivo político?
-No lo sé, Jakob -respondió Volkmann. Miró a través de la ventana el tráfico de última hora. Una pareja de transeúntes pasó por la acera con el cuello de los abrigos levantados para protegerse del frío. Se volvió hacia el policía-. ¿Qué hay de la novia de Rauscher?
-¿Qué pasa con ella?
-¿Cree que podrá encontrarla?
-Sí, siempre que esté en Berlín. Pero quizá me lleve tiempo. Creo que sigue metida en el negocio. Preguntaré por ahí.
-¿El apartamento de Rauscher sigue desocupado?
-Creo que sí.
-¿Puedo ir a echar un vistazo?
-Ya me lo suponía. Tengo el coche en la puerta. Acábese la cerveza y le llevaré. Veremos si mi credencial nos permite entrar.
Eran las nueve pasadas cuando llegaron a los apartamentos cercanos al museo Pergamon. Se trataba de uno de aquellos lujosos bloques de viviendas modernas que los rusos construyeron para sus funcionarios en Berlín Oriental treinta años atrás.
El edificio se veía bien conservado y los jardines de la entrada estaban limpios y arreglados. Tenía ocho plantas, y, al parecer, Rauscher había ocupado el ático.
El vestíbulo estaba iluminado, y la entrada protegida por una puerta de doble cristal. Fischer no hizo caso del portero automático y golpeó el cristal con el aire autoritario de un auténtico policía. Al cabo de un par de minutos apareció un hombre cojo, de edad avanzada, vestido con un traje azul raído.
Era el portero de noche. Fischer le mostró la placa y le dijo que quería ver el apartamento de Herbert Rauscher. El portero pareció intimidado por la autoridad en la voz de Fischer y la placa, y, en cuanto les abrió la puerta, corrió a buscar las llaves. Volvió en cinco minutos. Fischer le dijo que subirían solos en el ascensor. Él les entregó las llaves y ellos entraron en el ascensor para subir al ático. Había un cartel de la brigada de homicidios pegado en la puerta, que prohibía la entrada al apartamento; además, la policía había instalado una tercera cerradura. Así que Fischer tuvo que volver a bajar y dirigirse al coche para buscar su juego de ganzúas; con todo y con eso, tardó casi media hora en poder abrir la puerta.
Al entrar, Volkmann se sorprendió por lo lujoso que era. Disponía de una magnífica vista panorámica de la fachada de granito del Pergamon, y, a lo lejos, se veía la parte superior iluminada de la puerta de

Brandeburgo y las estrechas callejuelas adoquinadas del barrio viejo alumbradas con lámparas de luz amarillenta.
El apartamento olía a cerrado. Las sillas y sillones estaban tapizados en cuero negro. En un rincón había un vídeo y un televisor Sony y, junto a la ventana, un equipo de música Bang & Olufsen de los mejores, con una colección de cintas y discos de rock y jazz. En una vitrina guardaba una docena de vídeos porno, y en la estantería que había junto a él, unos cuantos libros. Sobre la mesa de centro, tenía un tablero de ajedrez de mármol con las piezas de plata; las alfombras de color crema eran gruesas y mullidas. Cuando Volkmann avanzó en dirección a la ventana, vio la mancha de sangre cerca del sofá. Era como si alguien hubiese derramado una copa de vino tinto. La policía no había desordenado nada al efectuar el registro y Volkmann echó una ojeada a los dos dormitorios y al resto del apartamento.
Los armarios estaban llenos de trajes caros, pero no vio ni una sola prenda de mujer. El agente supuso que la novia de Rauscher se las habría llevado. En uno de los dormitorios encontró una pequeña selección de revistas porno, con las páginas abiertas por donde los inspectores habían curioseado, pero el resto del apartamento estaba ordenado. En los cajones de los muebles de las distintas habitaciones no había ningún efecto personal, excepto ropa interior y camisas de seda con la inicial bordada. Nada que revelara si Fischer ejercía alguna actividad política, y los únicos libros en la mesa de centro eran de fotografías, además de un par de novelas eróticas.
A las once de la noche, Jakob Fischer llevó a Volkmann de vuelta al hotel. El policía le dijo que le llamaría en cuanto supiera algo del paradero de la novia de Rauscher. También le pidió que le dejara el recado si no se encontraba en el hotel en ese momento; Fischer estuvo de acuerdo.

31

A la mañana siguiente, Volkmann cogió un taxi para ir a la oficina de Walter Massow en Kreutzberg. Se trataba de un edificio miserable al estilo de los años treinta, situado un poco más allá de la Blücherstrasse, justo en el centro de una manzana de casas ruinosas ocupadas por inmigrantes turcos y asiáticos. Era uno de esos barrios del sureste de la ciudad, donde todavía eran visibles los destrozos de la última guerra. La fachada del edificio se veía llena de pintadas que alguien había cubierto con una mano de cal; las ventanas de la planta baja y el primer piso estaban tapiadas con tablones.
Volkmann llegó a las diez; cuando entró, un joven que estaba sentado detrás de una mesa, en la planta baja, le miró con desconfianza. Después de comprobar sus credenciales, apretó el timbre de debajo de la mesa, y abrió la puerta de acceso a las escaleras.
La oficina estaba en el cuarto piso. Le recibió una joven secretaria que en ese momento pasaba una carta a máquina; le pidió que esperara mientras iba a buscar a Massow. Volvió un instante después seguida por un hombre de unos cincuenta años. Grande, fornido, con gafas; sus modales amables y su voz suave se contradecían con la fiereza de su aspecto.
-Señor Volkmann, soy Walter Massow. -Le estrechó la mano y le acompañó por un pasillo hasta un despacho amplio repleto de cosas.
La luz de sol invernal entraba por la ventana. Contra las paredes desconchadas había archivadores metálicos, y sobre el escritorio, junto a la ventana, un plato con un sandwich envuelto en papel de aluminio y a medio comer. El despacho daba a un pequeño parque, y, a lo lejos, se veían varios bloques de pisos con la ropa tendida en los balcones.
La secretaria les trajo café y cuando se marchó, Massow se sentó en su silla. Cogió un palillo de una bandeja, se lo metió en la boca y se dirigió al visitante.
-¿Puedo preguntar de qué va todo esto, señor Volkmann?
El agente tardó varios minutos en explicarle las razones de su visita. Resumió la información todo lo que pudo y sólo le contó que en el transcurso de la investigación del asesinato de un hombre llamado Dieter Winter había aparecido su nombre vinculado con un atentado. Mencionó los antecedentes de Winter y las circunstancias del crimen, pero no dio detalles.
Massow no se mostró ni sorprendido ni preocupado. Se limitó a escuchar atento y, cuando Volkmann acabó, se bebió un trago de café y se acomodó en la silla, que crujió bajo su peso.

-¿Puedo preguntar por qué investiga el caso un agente de la DSE británica? ¿No cree que es un asunto interno que corresponde a nuestra policía, señor Volkmann?
Volkmann respondió que el arma utilizada para matar a Winter era la misma que había matado a un empresario inglés en Hamburgo; Massow aceptó la respuesta con un ademán.
-¿Había oído mencionar alguna vez el nombre de Dieter Winter, señor Massow?
-No, jamás -contestó él político.
-¿Tiene idea de por qué el tal Winter quería asesinarle?
Massow sonrió mientras masticaba la punta del palillo.
-Usted mismo ha dicho que Winter era un extremista de derechas.
-Así parece.
-Señor Volkmann -contestó Massow, con una sonrisa-, si me hubieran dado un marco por cada amenaza de muerte o carta insultante que he recibido de esa gente, hoy sería un hombre rico. -Massow se levantó-. Le enseñaré algo.
Se acercó a uno de los archivadores y sacó una carpeta. Echó una ojeada al montón de papeles, y se volvió a sentar. Hizo a un lado el resto del sandwich y desparramó los papeles sobre la mesa.
-Cartas -comentó Massow-, todas muy desagradables. Esto que ve aquí son copias, pero la policía tiene los originales. Claro que no significa nada. Nunca encuentran a los responsables.
Massow escogió una de ellas y se la entregó. El texto, una sola frase, estaba compuesto con letras recortadas de los periódicos y decía lo siguiente: AMANTE DE LOS JUDÍOS, TE VIGILAMOS. Volkmann la dejó a un lado y Massow le alcanzó otra. Esta vez las letras manuscritas ocupaban toda la página. ¡INMIGRANTES FUERA! ¡MASSOW, TE MATAREMOS!
-Y éstas son las más suaves -dijo Massow-. Las hay mucho peores. -Sonrió-. Como dicen por ahí, hacen juego con el barrio. -Señaló hacia la ventana-. Como habrá visto, señor Volkmann, la zona que represento está habitada mayoritariamente por inmigrantes. Turcos, polacos, asiáticos, griegos. Gente de los países africanos. Hago lo que puedo por ellos. Pero hay gente en este país, y fuera de este país, que piensa que mis vecinos tendrían que volver a su lugar de origen o al de sus padres. No les importa que hayan nacido aquí y que sean tan buenos ciudadanos como cualquiera. -Massow sacudió la cabeza-. Sucede en todas partes, señor Volkmann. Francia. Alemania. Inglaterra. Italia. Y no lo dude, si los extremistas y xenófobos pudieran, también echarían a la gente como yo. De vez en cuando los rufianes que se llaman a sí mismos alemanes, aparecen y tiran una bomba incendiaria o se cagan en la puerta del edificio. Pero ya estamos acostumbrados. Mi personal es gente dedicada y trabajadora. No digo que esas cosas no nos preocupen, pero seguimos adelante.
-Pero, ¿quiénes son los que envían esas cartas? -preguntó Volkmann, al tiempo que señalaba el montón de anónimos.
-Gente como su amigo Winter, supongo. Extremistas. Neo nazis. Racistas. Locos. Imbéciles. -Massow sonrió-. Creo que esto cubre todas las posibilidades.
-¿Ha oído mencionar a un tal Wolfgang Lubsch?
-¿El terrorista? -replicó Massow, con el entrecejo fruncido.
-Sí.
-Sí, que lo he oído.
-¿Le conoce?
Massow miró al agente y después sonrió antes de responder a la pregunta. Escogió las palabras con mucho cuidado.
-Señor Volkmann, ese hombre es un terrorista buscado por las autoridades. Hace muchos años, en su época de estudiante, le conocí en un mitin político en Hamburgo. No es amigo mío, si es lo que insinúa. Pero no diré nada más sobre el asunto.
-¿Y de la amenaza de muerte?
-¿Qué pasa?
-¿Se le ocurre quién puede estar detrás?
-No, señor Volkmann. En mi opinión se trata de toda esa pandilla de marginales. Recibo muchas amenazas. -Massow sonrió-. Si las dejara de recibir, empezaría a sospechar que tanto los racistas como los fachas me han tomado cariño. Y eso sí que me daría miedo.

-¿Por qué querría matarle esa gente?
-Porque para los extremistas y los xenófobos, las personas como yo somos una espina clavada en el pie.
-Explíquemelo.
Massow se levantó y se acercó a la ventana. La luz intensa del sol le iluminó el rostro, y le obligó a entornar los párpados. Miró a Volkmann. La claridad hacía que las ropas de Massow parecieran raídas y también le resaltaba las líneas de la cara, ahora ahondadas por la preocupación.
-¿Tiene idea de cómo tratan a los inmigrantes en este país, señor Volkmann? En Alemania hay cinco millones de inmigrantes. En Francia y en Italia existe el mismo problema, pero a mí me preocupan los que viven aquí, en Alemania. Muchos vinieron en los años posteriores a la guerra, cuando faltaba mano de obra y los alemanes de clase baja se habían vuelto demasiado ricos y orgullosos para hacer determinados trabajos. Vinieron como peones e hicieron el trabajo sucio que la mayoría de los alemanes rechazaban. Se instalaron, formaron familias y se hicieron un hueco en este país. Ahora son casi el siete por ciento de la población, una cifra superior al número de judíos antes de la guerra. Pero a diferencia de la mayoría de los judíos de aquella época, muchos están sumidos en la pobreza. Hubo un tiempo en que se necesitaba a esta gente. Ahora tenemos a los alemanes del antiguo bloque oriental junto con los inmigrantes étnicos alemanes que están muy dispuestos a aceptar esos trabajos.
"Las leyes laborales alemanas -prosiguió Massow-, establecen que todos los trabajadores sean tratados con igualdad, pero la realidad es bastante diferente. Los salarios entre los distintos inmigrantes son más bajos y el paro asciende al veinticinco por ciento entre los primeros. Por lo tanto, viven en guetos y albergues especialmente construidos para ellos. El problema es real y preocupante. Pero más preocupante resulta la respuesta de Alemania. Cuando los xenófobos y los neo nazis realizan actos violentos no sólo provocan la indignación ciudadana sino que además dan pie a que se solicite una reducción del cupo de extranjeros que entran en el país. Como si los que tuvieran la culpa fueran las víctimas y no aquellos que los persiguen.
"Ahora bien -señaló Massow, con un gesto de preocupación-, cuando se producen actos terroristas de este tipo, los políticos dicen que no hay bastante policía. Sin embargo, cuando los terroristas atacan a los empresarios y ejecutivos importantes del país entonces se las apañan para protegerlos a todos.
Massow miró a través de la ventana por un instante e hizo una pausa. Después volvió a mirar al agente.
-Cuando salga de esta oficina, señor Volkmann, pasee un rato por las calles. Mire cómo viven. Mire las caras de la gente de este barrio. Mírelas bien. Son gente asustada. Tienen miedo de los cabezas rapadas que atacan sus hogares. Tienen miedo del futuro. Lo que verá fuera, señor Volkmann, es una hoguera que espera que la enciendan. Porque cualquier día esta gente hará sentir su voz, se organizará y luchará. Y entonces tendremos el gran problema. Todo este maldito país arderá como una tea. -Massow sacudió la cabeza-. A veces me pregunto si las cosas han cambiado de verdad en estos últimos cincuenta años.
-¿Qué quiere decir, señor Massow?
El político cogió otro palillo y vaciló antes de metérselo en la boca.
-Antes de la última guerra, el lema de los nazis era Juden-frei: libres de judíos. En estos días es Auslander-frei: libres de extranjeros. Ahora, ya casi no hay judíos en Alemania. Pero están los inmigrantes. Quizá se conviertan en el chivo expiatorio del país. Son los mismos sentimientos, los mismos recelos. Esta gente no son arios de pelo rubio y ojos azules, y por lo tanto no se les considera alemanes. -Massow se movió en la silla-. Le pondré un ejemplo. El partido de ultraderecha, el Deutsche Volkunion, utilizó un solo eslogan electoral, contra los inmigrantes, durante la campaña para las elecciones del Estado de Bremen: "El barco está lleno." Y con eso tuvieron suficiente para conseguir seis escaños más en el parlamento.
"Perdóneme, señor Volkmann -dijo Massow, un poco más tranquilo-. No ha venido aquí para hablar de este tema. Quería saber alguna cosa de Dieter Winter y yo le he dado la lata con los males de Alemania.
-¿Está absolutamente seguro de que nunca oyó hablar de Dieter Winter, señor Massow?
-Nunca. -Cuando Volkmann se levantó, Massow le estrechó la mano y dijo-: Le deseo suerte con la investigación. Buenos días, señor Volkmann.
Se dirigió a pie hacia la estación del metro. El sol brillaba y el aire era limpio y frío. El barrio era un laberinto de callejuelas y, mientras caminaba, siguió la recomendación de Massow. Las opiniones de

Massow le parecían un tanto exageradas, como correspondía a cualquier político; Kreutzberg siempre había sido un barrio obrero desde antes de la guerra, pero lo cierto es que las casas de los inmigrantes se veían ruinosas. Le compró un bratwurst a un vendedor turco cerca de la estación y se comió la salchicha en el andén del metro mientras se entretenía observando las pintadas de las paredes. Casi todas eran insultos racistas y cruces gamadas garabateadas a toda prisa.
La gente en el andén tenía la misma mirada de acoso que había tenido su padre, y, por un momento, Volkmann recordó los rostros de las viejas fotos en blanco y negro de los guetos de Varsovia y Cracovia.
La llegada del tren le volvió a la realidad. Se abrieron las puertas y subió al vagón.
Llegó al hotel al mediodía. En la recepción le entregaron un mensaje de Jakob Fischer; había llamado hacía tan sólo diez minutos. También le dieron un número de teléfono. Llamó y le éste respondió.
-He encontrado a la chica, Joe.
-¿Dónde está?
-Aquí en Berlín, pero en el lado oeste de la ciudad. Un tipo de la brigada contra el vicio me dio la dirección. Vive con un director de películas porno.
-¿Tiene su número de teléfono?
-Por supuesto. La he llamado hace un rato. Me ha dicho que no quería hablar del asesinato de Rauscher. Le he asegurado que no tenía la intención de traerla a comisaría para hacerle pasar un mal rato, y que sólo sería una charla amistosa.
-¿Y qué ha respondido?
-Que hablará con nosotros. La encontraremos en su casa a partir de las ocho. Su novio no está en la ciudad. ¿Le paso a recoger a las ocho y media?
-Sí. Estaré en el vestíbulo.
La casa estaba en Friedenau, en la parte sur de la ciudad. Cuando salieron del ascensor en el tercer piso, Fischer pulsó el timbre.
Les atendió una mujer de unos treinta años, con el pelo largo, rubio, y muy guapa. Llevaba unos pantalones ajustados de color negro, zapatos bajos y una camiseta blanca que resaltaba sus grandes pechos. Era una mujerona y Volkmann la observó mientras cerraba la puerta y les hacía pasar al salón.
El apartamento estaba decorado en estilo moderno y la iluminación era suave. De las paredes colgaban varios cuadros abstractos y un par de desnudos al carbón con marcos de metal.
Jakob Fischer le enseñó su identificación pero la joven ni siquiera se molestó en mirarla. Tampoco le hizo mucho caso a Volkmann.
-Ya se lo he dicho por teléfono. A la policía le conté todo lo que sabía.
-La comprendo, señorita Worch, pero mi colega quiere hacerle algunas preguntas. Sólo serán unos minutos.
Volkmann miró a la muchacha, y ésta le devolvió la mirada, indiferente.
-¿Desde cuándo conocía a Herbert Rauscher, señorita Worch?
-Desde hacía dos años.
-¿Alguna vez oyó mencionar a un hombre llamado Dieter Winter?
-No.
-¿Está segura de que Herbert Rauscher no conocía a nadie con ese nombre
-No lo sé. -contestó la muchacha. Volkmann le dio los otros nombres, pero la joven se limitó a mover la cabeza indiferente-. No conocía a ninguno de sus amigos o socios. Las únicas personas que conocí, y que parecían tener alguna amistad con él, eran un par de fotógrafos.
-¿Y usted nunca le oyó mencionar ninguno de esos nombres?
-No.
-Por favor, haga un esfuerzo por recordar, señorita Worch.
-Ya lo hago. Nunca oí ninguno de esos nombres. -La muchacha le miró directamente a los ojos y Volkmann comprendió que no le mentía.
-¿Rauscher estaba involucrado con algún grupo político?
-¿A qué se refiere?
-¿Alguna vez le manifestó alguna opinión política?
-Solía decir que era una mierda vivir en un régimen comunista. ¿Eso es todo lo que quería saber?

-¿Alguna cosa más?
La mujer esbozó una sonrisa que desapareció casi en el acto.
-Por lo general, hablaba de sexo. De cuánto dinero iba a ganar. O del tipo de coche que se iba a comprar. Nada más.
-¿Hacía comentarios racistas?
-No le entiendo.
-¿Alguna vez hizo algún comentario sobre los inmigrantes?
-¿Esto qué tiene que ver? -le preguntó la joven a Fischer.
-Por favor, responda a las preguntas, señorita Worch.
-No -le contestó la mujer a Volkmann.
-¿Tenía conocidos de derechas o de izquierdas, amigos o enemigos?
-¿A qué se refiere?
-A extremistas. Neo nazis. Terroristas.
La muchacha soltó una carcajada y sus pechos se sacudieron debajo de la camiseta.
-¿Qué es esto? ¿Una broma?
-Por favor, sólo responda la pregunta -insistió Fischer.
-Herbert no se mezclaba con esa clase de gente.
-¿Qué sabe de sus antecedentes?
-¿Qué hay que saber?
-¿Alguna vez le habló de su pasado? ¿De sus padres? ¿De su familia?
-Sí, un par de veces. Pero no dijo gran cosa.
-¿Qué es lo que dijo?
-Su madre murió cuando él tenía veinte años. Nunca conoció a su padre
-¿Porqué?
-Murió en un campo -contestó la joven.
-¿Un campo de concentración?
-No -dijo la mujer, con una sonrisa-. En uno de esos lugares en Siberia donde los rusos enviaron a nuestros soldados después de la guerra.
-¿Por qué enviaron allí al padre de Rauscher?
-Era un nazi. Un oficial. No lo sé. Herbert sólo lo mencionó una vez. Estaba borracho.
-¿Qué dijo?
-Que a su padre le habían herido en Berlín cuando estaba a punto de acabar la guerra. Los rusos le capturaron y le enviaron a uno de sus campos en Siberia. Y que era un oficial nazi.
-¿Recuerda si dijo algo más de su padre?
-No. Sólo eso. Nunca hablaba de su pasado.
-¿Pero está segura de que su padre era un oficial nazi?
-Eso fue lo que dijo Herbert. -La joven suspiró impaciente. Miró al agente de la DSE-. Oiga, ¿esto va a durar mucho?
-Una pregunta más. ¿Tiene usted idea de por qué mataron a su novio?
-No -afirmó la muchacha. Sacudió la cabeza, agotada su paciencia-. Se lo dije a su gente un centenar de veces.
Volkmann miró a Jakob Fischer y asintió. El policía se puso de pie.
-Muchas gracias por habernos atendido, señorita Worch.
Volkmann y Jakob Fischer tomaron una copa en el bar del Schwei-zerhof. Volkmann le agradeció la ayuda prestada. Cuando acabaron de beber, acompañó a Fischer hasta el vestíbulo.
-¿Qué hará con el padre de Rauscher, Joe? ¿Investigará sus antecedentes?
-No lo sé, Jakob. Podría intentarlo con los rusos, pero dudo que nos sirvan de ayuda. Además, no tengo ni el grado ni datos suficientes para pedir información al Centro de Documentación. Como mínimo necesitan la fecha de nacimiento y el nombre de pila. Puede haber centenares de oficiales llamados Rauscher.
-De todas maneras, avíseme si se entera de alguna cosa.
-Desde luego. Le llamaré. Y otra vez, muchas gracias por su ayuda.

-Ha sido un placer volver a verle, Joe. Cuídese.
Después de que Jacob se marchara, Volkmann subió a su habitación, se sirvió un whisky y salió al balcón. Hacía frío.
Lo que había averiguado carecía de sentido. Si Monika Worch no le había mentido en lo que respecta al padre de Rauscher, entonces por qué iban a querer matarle la gente de Winter. Tampoco había estado involucrado en política. Además, Rauscher ni siquiera llegó a conocer a su padre, capturado por los fusos probablemente cuando él era un niño pequeño.
Se preguntó si el hecho de que el padre de Rauscher hubiera sido nazi era una mera coincidencia. Mucha gente de la edad de Rauscher había tenido a los padres en el ejército alemán. Llegó a la conclusión de que no tenía importancia y que debía buscar otro motivo.
Llamó a Érica a su apartamento antes de meterse en la cama. Le habló de su reunión con Massow y de lo que había averiguado de Rauscher. Oyó el suspiro de frustración, y después ésta le preguntó:
-¿Qué hay de la mujer, Hedda Pohl?
-Podemos ir al lago Constanza, a ver qué averiguamos.
-¿Cuándo regresas, Joe?
-Tomaré el primer vuelo de mañana por la mañana.
-¿Joe...? -dijo Érica, después de una pausa.
-¿Sí?
-Te echo de menos.
-Yo también.

32

Mientras se dirigían a la bonita ciudad costera de Friedrichsafen, Volkmann contempló las cumbres nevadas de Suiza que se elevaban al otro lado del lago Constanza. Llegaron a última hora de la tarde y una fina capa de nieve cubría el suelo; aparcaron el Ford en el paseo, junto al lago. Se apearon y caminaron. En las ventanas de las viejas casas estilo bávaro se veían árboles de Navidad, y toda la ciudad estaba iluminada con luces de colores.
Comieron en uno de los pequeños restaurantes que daban al lago, y fue entonces cuando Volkmann decidió que lo primero que haría sería ir a la comisaría local. No podía utilizar sus credenciales de la DSE sin levantar sospechas, pero como conservaba el carné de prensa se haría pasar por un periodista. Acompañó a Érica hasta el coche y después caminó de regreso a la comisaría cerca del lago.
En la entrada había dos agentes. Volkmann les mostró el carné y pidió hablar al inspector de turno. Esperó diez minutos hasta que de una de las oficinas salió un hombre de mediana edad. Era fornido, alto y de cara tosca; la barriga le colgaba por encima del cinturón. Se presentó a sí mismo como el inspector Heinz Steiner. Volkmann le enseñó el carné y le pidió si podían hablar en privado. Steiner se volvió sin decir una sola palabra y le condujo hasta un despacho al final del vestíbulo. El inspector le invitó a sentarse con un ademán.
-¿Qué puedo hacer por usted, señor Volkmann?
El agente le explicó que era un periodista freelance que preparaba una sene de artículos sobre crímenes sin resolver para una revista alemana, y que deseaba hablar con él respecto al asesinato de una vecina de la ciudad llamada Hedda Pohl, cometido hace cinco meses. Cuando el inspector, extrañado, quiso profundizar en los motivos de Volkmann, el agente le respondió que se había enterado del caso de Hedda Pohl por los periódicos de Munich y que lo consideraba de interés para sus lectores. Steiner animó la mirada aunque no se movió de la silla.
-¿Exactamente qué es lo que quiere saber, señor Volkmann?
-Me interesan los antecedentes de la víctima, señor Steiner -contestó él con una sonrisa-. Los periódicos no dieron muchos detalles. Además, me gustaría saber si usted tiene alguna teoría que explique la razón del asesinato o revele quién puede ser el asesino.
Steiner sacudió la cabeza y respondió con un tono más informal.
-No tenemos idea del motivo o de quién puede ser el asesino. Pero el caso sigue abierto, se lo aseguro.

-¿Puede decirme cómo murió? -Volkmann preparó la libreta y el lápiz para hacer más creíble su papel. El inspector encendió un puro y lanzó el humo hacia el techo.
-Tres disparos: uno en el pecho y dos en la nuca, a quemarropa. Balas del calibre treinta y ocho. Aquella noche salió de su casa en coche. Le comentó a su hijo que iba a dar una vuelta por el paseo del lago. Pero, por lo que sabemos, nunca llegó allí. Tampoco regresó. Un excursionista encontró el cadáver dos días después en un bosque, a unos dos kilómetros hacia el interior. El bolso estaba revuelto y faltaba el monedero. -Steiner frunció el entrecejo y su cara tosca se llenó de arrugas-. Pero no deja de ser extraño.
-¿En qué sentido, señor Steiner?
-Usted es periodista, Volkmann; debería que saber que no es frecuente que asesinen a alguien en esta zona.
-Desde luego. Pensaba que se refería a algo referente al caso.
-A eso también. Hedda Pohl no era la víctima que se da en este tipo de asesinatos.
-¿Porqué?
-El asesinato tenía todo el aspecto de ser uno de esos que cometen las bandas. La víctima tenía sesenta y dos años, era viuda. No era rica, pero estaba bien situada. Sin vicios. Ningún antecedente policial. Ni siquiera había cometido una infracción de tráfico en toda su vida. Una dama muy digna que trabajaba por el bien de la comunidad y de la Iglesia. -Steiner dio una chupada al puro mientras pensaba-. Y hay algo más. Encontramos el coche en el bosque. Era como si hubiera ido a reunirse con alguien. Pero la familia no sabía nada de nada.
-¿Participaba en alguna actividad política? -preguntó Volkmann mientras tomaba notas en su libreta.
-No, en ninguna -afirmó Steiner, extrañado-. ¿Por qué lo pregunta?
-Por nada en particular. Sólo trataba de hacerme una idea de la personalidad de la víctima. ¿La conocía, señor Steiner? -Por un momentó, Volkmann tuvo la impresión de que el inspector iba a decir algo, pero Steiner se reclinó en su silla y le respondió de una forma escueta.
-Bastante bien -añadió.
-¿Alguna cosa más en sus antecedentes que pueda ayudarme?
-Su marido era un empresario muy respetado. Murió hará cosa de diez años.
-¿Qué me dice de él? ¿Tenía antecedentes?
Steiner soltó una carcajada al oír la pregunta de Volkmann y sacudió la cabeza.
-Era tan decente como un ministro luterano. Un buen hombre. Un ciudadano prominente.
-¿Cómo murió?
-De un infarto, si no recuerdo mal.
-¿Qué hay de la familia de la mujer?
-Gente importante. Como le he dicho, era una buena mujer y gozaba del aprecio de toda la comunidad. Volviendo al asesinato, la única explicación posible es que recogió a un autoestopista. Algún loco que decidió robarle y matarla. Es la única teoría sensata.
-Y ¿qué me dice de las pistas?
-Nada. Ninguna huella. Ni una sola pista. -Steiner chupó el puro; sacudió la cabeza-. Ese asesino sabía lo que se hacía. Quizás era un profesional; alguien que ya había matado antes. Hicimos todas las averiguaciones pertinentes. Familia, amigos, conocidos. Pero no encontramos nada.
-Gracias por su ayuda, señor Steiner -dijo Volkmann. Consultó el reloj-. Estoy seguro de que es un hombre muy ocupado, así que no le entretendré más.
-No es molestia, Volkmann. ¿Me enviará una copia del artículo?
-Desde luego. Cuente con ella.
Había dejado de nevar y una brisa fresca soplaba desde el lago. Volkmann y Érica caminaron un rato por el paseo, cogidos del brazo. Después, se sentaron en un banco a contemplar aquella magnífica vista. Érica fue la primera en mencionar el caso.
-No veo ninguna razón aparente para que la gente de Winter quisiera asesinarla -dijo-. No tenía vinculaciones terroristas ni antecedentes delictivos.
-Tiene que haber una conexión entre Rauscher, Hedda Pohl y Massow, pero no la sabemos ver.
-¿Qué pasará ahora?

-Ojalá lo supiera. -Volkmann vio que la muchacha apretaba los labios, como si fuera a comentar alguna cosa, pero después cambió de opinión. Érica se estremeció-. ¿Qué pasa?
-Nada.
-¿Estás segura?
-Tengo frío. -Érica le sonrió-. Volvamos al coche, Joe.
Mientras se ponía de pie, Volkmann miró el agua gris y encrespada del lago Constanza. Había un pequeño velero con una vela azul que luchaba contra el oleaje para alcanzar la costa. Por un momento se sintió identificado con esa imagen. Estaba perdido, desorientado. Y en ese instante decidió que llamaría a Werner Bargel del Landesamt en Berlín.
El Landesamt es el equivalente alemán del MI5, la sección responsable de seguir la pista a los terroristas y a las organizaciones extremistas de cualquier tipo. Volkmann comprendió que era la única esperanza que le quedaba si quería conseguir más información sobre Kesser y Winter. Si había algo importante en el pasado de cualquiera de los dos, el Landesamt lo tendría en sus archivos.
Existía el peligro de que Bargel lo considerara una petición oficial, pero las cosas ya habían ido demasiado lejos y estaba tan desorientado que no podía seguir otro camino.
Se preguntó si Sánchez habría averiguado algo más. De ser así, seguro que le habría avisado. Se volvió de espaldas al lago, cogió a Érica del brazo y juntos caminaron de regreso al coche.
Ciudad de México 1.02 horas
Kruger permaneció junto a la piscina, en la oscuridad, fumando un cigarrillo mientras pensaba en la llamada telefónica desde Asunción. Se pasó una mano por el pelo y suspiró.
"Preocupante. Muy preocupante. Estamos tan cerca... Y ahora esto."
Tendría que esperar la llegada de Lieber para enterarse de todo, pero por el momento, lo que sabía le había inquietado, y a los demás también. Halder le dijo que Brandt se había marchado después de prometerle que volvería para la reunión con Lieber. Todos se habían ido a dormir, y Kruger estaba solo. Apagó la colilla en un cenicero y cruzó la casa por el interior para ir al jardín de la parte de atrás. Consultó su reloj, tomó nota de la hora, y después caminó deprisa por el jardín iluminado por la luna.
El canto de los grillos y el olor de los eucaliptos le producían un efecto sedante, pero la mente de Kruger estaba en otras cosas. Contingencias. En cuanto Lieber llegara a Ciudad de México tendrían que establecer una estricta vigilancia para ver si le perseguían. Era el procedimiento habitual, pero había que estar preparado.
Kruger anduvo hasta el bosquecillo que había al fondo del jardín; volvió a consultar su reloj. Dos minutos exactos.
Ya había comprobado antes cuánto se tardaba en cruzar el jardín hasta el viejo garaje detrás del bosquecillo, pero quería estar seguro. Pasó junto a uno de los guardias armados y respondió con un ademán al saludo del hombre.
Cuando llegó al garaje abrió la puerta. El interior estaba a oscuras; olía a grasa y aceite. Los portones dobles estaban cerrados con cerrojos. Se acercó a ellos, rodeando la forma oscura del coche, quitó los cerrojos y los abrió; iban a dar a un sendero cubierto de maleza. El sendero, apenas visible a la luz de la luna, se torcía bruscamente a la izquierda.
El primer día que llegó a la casa, Halder le había hablado de la existencia del viejo garaje y de la salida secreta. Era poco probable que necesitaran una salida de emergencia, pero el viejo Halder era muy precavido. El garaje se encontraba a cien metros de la casa, escondido detrás de un grupo de eucaliptos. Pero lo mejor de todo era aquel sendero, comunicado con otro, que se perdía en el laberinto de callejuelas de Chapultepec. Sin luces, casi desconocido y cubierto de hierbajos y ramas, tenía la suficiente amplitud para que pasara un coche. La ruta de huida ideal.
La puerta posterior del jardín que se encontraba bastante alejada podía ser controlada con facilidad. En cambio, el sendero era prácticamente invisible desde el exterior. Era la salida perfecta en caso de urgencia, aunque Kruger dudaba de que llegaran a necesitarla. De todos modos, la seguridad era cosa suya. Había ido a la casa franca media docena de veces junto con Schmidt utilizando las dos rutas, de forma que ambos conocían a la perfección los recorridos. Cerró los portones y echó los cerrojos antes de encender la luz. En el garaje había un Ford de color oscuro, con el tanque de gasolina lleno y una

batería nueva. Cada día, Schmidt se encargaba de ponerlo en marcha. Todo era parte del plan de seguridad.
Kruger echó una última mirada al garaje, apagó la luz, cerró la puerta y caminó a través del jardín de regreso a la casa, contando los pasos.

33

Ciudad de México
Martes, 20 de diciembre, 15.15 horas
El inspector jefe Eduardo González era un hombre delgado y enérgico, de cincuenta años de edad. Parecía un matón callejero, pero tras esa cara endurecida se ocultaba una gran inteligencia. Sin embargo, a pesar de su aspecto de boxeador, no gozaba de muy buena salud, resultado de fumar tres cajetillas de cigarrillos al día durante treinta años. Hablaba con voz ronca, tosía casi con cada frase. Y tenía los dedos manchados de nicotina. Ahora bien, su uniforme gris claro con solapas rojas estaba impecable; era el único signo visible de su irritación interior.
Su oficina daba a la plaza de San Fernando y desde la ventana se divisaba una soberbia panorámica de la ciudad; la enorme y dispersa metrópolis, parte de la cual era su dominio. La estancia se veía ordenada, y lo único que llamaba más la atención eran los numerosos ceniceros, llenos a rebosar, estratégicamente distribuidos para así poder satisfacer su hábito: uno junto a la ventana, otro sobre el archivador metálico, cerca de la puerta. Dos más sobre la mesa: uno de vidrio, y otro, una hermosa talla de quebracho, en forma de medio coco, encajada en un trozo de cuarzo. Un trabajo de los indios del Chaco paraguayo que le había regalado su amigo, el capitán Vellares Sánchez.
La madera oscura todavía despedía un olor acre a pesar de que durante años la había utilizado para apagar las colillas. Era una verdadera obra de arte. Aquel trozo en forma de medio coco tenía tallados unos rostros mulatos, feos y malhumorados, con los ojos cerrados. El cenicero descansaba sobre una mano de proporciones exquisitas; una mano firme y hermosa que contrastaba con los rostros, feos y enjutos, que había tallados a un lado del recipiente, y que se asemejaban a las cabezas reducidas de los jíbaros que se ven expuestas en los museos. A pesar de todo, su visión no era desagradable, sino todo lo contrario, ya que servían para destacar la fuerza de la belleza y el orden, representada por la mano, controlando la maldad y fealdad de aquellos rostros, según decían los indios. Así se lo había explicado Sánchez cuando se lo regaló en Caracas hace años, dejando escapar una sonrisa de incredulidad.
A González la explicación le pareció graciosa, a pesar de que la experiencia le demostraba día a día que las cosas no funcionaban de esa manera. En una ciudad enloquecida, pobre en oxígeno y con más de veinte millones de habitantes, el caos y la anarquía eran lo habitual. Sin embargo, el regalo de Vellares Sánchez ocupaba un lugar de honor en su mesa. Cuando alguien se fijaba en el cenicero, González le relataba la historia.
El fuerte sol de diciembre daba de lleno en la oficina. Hacía calor a pesar de la estación, consecuencia de un inesperado frente cálido en el golfo de México. Por la rejilla del aire acondicionado, abierta en una de las paredes, entraba una corriente de aire helado que no alcanzaba a refrescar la habitación. Sobre la mesa de González había una bandeja con botellas de gaseosa, una jarra de zumo de lima helado y cuatro vasos. A pesar del calor, nadie había bebido nada.
A un lado de la mesa estaban González y su segundo, un tal Juárez; hombre fornido, con el cuello de un toro y cejas muy espesas. Al otro lado se encontraban Sánchez y Cavales.
González dio un chupada a su cigarrillo, tosió con fuerza y lanzó una bocanada de humo al aire caliente. Echó la ceniza en el cenicero de madera y después miró a sus dos visitantes. Ambos parecían cansados después de un viaje tan largo. "Para colmo -pensó González-, estarán mareados por la altura de la ciudad."
Todo aquel que llegaba a Ciudad de México tardaba como mínimo cuarenta y ocho horas en acostumbrar los pulmones al aire enrarecido, y los dos hombres llevaban allí menos de una hora. Un coche de la policía

les había traído directamente desde el aeropuerto a toda velocidad. Debían tener los pulmones al rojo vivo, pensó González, además de la mente obnubilada y los oídos doloridos por el mal de las alturas. Pero ninguno de los dos se había quejado.
En cuanto acabaron con los saludos de rigor, Sánchez le explicó brevemente las razones para solicitar la vigilancia de Franz Lieber, alias Julius Monk. González le había escuchado con mucha atención, y ahora era el turno del inspector jefe.
-Muy bien -dijo González, tras otro ataque de tos-. Comenzaremos desde el principio. ¿De acuerdo?
Sánchez y Cavales asintieron. González hizo una seña a su segundo. Juárez tenía una voz fina, pero hablaba un castellano culto. Llevaba camisa y corbata, y un teléfono portátil sujeto al cinturón. Al otro lado llevaba el arma reglamentaria: un Smith & Wesson, del calibre 38 corto. Leyó su informe sin prisas, haciendo de vez en cuando una pausa para mirar a los policías paraguayos.
-El sujeto, Franz Lieber, alias Julius Monck, llegó a Ciudad de México hace dos horas. A las trece dieciséis, hora local. Puse seis agentes en la terminal de llegadas, y otros dos en la rampa del aeropuerto vestidos igual que los empleados, para que le identificaran en cuanto bajara del avión. Obtuvimos la identificación sin problemas, gracias a la foto que nos enviaron ustedes. -Juárez miró al capitán, y después volvió a sus notas.
"En cuanto recogió el equipaje, se dirigió directamente por la línea verde. Yo le había pedido a uno de los aduaneros que inspeccionara el equipaje a conciencia. No encontró nada que nos pudiera interesar. Tengo la lista de lo que contenía, si le interesa.
-Después. Continúe por favor.
-El sujeto hizo una llamada telefónica a las trece cuarenta y siete en una de las cabinas de la terminal de llegadas después de pasar por la aduana, y, a continuación, fue hasta una de las oficinas de cambio. Cambió dólares por pesos. Los agentes que le vigilaban no pudieron ver los números que marcó, porque el tal Monck se lo impidió con el cuerpo. La llamada duró menos de un minuto. Parecía ansioso. En cuanto colgó, se dirigió a un puesto de comida, pidió un vaso de zumo de frutas, se lo bebió y, entonces, a la una cincuenta y seis, se dirigió a la parada de taxis. A la una cincuenta y siete subió a un taxi que le condujo al City Sheraton. Llegó al hotel a las catorce treinta y nueve, y se registró inmediatamente con el nombre de Julius Monck. -Juárez miró a sus colegas-. Hasta hace quince minutos estaba allí. Habitación dos-uno-cinco.
-¿Cuál es el plan? -preguntó Sánchez
-Tengo seis hombres en el Sheraton -contestó Juárez. Puso una mano sobre el teléfono portátil-. Si Lieber entra o sale, si alguien le visita o hace una llamada, me avisarán.
-La llamada que hizo Lieber -intervino González-. ¿Ha podido averiguar algo?
-Todavía no -dijo Juárez-. He enviado a un agente para que le pregunte a los técnicos. -Se volvió hacia Sánchez y Cavales-. Debo aclararles algo. Después de que Lieber llamara desde el aeropuerto, hice que un agente se quedara junto al teléfono hasta que llegó un técnico con un magnetófono. Éste apretó el botón de la memoria y grabó los pitidos digitales del disco. En el laboratorio escucharán la cinta, descodificarán los pitidos y obtendrán el número. Así podremos rastrear la llamada. -Juárez consultó su reloj-. No tardaremos en recibir el informe.
Sánchez asintió. Vio los dientes manchados de nicotina de González.
-¡Tecnología! -exclamó González, moviendo el cigarrillo-. Es demasiado para un policía viejo como yo. Los chicos del laboratorio son Einsteins en potencia. Se pasan el día jugando con los ordenadores. Yo me volvería loco ahí abajo con toda esa pandilla.
Sánchez asintió y sonrió sin fuerzas. Le dolían todos los huesos del cuerpo y le costaba respirar. "¡Y Cavales!" Vio que el agente miraba al vacío. De pronto se frotó los ojos enrojecidos. "Debe sentirse igual que yo -pensó Sánchez-. Lo mejor sería darse una buena ducha y después meterse en la cama." Pero no había tiempo. Todavía no. Tenía la boca seca y el zumo de fruta resultaba tentador, sin embargo no lo tocó. Se volvió hacia Juárez y González.
-En el pasaporte que utilizó Lieber, ¿figuran otras entradas a México?
González tuvo un acceso de tos y se golpeó el pecho con el puño antes de responder.
-Ya lo hemos comprobado, Vellares. No. Nunca. No aparece ningún Julius Monck con ese número de pasaporte.

-¿Hasta cuándo tiene reservada Lieber la habitación en el hotel? -le preguntó a Juárez.
-En recepción informó que una noche, quizá dos. No lo sabía con exactitud.
-La gente del hotel, ¿está dispuesta a colaborar?
-Hablamos con el director -contestó Juárez-. No hay ningún problema. Ha sido muy discreto. Incluso nos cedió una habitación dos puertas más allá para nuestros hombres. Y como tenemos una copia de la llave de su habitación, si sale, podremos colocar un micrófono sin problemas. Quizá reciba alguna visita.
-¿ Le han intervenido el teléfono ?
-Ya nos hemos ocupado del tema. Lo haremos a través de la centralita del hotel. El director nos pidió la autorización, y el jefe González se encargó de conseguirla. -Juárez consultó su reloj-. Los técnicos van de camino. En menos de media hora, tendrán pinchado el teléfono de Lieber.
Sánchez miró a González, y le saludó con una inclinación de cabeza en señal de reconocimiento.
-Te agradezco muchísimo tu colaboración, Eduardo. Muchas gracias.
González volvió a toser, movió las manos como si quisiera decir que no tenía importancia y, mientras aplastaba la colilla en el cenicero, miró aquellos rostros deformes que había tallados en él. Sonrió.
-Es la única manera de echar a los diablos de este mundo. ¿No crees?
Sánchez respondió al comentario con una sonrisa desvaída.
González se levantó, se ajustó los pantalones a la cintura y miró las bebidas que nadie había probado. La atmósfera en la oficina era tensa. Expectante. Parecía la sala de espera de una maternidad. No era un lugar para relajarse.
-No podemos hacer nada más hasta que Lieber dé el próximo paso -añadió el inspector jefe-. Tenemos una salita para los visitantes al final del pasillo. ¿Por qué no vamos allí? Pediré que nos suban tacos y bebidas, y así podréis descansar. Juárez vendrá con nosotros; si recibe una llamada de cualquiera de sus hombres, lo sabremos en el acto. -Miró a Sánchez-. Además, así podremos ponernos al día en lo que respecta a los cotilleos.
16.40 horas
Franz Lieber estaba junto a la ventana de su habitación en el quinto piso del Sheraton. Se bebió su segundo whisky con soda y apretó el vaso vacío con fuerza mientras contemplaba la ciudad. El zumbido del acondicionador de aire le distraía.
No podía estar más cansado; notaba pinchazos de dolor como pequeñas sacudidas eléctricas por todo el pecho, y a pesar del aire acondicionado, el sudor le chorreaba por la espalda y las sienes. Era el estrés. Lieber se pasó el dorso de la mano por la frente.
Los vuelos habían sido como una pesadilla. Desde Asunción a San Pablo. Una noche en la ciudad brasileña, después el largo viaje hasta Ciudad de México. La inquietud que sentía por no poder comunicar la información que traía era como tener metido en el cerebro un gusano que lo destruyera todo. Tenía dolor de cabeza, y no se debía sólo a la altitud. Inspiró con fuerza y soltó el aire poco a poco. Repitió el ejercicio tres veces, para intentar relajarse, pero todo fue inútil.
Contempló la gigantesca metrópolis, un hervidero sucio, ruidoso y miserable de hormigas humanas, en un estercolero a gran altura. Las ciudades tan grandes le agotaban. Claustrofóbicas, caóticas, desordenadas. Le agudizaban el dolor de cabeza.
Una mujer le ayudaría a aliviar la tensión. Pero Kruger le había prohibido expresamente recibir visitas o hacer llamadas telefónicas. Debía esperar. Debía esperar la llamada.
Primero comprobarían el hotel. Se asegurarían de que nadie le había seguido, y de que no le vigilaban. Lieber había intentado convencer a Kruger de que todo estaba en orden cuando le telefoneó desde el aeropuerto; había tenido mucho cuidado. Sin embargo, Kruger no le había hecho caso.
"Quédate en la habitación. Ya te llamaré."
"¿Cuánto tiempo?"
"Todo el que haga falta; sólo espera mi llamada", le había respondido Kruger antes de colgar.
Lieber sacudió la cabeza y soltó una maldición. Notó que el sudor le corría por la espalda. La espera no le ayudaba a aliviar su nerviosismo.
¿Cuánto tardarían en controlarlo todo? Llevaba dos horas en la habitación; la tensión era insoportable. Fue hacia el minibar para servirse otra copa y, en aquel momento, sonó el teléfono. Sorprendido, sintió como una descarga eléctrica por todo el cuerpo.

Vaciló sólo un momento, dejó la copa y, antes de coger el teléfono, se secó el sudor de la frente.
Sánchez descansaba en la salita de invitados. Paredes blancas. Una alfombra gruesa y mullida del mismo color gris azulado que el uniforme de González. Sillas de director, viejas pero cómodas. Un dibujo a plumilla de la ciudad vieja. Casas de adobe, vendedores callejeros. Escenas de carnaval. Un templo azteca. Una cafetera en un rincón. El olor del café recién molido era estimulante. Un surtidor de agua. A través de la ventana se veía una visión panorámica de la ciudad. A lo lejos las torres imponentes de la catedral metropolitana dominaban el Zócalo, la piedra volcánica negra por la polución.
El capitán y González cambiaron impresiones durante diez minutos, hasta que el cansancio venció a Sánchez. Ahora permanecía sentado bebiendo a sorbos un vaso de zumo de naranja. En el plato que tenía delante había dejado un taco a medio comer, el potecito de salsa de chile. Ni siquiera había tocado la fuente de charales asados. Tenía hambre pero no estaba con ánimos de comer. Había mordisqueado el taco sólo por cortesía y la salsa picante le había ardido en la lengua hasta que se bebió dos vasos de zumo de naranja helado.
Los demás seguían conversando. Sobre todo González. Cavales les escuchaba por el respeto que le merecía su superior. Historias de los viejos tiempos en Ciudad de México, los problemas, los casos interesantes.
Juárez asentía de vez en cuando a algo que decía su jefe, con el cuello tan hundido en la camisa que parecía no tener cuello. A Sánchez le pareció una persona muy capacitada. Un hombre concienzudo. Su jefe había hecho bien en elegirle. Por un segundo, la mirada de Juárez se fijó en el capitán.
-Si cree que Asunción es dura -oyó que le decía González a Cavales-, tendría que pasarse un mes aquí. Veintitrés millones de personas, amigo. Es como una mezcla entre un zoo y un manicomio. Pero sin vallas.
Sánchez cerró los ojos con fuerza, le dolían los párpados; los volvió a abrir. La vista desde la sala era estupenda. Se veían las montañas que rodeaban la ciudad.
Se preguntó cómo se las arreglarían González y su gente. Muchísimos crímenes, multitud de delincuentes. Tener que organizado todo debía producir muchos quebraderos de cabeza.
Le dolía la cabeza. La altura le producía mareo, le oprimía los pulmones y convertía todo el proceso de pensar y hablar en algo lento. Era como si la falta de oxígeno ralentizara todas las funciones.
El viaje en avión (de Asunción a Lima, de Lima a Bogotá y desde allí a Ciudad de México) le había agotado. Si a esto le añadía lo poco que había dormido las últimas dos semanas, el resultado podía ser mortal. Le dolía el pecho, notaba pinchazos en el esternón. Algo estaba a punto de pasar. Lo presentía. El próximo movimiento le tocaba a Lieber. Se preguntó cuál sería.
Miró a los hombres que conversaban, distraído por el murmullo de las voces. Oyó un chasquido leve cuando se abrió la puerta a sus espaldas. Se volvió. Vio a un joven apuesto vestido con un traje de lino. Traía un montón de papeles en una mano; sonrió a los dos visitantes y al inspector jefe antes de mirar a Juárez.
-Capitán... ¿puedo hablar con usted?
Juárez se levantó, se acercó al joven y juntos salieron al vestíbulo. González abandonó la silla, se ajustó los pantalones a la cintura, y dio una chupada al cigarrillo, sin dejar de mirar con el entrecejo fruncido a los dos hombres que conversaban en el vestíbulo. Juárez regresó al cabo de unos minutos con una hoja de papel.
-Hemos rastreado la llamada hecha desde el aeropuerto.
-¿Y? -preguntó González.
-Corresponde a una dirección en Lomas de Chapultepec.
-Una zona residencial -comentó González-. ¿Tiene el nombre del propietario?
-No, todavía no -respondió Juárez-. Pero mi agente ha hecho algunas averiguaciones de última hora. La propiedad es de una compañía llamada Empresas Cancún. La dirige un tal Josef Halder, un empresario. Un viejo millonario.
-Sé quién es -le interrumpió González, y miró a los policías paraguayos. Ambos se pusieron de pie, con una expresión atenta. El inspector jefe dio una chupada al cigarrillo y soltó una bocanada de humo-. Halder es alemán de nacimiento. Millonario. Un empresario retirado. Propietario de numerosas fincas en la ciudad. -González tosió-. Quizás esto encaje con el otro viejo que mencionó...
-¿Tsarkin?

-Sí
-¿Cuál es la conexión?
-Halder llegó aquí procedente de Brasil hará unos cuarenta años -explicó González-. Montó una empresa en la ciudad. Ahora debe rondar los ochenta. Es muy conocido, tiene muchos amigos poderosos. Le recuerdo porque tuvimos un problema con la petición de extradición que presentaron los franceses cuando yo trabajaba en la jefatura. Los franceses dijeron que a Halder le buscaban por los crímenes de guerra cometidos en su país. Afirmaron que había estado en la Gestapo. Pero Halder debió sobornar a mucha gente porque los cargos fueron rechazados por los nuestros. Por aquel entonces estaba vinculado al mundo empresarial de la ciudad; tenía muchas empresas, centenares de empleados. Y lo que es más importante, muchos amigos políticos. Los franceses insistieron pero al final Halder hizo una declaración jurada de su inocencia, y allí acabó todo. -González sonrió-. Es muy sencillo cuando se tiene dinero, ¿no?
-¿Y ésta es una de sus propiedades? -preguntó Sánchez.
-Así parece. Es un barrio para ricos en las colinas de Chapultepec. Nada que ver con las colonias obreras. Es un lugar muy bonito, boscoso, con mansiones y chalés enormes en medio de grandes parques y paisajes naturales. Muy elegante. Allí sólo viven los millonarios. -Sonrió-. También unos pocos jueces y jefes de policía corruptos.
-¿Puede investigar algo acerca de sus ocupantes?
-Puedo, pero significaría pasar por la gente de la compañía de Halder, y sería como agitar una bandera roja. -González sacudió la cabeza-. Será mejor que envíe algunos hombres ahora mismo. De paisano. Haré que vigilen el lugar, que vean cómo es el terreno, quién entra o quién sale. ¿Qué opina?
-Me parece una magnífica idea, Eduardo.
-Pues bien, amigo mío, Juárez lo organizará ahora mismo.
El pitido agudo del teléfono portátil de Juárez les sobresaltó. El inspector atendió la llamada.
Sánchez no podía oír lo que decía el interlocutor, sólo las respuestas breves de Juárez, que mantenía el entrecejo fruncido.
-¿Cuándo? ¿Tiene el número? Que todos los coches se mantengan alerta. Pero avíseles que no se acerquen. Que se limiten a observar e informen de la posición. -Juárez cortó la comunicación. Miró a González-. Lieber recibió una llamada en su habitación hace tres minutos.
-¿Nuestros hombres ya tenían pinchado el teléfono?
-No -contestó Juárez-. Los técnicos no habían acabado todavía. Perdieron la llamada. Cuando se pusieron en contacto con el operador, Lieber ya había cortado.
-¡Mierda!
-Eso no es todo. Lieber salió del Sheraton hace dos minutos, cruzó la calle y compró el periódico. Se le acercó un coche, subió a él y se largó a toda pastilla.
-¿Un taxi?
-No. Un particular. Un escarabajo Volkswagen.
-¿Le siguieron?
-Sí
_¿Y?
-Hace cosa de veinte segundos le perdieron-contestó Juárez.

34
17.14 horas
El Volkswagen blanco sorteaba los coches en medio de un tráfico caótico; Lieber ocupaba el asiento delantero. Conductores mexicanos enloquecidos, el olor a pimienta y chile, y la permanente y agobiante sensación claustrofóbica de cuerpos sudorosos. Por todas partes, millones de latinos cabrones
Le dolía la cabeza. La camisa limpia que se había puesto antes de salir del hotel estaba empapada de sudor. Según Kruger, no había peligro. Los hombres de Halder habían vigilado la calle y el vestíbulo del hotel durante un par de horas. No habían visto agentes uniformados o de paisano.
Si alguien le vigilaba, debía de ser muy bueno. Pero Lieber lo dudaba. Había actuado muy rápido y con mucho cuidado. Además, los latinos eran muy torpes, a excepción de las mujeres; cuerpos deliciosos

moldeados para el placer. Tampoco podía menospreciar a Sánchez, aunque era un cretino. No había ningún latino que no lo fuera.
Se ahogaba en el interior del coche, a pesar de que llevaba las ventanillas abiertas. El conductor era uno de los hombres de Halder. Vestía una camiseta y pantalones cortos y fruncía el entrecejo mientras se concentraba en el tráfico.
Oscurecía. Se encendieron las primeras luces y el tráfico se congestionó todavía más, si es que eso era posible. Un caos total. Pero el conductor conocía la ciudad y se metió por las calles laterales y los callejones, sin hacer caso de las protestas airadas de los vendedores ambulantes que se veían obligados a apartar sus carritos. Entonces el Volkswagen comenzó a subir la colina; allí las calles estaban más despejadas y el aire más limpio y fresco. Sin embargo, eso no le alivió el dolor de cabeza. Mientras, el coche seguía subiendo. Había sido todo un acierto utilizar este tipo de vehículo, ya que los Volkswagen eran algo común en Ciudad de México.
Dejaron atrás los ranchos pintados de blanco y las colonias mugrientas, y entraron en una zona de casas de clase media que no tardaron en ser sustituidas por espléndidas mansiones, rodeadas de altos muros. Detrás de las rejas, en la entrada, se podían ver guardias armados, algunos acompañados por perros feroces, atentos a todo lo que pasaba en la carretera.
Lieber ya había estado en aquella ciudad hacía años: las cañadas de lava y las impresionantes formaciones rocosas del paisaje de Chapultepec le eran conocidas; senderos cubiertos de flores y pequeños estanques con grupos de camalotes. Calles angostas y sinuosas con entradas discretas que disimulaban las mansiones suntuosas que había detrás. Un lugar para los muy ricos, para la élite.
De pronto, el Volkswagen torció por una avenida casi desierta y se detuvo ante un portón de hierro forjado. Detrás de la reja, en la penumbra, apareció un hombre que miró hacia el interior del coche. Después abrió el portón y les dejó pasar.
El ruido del motor fue aumentando a medida que trepaban por el camino sinuoso que conducía hasta la mansión blanca que se veía a lo lejos, rodeada de unos magníficos jardines. Jacarandás y enormes parterres de flores de Pascua y de las llamadas zempoazuchitl. El viejo Halder le había dicho una vez que también se las conocía con el nombre de flores de la muerte.
Una luz de color amarillo azufre bañaba los amplios prados salpicados de palmeras; las luces brillaban en todas las ventanas. La mansión era muy lujosa: una decoración suntuosa; iluminación exterior... Un lugar inmenso, privado y seguro.
Cuando tomaron una de las curvas, Lieber vio la piscina en forma de riñon; las luces instaladas en el fondo daban al agua una tonalidad turquesa. También vio el patio y los ventanales de un lado de la mansión, y, entonces, vio a los guardias, Werner y Rotman. Vestían pantalón corto, calzado deportivo y chaquetas impermeables, y recorrían los jardines armados con pistolas ametralladoras Heckler y Koch MP 5K. A lo lejos divisó a Schmidt, separado de los dos hombres. Llevaba la pistola en la sobaquera. No se veía el cuchillo Bowie, pero sabía que el gigante no iba a ninguna parte sin él.
En el interior de la casa estaban las luces encendidas y pudo distinguir con toda claridad las siluetas de los hombres que le esperaban. Eran cuatro. El alto de pelo gris, Kruger, de pie, y el viejo Halder, sentado en un sillón, hundido en los cojines y con un inhalador en la mano. De ese hombre arrugado y de aspecto cansado, de labios finos y facciones consumidas, que tenía el aspecto de un viejo buitre, decían que en los viejos tiempos había matado a hombres con sus propias manos: los había estrangulado, arrancado los ojos, violado. Ahora podía pasar por un vejete inofensivo a punto de palmarla, pero todavía era importante. Aún era parte de la red.
Lieber también conocía al cuarto hombre: Ernesto Brandt. Un mischling de padre alemán y madre brasileña. Pelo y ojos castaños, piel morena, gafas metálicas con cristales muy gruesos, y una frente tan alta que le daba el aspecto de un humanoide o de un profesor excéntrico. Rondaba los cincuenta, pero parecía más joven. Era un hombre importante, una de las piezas fundamentales del plan.
Lieber apartó la mirada cuando el Volkswagen frenó bruscamente delante del porche. Habían llegado.
17.20 horas
Anochecía y los coches apenas si avanzaban. Sánchez sudaba a chorros. La culpa era de la tensión, el calor y el mal de las alturas. Harto del atasco, González exclamó desde el asiento delantero:

-¡A la mierda con todo esto, amigos.! Cogió la sirena, sacó la mano por la ventanilla, la puso sobre el techo del coche, y apretó un interruptor.
El aullido penetrante sonó en el crepúsculo como el alarido de un demonio. El tráfico se disolvió, sonaron las bocinas, y por fin salieron del atasco.
-En la siguiente, doble a la izquierda -ordenó González.
Juárez dio un golpe de volante y se metió por una calle de una sola dirección y dos carriles. Soltó un grito de entusiasmo cuando el coche avanzó unos treinta metros apoyado sólo sobre dos ruedas, entre las miradas de asombro de los peatones. Entonces fueron a parar a otra calle. La sirena sonó más fuerte a medida que ganaban velocidad, y los vehículos se apartaban para dejarlos pasar.
-Es la única manera de viajar -comentó González con una sonrisa.
Cinco minutos antes la radio había emitido un comunicado, y Juárez lo repitió en voz alta, con una expresión de triunfo: "Han visto al Volkswagen subiendo por las colinas de Chapultepec. Estamos de suerte."
-¿Qué haremos cuando lleguemos allí? -preguntó Sánchez.
-Les vigilaremos -contestó González. Se volvió para mirar a los Policías paraguayos-. Hay un par de escopetas Browning en el maletero. ¿Saben cómo funcionan esos chismes? No quiero acabar con el culo hecho un colador. Sánchez y Cavales sonrieron mientras le aseguraban que sabían usarlas. El tráfico disminuyó y el coche comenzó a subir. Había menos gente en las calles, las casas eran mejores y el aire un poco más fresco. González apagó la sirena y la guardó. Sonó el teléfono portátil de Juárez. El inspector atendió la llamada. Escuchó en silencio durante unos segundos y después respondió a su interlocutor.
-Bien. Espéranos. Llegaremos en diez minutos. -Se volvió hacia los demás-. El Volkswagen acaba de entrar en la mansión de Chapul-tepec. Hay un guardia en la entrada. No hay manera de esquivarlo. Mis hombres están aparcados cien metros más abajo.
-La gente que busca -le comentó González a Sánchez-. ¿Cree que esperan a Lieber?
-Ojalá.
-Comprenda, Vellares, no puedo entrar ahí sin una orden de registro. Este lugar está lleno de gente rica y los ricos se protegen unos a otros. Los tipos como Halder tienen montones de amigos entre los que mandan. Así que debemos actuar según el reglamento.
-¿Qué propone?
-Necesitamos la orden, para protegerme el culo. -González vaciló-. Hay un juez llamado Manza. A menudo me echa una mano. Es un hombre honrado hasta la médula. Creo que le pediré ayuda.
-¿Cómo es la zona alrededor de la casa?
-No hay más que colinas y calles estrechas y sinuosas. Es difícil saber dónde termina una finca y empieza otra. Enviaré uno de los coches para que dé una vuelta, para que busquen otras salidas y un buen punto de observación desde donde podamos vigilar la casa. Pero primero hablaremos con el juez. -González cogió el micro de la radio-. Control. Aquí el inspector jefe González. Comuníqueme con el juez Ricardo Manza...
La avenida estaba bien iluminada. Juárez había aparcado el coche en la oscuridad, entre dos farolas, en lo alto de una colina desde la que se divisaba la finca, y al abrigo de las ramas de un bosquecillo de eucaliptos. Era un punto de observación perfecto a la luz de la luna: la finca estaba unos doscientos metros más abajo y se podía ver claramente el muro, los portones y, el camino hasta la casa. Las únicas zonas que quedaban a oscuras eran las ocupadas por los grupos de árboles. Las ventanillas del coche estaban abiertas, el aire era fresco y olía a flores y a eucalipto. A su alrededor, todo eran mansiones.
Sánchez escuchó la conversación de González con el juez. Durante cinco minutos, González apeló a todos los argumentos hasta convencerle para que firmara la orden de registro.
-No me comprometas, Gonzi. No vayamos a cagarla -dijo el juez.
-Te doy mi palabra -replicó González. Después de despedirse, el inspector jefe hizo otra llamada y se volvió hacia sus acompañantes-. Uno de mis hombres recogerá la orden. La tendremos aquí dentro de diez minutos.
-¿Cuál es el plan, Eduardo? -preguntó Sánchez.

-Si nos presentamos en la verja, el guardia intentará entretenernos y avisará a los de la casa. Lo mejor es que uno de los nuestros escale el muro antes de que Juárez aparezca en la entrada con la orden. En cuanto esté dentro, se asegurará de que el guardia no pueda avisar a nadie. Es peligroso, lo sé. Quizá tengan gente armada merodeando por los jardines, y si hay jaleo pueden comenzar a disparar. Pero es la única manera de sorprenderles. Espero que no tengan perros o una barrera electrificada. Al que le toque saltar el muro podría acabar mordido o frito.
-¿Y después, qué?
-Nuestro hombre nos abre la verja y entramos con el coche a toda pastilla. Otro agente reemplaza a Juárez que nos seguirá con otro coche. Subimos por el sendero echando leches. Encenderemos las luces y las sirenas en el último momento. De esta manera, no habrá error posible. Verán que es la policía, pero no tendrán tiempo de pensar. Si escapan, lo harán como conejos asustados. -González hizo una pausa-. Pero una vez que estemos dentro, dejad que hable yo, ¿de acuerdo? En cuanto acabe con los preliminares, tendréis a Lieber y al que queráis para interrogarles.
-La gente de la casa puede ir armada -señaló Cavales.
-Aquí en Chapultepec, todo el mundo va armado, amigo. -González se encogió de hombros-. Probablemente tendrán permiso de armas. En cualquier caso, en cuanto sepan que somos policías no dispararán, sería una locura. A menos que estén desesperados por huir.
Se oyó un golpe en el techo del coche y dieron un respingo. Junto al vehículo había un hombre. Sánchez vio que se trataba de uno de los agentes vestido de paisano.
-¿Qué pasa? -preguntó Juárez.
-Hay movimientos en un lado de la casa. Unos cuantos hombres acaban de salir al patio. Se han sentado en una mesa que hay junto a la piscina. Parece como si celebraran una reunión. -El agente hizo una pausa y reguló sus prismáticos-. ¿Quiere echar una ojeada, señor? Los verá bastante bien si sube la cuesta.
Juárez cogió los prismáticos y se los alcanzó a González. El inspector jefe interrogó al agente.
-¿Han encontrado la salida trasera?
-Creo... que sí, señor. Tengo un coche apostado allí, con tres hombres.
-Bien. ¿Tiene otros prismáticos?
-Sí, señor. Los tiene Barca.
-Entonces nos quedaremos con éstos. Gracias, Madero. -El agente dio media vuelta y desapareció en la penumbra.
-¿Quiere ver a los hombres que están junto a la piscina? -le preguntó Juárez a González. El jefe asintió y Juárez arrancó el coche y puso la primera. Subió veinte metros por la cuesta y se detuvo. Desde allí se veía a la perfección la piscina. González se apeó del coche y miró a través de los prismáticos el fondo del pequeño valle. Después se los pasó a Sánchez-. No se ve muy bien, Vellares. Sólo verá un grupo de personas, pequeñas manchas verdes. Pero no distinguirá las caras.
Sánchez bajó del coche, se acercó los prismáticos a los ojos, y entonces pudo ver la piscina, una mancha verde brillante, y al desviar los prismáticos un poco a la izquierda el grupo de figuras estáticas sentadas a una mesa blanca. Pero la distancia era demasiado grande y las imágenes se veían borrosas.
Entonces, oyó unas pisadas. Era el mismo agente de antes. Le entregó una hoja de papel a González: la orden de registro. El inspector jefe cogió la hoja, encendió la luz interior del coche y leyó rápidamente el texto. Se volvió hacia el agente.
-¿Se puede llegar directamente a la piscina desde el camino?
-No. Ese camino se desvía a la izquierda más allá de la piscina. Pero puede intentarlo a través del prado. Hay algunos árboles, pero si los rodea llegará allí sin problemas.
-Gracias, Madero.
Antes de que se despidiera, González le ordenó que escalara el muro para que cuando Juárez presentara la orden de registro él estuviera al otro lado esperándoles. No estuvo muy conforme, pero no protestó.
-¿Tiene un par de guantes en el coche? -le preguntó González.
-No, señor.
-Vaya y que le dejen unos. No pierda tiempo. Alguien debe de haberlos traído. Pregúntele a los agentes de uniforme. Póngaselos antes de saltar porque si el muro está electrificado, perderá las manos.

Avíseles que se preparen para actuar en cuanto dé la orden. -Madero se alejó al trote y mientras esperaban en la oscuridad, González añadió-: Tenemos cinco coches. Tres hombres en cada uno, excepto en éste. Dieciséis hombres en total. Seis uniformados. -El inspector jefe hizo una pausa, encendió un cigarrillo, y soltó una bocanada de humo-. Hacen falta dos coches para cubrir el frente y otro para la parte de atrás. Así que sólo quedamos nosotros y otro coche para entrar por la reja. ¿Alguna pregunta?
Nadie habló. González se volvió, miró un segundo a través de los prismáticos, y se los devolvió a Sánchez. Las imágenes eran porosas, de un verde fosforescente. Las figuras apenas se movían: una volvió la cabeza, otra se inclinó sobre la mesa. El capitán dejó los prismáticos.
-Saque las escopetas -le pidió González a Juárez.
El inspector se bajó del coche, abrió el maletero, y volvió con dos escopetas Browning de repetición y dos cajas de cartuchos. Entregó las armas y municiones a Sánchez y Cavales. Los policías paraguayos se apearon para cargar las escopetas y volvieron a entrar en el vehículo. González echó una última mirada a través de los prismáticos.
-Hay un par de tipos caminando por el prado. Es difícil verlos con claridad -le comentó a Sánchez.
-¿Tienen pinta de ir armados?
-No lo sé, Vellares. Habrá que correr el riesgo. ¿Todos listos? -Los demás asintieron. González desenfundó su revólver Smith & Wesson y lo dejó sobre las piernas. Después cogió el micro y apretó el botón-. Aquí Uno a las unidades Guardia Nocturna...
18.02 horas
Cuando González dio la orden, Juárez se apeó del coche, desenfundó el arma y comenzó a bajar la colina casi corriendo. Sánchez vio cómo levantaba el arma a la altura del pecho mientras bajaba. Vieron al inspector Madero salir de las sombras donde estaba aparcado el otro coche, a unos veinte metros de distancia. El hombre llevaba unos guantes blancos y González exclamó con una sonrisa: "¡Caray!"
Mientras González ocupaba el asiento del conductor, Sánchez observó a Juárez, a unos diez metros de la verja, avanzar despacio, el arma contra el muslo, y la orden de registro bien visible en la otra mano. A dos metros de la verja, Juárez se detuvo, se apoyó en el muro y esperó.
El inspector Madero se reunió con él al cabo de un instante. Juárez dejó en el suelo el arma y la orden, y entrelazó las manos formando un estribo para que Madero apoyara el pie. Entonces lo levantó; lo intentaron tres veces antes de que el agente se sujetara al borde del muro. Se encaramó con agilidad, vaciló por un momento cuando llegó arriba y después desapareció por el otro lado.
Juárez recogió el arma y la orden, y se dirigió hacia la verja. Sánchez vio que un coche aparcado a unos cien metros calle abajo salía de tas sombras, listo para seguir al coche de González a través de la verja.
Las miradas de todos convergieron en Juárez. De pronto, sonó una detonación, el disparo de un arma. González exclamó: "¡Mierda!" Los ocupantes del coche, inquietos, vieron cómo Juárez corría hacia la verja con el revólver sujeto con las dos manos. Un segundo después se abrió la verja y apareció Madero. González soltó un fuerte suspiro cuando Juárez cruzó la entrada, con la pistola en la mano derecha mientras le hacía señas con la orden de registro, pero sin mirar hacia ellos.
-Está bien, amigos -dijo González-. Allá vamos... -Pisó el acelerador y el coche salió disparado cuesta abajo en dirección a la entrada.
Eran cinco los hombres sentados alrededor de la mesa. Dos camareros les habían servido las bebidas. Se habían reunido allí a petición de Halder, el viejo tenía asma y no soportaba la humedad en el interior de la casa. Lieber les puso al corriente de lo ocurrido en Paraguay y todos le escucharon en silencio. Acabó el relato y esperó la reacción.
El viejo Halder tosió, se acercó la cánula del inhalador a la boca, apretó y respiró con fuerza. Los demás le observaron. Poco a poco se irguió en la silla. Era un hombre pequeño, y el peso de los años le hacía parecer todavía más viejo. Un hilo de saliva le colgaba de los labios cuando se dirigió a Lieber.
-Cómo, Franz, ¿cómo es que había otra cinta? -La voz de Halder sonaba como una matraca.
-Una de dos -respondió Lieber-. O bien destruimos la cinta que no era, o había dos cintas. No hay otra explicación.
Nadie dijo nada. Halder se llevó una mano que parecía una garra a la frente y se masajeó la piel. Pensaba. Pensaba con todas sus fuerzas.
-¿Su informador en la Dirección de Seguridad está absolutamente seguro de lo que dice?

-Segurísimo.
-Ha llegado el momento de reconsiderar la situación, ¿no les parece? -propuso Halder después de una larga pausa. Miró al hombre de pelo gris que con un leve movimiento de cabeza, le autorizó a continuar. El viejo se volvió despacio, y sus ojos vidriosos se fijaron en todos los presentes, antes de centrarse en Kruger-. Brandeburgo... ¿se discutieron en el hotel todas las ramificaciones del plan?
-Repasamos las últimas etapas. Pero... -comenzó a responder Kruger.
-Detalles, Hans. Quiero detalles -le interrumpió Halder-. Dígame exactamente qué discutieron. -Cuando Kruger se lo explicó, Halder añadió-: ¿Se puede establecer contacto con la muchacha?
-Le pediré a Meyer que se ocupe de ello.
-El problema no es insuperable -señaló Halder, que contemplaba aquellas caras expectantes-. Kruger puede arreglar con Meyer todos los pormenores. Tenemos cuatro días por delante. Sabemos lo que nos espera.
El viejo vaciló. Miró a Ernesto Brandt y luego al hombre de pelo gris. Se disponía a añadir algo más cuando oyeron un disparo lejano, seguido de inmediato por otro.
Kruger fue el primero en erguirse, y acto seguido se levantó como impulsado por un resorte, con la mirada clavada en algo que le pareció ver por encima de los hombros de Halder. El viejo se volvió. Uno de los guardias corría a través del prado, con la pistola ametralladora en alto.
Kruger fue a su encuentro y le detuvo a unos diez metros de la mesa. El hombre habló deprisa. En cuanto acabó, Kruger dio media vuelta y regresó a la carrera en el momento en que todos escucharon el rugir de los motores a lo lejos. Se reunió con ellos. Estaba pálido, y el tono de su voz reflejaba la gravedad de la situación.
-Tenemos compañía. Dos coches acaban de atravesar la verja. -Se volvió para llamar a los guardias-. ¡Rotman... Werner... cubridnos!
En el instante en que Kruger empuñó la Walther, sonó el aullido agudo de las sirenas acompañado por los destellos de las luces azules que aparecieron entre los setos y los árboles. Entonces divisaron el morro de un coche que tomó la curva del camino sobre las dos ruedas laterales y que después se lanzó a través de la hierba en línea recta hacia la piscina. Sesenta metros, las luces encendidas, la sirena a todo trapo.
-¡Todo el mundo adentro! -vociferó Kruger. Se volvió mientras los demás corrían a través del patio. Vio el primer coche, después otro, salían de la oscuridad y se dirigían hacia ellos.
Los guardias reaccionaron antes que nadie. Werner levantó la pistola ametralladora, apretó el gatillo y las llamas asomaron por el cañón. Kruger vio cómo estallaba el parabrisas del primer coche, oyó el ruido de las balas que desgarraban el metal. El coche se desvió a través del prado y se estrelló contra un árbol. Las luces azules se apagaron en el acto y el aullido de la sirena acabó con un gemido asmático.
En el segundo coche, que estaba ahora a unos treinta metros, se veían los cañones de las armas que asomaban en las ventanillas. Los fogonazos de los disparos de las escopetas disiparon la oscuridad. Werner recibió un perdigonazo en el pecho, y su enorme cuerpo saltó por los aires.
Kruger soltó una maldición. Alcanzó las puertas del patio justo en el momento que otra descarga regaba de perdigones la pared a su derecha. Vio las expresiones de alarma en las caras de los demás que entraban en la casa por los amplios ventanales, y la súbita palidez en el rostro del hombre de pelo gris, que le llamó.
-Por el camino de atrás, Hans. ¡Rápido!
Schmidt desenfundó el Magnum, apuntó al coche que se acercaba y apretó el gatillo dos veces. Los disparos resonaron en el patio como cañonazos
-¡Adentro! -rugió Kruger. Les empujó hacia el interior, mientras miraba cómo Rotman disparaba una ráfaga contra el otro coche. Las balas perforaron el metal, el parabrisas desapareció hecho añicos, y un coro de gritos sonó en el interior mientras sus ocupantes se protegían los rostros de las astillas. El conductor recibió un balazo en el pecho, y el coche recorrió el resto del camino en zigzag hasta llegar al borde de la piscina. Por un momento mantuvo el equilibrio; después hundió el morro en el agua y se sumergió lentamente-. ¡No dejes de cubrirnos, Rotman!
El guardia ni siquiera le miró, ocupado como estaba en poner un cargador nuevo en la Heckler & Koch. Levantó una mano para indicar que había escuchado la orden y se puso a cubierto.

De pronto, Kruger vio un movimiento a la izquierda del primer coche, una figura que se arrastraba lejos del vehículo estrellado contra un árbol. Kruger levantó la pistola, apuntó, disparó tres veces; después se volvió y desapareció en la casa.

35

18.07 horas

Sánchez permaneció tendido en la hierba, con el cuerpo empapado de sudor, mientras veía cómo el hombre entraba en la casa. El coche había ido a parar contra un seto, y la parte izquierda se había incrustado en el tronco de un eucalipto. Cuando intentó moverse, notó un dolor agudo en la pierna derecha. Se había lanzado del coche en el último momento, y dado con los huesos en tierra como un saco de patatas. Ahora tenía fuego en la cadera, y el dolor esa insoportable cuando la movía. El coche estaba a unos cinco metros. No alcanzaba a ver el interior, el parabrisas se había agrietado hasta quedar blanco, perforado por las balas. Sánchez sostuvo la escopeta con ambas manos y se volvió a medias.

-¡González, Cavales! -llamó. Pasaron unos segundos y entonces oyó un gemido antes de recibir una respuesta.

-¡Aquí...! -Era la voz de González.

Antes de que el capitán pudiera responder a su amigo, por el rabillo del ojo captó un movimiento a la derecha y se volvió. Había un hombre agazapado cerca de la piscina, con una pistola ametralladora en las manos. En aquel momento, el hombre abrió fuego y las balas dieron en el suelo muy cerca de donde él estaba.

Sánchez rodó sobre sí mismo para buscar la protección del seto; después apuntó a la figura en movimiento y apretó el gatillo. El retroceso le sacudió el cuerpo, pero el hombre ya no estaba a la vista, oculto por las sombras de un grupo de palmeras. Un centinela para cubrir la retaguardia, con la orden de borrarles el paso, pensó Sánchez.

El seto donde se encontraba no le protegía bien, pero era mejor que nada. Veinte metros más allá vio el segundo coche hundido en la piscina; las luces azules todavía estaban encendidas, pero ya no se oía la sirena. En la superficie afloraron burbujas de aire entre manchas rojizas. La puerta trasera de la izquierda era un verdadero colador; ahora estaba abierta y por la abertura asomaba el cadáver de uno de los ocupantes. Sánchez alcanzó a ver la cabeza del conductor; tenía la boca abierta.

De pronto pensó en Juárez y Cavales. ¿Estarían vivos? Oyó a González maldecir en la parte trasera del coche.

-Quédese donde está -le recomendó Sánchez. En aquel instante, sonó otra descarga desde un punto cercano a la piscina. Las balas acribillaron el coche y las ramas del seto. González volvió a maldecir. Era el centinela de retaguardia-. ¿Está bien? -susurró el capitán.

-Estoy vivo -contestó González-. ¿Puede ver a ese cabrón con la ametralladora?

-Está a unos treinta metros, junto a la piscina. ¿Puede cubrirme?

-Lo intentaré. Pero vaya con mucho cuidado, amigo mío.

Sánchez rodó sobre sí mismo para adentrarse en la vegetación, sin hacer caso del dolor en la cadera, consciente de la necesidad de entrar en la casa y perseguir a esos hombres. Se arrastró boca abajo entre las ramas espinosas, y salió del seto unos diez metros más allá, al pie de otro eucalipto. Se mantuvo atento para percibir cualquier movimiento en la oscuridad, donde se ocultaba el enemigo. Nada. Si quería perseguir a Lieber y al resto tendría que actuar deprisa.

De pronto, oyó algo a su izquierda: un rumor entre los arbustos. Forzó la mirada, y pudo ver a un hombre agachado entre los setos, iluminado por la luz de la luna. El hombre parecía indeciso, como si le costara decidir si debía correr el riesgo de atravesar el prado o no. Sánchez avanzó poco a poco. Cuando estuvo a unos doce metros de él, vio que se volvía. Una expresión de sorpresa apareció en su cara. Entonces levantó la escopeta y apretó el gatillo. El perdigonazo le alcanzó en el pecho; se oyó un grito ahogado y acto seguido aquel hombre se desplomó entre los arbustos.

En aquel momento, Sánchez oyó el aullido distante de las sirenas. Dio media vuelta y regresó deprisa adonde estaba González. Sin preocuparse de su propio dolor, se arrodilló junto a su colega. A la luz de los focos laterales de la casa, vio el sudor en su frente y el rostro contorsionado en una mueca de dolor.

Había una mancha oscura en el antebrazo derecho, justo debajo del codo, donde había recibido el impacto.
-Su brazo...
-No es nada. Sólo una herida superficial. Ya somos viejos para estas cosas, amigo. Lo nuestro son las conferencias. ¿Se ha cargado a ese cabrón? Sánchez asintió mientras examinaba la herida. La bala sólo había rozado el hueso. Nada grave, pero doloroso.
-¿Y los demás? -preguntó el mexicano, mientras intentaba incorporarse.
Sánchez echó una mirada al coche destrozado, vio los vidrios rotos y el metal abierto por los impactos de las balas. Con el corazón en un puño se acercó para mirar en el interior. Notó el sabor agrio de la bilis en la boca y la rabia que se agolpaba como un animal salvaje en su cabeza; ya sabía con qué se iba a encontrar.
Incluso con la poca luz que había, vio los cadáveres con toda claridad. Juárez en el asiento delantero, la cabeza torcida, la boca abierta, un tajo rojo a través del pecho en un ángulo ascendente, sangre por todas partes. Le acercó una mano a la boca. Respiraba. Se movió lo más rápido que pudo hacia la parte de atrás, aunque el dolor en la cadera era insoportable.
En el caso de Cavales no había nada que hacer: le faltaba la tapa de los sesos. La bala le había abierto un boquete en la mejilla izquierda, y, en la trayectoria, había destrozado aquellas hermosas facciones. Una baba oscura se deslizaba hacia fuera por el agujero y caía sobre la chaqueta. Un espectáculo macabro. Sánchez respiró hondo, se aguantó las ganas de vomitar, y sólo pensó en perseguir a la gente de Lieber, en matarles a todos. Oyó un ruido a sus espaldas, se volvió. González se había puesto de pie y, apoyado con una mano en el guardabarros del coche, miraba el interior.
-Juárez todavía respira -le informó Sánchez-. Busque ayuda.
-¿Adonde va, Vellares?
El capitán no le escuchó. Echó a andar hacia la casa, con la escopeta preparada, consciente sólo de los coches que subían por el camino, del aullido de las sirenas cada vez más cercano. Miró a su colega.
-Voy a por ellos, Eduardo. Dígaselo a sus hombres. -Oyó que González le llamaba.
-¿Se ha vuelto loco? Espere... mis hombres ya están aquí.
Sánchez no respondió. Su mirada estaba fija en la puerta que daba al jardín y en la habitación oscura al otro lado del umbral. Quitó el seguro de la escopeta mientras caminaba hacia la casa.

18.08 horas
Kruger, desde la retaguardia, dirigía al grupo que atravesaba las habitaciones. Chorreaba sudor por todos los poros del cuerpo, preocupado únicamente por el plan de emergencia: llegar al garaje cuanto antes. Primero debía cruzar la zona abierta del prado (un problema, desde luego, demasiado vulnerable) y después conducir por el sendero en medio de la vegetación hasta la casa franca. Había que moverse de prisa.
Les quedaban cinco habitaciones hasta la puerta que daba al prado, hacia la ruta de huida. Estaban en la tercera. Dos minutos hasta el garaje. Pero las cosas no funcionaban tal y como las había planeado. Kruger soltó una maldición. El viejo Halder era un problema. Apenas podía caminar.
Le ordenó a Lieber y a Brandt que cargaran al viejo, y los seis hombres aceleraron el paso. A Halder le colgaban los pies. Schmidt encabezaba la marcha con el Magnum en la mano derecha. La casa estaba iluminada como un árbol de Navidad. "Demasiada luz", pensó Kruger, mientras dejaba a oscuras las habitaciones a medida que pasaba por ellas. Eso les obstaculizaría el paso a los perseguidores. De pronto, de un cuarto a la derecha, apareció uno de los mayordomos con el rostro desencajado; les dio un susto de muerte.
Antes de que el hombre pudiera hacer nada, Schmidt levantó el Magnum y disparó. La detonación sonó como un cañonazo por toda la casa; la fuerza del proyectil lanzó al sirviente contra una pared. En la chaqueta blanca apareció una enorme mancha de sangre. "Maldita sea." El ruido alertaría a los polis. Rodearon el cadáver y continuaron la marcha.
Schmidt abrió otra puerta, entró con el arma preparada. Sólo quedaba una más. Por fin atravesaron la cocina desierta: acero inoxidable, cobre, madera oscura. La puerta en el otro extremo daba al jardín, a la oscuridad, y Kruger vio a través de las ventanas la gran extensión de hierba plateada. Vulnerable.

Demasiado abierta. Sesenta segundos para cruzarla al trote. Sería más, por culpa de los otros. Quizá noventa. Oyó gemir al viejo Halder. No le hizo caso. Ya casi estaban allí. Lo conseguirían. "No te pares."
El gigante rubio se acercó a la puerta trasera, la abrió lentamente, miró a izquierda y derecha, y después al prado. Se volvió para decirles que el camino estaba despejado. Schmidt salió primero. Los demás le siguieron. El viejo Halder se quejaba continuamente. "Maldito seas." Sintió deseos de matarle; sólo hacía que retrasarles en su huida. Kruger fue el último en salir. Vio el interruptor de la luz junto a la puerta y vaciló.
Oyó un ruido a sus espaldas, débil, pero claro, que procedía del interior de la casa. ¿Alguien que abría una puerta? Esta vez dejó la luz encendida, y siguió a los demás.
Caminaba de espaldas, con la pistola en la mano, para proteger la retaguardia. Entonces vio moverse la puerta de la cocina, un movimiento casi imperceptible. Tenía todos los sentidos alertas, el cuerpo empapado de sudor, y la mirada fija en la salida.
Habían avanzado unos veinte metros, se movían deprisa, todo lo rápido que les permitía el viejo; Lieber y Brandt jadeaban por el esfuerzo de cargar con él. Les faltaban otros cuarenta metros. Kruger había dejado encendida la luz de la cocina adrede, consciente de que cualquiera que intentara salir por la puerta, se vería obligado a pasar de la luz a la oscuridad. En cambio, él podía ver. Podía ver y actuar en consecuencia. En ese instante se abrió la puerta y apareció una figura en el umbral, pero se ocultó de inmediato.
"Maldición." Estuvo a punto de disparar, pero se contuvo, consciente de que era malgastar una bala. Volvió a maldecir. Oyó los jadeos y las quejas de los demás. "¡Deprisa, deprisa!" Vaciló. Hincó una rodilla en tierra, levantó la pistola y apuntó a la puerta. Esperó a ver de nuevo la silueta del perseguidor. Midió la distancia, un disparo difícil. Comenzó a contar los segundos... uno dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete... y entonces se oyó un escopetazo; la luz de la cocina se apagó. "¡Mierda!" El tipo era muy listo. Había adivinado la táctica. Oscuro mirando a claro, fácil, oscuro a oscuro era más difícil; ahora se igualaban las posibilidades. Kruger esperó... forzó la mirada para ver algo en la oscuridad plateada, mientras seguía contando... ocho... nueve... diez... once...
Un movimiento, ¿a la izquierda? Kruger disparó tres veces, oyó el golpe de los proyectiles en la pared, en la madera, en el vidrio. Oyó cómo estallaba la ventana izquierda de la cocina. Después nada. Alguien del grupo gritó:
-¡Kruger! -Era Lieber-. ¡El viejo Halder! ¡Algo le pasa!
-¡No os paréis! -vociferó Kruger. "A la mierda con Halder." Pero oyó la respiración ahogada de Halder y miró hacia atrás; los otros estaban casi a la altura del bosquecillo, pero Lieber y Brandt apenas si avanzaban cargados con el cuerpo inerte de Halder. Algo le había pasado al viejo. Seguramente el corazón no había soportado el esfuerzo. Kruger se secó el sudor de la frente, e intentó controlar la respiración mientras miraba otra vez hacia la cocina.
Un movimiento. A la derecha.
Kruger disparó otros tres tiros en un arco corto; oyó el impacto de los proyectiles en el vidrio, el ladrillo y la madera. Entonces, sin previo aviso, vio la figura.
Avanzaba hacia ellos procedente de las sombras: una figura baja y obesa con un traje claro que se movía rápidamente a través del prado plateado, como un espectro; a la altura de la cintura asomaba el cañón largo de un arma.
-¡Alto! -gritó la voz en castellano.
Kruger apuntó y disparó tres veces contra la figura espectral. La vio sacudirse y girar sobre sí misma. Apretó de nuevo el gatillo, pero se había quedado sin balas. Arrancó el cargador vacío y metió otro. Vio de nuevo al hombre. El cabrón avanzaba, con el cuerpo un poco inclinado.
-¡Alto! -Esta vez la voz sonó más fuerte.
Kruger levantó la pistola, apuntó al pecho y efectuó el primer disparo. Estaba a punto de hacer el segundo cuando vio que el hombre levantaba la escopeta y apretaba el gatillo. Una bala pasó por su izquierda como un huracán, después otra, y otra...
-¡Jesús!
La noche se pobló de gritos, algo le tocó el hombro izquierdo, le hizo girar, y le arrancó la pistola de la mano. Entonces vio a Brandt y a Lieber tendidos de espaldas sobre la hierba, con el viejo Halder entre

ellos. Kruger buscó desesperado la pistola; no la encontró. Notó que el antebrazo y la mano izquierda se le entumecían; detrás de él alguien gimió. Después silencio. "Olvídate del arma -pensó-. El tipo está a quince metros. Mira cómo carga el arma en la oscuridad, tan tranquilo... como si no pasara nada."
Entonces tuvo una oportunidad y la aprovechó. Retrocedió a gatas, superó los cuerpos caídos de Lieber, Brandt, el viejo Halder, sin preocuparse de si estaban vivos o muertos, y en cuanto pudo, se incorporó y echó a correr hacia el garaje donde le esperaban.
Mientras corría, llenando los pulmones al máximo, esperó el disparo mortal. No llegó. Casi al límite de sus fuerzas, alcanzó la puerta del garaje y desapareció en la oscuridad.
Sánchez permaneció erguido en la mitad del prado, ocupado en recargar la escopeta. Vio al hombre que corría hacia el edificio al final del prado, semioculto detrás de un bosquecillo. Estaba demasiado lejos para hacer blanco. Notaba un cosquilleo en el hombro derecho donde le habían golpeado dos balas como si fuesen martillazos. Todavía no sentía dolor, pero ya llegaría. Cargó cinco cartuchos, accionó el cerrojo y avanzó al trote, atormentado por el dolor agudo en el muslo y la cadera. El hombre del prado no le había dejado más opción que la de disparar No hacerlo habría significado la muerte. Había fallado el tiro, al desviarse el cañón hacia la derecha, las balas alcanzaron a un grupo de hombres por la espalda. "¡Mierda!" Esos eran los hombres que buscaba. Lo tenía muy claro. Y los quería pillar vivos. Ojalá todavía lo estuvieran.
Se acercó a los cuerpos caídos, con la escopeta preparada. La luz de la luna le permitió ver el rostro contorsionado de Lieber. Las balas le habían dado en la espalda. Lieber estaba muerto. Sánchez hizo una mueca; no era lo que él había esperado. Lo necesitaba vivo y no muerto.
Oyó un gemido, se detuvo, miró al suelo. Otro cuerpo, los brazos extendidos en cruz. Un hombre con gafas, frente despejada. Éste todavía respiraba. Emitía un sonido ronco, pero tenía los ojos cerrados; el rostro desfigurado en un mueca de dolor. En el brazo y en el hombro izquierdo se podía ver una mancha oscura de sangre.
Sánchez vio un tercer cuerpo entre los otros dos, boca abajo. La tela de la chaqueta clara estaba desgarrada por los impactos. El policía se agachó y puso el cadáver boca arriba. Se trataba de un viejo consumido. El traje claro que llevaba le había servido a él de blanco para disparar. Una de las manos del viejo parecía una garra, y la mantenía en alto a modo de súplica. Sánchez le miró la cara. No era ninguno de los rostros de la foto de Lieber. Tampoco el del hombre tendido a su lado, el único que todavía estaba vivo. Volvió a gemir. Sánchez no le socorrió, ya lo harían los hombres de González.
En aquel instante, a sus espaldas sonó un ruido a lo lejos. Se volvió sin ver a nadie. Eran los hombres de González dentro de la casa. Sin darle más importancia, reemprendió la marcha hacia el edificio. Aquel hombre había entrado allí detrás de los otros, y era el único lugar donde podía cazarlos. Poco a poco se fue acercando al edificio detrás del bosquecillo.
El sudor le resbalaba por la frente, le empapaba la nuca, y las imágenes le quemaban el cerebro. Rudi Hernández y la muchacha, los cadáveres casi descuartizados por las cuchilladas. El cuerpo de Cavales, sin rostro. Los hombres de González: Juárez y los agentes ametrallados en el coche que había caído a la piscina.
Las imágenes le hicieron olvidar su propia seguridad. Quería cazar a aquellos hombres; los quería a cualquier precio. Y a aquel cobarde que había abandonado a sus compañeros y que sólo se había preocupado de sí mismo. Se acercó un poco más al edificio, con la escopeta bien cogida entre las manos.
A diez metros del cobertizo, vio la puerta de madera iluminada por la luz de la luna. Se acercó con mucho cuidado y levantó el arma. Apretó el gatillo dos veces: los disparos sonaron en la noche como salvas, y los trozos de madera volaron por los aires; lo que quedaba de la puerta fue a chocar contra la pared del interior para acabar colgada de las bisagras retorcidas, mientras las balas repicaban contra algo metálico. Después volvió a reinar el silencio.
La oscuridad interior le llamaba. Sánchez se apretó contra la pared. Había una grieta entre el marco y los ladrillos. Escuchó. Silencio. Quizás aquellos hombres le estaban esperando. Avanzó un poco, el arma preparada, la mirada atenta, fija en la oscuridad, en un intento por ver algo.
Olía a aceite y a gasolina. ¿Un garaje? Volvió a mirar y consiguió distinguir la silueta de un coche grande aparcado en el interior, el brillo apagado del metal pulido, un reflejo sobre un cristal. Entonces vio al fondo otra puerta, abierta, y el reflejo de la luz de la luna. ¿Se habían escapado, o le estaban

esperando? Si estaban allí dentro, esta vez tendría que ir con mucho cuidado para no matarlos. Algo difícil con una escopeta. Escuchó. Nada.
No podía esperar más. Respiró hondo, notó que el sudor le corría por la cara mientras levantaba la escopeta, abandonó la protección de la pared y entró.
En aquel mismo instante, una luz se encendió de repente en el techo, cegándole por completo. Apenas si llegó a oír la orden como un ladrido: "¡Schmidt!"
En medio de la intensa luz alcanzó a ver a un gigante que se le echaba encima desde detrás del coche; rubio, enorme, con una expresión de loco en el rostro, como un animal furioso, que empuñaba un cuchillo con reborde dentado.
Sánchez levantó la escopeta y apretó el gatillo. El disparo sonó como si un avión hubiera roto la barrera del sonido. El capitán alcanzó a ver su mirada: horrible, bestial; su cuerpo como una mole de granito que le caía encima, mientras el arma estallaba a medio metro del pecho de aquel hombre.
La fuerza del disparo le detuvo en seco; el pecho y el vientre estallaron, un agujero como una caverna apareció en el centro del torso, inmenso, los intestinos volaron por el aire convertidos en una masa sanguinolenta, y su expresión animal se convirtió en una máscara de horror.
Schmidt cayó sobre Sánchez y le aplastó contra la pared de madera; pesaba tanto que el policía no podía ni respirar. La cara de él contra la suya; los ojos bien abiertos. El capitán sintió el aliento fétido en su cara. Todavía seguía vivo.
Sánchez luchó frenético por liberar el arma, intentó sacarla pero la escopeta estaba atascada entre ellos. El peso le aplastaba, no podía moverse.
En aquel momento vio por el rabillo del ojo a los otros dos hombres: un joven de pelo oscuro con un revólver Magnum en la mano, y el otro, mayor, alto, de pelo gris, que parecían haber salido de la nada. Sánchez reconoció los rostros de la foto en la casa de Lieber.
El capitán hizo un esfuerzo supremo y empujó con todas sus fuerzas. El rubio se movió al tiempo que levantaba una mano. Sánchez vio el brillo de la hoja del cuchillo Bowie. Accionó el cerrojo, metió un cartucho en la recámara y apretó el gatillo justo en el momento que el cuchillo se clavaba en su hombro, cortando la carne y el hueso para dejarlo clavado a la pared. Sánchez lanzó un aullido de dolor y sonó otro escopetazo. Esta vez la cara y la cabeza del gigante se desintegraron; la carne desapareció de los huesos y el cuerpo se apartó. Una ola de sangre bañó a Sánchez cuando las balas, al rebotar, le atravesaron la piel.
Entonces todo pareció ocurrir en un instante. Los dos hombres se acercaron. El joven armado con el revólver estaba furioso. Sánchez comprendió que el gigante había sido sólo una diversión. Entonces apoyó el arma contra su sien, mientras que con la otra mano le arrebataba la escopeta. En ese momento el hombre de pelo gris se adelantó. Era mucho más alto que Sánchez. Los ojos azules le conferían una mirada bondadosa, pero había alguna cosa más que no podía descifrar. Además, ya no le quedaba tiempo. Éste le susurró algo a su compañero que Sánchez no alcanzó a oír. A lo lejos, en el prado, sonaron las voces de los hombres de González, demasiado lejos para salvarle. Eso decidió su destino. El joven apoyó con fuerza el revólver contra su cabeza y apretó el gatillo.
Sánchez siempre había creído que nadie podía escuchar el disparo que le mataba, cuando se disparaba de tan cerca. Las luces se apagaban sin más. No sentías nada, ningún dolor.
No es cierto. Lo escuchó. Una explosión como la de un trueno. Y sintió la bala. Un dolor lacerante que le abrasó el cerebro. Lo vio. Y todavía sintió más. Incluso en los últimos segundos de dolor, después de que la segunda bala le entrara por la frente, se desvió hacia arriba, le abrió un surco en el cerebro y le reventó el cráneo. Vio cómo caía su cuerpo con un movimiento muy lento y alcanzó a ver a dos figuras cada vez más oscuras que subían al coche; escuchó el rugido del motor antes de que la visión desapareciera del todo.
18.20 horas
El prado iluminado por la luz de la luna aparecía inundado de uniformes. Uniformes grises y luces azules. Las ambulancias iban y venían. Un agente acompañó a González hasta el viejo garaje, más allá de donde se hallaban los cadáveres. Cuando le mostraron el cuerpo de Sánchez sintió ganas de llorar, pero no lo hizo.

Miró el cadáver durante mucho rato; el cuerpo de su amigo clavado a la pared, sujeto por un cuchillo que le atravesaba el hombro para incrustarse en el muro, el agujero en la frente con los bordes quemados por el fogonazo, los pies en un charco de sangre.
Después miró el cuerpo del gigante rubio. Lo que quedaba de él. El hedor a excrementos era insoportable. Los dos cuerpos habían defecado después de morir. Normal. Sánchez se había cargado a cuatro de aquellos cabrones. Era un consuelo, un triste consuelo. Además, cerca del cadáver del rubio no había ningún arma; él no le había matado. Un inspector le informó que se habían montado controles alrededor de Chapultepec. Pero era una zona muy grande. Sería muy difícil que los encontraran.
Cuando por fin salió al exterior, vomitó sobre la hierba. Alguien le dio un cigarrillo. El inspector jefe se limpió los labios con el dorso de la mano, encendió el cigarrillo y le dio una chupada muy larga. Otro agente apareció a su lado. Después de unos instantes de silencio, González le cogió de un brazo.
-Juárez -preguntó-. ¿Se ha salvado?
-Murió antes de que pudieran meterlo en la ambulancia.
González cerró los ojos, incapaz de contener el dolor. Los abrió en cuanto se controló un poco y volvió a interrogar al agente.
-¿Cuántas bajas? -preguntó con la mirada perdida.
-Cuatro de los nuestros -contestó el agente, tan trastornado como su jefe-. Sus dos amigos de Asunción. Seis de los ocupantes de la casa. Eso incluye a Halder y al guardia de la verja que mató Madero cuando intentó sacar el arma. -El hombre hizo una pausa-. He mandado que instalen controles hasta la ciudad. En todas las rutas posibles. Un recluta dice que oyó el motor de un coche que se alejaba, inmediatamente después del último disparo. Pero en medio de tanta confusión, no está muy seguro. Resulta difícil distinguir el olor a humo del escape entre los hedores de cordita y excremento. -El agente carraspeó-. Pero las puertas del garaje estaban abiertas. Encontramos rastros de pintura negra en ellas, aunque habrá que esperar el análisis del laboratorio. -Señaló la casa con la cabeza-. Es posible que algunos hayan escapado.
-Los controles. Los quiero muy estrictos. ¿Está claro? -ordenó González, impaciente-. El único problema es que no sabemos a quién o qué buscamos. ¿Qué hay del hombre que encontraron vivo en el prado?
-Está herido, pero no es grave. Ha perdido mucha sangre. Dos agentes se han ido con él en la ambulancia. Le haremos hablar en cuanto le atiendan en el hospital.
-¿Qué me dice del personal de la casa? ¿Hay alguno vivo?
-Uno de los dos criados. Le encontramos escondido en el sótano. El otro está muerto. Me olvidé de decírselo: lo encontramos en la casa. Con un disparo en el pecho. Debió interferirse en su camino cuando escapaban. Así que los muertos son trece. El que ha quedado vivo no hace más que vomitar y cagarse encima. Se tomó unas pastillas para calmarse.
-¡Haga que vuelva en sí! -exclamó González. Puso un dedo sobre el pecho del inspector-. Que se lo lleven a jefatura junto con el tipo herido. Averigüe cuánta gente había aquí. Consiga sus descripciones, sus nombres. -El inspector jefe sacudió la cabeza-. Trece muertos... no me lo puedo cree. -Dio una chupada al cigarrillo. Le temblaban las manos. Escupió un gargajo y añadió con voz ronca-: Que no llamen a nadie. A la mierda con las normas. Primero quiero respuestas.
El inspector asintió y partió a cumplir con las órdenes.
González se volvió para mirar una vez más el escenario de la carnicería. ¿Y todo para qué? ¿Quiénes eran esas personas? ¿Qué demonios pasaba? Le distrajo la sirena de una ambulancia que subía por el camino. Demasiado tarde. Ya no había nada que hacer. Sánchez no había tenido ni una sola oportunidad. Lo que había hecho era una locura. Una estupidez. Debía estar desesperado por cazar a los tipos de la casa. Oyó otro sonido; esta vez eran pisadas. Una voz suave le llamó. González se volvió, aturdido.
-Señor -dijo un agente joven, nervioso-, hay un hombre en la puerta que dice que se llama Cortéz. Juez Felipe Cortéz. -El agente recalcó la palabra juez. Después dirigió al inspector jefe una mirada de súplica.
-¿Qué quiere?
-Quiere hablar con el oficial al mando. Está muy enfadado. Quiere saber a qué se debe todo este escándalo, y el tiroteo. Preguntó si sabíamos dónde estábamos. -El agente tragó saliva-. Dijo que esto es Lomas de Chapultepec, una zona respetable, y no un barrio de chabolas.

González hizo una mueca. Conocía al juez: un cabrón gordo y pomposo. No vivía muy lejos. Tenía una casa enorme con criados y una esposa también gorda. Corrupto como muchos de sus amigos del vecindario.
-¿Así que ha dicho eso? -González apenas si pudo contener la cólera-. Dígale que estoy ocupado.
-Señor, ya se lo he dicho. Se niega a escuchar.
-Entonces -González lo dijo poco a poco, pero con un tono inconfundible-, dígale que le den por saco. Y que si sigue molestando le haré detener por obstaculizar el trabajo de la policía. -El inspector jefe vio que el agente le miraba atónito; por la falta de respeto, por la cólera. Apagó el cigarrillo en la hierba-. No se preocupe, se lo diré yo mismo.
Le volvió la espalda y caminó lentamente en dirección a la casa. Cada paso era un martirio.

QUINTA PARTE

36
Berlín
Werner Bargel se encontraba en su despacho en el edificio ubicado en la esquina de Auf dem Grat y Clay Alie en el distrito berlinés de Dahlem. Con un ademán invitó a Joseph Volkmann a sentarse en una silla al otro lado de su mesa.
Bargel, a sus cuarenta y dos años, era uno de los hombres más jóvenes que había ocupado el cargo de director asistente de la Landesamt für Verfassungsshutz en Berlín, la Oficina Estatal para la Protección de la Constitución, conocida popularmente como LfV.
La función de la LfV es similar a la del MI5 británico, en lo que se refiere a recoger información sobre terroristas, organizaciones extremistas y redes de espionaje que sean una amenaza para la seguridad. Pero difiere de ésta en que sólo tiene jurisdicción, por lo general, en la ciudad y el estado al que pertenece, y no siempre en el territorio nacional en su conjunto.
A diferencia del MI5, el servicio de inteligencia alemán está muy burocratizado y regionalizado. Sus oficinas están repartidas en diecinueve departamentos estatales, llamados Landesamt o departamentos de Estado, responsables de las tareas de inteligencia en cada uno de ellos. Sin embargo, todas las oficinas de la Landesamt entran en el organigrama de la oficina central federal con sede en Colonia, llamada Bundesamt für Verfassungsschutz, Oficina Federal para la Protección de la Constitución; y si bien cada Landesamt es autónomo, debe responder en última instancia a la oficina central de Colonia.
En los despachos del edificio de dos plantas pintado de beige, sito en el distrito de Dahlem, y rodeado de árboles, que pasa desapercibido para cualquier transeúnte, trabajan casi cien personas dedicadas a recoger información vital en asuntos de terrorismo, organizaciones extremistas, y todas aquellas actividades de espionaje dirigidas contra el estado de Berlín, a la vez que se lleva un registro de cualquiera que esté o haya estado comprometido, en el presente o en el pasado, en este tipo de actividades. La ubicación de este edificio, que mira a un bonito parque, es desconocida para la mayoría de los berlineses; sólo dos puertas más allá se halla la sede de la estación central de la CÍA en Berlín.
Como en todas las Landesamt de Alemania, el cargo de director es una designación política, y puede cambiar con cada elección. Pero el director asistente y los demás jefes son siempre funcionarios de carrera; sobre él recae la responsabilidad de que la institución funcione.
Werner Bargel, alto, delgado y con un rostro juvenil, parecía más un contable que un jefe de inteligencia.
-Bueno, Joe, ¿qué le trae por aquí? -preguntó Bargel, con una sonrisa-. Debe de hacer por lo menos dos años que no nos vemos.
-Digamos tres.
-¿ Qué puedo hacer por usted ?

-Quisiera escarbar en sus archivos. Y pedirle un favor.
-¿Trabaja en algo que concierna directamente a mi gente?
-Es demasiado pronto para decirlo.
-¿Qué tipo de información es la que le interesa?
-¿Han tenido muchos problemas con los grupos extremistas en los últimos tiempos?
Bargel se reclinó en la silla y cruzó las manos detrás de la cabeza.
-Cada vez que hay recesión económica se produce un resurgimiento de las actividades de los extremistas de izquierdas y de derechas. Ya lo sabe, Joe. ¿ Colonia no les envía nuestros informes mensuales y anuales ?
-Desde luego que sí.
-Si no recuerdo mal, hay una nota en el de este mes sobre un aumento en el porcentaje.
-¿Qué me dice de la extrema derecha? ¿Hay grupos nuevos?
-Un par, pero nada importante. En cambio, los viejos han estado bastante activos en los últimos tiempos. Las cosas de siempre. El mes pasado se tuvo que evacuar un centro de refugiados en Hoyerswerda después de tres días de asedio por bandas de la ultraderecha. Una semana más tarde apuñalaron a dos vendedores ambulantes negros en Leipzig. A un chico turco le tiraron desde una ventana de un segundo piso en Essen; ese mismo día murió a consecuencia de las heridas. Podría recitarle toda una lista, pero todo figura en el informe.
-¿Su gente está preocupada?
-Este tipo de cosas siempre nos preocupan, Joe -respondió Bar-gel. Esbozó una sonrisa-. Tratamos de mantenerlas bajo control. Pero en todas partes existe ese elemento marginal, ¿no le parece?
-¿Qué hay de los grupos extremistas de inmigrantes?
-¿Qué pasa con ellos?
-¿No responden a los ataques?
-¿Contra quién?
-Contra la ultraderecha, los neo nazis.
-Hay unas pocas bandas organizadas que sí lo hacen. Pero sin ninguna trascendencia, Joe. Son más bien grupos de autodefensa que de lucha.
Volkmann miró a través de la ventana. En un pequeño patio adoquinado había una media docena de coches aparcados. Cuando se volvió, vio que Bargel le observaba.
-¿Es éste el verdadero motivo de su visita? Todo lo que le he dicho figura en los informes que les enviamos.
-Necesito un favor, Werner.
-¿Qué clase de favor?
-Hace cosa de un mes asesinaron en Berlín a un joven llamado Dieter Winter. ¿Recuerda el caso?
-¿El incidente en la estación del Zoo?
-El mismo.
-¿ Qué pasa con ese caso ?
-Me gustaría saber si tienen un expediente de Winter. Vi un informe de la BP pero había muy pocos datos sobre él.
-Sus investigaciones nunca son tan exhaustivas como las nuestras -afirmó Bargel, con una sonrisa-. Puedo preguntarlo. ¿Alguna cosa más?
-Mañana iré a Munich. Al parecer Winter residió en esa ciudad, pero la BP no tiene constancia de ello. Quisiera que llamara a la gente del Landesamt en Munich. Me gustaría echar una mirada al apartamento de Winter si saben dónde está. Además, hay un tipo llamado Lothar Kesser. Proviene de algún pueblo de Bavaria. Se licenció en informática en la Universidad de Munich hará cosa de unos cuatro años. Necesito ver su expediente y una foto, si es que los tenéis.
-Probablemente estén en Munich, pero eso no es problema. Si ellos, o cualquier otra oficina del Landesamt tiene un expediente de él, nos enviarán una copia en cuestión de minutos. ¿Winter estaba involucrado con algún grupo de ultraderecha?
-Es lo que intento averiguar. El arma que le mató es la misma que usaron para asesinar a un industrial británico en Hamburgo hace un año. Por eso Ferguson está interesado.

-¿Y el tal Kesser?
-En este momento voy dando palos de ciego, Werner -respondió el agente de la DSE, después de dudar un segundo-. Quizá no exista ninguna relación.
-¿Piensa que algún grupo extremista inmigrante es responsable del asesinato de Winter?
-Eso es adelantarse a los acontecimientos. -Volkmann sacudió la cabeza y sonrió-. La verdad es que no lo sé.
-¿Pero me tendrá informado si surge alguna cosa que nos concierna?
-Desde luego.
-Le conseguiré también una copia del mes pasado y un resumen del próximo. -Bargel se levantó.
-Se lo agradecería mucho, Werner.
-¿Se queda esta noche en Berlín?
-En el Schweizerhof.
-Le diré a mi secretaria que nos reserve una mesa en Le Bou Bou. ¿Le parece bien?
-¿Por qué no? Hablaremos de los viejos tiempos.
El restaurante en la Kurfurstendamm estaba casi vacío, pero el servicio era soberbio como siempre. Bargel había traído los informes y los expedientes aunque no hizo ningún comentario al respecto; sólo dijo que un agente del Landesamt esperaría a Volkmann en Munich para llevarle a la última dirección conocida de Winter, un apartamento en Haidhausen. El agente le daría toda la información pertinente. Pasaron casi dos horas recordando los viejos tiempos en Berlín y, cuando acabaron de cenar, Bargel le acompañó hasta el hotel.
Mientras paseaban por la Kurfurstendamm en dirección a la Buda-pester Strasse, Bargel le preguntó:
-¿ Ha vuelto a ver a Ivan Molke, Joe ?
-Me han dicho que está en Munich.
-Pidió el retiro anticipado -dijo Bargel-. ¿Por qué no le llama cuando llegue a Munich? Le puedo dar su número de teléfono.
-Desde luego. ¿ Por qué no ?
-Ustedes eran buenos amigos.
-Muy buenos.
-¿Puedo hacerle una pregunta personal, Joe?
-Sí.
-¿ Qué hicieron con Felder ?
-Pensaba que lo sabía. -Al ver que Bargel sacudía la cabeza, añadió-: Le llevamos al Grünewald.
-Ya me lo imaginaba. El muy cabrón se lo tenía merecido. -Miró a Volkmann-. En aquellos tiempos las cosas eran muy duras, pero alguien tenía que hacerlas.
-¿Su gente todavía tiene a los muchachos que se encargan del trabajo sucio?
-¿Se refiere a los asesinatos?
-Sí.
-Aquello se acabó, Joe. En los viejos tiempos nos enfrentábamos a la Stasi y al KGB. El grupo que se encargaba de esas cosas se disolvió después de la caída del Muro.
-¿Está seguro?
-Se lo juro. Molke se lo podrá decir. -Bargel sonrió-. Ahora somos unos verdaderos santos.
-¿La policía y las fuerzas armadas toman partido cuando se trata de las actividades de la ultraderecha?
-Son apolíticos, o al menos se supone que lo son. Lo que en realidad piensan, desde luego, es otra cuestión. Supongo que habrá quien simpatice con los grupos fascitas, pero no se puede hacer nada al respecto mientras no interfiera con su trabajo. -Bargel observó a Volkmann con mucha atención-. ¿Por qué lo pregunta, Joe?
-El número de atentados ultras va en aumento. Pero su gente no parece tener mucho éxito en reprimirlos.
-No es tan fácil, Joe, y usted lo sabe. La gente pide que encierren a los extremistas, y, sin embargo, en cuanto lo hacemos aparece todo el coro de liberales que se oponen, con la excusa de que nos convertiremos otra vez en un estado policial que meterá a la gente en campos de concentración. Y esto, para los alemanes, es un asunto espinoso. -Bargel sacudió la cabeza-. Es difícil hallar una solución al

respecto. Algunos grupos ultras han sido ilegalizados. Esto les ha bajado un poco los humos, pero no ha resuelto el problema. No tiene más que leer los periódicos para darse cuenta de ello.
-¿Esa gente tiene mucho apoyo?
-¿Se refiere a los ultras..., a los neo nazis?
-Sí.
-Un poco, pero la mayoría de los alemanes no se ven atraídos por el extremismo político. Eso no hace falta decirlo.
-Más o menos, ¿cuántos partidarios tienen?
-¿En Alemania? Una cifra prudente rondaría los sesenta mil.
-¿Toda gente de acción?
-La mayoría. Después están los simpatizantes.
-Es mucho apoyo, Werner.
-¿Qué es lo que quiere saber, Joe? -Bargel volvió a mirarle con atención-. ¿Le preocupa que vuelva a suceder? ¿Que un partido político como el nazi se haga de nuevo con el poder? ¿Es eso?
-Si no recuerdo mal, los nazis tenían menos de cinco mil partidarios cuando Hitler dirigió élputsch de la cervecería en 1923. Y cuando empezaron la campaña para ocupar la cancillería de Alemania, el partido nazi no llegaba al cuarto de millón de afiliados.
-Nunca se volverá a repetir, Joe -afirmó Bargel, exaltado-. Está estipulado, política y legalmente, en nuestra constitución. ¿No me diga que no lo sabe? Sólo los partidos que aceptan la constitución son admitidos en el sistema político. Ésta es la razón por la que en el pasado se prohibió la participación de los comunistas y los neo nazis. Y después está la barrera del cinco por ciento, lo que significa que cualquier partido que obtenga menos del cinco por ciento de los votos en unos comicios no puede entrar en el Bundestag, cosa que excluye a los extremistas e independientes de nuestro parlamento. Pero además hay otra cosa, la gente de nuestro país sabe lo que se hace. Alemania nunca toleraría otro partido nazi ni nada que se le pareciera.
"Claro que tenemos un problema con los neo nazis. Basta una manifestación de estos extremistas por las calles de una ciudad alemana para que los diarios de todo el mundo anuncien la llegada del Cuarto Reich. Pero en Alemania, estos grupos nunca han tenido mucho apoyo. Y los que les siguen son chiflados y marginados. No hay gente honrada entre ellos. Los cabezas rapadas que golpean a los inmigrantes y profanan los cementerios judíos no están organizados. Son marginados. Y los que sí lo están, son grupos pequeños y los tenemos bastante controlados.
-Pero no me negará que hay puntos de coincidencia, Werner -insistió Volkmann-. Los disturbios callejeros. Los ataques a los inmigrantes; ahora ya no hay judíos. La petición de que se expulse a los extranjeros. Los mismos problemas económicos y sociales que se produjeron en el pasado cuando los nazis subieron al poder.
-Desde luego, se pueden trazar paralelismos en cualquier situación -replicó Bargel-. Pero, ¿otro partido nazi en el poder, Joe? No es posible. Alemania no lo permitiría y ahora usted dirá que los alemanes ya lo permitieron en el treinta y tres; pero aquello fue otra cosa. Entonces Alemania era diferente. Las circunstancias pueden parecer las mismas, y en algunas cosas se asemejan, pero en el fondo son distintas. Además, nos lo recuerdan cada día; en la televisión, en la prensa. Nos recuerdan los pecados cometidos en nuestro nombre, y la inmensa mayoría no desea repetirlos. -Bargel sacudió la cabeza con energía-. Para que otro partido nazi llegue alguna vez al poder en Alemania, Joe, tendría que ser impuesto a los alemanes como un hecho consumado. Y eso es algo que no puedo llegar a imaginar. Admito que hay problemas, y a veces las cosas parecen ir a peor. Pero se resolverán, créame.
-¿Cómo?
-¿Sabe quién es Konrad Weber?
-¿El vicecanciller? Desde luego.
-También es el ministro del Interior, responsable de la seguridad federal. Es un buen hombre, Joe. Duro, conservador, pero responsable. Weber ya ha prohibido algunos de los grupos más radicales. Y últimamente se ocupa cada vez más de las actividades extremistas. Dice que es inaceptable. Entre usted y yo, he oído decir que piensa introducir algunos cambios en las leyes, que les pararán los pies a esa gente.

-¿Qué piensa hacer?
-Aunque lo supiera no se lo podría decir, Joe. -Bargel sonrió-. Pero mis contactos en el Ministerio del Interior dicen que Weber hará chasquear el látigo y pondrá las cosas en su sitio de una vez por todas.
-¿Cuándo será eso?
-La gente de Weber insinúa que quiere una reunión especial del Gabinete. -Bargel volvió a sonreír-. Será pronto, pero no le puedo decir nada más. -Habían llegado al hotel y Bargel le entregó el sobre con los informes y los expedientes-. ¿Destruirá las copias cuando acabe con ellas?
-Desde luego.
-Si necesita alguna cosa más, no dude en llamarme. -Bargel le estrechó la mano.
-Gracias, Werner.
Cuando estaba a punto de irse, Bargel le tocó el brazo y le miró con mucha atención.
-Y no lo olvide, Joe, si surge alguna cosa que me concierna, avíseme.
Volkmann leyó los informes en la habitación del hotel. No había casi nada nuevo en el expediente de Winter, excepto que le habían criado en un orfanato católico cerca de Baden-Baden, pero no se mencionaba el pasado de sus padres. A juzgar por sus antecedentes, Winter era la típica persona solitaria que necesitaba sumarse a una causa. Había además un informe de hace tres años que revelaba su participación en una marcha ultraderechista en Leipzig en la que dos policías resultaron heridos de gravedad. Pero no había ninguna otra prueba de su vinculación con dichos grupos. El expediente de Kesser era muy corto: contaba con una fotografía de medio cuerpo: era un joven apuesto de pelo rubio y pómulos altos. Se había graduado en la Universidad de Munich el mismo año que Winter, y, antes de pasar a un banco comercial en Nu-remberg, haba trabajado como programador en un instituto de investigación gubernamental no especificado. Volkmann supuso que el instituto en cuestión debía de ser algún organismo militar.
No se hacía ninguna mención de su pertenencia a organizaciones de extrema derecha y, en la actualidad, vivía en la Leopoldstrasse, en el barrio muniqués de Swabbing. Tampoco decía nada de su actual empleo. Volkmann pensó que tal parquedad sólo se debía a la vinculación de Kesser con la investigación militar, y a que, sin duda, el expediente estaba clasificado.
En el informe mensual que había incluido Werner, se mencionaba que el aumento de los incidentes y ataques de la extrema derecha ascendía a un dieciocho por ciento, y en el preliminar del mes en curso, se estimaba otro incremento del tres por ciento, pero dejaba constancia de que estos incrementos estaban relacionados con el desempleo estacional. Se mencionaban unos cuantos incidentes, incluido un ataque llevado a cabo por extremistas de derecha a un edificio de apartamentos en Hamburgo, hacía sólo cuatro días, en el que habían resultado heridos dos turcos. En Leipzig, los neo nazis habían atacado y apuñalado a dos inmigrantes asiáticos. Otros dos episodios más habían sido protagonizados por bandas de inmigrantes: ataques contra conocidos militantes de la ultraderecha. En Rostok, un inmigrante griego había lanzado un cóctel Molotov contra un bar frecuentado por neo nazis; y en el Barrio Chino de Hamburgo, un grupo de asiáticos se había enfrentado con una banda de cabezas rapadas que provocaban disturbios. Al final, el informe citaba que se esperaban nuevos incidentes durante los próximos meses, y que habían aparecido dos nuevos grupos neo nazis: uno en Regensburg y el otro en Cottbus, cerca de la frontera polaca.
Cuando acabó la lectura, Volkmann guardó los expedientes y los informes en el sobre y se sirvió una copa de whisky del minibar. Abrió la ventana, y a pesar del frío, salió al balcón; se preguntó qué estaba haciendo Érica en aquel momento. En la penumbra que se extendía por el paisaje invernal del Tiergarten (zoo), divisó la puerta de Bran-deburgo, iluminada por las luces amarillas, y la estatua alada de la columna de la Victoria con tantos focos apuntando hacia ella, que se podía ver desde kilómetros de distancia.
Recordó las imágenes transmitidas a todo el mundo la noche que derribaron el Muro, y las alegres multitudes que agitaban los colores de la República Federal; los jóvenes subidos en lo alto de la puerta de Brande-burgo en un ataque de ferviente nacionalismo; las expresiones de entusiasmo y decisión que había visto aquella noche en el televisor de su apartamento en Charlottenburg; las voces apasionadas entonando el Deutschland, Deutschland über Alles, y entonces se preguntó si el carácter de una nación podía cambiar radicalmente en cincuenta años.

Le distrajo el rugido distante de un león en el zoo y, mientras cerraba la ventana, echó una última mirada a la puerta de Brandeburgo y al edificio del Reichstag, que parecían estar muy juntos en la distancia, con sus columnatas y fachadas de granito iluminadas por los reflectores amarillos. Después se fue a la cama.

En Munich hacía muchísimo frío. Eran casi las diez cuando el agente de la Landesamt que le había recibido en el aeropuerto, detuvo el coche delante del domicilio de Winter en Haidhausen. Era un edificio modesto; el apartamento se hallaba en el segundo piso.

El hombre abrió la puerta, le entregó la llave y le dijo que esperaría en el coche hasta que hubiera terminado. El apartamento olía a cerrado y un montón de arañas se habían afincado en el rosetón del techo. Constaba de tres habitaciones: dormitorio, baño y cocina. Había una colección de discos apilada junto a la cama y un aparato de alta fidelidad sobre una mesa. La mayoría eran de baladas alemanas, y algunos de música de bandas.

La cocina, diminuta, estaba sucia; en el armario que había encima de la pila encontró dos latas de cerveza holandesa sin abrir y tres botellas de whisky vacías. Un infiernillo eléctrico y un montón de cubiertos sin lavar en el escurridor. En un estante había varias latas de carne en conserva. El cubo de la basura estaba vacío, pero todo y así apestaba a comida rancia. Una película de grasa cubría todas las superficies y era obvio que Winter no había sido muy aficionado a la cocina.

Sobre la cama colgaban dos estantes que hacían las veces de librería. La cama estaba deshecha, y Volkmann supuso que la policía había revisado el lugar a fondo.

Entre los libros vio unas cuantas obras de Spengler y un ejemplar muy manoseado de Mein Kampf, en la edición de Zentner, una lectura obligada para los estudiantes de historia alemanes como Winter; el resto sólo eran noveluchas. No había fotos en los estantes ni dedicatorias en ninguno de los libros.

Durante el trayecto desde el aeropuerto, el agente de la Landesamt le había comentado que tras el asesinato de Winter habían recibido la orden de registrar el apartamento pero que, al parecer, alguien se les había adelantado y llevado la mayoría de sus pertenencias; los cajones del escritorio estaban vacíos. Había sido un trabajo profesional; la policía no encontró nada de interés y no perdieron el tiempo buscando huellas dactilares.

Volkmann dedicó media hora a la misma tarea. Después cerró la puerta, bajó a la calle y se reunió con el agente de la Landesamt. Había reservado una habitación en el Penta, en la Hochstrasse, y en cuanto llegó al hotel llamó a Ivan Molke al teléfono que le había dado Bargel.

La hermana de Molke atendió la llamada. Le dijo que Juan se encontraba en Viena por asuntos de trabajo y que no volvería hasta última hora de la tarde. Volkmann le dio las gracias y le aseguró que llamaría a la noche.

Se duchó, deshizo la maleta y telefoneó a la oficina de Hertz en la Hochstrasse, para alquilar un coche.

Era mediodía cuando aparcó el Opel en la parte de detrás de la casa donde vivía Lothar Kesser; se dirigió a pie hasta la puerta. El edificio en la Leopoldstrasse, en el barrio de Swabbing, era muy elegante. El nombre de Kesser figuraba en los timbres del portero automático.

Comenzó a llover mientras caminaba calle abajo. Encontró una papelería en una galería comercial a la vuelta de la esquina y compró un tablero de plástico y un bloc de notas grande. Después regresó a la casa, anotó en el bloc los nombres de todos los vecinos que figuraban en el portero automático, y, a continuación, los apretó todos excepto el de Kesser. Mientras en el interfono sonaban una multitud de voces, alguien apretó el timbre y la puerta se abrió. Un vecino que esperaba visitas. En cuanto entró en el vestíbulo, apareció una mujer mayor que le miró recelosa. Volkmann le mostró el bloc de notas al tiempo que sonreía.

-Me manda el administrador. Un problema con las cañerías.

La mujer asintió y volvió a entrar en su apartamento.

Subió las escaleras hasta el segundo piso, llamó varias veces a la puerta de Kesser y cuando vio que nadie contestaba sacó un cortaplumas del bolsillo para forzar la cerradura. Le costó menos de lo que pensaba. Entró y cerró la puerta.

El piso de un solo dormitorio estaba limpio y muy bien amueblado. En un rincón había un televisor y un vídeo y un poco más allá, un equipo de alta fidelidad, de los caros.

Primero registró el dormitorio. Inspeccionó a fondo los armarios roperos con puertas de espejo. Encontró una maleta con ropas viejas y un par de botas de montaña muy usadas. En el zapatero había una media docena de pares de zapatos de hombre y de mujer, y un montón de discos viejos guardados en bolsas de plástico. Música militar y la colección completa de óperas de Wagner. Uno de los cajones estaba lleno con ropas de bebé envueltas en celofán. Miró debajo del colchón y de la cama, y después en la cocina y el baño.
Dejó la sala de estar para el final. En la repisa de la ventana había una foto de Kesser en compañía de una muchacha rubia y muy guapa. La mayoría de los libros de las estanterías eran de informática. Volkmann encontró un ejemplar del libro de códigos de señales del Bundeswher con el sello de "Geheim", secreto, en la portada, y unos cuantos sobre ADA, el lenguaje de programación militar. Encontró también un álbum con fotografías de su época estudiantil, y vio que en una de ellas aparecían Kesser y Winter juntos en una cervecería. Los jóvenes sonreían a la cámara.
Al pasar otra vez las hojas del álbum descubrió la foto de un hombre mayor que se parecía un poco a Kesser. Era una instantánea en blanco y negro tomada hacía mucho tiempo. El hombre que posaba junto a un tanque ruso incendiado, vestía el uniforme de general de la Leibstan-darte SS. Parecía un poco joven para ser general y había una dedicatoria al pie: "Para Hildegard con amor. Manfred. Octubre 1943."
En una de las páginas había otra foto del mismo hombre, pero esta vez en color. En ésta todavía se veía mayor; estaba sentado delante de una casa en algún lugar de las montañas, con un niño en las rodillas. Volkmann adivinó, por el parecido, que el niño no era otro que Lothar Kesser. Había una fecha escrita en la esquina inferior derecha del papel: 4 de abril de 1977.
Oyó el ruido de un coche que entraba en el aparcamiento. Volkmann cerró el álbum y lo dejó en la estantería. Se acercó a la ventana. Un joven cerraba la puerta de un Volkswagen gris al tiempo que por la del acompañante se apeaba una chica rubia de unos veinte años. La mujer estaba embarazada. Volkmann reconoció a Kesser y a la muchacha por la foto de la ventana.
Tomó nota del teléfono, salió al vestíbulo y cerró la puerta. Se cruzó con Kesser y la joven en el rellano del primer piso. La pareja, cargada con las bolsas de la compra, no le prestó la menor atención. La muchacha era mucho más bonita al natural y Volkmann advirtió que ninguno de los dos llevaba el anillo de casados.
En el aparcamiento anotó el número de matrícula del coche de Kesser, y al cabo de cinco minutos emprendió el regreso a su hotel.
Se sirvió un whisky del minibar y se acercó a la ventana para contemplar cómo llovía. El cielo estaba encapotado. Mientras miraba a la calle, azotada por la lluvia, pensó en la foto del hombre uniformado. Quizás el general de la Leibstandarte SS era el padre de Kesser, de hecho se parecían mucho. Se acabó la copa, se desvistió y se metió en la cama.
Durmió hasta las seis. Después de cenar llamó a Ivan Molke.

37
Munich

Tardó una hora en ir a pie hasta el Viktualienmarket y otros diez en encontrar la cervecería. Cuando entró, todas las mesas y sillas estaban ocupadas; en el bar, muy caldeado, vio a un grupo de jóvenes que cantaban en un rincón. Casi había olvidado que faltaba menos de una semana para Navidad. En ese instante reconoció a Ivan Molke sentado solo al final de la barra, con la cabeza inclinada sobre una jarra de cerveza. Había envejecido, tenía canas en las sienes, y vestía un traje gris en lugar de las prendas deportivas que tanto le gustaban. Reconoció a Volkmann de inmediato y le llamó con un ademán.
-Me alegra verte, Joe -dijo Molke, mientras le daba un fuerte apretón de manos. Sonreír le rejuvenecía-. Hay un cuarto en la parte de atrás donde podemos hablar.
Pidió una cerveza para Volkmann y en cuanto se la sirvieron, le guió hasta allí. Dos mesas de caballete unidas por los extremos, bancos de pino, y vigas de roble oscuro en el techo daban al cuarto un aire típico. De una de las paredes colgaba un cartel de Baviera y el aire olía un poco a moho. Molke le explicó

que el dueño era amigo suyo y que allí estarían mejor y podían hablar a sus anchas. Se sentaron uno frente al otro.
-Me enteré de lo de tu padre, Joe. Lo siento. -Molke hizo una pausa mientras Volkmann asentía, y después añadió-: Cuando recibí tu llamada ya me imaginé que no se trataba de una simple visita de cortesía. Así que explícame de qué se trata.
-Necesito tu ayuda, Ivan.
-¿Tiene algo que ver con la DSE?
-Sí. ¿Todavía estás en activo?
-Ya sabes lo que dicen -respondió Molke, con una media sonrisa-. Una vez dentro, ya no sales. Me retiré oficialmente hace dos años y vine al sur. Pero supongo que eso ya lo sabes. -Molke bebió un trago-. Trabajo para una agencia en la ciudad. Contraespionaje industrial. No es tan emocionante como los viejos tiempos en Berlín, pero ayuda a pagar las cuentas.
-¿Pero todavía estás dentro?
-El Ministerio del Interior me requiere como consultor una o dos veces al año. -Molke hizo una pausa-. ¿ Quién te dio mi número de teléfono?
-Werner Bargel.
-Bueno, dime ¿de qué va, Joe?
Volkmann tardó casi quince minutos en relatarle toda la historia. Cuando acabó, le mostró la fotografía en blanco y negro de la mujer que habían encontrado en el Chaco. Molke la observó con el entrecejo fruncido y se la devolvió.
-Interesante. Pero ¿cuál es la relación entre el pasado y el presente? ¿Entre Suramérica y Alemania?
-Eso es lo que quiero averiguar, Ivan. Por eso necesito tu ayuda.
-¿Has podido saber quiénes la joven de la foto?
-No he tenido suerte, Ivan. -Volkmann sacudió la cabeza-. Además, ha pasado tanto tiempo... Quizá la muchacha no fuera nadie importante, a lo mejor ni siquiera tenía relación con Schmeltz. Pero tal vez el hombre de la foto sea una pista.
-Hace cosa de unos veinte años -dijo Molke, después de pensar unos instantes-, cuando Willy Brandt se puso duro respecto a los organismos alemanes responsables de buscar a los nazis perseguidos, utilizaron a unos cuantos expertos para comprobar las identidades a través de las fotos. Aquella gente eran casi todos académicos especializados en el período nazi, y unos cuantos ex nazis. Puedo preguntar, si te interesa. Si la joven realmente era alguien importante, quizá puedan ayudarte a identificarla.
-Gracias, Ivan.
-No cantes victoria, pero no se pierde nada por intentarlo. -Molke sonrió-. Ese tipo, el tal Kesser, al que le registraste el apartamento. ¿ Qué piensas hacer?
-Quiero que le sigas durante unos días. Quizá descubramos algo. Si estás de acuerdo, me ocuparé de que te paguen la tarifa de consultor.
-Somos viejos amigos, Joe. -Molke sonrió mientras rechazaba la oferta con un gesto-. Digamos que es un favor. ¿ Cuándo quieres que empiece?
-Esta noche, si te va bien.
-De acuerdo. -Molke consultó su reloj-. Pero tengo que cancelar una cita. No es nada especial, sólo un viejo amigo. Si nos retrasamos puedo llamar a la oficina por la mañana. -Se puso de pie-. Venga. Es mejor que le llame cuanto antes. ¿Dónde te alojas?
-Estoy en el Penta. Habitación uno-dos-ocho.
-Nos encontraremos allí dentro de una hora.
-Te lo agradezco, Ivan.
-Ningún problema, Joe. ¿Quieres usar dos coches o uno?
-Dos.
-Traeré un par de radiotransmisores y así nos podremos comunicar. Son de largo alcance. Un último modelo. -Volkmann asintió-. Voy a llamar.
Eran las ocho y media cuando aparcaron los coches detrás de la casa de Kesser; desandaron el camino. Había dejado de llover. El apartamento de Kesser estaba iluminado y el Volkswagen estacionado en el aparcamiento.

Una vez más fueron hasta la esquina, subieron al BMW verde de Molke y dieron la vuelta a la manzana para aparcar al otro lado de la calle, junto al parque desde donde podían ver el apartamento. Molke le dio uno de los radiotransmisores y Volkmann le mostró la foto de Kesser. Permanecieron en el BMW hasta pasada la medianoche. Cuando se apagaron las luces de la sala, decidieron dar por acabada la vigilancia, para volver a reunirse en el parque a las cinco y media de la madrugada.
Volkmann durmió hasta las cinco. Después se dio una ducha y se afeitó. Llegó al parque al cabo de media hora: todavía era de noche, pero allí estaba el BMW de Molke . En la sala de Kesser había luz y Volkmann alcanzó a ver una sombra que se movía por la habitación. Entró en el coche.
-La luz se ha encendido hace diez minutos -le informó Molke-, en el momento mismo en que he llegado aquí. Al parecer, se prepara para salir. ¿Quieres seguirle tú primero?
-¿ Y por qué no ?
-No te olvides de mantener la radio abierta. Cambiaremos de coche cada diez minutos. A esta hora hay muy poco tráfico.
-De acuerdo, Ivan. -Volkmann abrió la puerta y se apeó.
-Esperemos que a Kesser no se le ocurra salir a trotar por el parque -comentó Molke, con una sonrisa-. Me cabrearía muchísimo haber tenido que levantarme a estas horas para nada.
Volkmann le respondió con otra sonrisa y se fue a buscar su coche.
Kesser salió del apartamento media hora más tarde vestido con un anorak azul y cargado con un maletín. Llovía a cántaros. Cuando el Volkswagen salió del aparcamiento, Volkmann le dio una ventaja de cincuenta metros. Después, arrancó el coche y por el retrovisor vio las luces del BMW de Molke.
Quince minutos más tarde, el Volkswagen entró en un área de servicio de la autopista de circunvalación de Munich, y Kesser dedicó media hora a desayunar y a leer el periódico antes de poner gasolina y tomar la carretera hacia el sur, en dirección a Bad Tolz.
A las siete y media de la mañana el tráfico era denso. Apenas había transcurrido una hora cuando Kesser abandonó la carretera de Tergen See y el Volkswagen comenzó a subir las montañas. La circulación aquí era más fluida, y en vanas ocasiones, Molke y Volkmann se vieron obligados a aminorar la marcha. Entonces vieron que el Volkswagen gris se desviaba a la derecha y se metía por un camino de montaña empinado y angosto.
Volkmann detuvo el coche a unos cien metros de distancia. A lo lejos pudo ver el cartel avisando de que se trataba de una propiedad privada. El agente de la DSE miró hacia arriba y vio un risco muy pronunciado, con la cumbre cubierta de nieve, que sobresalía entre un espeso pinar. Unas nubes de lluvia amenazaban con taparlo.
Molke aparcó el BMW, fue a sentarse en el Opel de Volkmann, limpió el parabrisas empañado y miró las laderas cubiertas de pinos.
-¿Qué opinas, Joe? ¿Quieres arriesgarte a seguirle?
-¿Sabes cómo se llama esta montaña? -le preguntó Volkmann.
-Según el cartel que he visto un kilómetro más atrás, el Kaalberg está por este lado. -Molke sonrió-. Tiene que haber algo en esta montaña para que Kesser haya recorrido todo este camino. ¿Quieres jugar al turista perdido? En la última ciudad por la que pasamos había una tienda de caza. Puedo ir y comprar bastones e impermeables. Un poco de ejercicio no nos vendría mal.
-Claro, ¿por qué no?
Molke sonrió mientras bajaba del Opel en medio de la llovizna.
-Si aparece Kesser, avísame. Volveré lo antes que pueda.
Volkmann aparcó el Opel en un área de descanso, unos cincuenta metros más adelante. A la derecha tenía el bosque de pinos que cubría la ladera, y más abajo un valle muy arbolado. A lo lejos, entre la cortina de lluvia apenas se veían las pintorescas casas de madera de un pueblo tirolés.
Una hora más tarde, mientras se fumaba un cigarrillo y escuchaba la radio, vio que se acercaba el BMW verde. Ivan Molke aparcó y se bajó cargado con dos grandes bastones de montaña y dos capas impermeables verde oliva. Antes de reunirse con Volkmann sacó unos prismáticos Zeiss del maletero del coche.
Decidieron mantenerse apartados del camino de tierra que había tomado Kesser y treparon entre los pinos. Había nieve en los claros y en ese momento ya casi no llovía. Las dos veces que cruzaron el

camino, vieron que estaba cubierto por una capa de cantos rodados. Habían recorrido un centenar de metros, cuando Molke le tocó el brazo y le indicó que mirara a través de los árboles.
Con la ayuda de los prismáticos, Volkmann pudo ver una garita de madera y a dos hombres en el interior. A la derecha, una barrera metálica de color gris cerraba el paso por el camino. Los dos hombres vestían de paisano y llevaban las Hecklers y Kochs cruzadas sobre el pecho. Uno de los guardias fumaba un cigarrillo. El camino se perdía en el bosque.
Más allá de los árboles sobresalía el tejado de pizarra típico de una Berghaus, pero no alcanzaban a ver toda la casa porque se lo impedían las nubes bajas. A Volkmann le pareció distinguir un balcón en la parte de atrás, y un poco más allá, el techo de un edificio grande de hormigón o metal, de unos veinte metros cuadrados, aunque era difícil precisar las medidas desde esa distancia. A la derecha había dos viejos graneros de madera con los techos inclinados.
Tardaron quince minutos en regresar a los coches. Se sentaron en el BMW, Molke encendió dos cigarrillos y le pasó uno a Volkmann.
-¿Qué piensas, Joe?
-No lo sé. ¿El Gobierno tiene alguna instalación secreta en esta parte de Alemania?
-¿Por qué lo preguntas?
-Kesser trabajó en un centro de investigación del Gobierno hará cosa de unos dos años. Además, los tipos de la garita no llevan uniformes pero van armados con Hecklers y Kochs.
-Hay un par de sitios secretos en Baviera. Pero no sabría decir dónde. ¿Quieres que lo averigüe?
-Con discreción, Ivan -contestó Volkmann, y tras reflexionar unos instantes, prosiguió-. No quiero que Berlín o Londres se le echen encima a Ferguson por no decir nada.
-Está bien, lo averiguaré. Si se pone feo, me retiraré sin hacer ruido. ¿ Qué, nos vamos ?
-Sí -respondió el agente-, pero quiero mantener vigilado a Kesser durante un par de días más. Llevar un control de sus movimientos. Saber con quién habla, a quién visita.
-¿Quieres que me encargue?
-Te lo agradecería mucho. Pero ya sabes, siempre con mucha discreción. De lo contrarío, me veré obligado a llamar a los míos y eso puede causar problemas con la delegación alemana. Si los tenemos que poner al corriente, perderemos días.
-No te preocupes -dijo Molke-. Conseguiré a un par de hombres de mi agencia. ¿Quieres que le pinchemos el teléfono?
-¿Crees que podrás hacerlo?
-Si su chica se ausenta de casa el tiempo suficiente, se puede intentar. -Molke se encogió de hombros.
-Avisa a los tuyos de que vayan con cuidado. Kesser puede ir armado. ¿Te puedo llamar a tu casa?
-Desde luego. Si no estoy deja el mensaje. Comenzaré la vigilancia esta misma noche.
Volkmann dejó el hotel, devolvió el coche a la agencia y dos horas más tarde dejaron la Brienner Strasse, para girar a la derecha en dirección al aeropuerto. Al pasar por delante del cartel de la Dachauer Strasse, un autocar de turistas tomó la carretera que llevaba al conocido campo de concentración.
Después de la guerra, el Gobierno alemán había conservado el viejo campo de Dachau, que se hallaba a unos dos kilómetros al norte de Munich. En la actualidad era un lugar visitado por los turistas y los curiosos, que venían a ver uno de los pocos legados del nazismo salvados para la posterioridad. Volkmann lo había visitado en una ocasión, cuando finalizó el último curso en Cambridge; había estado en la infame Appellplatz donde su padre había formado de pie en las heladas mañanas de invierno, esperando que pasaran lista a las cinco de la mañana; y había contemplado las alambradas de espino, las torretas de vigilancia, la cámara de gas y los hornos crematorios: los recuerdos trágicos y tangibles de aquella pesadilla.
A través de las ventanillas del autocar, empañadas por la lluvia, pudo ver los rostros de los pasajeros. Caras jóvenes apoyadas contra los cristales. Algunos llevaban el yarmulka judío, y un cartel anunciaba que eran un grupo de estudiantes de la Universidad de Tel Aviv. Cuando adelantaron al autocar, Volkmann vio la expresión seria en el rostro de Ivan Molke, pero ninguno de los dos habló.
Eran casi las siete cuando llegó a Estrasburgo. Se dirigió directamente a la oficina y. vio que sobre su mesa no había ningún mensaje. Tampoco estaban Peters ni Ferguson. Junto a la máquina de café, Jan de

Vries conversaba con dos agentes italianos de servicio. Se detuvo a hablar con ellos unos diez minutos y, después de llamar a Érica, se marchó a casa. La joven se alegró de verle y Volkmann comprendió que le había echado de menos en las últimas cuarenta y ocho horas. Reservó una mesa en un restaurante en Petite France y, mientras cenaban, Érica le preguntó qué había hecho en los últimos dos días. Volkmann no entró en detalles y tampoco le contó lo de Kesser, sólo que había conseguido más información sobre él y Winter, pero que, por ahora, era materia reservada. Érica no le hizo preguntas ni quiso saber cuál era la información, aunque él vio la curiosidad en sus ojos.

Después de cenar pasearon por la Petite France. El casco antiguo estaba desierto, con sus estrechas callejuelas y las bonitas casas de época; Volkmann se detuvo ante una de las esclusas del río a contemplar el agua. Era consciente de que ella le miraba y cuando se volvió advirtió que la mirada de sus ojos azules se detenía en su rostro.

Antes de que pudiera hablar, Érica se acercó y le besó suavemente en la mejilla. Volkmann olió su perfume y ella le tomó del brazo. Entonces emprendieron el camino de regreso a casa por las calles vacías. El agente miró un par de veces por encima del hombro, pero no vio que nadie les siguiera.

38

Ciudad de México

21 de diciembre, 00.10 horas

Hacía calor en la sala de interrogatorios en el sótano. La atmósfera estaba cargada de tensión. Tensión y frustración.

Las paredes grises reflejaban la luz de los focos y González rechinaba los dientes mientras miraba al brasileño, Ernesto Brandt, sentado al otro lado de la mesa. El hombre tenía el hombro y el brazo izquierdo vendados, llevaba un cabestrillo para aguantar el brazo, y parecía estar dolorido. En el hospital le habían curado las heridas y le habían suministrado un calmante, pero de eso hacía horas y los efectos de la droga prácticamente se habían agotado. Brandt estaba pálido y de vez en cuando se movía en la silla con una mueca de dolor.

A González le había atendido un enfermero en la casa de Chapul-tepec; le había dado un par de pildoras amarillas y le había recomendado que viera a un médico con urgencia.

El dolor en el brazo del inspector jefe era como un latido sordo, pero el doctor tendría que esperar. Tenía muchas cosas que hacer y muy poco tiempo. Miró al brasileño.

El hombre tenía el pelo castaño y usaba unas gafas de montura metálica y cristales muy gruesos. Una frente muy amplia le daba el aspecto de un profesor o un científico. Permanecía impasible, excepto cuando hacía una mueca de dolor, pero no había emitido ni una palabra durante el interrogatorio, que ya duraba tres horas.

González había encargado el trabajo a sus dos mejores interrogadores. Llevaban poco más de una hora interrogándole cuando se presentó el inspector jefe. González consultó su reloj. Las doce tocadas. El intérprete, un joven con gafas, se encontraba presente en la sala, aunque su presencia era una pérdida de tiempo porque Brandt no abría la boca.

Le habían leído sus derechos en portugués. González hablaba un poco de portugués; no mucho, pero lo suficiente para pasar, lo suficiente como para hacerse entender. Brandt no tendría un abogado hasta que hablara. No le daría comida, ni agua, ni calmantes. Nada. Una medida extrema porque ésta era una situación extrema. Pero pasaban las horas y era como hablar con una pared. Cuando entró en la sala, después de hablar con el jefe de policía (una discusión acalorada que había dejado a González furioso y agotado) Brandt ya había sido interrogado por dos de sus mejores agentes a través del intérprete.

González habló durante unos minutos con uno de los interrogadores antes de entrar en la sala. Llamó al hombre al vestíbulo, y no pasó por alto la expresión frustrada del interrogador.

-Es como hablar conmigo mismo -le comentó el agente.

-¿ Qué ha podido averiguar?

-Se llama Ernesto Brandt.

-¿Él se lo dijo?

-No nos ha dicho nada. -El agente sacudió la cabeza-. No ha dicho ni una palabra. Sólo está sentado en la silla. Cuando le registramos, tenía en su poder una tarjeta-llave del hotel Conrad. Mandé a un agente para que revisara la habitación.
-¿Y?
-Nuestro amigo mudo llegó hace dos días en un vuelo de Río de Janeiro. En el equipaje sólo encontramos sus pertenencias personales. Pero también había un pasaporte brasileño a nombre de Ernesto Brandt con la fotografía de nuestro amigo. Cincuenta años de edad, nacido en Río. El pasaporte parece auténtico.
-¿Lo habéis comprobado con la embajada? -preguntó González.
-Pedirán informes a Brasilia -contestó el agente-. Han dicho que nos avisarán en cuanto tengan la respuesta.
González suspiró. El agente le preguntó si habían dado algún resultado los controles en las carreteras. El inspector jefe le respondió con un movimiento de cabeza. No habían tenido suerte, pero es que tampoco sabían qué buscaban. Una desventaja muy grande en una ciudad de veinte millones. Brandt sabía cuántas y quiénes eran las personas que habían estado en la casa, y el tipo de coche utilizado en la fuga por el o los asesinos de Sánchez. Las únicas personas identificadas eran Lieber (que tenía el pasaporte falso a nombre de Monck) y los dos criados.
El segundo criado, el que había sobrevivido, no había podido decirles nada. Por los documentos en el billetero se enteraron que trabajaba en una empresa de hostelería de la que Halder era cliente. Pero el criado sufría una conmoción grave. Sólo hacía dos meses que le habían dado el alta en una clínica psiquiátrica después de una depresión nerviosa. Tras el tiroteo, el hombre se había tomado ciento cincuenta gramos de Tranxilium y veinte de Valium. Un cóctel de sedantes. Ahora murmuraba de forma incoherente, en estado casi catatónico, en la unidad psiquiátrica del hospital Valparaíso en la calle Ciudad. Un zombi.
El psiquiatra que le atendía dijo que quizá dentro de unas venticuatro horas la policía podría hablar con él, pero de momento las drogas mandaban. "Sería como hablar con una pared", afirmó el doctor. El tiroteo, la sangre y los cadáveres le habían desquiciado. Un agente permanecía junto al lecho del criado, en previsión de que dijera algo coherente. Aunque era poco probable, al menos durante muchas horas. Precisamente lo que González no tenía: tiempo.
Se había enterado de que el viejo Halder no estaba muerto cuando acabó el tiroteo. Había sufrido un ataque de corazón y había muerto en el momento que lo cargaban en la ambulancia, igual que Juárez. Quizá les hubiera podido decir alguna cosa, darles una pista.
El agente le señaló la sala de interrogatorios y le preguntó:
-¿Quiere probar con Brandt? En mi opinión tendrá más suerte con uno de los monos del zoo. El tipo tiene los labios cosidos.
-Deje que hable con él y ya veremos -respondió González, ceñudo.
Brandt le observó cuando entró en la sala. Le miró sin decir nada. El inspector jefe sintió que la cólera le ahogaba. Tuvo ganas de machacarle, hacerle cantar a puñetazos. Juárez muerto. Cavales muerto. Sánchez muerto. Y once más. Catorce cadáveres. Una carnicería.
Sin embargo, este hombre no hablaba. Ninguna señal de miedo en la expresión. Calmado. Controlado, a pesar del dolor. El bombardeo de preguntas, las amenazas, los puñetazos en la mesa, no habían servido de nada.
-¿Su nombre? -preguntó González.
Silencio.
-¿Qué hacía en la casa?
Brandt continuó con la mirada fija en la pared más lejana. González rechinó los dientes.
-Dígame los nombres de los hombres que estaban con usted en la casa.
Brandt no reaccionó.
-¡Hable!
Brandt se pasó la lengua por el labio superior, pero mantuvo la mirada fija, sin pestañear.

González respiró con fuerza, soltó el aire. El mutismo del hombre le sacaba de sus casillas. Tenía ganas de emprenderla a puñetazos, de destrozarle la cara con los puños. Quería gritar de rabia, pero se contuvo.
-Se lo digo por última vez -le advirtió el inspector jefe-. De usted depende cómo le vayan las cosas. Los cargos en su contra son graves. Complicidad en el asesinato de seis agentes de policía. Resistencia a la autoridad. Intento de fuga de la escena de los crímenes. Podría seguir pero estoy a punto de perder la paciencia. ¿Se ha dado cuenta? -González dio un puñetazo en la mesa-. ¡Así que hable! ¿Por qué estaba en la casa? ¿Quiénes eran los hombres que esperaban a Lieber? -Silencio-. ¡Hable! -Brandt continuó impertérrito, sin responder. González se dejó llevar por la furia-. ¡Maldito cabrón! ¡Hable! ¿Me escucha? ¡Hable!
Brandt no contestó.
González extendió una mano, arrancó a Brandt de la silla cogiéndole por la solapa del lado del brazo herido al tiempo que cerraba el puño y echaba hacia atrás el brazo. Por una vez, Brandt reaccionó. Soltó un aullido de dolor. González descargó el puñetazo pero lo frenó a un milímetro de la cara del hombre. González suspiró, frustrado. Este comportamiento no era el adecuado, se había dejado llevar por la cólera. Por el rabillo del ojo, vio que los agentes y el intérprete le miraban boquiabiertos. Poco a poco, soltó la solapa del brasileño.
El rostro de Brandt se contrajo en una expresión de dolor. Miró a González mientras se acomodaba en la silla, pero permaneció en silencio. No parecía tener miedo, aunque ahora se le veía un tanto inquieto. Por un momento, se había visto con la cara destrozada.
González dio un paso atrás. Apretó las mandíbulas, y tenía el rostro y la camisa empapados de sudor. En todos sus años en la policía, nunca se había encontrado con nadie tan testarudo. Hasta los criminales más empedernidos acababan por hablar. Se veía en sus actitudes; al principio se hacían los duros, pero siempre tenían miedo; la expresión en sus ojos avisaba que acabarían hablando; quizá no entonces, pero sí más tarde, en algún momento. En cambio, con Brandt era como hablar con una pared. Con una voz más controlada y serena, González volvió a encararse con el detenido.
-Quiero que me escuche, Brandt, o como cono quiera que se llame. Escúcheme bien. Han muerto catorce personas. Unas cuantas eran policías, amigos míos. Buenos amigos. Hombres decentes. Hombres buenos. -González respiró con fuerza y soltó el aire poco a poco antes de añadir-: Los cargos son muy graves. Pero si colabora y me dice los nombres, las descripciones, el número de personas en la casa, cualquier cosa, por insignificante que sea, le prometo que su ayuda será considerada en el juicio, ¿me comprende?
González dejó la pregunta en el aire; esperó la respuesta. En el silencio que se produjo, oyó su respiración y la de los demás. El resplandor de las luces en las paredes grises le daba dolor de cabeza. Por fin, después de lo que pareció una eternidad, una chispa brilló en los ojos de Brandt. Miró a González con los ojos muy abiertos.
El inspector jefe observó el rostro del hombre. "Está a punto de hablar", pensó. Entonces Brandt abrió la boca y habló en castellano, con una expresión de desprecio.
-No tengo nada que decir. Nada. Excepto que quiero hablar con un abogado.
El bufido de González sonó como una bomba. Por una fracción de segundo estuvo a punto de abalanzarse sobre el brasileño y romperle la cara a puñetazos, convertir en pulpa machacada el rostro impasible. Pero entonces llamaron a la puerta y entró un inspector joven. González miró furioso al recién llegado.
-¡Fuera! -gritó.
El agente se encogió, avergonzado. Entonces González oyó unas voces airadas en el vestíbulo antes de que el agente volviera a insistir.
-Señor, creo que será mejor que salga...
El pueblo de pescadores estaba a trescientos kilómetros al noreste de Ciudad de México, sobre la costa del mar Caribe. La gran casa se alzaba, solitaria, en la cumbre de una colina que daba al mar, rodeada por un muro de dos metros de altura. Una mansión pintada de blanco con jardines exuberantes. El muro la protegía de las miradas curiosas del pueblo que se encontraba al pie de la colina.
La vieja furgoneta oxidada se detuvo delante de la verja trasera. Los hombres se apearon, cansados. Un olor fétido a pescado podrido impregnaba el aire; procedía del pueblo y ni siquiera el perfume de las flores conseguía disimularlo. Los hombres llevaban la manta típica de los peones y se protegían del sol

con sombreros de paja. Parecían trabajadores que regresaban a casa después de un día de trabajo duro en el campo.
Un guardia salió de las sombras y abrió la verja. Los hombres entraron en el jardín. Olieron el perfume de los jacintos y de las flores de Pascua. Otro se acercó a ellos procedente de la casa. Era delgado, de mediana edad, e iba vestido con un traje de hilo blanco, camisa y corbata. Sonrió como si fuera un honor recibir en su casa a los visitantes vestidos como peones.
Los tres caminaron hacia la casa. El olor a pescado casi no se notaba, ahogado por el perfume de las flores. Los jardines se iluminaron cuando se acercaron a la casa.
-¿Está todo preparado? -preguntó Kruger.
-El barco espera, listo para zarpar -respondió el dueño de la casa-. Pensamos que es mejor que utilizar un avión. En esta región controlan mucho a los aviones, y, por lo tanto, es peligroso. Los pasaportes están acabados. También está preparado el transporte desde Veracruz. Un avión de alquiler hasta Miami. No creo que surjan problemas.
-Necesitamos hacer una llamada urgente, Frederick -dijo el hombre alto de pelo gris, que apoyó una mano sobre el hombro del dueño de la casa.
-Desde luego. Vengan conmigo -respondió el hombre con una mirada rayana en la adoración. Les guió a través de los jardines hasta la casa y el teléfono.
El hombre era alto, tenía el pelo gris y vestía un traje a medida muy elegante. Su rostro bronceado era bien parecido. González le llevó a su oficina y cerró la puerta. La panorámica de la ciudad nocturna se desplegaba al otro lado de la ventana. El inspector jefe volvió a mirar la tarjeta que el visitante le había entregado en el sótano. Letras doradas en relieve. González pasó un dedo por encima de las letras. "Primer secretario de Su Excelencia, el embajador de Brasil." Debajo del título aparecía, el nombre. El visitante le habló en un castellano perfecto cuando González le miró.
-Quizá tendría que ponerme al corriente de la situación.
González dejó de lado las cortesías. Le relató la historia sin remilgos. Todo lo ocurrido en la casa. Trece personas muertas. El diplomático no mostró ninguna reacción hasta que González citó el número de víctimas. Levantó una ceja unos milímetros y suspiró. Cuando González acabó el relato, se produjo una larga pausa.
-Después de la llamada de su agente a la embajada -dijo el diplomático-, llamamos a la jefatura en Brasilia. El pasaporte que lleva es legítimo. Y en cuanto a Brandt, creo que nuestro jefe de policía llamará al suyo para discutir el asunto.
El hombre vaciló y González se dio cuenta de que el sudor le perlaba el labio superior. Parecía asustado, inquieto. Cuando González se reunió con él en el vestíbulo, había pedido ver a Brandt. Verle, no hablar con él. El diplomático había observado a Brandt en silencio durante un buen rato mientras palidecía.
-Adelante -le animó González.
-Éste es un asunto un tanto... -Hizo otra pausa como si no supiera qué decir-, delicado. Creo que tendría que hablar primero con su superior.
González frunció el entrecejo, respiró con fuerza para contenerse y después miró al hombre directamente a la cara.
-Estoy a cargo del caso. Sólo hablará conmigo. Han muerto trece personas y su compatriota del sótano está implicado. Quiero respuestas y las quiero ahora. ¿Quién es Brandt? ¿Por qué su gente está tan interesada que el primer secretario se presenta aquí en persona? Dígamelo ahora y déjese de coñas.
El diplomático enrojeció de cólera. No estaba en absoluto habituado a que le hablaran de esta manera. "¡Que le den por el culo! -pensó González- y al carajo con el protocolo." La firmeza de su tono le había indicado al hombre que no estaba por puñetas.
El hombre le miró. Sacó una cigarrera de plata del bolsillo y eligió un cigarrillo. Durante un buen rato, fumó en silencio con expresión malhumorada, como si la falta de respeto de González le hubiera ofendido profundamente. Pero también se le veía preocupado. El sudor le brillaba en la frente y el labio superior.
-No tengo toda la noche, señor. Así que hable -dijo González, harto. Estuvo a punto de añadir "imbécil", pero se contuvo.

Por un instante, el diplomático le miró furioso, ofendido por el tono y los modales del policía. Dio una chupada al cigarrillo y entonces su actitud cambió, se volvió casi campechana.
-Muy bien, inspector jefe. Su superior se lo confirmará después de hablar con nuestro jefe de policía. Sin embargo, se lo diré ahora. Lo que escuchará es tema secreto.....

01.02 horas
Las aguas del Golfo parecían un espejo y el aire era cálido mientras el barco abandonaba la rada con rumbo al este. Llevaban una hora de navegación, cuando el hombre de pelo gris salió a cubierta. Iluminado por la luz verde de estribor se dirigió a popa. El cielo estaba estrellado, claro. Llevaba ropa limpia: un abrigo y pantalones de algodón, gruesos, jersey de lana y chaqueta. La ducha caliente le había quitado el hedor del pescado y le había dado nuevas fuerzas.
Contempló la estela, la espuma blanca y las burbujas como si debajo del agua hubiera una caldera gigantesca.
Habían hecho la llamada. Transmitido la información. Prioridad.
Cerca. Tan cerca.
Los planes habían estado a punto de quedar en nada.
Pero él estaba vivo. La muerte de Schmidt era de lamentar, pero había sido por una buena causa.
Y Halder. Un viejo camarada. No le quedaba mucha vida. A un soplo de la muerte. Sus consejos hubieran sido muy valiosos en los días venideros.
El mischling, Brandt, desde luego, había cumplido su función. La carga había llegado sin problemas. La carga, una de las piezas fundamentales del plan.
El barco cabeceó. Se le revolvió el estómago y se sujetó a la borda.
Estaba seguro de dos cosas. Primero, los planes seguían adelante. Segundo, los responsables de lo ocurrido en Ciudad de México morirían. Ellos y todos los que significaran una amenaza. Su llamada había sido clara. La muchacha, desde luego, era otro asunto. Era de los suyos. Parte de la trama. Como su padre. Su información sería vital. Ahora era el momento de atraerla a la red. Meyer se encargaría de hacerlo.
Contempló el cielo. El futuro no está en nuestras estrellas sino en nosotros mismos. Una perífrasis, pero cierta. Nuestra estrellas y nosotros mismos. Miró el mar por última vez, después se volvió y caminó por la cubierta hacia el resplandor verde de la luz de estribor.
El diplomático tardó menos de cinco minutos en explicar toda la historia. González escuchó en silencio, sin interrumpirle. De vez en cuando miraba al hombre, horrorizado; la enormidad de la información del diplomático le hizo comprender el silencio obstinado de Brandt.
Cuando el diplomático acabó, González permaneció callado durante unos momentos; después, convencido de que el hombre no le ocultaba nada, le dio las gracias y le acompañó hasta la puerta. A continuación, volvió a su mesa sin perder un segundo.
Recibió la llamada del jefe de policía casi en el acto. La conversación duró dos minutos. Luego, cogió el teléfono para transmitir las órdenes pertinentes. Todos los puestos de frontera, los puertos y aeropuertos en alerta durante las veinticuatro horas.
También intentó comunicarse con la jefatura de policía de Asunción, pero las líneas estaban ocupadas. Llamó al telefonista de la planta baja, le dio el número y le ordenó que insistiera hasta que le atendieran. Consultó el reloj. Dentro de muy poco tendría que ir hasta Tacubaya y comunicarle a la mujer de Juárez que su marido había muerto. Un pensamiento y un deber desagradables. El hombre había sido un buen policía y muy amigo suyo.
Le dolía la cabeza. Se levantó, encendió un cigarrillo y le dio una chupada bien fuerte mientras se acercaba a la ventana. También le dolía el brazo, aunque hacía todo lo posible por no hacer caso de la incomodidad del vendaje que llevaba alrededor del hombro y el brazo.
A través de la ventana contempló las luces como estrellas en las colinas de Chapultepec y la sierra de las Cruces. Una ciudad grande. Sobraban lugares donde esconderse en una metrópolis con más de veinte millones de habitantes; tantas rutas de escape. No tenía muchas esperanzas.

González dio una chupada a su cigarrillo. La gente como Halder tenía contactos, y había otros Halder. ¿Cómo la llamaban en los viejos tiempos? Die Spinne. La araña. Recordó las historias que contaban los inspectores cuando él era un novato. Los gringos habían venido a México con oro y dinero después de la guerra; habían comprado las grandes casas en las colinas de Chapultepec y a lo largo de la costa. Su organización ("la Araña") había sido secreta y eficaz en extremo.
Las posibilidades de atrapar a los hombres eran pocas. Pero debía intentarlo. Investigaría en los viejos archivos, llamaría a los inspectores jubilados que habían trabajado en los casos, pero el instinto le decía que los hombres de la casa había escapado. Sería una jornada difícil, agotadora, frustrante. Sin embargo, lo haría. Por Juárez y los agentes, por Sánchez y su compatriota, que descansaban en la morgue.
Se sobresaltó al oír la campanilla del teléfono. Esperaba que fuera la comunicación con Asunción. La llamada a Paraguay. Querrían saber qué era de Sánchez y Cavales; cómo habían muerto, y sobre todo, ¿porqué?
Ahora que lo sabía, sacudió la cabeza, incrédulo. No era de extrañar que los hombres hubieran tenido tanta desesperación por escapar de la casa. Se acercó a la mesa, apagó el cigarrillo y atendió la llamada.

39

Genova
Lunes, 19 de diciembre

"La culpa la tiene el turno de noche", se dijo Franco a sí mismo. Trabajar de noche altera el metabolismo, y eso lo sabían todos los que hacían ese turno en los muelles. El medio litro de vino que se había tomado en el bar, frente al palacio de San Gregorio, antes de venir al trabajo tampoco le había ayudado mucho: le había revuelto el estómago. Se sentía fatal.
Claro que La Peste tampoco parecía estar mejor que él. Franco le vio venir con sus andares de pato, mientras permanecía de pie junto a la entrada del depósito; tragaba aire para aliviar el malestar de estómago. El aduanero parecía cabreado, algo le rondaba por la sesera. Si es que el cabrón tenía sesera.
"Tio, sólo tenías que programarle, encararle en la dirección correcta..."
-¡Buona notte! -le saludó Franco.
-¿Qué tiene de buena?
-¿Qué pasa...? ¿Tienes problemas?
-Yo no, amigo. Eres tú el que tiene problemas.
Era lo único que le faltaba a Franco. Problemas. El aduanero estaba de mal humor: trabajar de noche cabreaba a todo el mundo. Franco intentó sonreír pero le costó. Aquel tipo le irritaba, y sobre todo en situaciones como ésta, cuando le ardía el estómago. Vio que La Peste le observaba con atención.
-Necesito ver algunos de tus manifiestos de carga.
-Ya te los enseñé cuando entró el barco procedente del Pireo hace dos horas...
-Ésos no. Los de la semana pasada. Los del María Escobar.
-¿Qué quieres decir?
-Lo que oyes. El María Escobar... los manifiestos de carga. Quiero verlos otra vez.
-¿Para qué?
-No me busques las cosquillas, Franco -dijo La Peste, impaciente-. Me espera una noche muy larga.
-No lo entiendo... -se lamentó Franco. De pronto había una agresividad en el tono del aduanero que le inquietaba.
-Mira, sólo haz lo que te pido. ¿Dónde están los papeles?
-Arriba, en la oficina. -Franco tragó saliva, algo le anunciaba que se avecinaban problemas; algo en el fondo de su cabeza le enviaba señales de alarma que le recorrían el cuerpo como descargas eléctricas.
-Los carabinieri quieren que repasemos los manifiestos de todos los barcos procedentes de Suramérica. Todo lo que entró en el último mes. Ya lo he hecho con todos los demás. Sólo me falta el María Escobar y no encuentro todas mis copias. Ahora, amigo, haz lo que te pido. Estoy cansado.
Franco también lo estaba, y, además, asustado. Se puso pálido; le flaquearon las piernas.

-Buscaré las llaves de la oficina -dijo Franco, en voz baja.
-Te lo agradezco.
Mientras subían las escaleras, Franco notó que le temblaban las piernas. Hizo un esfuerzo, y miró por encima del hombro a La Peste.
-¿A qué viene tanto interés por parte de los carabinieri?
-No me lo preguntes a mí. No soy el jefe de policía -contestó el aduanero, malhumorado-. Tengo que repasar los manifiestos de carga, las facturas, las declaraciones, asegurarme de que todo coincide.
-¿Eso es todo? -Franco estuvo a punto de soltar un suspiro.
-¡Y te parece poco! Tengo tres barcos que entrarán en las próximas dos horas. Así que acabemos con esto de una vez por todas.
Como por arte de magia, Franco se sintió mucho mejor. No tenía de qué preocuparse. La caja nunca había figurado en las declaraciones. Se detuvo en el rellano, cogió la llave que guardaba encima del marco y abrió la puerta de la oficina. Encendió la luz y se dirigió al archivador. Abrió uno de los cajones, buscó entre las carpetas, sacó la que buscaba y se la entregó al aduanero. La Peste la cogió, se acercó al escritorio y se sentó al tiempo que sacaba una libreta, un bolígrafo y varios papeles arrugados del bolsillo.
Franco permaneció de pie, enfrascado en sus pensamientos. ¿Qué estarían buscando los carabinieri? ¿La caja que le había entregado a aquellos hombres? ¿Qué otra cosa podría ser? Seguro que se trataba de la caja; el contenido debía ser importante. Los polis no incordiaban a menos que la cosa tuviera trascendencia. Volvió a sentir miedo cuando miró al aduanero. Anotaba algo en la libreta mientras comprobaba los papeles: una lista de números; su rostro rechoncho tenía una expresión de preocupación. Cuando acabó de escribir, mordisqueó el extremo del bolígrafo con aire pensativo.
-¿Qué pasa? -preguntó Franco.
-Uno de los contenedores del María Escobar. -La Peste le miró con el entrecejo fruncido-. El peso no concuerda con los papeles.
-¿Por cuánto?
-Veinte kilos.
-¡Eh!, eso no es nada. ¿Qué son veinte kilos? -La Peste lo sabía, era parte de su trabajo. ¿Qué cono pasaba? Los de Aduana empezaban a sospechar cuando la diferencia superaba los cincuenta kilos-. Eh, venga, Paulo... Estoy de trabajo hasta el cuello -protestó Franco, pero La Peste no le hizo caso, y apoyó uno de sus dedos rechonchos sobre el documento en cuestión.
-Este contenedor, lo revisé, ¿no?
Franco miró el papel, vio que el dedo señalaba un número de la declaración de aduanas. El número del contenedor con el compartimiento secreto. Se le revolvió el estómago.
-No lo recuerdo -mintió Franco.
-Claro que sí. Utilicé el plumero. Tuve que irme temprano para no llegar tarde al bautizo del hijo de Stefano. ¿Lo recuerdas ahora?
-Sí. Claro que lo recuerdo... -Franco vio que el aduanero dudaba, arrugaba la frente, y se esforzaba en recordar los detalles.
-Veinte kilos... -murmuró La Peste, sin apartar la mirada de los números.
La diferencia era insignificante. Franco lo sabía e intentó convencer al funcionario.
-No es nada -dijo-. Diferencias como ésa te las encuentras cada día.
-Lo sé. Cada día te encuentras con que el peso de un contenedor no concuerda. El peso no siempre es el mismo que el declarado... Los papeles no casan... -El gordo con el uniforme que le sentaba mal miró a Franco-. Pero no tendría que pasar.
-Las personas cometen errores... Unos kilos aquí o allá -comentó Franco.
-Las balanzas no dan el peso exacto o alguien se equivoca en la lectura. -La Peste hizo una mueca-. Pero si la gente hiciera bien su trabajo y utilizara balanzas de precisión, no se darían estas diferencias. Si realmente lo hicieran, mi trabajo sería mucho más sencillo.
-Desde luego -asintió Franco-. Pero ¿cual es el problema?

-El problema, amigo mío, son los carabinieri. -El aduanero se rascó la nariz-. Quieren saber las diferencias que se detectaron en cualquier carga procedente de Montevideo. El María Escobar es el único barco procedente de allí que ha arribado durante este mes.
Esto era precisamente lo que le faltaba a Franco. Polis por todos los muelles con sabuesos olfateando la droga. Que vinieran a tocarle los co-jones. Hizo un esfuerzo por mantener la calma.
-¿Y se puede saber qué buscan? -preguntó.
-¿Quién lo sabe? Cualquier cosa. Pero Suramérica es la tierra del polvo blanco. -El aduanero recogió los papeles, cerró la carpeta y se la devolvió a Franco-. De todos modos, es demasiado tarde. Si entraron algo de contrabando en aquel contenedor, ahora no encontraremos nada. Tendríamos que utilizar la báscula con más frecuencia, como una obligación.
-Estoy de acuerdo contigo... Demasiados irresponsables.
La Peste se levantó, se volvió hacia la ventana y miró la explanada iluminada por los potentes focos. "Algo le preocupa -pensó Franco-, e intenta recordar qué es."
-¿Puedo cerrar?
El aduanero se volvió hacia él sin hacer caso de la pregunta.
-Aquel último contendor del María Escobar, lo revisé bien, ¿no?
-Claro que sí, lo recuerdo. -Franco consiguió sonreír.
-Lo golpeé con el plumero.
-Sí. -Franco se volvió a sentir mal-. ¿Por qué?
-Mi hija, Blanca..., toca el piano muy bien. Dice que tengo buen oído para la música. Sé distinguir cuando es buena.
-¿De veras? -Esta vez Franco apenas pudo mantener la sonrisa.
-Sí. Soy incapaz de leer una sola nota. Pero si la que oigo no es correcta, la distingo. ¿Me entiendes?
-Sí, claro. -Franco tensó los músculos de la cara en un esfuerzo por evitar que le desapareciera la sonrisa... "Sonríe." Franco sonrió.
-Aquel contenedor... -comentó La Peste sin acabar la frase, con la mirada perdida en el vacío.
-¿Qué pasa con él? -preguntó Franco, inquieto.
-Cuando golpeé con el plumero una de las paredes, las notas no eran las correctas. Ahora lo recuerdo. Había algo fuera de tono.
Franco no supo qué decir, el sudor le corría por el cuello, y le mojaba las palmas de las manos.
-Eh, tío. Yo sólo soy un empleado. Esas cosas son para vosotros, los profesionales. Yo sólo hago mi trabajo.
La Peste le miró con atención. Franco sostuvo la mirada, el cuerpo envarado por la tensión, concentrado en mantener la calma. Al cabo de un momento, el aduanero volvió a mirar por la ventana.
-Sólo recuerdo que aquel día no tenía tiempo -dijo-. Si lo hubiera tenido quizás ahora tendría la conciencia tranquila. -Hizo una pausa-. Tengo el número del contenedor. Según nuestros documentos, volverá aquí procedente del Pireo. Quizá lo revise entonces si puedo. -Sin añadir nada más salió de la oficina.
Franco permaneció donde estaba. Se estremeció mientras escuchaba cómo bajaba las escaleras. Suspiró preocupado, se masajeó la nuca. Se sentía mal. Muy mal. Y, además, estaba preocupado.
¿Qué cono pasaba? Si La Peste encontraba el escondrijo sabría que algo no iba bien. Sólo que la carga ya no estaba. Y Franco podía hacerse el loco. No tenía nada en su contra. Nada. Si no encontraban nada en el escondrijo, tampoco podrían inculparle.
Se secó el sudor de la frente. "Estás a salvo, tío. A salvo. No tienes por qué preocuparte. Cálmate." Respiró hondo, soltó el aire poco a poco y repitió las inspiraciones. Sintió que el aire frío penetraba hasta lo más profundo de sus pulmones.
De pronto, notó unos retortijones terribles en los intestinos. Apagó la luz de la oficina, cerró la puerta y bajó las escaleras a toda prisa para ir al lavabo.

Martes, 20 de diciembre
Volkmann llegó a la oficina hacia las diez de la mañana; sobre el escritorio encontró dos mensajes. Uno de Ted Birken desde Zúrich, y el otro de Ivan Molke; le pedía que le llamara urgentemente a su despacho en Munich.
Primero telefoneó al número de Molke. La secretaria le dijo que estaba reunido y que le llamaría más tarde.
Cuando llamó a Birken a Zúrich, éste atendió al teléfono de inmediato; oyó su voz cordial y alegre.
-He hecho algunos progresos, Joe. ¿Tienes papel y lápiz a mano?
-¿Son buenas noticias? -Volkmann cogió un bloc de notas y un boli.
-No lo sé, pero es más de lo que esperaba. A mi contacto en los archivos federales en Coblenza le han trasladado pero le pasó el encargo a un amigo, el director del Centro de Documentación de Berlín, un tipo llamado Maxwell. Le pidió que revisara los números de afiliación al partido nazi más antiguos, y que le preparara una lista de los más próximos al número de Erhard Schmeltz. Maxwell sabía que tu gente había pedido información sobre Schmeltz, así que me llamó. Quería saber de qué iba la historia y le puse al corriente. Le dije que tú me habías pedido ayuda y que necesitábamos encontrar a alguien vivo con un número cercano al de Schmeltz. Después de comprobar mis datos, volvió a llamarme. Estuvo de acuerdo en que los suyos revisaran los expedientes de cincuenta números, veinticinco por encima y por debajo del número de Schmeltz.
"Después llamé al WAST y a las autoridades pertinentes. De los cincuenta nombres sólo viven cuatro, y dos de ellos se encuentran enmSuramérica. Los dos restantes tienen domicilio en Alemania. El primero es un hombre llamado Otto Klagen, y su número de afiliado es el seis-ocho-nueve-cuatro-ocho. Nació en Berlín en 1910. Se afilió al partido cuando era muy joven. La fecha de la solicitud es del uno de noviembre de 1927.
-¿Dónde está Klagen ahora?
-Ese es el problema. -Volkmann escuchó el suspiro de Birken-. La última dirección corresponde a una residencia de ancianos en Dusseldorf. Llamé y me dijeron que Klagen había sufrido una apoplejía hace cosa de dos meses. No se recupera y apenas habla. Está internado en un hospital público en la Graülingerstrasse. Al parecer, no está bien de la cabeza, y su pensamiento no es muy coherente, así que dudo que puedas sacarle algo, aunque haya oído hablar de Schmeltz. De todas formas, puedes intentarlo si quieres. Además, Maxwell dijo que las autoridades alemanas investigaron a Klagen hace veinte años. Era un nazi recalcitrante. Los tribunales por crímenes de guerra quisieron pillarle por las atrocidades que supuestamente cometió en Polonia, pero la fiscalía no tenía pruebas suficientes y lo tuvieron que dejar correr. De todo esto ha pasado mucho tiempo, desde luego, pero el leopardo no pierde sus manchas.
-¿Qué hay del segundo hombre? -preguntó Volkmann, mientras anotaba el nombre del hospital.
-Wilhelm Busch. Número de afiliado seis-ocho-nueve-siete-ocho. Su solicitud se presentó en Munich.
-¿Tienes alguna dirección?
Birken le dio una dirección en Munich que correspondía a la zona norte de Dachau.
-El hombre rondará los ochenta. Espero que esté más sano que Klagen. De lo contrario, será una pérdida de tiempo.
-¿Tienes su número de teléfono?
-No. Se lo pedí a la operadora pero no figura en la guía. De todos modos, será mejor que te presentes y le pilles por sorpresa. Si le llamas antes quizá no quiera hablar contigo.
-¿Tienes información sobre su hoja de servicios, Ted?
-Según Maxwell, Busch sirvió en inteligencia militar: Abwehr. Uno de los hombres del almirante Canaris. No es un criminal de guerra., y su última graduación de 1945 fue la de capitán. En realidad, es sorprendente. Por lo general aquellos que se unieron a los nazis antes de 1930 eran considerados los aristócratas del partido. Busch tendría que haber ascendido más si tenemos en cuenta sus servicios en la Abwehr, a menos que hubiera cometido una falta muy grave en algún momento de su carrera.
-¿Sabes algo de lo que hizo después del cuarenta y cinco?
-Maxwell habló extraoficialmente con alguien de la CÍA en Berlín que revisó su expediente. Busch pasó diez años en la organización Gehlen, la antecesora de los servivios de seguridad alemanes. Estaba

plagada de nazis, así que sus credenciales le tuvieron que abrir las puertas. Se retiró del equipo hará unos treinta años y entró a formar parte de los servicios de seguridad privada. Pero ahora es un hombre muy viejo, jubilado, que vive de la pensión.
-Muchas gracias, Ted. Te agradezco la ayuda.
-A mandar, muchacho. Si necesitas algo más del Centro de Documentación llama directamente. Pregunta por Ed Maxwell y menciona mi nombre. Me alegra haber hablado contigo.
Era mediodía cuando sonó el teléfono en el despacho de Volk-mann. Era Molke, que respondía a su llamada.
-Tenemos que vernos y hablar, Joe.
-¿Hay algún problema, Ivan? -preguntó Volkmann, al notar el tono urgente en la voz de su amigo.
-Creo que sí. Retiré a los hombres que vigilaban a Kesser.
-¿Cuál es el problema?
-Preferiría no hacer comentarios por teléfono. ¿Nos podemos ver? Tengo algo que enseñarte.
-Puedo ir a Munich si quieres. Llegaría sobre las tres.
-Será mejor que nos encontremos en Augsburg. Viajarás menos y yo podré salir de la oficina. ¿Sabes dónde está la estación de trenes?
-No, pero la encontraré.
-Estaré en el bar central, a las dos y media. Una cosa más. Hazme un favor.
-¿Qué quieres?
-Cuando vengas, no dejes de vigilar a tus espaldas.
-¿Qué pasa, Ivan? -preguntó Volkmann, intrigado.
-Te lo diré cuando nos veamos, pero haz lo que te digo -contestó Molke, y colgó.
Eran casi las dos y media cuando Volkmann entró en el bar central de la estación. Había dejado el coche en un aparcamiento subterráneo cercano para ir a pie hasta el lugar de encuentro.
Durante el trayecto a Augsburg había mirado por el retrovisor continuamente, atento a los coches que venían por detrás, pero nadie le seguía. Incluso paró en media docena de gasolineras en la autopista para cerciorarse.
Vio a Molke sentado en un extremo de la barra. Tomaba café y fumaba un cigarrillo. Se le veía cansado y con una expresión tensa. Volkmann fue a su encuentro, pidió una cerveza y se sentó. Vio las bolsas oscuras debajo de los ojos de su amigo.
-¿Te han seguido?
-No he visto a nadie durante todo el trayecto. ¿Qué pasa?
-¿Me has dicho toda la verdad acerca de Lothar Kesser, Joe? -Molke apagó la colilla-. ¿Me has dicho todo lo que necesitaba saber?
-Desde luego. ¿Por qué?
-Anteayer puse a dos hombres a vigilar a Kesser. Uno de ellos consiguió entrar en su apartamento ayer por la tarde. La muchacha estuvo casi todo el día en casa, y sólo salió una vez, en compañía de Kesser, para ir a la consulta del obstetra. La chica se llama Ingnd y vive con él. Por lo que se ve, está embarazada de seis meses.
-¿Y cuál es el problema?
-Mi hombre llevaba aproximadamente diez minutos en el apartamento cuando Kesser emprendió el regreso a casa solo. El segundo hombre le siguió desde el consultorio. El tipo del apartamento no tuvo mucho tiempo, pero encontró una libreta y una copia del juego de llaves del apartamento. No pudo instalar un micro en el teléfono pero fotografió un par de páginas de la libreta y se largó cuando Kesser comenzaba a subir la escalera. Mis hombres me presentaron un informe anoche hacia las nueve; me dieron un molde de las llaves y las fotos que sacaron de la libreta.
Molke suspiró. Encendió un cigarrillo y dio una chupada.
-En la madrugada recibí dos llamadas en menos de diez minutos. Eran los dos tipos a los que les asigné la vigilancia de Kesser. Uno de ellos me explicó que su mujer se levantó a las tres de la mañana para bajar a la cocina a buscar un vaso de agua. Vio que la puerta del estudio estaba abiera. Encendió la luz y sorprendió a un tipo revisando el maletín de su marido. La mujer gritó. El tipo sacó un arma y le apuntó

como si fuera a volarle la cabeza. Cuando su marido bajó las escaleras, el intruso se había ido y su mujer estaba desmayada en el suelo.
Molke vio la expresión de extrañeza en el rostro de Volkmann. Hizo una pausa antes de continuar con el relato.
-La siguiente llamada la hizo Pieter, el segundo hombre. Estaba en la casa de su novia y se marchó tarde. Advirtió que alguien le seguía. Dos tipos en un Volkswagen oscuro, pero no vio el número de la matrícula porque la placa estaba cubierta de fango. Cuando llegó a su apartamento, fue al dormitorio, encendió las luces y miró a través de la ventana. No vio a nadie, pero al cabo de media hora escuchó susurros delante de la puerta. Puso el tocadiscos en marcha y se paseó por el apartamento sin dejar de hacer ruido para demostrar que estaba bien despierto; después me llamó. Tardé diez minutos en llegar, pero no vi a nadie por allí. Sin embargo, alguien había intentado forzar la cerradura.
Volkmann permaneció en silencio durante un buen rato.
-¿Estás seguro de que esto tiene alguna relación con la vigilancia a la que habéis sometido a Kesser?
-Joe, en estos momentos mis hombres no trabajan en nada que pueda haber provocado esta clase de reacciones. Y, desde luego, nada que pueda involucrar el uso de armas.
-¿Qué te propones hacer?
-Desde anoche, he apartado a mis hombres de la investigación. Tu gente tiene autoridad legal y llevan armas. Mis hombres no y la situación se pone fea. -Molke sacudió la cabeza con vigor y aplastó la colilla en el cenicero-. No puedo correr el riesgo de que resulten heridos, Joe. ¿Lo comprendes?
-Sí. Pero, ¿piensas que Kesser sabía que tus hombres estuvieron en el apartamento?
-Eso es lo curioso. Les hice la misma pregunta. Me juraron que Kesser no sospechaba nada, no sabía que le vigilaban.
-¿No vieron a nadie más vigilando el apartamento de Kesser?
-Ellos no vieron a nadie, pero supongo que estaban demasiado ocupados con Kesser como para fijarse.
-¿Qué ha hecho Kesser en estos dos últimos días?
Molke se sacó una libreta del bolsillo y la abrió antes de contestar.
-Fue dos veces a la montaña. Efectivamente, el lugar se llama Kaal-berg. Ayer y anteayer, fue allí temprano, alrededor de las siete de la mañana, y regresó hacia el mediodía.
-¿Tus hombres vieron alguna cosa allá arriba?
-Nadie entró ni salió aparte de Kesser, y los centinelas armados siguen allí.
-¿Qué has averiguado del lugar?
-¿Te refieres a si es un base científica del Gobierno?
-Sí.
-Hablé con unas cuantas personas conocidas del Ministerio. Me confirmaron que quizás hay una docena de lugares en Baviera destinados a investigaciones secretas. Sobre todo comunicaciones militares y un par de laboratorios para el desarrollo de armas y misiles, subvencionados por el Gobierno. Pero tuve la sensación de que no querían hablar, así que no insistí y busqué por otra parte. Fui otra vez al pueblo donde compramos los equipos de montaña e hice unas cuantas preguntas.
-¿Y?
-Sólo saben que aquello es una gran propiedad privada. Unos dos kilómetros cuadrados. La mayor parte es bosque y rocas. El pico que vimos es el Kaalberg. No sirve para la práctica del esquí. Hay una casa muy grande, la misma que vimos. Un par de graneros de madera y un edificio achatado de cemento, justo detrás de la casa, que podría ser un laboratorio; y nada más salvo la garita en la carretera. La montaña y todos los terrenos a su alrededor pertenecían a un sanatorio privado que cerró hace cosa de diez años. Alguien lo compró todo hará unos dos años, pero ninguno de los lugareños sabe quién es el dueño, y que es lo que se hace allá arriba. Piensan que es propiedad gubernamental pero no están seguros. Dicen que todo el perímetro está marcado con carteles de "Prohibida la entrada" y "Propiedad privada".
Volkmann suspiró y miró a la multitud en los andenes de la estación antes de volverse hacia su amigo.
-¿ Qué piensas, Ivan ?
-Podría ser una instalación del Gobierno -contestó Molke-. Dijiste que había unos libros en el apartamento de Kesser, temas de comunicaciones militares. Si tienes en cuenta sus antecedentes, es

posible que esté metido en algún asunto secreto. Después de lo ocurrido con mis hombres diría que es muy probable. Parece un trabajo de la Landesamt. Vigilan a sus cachorros y si les siguen o les ocurre alguna cosa sospechosa, lo investigan. Sólo que en mi negocio, Joe, no necesito estos follones. Si me quitan la licencia me quedaría sin trabajo. Por eso decidí apartarme y dejar que los tuyos se ocupen del tema.
-Si Kesser trabaja para el Gobierno, cómo es que la Landesamt me dejó ver su expediente -comentó Volkmann después de una pausa.
-¿A qué te refieres? -preguntó Molke, extrañado.
-Werner Bargel me dejó ver un extracto del expediente de Kesser. Que yo sepa, los expedientes del personal científico son de acceso limitado. Por lo tanto, no tiene sentido que Bargel me lo enseñara.
-No a menos que Bargel sospechara que estáis metidos en algo que puede tener relación con Kesser. Y si Kesser todavía trabaja para el Gobierno, entonces sí que tiene sentido. ¿Bargel te pidió que le avisaras si descubrías algo?
-Sí.
-Pues ahí puede estar la explicación.
-Quizá. ¿Tú qué crees, tienes alguna duda?
-Hay algo que no está muy claro, eso seguro -señaló Molke-. Las páginas de la libreta que mis hombres encontraron en el apartamento. Según Pieber, había unas dos docenas de hojas llenas de listas de nombres y lo que parecían ser diagramas de alguna cosa. Pero Pieber sólo tuvo tiempo de fotografiar dos de ellas.
La muchacha que atendía la barra retiró el cenicero lleno, colocó otro y pasó el paño para limpiar. Cuando se fue, Molke se metió una mano en el bolsillo y sacó un sobre. Se lo pasó a Volkmann.
-Échale un vistazo a las fotos -dijo.
Volkmann abrió el sobre y sacó el contenido. Había dos ampliaciones fotográficas de unas páginas angostas y rayadas. En una de ellas había escritos tres nombres marcados con una equis.
En la segunda página se veía una especie de bosquejo del plano de un edificio. También aparecía un mapa, con varias direcciones y los nombres de diversas ciudades subrayados. Al fijarse con más atención, vio la palabra Kloster, monasterio en alemán, marcada con un círculo de tinta encima del dibujo. Volkmann volvió a mirar los nombres.
Horst Klee.
Jurgen Trautman.
Frederick Henkle.
-¿Tienes idea de quiénes pueden ser? -le preguntó a Molke.
-Ni la más remota. Como ya te he dicho, hay muchos más. Docenas de ellos. Mi ayudante sólo tuvo tiempo de fotografiar una de las páginas.
-¿Qué me dices del mapa?
-Las direcciones parecen correctas. Se trata del viejo monasterio abandonado que está al salir de la autopista, en dirección a Salzburgo, a una hora de viaje desde Munich. Hace años que está abandonado. El edificio se conserva en perfectas condiciones, pero nadie lo habita. Compruébalo tú mismo. Te he dibujado un mapa con todas las indicaciones para que puedas llegar allí. -Molke sacó un sobre de un bolsillo interior de la chaqueta.
-¿A quién pertenece? -preguntó Volkmann, mientras cogía el sobre-. ¿Lo has averiguado?
-Después de que se marcharan los monjes, hará unos veinte años, lo compró el Gobierno alemán, pero no se utiliza desde entonces. -Molke se encogió de hombros-. Si Kesser todavía trabaja para el Gobierno, quizá decidan reacondicionarlo como laboratorio. Yo en tu lugar me andaría con pies de plomo, Joe. La gente del Ministerio, responsable de los proyectos especiales, son muy quisquillosos en temas de seguridad.
Volkmann dudó por un momento, y después puso un dedo sobre las fotos de las dos páginas de la libreta de Kesser.
-¿Te importa si me las quedo, Ivan?
-Con una condición.
-¿Cuál?

-Si los de la Landesamt llaman a mi puerta, quiero que les digas que mis hombres trabajan en algo oficial. Que tú me contrastaste.
-Hecho.
Molke sacó un manojo de llaves del bolsillo y se lo dio a Volkmann.
-Son las del apartamento de Kesser. Las mandé hacer de los moldes que saqué. Por si quieres seguir adelante. Pero yo me quedó al margen, Joe. Desde ahora se tendrán que ocupar de esto los tuyos. Y yo no te las he dado.
Volkmann asintió y se guardó las llaves en el bolsillo. Molke se acabó el café.
-Pienso que sería mejor si me lo dieras por escrito, Joe. Sólo por si acaso.
-Lo comprendo. Le diré a Ferguson que extienda una factura detallada de los gastos y escribiré una carta. Gracias por tu ayuda, Ivan.
-Una cosa más. La fotografía de la muchacha, la que encontraste en el Chaco.
-¿Has averiguado alguna cosa?
-Le pregunté a los expertos que contrató el Gobierno durante los juicios a los nazis de los que te hablé. -Molke hizo una pausa-. Había una mujer, una historiadora. Se especializó en el período nazi y conocía a casi todos los importantes. Quizá te pueda ayudar con la foto, o tal vez conozca a alguien que te pueda dar la información que necesitas. Es lo único que he podido hacer, Joe.
-¿Cómo se llama?
-Hanah Richter. Trabajaba en la Facultad de Historia de la Universidad de Stuttgart. Pero eso fue hace más de veinte años y ya en aquel entonces no era una jovencita, así que debe de haberse jubilado hace tiempo. Eso suponiendo que todavía viva.
-De acuerdo. Le diré a mi gente que averigüe dónde está.
Volkmann fue a pie hasta el aparcamiento subterráneo y realizó todos los procedimientos habituales para estar seguro de que no le seguían.
Las calles estaban abarrotadas por las compras de Navidad, pero no vio a nadie que le vigilara. Cuando llegó al aparcamiento, subió al coche, encendió un cigarrillo y durante diez minutos pensó en todo lo que le había dicho Molke sobre Kesser. Nada tenía el más mínimo sentido, y se preguntó si realmente no había cometido un error con Lothar Kesser.
Aparte de la palabra de Wolfgang Lubsch y de las dos fotos en la casa (una del militar que debía ser el padre de Kesser, y la otra de Kesser en compañía de Winter) no había nada que le implicara. Y todas las pistas parecían sugerir que Kesser todavía trabajaba en investigaciones gubernamentales. Apagó la colilla y encendió otro cigarrillo mientras decidía qué paso daría a continuación. Decidió que lo mejor sería concentrarse en la información disponible: los dos nombres que le había dado Birken con los números de afiliación del partido nazi próximos al número de Schmeltz: Otto Klagen y Wilhelm Busch, y el bosquejo obtenido de la libreta de Kesser. Más tarde llamaría al oficial de guardia y le daría los tres nombres para que averiguara sus antecedentes. Si por casualidad eran investigadores que trabajaban con Kesser, lo dejaría correr. Sacudió la cabeza, se sentía molesto y frustrado. Entonces apagó el cigarrillo y puso en marcha el Ford.
Salió del aparcamiento; tomó la carretera a Friedberg que le llevaba de regreso a la El 1 y hacia el sur, en dirección a Munich. En Friedberg se detuvo en el primer hotel que vio y entró en una de las cabinas de teléfonos del vestíbulo. En la guía de Renania Westfalia norte, buscó el número del hospital en Dusseldorf donde estaba internado Klagen.
Le dijo a la recepcionista que era pariente de Otto Klagen y le preguntó si el anciano seguía internado. La empleada consultó el registro y le respondió que Klagen seguía en el hospital. Acto seguido, Volkmann le pidió hablar con alguno de los médicos que estuvieran al corriente de su caso.
Esperó aproximadamente diez minutos hasta que una doctora se puso al aparato. El agente le dijo que era sobrino de Klagen y que telefoneaba desde Baviera para interesarse por la salud de su tío. Le preguntó si era posible visitarle y hablar con él.
-¿No le han dicho nada de su estado?
-Acabo de llegar del extrajero y no sabía nada de todo este asunto. ¿En qué estado se encuentra mi tío, doctora?

-Sufrió una hemorragia cerebral, señor Klagen. Está paralítico del lado derecho y prácticamente no habla. Si le visita no podrá comunicarse con él, pero desde luego puede usted venir si quiere.
-¿Cuándo cree que podrá recuperar el habla?
-Depende de sus progresos y de la terapia, señor Klagen, pero en estos momentos el pronóstico no es bueno y, además, apenas progresa. A su edad, me temo... ya me comprende.
Volkmann le dijo que lo comprendía y que volvería a llamar para interesarse por su evolución. Se despidió de la doctora y colgó. A continuación llamó a Érica. Le dijo dónde estaba, y la puso al corriente de la información de Birken y de la enfermedad de Klagen, pero no mencionó la conversación con Molke.
-¿Qué hay del segundo hombre, Busch? -le preguntó Érica cuando le oyó suspirar.
-Hay una hora de viaje de aquí a Dachau, así que voy para allá. Espero tener más suerte que con Klagen.
-¿Cuándo volverás?
-Depende de si encuentro o no a Busch. Aunque también puede suceder que le encuentre y no quiera hablar. Lo más probable es que regrese mañana. ¿Podrás arreglártelas sola?
-Claro, voy a dar un largo paseo por la Orangerie. Después volveré y me beberé tu vino mientras miro la televisión. ¿Puedo hacer algo más ?
-Manten la cama caliente -dijo Volkmann con una sonrisa-. Y cruza los dedos para que Busch goce de mejor salud que Otto Klagen. Te volveré a llamar.
Volkmann dejó la autopista El 1 a la altura de la salida de Obroth, y tomó una carretera secundaria al norte de Munich. A las cuatro llegó a la vieja ciudad de Dachau.
Dominada por un antiguo castillo, Dachau era una bonita ciudad bá-vara que parecía sacada de una postal.
A Volkmann le produjo una extraña sensación ver que aquella ciudad, que en otros tiempos había prestado su nombre a un infame campo de concentración, estuviera ahora iluminada para las fiestas navideñas como si allí nunca hubiera pasado nada. Incluso en el pequeño parque cercano a la estación de trenes un árbol de Navidad saludaba a los viajeros con sus luces de colores.
La dirección que le había dado Birken se encontraba en una calle de viejas casas edificadas antes de la guerra, a unos diez minutos a pie por la carretera que llevaba al viejo campo de concentración. En una de las ventanas vio un pequeño árbol de Navidad. Aunque llamó a la puerta repetidas veces, nadie le abrió.
Mientras pensaba en lo que haría, llegó una joven en un Volkswagen blanco. Rondaba los treinta y fue hacia la puerta cargada con varias bolsas de la compra. Volkmann le echó una mano.
-Muchas gracias -le dijo con una sonrisa, al tiempo que buscaba la llave en el bolso. Entonces miró a Volkmann con un poco más de atención y añadió-: Perdón, creo que no nos conocemos...
-Busco a Wilhelm Busch -contestó Volkmann sin pasar por alto que la joven no llevaba anillo de matrimonio-. Creo que vive aquí.
-¿Es amigo del abuelo?
-No, no nos conocemos. -Volkmann sacó sus credenciales y ella las miró por unos instantes.
-¿Es usted de la policía? -La muchacha empalideció-. Mi abuelo no estará medito en algún lío, ¿verdad?
-No, en ninguno, se lo aseguro. -Volkmann sonrió-. ¿Podría hablar con él?
-No está en casa.
-¿Sería tan amable de decirme dónde puedo encontarle?
-Mi novio lo llevó a Salzburgo para visitar a un pariente. Su hermana no se encuentra muy bien.
-¿Cuándo regresará?
-Mañana, pero no sé a qué hora. Llámele. ¿Puede decirme de qué se trata?
-Es un asunto privado, señorita Busch. Prefiero discutirlo con él.
-De acuerdo. -La joven pareció entenderlo-. Le diré que ha venido. -Dicho esto, abrió la puerta y entró en la casa.
Volkmann encontró un pequeño hotel al otro lado del parque, cerca de la estación, y alquiló una habitación para pasar la noche.
No le gustaba esperar, pero no podía hacer otra cosa. Ni siquiera había traído una muda de recambio, sólo una maleta vacía que guardaba en el maletero del coche. Entró en una farmacia que había cerca del

ayuntamiento, compró una maquinilla de afeitar y un bote de espuma, y en el camino de regreso al hotel, un par de calcetines, ropa interior y una camisa en una tienda del casco antiguo.
La habitación daba al parque. Después de asearse, bajó al bar del hotel y se tomó una cerveza. Cenó en un restaurante al final de la calle, y luego se acercó otra vez a la casa de Busch para comprobar que el anciano no había regresado antes de lo previsto; pero en la acera sólo estaba el Volkswagen blanco. Vio las luces en la planta baja y el árbol de Navidad encendido en la ventana.
Fue hasta el final de la calle y dobló a la izquierda para regresar a la ciudad; vio la carretera que conducía al campo. Cuando llegó al hotel, aparcó el coche y subió enseguida a su habitación para llamar al oficial de guardia en Estrasburgo.
Le atendió Delon, de la sección francesa. Volkmann le explicó que necesitaba informes de tres personas. Leyó los nombres de la libreta de Kesser y los deletreó.
-¿Tienes direcciones o descripciones?
-Lo lamento, André. No las tengo.
-Esto complica las cosas. ¿Qué buscas, Joe? ¿Algo en particular?
-Sólo quiero saber si estos nombres constan de alguna manera en los archivos y si están vinculados entre sí.
-¿En qué área? ¿La criminal?
-No lo sé, André, será una búsqueda abierta. Pero lo más importante es descubrir las vinculaciones.
-Si lo que pretendes es relacionarlos -comentó el francés, con un suspiro-, lo primero que debemos hacer es una búsqueda aleatoria de los nombres. Y eso quizá nos lleve algún tiempo.
-Me doy perfecta cuenta de ello, pero es un asunto prioritario. Si no tienes suerte con nuestro ordenador, pide ayuda a la sección alemana. A juzgar por los apellidos, quizá sea más fácil que se hallen en su terreno.
También cabe la posibilidad de que se trate de investigadores científicos del Gobierno. Si los alemanes te dicen que los expedientes están restringidos, abandona sin dar más explicaciones. ¡A ver qué encontramos!
Después le pasó los datos de la mujer de la que le había hablado Molkes, Hanah Richter, y le pidió a Delon que averiguara su paradero.
-De acuerdo -dijo Delon-. Esto me mantendrá ocupado el resto del turno. ¿En qué número te localizo?
-Si no estoy en la oficina, deja el mensaje en mi apartamento. Si atiende una joven, dile sólo que has llamado, o el oficial que llame que deje el nombre.
-¿Una muchacha? ¿Me puedes decir cómo es?
-Bonita, muy bonita. Pórtate bien, André.
Volkmann salió a dar un paseo por la ciudad para tomar el aire; se sentía inquieto. El viejo castillo, en lo alto de la colina estaba iluminado con reflectores amarillos, y Volkmann pensó que en la actualidad no había nada que pudiera sugerir a los turistas el terrible pasado de la ciudad; los crímenes y brutalidades cometidos en el campo de concentración de Dachau. Se trataba sólo de una pequeña ciudad de Alemania, como muchas otras, con las tabernas y las calles llenas de jóvenes alegres que disfrutaban del ambiente navideño. Les observó mientras pasaba por delante de los bares, con las jarras de cerveza alzadas, brindando a voz en grito y llenos de confianza.
Era casi medianoche cuando regresó al hotel. Le pidió una copa al portero de noche y se tomó un whisky doble para conciliar el sueño.
Acostado en la oscuridad de la habitación, pudo oír las voces en la calle a la hora en que cerraron los bares. Llegaban hasta su ventana con toda claridad. Algunos gritaban como sólo los alemanes pueden gritar. Poco a poco se fueron disipando, y, pasada la medianoche, sólo oyó el estruendo de un tren que pasaba por la estación al otro lado de la calle.

41

Volkmann se despertó a las ocho y después de desayunar dejó el hotel, cogió el coche y se dirigió a la casa de Wilhelm Busch. Era poco probable que el anciano hubiera vuelto tan temprano pero prefirió cerciorarse. El Volkswagen blanco no estaba y, cuando tocó el timbre, nadie le abrió. Regresó a la

ciudad y paseó por las calles durante casi una hora, sin poder librarse de aquella sensación que le inquietaba.
Pasó otra hora sentado en un banco del parque, delante de la estación, entretenido en la lectura del Frankfurter Zeitung. El pronóstico meteorológico anunciaba nevadas para las próximas veinticuatro horas; decidió que si Busch no aparecía a media tarde, se acercaría al viejo monasterio en las afueras de Salzburgo antes de que empeorara el tiempo y después tuviera problemas para regresar a Dachau.
No podía hacer otra cosa más que esperar. Fue a buscar el coche y subió a la colina que se alzaba al final de la ciudad. Descendió por el otro lado y, cuando atravesó el río Amper, vio el cartel que decía: "Niebelungenstrasse."
Cinco minutos más tarde llegó al viejo campo de concentración. El aparcamiento reservado a los autocares de turismo estaba vacío. Aparcó cerca de la nueva entrada y caminó hasta los portones. Ya no existían las vías del ferrocarril, pero sí el viejo foso cubierto ahora en parte de hierbajos y hojarasca. Las torretas de vigilancia todavía rodeaban el perímetro.
Los portones estaban abiertos, pero un cartel que colgaba de la alambrada anunciaba que no se admitían visitantes. Vio un camión cargado con materiales de construcción en el patio y al no ver a nadie entró.
El campo apenas había sufrido alguna modificación desde la guerra; eso sí, estaba limpio y arreglado. La barraca en forma de herradura que había servido de depósito y oficinas, albergaba, ahora un museo y un cine. A la derecha estaban los calabozos de máxima seguridad para los prisioneros que los SS mantenían aislados.
Todavía se conservaban las paredes de placas de cemento y las cercas de alambre de espino que rodeaban el perímetro; pero el único testimonio de las literas de barracones que habían ocupado los prisioneros eran dos construcciones solitarias de madera, réplica de las originales, reconstruidas para que los visitantes pudieran ver cómo habían vivido aquellas gentes en la miseria del campo. Frente al edificio administrativo se hallaba la Appellplatz, la explanada donde se pasaba lista cada mañana. Perpendicular a ésta estaba la Lagerstrasse, la larga calle que atravesaba todo el campo, y a la que habían dado en el pasado los barracones. Los portones originales, todavía con el cartel que decía: "Arbeit Macht Frei", se encontraban a la izquierda, justo en el centro de la garita de cemento que había servido para controlar la entrada a Dachau. Volkmann divisó una chimenea de ladrillos detrás de un bosquecillo de abetos; era el horno crematorio.
Había un cartel colgado en la pared del anexo moderno a la izquierda del edificio donde se hallaban el .museo y el cine que decía: "Administración."
Abrió la puerta y entró en una gran oficina; no había nadie. Vio numerosas estanterías metálicas llenas de libros y un cartel colgado en la pared en el que ponía: "Biblioteca de consulta." A la derecha había otra puerta; era la que daba entrada al museo. La abrió. La sala era muy amplia. Las luces del techo estaban encendidas y a través de las ventanas se colaba la luz gris del invierno.
Las paredes estaban cubiertas de murales con fotografías y había multitud de objetos en las vitrinas: un pila de gafas amontonadas como una escultura grotesca; los harapos de un uniforme a rayas de algún prisionero, con la estrella de David en amarillo cosida en una de las mangas... En el centro de la sala se erigía un terrible recordatorio de la brutalidad infligida en el campo: un potro de madera donde los SS azotaban a los presos.
En la pared de la izquierda otra serie de fotos: víctimas de los experimentos realizados en el campo; un tren de ganado de cadáveres; hileras de cuerpos irreconocibles que una vez habían sido hombres, mujeres y niños, tendidos al sol. En una de ellas, una joven esquelética con los ojos desorbitados abrazaba a una niña con las piernas como palillos; estaba apoyada contra la pared, y un oficial de la SS sonriente contemplaba los cadáveres, con las manos en las caderas. Volkmann no sabía por qué había ido allí, pero observó las fotografías durante un buen rato hasta que acabó asqueado por las imágenes de sufrimiento y tortura.
Se volvió al oír un ruido. En la puerta había una mujer con un montón de papeles en la mano. El agente supuso que pertenecía a la administración del campo. Parecía sorprendida por su presencia.
-¿Ha venido usted con los albañiles? -Al ver que Volkmann sacudía la cabeza, la mujer añadió-: El campo está cerrado al público. ¿No ha visto el cartel en la entrada?

Volkmann pasó junto a la mujer sin decir palabra y se marchó. Cuando subió al coche y salió del aparcamiento, estaba tan abstraído pensando en su padre que ni se fijó en el Volkswagen verde oscuro que le seguía cien metros más atrás.
La casa de Busch parecía tan vacía como antes, pero decidió parar y probar suerte. Tocó el timbre, y cuando se disponía a insistir vio una sombra a través del cristal esmerilado. Un hombre abrió la puerta. A pesar de la edad, era grande y fornido, y parecía estar en excelente forma física. Llevaba gafas de cristales tintados, gruesos, y un cárdigan de lana gris. Tenía el rostro lleno de arrugas y el pelo blanco como la nieve peinado hacia atrás. Le miró con aire severo.
-¿Sí? -preguntó con voz dura y en tono agresivo.
Volkmann le observó con atención. Vio que su piel mostraba un tinte amarillento que no era por efecto del sol, sino a causa de alguna enfermedad.
-¿El señor Wilhelm Busch?
-Sí, yo soy Wilhelm Busch. ¿Qué quiere?
-Señor Busch, deseo hablar con usted si es posible.
-¿De qué? ¿Quién es usted? -Volkmann sacó su identificación. El viejo la cogió con una mano arrugada y la observó durante unos instantes antes de mirar al agente-. Usted es la persona que vino ayer. Mi nieta me avisó de su visita. ¿Qué quiere? -volvió a preguntar con un tono fanfarrón mientras le devolvía las credenciales.
-Esperaba que pudiera ayudarme, señor Busch. Me gustaría hacerle algunas preguntas.
-¿Sobre qué?
-¿Podemos hablar dentro?
Busch se disponía a responder cuando sufrió un súbito ataque de tos. Sacó un pañuelo del bolsillo y se tapó la boca. Volkmann oyó el silbido de la respiración. En cuanto se recuperó, el viejo se limpió la boca y le invitó a pasar con un tono adusto.
El anciano le hizo pasar al recibidor y le señaló una puerta a la derecha mientras volvía a toser con fuerza.
-Espere allí, en el invernadero -le ordenó al tiempo que salía por otra puerta.
Volkmann abrió la puerta y entró en una sala de estar muy amplia. Al fondo había una escalera que bajaba al invernadero. La luz del sol entraba por las cristaleras y en la habitación hacía un calor sofocante. El lugar, decorado con muebles de caña y almohadones en tonos pastel, parecía cómodo. Una puerta entreabierta comunicaba con un jardín grande donde había una mesa de madera rústica y bancos. Una parte estaba destinada a huerto y en una esquina había una caseta para las herramientas pon el techo de pizarra. Las fotografías enmarcadas en las paredes de la habitación eran de su familia. Había una en blanco y negro de Busch vestido con el uniforme de oficial. Volkmann se sentó en uno de los sillones de caña. Al cabo de unos instantes apareció Busch. Tenía el paso ágil a pesar de la edad, pero cuando se sentó, se puso una mano sobre el pecho y le miró.
-Los años no perdonan, demasiados cigarrillos, señor Volkmann. La medicina sólo te alivia en parte. Y ahora dígame, ¿de qué ha venido a hablar?
El tono áspero en la voz de aquel hombre que tanto irritaba a Volkmann le sugirió que estaba acostumbrado a dar órdenes. Recordó entonces con toda claridad las imágenes que había visto en el museo aquella misma mañana y cuando miró la foto de Busch con el uniforme, sintió rabia. Se dirigió a Busch en un tono seco.
-¿Sabe qué es la DSE, señor Busch?
-Sí, he oído mencionarla.
-Usted estuvo con la organización Gehlen después de la guerra. Era oficial de inteligencia.
-Efectivamente. Pero ¿qué tiene que ver eso con... ?
-Durante la guerra usted sirvió como oficial en la Abwehr.
-Eso fue hace mucho tiempo. -En los ojos llorosos de Busch apareció una mirada alerta-. ¿Quizá si quisiera decirme de qué se trata?
-Investigo un caso. Esperaba que usted pudiera ayudarme.
Busch vaciló. Esbozó una sonrisa y cuando habló, lo hizo con un tono más amable.

-Señor Volkmann, me retiré del servicio de inteligencia hace muchos años. Ya no estoy vinculado a él, ni siquiera indirectamente. Por lo tanto, no entiendo para qué necesita mi ayuda.
Volkmann le puso al corriente del asesinato de Hernández y del artículo que preparaba el periodista. Cuando mencionó la casa en el Chaco y a su propietario, el agente vio que Busch fruncía el entrecejo, confundido.
-Señor Busch, el propietario de la casa se afilió al partido nazi en Munich, en 1927. Su número de afiliado era el seis-ocho-nueve-seis-cuatro. Doce números más que el suyo.
-Ahora lo entiendo -comentó Busch, y desvió la mirada por unos instantes antes de añadir-: ¿Cómo me ha encontrado, señor Volkmann?
-¿Conoce el Centro de Documentación de Berlín?
-Desde luego.
-Pedí que revisaran los archivos de afiliados al partido nazi y que los cruzaran con los del WAST, donde se guardan los antecedentes de los militares que solicitan una pensión. Así conseguí su dirección. En Alemania sólo quedan dos personas vivas con números de afiliados próximos al del hombre que le mencioné. Usted es una de ellas.
Volkmann le habló de Otto Klagen, mientras él se limitaba a asentir con la mirada puesta en el jardín. El calor era cada vez más sofocante y Busch se movió incómodo en su sillón.
-Y dice que aquel hombre de Paraguay está muerto -manifestó el viejo-. No lo entiendo. ¿Qué relación puede tener pues con la muerte del periodista?
-Como es obvio, ninguna, señor Busch, pero era el dueño original de la casa y la finca donde encontramos la foto, y su pasado es muy confuso. En la casa vivía alguien emparentado con él y que puede estar implicado en el asesinato. Me ayudaría saber algo más de aquel hombre. -Volkmann hizo una pausa-. También descubrí que mientras vivía en Paraguay, el primer propietario recibió grandes sumas de dinero procedentes de Alemania, antes y durante la guerra. No sé la razón. Confiaba en que usted le recordara y me ayudara a clarificar un poco la cuestión. -El agente miró al viejo-. Sé que resulta difícil, señor Busch, pero usted es la única conexión que tengo.
-Señor Volkmann -contestó Busch, en un tono más amable-. Hablamos de épocas que ya quedan muy lejos.
-Lo sé. Lo único que le pido es que mire una foto y me diga si reconoce a la persona que aparece en ella.
Antes de que Busch pudiera responder, Volkmann sacó la foto de Erhard Schmeltz del billetero y se la alcanzó. El viejo la cogió y emi-tigó un suspiro. Le echó una ojeada, después miró a Volkmann y sacudió la cabeza.
-El rostro... Lo siento, no lo recuerdo. Además, mi vista ya no es tan buena como antes. Lamento que haya perdido el tiempo. -Iba a devolverle la foto cuando le preguntó-: ¿Cómo se llamaba?
-Erhard Schmeltz. Era de Hamburgo. Pero se afilió en Munich. -Los ojos del viejo se animaron. Miró otra vez la foto, y cuando volvió a mirar al agente, Volkmann vio la expresión de incredulidad en el rostro del anciano-. ¿Le recuerda?
-Sí, le recuerdo -contestó Busch, con voz pausada.
-¿Está seguro?
-Estuve con él muchas veces. -El viejo estaba pálido-. Y el nombre, sí... lo recuerdo. Erhard Schmeltz. De Hamburgo.
-¿ Qué puede decirme de él ?
Busch dudó, después miró hacia el jardín; de pronto parecía sentirse muy incómodo. Se volvió hacia Volkmann.
-¿Le importa si salimos al jardín, señor Volkmann? -preguntó con una voz mucho más amable-. El calor... necesito que me dé el aire.
Volkmann asintió. El anciano se puso de pie y caminó tambaleándose hacia la puerta.
Se sentaron en los bancos de madera junto a la mesa rústica. Busch todavía tenía la foto de Schmeltz en la mano y volvió a mirarla. Cuando levantó la vista, no miró a Volkmann sino a los árboles frutales que crecían al fondo del jardín.
-Erhard Schmeltz, de Hamburgo -dijo con voz cascada-. Sí, señor Volkmann, le conocía.
-¿Qué puede decirme de él?

-¿Qué quiere saber?
-Cómo era, cuándo usted le conoció. Cualquier cosa que me pueda ayudar.
-Era amigo de mi padre -contestó Busch, abstraído-. Así fue como conocí a Erhard Schmeltz. Había combatido en la Primera Guerra Mundial, así que era mucho mayor que yo. Él y mi padre trabajaron juntos durante un tiempo. ¿Cómo era? Era un hombre grande, duro y en el que se podía confiar. Pero no dejaba de ser un campesino, no tenía nada de intelectual. La clase de hombre que obedece órdenes, pero no las da.
-¿Cómo le conoció?
-Fue en el invierno de 1927, poco antes de que me afiliara al partido. En aquellos tiempos, el movimiento nazi ganaba terreno. Alemania había salido de la guerra sin nada. -Busch miró a Volkmann-. La gente dice que ahora las cosas van mal, pero en aquellos años, créame, iban peor. ¿Sabe lo que es ir a la panadería a comprar una barra de pan con una carretilla llena de billetes, señor Volkmann? Una locura. Pero así estaban las cosas en los años veinte.
-Cada día había manifestaciones, marchas de protesta y los anarquistas armados rondaban por las calles. Alemania vivía sumergida en el caos. Nadie encontraba un trabajo decente. Cuando la gente vio a los profesores de la universidad vendiendo baratijas y cerillas por las esquinas, comprendieron que estaban perdidos. -El anciano se quitó las gafas y se frotó los ojos-. Mi padre fue soldado en la Primera Guerra Mundial, como Schmeltz. Al regresar a casa, después del armisticio, no encontró nada más que trabajos mal pagados. íbamos de pensión en pensión, subsistiendo de mala manera, sin contar con el pan suficiente para alimentar a una familia hambrienta.
"Entonces llegaron los nazis. Prometieron prosperidad, trabajo y esperanza. Prometieron que Alemania volvería a ser grande. Los que se ahogan se aferran a un clavo ardiendo, y los alemanes nos ahogábamos, créame. Desde luego hubo que pagar un precio, pero eso fue mucho más tarde.
Busch dejó de frotarse los ojos y miró a Volkmann.
-¿Quizá se pregunte qué tiene todo esto que ver con Schmeltz? Nada, excepto que quiero que comprenda cómo era la situación y cómo llegamos a conocernos.
-Háble me de él -dijo Volkmann en voz baja.
-Schmeltz y mi padre eran obreros de la misma fábrica en Munich. Un día, a principios del invierno de 1927, la fábrica cerró. Aquella tarde, mi padre y sus compañeros salieron a emborracharse para olvidar las penas y después mi padre trajo a algunos de ellos a casa para que conocieran a la familia.
"Mi padre y sus amigos estaban muy borrachos y muy abatidos -añadió Busch-. Uno de aquellos hombres era Erhard Schmeltz. Se hallaban todos en la cocina comiendo sopa y pan. Conversaban de la situación desesperada por la que atravesaba Alemania. Yo les escuchaba. Schmeltz, le recuerdo, era un hombre tranquilo. En la fábrica había llegado a capataz. Diligente y responsable. La pérdida del cargo le había desquiciado. Mientras cenaban sacó el tema de los nazis. La mayoría de los presentes eran simpatizantes de los comunistas o los socialistas. Mi padre era apolítico. Schmeltz afirmó que pensaba apoyar a los nazis y que se afiliaría al partido. Insistió en que ellos representaban la única esperanza para Alemania y animó a mi padre y a los demás a que hicieran lo mismo. Cuando rechazaron su oferta, Schmeltz intentó convencerme a mí. Yo era un muchacho y me dejé impresionar por su entusiasmo y por el hecho de que conocía a Hitler y a otros de los nazis importantes. Una semana después presenté la solicitud y me aceptaron.
-¿Veía a Schmeltz con frecuencia?
-Después de aquella noche no volví a verle hasta al cabo de un año. Me afilié al partido sin la recomendación de Schmeltz. No éramos lo que se dice amigos íntimos. Él tenía muchos más años que yo, pero llegué a conocerle.
-¿Dice que conoció a algunos de los nazis importantes? ¿A quién en concreto?
Busch contempló los árboles desnudos del jardín mientras pensaba.
-Himmler, Goering, Bormann -contestó-. Él y Hitler eran viejos camaradas. Habían servido juntos en el mismo regimiento. Más tarde me enteré de que Himmler le había recomendado. Pero eso es todo lo que sé. Nunca más le oí hablar de sus vinculaciones. En realidad, era un hombre muy reservado, pero dentro del partido tenía un cierto prestigio.
-¿Qué cargo ocupaba?

-Nada importante. -Busch se encogió de hombros-. Sólo era un funcionario del partido. Ayudaba en las campañas electorales y hacía de guardaespaldas. Le vi muchas veces en los mítines del partido y en las cervecerías de Munich, en compañía de algunos de los jefazos. Sobre todo de Himmler y Bormann. Pero no era la clase de hombre que pudiera llegar a la cumbre. Sólo era un campesino. Lo fue hasta que la depresión de Weimar le arruinó y entonces se marchó al sur, a Munich, con su hermana. Tenía más músculo que cerebro, pero era un afiliado leal y de confianza.
-¿Schmeltz iba uniformado?
-Sí, lo iba. Botas de montar negras, quepis y camisa parda. El uniforme de la SA.
-¿Sabía que Schmeltz emigró a Suramérica, señor Busch?
-No, no lo sabía, pero acaba de aclararme un viejo misterio.
-¿A qué se refiere?
-En algún momento de 1931, Erhard Schmeltz desapareció. Nadie sabía adonde había ido. Pero si lo que dice usted es cierto, ahora ya lo sé.
¿Sabe usted la razón por la que Schmeltz podría haber decidido emigrar a Paraguay? Si era un miembro leal del partido, ¿por qué dejó Alemania?
Busch se volvió para mirar a Volkmann con aire solemne.
-Pero ¿por qué está usted interesado en todo esto, señor Volkmann? Estas cosas sucedieron hace más de sesenta años. ¿Qué importancia pueden tener ahora?
-No lo sé exactamente, pero creo que la tienen. ¿Sabe por qué Schmeltz acabó en Paraguay, señor Busch?
-No, no lo sé. -El viejo movió la cabeza mientras pensaba-. Pero recuerdo los rumores que corrieron después de su desaparición.
-¿ Qué rumores ?
-Dijeron que le había hecho una trastada a uno de los altos cargos y que le habían asesinado. Pero circularon tantos... También se decía que le habían enviado a una misión secreta. Que se había visto forzado a dejar el país. No puedo decirle cuál de los rumores era verdad. Todo lo que sé es que un día estaba allí, y al siguiente había desaparecido. Además, por aquel entonces ocurrían muchas cosas en el partido, y no tardaron en olvidarse de Schmeltz. -El viejo vaciló-. ¿Dijo que traía la fotografía de... una mujer?
-Sí.
-¿Puedo verla?
Volkmann sacó la foto del bolsillo y se la dio. Busch la observó.
-¿Recuerda haber visto a esta mujer con anterioridad, señor Busch?
-A mi edad cuesta recordar las caras. La muchacha puede ser cualquiera. Además, no veo muy bien. ¿Sabe su nombre?
-No. Sólo había una fecha anotada en el dorso de la foto original. Once de julio de 1931.
-¿Eso es todo?
-Sí, es todo.
Busch volvió a mirar con atención la foto y sacudió la cabeza.
-Por un momento pensé que podía ser la hermana. La veía con frecuencia, pero no es ella.
-¿Quizá fuera su esposa, o su novia?
-No, de ninguna manera -afirmó Busch-. Schmeltz no era un mujeriego. Sólo era un paleto que se ponía muy inquieto en presencia de una mujer. -El viejo hizo una pausa. Pareció que iba a decir alguna cosa más, pero no fue así. Después, mientras el agente guardaba la foto, le preguntó-: No me está diciendo todo lo que sabe, ¿verdad, señor Volkmann?
Las nubes ocultaron el sol y el aire se volvió helado; una ráfaga de viento agitó las hojas muertas que cubrían el jardín.
-Erhard Schmeltz emigró a Paraguay en noviembre de 1931 -respondió Volkmann-. Según los archivos de Asunción, llegó acompañado de su mujer, Inge, y de su hijo, un niño llamado Karl. Schmeltz declaró la posesión de cinco mil dólares amÉricanos. Dos meses más tarde, recibió un giro de Alemania por otros cinco mil dólares más. A continuación, y a intervalos regulares de seis meses, recibió más giros por el mismo importe. Al principio, las transferencias se realizaban de forma privada. Cuando los nazis

llegaron al poder, el Reichsbank se encargó de las transferencias hasta el fallecimiento de Schmeltz, ocurrido en Asunción en 1943. A partir de ese momento la viuda fue la be-neficiaria de los giros hasta febrero de 1945.
"Me gustaría saber por qué Schmeltz recibió ese dinero, señor Busch. Quizá no tenga relación con el caso que investigo, pero me gustaría saberlo. Forma parte del rompecabezas que intento recomponer. -Incluso en la luz pobre del atardecer, vio que el viejo le miraba con los ojos desorbitados y el rostro pálido. Le pareció que iba a decir algo, pero el hombre permaneció en silencio-. ¿Le ocurre algo?
-No -contestó el anciano.
-¿Quizás algo de lo que dije le sorprendió?
-Todo lo que ha dicho hasta ahora sobre Schmeltz me ha sorprendido. -Busch desvió la mirada y contempló el paisaje. Seguía con el rostro blanco como la leche-. ¿Sabe quién enviaba el dinero a Schmeltz?
-No tengo ni la menor idea. Debió de ser alguien con autoridad. Tuvo que serlo si el Reischbank estaba de por medio.
-¿Puedo hacerle una pregunta, señor Volkmann?
-Desde luego.
-¿Sabe usted por qué le enviaban el dinero?
-No lo sé. Pero a usted le sorprendió saber que Schmeltz recibía unas sumas tan considerables.
-No se extrañe. No era un hombre rico. Por lo menos cuando yo le conocí. Y no se me ocurre ningún motivo para que recibiera tanto dinero.
-¿Cree posible que Schmeltz hiciera de banquero para alguien, al que ayudara a guardar dinero en secreto? ¿Alguien muy importante del partido?
Busch pensó unos instantes la respuesta.
-Es posible. Cuando trabajé en la organización Gehlen después de la guerra, me enteré de cosas como ésa. Alemanes en el extranjero que ayudaron a los nazis a abrir cuentas secretas. Pero eso ocurrió sobre todo al final de la guerra, cuando todo el mundo sabía que la derrota era inevitable. No antes. Y la mayoría de las cuentas estaban en Suiza.
-¿Alguna vez oyó mencionar el nombre de Schmeltz en relación al tema?
-No, señor Volkmann.
El agente observó al anciano. Algo le preocupaba aunque no lo decía.
-Permítame una última pregunta, señor Busch. -El viejo le miró abstraído-. Durante sus servicios como oficial de inteligencia en la Abwehr, ¿conoció a alguno de los oficiales de la división Leibstan-darteSS?
-Sí, conocí a varios.
-¿Le suenan los nombres de Heinrich Reimer o Lothar Kesser?
-¿Eran oficiales de la Leibstandante?
-Los dos. El primero fue comandante en 1944. El segundo general.
-El nombre de Heinrich Reimer no lo he oído nunca. No recuerdo a ningún oficial de la Leibstandarte que se llamara así. Pero me parece que oí mencionar a Lothar Kesser. Sólo de pasada. No creo que llegara a conocerle.
-¿Alguna vez oyó citar algo llamado el testamento de Brandeburgo?
Busch se volvió bruscamente para mirar sorprendido a Volkmann.
-¿Qué tiene eso que ver con lo que discutimos?
-Digamos que simplemente surgió en una conversación. ¿Por qué, lo había oído mencionar?
-Sí, oí hablar del tema.
-Dígame qué era.
-Sólo vieja propaganda nazi, señor Volkmann.
-¿A qué se refiere?
-Al parecer, a finales de febrero de 1945, dos meses antes de que acabara la guerra, se celebró una reunión en el bunker de Hitler en Berlín, ubicado debajo de la cancillería, cerca de la puerta de Brandeburgo. Se suponía que era alto secreto, pero en la Abwehr nos llegaron rumores. Los oficiales de la SS más leales a Hitler habían asistido a ella. La mayoría de la Leibstandarte, su guardia personal. La gente que merecía toda su confianza. Incluso ellos sabían que la derrota era inminente, pero ninguno se

atrevía a reconocerlo en público. Todo y así, hablaron de reagruparse para continuar la guerra. Al parecer, el testamento era un legado propuesto por Heinrich Himmer, y refrendado por Hitler.
-¿Qué clase de legado?
-Señor Volkmann, sólo se trataba de tonterías propagandísticas. Se lo juro.
-De todos modos, explíquemelo.
-En el caso de que Alemania fuera derrotada, el oro y las divisas atesoradas por el Reichsbank y la SS serían enviadas en secreto a Suramérica y también escondidas en algunos lugares de Alemania. Afirmaba que, en el momento oportuno, resucitarían al partido. Se puede decir que era un proyecto para restaurar en secreto el nazismo. Cuando nos enteramos en la Abwehr, todos nos reímos, sabíamos que era una promesa imposible de cumplir. La locura de unos hombres desesperados, señor Volkmann, como los famosos hombres lobos de Goebbels, el ejército secreto que desestabilizaría Alemania durante la ocupación aliada. -Busch descansó un momento-. El testamento acabó en agua de borrajas. Es cierto que después de la guerra se enviaron oro y divisas a Suramérica, pero la mayor parte se utilizó para que un grupo de escogidos vivieran como ricos durante el resto de sus días. Sin embargo, las cantidades que dice que recibió Schmeltz y las fechas, lo excluyen de cualquier relación con el testamento, ¿no le parece?
Volkmann asintió. Busch permaneció en silencio durante un buen rato. Cada vez hacía más frío en el jardín. El viejo consultó su reloj y se puso de pie lentamente.
-Creo que debo dejarle. Tengo cosas que atender.
-Gracias por su ayuda -le dijo Volkmann.
Busch le acompañó hasta la puerta y, cuando estaba a punto de despedirse, le formuló una pregunta.
-La operación de contrabando que mencionó, señor Volkmann ¿cree que se trata de oro?
-En realidad, no lo sé.
-Yo en su lugar no le daría mucha credibilidad a la historia del testamento -comentó el viejo con una sonrisa. Volkmann asintió-. Una cosa más. Algo que quizá le interese. No sé si es importante. Pensaba decírselo antes, pero me perdí en la discusión. -El anciano hizo una pausa-. Se refiere a Schmeltz. Dice que se marchó a Suramérica con su esposa y su hijo.
-Es lo que consta en los archivos paraguayos.
-¿Cómo se llama el niño?
-Karl.
-¿Cuándo nació?
-Según los archivos tenía cuatro meses cuando llegaron a Paraguay.
-Señor Volkmann -afirmó Busch, rotundamente-, no podía ser la esposa de Echard Schmeltz y el niño tampoco era su hijo.
Volkmann miró al viejo sin entender muy bien lo que decía.
-¿Porqué?
-Porque Schmeltz nunca se casó, señor Volkmann. Al menos no en Alemania. Tampoco tenía hijos, que yo sepa. Y la mujer que emigró a Suramérica con él tenía que ser su hermana. Cuando vi la foto pensé que podía ser ella, pero me equivoqué. Recuerdo que se llamaba Inge. Era una campesina poco agraciada y torpe; nunca se casó ni tuvo hijos. Vivía con su hermano y desapareció con él. -Busch hizo una pausa y sacudió la cabeza-. Así que el niño que dice que se llevaron con ellos a Paraguay, no podía ser su hijo.

42

Volkmann llegó a Schliersee alrededor de las cinco y media de la tarde. Veinte minutos después ya había dejado atrás Hundham, y el Ford subía sin problemas por las suaves pendientes donde comenzaba el Wendelstein.
Consultó el plano que le había dibujado Molke. Había una carretera secundaria que llevaba a Hundham, y, en el mapa, el monasterio aparecía a ocho kilómetros de la ciudad en dirección sureste sobre la carretera a Waldweg.
Había nieve en las colinas más lejanas. A pesar de que el tráfico de regreso a la ciudad era intenso, se encontró solo en cuanto salió de la carretera en la desviación a Waldweg.

Volkmann siguió ese camino sinuoso y solitario, flanqueado a ambos lados por abetos, hasta que pasada una curva se acabó el asfalto. A la luz de los faros vio un puente de piedra angosto, y, al otro lado, los portones de madera del monasterio, encastrados en un muro muy alto.
Dejó los faros encendidos; se disponía a bajar del coche cuando su instinto le dijo que cogiera la Beretta. La sacó de la guantera y la guardó en el bolsillo junto con la linterna.
El muro, que al parecer rodeaba el viejo monasterio, tenía grietas y la cumbrera se venía abajo, pero era muy sólido y no había brechas. Sobre los portones había un crucifijo de hierro carcomido por el óxido; el agua de la lluvia había dejado una marca de herrumbre en la piedra. En el centro se abría una poterna. El agente encendió la linterna antes de apagar los faros.
Caminó hasta los portones.Tanteó la puerta y ésta se abrió al tiempo que las bisagras oxidadas emitieron un chirrido. Entró en un patio adoquinado muy amplio; era el claustro. A la luz de la linterna pudo ver las arcadas de las galerías laterales, una carretilla de mano rota y montículos de basura por doquier. Mientras avanzaba, sus pisadas resonaban en la oscuridad.
Un poco más allá se alzaba un edificio, más alto que el claustro, y, a un lado, el campanario. Se acercó a la galería de la izquierda. Olía a excrementos y en las paredes faltaban trozos de argamasa. Entonces advirtió que había varias puertas. Una de ellas estaba abierta. Volkmann entró. Era un cuarto que probablemente había servido de despacho. Aún quedaban algunos restos del mobiliario: una silla rota y un pesado escritorio que olían a madera podrida. Permaneció allí hasta que no pudo soportar más el hedor.
Una arcada de ladrillos daba a un pequeño patio, rodeado por un camino con el pavimento roto, y en el que todavía se podían ver unos cuantos árboles frutales. En el centro había una vieja fuente llena con agua de lluvia. Movió la linterna de un lado a otro hasta que dio con el edificio y la torre al fondo del jardín.
Se trataba de una iglesia pequeña: la nave, el campanario y un presbiterio minúsculo. La puerta de la sacristía estaba entreabierta, el portal cubierto por una mata de hiedra seca, ramas retorcidas y nudosas. Cuando empujó la puerta sonó un crujido que retumbó como un trueno en el interior. La luz de la luna se colaba por los agujeros abiertos en las vidrieras emplomadas, y alumbraba los viejos bancos.
El lugar olía a moho y a orín. Se disponía a salir cuando vio una sombra en la pared de la izquierda. Alumbró el lugar con la linterna y descubrió que era el rellano de una escalera. Los peldaños bajaban y se perdían en las tinieblas. Dirigió el rayo de luz hacia abajo pero no vio nada.
Bajó con mucha precaución hasta que se encontró en los sótanos de la iglesia. Al final de la escalera había una puerta de madera. Volkmann sujetó el picaporte de hierro y lo movió. La puerta se abrió sin más, aunque el chirrido que emitió le produjo dentera.
Comunicaba con un amplio almacén en el que había una gran cantidad de sacos de yeso y cemento apilados contra las paredes y, en un rincón, una pila de botes de pintura. Volkmann revisó los sacos. Eran nuevos y había suficientes para encalar todo un edificio. Entonces oyó un ruido. Permaneció inmóvil. Eran pasos.
Sacó la pistola y le quitó el seguro. Los pasos parecían provenir de la nave. Salió del almacén, apagó la linterna cuando puso el pie en el primer escalón y, al llegar al rellano superior, escudriñó el interior de la iglesia. No vio ni oyó nada.
Unos segundos después volvió a producirse el mismo ruido, esta vez a la derecha, cerca de la puerta de la sacristía. Le pareció oír el roce de un zapato. Avanzó en la oscuridad con el arma preparada y en tensión. Se detuvo junto a la puerta. Del interior de la sacristía le llegó el sonido muy débil. Notó que el sudor le recorría la frente. Una vez más se repitió el roce, seguido de más pasos.
Sin perder ni un instante, encendió la linterna y se lanzó por la abertura con la Beretta por delante en busca de un blanco. La habitación estaba vacía. Había otra puerta que daba al exterior. Al otro lado encontró otro claustro más grande que el anterior rodeado por tres galerías cerradas y un cuarto que daba a un espacio abierto. A la luz de la luna vio las lápidas medio inclinadas.
Volvió a escuchar los pasos que avanzaban poco a poco. Dirigió el rayo de la linterna hacia las arcadas y entonces vio que una silueta corría hacia el jardín situado a su espalda. La figura desapareció en las sombras acompañada por el eco de las pisadas.

Volkmann corrió hacia el primer claustro, el que daba a los portones. Al entrar en el patio, vio que el intruso se movía entre las arcadas. Entonces, de pronto, la figura se detuvo, se volvió y realizó dos disparos. Los impactos de las balas dieron en la pared justo por encima de la cabeza del agente que se apresuró a refugiarse entre las sombras.
Respondió al ataque con tres disparos dirigidos hacia la oscuridad; oyó cómo las balas chocaban contra los ladrillos y resonaban en todo el patio; sin embargo, el atacante ya había desaparecido. Sólo cuando se apagó el eco del tiroteo, pudo oír los pasos que se alejaban en dirección a la carretera.
Un segundo después escuchó el rugido de un motor, seguido por otras dos detonaciones, un portazo, y el chirrido de neumáticos. Echó a correr hacia los portones. Salió a tiempo para ver las luces traseras de un coche que se alejaba carretera abajo. Acto seguido corrió hacia el Ford dispuesto a iniciar la persecución, pero se encontró con la desagradable sorpresa de que el fugitivo le había perforado a tiros los neumáticos delanteros.
Se volvió y soltó una maldición. Las luces rojas brillaron un momento entre los árboles para después desaparecer en la oscuridad.

Tardó casi una hora en llegar a un área de servicio en la autopista, y tuvo que esperar otra media hora más a que un empleado de mala gana le pusiera dos neumáticos nuevos. Cuando por fin se dirigió de regreso al monasterio, eran casi las nueve. Esta vez tuvo la precaución de dejar el coche a medio kilómetro de la carretera de Waldweg y cubrió a pie el resto del camino. En el recorrido que hizo rodeando el muro antes de entrar en el convento, sólo encontró las huellas de los neumáticos del coche de su atacante. También descubrió que el puente de piedra salvaba un foso lleno de agua.
Calculó que el convento ocupaba una extensión de unas dos hectáreas, cerradas por el muro de piedra. A pesar de los años, los edificios se conservaban bastante bien, y, además, no había nada extraño ni en el monasterio, ni en los edificios anexos ni en los claustros. Se preguntó una vez más por qué motivo lo habría dibujado Kesser en la libreta. Buscó sin éxito los casquillos de bala en el lugar desde donde le habían disparado. Su atacante había usado un revólver en lugar de un arma automática.
Fue hasta el antiguo cementerio y caminó entre las lápidas. La mayoría de las tumbas eran de antes de la guerra y la más reciente llevaba una inscripción de veinte años atrás. No vio tierra removida ni pruebas de que nadie hubiera profanado las tumbas.
Regresó por la carretera de Augsburg. Se detuvo dos veces a tomar café y aprovechó para ver si alguien le seguía, pero no vio a nadie; a aquellas horas el tráfico era fluido y en esas condiciones se hubiera dado cuenta de cualquier cosa. Pensó en los ocupantes del coche. "¿Gente de Kesser o de la Landesamt?" Si hubieran pertenecido a la Landesamt le habrían tratado de otra manera, no habrían disparado contra él ni destrozado los neumáticos del coche. Por lo tanto sólo quedaban los secuaces de Kesser. No había dejado de mirar por el retrovisor durante todo el trayecto desde Estrasburgo a Augsburg, y estaba seguro de que nadie le había seguido. Entonces pensó en la muchacha; ella era la única que sabía lo de su viaje a Dachau.
Había estado tan preocupado que se olvidó de comprobar si le seguían. Tendría que haber escuchado el consejo de Molke.
Eran casi las tres de la mañana cuando entró en el apartamento. Érica dormía en su cama con la lámpara de noche encendida. Volkmann la miró, el pelo rubio disperso sobre la almohada, y se preguntó si no había sido un loco por confiar en ella. Apagó la luz, cerró la puerta y entró en la cocina. Se sirvió un copa y se bebió la mitad de un trago. Cuando volvió a la sala vio la nota enganchada en el teléfono. "Ha llamado André. Quiere hablar contigo." Marcó el número del oficial de guardia y éste contestó con voz somnolienta.
-¿Has tenido suerte con los nombres? -le preguntó Volkmann.
-Depende de como se mire, Joseph. Los tres nombres que me diste, Henkle, Trautman y Klee, no figuran en nuestros ordenadores. Hay un Franz Henkle, pero es holandés, y le buscan por contrabando de estupefacientes. Los busqué en todas las áreas, no existen. Así que se los pasé a la sección alemana tal como me dijiste.
-¿Y?

-Respondieron casi en el acto. Querían saber si sabíamos algo sobre esas personas y de qué iba la historia. No les he dicho nada, sólo que era una lista de nombres que me habían dado para comprobar y que si averiguábamos alguna cosa, ya les llamaría.
-¿Qué dijeron los alemanes?
-Si se trata de las mismas personas, los asesinaron a los tres en los últimos seis meses.
-¿Cómo murieron?
-A Henkle lo atropelló un coche que se dio a la fuga, pero se sospecha que fue un homicidio. Eso pasó hace seis meses. A Klee le dispararon, igual que a Trautman. El asesinato de Klee ocurrió hace cuatro meses; el de Trautman, hace cinco. Ninguna de las víctimas tenía antecedentes delictivos. Hombres de mediana edad, clase media, absolutamente normales. Ningún testigo, ningún arresto ni sospechosos. Por eso los alemanes tienen tanto interés en saber si tenemos algo. -El oficial hizo una pausa-. ¿Se puede saber en qué te has metido, Joe?
-No lo sé, André. -Anotó los detalles en un bloc-. ¿Tienes algo más?
-Sólo los datos esenciales. Henkle y Trautman eran de Essen. Klee de Rostock. Henkle era oficial de carrera en el Ejército: comandante, cincuenta y dos años, casado, con dos hijos mayores. Trautman, empresario, un año mayor, divorciado. Klee era funcionario civil, destinado a Alemania Oriental después de la caída del Muro. Casado, sin hijos. Cuarenta y ocho años. Eso es todo. Si quieres ver los informes de homicidios tendrás que pedirlos por las vías oficiales.
-¿Qué hay de una probable conexión, André?
-Se lo pregunté a la sección alemana. Aparte del hecho de que los tres fueron asesinados no hay ninguna conexión más entre ellos, pero están ansiosos por saber cualquier cosa en este sentido. ¿Te sirve de algo?
-No mucho, André. Pero es algo. ¿Qué sabes de Hanah Richter?
-En la universidad están de vacaciones. Pero conseguí el número del decano de Stuttgart en la jefatura de policía de Altstadt y le llamé. Recordaba a la mujer. Se jubiló hará cosa de diez años. Regresó a Nicolassee en Berlín de donde era su familia. Tenía la dirección en una agenda vieja, pero no el número de teléfono. Yo lo averigüé por la operadora. ¿Quieres anotarlo?
Volkmann tomó nota y después le dio las gracias.
-A mandar. Saluda a la muchacha de mi parte. Parece legal.
Volkmann se sentó en el sofá. Bebió un trago de whisky mientras analizaba la información que le había transmitido André. Era obvio que existía una vinculación con Kesser, y se preguntó por qué motivo habrían asesinado a aquellos tres hombres. El hecho de que los nombres figuraban en la libreta significaba que, incluso en el caso de que Kesser trabajara para el Gobierno, estaba implicado. El próximo paso sería detenerle, pero para hacerlo tendría que pasar por la sección alemana.
Sin embargo, faltaba una pieza del rompecabezas. Los tres hombres eran personas de clase media sin ningún antecedente en particular. Lo mismo que Rauscher y la mujer, Hedda Pohl. Todos eran de mediana edad y la única conexión que se podía establecer, aparte de su estatus social, era que todos habían nacido en la época nazi, pero esto no le servía de mucho.
Pensó otra vez en el atacante del monasterio. Seguramente el coche le había seguido por la autopista y después por la carretera de Waldweg con las luces apagadas. Buscó el cásete en su maletín y lo metió en la platina del magnetófono. Se fumó un cigarrillo antes de colocarse los auriculares y poner el aparato en marcha.
Escuchó la grabación media docena de veces, las voces que hablaban en la oscuridad. Se sabía las palabras de memoria, conocía cada inflexión.
"¿El cargamento?"
"Lo recogerán en Genova tal como acordamos."
"¿Y el italiano?"
"Será eliminado, pero quiero estar seguro de que no despertaremos sospechas con la carga. Considero prudente esperar a que Brande-burgo sea operativo. Entonces nos ocuparemos de él y de los demás."
Pausa.
"Aquellos que han jurado lealtad... debemos de estar seguros de ellos".
"He confirmado los juramentos. Y no hay dudas sobre sus antecedentes."

"¿Y el turco?"
"No veo ningún problema."
"¿Y la muchacha? ¿Estás absolutamente seguro de que podemos confiar en ella?"
"No nos fallará.Te lo aseguro." Pausa. "¿Hay algún cambio en la lista de nombres...?"
"Los matarán a todos."
Cuando le venció el cansancio, apagó el magnetófono y se quitó los auriculares. Entonces se levantó y se acercó a la ventana para observar el patio. Nada se movía; tampoco había ningún coche desconocido en el aparcamiento. Al volverse oyó a Érica farfullar en sueños.
Hacía calor en la sala y decidió dormir en el sofá. No tenía ni ánimos para ir al dormitorio de invitados. No quería despertarla y tampoco tenía ganas de hablar con ella en estos momentos. Estaba demasiado preocupado y confuso.
Le dolía la cabeza; cerró los ojos y se masajeó las sienes mientras intentaba despejar la mente, pero no dejaba de escuchar las voces. ¿Cuál era el cargamento? ¿Quién era el italiano? ¿Y el turco? ¿Quiénes eran las personas que iban a matar? ¿Las que aparecían en la libreta de Kesser?
¿Y quién era Érica? Su padre había sido oficial de la Leibstandarte, como Tsarkin, como el padre de Kesser. Además, había conocido a Win-ter en Heidelberg. Sacudió la cabeza; quería creer en ella, deseaba creer en lo que le había dicho, pero la duda rondaba en el fondo de su mente y se negaba a desaparecer.
Cuando ya estaba a punto de dormirse recordó las fotos del museo de Dachau: las hileras de cadáveres al sol, los grandes ojos oscuros de la madre muerta abrazada al cuerpo de su pequeña y la sonrisa del SS que la miraba.
En el último instante, cuando se hundía en el sueño, una frase de la conversación estalló como un fogonazo en su mente. Era tan obvio que se preguntó por qué no se le había ocurrido antes.
Le dominó la excitación. Había dejado de comprobar un detalle, algo tan evidente, que ahora le producía inquietud. Llamaría a Berlín a primera hora de la mañana. Por primera vez le pareció que una luz asomaba en las tinieblas.

43

Volkmann durmió sólo tres horas. En cuanto acabó su aseo personal se marchó a la oficina. Érica todavía dormía; le dejó una nota para avisarla que estaría de vuelta a mediodía.
Las oficinas gubernamentales alemanas abren de ocho a cuatro, por lo que a las ocho en punto llamó al Centro de Documentación de Berlín. Pidió por el señor Maxwell. La voz que se puso al aparato era suave y con acento estadounidense.
El agente le explicó que le llamaba por indicación de Ted Birken. Maxwell se sintió un tanto sorprendido cuando Volkmann le recitó la lista de nombres y le explicó la información que buscaba.
-¿Qué diablos busca la DSE, Volkmann? Ya hemos atendido un par de peticiones de su gente en Estrasburgo, aparte de la que hizo usted mismo por mediación de Birken.
-Lamento decirle, señor Maxwell, que en estos momentos es materia reservada. ¿Cree que podrá hacer las comprobaciones?
-Bueno, supongo... -contestó Maxwell, resignado-, pero quizá me lleve algún tiempo.
-¿Cuánto?
-Uno o dos días. Andamos cortos de personal, ya sabe. Además, es Navidad. ¿No puede esperar hasta después de las vacaciones?
-Soy perfectamente consciente de lo que le estoy pidiendo, pero es importante. Necesito la información hoy mismo. ¿Cree que es posible?
-Depende un poco de la suerte -comentó Maxwell-. Habrá que tocar muchas teclas. Lo que busca es una relación entre los nombres, ¿no es así? Dónde estaban destinados en aquel período en concreto, si tenían hijos, y, en caso afirmativo, los nombres y fechas de nacimiento.
-Así es. -Volkmann escuchó el silbido de Maxwell.
-Me pide que repase toda una montaña de archivos hasta que encuentre los correctos, si es que existen. ¿Se da cuenta? Lo único que me ha dado son nombres. Ni fechas de nacimiento, ni graduación, ni nada.

-Me doy cuenta, señor Maxwell, pero como le he dicho, es importante.
-Está bien, me encargaré del tema -contestó Maxwell, después de una pausa-. Veré lo que puedo hacer. Pero no le prometo nada.
Volkmann le dio las gracias, colgó, y, a continuación, marcó el número de Hanah Richter en Nicolassee.
La mujer que atendió la llamada le dijo que la señora Richter no estaba en casa y que regresaría hacia el mediodía. Volkmann dejó su nombre y número de teléfono para que la historiadora le llamara cuando volviera.
Al cabo de una hora, la mujer le llamó. Tenía una voz profunda y autoritaria, y se presentó a sí misma como Hanah Richter.
-¿ Qué desea, señor Volkmann?
Volkmann le explicó que pertenecía a la DSE y cómo había conseguido su nombre. Sabía que había trabajado para el Gobierno alemán en los juicios de nazis durante los años sesenta, y que era una experta en aquel período de la historia de su país. Añadió que investigaba un caso y necesitaba pedirle un favor. Se trataba de enseñarle la foto de una mujer joven tomada en 1931. Le comentó el detalle del brazalete con la cruz gamada. Quizás ella podría identificarla o conocería a alguien que pudiera hacerlo.
-¿Es algo oficial?
-Sí.
-¿Intenta rastrear a un nazi?
-No. -Volkmann añadió que no podía dar más detalles pero que le agradecería la ayuda.
-Escarba muy lejos. Han pasado muchos años, demasiados.
El agente le preguntó si podía ir a verla al día siguiente. La historiadora le respondió que era imposible.
-Me pilla en un mal momento. Mañana por la mañana muy temprano me voy a casa de unos amigos en Leipzig. No regresaré hasta después de las vacaciones. Además, hace años que no hago esa clase de trabajos.
-Sé que es una molestia para usted, pero ¿y si volara esta tarde a Berlín?
-¿De verdad que es tan importante?
-Lo es. Si puede recibirme le estaría muy agradecido.
-La joven... ¿no tiene ninguna idea de quién puede ser?
-Quizás es la esposa o la novia de un oficial superior de la SS, o de un jefe nazi. Pero es pura suposición. La foto fue tomada en el año 1931. -Escuchó el suspiro de su interlocutora.
-Alguien le habrá dicho que soy una experta en el período nazi, pero mis conocimientos no incluyen a los amigos de todos los nazis. Además, me habla de dos años antes de que los nazis subieran al poder. ¿Se da cuenta?
-Lo sé -insistió Volkmann-. Sólo que si usted quisiera...
Se produjo una larga pausa que se interrumpió con otro suspiro.
-De acuerdo, señor Volkmann. Le diré cómo se llega a mi casa.
Volkmann pidió a Logística un billete de ida y vuelta a Berlín. Los vuelos desde Francfort estaban completos, pero había pasajes en el puente aéreo de las seis desde Stuttgart, a una hora de viaje. Alrededor de las dos recibió la llamada de Maxwell.
Escuchó la información que le dio el director del Centro de Documentación, y anotó todos los detalles en su libreta.
-¿Todavía sigue ahí? -le preguntó el estadounidense cuando acabó.
-Sí, todavía estoy aquí.
-¿Le sirve de algo toda esta información?
-Yo diría que sí-contestó el agente con una sonrisa.
-Ahora, ¿le importaría decirme de qué va todo este asunto, o continúa siendo materia reservada?
-Necesito hacer unas comprobaciones con el WAST. En cuanto las haga, se lo diré. Una cosa más, señor Maxwell.
-¿Qué?
-Feliz Navidad.
-Lo mismo digo.
Volkmann colgó, echó un vistazo a las notas, y comenzó a hacer llamadas telefónicas.

Tardó menos de media hora en conseguir la información que necesitaba. Cuando acabó, el sudor le bajaba por la espalda. El corazón le latía con fuerza mientras regresaba al apartamento. Érica no estaba. Encontró una nota en la que le decía que había ido a dar un paseo.
Fue hasta la Orangerie, aparcó el coche y la buscó. Estaba paseando a orillas del lago. Se sentaron en un banco y Volkmann le contó todo lo ocurrido el día anterior. Érica se mostró sorprendida cuando le relató su conversación con Busch y el tiroteo en el monasterio.
-El que me disparó no tenía intención de matarme. Era un blanco fácil, y sin embargo, disparó muy alto. Pero hay otra cosa más que me pareció extraña:
-¿El qué?
-La sensación que me produjo el lugar. Como si ya hubiera estado antes allí. Y tampoco es eso exactamente...
-¿ A qué te refieres, Joe ?
-No sé explicarlo. Como una sensación de deja vu.
-Prométeme que tendrás cuidado.Tengo miedo. -Érica le acarició la mejilla-. ¿Qué les pasó a los hombres de Molke? ¿Crees que las dos cosas están relacionadas? ¿Se podría tratar de la misma gente?
-Quizá.
-¿La Landesamt?
-Si Kesser todavía trabaja para el Gobierno en algún proyecto secreto, podría ser una de las unidades especiales.
-¿Piensas que le protegen?
-Es posible, pero no estoy seguro. -Volkmann añadió que aquella misma tarde iría a Berlín para entrevistarse con Hanah Richter, y le explicó quién era-. Quizá pueda identificar a la mujer de la foto, o conozca a alguien que pueda hacerlo.
-¿El viejo Busch estaba absolutamente seguro de lo que dijo sobre Erhard Schmeltz y el niño? ¿Sobre que ni la hermana ni él tenían hijos?
-Busch fue muy claro. Además, tal como tú misma has dicho, la mujer era demasiado mayor para tener un niño. Por lo tanto, la pregunta es: ¿de quién era hijo ese niño?
-Lo que dijo Busch sobre el testamento de Brandeburgo, ¿crees que tiene importancia?
-Sí-respondió Volkmann con un tono tan firme que sorprendió a Érica.
-¿Cómo puedes estar tan seguro, Joe?
El agente miró el rostro hermoso de la muchacha. Se preguntó si debía decírselo. Decidió que sí.
-Pedí al Centro de Documentación de Berlín que investigara unos expedientes. Tomemos primero el caso de Lothar Kesser. Según los archivos era general de la Leibstandarte SS. Se encontraba en Berlín en el momento que, según Busch, los SS juraron cumplir el testamento. Por lo tanto, lo que Lubsch le oyó decir a Kesser probablemente era cierto. -Miró a Érica-. También pedí que investigaran otros siete nombres.
-¿Cuáles?
-Los nombres escritos en la libreta de Kesser. Trautman, Klee, Henkle. Y los otros, los que debía matar Lubsch. Massow, Hedda Pohl y Rauscher.
-¿Por qué pediste que investigaran esos nombres? Tú dijiste que sólo el padre de Rauscher era un oficial nazi.
-Había una palabra en la grabación que Lubsch volvió a utilizar cuando habló de Kesser. Antecedentes. Éste fue el primer rayo de luz. Pero la pieza clave estaba en la foto del Chaco. El brazalete nazi en la manga del hombre. -El agente hizo una pausa-. Era la única vinculación posible, aparte de tener todos más o menos la misma edad y pertenecer a la clase media. La información que me dio el centro aportó el vínculo entre todas estas persona: Massow, Rauscher, Pohl, Trautman, Klee, Henkle.
-¿Qué conexión? Ninguna de estas personas eran nazis, Joe. Eran demasiado jóvenes como para intervenir en la guerra.
-No hablo de ellos sino de sus padres. Todos eran oficiales de la Leibstandarte SS. Y todos estaban destinados en Berlín cuando estaba a punto de finalizar la guerra. En el momento que se firmó el testamento.
-Cómo lo sabes?

-Las tres personas que Kesser quería que mataran: Massow, Rauscher y Pohl. Había tres oficiales de la SS con esos mismos nombres, Érica. Todos con el grado de comandante. Lo mismo ocurre con los tres nombres en la libreta de Kesser: Trautman, Klee y Henkle. También había tres oficiales de la Leibstandarte con esos nombres, con el grado de comandante o superior. Y todos destinados en o en las cercanías de Berlín en el momento que dijo Busch. Mi deducción es que firmaron el testamento. Las personas asesinadas son hijos de aquellos oficiales.
-¿Pero puede haber cientos de oficiales con esos mismos nombres? ¿Cómo puedes tener la certeza de que estas personas eran sus hijos?
-En todos los expedientes de los oficiales de la SS figura si estaban casados y tenían hijos. Se anotaban los nombres y las fechas de nacimiento de la esposa y los hijos. Los nacimientos de Massow, Pohl y Rauscher están registrados en los expedientes de sus padres. En cuanto me dieron la información llamé a Massow a Berlín. Su padre era un Leibstandarte SS, juzgado y condenado por crímenes de guerra. Quizás ésta sea la razón por la que ahora él es un político liberal que ayuda a los inmigrantes; pretende pagar por los pecados de su padre. También llamé al inspector de policía en Friedrichshaften. Me confirmó que el padre de Hedda Pohl era oficial de la Leibstandarte.
-¿Y Herbert Rauscher?
-El centro tiene el expediente de un comandante Wilhelm Rauscher. Llamé al WASt y en sus archivos figura que fue capturado por los rusos en la batalla de Berlín, en abril de 1945. Le enviaron a un campo de prisioneros en Siberia. Creen que murió allí. Tiene que ser el mismo Rauscher. La dirección de la familia corresponde a Leipzig, donde nació Herbert. -Esperó a que la información calara en la muchacha, vio cómo vacilaba.
-No lo entiendo. ¿Por qué iba a querer Kesser que mataran a esas personas? Es un fascista, un neo nazi. ¿Por qué iba a querer que matara a Massow, Rauscher, Pohl y a los demás? ¿Qué razón tiene para matar a los hijos de viejos oficiales de la SS?
-Sólo sé una cosa -afirmó Volkmann-. Ya no se trata simplemente de la muerte de Rudi y de todos los demás. Esto es algo mucho más profundo. Algo que comenzó hace muchos años, en los últimos meses de la guerra, cuando estas personas juraron fidelidad a Hitler. Existe una razón para matarles. Quizá sabían algo que no debían saber. Tal vez hay un secreto que alguien desea conservar. Algo tan terrible como para justificar el asesinato. Y no hablamos sólo de seis personas. En la libreta de Kesser había muchos nombres más. Por lo que sé, puede que ya estén muertos, o que vayan a morir. Es posible que la voz de la grabación que decía que matarían a todos los de la lista, se refiriera precisamente a esto. La cuestión es ¿por qué? ¿Qué sabían o en qué estaban involucrados los hijos de estos oficiales para que Kesser quiera asesinarlos?
-Massow todavía está vivo. ¿Se lo has preguntado? ¿Conocía a los otros?
-Le dije todo lo que pude. Se quedó sin palabras. Casi nadie está enterado del pasado de su padre y no pretende divulgarlo. No conocía a ninguno de los asesinados. Y su padre, que murió en la cárcel hace veinte años, no le confió ningún secreto.
-¿Piensas decirle algo a Ferguson de todo esto?
-No hasta que descubra por qué asesinaron a estas personas. Todo este asunto tiene relación con la Leibstandarte y sus oficiales superiores, y con el juramento que según Busch hicieron durante los últimos meses de la guerra. Además, los hijos de estos oficiales, también están involucrados. Así es como lo veo. Incluso puede estar vinculado con las cargas que pasaron de contrabando.
-¿Crees que Rodríguez hace contrabando de oro?
-Quizá. Pero tengo la sensación que hay algo más aparte de la operación de contrabando. Tendremos que pillar a Kesser y hablar con él.
-Dijiste que habías comprobado siete nombres aparte del de Lothar Kesser, pero me has dicho seis. ¿Cuál es el que falta?
Volkmann se esperaba la pregunta. Miró a la muchacha directamente a los ojos.
-Tu padre. Estaba destinado en Berlín en la misma época que todos los demás. En enero de 1945 formaba parte del personal de una escuela de entrenamiento de la SS en el distrito de Lichterfelde.
Hubo una pausa que se hizo interminable. Érica contempló el parque y Volkmann vio la expresión de su rostro.

-¿Por qué has investigado a mi padre? -preguntó la joven, en un tono a la defensiva.
-Porque era un oficial como los otros. Existía la posibilidad de que pudiera ser una de las personas que mencionó Busch.
-No me dices toda la verdad, ¿ no es así, Joe ? Lo has hecho porque nunca has confiado en mí y querías ver cómo reaccionaba cuando me lo dijeras. Y todavía no confías, ¿verdad? Incluso cuando me cuentas todas estas cosas, me miras a los ojos y sé que buscas respuestas. Quieres saber si te miento o si digo la verdad.
-Quiero creer en ti, Érica.
-Si fuera de la gente de Kesser -dijo Érica, después de una pausa-, ¿qué motivos me habrían llevado a buscar a tu organización? ¿Por qué iba a querer que investigaran la muerte de Rudi? ¿Por qué, Joe? ¿Dime, por qué iba a hacer todas esas cosas? -Volkmann permaneció en silencio porque no tenía respuestas-. Joe, apenas si conocí a mi padre. Nunca compartí sus ideas. No soy una extremista de ultraderecha. Debes creerme. Tienes que confiar en mí. El hecho de que mi padre estuviera en Berlín en los mismos meses que los demás, que pudiera firmar el testamento, no tiene nada que ver conmigo. No sabía nada hasta que tú me lo dijiste.
Volkmann miró los ojos azules de la muchacha; recordó su cuerpo cálido, las caricias de sus manos en la oscuridad y lo unido que se había sentido a ella. Se preguntó cómo podía dudar de su sinceridad. Érica levantó una mano y le acarició la mejilla.
-Demuéstrame que confías en mí, Joe. Por favor -dijo la joven con una voz melodiosa, casi como un ruego.
-¿Cómo?
-Sólo tienes que creerme. Y no me dejes sola. Estoy a punto de volverme loca de tanto estar encerrada en tu apartamento. Llévame a Berlín contigo. Después de lo que te ha pasado a ti y a los hombres de Molke me sentiré más segura. -Al ver que el agente vacilaba, añadió-: ¿A qué hora sale tu vuelo a Berlín?
-A las seis.
-¿Me llevarás contigo, Joe?
Volkmann tardó en decidirse. Sabía que ella esperaba una respuesta.
-Llamaré a Logística para que te consigan el billete.
-¿Tienes que regresar a la oficina?
-¿Porqué?
-Nos queda una hora antes de salir para el aeropuerto. Hay algo más que quiero que hagas por mí.
-¿Qué?
-Llévame a la cama. Te echo de menos.
Érica sonrió mientras él se ponía de pie y la cogía de la mano. Se alejaron a paso lento, la muchacha con la cabeza apoyada en el hombro de él. Ninguno de los dos advirtió la presencia de los hombres sentados en un coche que les observaban a través de los árboles pelados.

44

Bavaria
22 de diciembre, 23.58 horas
Mientras el Mercedes subía la empinada carretera de montaña que llevaba al Kaalberg, Meyer pudo contemplar las luces de los pequeños pueblos tiroleses del valle. Las laderas boscosas aparecían salpicadas de nieve y cuando pasaron la siguiente curva, los faros del coche iluminaron los pinos que formaban un semicírculo alrededor de un claro no muy grande. La barrera metálica estaba a la derecha. Tenía sujeto un cartel de "Prohibido el paso" escrito en letras rojas, y el sendero angosto se perdía en el bosque por el otro lado.
Meyer detuvo el coche en el claro y apagó el motor. Hizo señales con las luces tres veces antes de apagarlas; después bajó la ventanilla. El aire frío y el olor fuerte de la resina llenaron el interior del coche. Escuchó un ruido a la derecha. Era uno de los centinelas de la garita oculta entre los pinos.
El hombre iba armado con una ametralladora cruzada sobre el pecho; cuando se acercó al coche encendió la linterna. Iluminó a Meyer y el interior. A continuación, le hizo una señal para que siguiera.

Mientras el centinela regresaba a la garita, encendió los faros. Un segundo centinela abrió la barrera. Meyer puso en marcha el coche y avanzó lentamente.
Kesser y Meyer cruzaron el camino de grava en dirección al edificio de cemento de una sola planta. Kesser quitó los candados de la puerta de acero. Una vez dentro encendió las luces y los potentes focos iluminaron hasta el último rincón del recinto. En el interior hacía mucho frío pero el contraste con el aspecto vulgar del exterior resultaba sorprendente.
En el centro había una grúa de acero en forma de cuña. Una plataforma de lanzamiento metálica, alojada en la grúa, mantenía el misil en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Debajo de la grúa había un foso de cemento de tres metros por tres, con los lados y el fondo forrados con placas de amianto para amortiguar el impacto de las llamas en el momento del lanzamiento.
En el techo habían instalado dos puertas metálicas corredizas pintadas en el mismo color gris de las paredes. A la derecha de la grúa, estaba instalado el macro ordenador, de un metro por un metro, con la pantalla y el teclado sobre la unidad central. Un tubo de metal galvanizado protegía los cables que lo conectaban con la grúa, y los dispositivos de mando del misil.
Sobre un escritorio junto al ordenador había un teléfono, el maletín de Kesser y un listado con correcciones hechas por él mismo. Al lado del maletín, un termo y un vaso de plástico con café.
Kesser llevó a Meyer hasta el ordenador y se sentó delante de la pantalla. Lo encendió; la pantalla se puso azul y las luces brillaron en los paneles.
-He revisado el programa. Todo en orden. No hay ningún virus.
-¿No hay peligro de que se dispare?
-Ninguno. -Kesser sacudió la cabeza al ver la expresión asustada del visitante-. La cabeza, del misil no está activada. -Señaló el ordenador-. Ahora carga el programa. Tarda más o menos un minuto.
Meyer vio que la pantalla parpadeaba; después recuperó la tonalidad azul y una serie de números y caracteres ininteligibles comenzaron a desfilar rápidamente por ella. Al fin se acabó la serie y en la esquina superior izquierda apareció un cursor blanco.
-Ya está cargado -anunció Kesser-. Ahora observe.
Tecleó una serie de órdenes; apareció un gráfico: era un mapa a escala de Alemania dibujado sobre una cuadrícula. Kesser apretó una tecla. Se oyó un ruido como el de un trueno lejano. Las compuertas del techo se deslizaron sobre los rieles. Una ráfaga de viento helado se coló en el edificio. Meyer se estremeció mientras aparecía ante sus ojos el cielo tachonado de estrellas.
Kesser tecleó otra orden, esta vez para poner en funcionamiento el motor de la plataforma de lanzamiento. Meyer vio cómo el misil se inclinaba hasta alcanzar el ángulo programado. Se apagó el motor y volvió a reinar el silencio.
-Mira la pantalla -dijo Kesser. Un punto blanco apareció en el sector de la cuadrícula correspondiente a la zona de Berlín. El punto parpadeó varias veces, y después se quedó fijo-. Exactamente en el blanco. El epicentro de la explosión. Si quieres puedo aumentar la escala para que veas en qué punto de Berlín, pero ya sabes cómo funciona. Ahora mismo el objetivo está entre la puerta de Brandeburgo y el edificio de la cancillería.
Meyer inspiró con fuerza. En el interior del edificio con las puertas del techo abiertas hacía un frío espantoso. Se levantó el cuello del abrigo. Tembló. ¿Miedo o frío? No lo sabía.
-Desde luego -añadió Kesser-, nunca llegaremos a dispararlo. No hará falta. Los estadounidenses, los británicos y todos los demás se acojonarán en cuanto les digamos qué queremos.
Meyer no contestó. Se acercó a la grúa. El sonido agudo del timbre del teléfono rompió el silencio. Kesser cogió el auricular, escuchó al interlocutor, respondió con un par de palabras y después se volvió hacia Meyer.
-Una llamada para ti. Urgente.
El vuelo a Berlín llegó con retraso; eran las ocho tocadas cuando Volkmann y Érica aterrizaron en Tegel. Cogieron un taxi desde el aeropuerto y el agente le pidió al chófer que esperara mientras alquilaban una habitación en un pequeño hotel de la Kurfurstendamm. El recepcionista les dio una habitación con vistas a la Wilhelmskirche. Media hora después llegaban a la casa junto al lago.

Era una de esas viejas casas de madera de antes de la guerra que bordeaban la costa de Nicolassee, pintada de marrón y blanco. Los postigos estaban cerrados para impedir el paso del viento helado del Báltico que soplaba en invierno a través del agua. Los nubarrones oscuros empezaron a ocultar la luna.
Hacía mucho frío cuando bajaron del taxi. La luz de la galería estaba encendida y una mujer mayor apareció detrás de la puerta de cristal. Rondaba los setenta pero se la veía muy vivaz. Llevaba una chaqueta de lana gruesa y se frotaba las manos para calentárselas; esperó a que llegaran a la galería para abrir la puerta.
-Es muy amable de su parte recibirnos tan tarde, señora Richter.
-Por favor, pasen -contestó la mujer con una sonrisa.
La casa estaba bien caldeada. Richter les llevó a un estudio con vistas al lago. Ideal para el verano, pero en invierno había que tener las ventanas bien cerradas. Un escritorio daba a la ventana. En el cenicero había media docena de colillas. Los estantes repletos de libros cubrían casi todas las paredes; la mayoría trataban sobre el Tercer Reich. Junto a la ventana había también una foto en blanco y negro de Konrad Adenauer, el primer presidente alemán de la posguerra, autografiada.
Volkmann le presentó a Érica. La mujer le estrechó la mano y les invitó a sentarse. Richter era alta, con un rostro más atractivo que bonito. El pelo canoso recogido en un moño resaltaba la frente despejada. Sus ojos eran de un azul brillante, y la viveza de la mirada le daba el aspecto de ser una persona que disfrutaba de la vida.
Una mujer muy vieja entro en el estudio cargada con una bandeja con tres tazas humeantes.
-Chocolate caliente -dijo Richter-. La costumbre de cada noche. Pensé que les vendría bien después del viaje. Una pequeña compensación si resulta que han venido hasta aquí para nada. Esta señora es Hildegard. Lleva de ama de llaves de mi familia desde que yo era una niña.
La historiadora bebió un sorbo de la taza. Les observó con una mirada aguda mientras encendía un cigarrillo; tenía los dedos manchados de nicotina. Dio una chupada al cigarrillo.
-¿Qué tiene de particular esa fotografía, señor Volkmann?
-Quizá no sea de nadie importante, pero necesitamos estar seguros. En ella aparece una joven, y fue tomada el once de julio de 1931.
-Tal vez si me la enseña -le interrumpió Richter, en tono amable.
Volkmann sacó la foto del billetero y se la entregó; la imagen de la joven rubia, que sonreía a la cámara, las montañas al fondo, el sol reflejado en aquellos ojos, la mano invisible que sujetaba la suya. La mujer dejó la taza para sujetarla con las dos manos. La observó durante un instante.
-¿Dice que la foto la tomaron el once de julio de 1931?
-Es lo que había escrito en el dorso del original. Pero no podemos saber si la fecha es correcta. ¿Por qué?
La mujer sacudió la cabeza como si el detalle no fuera importante. Metió la mano en el bolsillo, sacó un par de gafas y se las puso casi montadas en la punta de la nariz.
Estudió la imagen durante varios minutos con una expresión abstraída. En el exterior el viento soplaba con fuerza y los postigos se sacudían, pero la historiadora no se distrajo.
-¿Sabe quién es? -preguntó el agente.
-Sí-contestó Richter cuando levantó la vista.

SEXTA PARTE

45
Nicolassee, Berlín

-Se llamaba Ángela Raubal. -La anciana miró otra vez la foto. Una ráfaga de viento sacudió los postigos. Los troncos crepitaron en la chimenea y las llamas arrojaron sombras a la habitación.
-¿Quién era? -preguntó Volkmann.
-La sobrina de Adolf Hitler. La hija de su hermanastra que también se llamaba Angela. Pero la joven adoptó el nombre de Geh para que no la confundieran con su madre.
-¿Está absolutamente segura de su identidad?
-Sí, del todo. He visto su foto muchas veces. Aunque nunca ésta; no aparece en ningún libro de historia.
-¿Y no tiene ninguna duda de que se trata de la misma mujer?
-Ninguna. Durante mi carrera académica escribí varios trabajos sobre el período que va de 1929 a 1931, y la influencia que tuvo sobre la vida de Hitler. La joven está presente durante todo ese período de tiempo. Investigué sus antecedentes a fondo. Fue una época muy difícil para el Führer. Se enfrentó a todo tipo de problemas, personales y públicos. Y ella era uno de esos problemas. -La mujer señaló la foto antes de dejarla sobre la mesa. Miró al agente-. ¿Puedo preguntarle dónde la consiguió?
-En Suramérica.
Volkmann vio que la mujer enarcaba las cejas. Pensó que iba a formularle más preguntas pero después pareció cambiar de idea.
-No parece muy convencido. Me refiero a la identidad de la joven.
Volkmann miró a Érica, y ésta le devolvió la mirada sin hacer ningún comentario.
-Se trata de una cuestión de certeza -respondió el agente-. Necesitamos estar absolutamente seguros.
-Si no confía en mi palabra, le puedo mostrar varias fotos de ella. Compárelas y saque sus propias conclusiones. ¿Qué opina?
-Sería de gran ayuda, señora Richter.
-Por favor, llámeme Hanah.
La mujer se levantó, se acercó a la biblioteca y se puso las gafas. Buscó en uno de los estantes y se decidió por dos volúmenes. Llevó los libros a la mesa y colocó uno debajo de la lámpara. De las cubiertas asomaban trozos de papel amarillo y algunos marcadores.
-Estos son libros de consulta sobre aquel período. El primero lo escribió Toland y es una biografía de Hitler. Lo sabe todo acerca de este tema. Le conocí cuando dio una conferencia en Harvard. Un hombre fascinante. El segundo lo escribí yo. -Sonrió-. Un breve momento de gloria literaria. -Puso una mano sobre el libro de tapas azules-. Lo encontrará en cualquier librería de viejo. Lamento decir que tuvo un interés académico un tanto limitado.
Richter abrió el primero y pasó las páginas de las ilustraciones hasta dar con la foto que buscaba. Señaló la instantánea de una joven de pelo oscuro apoyada en un Daimler negro. Al fondo se veía un bosque desenfocado.
Por el aspecto del coche, Volkmann calculó que era un modelo de los años veinte. La joven tenía un pie apoyado en el estribo y una mano en la cadera. Vestía blusa clara sin mangas y una falda oscura hasta las rodillas.
-Esta foto fue tomada en algún momento del verano de 1930.
Volkmann y Érica observaron la foto con mucha atención. La joven tenía el pelo oscuro; el rostro de proporciones cuadradas era atractivo. Una joven feliz que intentaba mostrarse seria ante la cámara. Tenía un cierto parecido con la muchacha de la foto de Volkmann, pero nada concluyeme.
-No es rubia -comentó el agente.
La historiadora sonrió con una mirada de complicidad dirigida hacia Érica, antes de responder a Volkmann.
-En aquel entonces era tan habitual como ahora teñirse el pelo. El oxigenado puede cambiar la apariencia pero no la estructura facial. La muchacha se teñía con frecuencia. En unas fotos aparece rubia, en otras, con el pelo oscuro. Pero si se fija bien comprobará que se trata de la misma joven. -Richter abrió un cajón del escritorio, cogió una lupa y se la entregó al agente-. Utilice esto.
Volkmann movió la lupa sobre la imagen hasta enfocarla. La estructura facial era la misma: cuadrada, pómulos altos, ojos pensativos, la boca grande y labios finos.
-¿Ve el parecido? -Volkmann asintió-. Pero no está convencido, ¿no es así? ¿Es por el color del pelo?
-Eso y la figura.

-Es cierto. En esta foto la joven está mucho más delgada. En la suya aparece más rellenita. Le enseñaré otra, tomada en la primavera de 1931.
Richter abrió su libro. En el pliego central estaban las ilustraciones. Encontró la que buscaba. La escena correspondía a un restaurante bávaro. Cuatro personas sentadas a la mesa: dos hombres y dos mujeres. La más joven se parecía con toda claridad a la muchacha de la foto quemada. Sus facciones eran más llenas y llevaba el pelo rubio recogido en unas trenzas, como las niñas alemanas.Vestía el traje típico bávaro con el cuello de encaje. Sonreía a la cámara como si alguien le hubiera hecho una broma.
El agente reconoció en el acto a los dos hombres. A la derecha de la joven estaba Adolf Hitler, los brazos cruzados y una leve sonrisa. Al otro lado se encontraba Joseph Goebbels, el ministro de propaganda nazi. Una mujer rubia mayor le cogía del brazo.
-La joven que está con Hitler es Geli Raubal. Esta vez con el pelo rubio. La mujer al lado de Goebbels es su esposa, Gerda. En esta foto hay algo mucho más interesante. Una pista relacionada con su foto. Por favor, déjeme la lupa. -Volkmann se la dio y la historiadora puso la foto del agente al lado del libro-. Ahora mire con atención. -Richter colocó la lupa sobre la foto del libro. Volkmann y Érica miraron a través de la lente de aumento-. Si miran la muñeca derecha de la joven verán algo interesante.
En la muñeca de la joven brillaba una pulsera. La mujer colocó la lupa sobre la foto de Volkmann. Una vez más vieron con toda claridad la pulsera de metal.
-Fue un regalo de Hitler para su sobrina. Se la dio en octubre de 1929 cuando la llevó a una asamblea del partido nazi en Nuremberg. Estaba hecha de oro blanco con rubíes y zafiros. Hitler la menciona en una carta que escribió a un amigo íntimo. -La mujer miró a los visitantes por encima de las gafas-. Además no hay duda, las facciones de la joven de su foto son inconfundibles. Evidentemente, se trata de la misma persona.
-Me doy cuenta de lo tarde que es, Hanah, pero ¿nos podría contar algo más respecto a ella? Dijo que era uno de los problemas de Hitler. ¿Por qué razón?
-Porque se suicidó.
-¿Cuándo?
-Unos dos meses después de que tomaran la foto que tiene en su poder. Mantuvo una discusión terrible con Hitler en el apartamento de éste en Munich. Se disparó un tiro en el pecho. Eran amantes desde hacía muchos años. -Volkmann y Érica le miraron incrédulos-. Reconozco que han despertado mi curiosidad -dijo la mujer-. ¿De verdad es tan importante?
-Puede serlo.
-¿ Le importaría decirme por qué ?
-Tiene algo que ver con una investigación criminal, Hanah. Lamento no poder decirle nada más.
-Cuando dice una investigación criminal -preguntó la historiadora intrigada-, ¿a qué se refiere? ¿Tiene algo que ver con ella?
-No directamente. Sino con otra persona.
-¿Pero qué tiene que ver ella en todo esto? Murió hace tanto tiempo...
-No puedo darle más detalles.
La mujer frunció el entrecejo, sin disimular su desilusión.
-De acuerdo, ¿qué quiere saber de Geli Raubal?
-Todo lo que nos pueda decir. Mencionó que eran amantes. ¿Puede darnos más detalles?
Richter sacó un paquete de cigarrillos y les ofreció uno. Los encendió todos y después de dar una chupada al suyo, respondió a la pregunta del agente.
-Está muy claro que había una relación entre ellos. Algo más profundo que el simple vínculo entre tío y sobrina. La joven vivió durante un tiempo en la misma casa que Hitler, y se hicieron íntimos. En 1927, cuando Hitler se mudó a su casa en las montañas en Berchtesga-den, su hermanastra le acompañó como ama de llaves. Desconfiaba de muchos de los que le rodeaban, así que ella fue una elección lógica. Se ocupaba de todos los quehaceres domésticos, le preparaba las comidas y la ropa. Y con ella vinieron las hijas, Friedl y Geli.
-¿Y el padre?
-Murió cuando Geli era apenas una adolescente. Quizás eso explica parte de la atracción de la joven por Hitler. Muy pronto él se convirtió en una figura paterna. Era una joven muy animosa. Frivola, si debemos

creer lo que dicen los libros de historia. -Richter sonrió-. Nació en Viena; tal vez era parte de su encanto vienes. Desde luego, Eva Braun es la figura central en todo lo concerniente a la vida privada de Hitler. Era la amante que aparece en todos los libros. Pero antes tuvo a Geli Raubal. Fue la primera relación romántica de Hitler. No digo amor porque era un hombre incapaz de amar. Pero digamos que fue una relación romántica correspondida. Ella adoraba a su tío, y él a su sobrina.
"Durante un tiempo fueron juntos a todas partes y, cuando Hitler abandonó Berchtesgaden para instalarse en un apartamento de Munich, Geli se marchó con él. Por aquel entonces, ella estudiaba medicina en la Universidad de Munich. El traslado era necesario, pero los amigos sabían que el arreglo iba más allá de la simple conveniencia. De hecho, se trataba de una excusa para poder estar juntos.
-¿A qué se refiere?
-Piénselo. Era una relación un tanto extraña. Los dos solos, tío y sobrina, en la misma casa. Geli tenía veintitrés años cuando murió. Como es lógico, las malas lenguas del partido nazi comentaron el apaño. Hitler tenía predilección por las jovencitas ya que era incapaz de relacionarse con mujeres de su misma edad. Además, las jóvenes eran más fáciles de manipular; se rendían a su hechizo. De las siete mujeres que sabemos que mantuvieron relaciones íntimas con él, la mayoría eran jóvenes. Seis de ellas se suicidaron o intentaron suicidarse. Por lo tanto, Geli Raubal no fue la única.
-Hitler parecía tener un poder hipnótico sobre las mujeres. No sólo aquellas con las que intimó, sino también entre la masa de mujeres alemanas a las que atrajo a su causa cuando se convirtió en Führer. Y al igual que a todas esas mujeres, a Geli Raubal también le pareció alguien fascinante. Hubiera hecho cualquier cosa por él. Estaba dispuesta a casarse a pesar del parentesco que los unía. Durante un tiempo, Hitler se comportó como un pretendiente, e incluso llegó a insinuar a algunos de sus colaboradores más allegados que se casaría con ella.
"Por repugnante que pueda parecer -añadió la historiadora-, uno debe recordar que esto pasó antes de que Hitler demostrara cómo era en la realidad. Su carrera iba en ascenso y él comenzaba a ser alguien en el mundo de la política. Para muchos estaba destinado a lide-rar Alemania. Geli se habría casado con su tío sin que le importara ni la diferencia de edad (diecinueve años) ni las connotaciones casi incestuosas. Así pues, coqueteaba con él como una loca; digamos que intentaba seducirle.
El viento volvió a sacudir los postigos, las ascuas se reavivaron. Volkmann contempló las llamas por un momento. Después prestó atención una vez más a las palabras de la señora Richter.
-Desde luego, era una situación absurda y no podía durar. Los allegados de Hitler que sabían lo que pasaba estaban horrorizados por las repercusiones que podía tener en el partido nazi: un tío maduro que pretende casarse con una sobrina casi adolescente. En la vida pública, la mayoría de los nazis se mostraban bastante recatados, aunque sabemos que eran unos inmorales. Además, estaban en contra porque Hitler se preparaba para participar en las elecciones a canciller. Era un momento decisivo. La victoria nazi era vital. Significaba el reconocimiento por el que tanto habían bregado. La boda con su sobrina, a la que él doblaba en edad, o el más mínimo rumor en ese sentido habría sido un desastre para el partido. Debemos tener presente la situación en aquella época. Para la carrera política de Hitler habría sido el acabóse. Pero pienso que él no hizo más que calentarle la cabeza a la pobre chica hasta que se cansó de ella y la dejó por Eva Braun.
-Entonces, ¿por qué se suicidó Geli? -preguntó el agente.
-Si hacemos caso de lo que dicen los libros de historia, la joven pasaba por una etapa de trastornos emocionales. Quizá porque se daba cuenta de que su tío cortaría la relación. El diecisiete de septiembre de 1931, tuvieron una discusión pasional en el apartamento de Munich. Geli se despidió tranquilamente de Hitler cuando él se marchó, y después se encerró en su habitación. A la mañana siguiente, la encontraron muerta; se había disparado un tiro en el corazón a bocajarro. Junto a ella encontraron una pistola de calibre pequeño. La policía bávara dijo que había muerto en la madrugada del día dieciocho.
"Hitler se encontraba en Nuremberg cuando recibió la noticia. Se mostró apesadumbrado a más no poder, aunque algunos pensaron que en realidad se alegró de haberse librado de ella. También circularon infinidad de rumores. La prensa se volvió loca y publicó toda clase de historias.
-¿ Qué rumores ?
-Iban desde lo inverosímil a lo absolutamente ridículo -respondió la mujer con una sonrisa.
-¿Me puede citar algunos?

-Dijeron que Hitler la había mandado matar en un arrebato de celos porque ella se veía con otro. No hay duda de que era propenso a los ataques de celos violentos. En una ocasión, se dijo que le había roto la nariz durante una pelea. Es posible que fuera él mismo el que diera la orden de que la mataran. Era muy capaz, como también es posible que los asesinos fueran sus colegas del partido, preocupados por la posibilidad de un escándalo que echaría abajo sus aspiraciones políticas. Yo diría que fue una mezcla de accidente y desesperación; el hecho de comprender que Hitler no se casaría con ella, unido a algún trastorno emocional. Pero nunca sabremos la verdad.
-¿ Qué más dijeron los periódicos ?
-Los más sensacionalistas sugirieron que Hitler había mandado matar a su sobrina porque la relación se había complicado y peligraba su imagen pública. La policía investigó el suicidio y el rumor. No encontraron nada, y no se presentaron cargos. Hubo comentarios respecto a que el ministro de Justicia de la época, Gürtner, había ordenado destruir el expediente. Desde luego desapareció y si alguna vez hubo pruebas que le inculpaban nunca se encontraron.
-Después de la llegada de Hitler al poder, Gürtner subió como la espuma dentro del partido nazi; quizá fue en pago a sus servicios, cosa que todavía complica más el misterio. Tal vez ayudó a Hitler a ocultar la verdad. -La historiadora se encogió de hombros-. Es innegable que el caso tiene un cierto misterio, aunque la mayoría de los amigos de Geli pensaron que el suicidio no fue más que un lamentable accidente debido a la depresión que la afectaba, y que el arma se disparó cuando jugaba con ella. Y yo estoy de acuerdo con ellos.
Volkmann observó a la joven en la fotografía, con las montañas al fondo, la mano invisible que le sujetaba el brazo y el brazalete con la esvástica.
-¿Quién cree que puede ser el hombre de la foto? -preguntó.
-Probablemente Hitler. Por aquel entonces todavía mantenían la relación aunque unos meses antes él había intentado desligarse debido a las presiones del partido. La joven decidió provocar sus celos y comenzó a salir con el chófer de Hitler, Emil Maurice. Incluso se comprometió en secreto con él. Cuando Hitler se enteró, montó en cólera y le despidió. Reanudaron la relación hasta que ella murió.
-¿Recuerda si el once de julio de 1931 ocurrió alguna cosa en particular?
-¿Se refiere a algo referido a la muchacha?
-Sí.
-Ella murió el dieciocho de septiembre -respondió la historiadora, después de hacer memoria-, así que la foto se la hicieron nueve semanas antes. Estuvo internada en el hospital por una afección leve la semana anterior al once de julio, durante el semestre en la Facultad de Medicina. Y, si no me equivoco, al cabo de unas dos semanas se alojó en casa de unos amigos en Friburgo. Se vio varias veces con Hitler, pero él estaba muy ocupado con la campaña electoral y no le dedicó mucho tiempo. -Hanah hizo otra pausa para concentrarse en sus recuerdos-. No, lo siento. La fecha del once de julio no tiene nada de especial. Lo recordaría.
-Una pregunta más. ¿La joven viajó alguna vez a Suramérica?
-No, nunca -manifestó Richter-. No salió de Alemania y Austria. -Miró a los visitantes-. ¿La pregunta tiene alguna relación con el lugar donde encontró la foto?
-Sí. ¿Le suena el nombre de Erhard Schmeltz?
-¿En qué sentido?
-Vinculado a Geli Raubal.
-¿Quién era Erhard Schmeltz?
-Un afiliado al partido nazi. Alguien que Hitler conoció en su regimiento durante la Primera Guerra Mundial.
-Vaya, no debió de ser muy importante -comentó la historiadora-. No recuerdo que se mencionara su nombre en nada relacionado con Hitler o con Geli. Nunca.
-¿Se le ocurre alguna razón para que la foto acabara en Suramérica?
-¿Tiene la absoluta certeza de que se tratara de la original y no de una copia?
-Sí.
-Al acabar la guerra fueron tantos los alemanes que emigraron a Suramérica...Quizá la llevó alguien cercano a la pareja. Pero no tengo la más remota idea de quién podría ser. Las personas como Eichmann

y Mengele no la conocieron. Bormann sí, aunque no fue él porque murió cuando los nazis se rindieron. Lo más lógico es suponer que fue un amigo íntimo, un jefe nazi o un SS que contaba con su confianza. -La historiadora hizo una pausa; miró con toda intención el reloj-. ¿Responde esto a todas sus preguntas?
-Gracias por su ayuda, Hanah -respondió Volkmann, que echó una última ojeada a la foto-. Le pido disculpas por haber abusado de su paciencia.
-No tiene importancia. -La mujer se levantó. Al ver que Volkmann recogía la foto, añadió-: Le estaría muy agradecida si pudiera enviarme una copia para mis archivos.
-Con mucho gusto.
Richter les dio la mano y les acompañó hasta la puerta. Ya se encontraban en la galería cuando el agente se volvió hacia la anciana.
-¿Sabe dónde está enterrada Geli?
-En Viena. En el viejo cementerio central.
-¿Existe todavía la tumba?
-No. Las autoridades nazis de Viena destruyeron aquella parte del cementerio en 1941. La tumba de Geli y las de muchos otros desaparecieron.
-¿Porqué?
-Vaya usted a saber. Es muy extraño. Nadie sabe quién dio la orden. Supongo que es otro enigma más en el misterio de la muerte de la muchacha.
-¿Cree que los nazis querían ocultar alguna cosa?
-¿Se refiere a la muerte de Geli? Quizá, si tenemos en cuenta que nunca se aclararon las circunstancias... pero no tenemos manera de saberlo.
-Una cosa más, Hanah.
-¿Sí?
-¿Dijo que Geli estuvo internada en un hospital? Cuándo. -A fines de junio de 1931. Pasó unos días en una institución privada en Garmisch-Partenkirchen.
-¿De qué la trataron?
-Unos dijeron que sufrió una depresión porque Hitler la había dejado por Eva Braun, su nueva amante. Otros que fue sometida a una intervención quirúrgica de poca importancia. No sé. Y le aseguro que no encontrará los archivos del hospital. Se perdieron o los destruyeron. ¿A qué viene la pregunta?
Volkmann sintió el viento helado que soplaba a través del lago; atisbo al taxista sentado en el coche, que tamborileaba con los dedos sobre el volante, aburrido de tanto esperar. Érica se alzó el cuello del abrigo. El agente vio cómo la mujer temblaba mientras esperaba la respuesta.
-Lo que voy a decir le parecerá absurdo, Hanah, pero ¿es posible que Geli Raubal estuviera embarazada?
-En realidad, esa posibilidad se barajó como uno de los motivos del presunto asesinato, aunque nunca se demostró. Un periodista de la época, Fritz Gerlich, sostuvo que la joven estaba embarazada y que Hitler la mandó matar por esa razón. El artículo no llegó a publicarse.
-¿Qué le pasó a Gerlich?
- Que le arrestaron y murió asesinado en Dachau. Pero la información nunca fue probada. Además, los nazis tenían otros motivos para asesinarle aparte de aquel artículo.
-¿Cuáles?
-Gerlich era propietario de su propio periódico. Un antinazi convencido. Muchos de sus artículos y editoriales condenaban a Hitler mucho antes de que llegara al poder.
-¿Y no puede ser que Geli ya tuviera un hijo?
-¿De Hitler?
-Sí.
Volkmann vio cómo le cambiaba la expresión. Se había quedado atónita. Érica le miró con el rostro blanco como la nieve. La historiadora fue la primera en reaccionar.
-Por favor, señor Volkmann, eso es algo que figuraría en todos los libros de historia. -El asombro de la mujer se convirtió en irritación al ver que él no parecía satisfecho con su respuesta-. ¿No lo dirá en serio?
-No, desde luego que no, Hanah. Ha sido muy amable. Gracias por su ayuda.

No dijeron ni una sola palabra en todo el trayecto de regreso desde la casa del lago. Volkmann, ensimismado en sus reflexiones, se limitó a contemplar las luces de la ciudad a través de las ventanillas del taxi. Tampoco Érica tenía ganas de hablar. La expresión de su rostro reflejaba todavía la conmoción provocada por la pregunta que él le había planteado a la señora Richter.
En cuanto entraron en la habitación del hotel,Volkmann sirvió un par de copas y le pasó una a Érica. La muchacha bebió un trago mientras se acercaba a la ventana. Al cabo de unos instantes se volvió para mirarle con el rostro totalmente lívido.
-Lo que le dijiste a Hanah iba en serio, ¿no es así, Joe? Que la muchacha estaba embarazada. Que el padre de su hijo era Hitler.
-Sí.
-Pero Joe, eso es absurdo.
-Érica, es la clave del rompecabezas -afirmó Volkmann con la voz tensa-. Encaja con todo lo que sabemos y con el hecho de que desconozcamos la identidad de Karl Schmeltz. Tú misma escuchaste lo que dijo Richter. La muchacha podía haber estado embarazada. Es uno de los motivos probables para que se produjera el asesinato o el suicidio. Todo lo que dijo explica el misterio de Karl Schmeltz. ¿No lo ves?
-Puedo aceptar que la muchacha estuviera embarazada -replicó Érica-, pero de ahí a decir que tuvo un hijo... ¿Cómo puede ser posible? Es algo que ningún historiador hubiera ocultado. Si Hitler tuvo un hijo, hubiese sido un secreto imposible de guardar.
Volkmann percibió el nerviosismo en la voz de ella. El agente acabó con el whisky de un trago.
-Sé que parece una locura, pero también tiene sentido. Piénsalo. Erhard Schmeltz y su hermana emigraron a Paraguay de improviso a fines de 1931, dos meses después de la muerte de Geli Raubal. Se llevaron con ellos a un niño que no era hijo suyo. ¿Recuerdas lo que dijo Busch? Él no tenía hijos y nunca se casó. En cuanto a la hermana ya era demasiado mayor para tener un bebé. Así que ninguno de ellos era el padre o la madre de esa criatura.
-Pero el niño podía ser de cualquiera de los dos, Joe. No es imposible. Quizás era hijo natural de alguno de ellos.
-Si el niño era hijo de uno de los hermanos ¿por qué se marcharon de Alemania con tanto misterio? ¿A qué vino desaparecer con tanta prisa? Recuerda los rumores que corrieron cuando la pareja se marchó. Se dijo que a Schmeltz le habían enviado en una misión secreta. Todo indica que el niño no era hijo suyo. Entonces, ¿de quién era?
"Schmeltz era un amigo leal y muy cercano a Hitler -añadió Volkmann, cada vez más entusiasmado-. Su solicitud de afiliación al partido llevaba la recomendación de Himmler, cosa que sugiere su buena relación con los jefes nazis. Sus compañeros de regimiento en la Gran Guerra. Gente que era amiga suya y que valoraba su lealtad. Ahora piensa en lo que dijo Richter: Hitler mantenía una relación amorosa con Geli, un romance bien conocido por los amigos y allegados de Hitler.
"Según ella, dos meses antes del suicidio, Raubal estuvo internada en un hospital privado. Cuando salió, cayó en una profunda depresión, algo le preocupaba. Debió ser algo tan importante que la empujó a suicidarse. Si Hitler la mandó matar o si ella misma se quitó la vida no es en absoluto relevante.
"Pero sí lo es -prosiguió el agente-, saber qué le preocupaba. Estaba enamorada de Hitler. Quería casarse con él. Entonces, ¿por qué decidió suicidarse? Richter mencionó que Hitler había roto la relación. Se preparaba para las elecciones a canciller; era vital conseguir el triunfo o al menos obtener unos buenos resultados para el partido. Lo que menos deseaba era que saliera a la luz un escándalo por culpa de su relación con la muchacha.
-Joe, es imposible que Geli tuviera un hijo.
-¿Por qué es imposible? Has admitido la posibilidad de que estuviera embarazada. ¿Por qué no podía tratarse del hijo de Hitler? Eran amantes. ¿Y si la estancia en el hospital de Garmisch-Partenkirchen fue motivada por el nacimiento del niño? Hitler lo sabe o se entera, comprende que su carrera política está en juego. Piénsalo. Si la muchacha dio a luz, y la noticia llegaba a saberse, Hitler hubiera estado acabado. El escándalo incluso hubiese podido hundir al partido nazi. Así que él, o sus íntimos, buscaron

una solución. Sacar al niño de Alemania, enviarlo a un lugar remoto, acompañado por alguien de confianza. Una pareja como los Schmeltz era la elección ideal. Y el lugar a donde fueron no podía ser más remoto, la selva paraguayana. Por lo tanto, el secreto quedaba a salvo.
Volkmann hizo una pausa. Por la expresión de la muchacha advirtió que sus argumentos no acababan de convencerla.
-Este planteamiento explica tres cosas, Érica. Tres cosas muy importantes. Una, el dinero que Schmeltz declaró tener cuando llegó a Paraguay. Dos, el hecho de su desaparición repentina en el momento en que Hitler comenzaba a preparar la campaña electoral. Tres, los giros del Reichsbank a Paraguay hasta 1945. Alguien importante tuvo que autorizarlos, y sólo alguien con mucha autoridad pudo mantener la operación en secreto.
"Si aceptamos lo que dijo Busch, Schmeltz no era rico. Además, si hubiera estado a malas con los nazis, no habría recibido dinero del Reichsbank ni habría conservado su afiliación al partido in absentia. El chantaje queda descartado, porque entonces Schmeltz no se habría llevado al niño -Volkmann miró a la muchacha-. Podría ser que Schmeltz guardara el dinero para otro, pero no lo creo. El dinero llegaba a través de una institución oficial, y ningún nazi hubiera hecho eso. Utilizaban los bancos suizos. Sólo Hitler o sus colaboradores más íntimos tenían autoridad para utilizar el Reichsbank. Por lo tanto, sólo queda una explicación lógica. El dinero se enviaba a la pareja para el sustento de ellos y del niño. El hijo de Geli Raubal y Hitler.
"La existencia de la foto en el Chaco confirma el vínculo entre Schmeltz y Raubal. Además, si Geli mantuvo una relación con Hitler, ¿por qué no pudo tener un hijo de él?
-Si lo que dices es cierto -replicó Érica-, ¿por qué Hitler no la hizo abortar?
-Quizás ella no se lo dijo hasta que fue demasiado tarde. O Geli deseaba tener el bebé y le ocultó la noticia hasta que ya no fue posible hacerlo. Incluso si de verdad se suicidó, debía estar muy desesperada. Una carga emocional que no podía soportar. O quizá se deprimió después del parto. Tal vez fue la negativa de Hitler a casarse con ella o a reconocer al niño, y su deseo de tapar todo el asunto con el envío del bebé fuera de Alemania, lo que acabó de trastornarla.
-Pero sin duda alguien más lo sabía -insistió Érica-. Gente que hubiera dicho algo sobre el asunto. Es imposible que se pueda mantener un secreto de semejante calibre después de todos estos años. Sería un caso único.
-Geli era estudiante de medicina. Pudo recibir ayuda de amigos y conocidos de la profesión, gente que la ayudó a mantener el secreto. Médicos que la asistieron en el parto. ¿No te parece posible? ¿Recuerdas al periodista que enviaron a Dachau? ¿Y si el artículo que no llegó a publicar decía toda la verdad? ¿Por qué no pudo ser la razón de su muerte?
-Joe, son demasiados síes -comentó Érica-. Créeme, ojalá pudiera aceptar lo que dices, porque tiene parte de sentido. Pero reconoce que es una locura.
-Pues a ver si puedes responderme a esto: ¿por qué los nazis destruyeron la parte del cementerio de Viena donde estaba enterrada Geli? ¿Qué razón tenían para destruir su tumba? Sólo puede haber un motivo. Había algo que ocultar. El secreto de Geli Raubal. Una autopsia de sus restos habría revelado que la muchacha fue madre. Al destruir la tumba destruyeron las pruebas.
Volkmann advirtió la expresión de Érica. Estaba pálida y su mirada se perdía en el vacío como si hubiese renunciado a rebatir sus argumentos. Oyó su propia respiración, agitada. Notó como una especie de mareo, al recordar sus palabras. Érica le miró.
-Aclárame una cosa, Joe. ¿Por qué la persona que deseaba mantener el secreto no optó por la solución más sencilla: deshacerse del cadáver? ¿No hubiera sido la manera más fácil de borrar las pruebas?
-Quizás es lo que hizo.
-No lo entiendo.
-Con la destrucción de todas las tumbas del sector, nadie podría descubrir si se habían llevado los restos de Geli. No dejaron más que un amasijo de huesos imposibles de identificar. -Volkmann notó que tenía la frente cubierta de sudor-. Piensa en todo lo que te he dicho y relaciónalo con el presente, con lo que está ocurriendo. Con la muerte de Rudi y los demás asesinatos. ¿Por qué razón limpiaron tan a fondo una casa perdida en la selva? ¿Por qué tanta obsesión para mantenerlo todo en secreto? ¿Qué tenían que ocultar la gente del Chaco? Sin duda, no una vulgar operación de contrabando. No se trataba

de eliminar cualquier vínculo con la muerte de Rudi y los demás. Buscaban ocultar algo mucho más importante. Algo que tenía su origen en el pasado. ¿Recuerdas la sensación que tuviste en la casa? Todos la tuvimos.
-Joe... -Érica se interrumpió, incapaz de acabar la frase.
El agente vio la tensión en el rostro, la expresión que lo decía todo, el triste reconocimiento de que él quizás estaba en lo cierto.
-Sólo hay una respuesta que puede explicar la identidad de Karl Schmeltz, Érica -añadió Volkmann, con la voz ahogada por la emoción, como si a él también le costara aceptar la terrible verdad, y con un estremecimiento, añadió-: Karl Schmeltz es el hijo de Adolf Hitler.
El rostro de Érica se volvió blanco como el papel. Durante un buen rato permanecieron en silencio. Era como si algo horrible hubiera acaecido de pronto en la habitación.
-¿ Qué piensas hacer, Joe ? -La voz de ella sonó ronca y distante.
-Decírselo a Ferguson y a Peters, y confiar en que me crean.
-¿Piensas que lo harán?
-Sí. Cuando les presente las pruebas me creerán.
-¿Y después qué?
-Buscaré a Karl Schmeltz, Érica. Él es el principal causante de lo que ocurre, de lo que ha ocurrido y de lo que ocurrirá. -El agente sostuvo la mirada de la muchacha, y fue consciente del temor que reflejaba su voz-. Las voces en la grabación de Rudi. Las voces y la promesa que se hizo en el bunker de Hitler. Se trata de la misma cosa. Hablan del mismo Brandeburgo. De algo que sucedió en Alemania hace sesenta años cuando los nazis llegaron al poder. -Volkmann hizo una pausa-. Pienso que volverá a pasar.
Estocolmo,
23 de diciembre, 6.15 horas
En el aeropuerto de Arlanda, la recepcionista del mostrador de embarque de la SAS observó al joven moreno que se acercaba. Vestía un abrigo de pelo de camello y un traje gris de Armani que resaltaba su color de piel oscura. Guapo, de unos treinta años, buena figura, la mirada triste.
-Buenos días, señor.
El hombre respondió con una inclinación de cabeza al tiempo que le entregaba el billete de primera clase. La recepcionista tecleó los datos en el ordenador. De Estocolmo a Amsterdam, con transbordo a Berlín. Le sonrió al tiempo que registraba la maleta. Él le correspondió con una sonrisa tímida. La joven se lamentó de no poder verle las piernas que quedaban ocultas tras el mostrador; quizás hubiera podido ligárselo.
Acabó de teclear los datos, le devolvió el billete junto con la tarjeta de embarque, y cuando el viajero los cogió, la joven se fijó en sus manos. Unas manos fuertes, pero cubiertas de gruesas cicatrices rosadas. Se estremeció para sus adentros. Un rechazo instintivo.
-Ya puede embarcar, señor Kermal.
-Muchas gracias.
-¿Viaje de negocios o de placer? -preguntó la recepcionista con una sonrisa forzada.
-Negocios.
-Le deseo un buen viaje.
El hombre se volvió sin sonreír y se alejó en dirección a la puerta de embarque.

47

Genova
Jueves, 22 de diciembre, 23.57 horas
-¿Franco...? -La voz le llegó desde la oscuridad. Franco Scali se removió en la cama.
-¿Qué...? -murmuró.
-Franco, llaman a la puerta.
Esta vez las palabras fueron acompañadas por los apretones de una mano.
Franco abrió los ojos. La oscuridad en el dormitorio era total.
-¿Qué hora es? -preguntó.

-Medianoche.
Gimió al escuchar el timbre de la puerta. Entreabrió los ojos, miró hacia la ventana. Las cortinas estaban echadas, pero por un resquicio alcanzó a ver el cielo. Rosa, su mujer, y él se habían ido a dormir temprano después de dedicar todo el día a las compras navideñas en la Loggia dei Mercanti. Habían enviado a los niños a pasar la noche en casa de los abuelos, para poder envolver los regalos. Muertos de cansancio, tomaron sólo un bocado y se acostaron. Ahora, Rosa le sacudía cogiéndole por el hombro.
-¿Franco...?
-Ya te oigo, mujer.
Apartó las mantas y las sábanas, se levantó de la cama, y, de inmediato, sintió el frío de la habitación. Encendió la luz. La intensidad le obligó a parpadear. Oyó a Rosa suspirar de alivio mientras se cubría con las mantas. Alcanzó a ver por un segundo las piernas blancas y carnosas de su mujer; abajo seguían sonando los timbrazos.
-¿Quién coño puede ser a estas horas? -gruñó Franco.
-Creo que es Aldo Celli. Cuando oí el timbre me levanté y me pareció ver su coche en la calle.
-¿Y por qué no has bajado y le has abierto la puerta? -protestó Franco.
-Quizá no es él -respondió Rosa, enfadada-. Sólo dije que me pareció ver su coche. -Se volvió de espaldas y se acurrucó en la cama.
"Mala puta", pensó Franco. Aldo el Halcón. El operario de la grúa. ¿Qué cono vendría a buscar a su casa a aquellas horas? Franco se puso la bata y bajó por la escalera. Cuando abrió la puerta se encontró con Aldo; llevaba el cuello del abrigo levantado para protegerse del frío. Una ráfaga de viento helado se coló a través de la puerta abierta. Tembló de frío.
-¿ Qué haces aquí, Aldo ? ¿ Sabes qué hora es ?
-¿Puedo entrar?
Franco dudó, después suspiró resignado, le hizo pasar al salón, encendió la luz y le invitó a sentarse.
-¿ Se puede saber qué pasa ?
-Alrededor de las ocho entró un barco portacontenedores -contestó Aldo, preocupado-. La Peste estaba de servicio. Cuando descargué los contenedores, apareció La Peste y miró los números. Al parecer le interesaba uno en concreto, porque en cuanto vio el número hizo que lo abriéramos y comenzó a revisarlo a fondo con el plumero.
-¿Y?
-Le pregunté qué pasaba. Dijo que el contenedor era el mismo que habían traído desde Suramérica hace doce días. Quería volver a revisarlo. -A Franco se le revolvió el estómago-. Y encontró algo, Franco -añadió el operario.
-¿A qué te refieres? -preguntó éste, con una sorpresa fingida.
-En uno de los lados del contenedor había un compartimiento secreto. Un trabajo muy fino; la tapa estaba sujeta con tornillos. Nadie hubiera dicho nunca que aquello estuviera allí. Pero La Peste insistió con el plumero hasta que lo encontró.
Franco intentó disimular el miedo. Se esforzó en ello. Sintió cómo el sudor le recorría las palmas de las manos, pero fingió no saber nada.
-Y ¿por qué me lo cuentas a mí?
-Vino la poli. Se mostraron muy interesados. Nos tomaron las huellas dactilares, y dijeron que debíamos quedarnos al acabar el turno, por si tenían que preguntarnos algo acerca del contenedor...
-Continúa -dijo Franco. Sintió que las piernas se le aflojaban.
-Entonces La Peste preguntó cuándo vendrías a trabajar. Le dije que tenías dos días de permiso por Navidad. Oí a uno de los polis mencionar tu nombre. Un inspector llamado Orsati. Después dijeron que vendrían a verte por la mañana. -Franco reprimió el vómito para no mancharle los zapatos a su amigo. Aldo se levantó-. Me escurrí sin que me vieran y vine hacia aquí. Tú eres el jefe, tenía que decirte lo que pasaba. Tengo el presentimiento de que habrá problemas, Franco. Los polis y los aduaneros lo están revisando todo.
-Has hecho bien -le tranquilizó Franco, con una mueca que pretendía ser una sonrisa-. Si vamos a tener problemas, necesito estar preparado.

-Es lo que pensé. -El operario consultó el reloj-. Será mejor que me vaya. Los polis pueden sospechar si no me ven por allí.
Franco se levantó haciendo un esfuerzo supremo. Las piernas no le sostenían. "Jesús María..."
-Una cosa más -dijo Aldo, mientras caminaba hacia la puerta. Vaciló, con expresión preocupada.
-¿Qué? -graznó Franco. Ya no podía haber nada peor.
-Quieren revisar las taquillas de todo el personal. Comenzaron hace cosa de una hora. Un par de tipos se negaron. -Aldo tragó saliva-. Quizá tenían alguna cosa escondida, ya sabes. Cosas que no debían de tener. Pero los polis les obligaron a abrirlas... También quieren abrir la tuya, Franco.
-¿En las que han registrado han encontrado alguna cosa?
-Nada importante. Sólo les falta la tuya y cuatro más.
Franco asintió. Notaba el sudor por todo el cuerpo, tenía la chaqueta del pijama pegada a la espalda. Siguió al operario hasta la puerta. Aldo se disponía a salir cuando Franco le detuvo.
-Aldo... quiero pedirte una cosa.
-¿Qué?
-Los polis... ¿dónde están? ¿En la explanada?
-Por todas partes. Lo miran todo. Hasta se han traído a los perros. Un regalo navideño de La Peste.
-Mi taquilla... ¿crees que podrás acercarte sin que te vean?
Aldo estuvo a punto de decir algo, pero se contuvo. En la penumbra de la galería, Franco no le veía bien el rostro. Tampoco quería verlo. Sin embargo, sabía el motivo real de la visita del operario. El código del puerto. Cuando alguien tenía problemas, los demás hacían pina.
-Franco, no quiero líos con la poli.
-No es nada grande. Nada importante. Sólo una cosa personal.
Aldo pensó durante un buen rato. Después, asintió.
-De acuerdo. ¿Qué quieres que haga?
-En el estante superior hay una vieja lata de galletas. Tírala.
-¿Qué contiene?
-Chucherías. Cosas sueltas.
-Franco, hay polis por todas partes.
-Por favor, Aldo, hazlo por mí.
-No quiero problemas, amigo.
-No te pasará nada, te lo prometo. Saca la caja y tírala al agua, pero cerca del muelle. -Puso una mano sobre el hombro del operario-. Te debo una.
-Necesitaré la llave, Franco -dijo Aldo, después de una pausa.
-Hay una en el archivador de mi oficina, en el cajón de abajo. Si te ve alguien, dile que necesitabas mirar unos papeles. No tendrás problemas.
-¿Estás seguro?
-Seguro. Te lo prometo.
-De acuerdo. Lo haré.
-Gracias, Aldo -dijo Franco, mucho más tranquilo. Apartó la mano-. Te juro que no olvidaré este favor.
Franco volvió al dormitorio, se quitó la bata y el pijama, y se vistió. Se encontraba mal, sintió ganas de morirse ahí mismo.
-¿ Qué pasa ? -le preguntó Rosa.
-Nada. Vuélvete a dormir.
-¿Quién era? -insistió la mujer al mismo tiempo que se sentaba en la cama.
-Nadie. Lo has soñado.
-He oído el timbre, y a ti hablar con alguien.
-No has oído nada. Tengo que salir. Necesito tomar un poco el aire. Me has desvelado y ahora no puedo dormir.
Rosa protestó, pero Franco no le hizo caso. Tardó menos de tres minutos en vestirse, bajar las escaleras y subirse al coche. Le había dicho a Rosa que no abriera la puerta a nadie. La mujer ni siquiera le contestó.

Fue a la Piazza della Vittoria, buscó una cabina de teléfonos y marcó el número que llevaba escrito en un trozo de papel.
El lugar estaba muy concurrido. Gente que salía de los restaurantes y los bares, con ganas de juerga. Las voces alegres le deprimieron. Un par de bocinazos espantaron a las palomas que dormían en la estatua de la plaza, y el ruido de las alas sonó como un disparo. Franco dio un respingo y se le hizo un nudo en la garganta.
Escuchó los timbrazos del teléfono. Los segundos se le hicieron interminables hasta que alguien descolgó el auricular.
-¿Ja? -Franco no hablaba alemán. Por un momento vaciló, le entró pánico. La voz insistió-: ¿Ja?
-¿Habla italiano? -preguntó Franco.
-Sí-dijo la voz después de una pausa.
-Entonces escuche, amigo. Tenemos un problema...

Estrasburgo 23 de diciembre
Volkmann y Érica consiguieron asientos en el puente aéreo de las siete de la mañana y aterrizaron en Francfort poco después de las ocho. El agente llamó a la secretaria de Peters desde el mismo aeropuerto para avisarle que llegaría a Estrasburgo hacia las doce, y solicitó una entrevista urgente con Ferguson y Peters. La secretaria le respondió que se encargaría de que Peters recibiera el mensaje.
Recogieron el Ford que Volkmann había dejado en el aparcamiento del aeropuerto y emprendieron el viaje de regreso a Estrasburgo. A las once y media entraron en el edificio de la DSE. Volkmann acompañó a Érica hasta su oficina y después fue a buscar a Peters.
Le encontró en su oficina, en una animada conversación con la secretaria de Ferguson. Peters se acercó al agente en cuanto le vio entrar.
-Joe, no sabes cuánto me alegra verte. Ha surgido una...
-Tenemos que hablar, Tom. Es urgente -le interrumpió Volkmann-. ¿No te dieron mi mensaje?
-Sí. -Peters observó la expresión de Volkmann y añadió-: ¿Pasa algo?
-¿Dónde está Ferguson?
-Tenía una comida con los jefes de sección -respondió Peters. Después se volvió hacia la secretaria de Ferguson-. ¿Quiere dejarnos solos, Marión? -En cuanto salió la secretaria, Peters preguntó-: ¿Qué pasa, Joe?
-Si no te importa prefiero esperar a que regrese Ferguson, Tom. Quiero discutir el asunto con los dos.
-Lo lamento pero tendrás que dejarlo para más tarde -Peters se disculpó, aunque era consciente de la prisa que tenía Volkmann-. Ha surgido una cosa, quizás importante. Además, Ferguson no volverá hasta la tarde.
-¿Qué pasa?
-Esto te encantará. Recibí una llamada de los carabinieri en Genova. Creen que han encontrado algo que encaja con nuestra petición a la sección italiana. Quieren que vayamos a echar una ojeada a un contenedor que llegó a Genova en un barco llamado María Escobar el nueve de este mes.
-¿Procedente de dónde?
-Montevideo -contestó Peters, con una sonrisa-. Les dije que llegarías en el próximo vuelo.
-¿Cuándo debo salir?
-Hay un vuelo de Alitalia que sale de Francfort a las dos. El de regreso es a las nueve. En la mesa de embarque tienen el billete de ida y vuelta. No tendrás problemas para regresar a menos que surja algún imprevisto. Te espera un chárter privado para llevarte a Francfort.
-¿ Qué hay de nuestra reunión ?
-Lo arreglaré todo para esta noche en casa de Ferguson -prometió Peters-. Llámame en cuanto regreses.
-Hazme un favor, Tom. Cuida de la chica mientras estoy fuera.
-¿Algún motivo especial? -Peters frunció el entrecejo.
-Sólo quiero que se sienta segura.

Volkmann habló con Érica antes de marcharse al aeropuerto. Le recomendó que no comentara el caso con Peters o Ferguson hasta que él volviera; era una cuestión de protocolo. Al cabo de unos instantes, Peters entró en la oficina y el agente hizo las presentaciones.
-¿Qué te parece si invito a comer a esta encantadora joven, Joe? -dijo Peters, en un tono amable. Después la acompañaré a tu casa. -Sonrió-. Estos días todo el mundo se marcha temprano. Le dejaré una nota a Ferguson para avisarle de la reunión. Pondré que es muy urgente.
Volkmann se marchó al cabo de cinco minutos. Mientras conducía camino del aeropuerto, sintió como si un puño de acero le oprimiera el estómago.

48
Estrasburgo
23 de diciembre, 15.02 horas
Nevaba cuando Peters llegó a la casa de Quai Ernest. Aparcó en el patio y subió con Érica al apartamento de Volkmann. La joven no había hablado mucho durante la comida en el restaurante de la Petite France. Peters adivinó que algo le preocupaba, pero no quiso tirarle de la lengua. Cuando entraron en el apartamento, advirtió que Érica se había instalado allí como si fuera su casa. Las habitaciones estaban ordenadas, y había cosas cambiadas de lugar desde la última vez que estuvo allí. Le pareció que entre Volkmann y aquella joven había algo más que una simple relación profesional. Al cabo de unos momentos se disculpó con la excusa de ir al lavabo mientras ella preparaba el café. Echó una ojeada al dormitorio de Volkmann. La cama estaba hecha pero allí también pudo oler el perfume de la muchacha. En el armario vio las prendas de Érica colgadas, y junto a la cama su caja de maquillaje. Salió al recibidor y abrió la puerta de la habitación de invitados. No la habían utilizado.
Volvió al salón en el instante en que Érica salía de la cocina.
-No le pregunté si toma azúcar y leche.
-Las dos cosas -contestó Peters.
Érica entró otra vez en la cocina. Peters encendió un cigarrillo y se dirigió a la ventana. Vio cómo los copos de nieve chocaban contra el cristal mientras pensaba en la situación. En realidad lo que pasaba entre Volkmann y la joven no era asunto suyo. Llevaba demasiado tiempo en el oficio como para suponer que la naturaleza humana se podía reprimir, incluso en este caso. Los ambientes de los que procedían eran muy distintos. Ferguson habría opinado que era poco profesional, pero hasta los jefes comprendían que algunas veces ocurría, sobre todo si la mujer implicada era joven, bonita e inteligente.
Pero en este caso le había sorprendido. Por lo que él sabía de Volkmann, no era su estilo. Siempre se había mostrado muy puritano. No era de los que perdía fácilmente la cabeza por una mujer, y menos aún por una joven alemana como ésta, pensó Peters al recordar lo que había leído en el expediente de la chica. Se apartó de la ventana y cogió el mando a distancia del televisor. Érica apareció con las tazas del café. Peters tomó la suya y se sentó. Con la punta de los dedos se quitó una mota de ceniza de la camisa blanca. En aquel instante vio que la joven le miraba la cintura; de la pistolera enganchada al cinturón sobresalía la Beretta. Sin decir una palabra, se levantó, sacó la pistola y la dejó sobre el abrigo antes de volverse a sentar.
El Mercedes dio cuatro veces la vuelta a la manzana antes de detenerse delante del edificio. La nieve se amontonaba sobre el coche y los limpiaparabrisas funcionaban a toda velocidad. El pasajero comprobó otra vez la dirección antes de subirse el cuello del abrigo y apearse.
Mientras el hombre entraba en el patio, el conductor permaneció en el coche, con el motor en marcha, atento a los movimientos en la calle. Había poco tráfico. De vez en cuando, la luz de unos faros pasaba de largo atravesando la oscuridad que cada vez era mayor. Cuando hace mal tiempo la gente se concentra en la carretera y es poco probable que esté atenta a lo que sucede a su alrededor. Al cabo de tres minutos regresó el pasajero. Tenía el pelo y el abrigo salpicados de nieve. El conductor subió la calefacción al máximo. Él se secó el rostro con la mano.
-Es aquí -dijo el pasajero en alemán-. El nombre de Volkmann figura en el letrero del portero automático. Hay una ventana en la parte de atrás. Dos personas en el interior. Un hombre y una mujer.

-Está bien -contestó el conductor. Consultó el reloj-. Una vuelta más a la manzana y entramos. -Se apartó del bordillo. El pasajero metió la mano debajo del asiento y sacó dos pistolas con silenciador.

Genova 15.15 horas

Franco Scali se encontraba en la puerta del depósito cuando llegó un coche de la policía; se bajaron los inspectores, las armas visibles debajo de los abrigos desabrochados. En el momento en que se apeó el tipo que ocupaba el asiento trasero, y Franco le oyó hablar en inglés con uno de los inspectores, se alegró de haber llamado. Presintió que el problema sería muy grave.

Se sentía fatal, le dolía todo el cuerpo y tenía las piernas como si fueran de goma. No había podido dormir después de hacer la llamada. A las ocho de la mañana habían ido dos policías a su casa para llevarle al puerto. Le habían pedido los documentos del contenedor y hecho unas cuantas preguntas. Franco intentó restarle importancia al asunto. Pero aquellos tipos podían oler el miedo, tenían un olfato especial, y comprendió que ya le tenían calado.

Le habían tomado las huellas dactilares para enviarlas a la jefatura. Eso no le preocupaba, porque para sacar la caja utilizó guantes de goma. Después respondió a las preguntas que le hicieron sobre el contenedor. Cuando uno de los inspectores le preguntó si tenía algo que decir, Franco se encogió de hombros y contestó que no; desde luego que no.

No tenían por donde cogerle. Incluso le había dado tiempo a deshacerse de las cosas que guardaba en la taquilla. El bueno de Aldo se había ocupado. Le debía una. Además, las personas a las que había llamado, le prometieron ayudarle. No tenía ni puñetera idea de en qué consistiría la ayuda, pero confiaba en recibirla. Sólo esperaba que no tardaran demasiado, porque lo único que podía hacer él era ganar tiempo.

Había intentado razonar, buscar un poco de luz en las tinieblas mientras luchaba contra el cansancio. Cuando acabó el interrogatorio, preguntó si podía irse.

-Tenemos que esperar -le informó un poli-. Hay otras personas que desean hacerle preguntas.

-¿ Quiénes ? ¿ Qué preguntas ?

-Tenga paciencia. No tardarán mucho en llegar.

Franco salió a la explanada a fumar un cigarrillo. Dio un par de bocados a una pizza pequeña que le trajo un compañero. No tenía apetito pero se forzó a comer para que no se le notara el nerviosismo. Llevaba siete horas haciendo esfuerzos.

Comenzaba a oscurecer y la pizza le quemaba en el estómago. Pensó que iba a vomitar. Se quejó a los carabinieri por retenerle allí, pero no le hicieron caso. En cuanto apareció el coche y vio bajar a los hombres comenzó a sudar la gota gorda. Franco sonrió sin ánimos cuando un inspector se presentó a sí mismo (Orsati) y después al otro hombre.

-Señor Volkmann, le presento a Franco Scali.

Franco le estrechó la mano con firmeza para que aquel hombre no notara que estaba temblando. Le observaban como halcones.

-Ciao -saludó Franco.

-Vamos a ocuparnos del contenedor -anunció Orsati. -Desde luego -dijo Franco. El inspector abrió la marcha.

15.35 horas

El Fiat con Beck y Klein a bordo entró en el muelle y se detuvo a unos cien metros del depósito. Había tanto movimiento que nadie les preguntó nada.

Beck apagó el motor. Klein consultó su reloj y miró los coches aparcados en la explanada. Un grupo de hombres estaba reunido junto al contenedor azul. Klein cogió los binoculares y enfocó a los hombres.

Soplaba una brisa suave desde el mar. La luz de las torres alumbraba la explanada como si fuera pleno día. Los carabinieri habían acordonado la zona con cintas de plástico amarillas.

Un oficial de aduanas, el mismo que según le dijo Orsati a Volk-mann había descubierto el compartimiento secreto, se acercó para hablar con el inspector. Después les acompañó hasta el contenedor azul con las tres rayas grises. El agente vio en el suelo la plancha que habían quitado de uno de los costados; encajaba al milímetro en el agujero de veinticinco centímetros de lado que había allí. El aduanero gordo les observó, ufano.

-¿Cómo lo encontró? -le preguntó Volkmann a Orsati.
-Golpeó las paredes interiores con el puño de un plumero. Notó la diferencia de sonido cerca del final de la pared derecha. Además, ya había visto antes este contenedor. Cuando lo inspeccionó la última vez le pareció que había algo sospechoso, pero no tuvo tiempo de examinarlo a fondo. -El inspector se arrodilló junto al agujero y miró al interior-. ¿Quiere echar una ojeada?
Volkmann asintió. Orsati le dio una linterna y él inspeccionó el interior. Vio los soportes gemelos soldados al metal, separados unos veinticinco centímetros entre sí. El agujero olía a pintura y herrumbre. Se volvió para mirar a Scali. El empleado le devolvió la mirada, apocado.
-¿ Scali habla inglés ? -le preguntó al policía, que le repitió la pregunta a él. Éste respondió muy deprisa.
-Dice que no.
-Y ¿usted qué opina? ¿Cree que sabe algo?
-Sí, estoy seguro. -Orsati sonrió-. Los que hicieron servir este compartimiento, necesitaron a alguien que les ayudara desde dentro. Un tipo como Scali sería perfecto.
-¿Encontraron sus huellas en el agujero?
-No. Pero hallamos otra cosa. Le tengo preparada una sorpresa. -Volkmann le preguntó qué era y el inspector se lo dijo. El agente asintió con la mirada puesta en Scali, que intentaba disimular el miedo sin éxito-. Hay un despacho en el depósito -añadió Orsati-. Deje que yo hable con él. Cuando acabe, Franco Scali nos dirá todo lo que sabe.
-¿Quiere que espere aquí?
-Sí, ¿por qué no? Le llamaré en cuanto comience a cantar.
Klein vio que el grupo se dirigía hacia el depósito. Divisó a Scali y le hizo una señal a Beck que de inmediato cogió los dos maletines del asiento trasero del coche.
Tardaron menos de un minuto en montar las pistolas ametralladoras y colocar los cargadores. Cuando acabaron, el grupo estaba a punto de entrar en el depósito.
Klein quitó el seguro y accionó el cerrojo. Beck hizo lo mismo.
Estrasburgo 15.55 horas
Ferguson salió tarde de la comida con los jefes de sección. Cuando regresó a la oficina vio la nota de Peters sobre la reunión con Volkmann. Recalcaba que era urgente y entendió que en esos momentos Peters se encontraba con la muchacha en el apartamento del agente. Se preguntó qué pasaría; seguro que se trataba de algo relacionado con la investigación de Volkmann. Se disponía a llamar al apartamento cuando sonó el teléfono.
Era Jan de Vries. Le avisó que acababa de recibir un despacho urgente de Asunción para él, y que subía a entregárselo personalmente. Al cabo de tres minutos, De Vries se presentó en la oficina. Parecía deprimido. Ferguson esperó a que se fuera para abrir el sobre.
Sacó el despacho y lo leyó sin prisas. A medida que avanzaba se iba poniendo cada vez más pálido. Cuando acabó, Ferguson dejó el comunicado sobre la mesa, y se dirigió a la ventana, con el rostro ensombrecido. Permaneció allí, quieto, durante unos instantes, ensimismado. No podía creer lo que había leído. Se acercó de nuevo a la mesa, cogió el despacho y lo volvió a leer.
Esta vez vaciló sólo un momento antes de coger el teléfono y marcar un número. Nadie atendió la llamada. Después de pensar unos instantes marcó otro.
Si Ferguson se hubiera quedado junto a la ventana un poco más, hubiera visto el Mercedes negro que se detuvo delante del edificio y a los dos hombres que se apearon de él, uno de ellos cargado con un maletín. Los desconocidos entraron en el vestíbulo, mostraron sus credenciales a los agentes de seguridad y se dirigieron a los ascensores.
Un kilómetro más allá, en Quai Ernest, dos hombres más se bajaron de un segundo Mercedes. Cruzaron el patio nevado y entraron en la casa. Cuando llegaron delante de la puerta del apartamento de Volkmann, empuñaron las pistolas. Mientras el conductor vigilaba el patio, el segundo hombre sacó un manojo de llaves del bolsillo. Eligió una y la introdujo en la cerradura.

Genova 15.55 horas

A pesar de los dos ventanales que ofrecían una vista despejada de los muelles, el despacho en la planta baja del depósito producía sensación de claustrofobia. Franco sintió pánico en cuanto entró. Echó un vistazo a Orsati, que le miró imperturbable. Tragó saliva, consciente de lo que se le venía encima, pero sabía que debía echarle cara al asunto. Eso o podía darse por acabado. Había una mesa y dos sillas. Orsati le dijo a Franco que se sentara.

El segundo inspector era joven. Rondaba los treinta y llevaba el pelo corto. Permaneció de pie junto a La Peste mientras Orsati sacaba una libreta y un lápiz, como si fuera a tomar nota. Franco pensó que La Peste asistía al interrogatorio porque quería una mierda de medalla del servicio de aduanas. "Que te den por el culo -pensó Franco-. Lo negaré todo."

Orsati se abrió el abrigo y le sonrió a Franco con los brazos en jarras. El empleado vio la culata del arma en la cintura del inspector.

-Quiero hacerle algunas preguntas, Franco. Deseo ayudarle, así que piense bien antes de contestar. Es fácil mentir, amigo, pero las mentiras sólo te hunden más. Y no creo que eso le convenga. -Franco permaneció mudo-. Repítame lo que sabe del contenedor azul.

-Ya se lo dije. Sólo me encargué de recibirlo y despacharlo. No sé nada del compartimiento oculto.

-¿Se encargó de los papeles cuando el María Escobar llegó de Montevideo?

-Sí.

-Y, ¿no sabe nada del compartimiento?

-Es la verdad, se lo juro.

-¿ No quiere añadir nada más ?

-¿Por qué? -exclamó Franco, precavido-. ¡Eh, oiga! Ya le dije...

Orsati alzó una mano para hacerle callar. Miró a Franco durante unos segundos antes de volverse hacia su compañero. Le hizo una seña. El inspector más joven se acercó a la puerta. Franco presintió que algo iba a pasar. El policía abrió la puerta y movió el índice como si llamara a alguien. Cuando vio entrar al gigantón de Aldo, Franco se apoyó en la mesa para no caerse al suelo. Notó cómo se le encendía un fuego en todo el cuerpo, no podía respirar. El operario se quedó en el umbral, con la cabeza gacha mientras se retorcía las manos. Por fin se atrevió a mirar a Franco por un instante.

-Lo siento, Franco. Tuve que explicarles lo de la lata de tu taquilla.

Franco movió los labios, abrió la boca para decir algo, pero fue incapaz de articular palabra. Sacudió la cabeza indefenso mientras Orsati despachaba a Aldo.

-Si quiere -manifestó Orsati-, puedo llamar a Aldo otra vez y pedirle que repita lo que nos dijo. -El inspector se rascó el bigote-. Alguien vio cómo tiraba las cosas de su taquilla. Hemos mandado llamar a una pareja de buzos. No les costará mucho encontrar la lata. ¿Quiere decirme qué contenía? -Orsati consultó el reloj-. Nos ahorrará a todos tiempo y problemas.

Franco miró a los presentes. Vio la expresión burlona de La Peste y le entraron ganas de vomitar. Desvió la mirada hacia las ventanas; el viento arrastraba la basura del muelle, y, al fondo, brillaba el rayo plateado del faro. A lo lejos, hacia el final de la explanada, vio, atrapada por un segundo en el haz de luz del faro, la silueta de un hombre que se apeaba de un coche, pero Franco estaba demasiado preocupado para fijarse que empuñaba una ametralladora. Se volvió para enfrentarse a su interrogador. Sudaba la gota gorda.

-Creo -dijo Orsati con voz firme- que más le vale hablar.

Cuando salió del depósito, Volkmann notó en el rostro la brisa fresca que soplaba del mar. Buscó los cigarrillos y, al no encontrar el paquete, recordó que se los había dejado junto con el abrigo en el coche de la policía. Cuando llegó al coche aparcado diez metros más allá, la luz del faro alumbró por un instante a un hombre que se dirigía hacia el depósito desde el fondo del muelle. El hombre se encontraba a unos cincuenta metros, quizá menos. Vio el arma que llevaba, y, por un momento, pensó que se trataba de un carabinieri, aunque no vestía el uniforme.

Un sexto sentido le advirtió que algo iba mal. Su andar era demasiado decidido, demasiado resuelto, y sostenía la ametralladora sobre el pecho, lista para disparar. Se giró para mirar hacia el depósito. La oficina pequeña donde los inspectores y el aduanero interrogaban a Scali parecía el escenario de un teatro. A través de las ventanas se veía con toda claridad el movimiento de los labios de Scali mientras

los demás escuchaban. Eran como patos en una galería de tiro. Volkmann comenzó a sudar. Miró al desconocido. Le faltaban unos cuarenta metros para llegar al depósito. Cuando pasó por debajo de uno de los focos del muelle, vio el brillo del cañón de la ametralladora. Metió la mano debajo del abrigo para sacar la pistola. No estaba. No la había cogido.
Volkmann soltó una maldición. Retrocedió en el acto, abrió la puerta del coche y buscó un arma en la guantera. Comprendió que el pistolero tenía la línea de tiro despejada: Scali era el objetivo. Entonces, las voces de la cinta sonaron en su cabeza como la sirena de una alarma,, mientras intentaba hacerse con una pistola.
"¿Y el italiano?"
"Le matarán."
En la guantera no había más que papeles. Pensó por un instante. Los inspectores siempre llevaban armas en el coche, y los policías italianos no iban a ser diferentes. Pero ¿dónde? A veces las escondían en el maletero, o en una bolsa en la tapicería que cubría el techo. Volkmann pasó las manos por el tapizado de vinilo. Nada. Buscó debajo de los asientos. Vacío. Las llaves en el contacto. No estaban. Volvió a maldecir al tiempo que con la mano derecha palpaba el costado del asiento para tirar de la palanca y abrir el maletero. Dio con ella y tiró con fuerza. Espió por la ventanilla trasera. Vio cómo se abría la tapa del maletero al tiempo que divisó al pistolero a menos de veinte metros de distancia. Abrió la otra puerta del coche y salió a gatas. Rogó para sus adentros que hubiera un arma allí.
Klein avanzó al trote por la explanada con la mirada fija en el grupo que se encontraba en el despacho iluminado. Podría ver con toda claridad los rostros al otro lado de la ventana. Dos hombres de pie, otros dos sentados. Uno hablaba, los demás escuchaban. Scali. Sólo le faltaban por recorrer quince metros.
Beck se había quedado en el coche para cubrir la retaguardia, preparado para la huida. A cuatro manzanas del muelle, les esperaba un segundo coche para llevarles hasta la casa franca. Era un objetivo difícil aunque no imposible. A pesar de las dificultades no podía fallar. Según Meyer, la muerte del italiano era imprescindible. Notó el efecto de la adrenalina, tenía fuego en el cuerpo. Le faltaba tan poco...
Sólo estaba a doce metros de la ventana y nadie le había visto. Puso el dedo sobre el gatillo mientras se agachaba para pasar por debajo de la cinta amarilla. A diez metros del aparcamiento el instinto le hizo vacilar; algo no iba bien. Captó un movimiento por el rabillo del ojo derecho. Se giró hacia la derecha en el instante en que se abría la tapa del maletero de un coche de la policía secreta. Klein vislumbró la figura de un hombre que se movía agachado en dirección a la parte de atrás, le vio meter una mano en el maletero; buscaba alguna cosa con desesperación. El pistolero no sabía quién era, pero sí que debía matarle.
Klein levantó el arma y disparó una ráfaga. Las detonaciones retumbaron en el muelle mientras el hombre se echaba cuerpo a tierra. Las balas destrozaron los cristales y perforaron la plancha. Sin perder un segundo, Klein se volvió una vez más hacia la ventana del despacho. Vio la reacción de los hombres al oír los disparos, las expresiones de asombro cuando descubrieron la presencia del asesino. Entonces, apretó el gatillo.
Los cristales volaron hechos pedazos, las balas se incrustaron en el cemento, la madera y la carne. Las figuras al otro lado de la ventana se movieron como marionetas al son de la música mortal de la ametralladora. El pistolero disparó hasta agotar las balas. En un abrir y cerrar de ojos puso un cargador nuevo y corrió el cerrojo. Entonces advirtió que el hombre del coche cogía alguna cosa del maletero. La ametralladora tableteó otra vez.
Volkmann se acurrucó indefenso detrás del coche. Miró dentro del maletero y después al despacho donde las figuras intentaban escapar de las balas. Mientras el asesino se concentraba en sus objetivos, aprovechó para acercarse al maletero y meter la mano. Palpó el metal en busca de un arma. Nada. Insisto. Entonces tocó una grapa. Movió la mano y sintió el contorno de una culata.
El agente se volvió cuando cesaron los disparos. Vio cómo el pistolero quitaba el cargador vacío y ponía otro. Se levantó de un salto, cogió la metralleta Uzi y volvió a tirarse al suelo. Se salvó por los pelos. Los disparos de Klein sacudieron el coche como martillazos. Volkmann rodó sobre sí mismo mientras quitaba el seguro y corría el cerrojo. Sin dejar de moverse, puso el arma en posición de fuego automático.

El asesino avanzó hacia el coche sin dejar de disparar. Volkmann rodó sobre sí mismo y a la tercera vuelta apuntó y apretó el gatillo.
La ráfaga destrozó el pecho de aquel hombre; su cuerpo se sacudió en una danza macabra hasta que cayó al suelo. Volkmann dejó de disparar cuando se le gastó el cargador. Tiró la Uzi y miró hacia el despacho. Nadie se movía, pero pudo oír los gemidos y los gritos pidiendo auxilio. En aquel momento oyó el rugido de un motor; a su izquierda se encendieron los faros de un coche.
Beck vio todo lo que ocurría desde el coche. Soltó una maldición. Justo cuando las cosas iban rodadas, la operación se había ido al traste. Vio caer a su compañero, arrojar el arma y ocultarse detrás del vehículo policial y vio al hombre que lo había matado. Arrancó el motor, encendió las luces y, al mismo tiempo que cogía la ametralladora, apretó el acelerador y salió disparado.
Volkmann escuchó el chirrido de los neumáticos, vio las luces que avanzaban hacia él. Ochenta metros. Setenta. Sesenta. Se agachó cuando las balas rebotaron en el pavimento a su izquierda. Cincuenta metros. Cuarenta. El Fiat avanzaba a toda velocidad; la luz de los faros que parecían los ojos de un animal salvaje le cegaban.
La metralleta descargada estaba a cinco metros de distancia. El agente pensó deprisa. Levantó una mano para protegerse los ojos de la luz; vio la ametralladora junto al cadáver del pistolero; corrió desesperado, se lanzó cuerpo a tierra y rodó sobre sí mismo los últimos cinco metros con las manos tendidas para coger el arma. Otra ráfaga, arrancó esquirlas a su izquierda. El Fiat viró hacia él. Treinta metros. Veinte.
Volkmann sujetó la ametralladora, rodó hacia la derecha, apuntó y apretó el gatillo en el momento en que el coche entraba en el sector iluminado por uno de los focos del muelle.
La descarga destrozó el faro izquierdo y abrió un boquete en el parabrisas del mismo lado, pero el coche siguió su marcha balanceándose de un lado a otro. Volkmann vio el rostro del conductor detrás del parabrisas, y las llamas que salían del cañón del arma. En el último momento, el agente soltó el gatillo, rodó a la derecha y disparó otra vez.
La segunda descarga decapitó al conductor, la cabeza golpeó contra el respaldo del asiento y desapareció cuando el Fiat fuera de control se desvió violentamente hacia la izquierda. Pasó como una exhalación junto a él para ir a estrellarse contra el vehículo policial. El brutal estrépito que se produjo con el choque, fue seguido de una detonación seca al estallar el tanque de gasolina. Una bola de fuego naranja alumbró toda la explanada. Volkmann se protegió los ojos del calor intenso que despidió. Se levantó y echó a correr hacia el depósito. La luz del despacho seguía encendida, pero no había señales de vida.
Entonces vio que alguien se levantaba tambaleándose: Orsati. El inspector con el rostro cubierto de sangre, se cubría la herida de la cabeza con un mano al tiempo que se apoyaba en una pared para no caerse.
De pronto, el lugar se convirtió en un hervidero. Sonaron sirenas por todas partes. El primer coche de policía apareció a gran velocidad por un extremo de la explanada y frenó en seco a unos metros de los vehículos incendiados. Volkmann apretó el seguro de la ametralladora y la dejó caer al suelo. Dos carabinieris se bajaron del coche con las armas preparadas. Apuntaron a Volkmann y avanzaron mientras espiaban de reojo hacia el despacho. El agente levantó las manos y las cruzó sobre la cabeza como medida de precaución.
Aparecieron más coches cargados de agentes que empuñaban sus armas para poder responder a cualquier imprevisto. Por fin dejaron de sonar las sirenas y sus aullidos fueron reemplazados por un coro de voces y gritos con las luces azules de fondo.

Estrasburgo 16.03 horas
Los dos hombres salieron del ascensor y caminaron por el pasillo desierto. El que llevaba el maletín abría la marcha. Tardaron menos de veinte segundos en encontrar el despacho.
Ferguson estaba hablando por teléfono en el momento que se abrió la puerta. Vio a la pareja y las pistolas con silenciadores. Apenas tuvo tiempo de abrir la boca. Recibió cuatro balazos en el pecho y otros dos en la cabeza. El impacto de las balas le empujó hacia atrás y hacia arriba. Ferguson chocó

contra la pared, con el teléfono y el papel que sujetaba en las manos. Aunque no hubiera sido necesario, el hombre del maletín se acercó para dispararle dos veces más en la cabeza.
Los dos hombres permanecieron en el despacho otros veinte segundos. Uno se ocupó de revisar el contenido de los archivadores y de los cajones del escritorio, mientras el otro abría el maletín, activaba la bomba de relojería que había transportado en él, y lo ponía debajo del escritorio. Ninguno de los dos vio el mensaje procedente de Asunción que había caído al suelo.
Salieron del despacho después de comprobar que el pasillo seguía desierto y se marcharon por donde habían venido.
Érica estaba sola en el dormitorio. Peters había intentado sonsacarla, pero ella le evitó con la excusa de que se sentía cansada. Se sobresaltó cuando una ráfaga de viento sacudió el cristal de la ventana. En el momento en que iba a echar la cortina, oyó ruidos en el vestíbulo: el sonido de pisadas.
Cruzó la habitación y abrió la puerta. El televisor estaba encendido, y en ese momento Peters se levantaba del sillón. Vio cómo empalidecía mientras miraba atónito hacia el vestíbulo.
-¿Qué diablos...? -exclamó Peters, que alargó el brazo para coger la Beretta que había dejado sobre el abrigo.
Sólo entonces, Érica llegó a ver a los dos hombres armados que avanzaban hacia Peters. El agente no tuvo tiempo de empuñar el arma. Los desconocidos abrieron fuego y Peters se desplomó sobre el sillón con el rostro y el pecho destrozados por las balas. Érica gritó.
El Mercedes se detuvo en Quai Arpege. El hombre que ocupaba el asiento del pasajero consultó su reloj. Transcurridos quince segundos, oyeron a lo lejos el ruido de la explosión. El pasajero asintió y el conductor puso el coche en marcha. Poco después oyeron los aullidos de las sirenas; arrancaron sin mirar atrás, por lo que no vieron el coche oscuro que les seguía.

50
Bonn
Viernes, 23 de diciembre, 9.30 horas
El canciller Franz Dollman hizo una mueca mientras se sentaba en el asiento trasero del Mercedes negro. El vehículo se puso en marcha precedido por un coche de la policía. Cuando pasaron por la Münster Platz, Dollman apartó por un momento la mirada de los documentos que leía, atraído por las luces del árbol de Navidad instalado en la plaza. Por lo general las fiestas navideñas le deprimían, pero esta vez esperaba con ansias poder disfrutar de unos días de descanso, lejos de las obligaciones del cargo. El Gabinete llevaba una semana de retraso en sus reuniones, lo que representaba un montón de asuntos pendientes de resolución. Dollman se reclinó en el asiento y suspiró. Había llegado a primera hora de la mañana procedente de Munich, después de una reunión nocturna con el primer ministro bávaro. Se había levantado a las seis. Después de repasar la agenda y de desayunar, se había tomado una copa de schnapps para afrontar con ánimos renovados la jornada que le esperaba, así como la reunión urgente del Gabinete.
Desde hacía un año, las reuniones de los miércoles por la mañana en la Villa Schaumburg eran siempre iguales: un caos, y la de hoy prometía no ser diferente. Dollman se preguntó cómo se las arreglaba el país para seguir adelante. Lo atribuyó a la capacidad de decisión y a la naturaleza trabajadora del pueblo alemán. Eran expertos en superar la adversidad. Mientras el coche pasaba por la Markt Platz, el canciller vio los escaparates rotos, los cristales en las aceras, las pintadas en las paredes. Las secuelas de otra manifestación. Se giró hacia Ritter, su guardaespaldas, que se hallaba sentado a su lado. El hombre mascaba chicle. Dollman señaló hacia el lugar con una inclinación de cabeza.
-¿ Qué ha pasado ?
-En principio era sólo una marcha contra el paro -contestó Ritter-. Pero después se unieron los grupos ultras, y al cabo de un rato empezaron con los destrozos.
-¿Algún muerto?
-Esta vez no. La brigada antidisturbios apareció hacia la media noche y repartió unos cuantos mamporros, pero nada más. Dicen que habrá otra esta noche, al parecer partirá del ayuntamiento. Una

manifestación de inmigrantes. -Ritter endureció el gesto-. Si por mí fuera, ya los habría metido a todos en la cárcel.
Las cosas comenzaban a desmadrarse, pensó el canciller. El Mercedes dobló en el Hofgarten, después siguió en dirección sur hacia el Rin y la Villa Schaumburg. Había más escaparates rotos y los oportunistas de turno, aprovechando para vaciar las tiendas. En las aceras faltaban algunas baldosas que los manifestantes habían lanzado contra la policía. Dollman no se molestó en responder al comentario de Ritter. El hombre era un guardaespaldas excelente, duro, discreto y leal, pero un poco corto de inteligencia, razón por la cual, él no se prodigaba mucho en sus conversaciones. Según Ritter, la mitad del mundo debía de estar en la cárcel. En todas partes ocurría lo mismo. Tumultos. Marchas. Protestas. El problema de los inmigrantes. El ministro del Interior francés se había quejado de las mismas cosas la semana pasada.
-Encerradlos a todos y tirad la llave. Esa es la solución -añadió el guardaespaldas.
"Si eso fuese posible -pensó Dollman-. Para empezar encerraría a medio Gabinete."
El Mercedes entró en el patio de la Villa Schaumburg y se detuvo delante de la imponente entrada. Su esposa estaba en la residencia. Tendría el tiempo justo de verla después de la reunión del Gabinete y antes de salir para Berlín. Otro aburrido acto oficial en el palacio de Charlottenburg antes de la reunión especial sobre seguridad convocada por Weber para la mañana siguiente. De todos modos, la reunión de Weber le venía como anillo al dedo. Pasaría la noche en Wannsee y eso al menos le hacía ilusión. Se sintió más animado. Recogió los documentos, los guardó en el maletín y se lo entregó a Ritter.
Mientras bajaba del coche vio a Eckart, el ministro de Finanzas, que esperaba en el portal para saludarle. El hombre tenía una expresión triste y deprimida que hacía juego con los nubarrones que oscurecían el cielo de Bonn. Sin duda, las noticias que traía eran tan malas que no podían esperar el comienzo de la reunión. Dollman suspiró resignado y caminó ceñudo hacia la entrada.
Llevaban dos horas de reunión y era un calco de las anteriores. Durante la noche se habían producido disturbios en Berlín, Munich, Bonn, Francfort e incluso en Mannheim, la ciudad natal de Dollman. Las noticias sobre la economía eran deprimentes. Eckart se retorcía las manos desconsolado mientras explicaba la situación.
Dollman sacó un pañuelo del bolsillo y se secó el sudor de la frente. En la sala hacía calor, la calefacción estaba al máximo para compensar el frío del exterior. A través de las ventanas vio cómo el viento sacudía las copas de los árboles. Dollman, un hombre que rondaba los sesenta, alto y distinguido, llevaba dieciocho meses en el cargo. Dieciocho meses difíciles, agotadores. Con mucho gusto hubiera renunciado; incluso lo había pensado en un par de ocasiones, pero sabía que era el único entre todos los presentes con capacidad de mando en estos tiempos de angustia.
El canciller guardó el pañuelo cuando acabó la lectura de los informes para mirar a los ministros sentados en torno a la mesa oval. Estaban todos, excepto Weber, el vicecanciller. Llegaría más tarde. Las manifestaciones violentas en Leipzig requerían su presencia. Dollman no le envidió su suerte. Weber había pedido ser ministro del Interior, porque tenía el temperamento adecuado para desempeñar ese cargo, pero no era ningún chollo. En cualquier caso, era problema de Weber. Oyó un carraspeo, se volvió: Eckart reclamaba su atención.
-¿Puedo comenzar con el informe económico, canciller?
-¿Qué nos queda? -preguntó Dollman, y consultó el reloj.
-Sólo el informe económico, y, desde luego, el informe sobre seguridad nacional. Esperaremos a que llegue el vicecanciller Weber. En caso de que se retrase más de lo previsto, creo que tendremos que volver a reunimos después de comer.
-Muy bien, Eckart, puede comenzar. -Dollman se arrellanó en el asiento. Escuchó la voz seca y monótona del ministro mientras hacía la presentación.
Se despreocupó. Pensó en la casa de Wannsee. Llamaría de camino a Charlottenburg, y otra vez cuando acabaran. Ayer ya avisó de que se quedaría a pasar la noche. El sólo hecho de recordar la voz y aquel cuerpo voluptuoso le provocó un espasmo de placer anticipado. La mujer era el sueño de un político. Discreta, hermosa, poco exigente, imaginativa y ardiente en la cama. Estar con ella le revitalizaba.
Dollman consiguió reprimir una sonrisa de satisfacción. El monólogo de Eckart le devolvió a la realidad.

-Los informes de tesorería advierten de las dificultades para el pago de las jubilaciones... las contribuciones a la Comunidad llevan un retraso de tres meses... Fangel solicita que se entablen negociaciones para reducir los pagos de los préstamos internacionales... El Bundesbank informa de una nueva devaluación del marco frente a las principales divisas, debida a los desequilibrios de la balanza de pagos... El estado de Hesse solicita ayuda financiera, también Baviera...
La voz monótona de Eckart continuó con el recitado. Dollman miró a los ministros, que tenían la mirada perdida en el vacío. Debería haberse leído el informe aunque sólo fuera por no tener que aguantar a Eckart. Ya había renunciado a entender el caos. Lo único que deseaba era irse a Berlín.
-... y esto pone fin al informe económico. Gracias, señores ministros, por su atención.
"¿Qué atención?", pensó Dollman. La mitad estaban dormidos o muertos de aburrimiento. Se escuchó un coro de toses y después silencio. El canciller miró las caras de sus colegas. El ministro Franks levantó la mano.
-¿Sí, Franks?
-¿Qué se propone hacer el canciller respecto a la situación en Hesse y Baviera?
-Buena pregunta, Franks. Estoy seguro de que el ministro Eckart presentará algunas propuestas en nuestra próxima reunión. Hasta entonces, le pido que tenga paciencia. -La respuesta de un político. Eludió la mirada de Franks. Vio la expresión tensa de Eckart-. ¿Alguna otra pregunta?
Se escucharon unos murmullos entre los ministros sentados al fondo de la sala. Streicher levantó la mano, sin duda para criticar su respuesta. Pero Dollman no se sentía con ánimos para nada. Consultó el reloj intencionadamente para que no le hicieran más preguntas.
-Caballeros, sugiero que nos reunamos después de comer para escuchar el informe del vicecanciller. Estoy seguro de que el ministro del Interior tendrá varios puntos importantes que tratar.
En aquel momento se abrió la puerta de la sala y entró Konrad Weber con una carpeta gruesa en una mano y el maletín en la otra. Era un hombre alto y de aspecto serio. El rostro pálido y contraído de Weber mostraba la expresión severa habitual en él. Era un buen vicecanciller, alguien que no se tomaba las responsabilidades a la ligera. Si de él dependiera, ya no quedarían agitadores en las calles. Los habría metido a todos en la cárcel. Para el canciller era un consuelo tenerle de su parte, aunque por su expresión parecía el mensajero de la muerte.
-Canciller, caballeros, ruego disculpen el retraso.
-Siéntese, Weber. ¿Tiene preparado el informe especial?
El ministro asintió mientras ocupaba su lugar en la mesa, pero no se sentó. Dejó el maletín en el suelo y abrió la carpeta. Dollman vio que algunos de los documentos llevaban el sello de la BfV. Muy confidencial. El canciller suspiró. Las cosas ya iban lo bastante mal como para tener que soportar más problemas. Weber le había avisado la noche anterior de que las noticias eran graves. Y por lo que auguraba la expresión de Weber, el informe de seguridad les haría desear tirarse por la ventana.
Dollman intentó relajarse; se preguntó cuándo acabaría todo aquel asunto. Pensó en Lisl, desnuda sobre la cama de la casa de Wannsee, y la imagen le provocó un estremecimiento de placer. De no haber sido por ella, estaba seguro de que se habría tirado por la ventana hace años.

51
Genova 17.30 horas
Volkmann esperó su turno para hablar en el despacho del jefe de policía en la Piazza di Fortunesca. La tensión era igual de espesa que el humo del tabaco que flotaba como una nube gris cerca del techo. El inspector Orsati estaba sentado en el centro de la habitación. Por debajo del ojo izquierdo hasta la mitad de la mejilla llevaba un trozo de esparadrapo color carne, y un vendaje en la cabeza donde le había rozado una bala. Después de recibir las primeras curas y de haberle administrado un calmante no

había querido que le trajeran a la jefatura en ambulancia. "No tiene importancia. Es sólo una herida superficial", le comentó al agente con una sonrisa aunque no podía disimular la impresión que le había causado el asalto. Mientras esperaba intervenir en la conversación, no dejaba de sudar; estaba pálido y se le veía tenso.
Además de Volkmann y Orsati había dos hombres más en el despacho. El jefe de la policía genovesa, un hombre apuesto, con gafas, vestido de paisano, traje gris, corbata azul claro y pañuelo. Un toque de extravagancia, aunque era evidente que controlaba la situación, un profesional. Y el inspector jefe, alto, piel blanca, nariz aquilina, mirada atenta y pelo canoso. Vestía ropas informales: chaqueta de cuero negro, pantalones grises y un suéter blanco. Su atuendo informal era la prueba evidente de que había dejado una fiesta navideña en un hotel de Via Piaggio para presentarse en el despacho de su superior.
Orsati ya había informado de las declaraciones de Scali antes de que las balas le destrozaran el pecho. En el compartimiento oculto del contenedor había llegado una caja pequeña y pesada. A lo largo del año había recibido otras. Pensaba que eran armas o quizás oro, pero no sabía nada más. El personal del laboratorio continuaba con las pruebas. Ahora, el peso de la conversación recaía en el inspector jefe. Hablaba muy rápido y fumaba un cigarrillo tras otro. Un tabaco muy fuerte que desprendía un humo acre.
Volkmann intentaba seguir la conversación en italiano, pero sólo captaba palabras sueltas. El jefe de policía no hablaba inglés y el inspector jefe hacía de intérprete. Al primero, sólo le preocupaban los cuatro muertos y los dos heridos graves que habían sido trasladados al hospital de Santo Giorgio. Los dos inspectores sólo habían sufrido heridas leves. Uno de los muertos era el aduanero, Paulo Bonefacio. Las ropas de los asesinos eran alemanas, pero ninguno de los dos llevaba documentos de identidad. El inspector jefe acabó de hablar con su superior y miró al agente de la DSE.
-Se lo he explicado todo al jefe. Tal como usted y Orsati me lo contaron. Sin embargo, hay que aclarar algunos puntos. ¿Sabe el motivo por el cual asesinaron a Scali?
-Sólo puedo repetirle lo que ya sabe. Recibimos un informe sobre una carga procedente de Suramérica que podía estar destinada a Genova. Le pasamos los datos a su gente en la DSE. Solicitamos que comprobaran a fondo todas las cargas procedentes de Montevideo y San Pablo. -Volkmann miró al hombre-. Le di el nombre y el teléfono de mi superior en Estrasburgo. Le sugiero que el jefe llame a Ferguson cuanto antes y le avise de lo que pasa.
-Señor Volkmann -contestó el inspector-. Estamos intentando comunicarnos con él. Pero mientras tanto le agradeceríamos que colaborara. Desde luego, no creo que se presenten cargos en su contra. Fue en defensa propia. En cualquier caso, debo insistir en que la cooperación es vital. ¿Me comprende? -Hizo una pausa-. ¿No nos puede decir nada?
-Nada.
-Debe hacerse cargo de nuestra situación -insistió el policía, impaciente. Miró a Orsati y otra vez a Volkmann-. Creo que hemos puesto nuestra mejor voluntad. Ahora le toca a usted. Han muerto ya cuatro hombres y no sabemos por qué. Necesito saber la razón de todo esto.
Volkmann comprendió la frustración que debía sentir. Pero necesitaba la autorización de Ferguson. No se negaba a cooperar, sólo esperaba el permiso de su jefe. El o Peters eran los únicos que podían decirle qué información podía dar a los italianos.
-Necesito una autorización.
-Entonces ¿lo que ha ocurrido es parte de una trama más profunda?
Volkmann asintió.
-Hemos intentado llamar a su cuartel general, pero no conseguimos comunicar. El operador lo atribuye a un fallo en las líneas aunque en la telefónica no se tiene constancia de ello.
Llamaron a la puerta y entró un policía. Miró al inspector jefe y le pidió hablar con él en privado. Los dos hombres salieron al vestíbulo. Cuando regresó al despacho, estaba desencajado. Vaciló un momento y por fin se dirigió a Volkmann.
-Hemos hablado con uno de nuestros oficiales de enlace de Estrasburgo. Al parecer se produjo una explosión en el cuartel general. No se sabe nada de bajas, sólo que su gente está bien. -El inspector jefe hizo una pausa y miró a los demás antes de añadir-: Una cosa más, señor Volkmann. Creo que es

importante. Los del laboratorio hicieron algunas pruebas en el contenedor... utilizaron un contador Geiger. La lectura fue muy alta. Al parecer en la caja que sacó Scali había material radioactivo.

Wannsee, Berlín 23 de diciembre

El Mercedes negro entró en los jardines de la casa de Wannsee a las seis de la tarde en punto. A veinte metros de la orilla del lago y rodeada de álamos muy altos, la finca quedaba oculta de las miradas curiosas que pudieran dirigirle desde cualquiera de las viejas casas que rodeaban el lago. Ritter bajó del coche seguido por Dollman, y acompañó al canciller hasta la puerta mientras los otros dos guardaespaldas se quedaban en el coche.

La hermosa joven que abrió la puerta saludó a Dollman con una sonrisa sin preocuparse para nada de Ritter. En cuanto entraron, éste se instaló como siempre en el estudio de la planta baja, y el canciller y la joven permanecieron unos cinco minutos en la sala antes de subir al piso de arriba. Quince minutos más tarde, el canciller Franz Dollman yacía desnudo sobre las sábanas de satén rosa en el dormitorio principal, con una copa de champán en la mano, entretenido en contemplar las imágenes reflejadas en el espejo del techo al tiempo que escuchaba una obra de Wagner, su música favorita para relajarse.

La expresión de su rostro era de puro deleite; se estremecía de placer al ver en el espejo el cuerpo desnudo de la muchacha; su pelo rubio, que se hallaba desparramado sobre su estómago; y las caricias que le hacía con las uñas en la cara interior de los muslos y que le hacían temblar de goce. Lisl era única; le ayudaba a librarse de todas las tensiones del cargo que últimamente no eran pocas.

Hasta que la conoció, hace cosa de un año, su vida sexual era prácticamente nula; ya hacía mucho que no mantenía relaciones con su esposa. Desde luego, de cara a la galería formaban una pareja encantadora, pero Karin no era una mujer apasionada. Su falta de apetito sexual quedaba compensada por otras cualidades estimables en la esposa de un político: era leal, conservadora y virtuosa.

Pero Lisl, con veintitrés años y un cuerpo hecho para el placer...

Lisl le acarició el pecho con las yemas de los dedos y le hizo un mohín con sus labios perfectos. Después bajó la mano y comenzó a menearle el pene sin prisas.

-¿Te gusta?

-Mucho -contestó Dollman.

-¿Quieres que me vista para ti? -le preguntó ella con un leve jadeo.

-Alguna cosa bonita.

-¿Y si se hace tarde para ir al acto?

-Que les den por el culo.

La joven sonrió. Dejó de acariciarle y se puso de cuatro patas para mostrarle el culo. Dollman la miró mientras salía de la cama y se acercaba a la cómoda. Abrió el primer cajón, sacó un par de medias de seda rosa coral y las deslizó suavemente por las manos. Después sacó el liguero rosa. Se lo puso y Dollman contempló cómo se vestía poco a poco; se estremeció cuando se puso las medias. Reprimió el impulso de poseerla en aquel mismo momento, para prolongar el placer. Lisl se calzó unos zapatos de tacón alto del mismo color que las medias y se volvió.

-Ven -le rogó Dollman.

-No. Quiero que me desees todavía más.

La muchacha jugaba con él, algo que le gustaba hacer de vez en cuando, y Dollman intentó controlar su ansia. Lisl se acostó a su lado y repitió las caricias en los muslos. "Cómo se me puede pedir que pase la Navidad en una casa aburrida, con una familia aburrida -pensó Dollman-, cuando puedo tener esto, el cuerpo de una mujer a la que adoro."

Otra mujer habría protestado al verse relegada a un segundo término en aquellas ocasiones en que la familia estaba primero. Pero Lisl, como siempre, había dicho lo correcto. "Lo comprendo, cariño. La Navidad es para pasarla con la familia." La muchacha ronroneaba como una gata en celo y comenzó a meneársela otra vez. Dollman se dejó llevar por el placer erótico.

No le había costado mucho mantener ocultas sus relaciones. Además, era un acuerdo tácito entre los miembros del Gabinete: la vida privada de cada uno era asunto suyo y de nadie más. A menos que se enterara la prensa. En ese caso capeabas el temporal o te hundías. En gran medida, dependía de la mujer y de cómo interpretara la relación. En el caso de Lisl no había problemas; tenía tanto interés como él en que se mantuviera el secreto.

-¿Cómo ha ido la reunión?
La mano que le sujetaba el pene disminuyó el ritmo. Dollman estuvo a punto de gritarle que no parara. La tensión era insoportable.
-Como siempre, Weber ve extremistas hasta en la sopa. Ha convocado una reunión urgente para mañana por la mañana.
-¿En Bonn?
-En el Reichstag -contestó Dollman con una sonrisa.
-¿Tan mal están las cosas? -La muchacha frunció el entrecejo.
-Es lo que piensa Weber. -El canciller no entró en detalles. La seguridad nacional no era tema para discutir con una amante. Además, la aburriría. No mencionó que Weber daba los últimos retoques a un decreto urgente para resolver de una vez por todas el problema terrorista, y que deseaba el voto unánime del Gabinete. El ministro del Interior planeaba detener a todos los extremistas conocidos.
La reunión tendría lugar en la habitación cuatro-Norte del Reichstag. Era un lugar que siempre le había intrigado, desconocido para la gran mayoría de alemanes. Había sido diseñado para evitar cualquier posibilidad de espionaje electrónico. La habitación estaba suspendida en el aire por ocho tensores de acero sujetos a cada una de las esquinas, de tal forma que ninguna parte de la caja tocaba las paredes, el suelo o el techo del recinto. Dollman sintió la caricia y vio la sonrisa de Lisl.
-Eso significa que no tienes excusas para no pasar la noche aquí.
Dollman sonrió. El acto acabaría hacia las doce. Después pasaría la noche con Lisl antes de regresar a Bonn con su familia. Lisl se giró para ofrecerle sus pechos. Él se los acarició.
-Prepararé la cena -dijo la muchacha-. Para nosotros dos.
Dollman miró hacia la ventana con las cortinas echadas, consciente de los tres hombres armados que se encontraban en los coches, apostados en el camino de entrada, y de los otros tres que se hallaban en un vehículo camuflado en la calle. Ritter, como siempre, esperaba en el estudio de la planta baja. No era ninguna lumbrera, pero su lealtad y discreción estaban fuera de toda duda.
El transmisor en miniatura que Dollman llevaba a todas partes estaba sobre la mesilla de noche. En cambio, la pistola la había dejado en el coche. El arma le inquietaba, le hacía pensar en la muerte. Aceptaba que era una precaución necesaria, pero se la saltaba.
Lisl continuó con las caricias; sus pechos se balanceaban. "¡Dios, qué cuerpo!", pensó Dollman. El deseo era como un dolor.
-Llegarás tarde al acto -comentó la joven.
Dollman sonrió, se miró el cuerpo sesentón, vio la piel arrugada del vientre y las piernas, el vello gris. Pero todavía era capaz de mantener una erección durante mucho más tiempo que otros hombres de su edad. Aunque debía reconocer que no todos podían disfrutar de una mujer como ésta. ¿ Cómo se podía comparar esto con una recepción oficial con el alcalde de Berlín? Se deleitó ante la visión de los muslos color crema, los pechos erguidos, el toque picante del liguero.
-Lisl, ven aquí.
La muchacha dejó de acariciarle. Dollman le pellizcó uno de los senos.
-¿A qué hora regresarás? -le preguntó.
-Hacia la medianoche.
-¿Me lo prometes?
Dollman miró aquel cuerpo escultural, el triángulo de vello dorado entre las piernas. En ese momento le hubiera prometido la vicecancillería.
-Lo prometo.
En el estudio, Ritter descansaba en el sofá con los pies puestos sobre uno de los brazos. Tenía guardado en el bolsillo el telefono móvil, y había bajado el volumen del radiotransmisor que había sobre la mesa de centro; la cartuchera con la pistola colgaba del otro brazo del sofá. Escuchó los jadeos de la pareja en el dormitorio de arriba, por encima de la música de Wagner, y sonrió para sí mismo.

52
Estrasburgo

El jet privado aterrizó alrededor de las siete de la tarde. Volkmann llamó a su apartamento desde una cabina del aeropuerto y dejó que el teléfono sonara hasta que se desconectó automáticamente. Probó con los números de la oficina con idéntico resultado. Supuso que la explosión había averiado las líneas y se preguntó si Peters estaría enterado de la noticia y si se había llevado a Érica al edificio de la DSE.
Recogió el Ford en el aparcamiento y al cabo de veinte minutos se planteó en la esquina de la Orangerie. Los faros amarillos de los camiones de bomberos alumbraban la calle, cubierta por una capa de nieve sucia. Habían instalado luces de emergencia en el vestíbulo, pero el resto del edificio permanecía a oscuras. Delante de la puerta se hallaban aparcados una media docena de coches de la gendarmería y dos camiones cisternas. Los bomberos charlaban entre ellos mientras recogían las mangueras. Un par de hombres de la oficina del forense, vestidos con monos oscuros, buscaban entre los escombros dispersos por la plaza.
En el tercer piso se veían las sombras de los técnicos que inspeccionaban los daños; al parecer, la zona donde había estado la oficina de Ferguson era la más afectada. Ahora sólo se veía un boquete, y la fachada estaba llena de manchas de hollín.
El agente reconoció a unas cuantas personas entre la multitud agolpada delante del edificio, pero no vio a Peters ni a Érica. Uno de los hombres de la sección alemana conversaba con un gendarme. Por un momento pensó en acercarse para hablar con él. Sin embargo, el instinto le avisó que no lo hiciera.
Esperó cinco minutos más antes de dar media vuelta y caminar calle abajo. Se preguntó qué es lo que haría ahora. Decidió llamar otra vez al oficial de guardia. Buscó una cabina de teléfonos y marcó el número. Esta vez tuvo más suerte. Escuchó la voz de Delon, de la sección francesa, y le dijo su nombre.
-¿Dónde demonios estás, Joe?
-Dime que ha pasado -replicó Volkmann, sin hacer caso de la pregunta.
-Ferguson está muerto. Explotó una bomba en su oficina hará poco más de dos horas. Yo estaba de servicio en el sótano. Le encontramos en cuanto apagaron el incendio. El cadáver está en el depósito. Jan de Vries sufre una conmoción y se encuentra en el hospital. Se hallaba en una de las oficinas del segundo piso cuando estalló la bomba. Ahora estoy yo de oficial de guardia.
-¿ Cómo ocurrió ?
-El tipo de la entrada dejó pasar a dos hombres quince minutos antes de la explosión. Llevaban pases de la sección belga que parecían legales. Subieron al tercer piso en el ascensor pero bajaron por las escaleras. Encontramos abierta la salida de incendios del primer piso, así que debieron de escapar por allí. -Delon hizo una pausa para controlar el tono de su voz-. Esto es el infierno, Joe. Nadie sabe lo que pasa.
-¿Eres el único de servicio?
-No. Reauld de la sección belga está conmigo. Él hará turno de noche. Ha llamado a Bruselas para hablar de los pases, pero hasta ahora no hay ninguna novedad.
-¿Quién estaba en la mesa de la entrada?
-Uno de mi sección. Sólo lleva tres meses con nosotros. Voy a proponer que le transfieran de regreso a su destino anterior. El muy imbécil ni siquiera les pidió que firmaran el registro de entradas.
-¿Al menos ha podido dar una descripción de ellos?
-Altos, pelo rubio, de unos treinta años, pero eso es todo. Nevaba y llevaban los abrigos con los cuellos levantados. No dijeron ni una palabra. Sólo mostraron los pases. Según Lamont, parecían conocer el edificio; sabían adonde iban.
-¿ A qué hora te reemplaza Reauld ?
-Dentro de media hora. Oyó la explosión desde su casa y vino hacia aquí a echar una mano. Llamé a Peters varias veces a su casa sin obtener respuesta. Tampoco atendió nadie en la tuya. Minutos antes de la explosión llegó un mensaje urgente para Ferguson.
-¿De dónde?
-De Suramérica. De Vries se lo entregó a Ferguson poco antes del atentado. -Delon hizo otra pausa-. Creo que Peters o tú tendríais que leerlo. Es importante. No quiero leerlo por teléfono. Tengo una copia en la caja del cuarto de señales.
-¿Hay alguien de la sección alemana en el edificio?
-Uno o dos. ¿Por qué?

-No se lo enseñes a nadie, André. Primero quiero verlo yo. ¿Está claro?
-Desde luego.
-Mi casa está en Quai Ernest.Ve allí en cuanto acabes el servicio. No le digas a nadie adonde vas. Y trae la copia del mensaje.
-¿Qué demonios pasa, Joe?
-Haz lo que te digo, André. -Le dio la dirección-. ¿Cuándo viste a Peters por última vez?
-Esta tarde. Se marchó temprano con una chica. ¿Por qué? ¿Qué sucede?
-Ven a mi casa. Ya hablaremos.
Volkmann tardó dos minutos en llegar a Quai Ernest. En el patio, cubierto de nieve, se hallaba aparcado el Volvo de Peters. Subió las escaleras y vio los charquitos de nieve fundida que habían dejado unas pisadas. Se detuvo un instante en el rellano. La puerta del apartamento estaba cerrada y se escuchaban ruidos procedentes del interior. Había luz en el dormitorio pequeño. Tocó el timbre, esperó un minuto y, al ver que nadie le abría, en lugar de utilizar la llave, dio media vuelta y volvió al coche.
El agente cogió la Beretta que ocultaba debajo del asiento, le quitó el seguro y metió una bala en la recámara. Cruzó el patio hasta el jardín de la parte trasera del edificio y miró las ventanas del apartamento. Había luz en la sala pero no parecía que hubiera nadie, sólo el resplandor azul del televisor detrás de la cortina. También había luz en el dormitorio; estaba encendida la lámpara amarilla de la mesilla de noche.
Con el corazón desbocado volvió a subir las escaleras. Abrió la puerta con mucha precaución y entró con la Beretta por delante. El olor de la cordita flotaba en el aire mientras registraba una por una las habitaciones. Vio el cadáver de Peters atravesado en el sillón y el desorden en la sala. Por un instante sintió miedo pero, después, la cólera se impuso sobre todo lo demás. Vio la sangre coagulada en el rostro, el cuello y las ropas del agente. También había un charco de sangre en la alfombra. Peters tenía un orificio de bala sobre la ceja del ojo derecho y otros dos en el pecho. Le tocó la muñeca izquierda. La carne estaba fría como un témpano
Tardó diez segundos en registrar el resto de la casa. Cuando acabó estaba empapado de sudor. Vio la puerta rota del dormitorio, el teléfono arrancado y uno de los zapatos de Érica tirado en el suelo. Respiró con alivio al no encontrar su cuerpo.
Durante un buen rato se limitó a observar la sala. Pensó en lo que podía haberle pasado a ella. Sintió un deseo irrefrenable de actuar. La gente de Kesser era responsable de todo lo que había pasado y ahora tenían a Érica. Tardó algunos minutos en recuperar el control de sus emociones. Ya más tranquilo, guardó la pistola, fue a buscar una toalla al baño, cubrió el rostro de Peters y se sentó junto a la puerta a esperar a Delon.
Volkmann levantó la toalla para que Delon viera el rostro de Peters. El francés se puso pálido y apretó los puños mientras miraba incrédulo el cadáver de su colega.
-Lleva muerto un par de horas -le informó Volkmann.
-¿ Quién le mató ?
-Los mismos que mataron a Ferguson.
Estaba tan conmovido que Volkmann pensó que se iba a desmayar. Pero enseguida se recuperó y adoptó una actitud más profesional.
-Joe, creo que debe informarme de lo que ocurre.
-¿Has traído la copia del mensaje?
Delon dudó un instante. Después se sacó un sobre del bolsillo del abrigo, y lo abrió antes de entregárselo.
-¿Crees que esta información tiene algo que ver con todo esto? Porque si es así, debes decirme qué ocurre. Yo soy el oficial de servicio. Es algo que me concierne.
Volkmann cogió el mensaje y lo leyó sin prisas.
A: Jefe, DSE británica.
DE:]efe Seguridad Paraguaya, Asunción.
La siguiente información es clasificada y urgente:
1) Lamento informar de las muertes del capitán Vellares Sánchez y el inspector Eduardo Cavales en Ciudad de México, aproximadamente a las veinte hora local del día veinte de diciembre. Las muertes se

produjeron durante el asalto a una finca en el barrio de Chapultepec, con el fin de detener a un tal Franz Lieber, que viajaba con un pasaporte falso a nombre de Julius Monck. Lieber (alias Monck) también está muerto. Era amigo de Nicolás Tsarkin. Dos de los ocupantes de la casa escaparon. Ambos hombres caucásicos. Se cree que podrían ser Karl Schmeltz y Hans Kruger. El inspector jefe González está a cargo de la investigación en Ciudad de México. Se busca a los fugitivos aunque se supone que han conseguido salir del país. La casa de Chapultepec era propiedad de un tal Josef Halder, naturalizado mexicano, pero buscado hace años como criminal de guerra. Halder también murió durante el asalto.
Continúan las investigaciones. Comunicaremos cualquier novedad que nos transmita González.
2) Prioridad máxima. Altamente secreto. Uno de los hombres detenidos en la casa responde al nombre de Ernesto Brandt, titular de un pasaporte brasileño. El detenido se niega a cooperar, pero el primer secretario de la embajada de Brasil en México ha confirmado que Brandt es empleado civil de la comisión de investigaciones atómicas brasileña y que puede estar involucrado en el robo de doce kilos -REPITO, DOCE KILOS- de plutonio apto para la fabricación de armamento nuclear. Prosiguen las investigaciones.

FINAL.

-¿Tiene relación con estos acontecimientos? -insistió Delon.
-Sí.
-Pues entonces esto supera nuestras competencias, Joe. ¿Te das cuenta?
-¿Alguien más ha visto el mensaje aparte de nosotros?
-Sólo De Vries.
-Entonces antes de que llames a nadie quiero que me escuches. La gente que mató a Peters, los mismos que asesinaron a Ferguson, se llevaron a alguien más.
-¿A quién?
-A una joven alemana. La muchacha que viste salir del edificio con Peters. Ella estaba aquí y Peters la protegía.
-¿Quién es? -preguntó Delon, intrigado.
-Una periodista. Fue ella quien nos puso en la pista de todo este asunto. -Volkmann sostuvo en alto el mensaje-. Por eso se la llevaron. Los que están detrás quieren enterarse de lo que sabe; a quién le contó la historia. Éste es el motivo por el que mataron a Ferguson y a Peters. Sánchez y Cavales, los dos policías paraguayos que murieron en Ciudad de México, también investigaban el caso.
-No lo entiendo, Joe -protestó el francés. Miró el cadáver de Peters-. ¿Quiénes hicieron esto?
-Son neo nazis, André. -Volkmann vio la expresión incrédula de Delon-. Los nombres que te pedí que investigaras. Las mismas personas que se han llevado a la chica son los responsables de los asesinatos. No sé por qué los mataron, pero tiene relación con lo que está pasando.
-¿Quieres decir que la gente que mató a Peters tiene el plutonio?
-Lo han transportado a Alemania desde Suramérica en pequeñas cantidades durante todo el año. El último cargamento llegó a Génova hace un par de semanas. -Volkmann le explicó lo ocurrido allí y todo lo había grabado en la cinta.
-¿Por qué no se nos informó? -exclamó Delon, indignado-. ¿Por qué se nos ocultó la información a los franceses y a todos los demás?
-Porque hasta que no he leído este mensaje no he sabido en realidad qué transportaban. Pensábamos que hacían contrabando de armas. Incluso oro. Pero nunca se nos ocurrió que podía ser material nuclear. Ahora tenemos la solución al rompecabezas.
-Entonces esto ya no es competencia exclusiva de la sección británica. Tendré que informar a mis superiores.
-André, necesito un poco de tiempo antes de que haga sonar la alarma. Si esta gente se entera de que sabemos lo del material, ves a saber lo que pueden llegar a hacer.
-¿ A qué te refieres ?
-Pretenden dar un golpe de Estado.
El francés se puso pálido como el papel. Sacudió la cabeza como si no pudiera creer lo que estaba oyendo. Miró a Volkmann, atónito.

-¿Cómo te has enterado?
-Confía en mí, André. Es lo que pretenden. Este mensaje lo confirma. La gente que está detrás tiene simpatizantes y apoyo en la policía y el ejército alemán. Deben tenerlos si pretenden triunfar. Si se lo dices a la sección alemana existe la posibilidad de que llegue a oídos de esa gente.
-No lo entiendo -dijo Delon-. ¿Para qué necesitan el plutonio?
-Para evitar cualquier injerencia. Es la única respuesta posible. Alemania nunca ha tenido un arsenal nuclear propio. Y con armas nucleares esta gente es capaz de todo. Creo que ahora sí que las tienen.
Delon cruzó la sala con paso cansino, y se dejó caer sobre el sofá. Mantenía el entrecejo fruncido mientras abría y cerraba los puños. Era un gesto de indecisión que se reflejaba en su rostro y en su comportamiento. Se llevó una mano a la frente.
Volkmann le observó. Si ahora mencionaba a Schmeltz acabaría por confundirle del todo, así que decidió no hacerlo. Delon tardó un buen rato en recuperarse. De pronto, se irguió en el sofá y sacudió la cabeza.
-No puedo hacer lo que me pides, Joe. No puedo correr el riesgo. ¿La chica... es tu amiga?
-Sí.
-Entonces seguro que te estás dejando llevar por tus sentimientos personales.
-Te equivocas, André. Mis sentimientos no tienen nada que ver con esto.
-Quiero que me respondas a una pregunta. ¿Con qué apoyo cuenta esa gente?
-No lo sé, André, pero con un arma nuclear a su disposición no lo necesitan. Pueden poner al país de rodillas.
-Dices que quieres un poco más de tiempo. ¿Para qué?
-Uno de ellos se encuentra en estos momentos en Munich. Se llama Kesser. Quizá sepa dónde tienen el material. Con ocho horas tendré suficiente. Si lo descubro te llamaré. Mientras tanto avisa a tu gente. Avisa a todos los jefes de sección. Pero no les digas nada a los alemanes. Cuéntales a los demás lo que te he dicho. Tengo gente de confianza en Berlín. Necesito hablar con ellos personalmente. Lo más urgente es encontrar el material. Diles que es prioritario. Tienes el mensaje de Asunción. Enséñaselo a los tuyos, y a los demás. Diles lo que me propongo hacer.
-¿Cuándo darán el golpe?
-Muy pronto. Estamos en Navidad, todos los ejércitos tienen a la mayoría de sus efectivos de permiso. A nadie se le ocurriría pensar que pueda pasar una cosa así.
-¿Y qué pasará si no tengo noticias tuyas al acabar el plazo?
-Entonces todo quedará en manos de nuestros gobiernos. Si eso significa tener que cruzar las fronteras alemanas para parar a esa gente, espero que sean capaces de hacerlo. -Delon suspiró mientras se enjugaba la frente. Volkmann comprendió que le había convencido-. ¿Puedo quedarme con la copia?
-Sí. Tengo el original en la caja fuerte.
-Dime un número al que te pueda llamar, André.
El francés le apuntó uno en un trozo de papel y se lo dio.
-Tienes los números del control de seguridad y de los demás. Me quedaré en el cuartel general. Pero ése es el número de mi línea privada, por si no te atienden. La explosión averió las líneas, pero conseguimos recuperar las de emergencia. Llamaré a los jefes de sección cuanto antes. Espero que me crean. ¿Estás seguro de que no necesitas respaldo?
-No hay tiempo, André.
-¿Crees que ésta es la única manera de solucionarlo, Joe? -preguntó Delon con el rostro sudoroso.
-Es la única manera, André, créeme.
-Entonces buena suerte, amigo.
Volkmann tomó la carretera dirección a Kehl. Calculó que tardaría unas tres horas en llegar a Munich, siempre que no dejara la autopista y evitara la carretera de la Selva Negra hasta Herrenberg. Nevaba. Después de superar Ulm, al llegar a Augsburg, al cabo de unas dos horas, los campos estaban cubiertos por una gruesa capa de nieve.
El tráfico era fluido. Dejó atrás Augsburg y adelantó a una docena de camiones del ejército alemán, que transportaban tropas y seis camiones más de suministros; circulaban por el carril lento en dirección a Munich. Intentó ver los números de la división, pero estaban tapados de barro y nieve. Entró en la

primera área de servicio y, mientras le llenaban el tanque, hizo una llamada telefónica que duró menos de un minuto. Volvió al coche listo para continuar el viaje. Miró la hora. Las diez y cuarto.

53

Berlín 20.15 horas

Kefir Ozalid salió de la estación del metro en Wannsee. Cruzó la calle en dirección al lago y se detuvo en las sombras entre dos farolas. Desde allí se veían los muelles vacíos y los barcos de turistas que quedaban amarrados durante el invierno. El viento helado encrespaba las aguas, pero él no tenía frío. Iba bien abrigado: abrigo, bufanda y guantes de lana. Además, la excitación le hacía arder como un fuego.

Encendió un cigarrillo y aprovechó para ver si le seguían, como había hecho antes en la estación. No vio a nadie, solamente empleados y personas que habían ido a comprar los regalos de Navidad, que ahora regresaban a sus casas. Esperó unos segundos más y después enfiló por un camino angosto que bordeaba el lago. Tardó diez minutos en llegar a la casa.

Había luces en la planta baja y un árbol de Navidad en la ventana. La luz de la galería estaba apagada, como le habían dicho. Tomó el sendero que llevaba a la parte de atrás de la finca y fue a dar a un portón. Entró en el jardín. Las fincas vecinas estaban rodeadas por setos altos que le ocultaban de las miradas indiscretas. La parte de atrás se hallaba a oscuras, pero todo y así pudo ver que la ventana del sótano estaba abierta. Cruzó el jardín y se arrodilló junto a ella. Había espacio suficiente para colarse; se deslizó al interior sin perder un segundo.

La cerró y corrió el pestillo antes de sacar la linterna. Las paredes estaban pintadas de verde. Justo frente a él vio cinco cajones de madera apilados. A la derecha, un baúl destartalado tapizado en terciopelo rojo y también las escaleras de madera que llevaban a la planta de abajo. Dejó el maletín en el suelo, cruzó el sótano y subió las escaleras arrimado a la pared para evitar que los escalones crujieran.

Cuando llegó al rellano abrió la puerta. Una ráfaga de aire caliente le acarició el rostro. Escuchó la música que sonaba en alguna parte de la casa y vio las escaleras que conducían al piso de arriba. Ni rastro de la muchacha, aunque sabía que estaba allí; sólo olió la fragancia de su perfume en el vestíbulo. Cerró la puerta y volvió adonde estaba el baúl. Levantó la tapa e iluminó el interior con la linterna. Había un montón de prendas de mujer, viejas, y que olían a moho: suéteres, pantalones de esquí, ropa interior de encaje. Cerró la tapa y se sentó sobre él. Cogió el maletín para sacar la pistola, el silenciador y dos cargadores. Tardó menos de veinte segundos en atornillar el silenciador Unique y meter el cargador. El segundo cargador se lo guardó en el bolsillo.

Por la mañana había aprovechado para acercarse a la casa dos veces, y de esta manera, se había familiarizado con el entorno y relacionado la realidad con el plano y las fotos que los alemanes le habían mostrado en Estocolmo. Después de dedicar una hora a recorrer las callejuelas y senderos que bordeaban el lago volvió a coger el metro para regresar al hotel en Witzleben donde esperaba una visita.

Al cabo de una hora y, apareció un joven rubio sin mediar palabra, le entregó un paquete envuelto en papel marrón. Ozalid esperó a que se marchara antes de abrirlo. En el interior había la Beretta, el silenciador y los dos cargadores. Era la misma pistola que había utilizado en las diez horas de entrenamiento recibidas en los bosques cercanos a Estocolmo. Disparar contra siluetas a diez pasos. Ozalid había resultado ser un tirador excelente, pero el turco lo achacaba más a su obsesión que a su talento natural.

Después de revisar el arma y lo demás, lo guardó todo en el maletín, y se acostó. Fumó un cigarrillo tras otro sin conseguir relajarse. Por fin se levantó, fue al baño y se afeitó mientras llenaba la bañera con agua caliente. Se dio un baño de casi una hora, sin dejar de repasar el plan una y otra vez hasta que le empezó a doler la cabeza. No había traído la alfombra azul de las oraciones, pero había una alfombrilla roja al pie de la cama. La situó en dirección a la Meca y se arrodilló. Rezó una última oración por Layla antes de besar la alfombra. Cinco minutos más tarde caminaba hacia la estación del metro.

Ahora, sentado en el baúl, consultó su reloj: las nueve menos cuarto. Faltaban cuatro horas. Cuatro horas más para la muerte de Dollman y la venganza de Layla. Apagó la linterna y esperó en la oscuridad, escuchando solamente el sonido de su respiración y los lejanos acordes de la música que sonaba en la planta superior.

Munich

Eran las once menos cuarto cuando Volkmann llegó a la casa en el barrio de Starnberg. Ivan Molke abrió la puerta y llevó a su visitante al estudio.

-Tu llamada fue muy breve, Joe -dijo Molke, con voz seria-. ¿Está relacionada con lo que pasó en Estrasburgo? Me enteré por el informativo.

Volkmann miró a su amigo durante un buen rato. Cuando por fin respondió a la pregunta lo hizo con voz emocionada. Tardó casi cinco minutos en explicarle todo lo ocurrido. Molke, por su parte, le escuchó incrédulo.

-¿No me estarás tomando el pelo, verdad?

-No es ninguna broma, Ivan. Tú me conoces.

Molke sacudió la cabeza atento a la tensión en el rostro de su amigo. Cogió el paquete de cigarrillos que había sobre la mesa, sacó uno y lo encendió. Le temblaban las manos.

-Caray... -murmuró, con el rostro lívido-. ¿Estás seguro de la identidad de la muchacha de la foto?

-Hanah Richter la reconoció sin ninguna duda. Lo demás, Ivan, es pura deducción pero tiene sentido. Las piezas encajan cuando analizas todo lo ocurrido.

-¿Karl Schmeltz es el hijo de Hitler? -Molke se levantó-. Puedo creer en la posibilidad de un golpe de estado por parte de los neo nazis, pero no en otro Hitler, Joe. Es imposible.

Mientras su amigo insistía en no creerle, Volkmann sacó del bolsillo la copia del mensaje y la puso sobre la mesa. Molke la leyó. Durante un buen rato permaneció como atontado. Se acercó a la chimenea y contempló el fuego antes de volverse para mirarle.

-Dime que no es verdad, Joe. Dímelo. Dime que estoy soñando y que todo esto no es más que una pesadilla.

-Ojalá pudiera.

-Los tipos que siguieron a mis hombres, ¿crees que pertenecían al grupo de Kesser?

-No lo sé, Ivan. Pero es posible. ¿Has visto si vigilaban tu casa o te seguían desde nuestro último encuentro?

-No que yo me haya dado cuenta. Siempre he tenido mucho cuidado, Joe, créeme. Después de lo que les pasó a mis hombres me mantengo alerta. -Molke metió una mano en el bolsillo del pantalón y sacó una pistola Browning-. No quiero correr riesgos. Ahora voy armado. -La dejó sobre la mesa-. ¿Tienes idea de dónde puede estar la muchacha?

-Si todavía vive, supongo que con la gente de Kesser.

-¿Qué sabes de Schmeltz?

-Después de lo que pasó en Ciudad de México, diría que está en Alemania o que no tardará en llegar.

-¿Qué quieres que haga? -preguntó Molke.

-¿Conoces a alguien con autoridad en el Ministerio de Estado? Alguien al que le confiarías tu vida.

-No sé si llegaría a tanto con esos tipos. Son gente de carrera. Pero me tuteo con un político entre los cargos superiores llamado Grinzing. Él es el único que quizás esté dispuesto a escucharme.

-De acuerdo. Quiero que esta noche le lleves una carta. Encárgate de que la lea. La carta dirá lo mismo que te he dicho a ti, todas mis sospechas, pero nada de Karl Schmeltz. Ni lo nombres, porque lo más seguro es que Grinzing te haga preguntas. Querrá saber si estoy loco. Si la carta es una broma. Tendrá que juzgar el contenido por sí mismo. En cuanto a mí, sé sincero. No le ocultes nada. Convéncele de que puede confiar. -Volkmann le miró a los ojos-. Trabajamos juntos durante cuatro años en Berlín, Ivan. Sabes como soy. Sabes que se puede confiar en mí. Díselo. Pero sobre todo convéncele para que actué en consecuencia. Puede verificar el mensaje con una llamada a Estrasburgo, directamente a la DSE.

-¿Por qué no quieres que mencione a Schmeltz?

-No te creería, Ivan. Darle explicaciones sería una pérdida de tiempo. No sé cuánto tardarán en actuar, pero a la vista de los acontecimientos creo que es algo inminente.
-Y si Grinzing no me cree, ¿qué hago?
-Conoces a más gente en Berlín. Llámales. Haz lo mismo con la Landesamt local. Infórmales de lo que pasa, diles lo mismo que a Grinzing.
- Y mientras tanto, ¿ tú qué harás ?
-Iré a casa de Kesser. Si no está, quizás esté su compañera. Alguno de los dos debe saber alguna cosa. En el caso de que no les encuentre me dirigiré a aquel lugar en Kaalberg.
-¿Y...?
-Buscaré a Kesser. Él sabrá lo que ocurre y quién les apoya.
-Joe, recuerda los guardias armados -protestó Molke-. Es demasiado peligroso. Deja que llame a mis hombres para que te respalden.
-No hay tiempo que perder, Ivan, y sólo serviría para complicar las cosas. Tú lleva la carta.
Molke suspiró. Durante un rato no dijo nada, sólo miró a su amigo con una expresión solemne.
-Sabes, nunca hubiese imaginado que esto podría repetirse en Alemania. Al menos no mientras yo viviera. Siempre han existido esos grupos de extremistas que queman los albergues de inmigrantes y organizan tumultos. Los cabezas rapadas con esvásticas, que desfilan y hacen el saludo nazi delante de la puerta de Brandeburgo para celebrar el nacimiento de Hitler. -Molke sacudió la cabeza furioso mientras aplastaba la colilla en el cenicero-. Pero nunca esto. Esto no.
Volkmann intentó no pensar en Érica, pero no pudo dejar de hacerlo hasta que llegó al apartamento de Kesser. Con un esfuerzo controló su furia, y se obligó a considerar cómo encararía el asunto. Había árboles de Navidad en las ventanas de varios apartamentos y casas cercanas. No se veía luz en el piso de Kesser y tampoco estaba el Volkswagen en el aparcamiento. Le asustó la posibilidad de no encontrar a la pareja.
Esta vez iba armado y llevaba las llaves que le había dado Molke. Abrió la puerta principal y subió al segundo piso. Dudó un momento antes de llamar. Después de no obtener respuesta, abrió con la copia.
Accionó el interruptor pero las luces no se encendieron. De pronto, le cegó el rayo de una linterna. En el momento en que intentaba sacar la pistola del bolsillo, le dieron un golpe en la nuca. Después unos puños le machacaron el cuerpo y alguna cosa afilada se le clavó en el brazo izquierdo. Apenas consciente continuó resistiéndose mientras le bajaban por las escaleras. Notó en el rostro el aire helado de la calle y oyó el ruido al abrir las puertas del coche. Acto seguido se sumergió en una nube blanca.
Cuando recobró el conocimiento vio los copos de nieve iluminados por los faros del coche. Sentía un dolor terrible en las cuencas de los ojos y, al mover la cabeza, notó que estaba a punto de desmayarse. Le pareció ver a lo lejos, y muy por debajo, las luces de la ciudad, y por el ruido del motor dedujo que subían por un camino muy empinado.
Ya no pudo resistir más y se desplomó sobre el asiento. Lo último que vio fue la pistola en la mano del hombre que estaba sentado a su lado.

54

Eran casi las once menos veinte de la noche cuando Ivan Molke vio entrar al BMW negro en el camino particular de la casa en Bogenhausen, el barrio residencial al otro lado del Isar. Había llamado antes y le habían dicho que Johann Grinzing estaba en una fiesta de Navidad ofrecida por el Ministerio en el hotel Steigenberger, en la Hofplatz. Llamó al hotel y tampoco tuvo suerte. Grinzing ya se había ido. Sin perder más tiempo, se dirigió a toda velocidad a la residencia de Grinzing. Le mostró su identificación al policía de la entrada y el hombre llamó a la casa. El político no estaba y Molke le dijo al guardia que

esperaría en el coche. Mientras esperaba, el policía se asomó un par de veces a la verja para ver qué hacía Molke. Al cabo de un rato apareció otro agente de paisano que le reconoció y se acercó al coche.
-¿Qué haces aquí, Ivan?
-Espero a Grinzing. Es un asunto privado.
-¿No estás citado?
-No.
-Entonces no te puedo dejar pasar, Ivan. Necesito la autorización de Grinzing.
Conversaron durante un rato y en cuanto llegó el BMW, el guardaespaldas llamó a la casa para anunciar la presencia de Molke. Le hicieron pasar en el acto y un minuto más tarde se encontraba en el estudio de Grinzing, una habitación fría con estanterías hasta el techo cargadas de libros en ediciones de lujo.
Johann Grinzing tenía cuarenta y dos años, alto, pelo rubio y frente despejada. Un hombre ambicioso que irradiaba confianza. Le gustaba la ropa a medida y sabía llevarla. Era atractivo y sus manos delgadas mostraban los cuidados de una manicura. Molke supuso que si el político había dejado la fiesta temprano había sido para pasar el resto de la velada con alguna de las bonitas secretarías del Ministerio. Su amigo tenía debilidad por las mujeres, pero Molke confiaba en él.
Grinzing encendió un cigarrillo mientras se sentaba y le invitó, con un gesto, a que también se sentara. Consultó su reloj.
-¿ Qué te trae por aquí, Ivan ? ¿Tienes algún problema?
-Necesito tu ayuda, Johann.
-Dime de qué se trata. -Grinzing volvió a mirar la hora, impaciente-. Pero hazlo deprisa. Tengo que levantarme temprano y necesito del sueño reparador. -Sonrió, pero al ver que Molke seguía serio, añadió-: ¿En qué puedo ayudarte?
Molke se metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó el sobre. El político lo miró.
-Quiero que hagas dos cosas por mí, Johann. La primera, que escuches lo que voy a decirte. Después, que leas esta carta.
-¿De qué se trata, Ivan?
-Un amigo me pidió que se lo diera a alguien de mi confianza en el Ministerio de Estado. Alguien con influencias. En cuanto me informó del contenido, decidí que tú eras la persona indicada.
-Me halagas.
-Mi amigo se llama Volkmann. Joseph Volkmann. Trabaja en la DSE en Estrasburgo.
-¿Es algo que tenga que ver con temas de seguridad?
-Sí.
-¿Bávara o nacional?
-Ambas. Podría haber ido a ver al ministro del Interior, Kaindel, o incluso al propio Weber, pero no les conozco personalmente.
Grinzing vaciló, después se llevó el cigarrillo a la boca y le dio una chupada lentamente, como si pensara en algo antes de soltar el humo.
-De acuerdo, dime de qué se trata.
-Antes de que leas la carta quiero que sepas dos cosas. Una, esta tarde pusieron una bomba en las oficinas de la DSE.
-Me enteré mientras iba en el coche. ¿Este asunto tiene relación con el atentado?
-Sí. Entonces ya sabes que mataron al jefe de la sección británica y a otro hombre, también inglés.
-Pensaba que había dos desaparecidos. Es lo que dijeron en el último informativo.
-Se referían a Volkmann. No ha llamado a su gente de Londres.
-Continúa, por favor -dijo Grinzing, extrañado.
-La segunda. Volkmann es de absoluta confianza. Trabajé con él en Berlín. Es una de las pocas personas a las que le confiaría mi vida.
-¿Por qué me dices todo esto?
-Porque cuando acabes de leer la carta, lo primero que me preguntarás es si confío en él. Quiero que quede claro desde el principio. Confío en él.
-¿Has acabado con el preámbulo?
-Sí.

-¿Me das la carta?
Molke se la entregó. Cuando Grinzing se inclinó sobre el escritorio para cogerla, Molke vio las perlas de sudor en su frente. Intuía algún problema, y por la expresión de su rostro parecía un tanto excitado. El político abrió el sobre, sacó las hojas y comenzó a leer. Poco a poco su rostro perdió el color para adoptar un blanco enfermizo. Grinzing acabó la lectura y miró a Molke.
-¿Estás seguro de que no se trata de una broma?
-Lo estoy.
-¿Y de verdad confías en Volkmann? -preguntó Grinzing, incrédulo.
-Ya te lo he dicho, Johann. Por favor créetelo; es cierto.
-Es increíble -susurró Grinzing. Volvió a mirar las páginas y después a Molke-. ¿De verdad esperas que vaya a ver al primer ministro de Estado con esto? ¿Que le diga que un grupo de neo nazis planea adueñarse del país? ¿Que quizá tengan en su poder un arma nuclear?
-Si no lo haces tú, lo haré yo. No tenemos mucho tiempo. Puede ser cuestión de horas.
-¿Y dónde está ese tal Volkmann?
-En Munich.
-Supongo que eres consciente de que se reirán de mí.
-Lo único que debes de tener claro es que si esa gente se sale con la suya, este país corre el peligro de volver a un pasado horrible.
-Me cuesta creerlo. Incluso si lo que dices es cierto, una democracia como la alemana no puede ser desmantelada de un día para otro. Es absurdo.
-Tienen partidarios -replicó Molke, que miró el reloj para recalcar que tenía prisa-. En el Parlamento. En las fuerzas armadas. En la policía. Tienen que tenerlos porque de lo contrario su empresa no tendría posibilidades de éxito. Y sólo hace falta que un grupo pequeño apoye este acto de locura para que todo el país se hunda en el caos y se repita la pesadilla por la que Alemania pasó hace cincuenta años.
-No puedo creerlo, Ivan. No es posible -repitió Grinzing, con voz ronca y el rostro del color de la cera.
-Está bien -dijo Molke, resignado-. ¿Me devuelves la carta? Se la entregaré al ministro en persona, aunque tenga que echar abajo la puerta de su dormitorio.
Grinzing dudó. Durante un buen rato miró la carta que tenía en la mano y después a Molke. Tenía el rostro cubierto de sudor.
-Aún en el caso de que el ministro te creyera, ¿qué esperas que haga?
-Que llame a Bonn y a Berlín. La oficina federal del BfV en Coloma debe tener una lista de oficiales del Ejército y la policía leales. Todas las democracias la tienen, como una medida de precaución ante situaciones como ésta: un golpe de Estado que pueda amenazar su existencia.
-¿Y si el ministro no te cree?
-Pienso que lo hará. Pero si no lo consigo tengo amigos en Berlín que me escucharán. -La voz de Molke reflejó su tensión-. Por Dios, Grinzing, tenemos que hacer algo.
Grinzing vaciló ante el tono irritado tan poco habitual en la voz de Molke; parecía como si estuviera soportando un gran peso sobre sus hombros. Por fin, le miró.
-Quiero que hagas algo por mí.
-¿Qué?
-Déjame cinco minutos a solas para que piense en todo esto. Debes comprender mi situación. No es algo que se pueda decidir a la ligera.
-De acuerdo -respondió Molke.
-Espérame aquí. -Grinzing se levantó sin dejar la carta-. Tendrás mi respuesta dentro de cinco minutos.
Salió del estudio; Molke suspiró. Al menos su amigo comenzaba a tomarle en serio.
Johann Grinzing salió al vestíbulo y pasó junto al guardia que leía el periódico tranquilamente, sentado en una silla justo debajo del retrato de su padre. El hombre hizo un amago de levantarse, pero Grinzing le excusó con un gesto. Cruzó la cocina, abrió la puerta de atrás y salió de la casa. El jardín estaba cubierto de nieve y el aire era frío y puro. El manto blanco daba a los árboles pelados y a la casa un aspecto siniestro. Su esposa y sus dos hijas estaban en Bodensee, en casa de su suegra, e incluso los criados se habían ido de vacaciones. Le ardía la frente como si tuviera fiebre; encendió un cigarrillo. Había dejado de nevar, pero sólo era un respiro. No le preocupaba el tiempo, aunque el frío le

tranquilizaba. Necesitaba calmarse. Las revelaciones de Molke le habían trastornado. Mientras pensaba en la situación, se secó el sudor de la frente.
Llevaba dieciocho años ejerciendo como funcionario público y nunca se había enfrentado a una decisión tan grave como ésta. Miró las hojas que sostenía en la mano; podía leer el texto a la luz de los focos instalados en el muro trasero. Molke tenía razón. Había una lista de personas leales al Gobierno. En caso de necesidad se las podía convocar de inmediato para controlar todas las ciudades, puertos y aeródromos importantes. Pensó en hacer una llamada para pedir consejo, pero no le pareció prudente. Tenía que resolver la situación por su cuenta. Sería decisión suya seguir adelante o no. Cualquier error recaería sobre sus hombros. Tendría que informar a sus superiores sin pérdida de tiempo. Pero también podría sacar un beneficio de todo esto, ya que si salía bien sería una oportunidad de oro. ¿Cómo debía enfocarlo? Pensó a toda prisa, consciente de que no contaba con demasiado tiempo.
Al cabo de tres minutos encontró la solución. Se enjugó la frente y guardó el pañuelo. Regresó a la casa, cruzó la cocina y entró en el vestíbulo. Esta vez el policía se limitó a saludarle con una inclinación de cabeza, para continuar con la lectura del periódico.
Grinzing miró el retrato de su padre durante unos segundos. El hombre, vestido de azul, aparecía de cuerpo entero con el ayuntamiento muniqués al fondo y las banderas del estado y la federal desplegadas en la torre del reloj. Un bávaro leal hasta la médula. A Grinzing le pareció muy apropiado. Su padre había muerto hacía veinticinco años. Tuvo la sensación de que los ojos azules del retrato le hacían una advertencia. Lo que se disponía a hacer podía significar su ruina si salía mal. Sin embargo, no podía echarse atrás. Se jugaba su futuro y también el de la madre patria. La expresión en los ojos de su padre era tal y como él la recordaba. Firme, honesta, sincera. Un servidor fanático del Estado y de la patria. La única nota discordante era el traje azul que vestía Grinzing, pensó al recordar las viejas fotografías que guardaba de la infancia, que le sentaba mejor el uniforme negro de la Leibstandarte SS.
Molke se volvió al oír que se abría la puerta. Esperó a que Grinzing se sentara detrás del escritorio para interrogarle.
-¿Has tomado una decisión?
-Sí.
-Primero hay un par de cosas que quiero discutir contigo -dijo Grinzing mientras abría uno de los cajones de la mesa. Entonces sacó una pistola y le apuntó al pecho. Molke le miró atónito. Abrió la boca dispuesto a hablar pero fue incapaz de articular palabra-. Quiero que me escuches con mucha atención, Molke. Lo que voy a decirte y lo que respondas significará la diferencia entre la vida y la muerte.
Molke no reaccionó. Parecía alelado; su mirada pasaba de la pistola al rostro del político.
-Te has quedado de piedra. Te confesaré una cosa aunque sospecho que ya lo has adivinado. Yo formo parte de ese grupo de gente que te espanta. Yo y muchísimos más.
-¿Porqué?
-¿Por qué? Te lo diré. Porque por primera vez en muchos años este país tiene la oportunidad de volver a ser fuerte de verdad. De reinstaurar las viejas virtudes de las que nos sentíamos orgullosos. De dejar de disculparnos por nuestro pasado. De limpiar nuestro país de toda la escoria que nuestros políticos han dejado entrar con la excusa de la inmigración. De reavivar el orgullo de ser alemán. Deseo formar parte del cambio que se va a producir. Es un futuro lleno de oportunidades para alguien como yo. Supongo que estarás de acuerdo conmigo. ¿No?
-Eres un loco, Grinzing.Te pudrirás en la cárcel durante el resto de tu vida cuando esto se acabe. No puede triunfar.
-Te equivocas, sí que puede. Está demasiado bien planeado. Es imposible que falle.
-Dollman y el Gabinete no se quedarán con los brazos cruzados mientras tú y tus amigos arrastráis el país a la catástrofe.
-Dollman no vivirá para oponerse a nosotros. En cuanto al Gabinete... -Grinzing hizo una pausa y sonrió-. Creo que ya he hablado demasiado. No podrán hacer nada para impedir nuestros planes.
-Has perdido el juicio, Grinzing. Es una locura. El pueblo alemán no tolerará el asesinato del canciller. Nunca. Será firmar vuestras propias sentencias de muerte.

-Lo aceptarán, Molke. Está todo pensado. Nuestra estrategia nos asegurará el apoyo popular. En cuanto vean que somos capaces de restituir al país su grandeza anterior, de construir una nación nueva, más rica y poderosa que destacará en el mundo, nos los agradecerán. Está en nuestras manos hacerlo y lo haremos. ¿No te emocionas ni siquiera un poco?
-Suena a discurso barato -comentó Molke, sin hacer caso de la pregunta-. ¿Te costó mucho aprendértelo?
-Si pretendes que me enfade -dijo Grinzing, con una sonrisa ufana-, para intentar huir, olvídalo. Te pegaré un tiro antes de que des el primer paso. Créeme, soy un tirador de primera. Pero si quieres intentarlo, adelante. Será mi palabra contra la de un muerto. Alguien que esperaba inquieto delante de mi casa. Un tanto sospechoso, ¿verdad? Antes, uno de los guardias me preguntó si deseaba que se quedara durante nuestra entrevista. Me comentó que parecías preocupado. Y los hombres preocupados son capaces de comportamientos imprevisibles. Como intentar asesinar a un líder político. Estoy seguro de que puedo encontrar una buena razón para justificar tu muerte.
-Quiero que me las expliques.
-Acabo de decírtelas.
-¿Qué hay del material nuclear? Quiero saberlo.
-Pensaba que era obvio. Tenemos una cabeza nuclear. Es la única manera de conseguir los misiles nucleares de la OTAN en suelo alemán y de defendernos de cualquier intromisión por parte de las demás potencias. Cualquiera que intente oponerse a nosotros se enfrentará a la posibilidad de un holocausto. Además, Alemania cuenta con el mayor ejército de Europa occidental, no lo olvides. -Grinzing hizo una pausa-. No hay nada más que decir, excepto que después del golpe, que ya está en marcha, habrá una selección. Los que están con nosotros y los opositores. Te aseguro que los que estén en contra recibirán su merecido.
-No lo dudo, Grinzing. Supongo que los campos de concentración estarán a la orden del día.
-Así será, si toda esa ralea de mestizos se niegan a abandonar el país. Un mal necesario para librarnos de esa chusma. Eres una persona inteligente, Molke, siempre te he tenido por alguien sensato. Ahora tienes una opción. Hay una puerta a mi derecha. Por ahí se llega al garaje. Puedo llamar al guardia y decirle que nos vamos. Si vienes conmigo sin montar escándalo, te prometo que para mañana al mediodía le haré saber a los que tienen el poder que no te opusiste a nosotros. Serás un hombre libre.
-Ahora ya soy un hombre libre -replicó Molke.
-Desde luego. Excepto por el pequeño detalle de que te estoy apuntando con una pistola y que la usaré si intentas llamar a los guardias o escapar.
Molke permaneció en silencio durante un buen rato, con la mirada ausente. Después volvió a mirar a Grinzing.
-Quiero decirte una cosa, Grinzing. Y también pedirte un consejo. Pero primero, ¿me das un cigarrillo?
Grinzing vaciló un instante. Luego cogió un cigarrillo del paquete que estaba sobre la mesa, lo encendió y se lo alcanzó con mucho cuidado, sin dejar de apuntarle al pecho.
-¿Qué quieres?
-Se refiere a mi padre. -Molke vio que Grinzing fruncía el entrecejo-. Estoy seguro que comprendes lo que es una relación entre padre e hijo. El retrato que hay en el vestíbulo. ¿Es tu padre?
-Sí.
-Ya me parecía a mí. Así que estabais unidos. Influyó en ti.
-Venga, Molke. Mi paciencia tiene un límite.
-Si me dijeras que era un nazi, te aseguro que no me sorprendería.
-Era un nazi y oficial de la Leibstandarte SS -contestó Grinzing, orgulloso-. ¿Sabes algo de aquella división? -Sí, que eran unos asesinos.
-Te equivocas. Eran los mejores y más leales soldados que tuvo Alemania en toda su historia. Los escogidos. Sus oficiales eran la élite de la SS. Los más fanáticos y capacitados del Reich. Te diré una cosa, Molke. Mi padre y muchos otros como él hicieron un juramento a Hitler y al Reich. Perpetuar los ideales por los que lucharon y se sacrificaron. Juraron servir a la madre patria hasta el fin. Y las únicas personas con derecho propio a restituir la grandeza a esta nación son sus hijos y sus nietos. Yo soy uno de ellos. Hemos esperado mucho tiempo a que llegara nuestra hora y éste es el momento. Mira lo que

ocurre por todo el país. No sólo en las calles. Ya no hay alemán que se atreva a negar que el Reich tuvo sus cosas buenas. Y ¿a qué se debe? A que saben que ha llegado la hora de limpiar este país. La hora de despertar y volver a ser alemanes. Ha llegado el momento de librarnos del manto de piadoso remordimiento por el pasado. Tenías razón en una cosa, hay personas, muchas en cargos importantes, personas como yo, hombres y mujeres, que esperaban con ansias este momento. Han prometido cumplir el juramento de sus padres, y créeme, Molke, cumplirán con su deber.
-Lo que no puedo creer es que pienses que todos los alemanes opinan como tú. Si es así estás para que te encierren. Tampoco creo que todos los hijos e hijas de los que fueron oficiales de la SS apoyen esta locura.
-Nos ocuparemos de los que nos nieguen su apoyo. Ya lo hemos lecho con unos cuantos. Mancharon la honra de sus padres cuando 10 quisieron unirse a nosotros. Pero los que comparten nuestro ideario ayudarán a construir el futuro, a crear una Alemania todavía más poderosa. Me refiero a una fuerza formidable, Molke, no a un puñado e anarquistas trastocados. ¿Entiendes lo que te digo?
Molke tardó en responder. Observó la expresión de loco de Grining.
-Entonces escucha lo que voy a decirte porque te interesará. Te aseguro que afectará al resultado de esta situación. -¿En qué?
-En 1935 -dijo Molke con una voz calma, casi inexpresiva-, mi padre era un joven de veinte años con mujer y un hijo. Era socialista y vivía en Berlín. Cuando los nazis llegaron al poder comenzaron una purga de socialistas y comunistas, supongo que lo sabes.
-Esta conversación me aburre, Molke. Acaba de una vez.
-Ten paciencia. Porque después necesitaré tu consejo. Una noche, mi padre recibió la visita de la Gestapo. Se lo llevaron a Spandau y le dieron tal paliza que casi lo matan. ¿Por qué? Porque era socialista. Porque había osado afiliarse a otro partido que no era el nazi. Porque, como decía la propaganda nazi, era "un elemento antisocial" . Por ese privilegio se pasó doce años en campos de concentración. En Flossenberg le trataron peor que a un animal. Le azotaron hasta dejarle casi baldado, sólo porque perdió un botón del uniforme. Todas esas cosas, las palizas, las humillaciones, el desprecio de su condición humana, le afectaron mucho. Vio cómo los guardias mataban a los prisioneros por puro capricho. Asesinaban a los hombres sólo por satisfacer el placer sádico de un comandante. Vio colgar a niños en ganchos porque los guardias de la SS se aburrían; apostaban por cuál se sacudiría más antes de morir.
-Me agotas la paciencia, Molke...
-Ya acabo. Mi padre sobrevivió a los campos. Pero nunca más volvió a ser mi padre Estaba muerto. -Molke apoyó un dedo en la cabeza-. Muerto de aquí. Un fantasma que caminaba por la casa. Un padre con el que no podíamos comunicarnos porque estaba encerrado por un muro de dolor. Ya no quedan judíos en Alemania, Grinzing. Pero hay turcos, serbios, polacos y otros que sin duda tus camaradas neo nazis considerarán razas inferiores. Basura que se debe eliminar. ¿Serán los nuevos judíos? ¿También acabarán en los hornos?
Molke se inclinó lentamente hacia Grinzing con lágrimas en los ojos. El político se apartó un poco y levantó la pistola.
-Así que quiero preguntarte una cosa -continuó Molke-. ¿Qué harías tú en mi lugar, si a tu padre lo hubiesen encerrado en Flossenberg? ¿Mantendrías la boca cerrada y creerías en alguien como tú, o como en ese tipo Schmeltz? El hombre que aceptas como hijo de Hitler. ¿Lo harías, Grinzing? ¿Te arriesgarías?
Grinzing, que hasta ese momento había escuchado a Molke con una expresión risueña, abrió la boca alarmado cuando captó el significado de las palabras del visitante.
Molke metió la mano en el bolsillo derecho y se movió hacia la derecha en el momento que Grinzing apretó el gatillo. El primer proyectil le destrozó el hombro derecho y le arrojó hacia atrás. El segundo le rozó la aorta. Pero el tercer disparo lo hizo la Browning de Molke. Un solo disparo antes de que el arma se encasquillara.
La bala alcanzó a Johann Grinzing en el rostro, le abrió un agujero entre los ojos y salió por el cuero cabelludo. Un chorro de sangre salpicó el rostro de Molke que se desplomó de la silla poco a poco.

Oyó los gritos en el exterior. Después abrieron la puerta, alguien le sacudió mientras otro le sacaba la mano del bolsillo. Con la cabeza apoyada en el suelo, casi inconsciente, vio que se ocupaban de Grinzing tendido contra la pared detrás del escritorio; tenía la cabeza destrozada.
Lo último que vio Molke antes de cerrar los ojos para siempre fue la expresión de sorpresa de Grinzing.

55

Volkmann recobró el conocimiento cuando el coche frenó bruscamente. Vio la casa aislada al final del camino particular. Había un garaje a la izquierda y la puerta de la casa estaba abierta. Entre la hilera de pinos al borde del camino empinado divisó las luces de la ciudad, y supuso que se encontraba en algún lugar de las montañas cercanas a Munich. Cuando se volvió vio aparecer a Wolfgang Lubsch. Llevaba una parka y en sus gafas se reflejaba la luz de la galería. Un terrorista le indicó a Volkmann que saliera del coche y le acompañó hasta el interior de la casa. Lubsch le esperaba sentado en el salón. Sobre la mesa había un botella de aguardiente y unos cuantos vasos.
-Siéntese, Volkmann. -Lubsch le acercó una silla de un puntapié. El agente no le hizo caso-. En otras circunstancias, le pegaría un tiro en la cabeza -añadió-. Usted no es periodista, ¿no es así?
Volkmann le devolvió la mirada. El aire helado del exterior le había despertado en el acto, pero todavía estaba un poco atontado.
-No fue difícil descubrir quién es -comentó Lubsch mientras encendía un cigarrillo-. Las personas como nosotros nos olemos como el perro al gato. Me preocupó la charla que tuvimos junto al lago. ¿Quién era usted? ¿A qué venía tanto interés por la muerte de Winter? ¿Por qué se arriesgaba a seguirme a pesar de mi advertencia?
-Los tipos en el aeropuerto de Zúrich, ¿eran de los suyos? -preguntó el agente.
-Hemos seguido todos sus movimientos y los de Érica desde aquel día en el lago. No sabe lo cerca que estuvo de palmarla en el monasterio -dijo Lubsch.
-¿Cómo lo hicieron?
-¿Que cómo les seguimos? La muchacha fue fácil, pero a usted... -El terrorista metió la mano en el bolsillo y sacó un receptor de radio minúsculo-. Colocamos un transmisor en su coche. De esta manera no podíamos perderlo. Lo mismo hicimos con Molke y sus hombres. ¿Sabe?, nos tenía confundidos. Este asunto era un embrollo. Hasta hoy.
-¿No está con Kesser y los suyos?
-Un poco de respeto, Volkmann. Aceptamos su ayuda, pero sólo fue por necesidad.
-¿Dónde estamos?
-En un lugar tranquilo donde no nos molestarán.
Volkmann echó una ojeada a la habitación. Dos terroristas hacían guardia junto a la puerta. Uno de ellos empuñaba una pistola. Los reconoció en el acto. Eran Hartig, al que había visto a través de la ventanilla del coche, y, el otro, el tipo con la cicatriz en la cara, al que él había golpeado con la porra. Ambos le miraron inexpresivos. Volkmann se volvió hacia Lubsch.
-¿Por qué me ha traído hasta aquí? ¿Para que sus amigos me ajusten las cuentas?
-Se equivoca. Tenemos que discutir un asunto.
-¿Qué tenemos que discutir?
-Algo muy importante para todos. -Lubsch hizo una pausa-. Le pido disculpas por el comportamiento de mis hombres. Verá. Creíamos que la gente de Kesser iría a buscar a su amigo desaparecido. Pero entonces se presentó usted allí. Fue toda una sorpresa.
-¿Dónde está Kesser? ¿Lo tiene usted?
Lubsch no hizo caso de la pregunta y se levantó de la silla. Se acercó a la ventana y se volvió para mirar a Volkmann.
-Los alemanes tenemos una cierta propensión al melodrama. Podemos ser gritones, agresivos, insensibles. Pero no todos somos unas bestias. Incluso aquellos, que como a nosotros, llaman terroristas. No todos queremos otro Reich.
-¿Sabe lo que pretende la gente de Kesser?

-Sí, lo sé.
-¿Se lo dijo Kesser?
-No pudo. Está muerto. -Volkmann quiso decir algo, pero Lubsch no le dio tiempo-. Dos de mis hombres le esperaban delante de su casa. Mis órdenes eran que le cogieran vivo. Contábamos con que nos dijera lo que queríamos saber. Kesser salió de su apartamento y se dirigió a la montaña. Mis hombres le interceptaron a medio camino. Cuando Kesser se dio cuenta de lo que pasaba sacó un arma y disparó contra uno de los míos. Ellos respondieron al ataque y Kesser recibió un balazo en la cabeza.Todavía respiraba cuando le llevaron a uno de nuestros pisos francos. Pero cuando llegué allí, estaba muerto.
-¿Sabe lo que ha hecho, Lubsch? -preguntó Volkmann, furioso.
-No se lamente por la muerte de esa sabandija.
-¿También mató a Winter?
-Le mató la gente de Kesser.
-¿Porqué?
-Ya se lo dije en el lago. Winter era un bocazas. Sobre todo cuando se emborrachaba. Le gustaba hablar del nuevo orden que él y sus amigos iban a imponer en el país. La nueva Alemania. Cuando más se aproximaba el momento, más hablaba Winter. Así que Kesser lo dejó de lado, pero todo y así Winter bebía cada día más y no mantenía la boca cerrada ni a la de tres. Hasta que Kesser recibió una llamada desde Berlín. Le avisaron que Winter estaba borracho en un bar, y hablando hasta por los codos de cosas que no debía. Por eso Kesser le mandó matar. Lo cazaron cerca de la salida del metro delante del zoológico, una zona donde abundan los traficantes de drogas, y para que la policía pudiera pensar que se trataba de un ajuste de cuentas.
-¿Por qué quiso secuestrar a Kesser?
-Por la misma razón que usted. Quería descubrir las intenciones de su gente. Los hombres que vigilaban su apartamento en Estrasburgo vieron cómo dos tipos se llevaban a Érica en un Mercedes. Oyeron una explosión y decidieron seguirles. No los perdieron de vista hasta Augsburg, por culpa del mal tiempo. Pensamos que la gente de Kesser estaba detrás del asunto así que decidimos ir a visitarlo.
-¿Sabe dónde está Érica? -preguntó Volkmann, con el rostro bañado en sudor.
-En Kaalberg.
-¿Está viva?
-No tengo ni idea.
-¿Cómo sabe que está en la montaña?
-Lo averigüé de la misma manera que averigüé lo de Winter. Después de la muerte de Kesser, fuimos a buscar a su chica. En cuanto le mostramos el cadáver de Kesser, el resto fue fácil. Está involucrada, sólo que su lealtad no llega al extremo de ofrendar su vida. El secuestro de Érica era parte del plan. Querían descubrir hasta qué punto ella y ustedes estaban enterados de sus propósitos.
-¿Qué más le dijo?
-Los nombres de los que están detrás. Lo que pretenden. Todo lo que sabía.
-Dígamelo.
Lubsch vaciló. Cogió la botella de aguardiente y un vaso. Lo llenó hasta el borde y se lo dio a Volkmann; éste lo rechazó.
-No quiero una copa. Lo que quiero es saber qué le dijo la chica.
-Bébasela, Volkmann. Lo va a necesitar cuando se lo diga. Y después, amigo mío, le diré lo que vamos a hacer.

Los copos de nieve se aplastaban contra las ventanas. Volkmann se bebió el aguardiente y dejó el vaso sobre la mesa. Lubsch se sirvió otra copa y se acercó a la chimenea.
-Tienen un misil instalado en Kaalberg -dijo el terrorista-. Un misil con cabeza nuclear. Les apoyan cuerpos neo nazis del Ejército, la policía, y algunos políticos. En cuanto al hombre que mencionó en el lago, el tal Schmeltz, también está en la montaña. Es el que mueve los hilos. Pretenden dar un golpe de Estado, como lo hicieron los nazis en el veintitrés. Sólo que esta vez cuentan con el respaldo de un misil. Si alguna potencia extranjera intenta cruzar las fronteras alemanas e intervenir, se arriesgará a una catástrofe atómica. -Lubsch se bebió la copa de un trago-. La muchacha no tenía toda la información,

pero sí la suficiente. Para empezar planean asesinar a Dollman y a todos los miembros del Gabinete. -Lubsch vio la expresión de incredulidad en su rostro.
-¿Cómo?
-Dollman tiene una amante en una casa de Wannsee en Berlín. Se llama Lisl Henning y pertenece al grupo de Kesser. El canciller irá allí hacia la medianoche. Un turco, Kefir Ozalid, espera en el interior para pegarle un tiro en la cabeza.
-¿Y el Gabinete?
-La chica no lo sabía. Sólo nos dijo que los matarían después de asesinar a Dollman. A todos.
Volkmann vaciló. De pronto interpretó con toda claridad las palabras grabadas en la cinta.
-¿ Por qué Ozalid ? ¿ Por qué no uno de los suyos ?
-Porque son muy astutos, Volkmann. En cuanto Ozalid apriete el gatillo y se carguen al Gabinete, las calles estarán abarrotadas de alemanes dispuestos a cazar a los inmigrantes. Los amigos de Kesser lo han montado muy bien. Responsabilizarán de los asesinatos de Dollman y sus ministros a los inmigrantes extremistas. Enfrentarán a los alemanes contra toda la comunidad de inmigrantes, y aprovecharán el caos para dar el golpe. Lo tienen todo planeado hasta el último detalle. El monasterio que vio. ¿Sabe para qué servirá? Un centro de detención para indeseables. Inmigrantes y opositores. Otro Dachau. Y no será el único. Kesser tenía toda una lista de lugares que servirán para lo mismo en cuanto se hagan con el poder.
Volkmann permaneció en silencio durante un buen rato. Contemplaba las luces distantes que se veían a través de los ventanales.
-Dígame, ¿qué pretende hacer?
-Pues lo único que se puede hacer en este momento -contestó Lubsch-. No hay posibilidades de llegar a Berlín, pero el Kaalberg stá a media hora de camino. Mis hombres y yo intentaremos asaltar el lugar y hacernos con el misil. Lo desmontaremos.
-Comete un error, Lubsch. No tendrá ni la más mínima posibilidad si actúa solo. Permítame llamar a Berlín. Enviarán a su gente...
-¿Cuánto tiempo tardará en convencerles, Volkmann? Para cuando lo consiga ya será demasiado tarde.
-¿Qué le hace pensar que ustedes podrán conseguirlo?
-Volkmann, con el tiempo que hace, tendremos suerte si conseguimos llegar a la montaña. Pero si lo hacemos, tendremos una posibilidad. En cambio, si sólo llamamos a Berlín no tendremos nada. La chica no sabía cómo piensan matarlos, pero allí hay gente que sí lo sabe. Si sólo consiguen asesinar a Dollman, el país todavía podrá rehacerse y evitar males mayores. Pero si matan a todos los miembros del Gabinete se habrá acabado y los amigos de Kesser se saldrán con la suya. La muchacha dijo que no hay más de una media docena de hombres en la casa. Nosotros somos cuatro y con usted cinco, así que estamos casi igualados.
-Necesitará armas.
-Las tenemos. Metralletas, granadas. -Lubsch sonrió-. La mayoría suministradas por la gente de Kesser. Qué ironía, verdad. ¿Qué me dice, Volkmann? ¿Viene con nosotros?
-¿Por qué lo hace, Lubsch? ¿Por qué quiere ayudarme?
-Ya le dije el motivo. No quiero otro Reich ni nada que se le parezca. Para usted sólo soy un terrorista. Pero deseo un futuro mejor para mi país, un futuro que quizá no le agrade, y que puede ser utópico, pero estoy seguro de una cosa: Los tipos como Kesser no pertenecen a él. No quiero ver repetidos los errores del pasado, porque de ser así, jamás habrá otra Alemania. Nunca. -Lubsch sonrió-. Parece absurdo que usted y yo tengamos que pelear juntos, pero es lo que tenemos. ¿Viene con nosotros o no?
-Hay dos cosas que quiero dejar claras.
-¿Cuáles?
-Primero. Quiero llamar a Berlín.
-¿Y la segunda?
-El hombre... Schmeltz.
-¿Qué pasa con él?
-Si vamos a subir a la montaña, es mío.
-No es sólo por Érica, ¿verdad, Volkmann?

-Hay algo que la chica no le contó de Schmeltz.
-Sí que lo hizo -afirmó Lubsch con la voz forzada-. No lo mencioné porque pensé que me tomaría por un lunático. En parte quiero creer que es verdad, y en parte pienso que es una locura. Ahora sé que ella no mentía. Dicen que la historia se repite. Sólo que en este caso, ¿quién lo creería? ¿Qué es lo que pretende, Volkmann? ¿La ocasión de hablar en nombre de los muertos?

56

Berlín-Sábado, 24 de diciembre, 00.16 horas

El Mercedes entró en el camino privado y se detuvo delante de la casa. Dollman se apeó del coche seguido por Ritter, y ambos caminaron a paso rápido hasta la casa. La muchacha les esperaba en el vestíbulo. En cuanto el guardaespaldas desapareció en el estudio, Lisl llevó a su amante al comedor. La mesa estaba servida. Había una botella de Dom Perignon en un cubo de hielo junto a una variedad de platos fríos. Flores y dos candelabros con las velas encendidas. Dollman se dejó caer en un sillón delante de la chimenea y la joven se colocó detrás de él con una sonrisa.

Le hizo un masaje en los hombros y él gimió de placer. Al cabo de un momento, el hombre la cogió del brazo para ponerla frente a él. Ella vio la sonrisa de lujuria que se dibujaba en su rostro, mientras se recreaba en los pechos turgentes que se adivinaban debajo de su blusa ajustada.

-Vamos a comer -dijo Lisl. Cuando Dollman intentó acariciarle el muslo, le sujetó la mano y lo llevó a la mesa.

El canciller devoró la comida y bebió tres copas de champán. Ella se levantó para servirle el postre: crema de chocolate. Una vez más, Dollman la observó con deleite. Deslizó la mano por la cadera y notó el bulto del liguero.

-¿Te apetece el postre? -preguntó Lisl.

-Prefiero comerte a ti -respondió Dollman con una sonrisa.

La joven le devolvió la sonrisa. Dollman se levantó, la tomó de la mano y juntos subieron las escaleras hasta el dormitorio.

El canciller se desvistió mientras Lisl ponía un disco de Wagner en el estéreo. Entonces también se desnudó ella, sin prisas, y se acostó sobre las sábanas rosas junto a su amante. Durante unos momentos, Dollman contempló aquel cuerpo perfecto; después la abrazó, incapaz de resistir ni un instante más el deseo de poseerla. Tardó menos de cinco minutos en eyacular. La besó en el hombro, pero cuando intentó masturbarla, ella le apartó con suavidad.

-Duerme, cariño -susurró Lisl-. Estás cansado.

Dollman murmuró alguna cosa y le volvió la espalda. La muchacha esperó unos minutos antes de abandonar la cama. Se acercó a la ventana, apartó unos centímetros la cortina y espió el exterior. Vio los tres coches aparcados: uno en la calle y los otros dos en el camino particular. Sin embargo, los escoltas estaban en su lugar. Y Ritter se encontraba en el estudio, como siempre.

Escuchó los ronquidos de Dollman, que se sacudía debajo de las mantas, y consultó su reloj antes de acercarse al equipo de alta fidelidad. Bajó el volumen casi del todo, esperó a que la aguja del segundero registrara el paso de un minuto, y después volvió a subir el volumen. Se puso el camisón de seda y se sentó frente al tocador. Sintió un nudo en el estómago y palpitaciones. Encendió un cigarrillo. Cuando miró otra vez el reloj, vio que le temblaban las manos.

La una y diez. Dentro de diez minutos habría acabado todo.

En el sótano, Ozalid se puso tenso al oír que disminuía el volumen de la música. Encendió la linterna y miró el reloj. Después de transcurrido un minuto, volvió a escuchar la música.

Después de oír el ruido de los motores, cuando llegaron los coches, y los pasos de la pareja al subir las escaleras, no había escuchado íada más hasta ahora. Era la una y diez. Apagó la linterna y se levantó. Votó un espasmo de miedo en los intestinos. La media hora de inmovilidad le había entumecido los músculos. Dejó la pistola en el suelo y ealizó unos cuantos ejercicios para calentarse. Se sentó una vez más n el baúl y recogió el arma.

Esperaría cinco minutos más. Después entraría en acción.

0.46 horas
Christian Bauer era el director de la Landesamt de Berlín. Un hombre alto y delgado, de unos cincuenta y tantos años de edad, con el pelo canoso y un rostro bien parecido. Se había puesto una bata sobre el ama de algodón arrugado, pero incluso así ofrecía el aspecto elegante de un diplomático. Preparó café, aunque Werner Bargel ni siquiera lo probó. Bauer sonrió como disculpándose por los sonoros ronquidos de su esposa que dormía en la planta de arriba, pero Bargel no se dio por aludido. Bauer vio la expresión tensa en el rostro desencajado de su ayudante. Le había llamado hacía tan sólo cinco minutos para avisarle de su visita para tratar un asunto muy urgente.
-Dime, Werner, ¿a qué vienen todas estas prisas? -le preguntó con voz pausada, como si recibir una visita urgente en mitad de la noche fuese lo más normal del mundo.
-Justo antes de llamarle a usted recibí dos llamadas telefónicas, señor. Las dos desde Munich. La primera fue de un hombre llamado Volkmann. Está con la DSE, pero antes había trabajado aquí con el SIS británico.
-Continúa.
-Volkmann dijo que un turco llamado Kefir Ozalid intentará asesinar al canciller Dollman. -Bargel hizo una pausa al ver la expresión de alarma en el rostro de su jefe-. Añadió que también intentarán matar a todo el Gabinete.
-¿Cuándo? -preguntó Bauer, atónito.
-Esta noche. Ahora. No sabe cómo piensan matar al Gabinete, sólo que lo harán después de asesinar a Dollman. -Bargel tragó saliva-. Todos los ministros, señor, están en Berlín para asistir a la reunión de seguridad convocada por Weber en el Reichstag mañana por la mañana.
Bauer dejó la taza y enarcó las cejas. Estaba pálido como un muerto. Bargel consultó su reloj como si quisiera remarcar la urgencia del asunto.
-Antes de venir pedí a seguridad que pasaran el nombre de Ozalid por el ordenador. También intentamos dar con el canciller.
Bauer se tomó su tiempo. No era un hombre que se dejara arrastrar por los acontecimientos. Observó con atención el rostro del director asistente
-¿Qué dijo el ordenador?
-Hay un tal Kefir Ozalid que figura como de riesgo de seguridad dos. Emigró a Alemania desde Turquía cuando era adolescente. Tiene veintisiete años de edad.
-Bien, tenemos un expediente, pero ¿cuál es el motivo? -Bauer se levantó, inquieto-. ¿Por qué querría asesinar a Dollman?
-Hace dos años, Ozalid pasó tres meses en la cárcel por agresión a un funcionario del Interior en Bonn. La sentencia hubiese sido mayor de no ser porque el tribunal tuvo en cuenta las circunstancias atenuantes.
-¿Qué circunstancias?
-Según el expediente, él y su esposa fueron víctimas de los disturbios provocados por un grupo de extrema derecha en Essen. Ozalid sufrió quemaduras de segundo grado cuando los matones incendiaron un albergue de inmigrantes donde la pareja había ido de visita. Pero la esposa murió a causa de las heridas. Además, ella estaba embarazada. Nunca capturaron a los agresores. -Bargel hizo una pausa-. Por aquel entonces, Dollman era ministro del Interior, y responsable de la seguridad federal. Al parecer, Ozalid le escribió varias veces exigiéndole responsabilidades por no haber capturado y llevado a juicio a los matones. Le acusó de ser el responsable directo. El funcionario que fue agredido en Bonn era uno de los colaboradores del actual canciller.
-¡Oh, Dios mío...! -exclamó Bauer-. ¿En el ordenador figura alguna cosa sobre el paradero de Ozalid?
-Dejó Alemania hace cosa de un año. El último domicilio corresponde a Estocolmo. Pero puede haber regresado con un pasaporte falso.
-¿Confía en ese tal Volkmann? -preguntó Bauer.
-Sí.
-¿Podemos hablar con él en Munich?
-No -contestó Bargel. Sacudió la cabeza, la frente perlada de sudor-. Llamó a mi casa, me pasó la información, insistió en que era un asunto de vida o muerte y colgó. -Bargel vaciló un instante antes de

añadir-: Pero hay algo más, señor, relacionado con la información que me dio. Es algo realmente preocupante.
-¿Qué?
-Según Volkmann, las amenazas contra Dollman y el Gabinete sólo son una parte del plan. Al parecer, habrá un intento de golpe de estado.
-¿Por parte de quién? -exclamó Bauer, atónito.
Bargel se lo dijo y Bauer soltó un juramento. El director asistente le informó de la existencia del misil y de su emplazamiento. Por un momento pensó que Bauer se iba a desmoronar.
-¿Dónde está Dollman ahora? -preguntó el director de la Lan-desamt.
-Con su amiga.
-¿ Con cuál de ellas ?
-Seguridad piensa que es la rubia. Lisl Henning. Pero no están seguros. Me llamarán. Volkmann dijo que ella también se halla involucrada en todo el asunto.
-¿ La llamó por su nombre?
-Sí, señor. Ordené a seguridad que llamara a Ritter, el guardaespaldas personal de Dollman, para advertirle. Sin embargo, debido a la complejidad de la situación y cuestiones de protocolo, necesito su confirmación para las demás órdenes que he dado.
-¿Qué órdenes?
-Avisé al oficial de servicio que llamara a una lista de jefes militares y personal de seguridad. Vendrán inmediatamente. Un equipo de veinte hombres va de camino a la casa de Henning en Wannsee. Me tomé la libertad de dar esta orden en cuanto hablé con Volkmann. -Bargel consultó el reloj-. Están a punto de llegar. Otro equipo se prepara en Munich para ir al Kaalberg. Podemos coordinar las operaciones desde aquí. -Bargel miró a su jefe-. ¿Da usted su confirmación, señor?
-¿Qué hay del Gabinete?
-Ya están avisadas todas las escoltas. -Bargel miró a Bauer. Su rostro empapado de sudor reflejaba la tensión del momento.
-De acuerdo -asintió Bauer-. Actuaremos con lo que hay. Confirme las órdenes.
-¿Qué hacemos con el ministro del Interior, señor? Hay que informarle.
La jerarquía era muy estricta en la seguridad federal y Bauer no podía saltársela. El ministro del Interior y vicecanciller, Weber, era el jefe máximo.
-Yo me encargaré de hablar con él. Pero, por amor de Dios, llame a Ritter.
En aquel momento sonó el teléfono portátil de Bargel. Atendió la llamada; después tapó el auricular con una mano y miró a Bauer.
-Dollman está en la casa de Wannsee -dijo. Volvió a escuchar a su interlocutor, antes de ordenar-: ¡Insistan! ¡Insistan!
-¿Qué ocurre? -preguntó Bauer.
-Es Ritter, señor, el guardaespaldas de Dollman, no atiende al teléfono.
Karl Schmeltz salió al balcón azotado por el viento y la nieve, y se abrochó el cuello del Loden. Miró hacia la oscuridad. "Fantasmas -pensó-. Fantasmas por todas partes." Había estado aquí antes, en estas montañas. Conocía el Fóbn, era parte de sus recuerdos. Lo tenía metido en los huesos. Por primera vez tuvo la sensación de que este lugar era su casa. El lugar al que pertenecía. Aquí estaba su destino. Lo había recordado muchas veces con melancolía. Un sentimiento que siempre había reprimido pero que ahora podía disfrutar. Los copos de nieve le rozaron el rostro. El frío era terrible pero vigorizante. Inspiró con fuerza, sintió el aire helado en los pulmones. Durante su juventud le habían traído aquí en dos ocasiones. Recordó los nombres: Bormann, Mengele, Eichmann. Los viajes secretos, los pisos francos, las reuniones. "Sí, éste es el niño. Algún día, quizá no viviréis para verlo, pero... cuando llegue el momento propicio, cuando se presente la oportunidad..."
Los saludos prusianos, los apretones de manos, los juramentos de fidelidad. Rostros viejos y jóvenes, rostros que mantenían la antorcha encendida. ¿Quién hubiera pensado que pasaría tanto tiempo? Respiró hondo. Faltaba tan poco...
Oyó un ruido y se volvió. Vio a Meyer que salía al balcón, escuchó los pasos en la nieve. Schmeltz le miró expectante.

-La muchacha está aquí -dijo Meyer. Schmeltz asintió. Los dos hombres volvieron al salón.
Ozalid encendió la linterna. La una y catorce. Sólo habían pasado cuatro minutos. Cuatro minutos en los que había escuchado los latidos de su corazón, todos los sonidos en el interior de la casa, todos los movimientos en el jardín oscuro al otro lado de la ventana, por donde los guardias pasaban a intervalos regulares.
Apagó la linterna. Inspiró con fuerza. Le consumía la impaciencia. Quería acabar con todo esto de una vez. Pensó en Layla. Recordó su hermoso rostro moreno, su sonrisa y lo que aquellos hombres le habían hecho. Ahora que faltaba tan poco se le iba la cabeza.
"Hazlo. No hay tiempo para pensar. No tienes más que hacerlo." Prestó atención a los ruidos en el jardín. El silencio era total. Encendió la linterna y caminó indeciso hasta la escalera. Realizó varias inspiraciones profundas para recuperar la calma. Cuando le desaparecieron los temblores de las piernas, subió los escalones muy despacio. Llegó al rellano, apagó la linterna, quitó el seguro de la pistola y sujetó el picaporte. Abrió la puerta unos centímetros. Había una lámpara de mesa encendida en el vestíbulo. La puerta del estudio donde descansaba el guardaespaldas estaba cerrada y no se filtraba luz por debajo. Entró en el vestíbulo.
El rellano de la planta de arriba estaba a oscuras. Escuchó la música que provenía del dormitorio. Se acercó a las escaleras, con todos os sentidos alertas. Ahora no sentía miedo, sólo una sensación como i el cuerpo no le pesara; saber que por fin había llegado el momento le elajaba.
Subió las escaleras poco a poco. Cuando llegó al rellano, hizo un lto para descansar. La música sonaba más fuerte. La puerta del dormi-Drio estaba entreabierta y un rayo de luz trazaba una raya en el suelo el pasillo. Ozalid inspiró con fuerza, levantó la Beretta y avanzó.
En el estudio, a oscuras, Ritter oyó entre sueños el timbre del teléfono móvil; se despertó sobresaltado. Había aprovechado para descansar un rato después del ajetreo de todo el día, pero se había quedado dormido mientras escuchaba los acordes sedantes de la música de Wagner. Buscó el teléfono y atendió la llamada.
-Ritter.
-Ritter, soy Werner Bargel. ¿Dónde cono se había metido? ¿Está con el canciller?
El guardaespaldas buscó a tientas el interruptor de la lámpara de mesa y la encendió.
-¿Por qué? ¿Qué pasa? -replicó.
-No hay tiempo para explicaciones. Escúcheme, Ritter. Están a punto de atentar contra el canciller. No se aparte de él. ¿Me escucha? No se aparte de él. ¡No le pierda de vista! Un equipo de apoyo va para allí. Llegará en cuestión de minutos. ¡Por lo que más quiera, no se aparte de Dollman!
Ritter soltó el teléfono y se levantó de un salto. Cogió el radiotransmisor y habló deprisa, sin esperar a la respuesta de los hombres en los coches.
-¡Atención unidades! ¡Alerta roja! Repito, ¡Alerta roja! ¡Atención unidades! -gritó Ritter-. ¡Cubran todas las entradas y salidas!
Ritter empuñó su pistola y salió del estudio a la carrera. Miró a izquierda y derecha. Oyó la música en el dormitorio, el ruido de las puertas de los coches al acercarse y las voces de los hombres de la escolta en el jardín.
Se dirigía hacia las escaleras cuando vio que la puerta del sótano estaba abierta. El instinto le advirtió del peligro. Vaciló, sólo durante una fracción de segundo. Si antes había estado cerrada, y ahora estaba abierta, entonces es que alguien...
Dio media vuelta y subió los escalones de tres en tres.
Ozalid entró en el dormitorio. El canciller dormía, tapado con una sábana rosa; delante del tocador estaba sentada una joven muy hermosa. La muchacha le observó asustada, pero no dijo una sola palabra. La escena resultaba un tanto irreal, la música de ópera le daba un aire de melodrama y Ozalid vaciló mientras la miraba.
La reconoció por las fotos que le habían mostrado. Se miraron a los ojos por un instante. Ella parecía impresionada por el arma. Después miró nerviosa a su amante dormido como si quisiera señalar a la víctima.
El turco observó el cuerpo de Dollman tapado en parte por la sábana, los hombros blancos, la espalda. El vello canoso del pecho y la barriga se movían al unísono con la respiración. Se sintió dominado por el

odio. Cuando se acercó a la cama y le apuntó con el arma oyó que alguien subía las escaleras a la carrera. Después sonaron más ruidos provenientes de la planta baja, portazos, voces.
Cuando se abrió la puerta del dormitorio, Ozalid se volvió en el acto. Al ver al guardaespaldas, comprendió sin asustarse que se enfrentaba a la muerte. Pero antes debía acabar su misión.
Ritter vio cómo el turco le apuntaba con la pistola. En su expresión se reflejó con toda claridad su asombro y el reconocimiento de la desventaja. Se lanzó hacia la derecha. Ozalid hizo dos disparos; una de las balas le alcanzó en el hombro izquierdo. El guardaespaldas soltó un alarido cuando la bala le destrozó el hueso. Ozalid se olvidó de él y volvió su atención a su objetivo.
Apuntó a Dollman que en aquel momento se incorporaba con una expresión de sorpresa en el rostro. Disparó dos veces antes de que el canciller abriera la boca.
Vio aparecer una mancha roja en la mejilla izquierda de Dollman, justo debajo del ojo, cuando la primera bala le dio en la cara; después le vio caer de espaldas sobre la cama cuando el segundo disparo le atravesó el pecho. En el momento en que iba a disparar por tercera vez vio por el rabillo del ojo que el guardaespaldas le apuntaba con su pistola. Antes de que pudiera volverse, escuchó el estampido y sintió el plomo ardiente que le entraba por el costado derecho. Después se sacudió como un pelele mientras Ritter vaciaba el cargador de su arma.
Ozalid comenzó a caer con la mirada puesta en la mujer que gritaba a todo pulmón. Le alcanzó otra bala y la sacudida le hizo apretar si gatillo. El proyectil destrozó la garganta de Lisl, que se desplomó sobre el tocador con una expresión de horror en el rostro.
El último disparo empujó a Ozalid hacia la cama. El asesino cayó iobre el cadáver de Dollman. Ya no escuchó nada más y apenas si notó as manos que le apartaron del cuerpo del canciller. Su último pensamiento fue para Layla.
Cuarenta segundos más tarde, exactamente a la una y dieciséis, Konrad Weber atendió la llamada desde su suite del hotel Kempinski, en la Kurfunstendamm. Le habían avisado desde la Landesamt que recibiría una llamada urgente. Weber escuchó asombrado la información de Bauer sobre el atentado contra Dollman en Wannsee y los detalles referentes a un presunto golpe de estado. La conversación duró seis minutos.
Weber, un hombre pragmático y equilibrado, que sabía mantener la calma en situaciones de emergencia, tenía muy claro cuáles eran sus obligaciones y deberes como vicecanciller. Según la Constitución, tras la muerte o incapacidad del canciller por razones de salud, el vicecanciller asumía el cargo de jefe de Gobierno hasta la elección del nuevo canciller. Weber le comunicó a Bauer que adoptaría todas las medidas necesarias para mantener la seguridad y el orden en el país. Asumiría inmediatamente el cargo de canciller y convocaría al Gabinete a una reunión de emergencia.
La amenaza contra la vida de los ministros era real y Weber estuvo de acuerdo con Bauer en que se debían reforzar las medidas de seguridad. Los oficiales de los cuerpos especiales, ya se habían puesto en contacto con los ministros y se habían instalado guardias en el Reichstag ante la posibilidad de un asalto al edificio durante la reunión del Gabinete.
Weber decretaría el estado de excepción. El Ejército y la policía serían puestos en situación de alerta máxima y se cerrarían todas las fronteras. El canciller interino le pidió a Bauer que confirmara la ubicación del emplazamiento del misil, pero que evitara cualquier enfrentamiento armado hasta después de que él discutiera el tema con el Gabinete y adoptaran las medidas pertinentes. Weber insistió en este punto y respondió a las protestas de Bauer afirmando que no iba a correr el riesgo de una catástrofe nuclear en el país hasta no tener todos los detalles respecto al golpe de estado y los nombres de los conspiradores.
Weber añadió que las próximas horas serían las más importantes y que Bauer sólo debía responder ante él y nadie más, sin tener en cuenta el rango o la autoridad. El, como canciller, asumiría el mando de las fuerzas armadas y cuerpos de seguridad, y todas las operaciones militares se canalizarían a través de él. Cuando colgó el teléfono, estaba bañado en sudor y casi no podía controlar el temblor de las manos.
Era consciente de la tremenda responsabilidad que recaía sobre sus hombros. Miró el maletín marrón que estaba sobre la cama, convencido de que tenía todo lo que necesitaba para la reunión del Gabinete en el Reichstag; sabía que lo haría por el bien del pueblo alemán. Ahora, el futuro de Alemania dependía casi exclusivamente de él.

Hizo una pausa para secarse el sudor de la frente con el dorso de la mano; después llamó a su guardaespaldas y al chófer, que dormían en la habitación de al lado.

57

El conductor aparcó el coche entre los árboles, junto al camino. Cerró el contacto y apagó las luces; los cinco hombres se apearon. Sin perder ni un segundo, abrieron el maletero y repartieron las armas.

Uno de los terroristas le entregó a Volkmann un Kalashnikov. El agente cogió el arma, comprobó el cargador y le puso el seguro. En el bolsillo llevaba la Beretta que le había devuelto Lubsch.

Miró hacia la cumbre de la montaña. El tiempo era cada vez peor. Nevaba con fuerza y el viento creaba una cortina blanca que reducía la visibilidad a unos diez metros.

El coche, cargado hasta los topes, había subido el camino con muchas dificultades y el último trecho lo habían recorrido casi a paso de tortuga para que el ruido del motor no llamara la atención de los centinelas. Ahora se encontraban a unos cincuenta metros del camino particular que llevaba al Kaalberg.

Volkmann no conseguía apartar de su pensamiento el riesgo que corría Érica en manos de sus captores. Hizo un esfuerzo para concentrarse en la subida. Los copos de nieve, empujados por el viento, le azotaban la cara.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra buscó a Lubsch. Le vio conversar con Hartig, que asentía a lo que le decía su jefe. Lubsch le dio una palmada en el hombro y Hartig se marchó en medio de un remolino de nieve con el fusil de asalto dispuesto a modo de bandolera. Entonces se le acercó.

-Nosotros dos iremos por el bosque -dijo-. En cuanto nos acerquemos a la casa utilizaré esto. -Le mostró un radiotransmisor Cel-. Mis hombres dispararán contra los tipos de allí arriba. Si no pueden matarles, al menos intentarán que no se muevan de sus posiciones. Hartig se encargará de buscar las cajas de luz y de teléfonos, y cortará los cables. Los amigos de Kesser se quedarán aislados. Así no podrán pedir ayuda al exterior. Si necesitamos usar el teléfono, Hartig hará un empalme. En el peor de los casos, podemos utilizar la cabina que hay a un kilómetro de aquí, en la carretera principal.

-¿Para qué cortar el tendido eléctrico? Seguro que tienen un generador de emergencia.

-Desde luego. Pero Hartig es el experto y dice que hay que cortarlo. El generador sólo alimentará las bombillas y poca cosa más. El circuito de emergencia no podrá soportar la sobrecarga de los motores. De esta manera queda eliminado el problema del misil. -Lubsch sonrió-. Por ahora no nos anticipemos a los acontecimientos. -El terrorista hizo una pausa. Inspiró con fuerza y soltó el aire poco a poco-. Tenemos a nuestro favor el factor sorpresa, y sólo espero que esos cabrones de la barrera no oigan a mis hombres. -Lubsch miró hacia los árboles más allá de la cortina de nieve-. No perdamos más tiempo, Volkmann. Adelante y con mucho cuidado. No vayamos a tropezar con algún cable de alarma.

El Reichstag parecía un hormiguero, estaba iluminado como un árbol de Navidad. Werner Bargel no había visto tanta actividad desde la caída del Muro, cuando miles de personas se lanzaron sobre el edificio desde la puerta de Brandeburgo, que estaba unos doscientos metros más allá. Aquella sí que había sido una noche histórica. También lo sería ésta.

Bargel se paseó inquieto por delante de las puertas de doble cristal de la entrada sur que daba a la Scheidemannstrasse. Todavía estaba :onmocionado por el asesinato de Dollman.

El enorme edificio de granito había sido testigo de numerosos lechos históricos. El incendio de la cancillería. La toma de Berlín jor los rusos. La construcción y la caída del Muro. Ahora, una vez nás, le tocaba ser testimonio mudo de otro episodio de la historia íacional.

Al director asistente le pareció que la mitad de los policías de Ber-ín se habían concentrado en torno al Reichstag. Había por lo menos esenta Volkswagen verdes y blancos, el mismo número de furgonetas Mercedes cargadas con policías antidisturbios, totalmente equipados; gentes con perros, cascos blancos, escudos de plástico y pistolas lan-agases. Bargel contó cuatro helicópteros que iluminaban la zona con us reflectores.

Algunos policías formaban corros para discutir la situación, mientras otros ocupaban posiciones en el pequeño parque vecino al edificio. El ruido de las voces en los equipos de radio era continuo. Por todas partes se veía una actividad frenética. Parecía que iba a estallar la Tercera Guerra Mundial.

A Bargel le dolía la cabeza y le temblaban las piernas. Por si fuera poco la amenaza del misil, también debían ocuparse de un posible atentado contra el Gabinete. Miró la hora. Las dos y diez.

Tres ministros habían llegado al edificio sin problemas. Con gestos de preocupación habían subido las escaleras custodiados por una doble hilera de policías de asalto. Estaban destrozados por el asesinato de Dollman, y la amenaza de muerte que se cernía sobre ellos no ayudaba a tranquilizarlos. Streicher tenía un aspecto cadavérico, y Eckart caminaba como si alguien le estuviera apuntando con una pistola por la espalda.

Bargel miró a la multitud de policías de uniforme y de paisano.Todos llevaban unos discos amarillos en las solapas; era el distintivo de los cuerpos especiales de seguridad. Pero el disco en sí no cambiaba las cosas. Cualquiera en la calle podía estar esperando el momento oportuno, incluido alguien vestido de uniforme. Bargel observó algunos de los rostros. Quizá más de uno. ¿En quién podía confiar?

No obstante, Bargel pensó que nadie en su sano juicio se atrevería a atacar al Gabinete en estos momentos. Sería un ataque suicida. Aquello era un embudo. No se permitía entrar o salir a nadie sin la autorización personal del jefe de policía de Berlín, exceptuando, claro está, los ministros, los agentes de seguridad del Reichstag, y a Bargel por orden de Bauer. El jefe de policía se hallaba en medio de la calle, con el aspecto de alguien que se desangraba poco a poco. Conversaba con un joven robusto de pelo oscuro, Axel Wiglinski, jefe de seguridad del Reichstag.

A pesar de las precauciones, nadie parecía estar seguro de nada. Los equipos de Wiglinski habían registrado el edificio tres veces con la ayuda de perros; todos los rincones, sin encontrar nada. Ni bombas ni explosivos.

Bargel ya había mantenido una conversación con el jefe de policía sobre el plan que se llevaría a cabo. Después de la llegada de los ministros, les acompañarían en el ascensor hasta el tercer piso del ala norte, donde se hallaba la sala denominada 4-Norte. Se tardaban dos minutos en hacer el recorrido.

Wiglinski y Bargel tenían la misión de acompañar a Weber y a la escolta de éste hasta dicha estancia. Bargel observó una vez más los rostros de los policías, al tiempo que pensaba en las palabras de Volkmann. Cualquiera podía ser un asesino a la espera de su oportunidad. Pero era demasiado arriesgado; de hecho, un ataque de esas características tendría muy pocas posibilidades de éxito.

"Sólo puede tratarse de una bomba", pensó Bargel. Pero habían registrado el edificio a fondo, incluida la sala 4-Norte y las taquillas de cada uno de los agentes. Nada. Limpio como una patena. Ni el más mínimo rastro de explosivos. Quizá se les había pasado algo por alto, pero de lo que no cabía la menor duda es que los equipos habían trabajado a conciencia. Si no se trataba de una bomba, entonces ¿cómo pensaban hacerlo?

De pronto se escuchó un coro de sirenas y a Bargel se le subió el corazón a la boca. Una caravana de Mercedes y motoristas de la policía giró por la Scheidemannstrasse. Los tres ministros se apearon y subieron las escaleras en fila india rodeados por sus correspondientes guardaespaldas.

Wiglinski les recibió en la puerta de entrada y, de inmediato, designó a los hombres que les acompañarían a cada uno de ellos hasta la sala 4-Norte, junto con un guardaespaldas. Más sirenas y luces azules. Otros cuatro ministros y, después, dos más. Por fin apareció el Mercedes de Konrad Weber.

Un grupo de la brigada antiterrorista corrió a rodear el coche como si desconfiaran de sus colegas de verde. Todo el mundo levantó la cabeza, para mirar al nuevo canciller. Bargel rogó para que el asesino no fuera nadie de la brigada antiterrorista. Weber se encaminó hacia las escaleras totalmente protegido por los agentes; instintivamente, Bargel se llevó la mano a la pistola como una medida de precaución aunque sabía que no podía pasar nada. Esperó junto a la puerta con la mirada puesta en el rostro de Weber; estaba pálido. Los dos guardaespaldas se mantenían pegados a él sin confiar en nadie, ni siquiera en el iefe de policía que les abría el paso.

En cuanto entró, Weber saludó a Bargel con una inclinación de cabeza. El director asistente le indicó el pasillo que llevaba al ascensor y i la sala 4-Norte. Suspiró con disimulo.

Con Weber en el interior del Reichstag se sentía más seguro. Vaciló un momento. ¿Cómo debía tratar a Weber? ¿Vicecanciller o canciller? Optó por lo seguro.

-Por aquí, señor.

Bargel abrió la marcha por el pasillo seguido por Weber, los guardaespaldas y Wiglinski.

Meyer salió de la casa y cruzó el camino nevado en dirección al edificio de cemento. Entró, encendió las luces, y se dirigió sin perder un instante hacia la consola y el teléfono. Consciente de su ansiedad,

levantó el auricular mientras miraba la grúa gris en el centro de la nieve. Necesitaba hablar con Brenner, el jefe de seguridad. Lo había intentado desde los teléfonos de la casa pero no había línea.
Veinte minutos antes, Brenner les había transmitido las noticias desde Berlín. Dollman no era el único muerto. La voz de Brenner tenía un tono histérico y Meyer empalideció a medida que se enteraba de los sucesos.
Grinzing estaba muerto. Kesser y su compañera habían desaparecido, y el apartamento estaba totalmente revuelto. Los hombres de Brenner seguían allí, buscaban alguna pista. Brenner prometió llamar al cabo de diez minutos, pero todavía no lo había hecho, y, además, en la casa no había línea.
Meyer soltó una maldición mientras probaba con el otro teléfono. Los demás le esperaban en la casa desde antes de que Kruger bajara hasta la barrera para averiguar si algo no iba bien. Apretó varias veces la horquilla: nada. Colgó de un golpe. En aquel momento le pareció oír un ruido; podían ser disparos. Se quedó inmóvil, como un animal al acecho; sudaba de pies a cabeza. Se repitieron los ruidos y el corazón le dio un vuelco. Esta vez no había duda. En alguna parte de la finca había comenzado un tiroteo. Corrió hacia la puerta de la nave.
Nevaba con fuerza cuando Volkmann y Lubsch abandonaron la protección de los árboles a la derecha del camino. Las luces de los focos iluminaban el terreno y el camino de acceso estaba cubierto de nieve. El lugar aparecía desierto, a excepción de dos Mercedes. Caminaron en silencio hacia el edificio de cemento y se ocultaron detrás de uno de los coches.
Volkmann miró hacia la casa. Las luces estaban encendidas pero la nevada le impedía ver nada a través de las ventanas. El agente se volvió para mirar a su compañero. Lubsch asintió, encendió el Cel y llamó a sus hombres.
-Hartig ha cortado las líneas telefónicas -dijo-. Esperemos que pueda encontrar los cables de la electricidad. ¿Está preparado?
Volkmann asintió. Lubsch transmitió una orden. En ese momento escucharon el ruido distante de los disparos aumentado por el eco. El agente avanzó hacia la casa con Lubsch pegado a los talones; de pronto oyeron que se abría una puerta a sus espaldas.
Al salir de la nave, Meyer casi se dio de bruces contra los dos hombres. Éstos se volvieron en el acto para mirarle sorprendidos al tiempo que le encañonaban con los fusiles de asalto. Meyer se quedó de una pieza. Uno de los intrusos, el de pelo oscuro, se llevó un dedo a los labios.
-Mantenga la boca cerrada y no separe las manos del cuerpo. -Dio un paso adelante-. ¿Dónde están Schmeltz y la chica? -Meyer vaciló un momento. El hombre le apuntó a la cabeza. Cuando el cañón del Kalashnikov le rozó la frente se puso a temblar.
-¡Conteste!
-En la casa.
-¿Cómo se llama?
-Meyer.
El desconocido miró hacia el interior de la nave iluminada.
-Entre.
Meyer no sabía qué hacer. Miró al segundo hombre. Llevaba gafas y la luz de los focos se reflejaba en los cristales. El ruido del tiroteo sonó más próximo y Meyer se preguntó por qué razón los que se hallaban en la casa no lo oían. Sintió la presión del acero contra la frente.
-Muévase o le vuelo la cabeza.
Meyer vio la furia en los ojos de aquel hombre, y supo al instante que apretaría el gatillo. Cuando se disponía a entrar se oyó un ruido y un segundo después apareció Kruger con la pistola en la mano. Sólo tardó una fracción de segundo en captar la situación. Antes de que Volkmann pudiera apuntarle, Kruger abrió fuego.
Meyer fue la primera víctima. Se desplomó mientras el segundo disparo atravesaba la mano de Volkmann. El fusil de asalto cayó al suelo. Kruger continuó disparando, esta vez contra Lubsch.
Volkmann se echó cuerpo a tierra y rodó sobre sí mismo. Una bala le alcanzó en el brazo. Vio que Kruger retrocedía hacia la casa sin dejar de disparar. El agente consiguió sujetar el Kalashnikov con la mano izquierda y apretó el gatillo en el momento que Kruger llegaba a la puerta. La ráfaga le alcanzó en el

lado izquierdo y le hizo girar violentamente. Volkmann volvió a disparar. Esta vez los proyectiles se le incrustaron en el cuello y casi le decapitaron.
Volkmann se incorporó para mirarse las heridas del brazo derecho: un proyectil le había atravesado la mano y el segundo, rozado el hueso justo debajo del codo. No le dolía; sólo notaba el brazo entumecido, el dolor vendría después.
Observó los cadáveres de Lubsch y Meyer tendidos en la nieve. El terrorista tenía una herida de bala en la frente. Escuchó la intensidad del tiroteo junto a la barrera; los hombres de Lubsch habían encontrado más resistencia de la prevista. Tuvo la impresión de que todo ocurría en otro tiempo y en otro lugar. Ahora sólo era consciente de los latidos de su corazón, del terrible dolor que se extendía por su brazo.
De pronto se encontró a oscuras en medio de la nieve. Al cabo de unos segundos se volvieron a encender los focos. Hartig había cortado el tendido eléctrico y el generador de emergencia se había puesto en marcha. Volkmann se volvió para mirar al interior de la nave. Todavía estaba a oscuras, pero si Hartig se había equivocado...
El tiroteo continuó un par de minutos más y después acabó con la misma brusquedad con que había comenzado. El silencio se volvió opresivo.
Volkmann miró hacia la casa. Alcanzó a ver el vestíbulo iluminado. Dejó caer al suelo el fusil de asalto, y sacó la pistola del bolsillo. Notó que se le iba la cabeza. Cerró los ojos un momento; después los volvió a abrir mientras respiraba con fuerza, en un intento desesperado por no desmayarse. Caminó hasta la galería, pasó por encima del cuerpo de Kruger y entró en la casa.

58

El hombre se encontraba junto a la chimenea donde ardía un buen fuego. Mostraba una expresión de sorpresa, pero no de miedo. Érica estaba a su lado.
Cuando Volkmann entró en la sala, la muchacha vio la Beretta y abrió la boca como si fuera a decir alguna cosa.
-Que nadie se mueva -ordenó el agente. Sin bajar la pistola, observó la escena. Érica y el hombre, juntos. Como si se conocieran. Érica le miró atónita y Volkmann percibió su confusión.
Volkmann se fijó en el hombre. Atlético. La piel bronceada, con algunas arrugas apenas visibles junto a los ojos. Pelo gris. Apuesto. No había ninguna duda. Era Schmeltz. Le vio mirar la pistola. Érica dio un paso, y el hombre no se lo impidió.
-Joe...
-Dije que no se moviera nadie -repitió Volkmann con voz ronca. Le apuntó con el arma-. Quédate donde estás. -La chica obedeció. El agente apuntó a la cabeza de Schmeltz-. Apártese de ella. Despacio. -Schmeltz vaciló, después se apartó poco a poco. Las luces parpadearon por una bajada de tensión-. Siéntese. En la mesa. Mantenga las manos a la vista.
-¿Quién es usted? -preguntó Schmeltz, con voz tranquila.
-Me llamo Volkmann.
Schmeltz le observó durante unos segundos. Después miró al suelo entre los pies del agente. Él hizo lo mismo. Vio las gotas de sangre sobre la alfombra. Se le escapaba la vida. Le ardía la cara y el sudor de la frente se le metía en los ojos.
-Joe, por favor, escúchame -dijo Érica.
A Volkmann le pareció que había un tono de preocupación en la voz de ella. ¿O se lo había imaginado? Notó que perdía el conocimiento. No veía bien. Todo le parecía irreal. Parpadeó en un intento por concentrarse. Érica intentó acercársele de nuevo, esta vez poco a poco. El agente volvió a apuntarle con la Beretta. La muchacha se detuvo con unq, expresión de incredulidad.
-No te muevas. No digas nada.
-Si ha venido aquí para detener los acontecimientos, no le servirá de nada -afirmó Schmeltz. Sacudió la cabeza mientras dirigía al agente una mirada resabiada-. De verdad, no puedo evitarlo.

-¿Por qué no?
-Las cosas ya han ido demasiado lejos. Ni siquiera mi muerte podría evitarlo. ¿Piensa matarme, Joseph?
Volkmann no le hizo caso. Sólo pretendía mantener enfocada la mirada, escapar del vacío que amenazaba engullirlo.
-Hay gente en Berlín enterada del plan. Sabrán cómo impedirlo.
Schmeltz miró hacia los ventanales. La nieve se acumulaba contra los cristales.
Cuando volvió a mirar a Volkmann, meneó la cabeza.
-No tiene importancia. Dollman está muerto. Créame, Joseph.
-Y los demás. ¿ Qué piensa hacer con ellos ?
Al escuchar estas palabras, en el rostro de Schmeltz apareció una expresión de sorpresa. Estaba pálido cuando miró primero a Érica y después a Volkmann.
-¿Cómo lo sabe? -susurró.
-Responda a la pregunta. ¿Qué le pasará al Gabinete?
-Eso ya no tiene ninguna importancia. Es demasiado tarde para hacer nada.
-Importa si lo que quiere es seguir vivo. -Volkmann movió el dedo del gatillo.
-No ha venido solo, ¿verdad? -Schmeltz miró el teléfono-. ¿Su gente cortó la línea? -Volkmann asintió sin fuerzas-. Eso fue una estupidez. Ahora no tiene manera de llamar a Berlín, aunque sea demasiado tarde. Mi vida tampoco tiene mucho valor, porque ya no se puede hacer nada para frenar los acontecimientos, Joseph.
Volkmann se acercó. Y apoyó el cañón de la pistola en la frente de íchmeltz. Éste intentó apartarse, dominado por el pánico, pero Volknann mantuvo la presión.
-Dígamelo ahora mismo o le juro que le vuelo la tapa de los sesos.
Konrad Weber miró los rostros de los presentes en la sala 4-Norte. las luces de neón les daba aspecto de cadáveres. El canciller estaba de pie. Durante dos minutos ininterrumpidos explicó la situación a los ministros. Ahora hizo una pausa para recuperar el aliento mientras éstos le miraban atónitos.
-Caballeros -dijo con voz firme, pero con el rostro bañado en sudor-, tengo varias propuestas para enfrentarnos a esta emergencia sin precedentes. Hay que adoptar medidas extremas. Espero contar con su aprobación. El presidente está informado de la situación. Los oficiales del Ejército y de la policía leales al Gobierno se hallan en sus puestos, listos para actuar. El asesinato del canciller Dollman y lo que puede estar a punto de ocurrir amenazan la existencia de la República. Debemos actuar con decisión y contundencia contra los responsables. No es necesario que les diga que nuestras vidas también están en peligro.
"En primer lugar -añadió Weber, después de aclararse la garganta-, declararé el estado de excepción. Segundo, dictaré un decreto para proteger al pueblo y al estado federal, que suspenderá todos los derechos constitucionales hasta que sean eliminados todos aquellos elementos antidemocráticos. Tercero, ordenaré el arresto y confinamiento de todos los extremistas conocidos de cualquier facción política. Esto se coordinará a través de los servicios de la Landesamt y el BfV.
"El problema del misil es otro asunto. -Weber sacó un pañuelo y se secó el sudor de la frente-. Actuaremos tan pronto como Bauer y el BfV tengan más información sobre los golpistas, y propongan las medidas adecuadas para neutralizar la amenaza. Actuar sin tener la información necesaria sería una locura. Caballeros, solicito su total cooperación para adoptar todas estas medidas.
Weber sintió cómo el sudor le corría por la espalda, vio aquellas caras asustadas y pálidas. Sabía que la de él no se diferenciaba mucho de la de los demás.
En el silencio, oyó un tictac muy débil. Miró al suelo, alarmado. El sonido se hizo más fuerte, entonces comprendió, de pronto, que el ruido provenía del reloj eléctrico colgado de la pared. Respiró aliviado, consciente de su paranoia.
-Caballeros -repitió-. Debo llamar al presidente antes de que éstas y todas las demás propuestas que estimemos necesarias entren en vigor. ¿Estamos todos de acuerdo?
Tal como establecía el protocolo le preguntó a cada uno de los ministros. Todos estuvieron de acuerdo.
Volkmann mantuvo la pistola contra la cabeza de Schmeltz. Una vez más notó una sensación de vértigo. La culata del arma estaba llena de sangre que caía en gruesas gotas sobre la alfombra. Las imágenes se

volvieron borrosas. Parpadeó varias veces e inspiró con fuerza, en un intento por despejarse. Escuchó la voz asustada de Érica que parecía llegar desde muy lejos.
-Joe..., déjame ayudarte.
Si permitía que se acercara, corría el riesgo de distraerse, le daría a Schmeltz una oportunidad. Se obligó a no hacerle caso. De pronto lesacudió un espasmo de dolor y se desplomó sobre la silla. Abrió los ojos y continuó apuntando a Schmeltz mientras Érica volvía a rogarle.
-Joe, por favor.
-Si te mueves otra vez, disparo -dijo Volkmann, sin mirarla.
-Se desangrará, Joseph -intervino Schmeltz, desde detrás de la mesa-. Escuche lo que le dice la chica.
-Usted dígame lo que va a pasar.
-Es un hombre notable, Joseph, ¿lo sabía?
-Dígamelo.
-Ha sido capaz de descubrir toda la trama. Me ha encontrado. Admiro su capacidad, su tesón, su coraje. -Schmeltz hizo una pausa-. Su apellido es alemán, pero no ha nacido aquí. Usted es británico. -Dígamelo, Schmeltz, o como diablos se llame. -Usted sabe quien soy, Joseph. De la misma manera que yo sé quien es usted. Como sé lo de su padre.
Volkmann miró furioso a Érica y la muchacha se disculpó en el icto.
-Joe, me obligó a contárselo todo.
Al agente le pareció ver una expresión de dolor en el rostro de Érica. "¿Verdadera o falsa?" Unos minutos antes había estado a punto de preguntarle qué les había dicho, saber la razón, pero ahora no tenía im-portancia, lo único importante era Schmeltz. La cara del hombre desaparecía por momentos reemplazada por una mancha difusa.
-Perdóneme, pero quiero explicarle una cosa. No se repetirán los errores del pasado. Lo que le pasó a su padre, no volverá a ocurrir nunca jamás, Joseph.
-No le creo, Schmeltz. Y usted tampoco. Quizá no le pase a los judíos, pero le ocurrirá a los demás. Se le acabó el tiempo. Basta de charla. -Dígame lo que pasará en Berlín o le mato ahora mismo.
Schmeltz dudó, miró el teléfono y se reclinó en la silla, con un aire confianza.
-No puede impedirlo. No tiene manera de llamar a Berlín o de comunicarse con el Gabinete.
-Hable, deprisa. -Volkmann comenzó a apretar el gatillo-. ¡Dígamelo!
-El grito del agente resonó en la sala.
Schmeltz le miró con los is desorbitados. Tragó saliva. -El Gabinete está reunido en el Reichstag -respondió con voz ahogada-. Weber es el canciller en funciones. Propondrá las medidas para reprimir el golpe. Pero se trata de una farsa.
-¿Porqué?
-En cuanto Weber acabe de hacer las propuestas se retirará de la sala, con cualquier pretexto, e irá a su despacho.
Schmeltz hizo una pausa. Volkmann le vigiló sin apartar el dedo del gatillo.
-Continúe.
-Weber dejará el maletín en la sala. Cuando llegue a su despacho hará estallar la bomba que hay en él. Los matará a todos. La estructura de la habitación impedirá que nadie salga con vida. Muertos los ministros, Weber asumirá todo el control.
Schmeltz guardó silencio.
Volkmann miró a la muchacha. Había una expresión de ruego en su rostro, las lágrimas asomaban en las comisuras de los ojos. Quería confiar en ella, quería que le ayudara a aliviar el dolor, pero la duda le impedía confiar en Érica.
Por un momento perdió el control de sus pensamientos. Notó que el sudor le corría por las sienes.
-¿Y dónde encaja usted en todo esto? -preguntó.
-La posición de Weber será sólo momentánea. -Schmeltz miró la pistola-. Pero mi papel no es importante. Ya no. Aunque me mate, Joseph, no cambiará nada. La semilla ya está sembrada. No habrá vuelta atrás después de la muerte del Gabinete. Sólo Weber es capaz de mantener Alemania unida; Weber y otros como él. Hombres y mujeres que cumplirán el juramento de sus padres. Y lo harán, Joseph, créame. Lo harán.

Había un tono excitado en la voz de Schmeltz. Volkmann se levantó.
-¿Ella está con ustedes?
-No -contestó Schmeltz con el esbozo de una sonrisa.
"¿Verdad o mentira?" Volkmann desvió la mirada hacia Érica, la vio como si tuviera un velo ante los ojos. Quería creer en ella. Pero nada estaba claro, ni siquiera las imágenes que tenía delante. Intentó concentrarse en el rostro de Schmeltz.
-No todos los alemanes apoyan a los nazis -afirmó.
-Serán muchos más de los que piensa. ¿Cree que hemos dejado que se nos pasara por alto algún detalle?
-¿Cómo lo conseguirán?
-Weber acusará de los asesinatos a los inmigrantes extremistas, como parte de un plan para desestabilizar la madre patria. Acto seguido, habrá un resurgimiento tal de fervor nacionalista como no se ha visto desde hace cincuenta años. Escúcheme, Joseph. Haga lo que le digo y no le pasará nada. Se podrá marchar. Le doy mi palabra. La frontera austríaca está...
-Levántese.
Schmeltz se levantó poco a poco, era más alto que Volkmann.
-¿Qué va a hacer?
-Usted hará lo que yo le diga. Saldremos de aquí con la chica y subiremos a uno de los coches. Si alguno de los suyos intenta detenernos, le vuelo la cabeza.
-Si lo que quiere es llamar por teléfono, pierde el tiempo. Mis hombres vendrán aquí porque no tienen ningún otro lugar adonde ir. No llegará muy lejos.
-Muévase.
-Volkmann hizo un gesto con la Beretta. Notó que le fallaban las piernas y se sujetó al respaldo de la silla.
-¡Por amor de Dios, Joe..., vas a morir desangrado! -exclamó Érica.
Volkmann miró a la muchacha. Esto le impidió ver hasta el último momento, cómo Schmeltz alargaba la mano y le arrebataba la pistola; entonces apretó el gatillo.
Sonó el disparo. Érica gritó. Volkmann sintió el roce de la bala contra el hueso, y tuvo la sensación de que algo le explotaba en el interior de la cabeza.
En un acto instintivo, sujetó con las dos manos el brazo de Schmeltz. Se aferró con todas sus fuerzas, sin preocuparse del dolor que le producían las heridas del brazo y la cabeza.
Schmeltz intentó zafarse, pero Volkmann tiró hacia abajo, oyó el ruido del hueso al quebrarse y el chillido de su rival que volvió a apretar el gatillo.
La bala alcanzó a Érica entre las costillas y Volkmann contempló horrorizado cómo se desplomaba contra la pared.
Mientras Schmeltz luchaba por apartarse, Volkmann le empujó con todas sus fuerzas. Los dos hombres cayeron contra el cristal de una de las ventanas que se hizo añicos. Rodaron por el balcón y en uno de los giros Schmeltz perdió la pistola. Volkmann chocó contra la pared del balcón y Schmeltz cayó sobre él, haciéndole exhalar el poco aire que le quedaba en los pulmones.
No obstante el tremendo frío que hacía le mantuvo consciente. Vio entre sombras, que Schmeltz se levantaba. Parpadeó un par de veces, y vislumbró que con el jadeo de un animal salvaje, se movía a cuatro patas entre la nieve y los cristales rotos. Buscaba algo con las manos.
Entonces Volkmann se obligó a sí mismo a levantarse y se lanzó sobre él por la espalda; notó cómo soltaba el aire de los pulmones con la fuerza de un fuelle. Sin perder un segundo, el agente movió las manos entre la nieve en busca de la pistola. En ese instante sintió cómo Schmeltz le rodeaba el cuello con un brazo y se dejó caer sobre su espalda. Perdió el aliento. Schmeltz cerró los brazos alrededor de su garganta y apretó con la intención de estrangularlo.
Volkmann luchó para llevar un poco de aire a sus pulmones. Por un momento se vio perdido.
Apeló a todas sus fuerzas, se retorció como una anguila, desesperado, y consiguió aflojar la llave mortal. Rodó sobre sí mismo y Schmeltz le soltó.
Entonces Volkmann vio una mancha negra sobre la nieve, a un metro de distancia. Era la pistola. Se arrastró sobre los vidrios rotos. Tocó la culata con la punta de los dedos de la mano izquierda. El metal

estaba tibio. Empuñó el arma y se volvió. Vio que Schmeltz se acercaba a gatas al balcón. Levantó el brazo y le apuntó a la nuca. Calculó la distancia: unos dos metros.
-No se mueva.
Schmeltz no le hizo caso. Se levantó haciendo un último esfuerzo. Respiraba con la boca abierta porque le sangraba la nariz. Miró a Volkmann con ojos desorbitados.
-No se mueva -repitió el agente, con una voz un poco más clara.
-Escúcheme, Joseph...
Volkmann se levantó con la mirada puesta en Schmeltz. Intentó controlar la náusea, olvidar el tremendo dolor en la sien donde le había rozado la bala. Notó el sudor helado que empapaba su cuerpo. Desvió la mirada sólo por un instante para mirar al interior de la sala. Vio a Érica inmóvil en el suelo, junto a la pared, y le dominó la cólera.
Entonces a lo lejos, en algún lugar entre los copos de nieve se oyó el ruido de los rotores de un helicóptero.
Volkmann miró hacia arriba. El aparato se acercaba cada vez más. Había más de uno.
"¿Los hombres de Bargel? ¿Los de Schmeltz?"
Volkmann le apuntó a la cabeza, y Schmeltz le miró desesperado. Una voz gritó en la mente de Volkmann: "Hazlo." El agente inspiró con fuerza; intentó controlar el impulso. "Espera a la justicia." "Yo soy la justicia."
Recordó las fotos de Dachau. La madre muerta abrazada al cadáver de su hija. El SS que las miraba con una sonrisa. El dolor de su padre. Entornó los párpados. "Hazlo."
-Joseph, escuche.
Era Schmeltz que se acercaba. Volkmann notó por enésima vez la sensación de vértigo. El rostro de su enemigo se convirtió en una mancha. El dolor le impedía respirar. Apretó las mandíbulas, luchó contra el dolor. Le sacudió un escalofrío. ¿Era el aviso de la muerte?
Respiró despacio. Soltó el aire poco a poco. Schmeltz avanzó otro paso.
-No se mueva.
Se detuvo.
Volkmann le apuntó entre los ojos. El estrépito de los helicópteros sonaba cada vez más cerca.
Schmeltz miró un segundo hacia arriba y después al agente.
Volkmann quería gritarle las palabras que, sin embargo, pronunció suavemente.
-Dicen que todo pecado tiene su propio ángel vengador, ¿cree que es verdad ?
Volkmann miró el rostro de Schmeltz. No esperó la respuesta. Apretó el gatillo.
Cuando volvió en sí estaba tendido en una camilla. Vio las luces rojas y azules reflejadas en la incesante nevada; oyó las sirenas y el ruido monótono de los rotores por encima de la casa, confundidos con la multitud de voces que gritaban entre los aullidos del viento.
Intentó levantar la cabeza para mirar a su alrededor. Vio unas siluetas, que parecían fantasmas, entrar y salir de la nieve con armas en las manos. Un hombre de facciones rudas apareció ante sus ojos. El desconocido le sonrió y le tocó el hombro como si quisiera darle ánimos. Volkmann abrió la boca para decirle lo de Weber, que debía llamar a Berlín, que se ocupara de la muchacha, pero fue incapaz de pronunciar palabra.
El hombre desvió la mirada hacia un interlocutor invisible. Sonó una ráfaga de ametralladora. El hombre dio una orden y desapareció de su vista. Volkmann cerró los ojos y se sintió flotar en el aire. Entonces le sacudió otro espasmo de dolor y perdió el conocimiento.
Weber tardó tres minutos en llegar a su despacho. Bargel, Wiglinski y dos guardaespaldas le acompañaron. Abrió la puerta, entró y cerró con llave, mientras sus escoltas se quedaban fuera para vigilar el pasillo.
Weber se acercó al escritorio. Cuando abrió uno de los cajones para sacar el diminuto transmisor de control remoto le temblaron las manos. Lo sujetó con la mano izquierda, inspiró con fuerza y levantó la mano derecha.
Bargel escuchó el zumbido del teléfono portátil y atendió la llamada.
-¿Dónde está, Bargel? -preguntó Bauer.
-En la puerta del despacho del vicecanciller.

-Por amor de Dios, Bargel, escúcheme.
Konrad Weber escuchó las voces frenéticas en el pasillo, vio cómo saltaba en pedazos la cerradura de la puerta y acto seguido cómo entraba Bargel con la pistola en la mano. Cuando Bargel le apuntó con el arma, él apretó el botón.
El ruido de la explosión resonó en el Reichstag como un trueno.

EPÍLOGO
Volkmann se despertó dos días más tarde, sobre las diez de la mañana, en una habitación privada del Hospital General de Munich. Oyó la música de una radio al otro lado de la puerta. Oh Tannenbaum. El villancico que siempre había hecho llorar a su padre; ahora él también sentía ganas de llorar porque estaba vivo. Vio los tubos y los cables que le salían de los brazos y del pecho conectados a una máquina. Los latidos de su corazón se reflejaban como destellos blancos en la pantalla verde de un monitor. Notó una opresión alrededor de la cabeza. Tocó el vendaje de algodón. Tenía otro en la mano derecha y el codo escayolado.
Werner Bargel estaba sentado a los pies de la cama. De pronto apareció una enfermera y de inmediato reinó una actividad febril en la habitación. Oyó la voz de Bargel.
-¿Cómo te encuentras?
-Fatal -respondió Volkmann cuando consiguió despegar los labios.

Pasaron veinte minutos antes de que Bargel pudiera decir algo más. Antes tuvo que esperar a que los médicos acabaran de reconocer al paciente, y que una enfermera le hiciera beber unos cuantos sorbos de agua, le suministrara un par de píldoras y le lavara la cara con un algodón húmedo. Volkmann vio que Bargel hablaba con los médicos pero no pudo oír la conversación; entonces volvieron a dejarlos solos. Bargel acercó una silla a la cama y se sentó.
-Los médicos aseguran que la recuperación será rápida. Pero has estado a punto de palmarla. -Volkmann intentó levantar la cabeza, pero sintió un dolor agudo en la sien derecha-. Tranquilo, Joe. Te han dado un calmante. No tardará en hacer efecto. La cuestión es que has tenido mucha suerte, ya que además de la sangre que perdiste por las heridas del brazo y de la mano, la bala que te rozó el cráneo, te produjo una conmoción cerebral. Los dioses te deben de apreciar mucho. Un par de milímetros más y ahora estarías tocando el arpa. Será mejor que descanses. No tienes nada mejor que hacer.
-Érica... -susurró Volkmann.
-Está en la habitación justo debajo de ésta. No te preocupes, Joe, la herida no era grave.
Volkmann vio que Bargel sonreía. Movió la cabeza para ver el resto de la habitación. Todo estaba borroso.
-Érica pensó que te habías vuelto loco cuando te enfrentaste a ella y a Schmeltz -añadió Bargel-. Dime una cosa. Cuando entraste en aquella habitación, ¿pensabas que ella estaba implicada?
-No sabía qué pensar.
-Habías perdido mucha sangre. Me sorprende que pudieras mantenerte de pie. Érica también había pasado lo suyo. Le habían inyectado escopalomina a manta para hacerla hablar. -Bargel sacudió la cabeza con energía-. Pero ella nunca perteneció al grupo.
-¿Te ha dicho quién era Schmeltz?
-Nos ha dicho todo lo que, sabe. Y el resto lo hemos averiguado nosotros.
-¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?
-Dos días.
-Cuéntame qué ha pasado.
Bargel tardó diez minutos en explicárselo. Dollman y los miembros del Gabinete estaban muertos, excepto Weber, que ahora se encontraba preso en la cárcel de Moabit. El presidente había asumido el cargo de canciller, y se había formado un Gobierno interino. Habían encontrado una lista con los nombres de los conspiradores en la caja fuerte de Grinzing. Los habían detenido y llevado a Moabit. Todos los extremistas neo nazis conocidos y sus partidarios estaban entre rejas. Uno de los hombres de Lubsch había muerto en el asalto y los demás habían escapado antes de que llegaran los helicópteros. Cuando Bargel mencionó la muerte de Molke, vio la expresión de pesar de Volkmann.
-Ivan era un buen hombre, Joe. Y un buen alemán. También es encomiable lo que hicieron Lubsch y sus hombres. Me hace sentir optimista con respecto al futuro de este país. -Bargel hizo una pausa-. Cuando la chica me habló de Schmeltz, no me lo podía creer. Parecía una locura. Pensé que deliraba de tanta droga.
-¿ Y por qué la creíste ?
-Uno de los tipos en la lista de Grinzing, confesó. Un oficial llamado Braun. Todas tus deducciones, todo lo que nos dijo la chica, es cierto. Geli Raubal tuvo un hijo. Los Schmeltz se lo llevaron a Suramérica en 1931 y vivió con ellos hasta que Die Spinne se hizo cargo del muchacho.
-¿Qué han hecho con el cuerpo?
-Está enterrado en algún lugar secreto.
-¿Dónde?
-Ni siquiera yo lo sé, Joe. -Bargel sacudió la cabeza-. El Ejército ocupa las calles para restaurar el orden. La mayoría de la gente no sabe qué demonios ha pasado. Se ha decretado la censura de prensa hasta nueva orden. El país ha estado a punto de retroceder cincuenta años. Las medidas adoptadas son extremas, pero queremos estar seguros de que nunca más se volverá a repetir una cosa así.
-Hay algo que no acabo de entender. El padre de Érica era un Leibstandarte SS. ¿Por qué no se pusieron en contacto con ella como hicieron con todos los demás?
-Figuraba en la lista. Pero era una lista muy larga y Érica sólo aparecía como una de tantos. Por lo que sabemos, Winter fue el responsable de hablar con ella poco antes de que lo asesinaran. Al parecer, no la

consideró prioritaria. Quizá creyó que no era muy importante. O como se conocían de Heidelberg pensó que no le ayudaría. Además, Winter ya estaba desilusionado mucho antes de que los suyos ordenaran asesinarlo. Sin duda sabía que matarían a Érica si se negaba a cooperar. -Bargel se encogió de hombros-. La cuestión es que probablemente Winter le salvó la vida. -Bargel advirtió la fatiga en el rostro de Volkmann y se levantó-. Volveremos a hablar en otra ocasión, Joe. Ahora descansa. Te estoy muy agradecido. El país está en deuda contigo. Quiero que lo sepas. -Bargel se acercó a la puerta y antes de abrirla se volvió con una sonrisa-. Le diré a Érica que estás despierto. Se muere de ganas de hablar contigo.

Cuando cogieron el taxi en Heathrow nevaba, pero al llegar a la calle de casas victorianas delante del parque ya había parado. Todo estaba desierto y cubierto de nieve. Víspera de Año Nuevo.

El vuelo procedente de Francfort se retrasó y Volkmann aprovechó para llamar a su madre y anunciarle su visita. Cuando le mencionó que iría con una acompañante, notó el entusiasmo en su voz, el mismo entusiasmo que había mostrado cuando de pequeño iban a la playa en Cornwall y sonreía con aquel encanto que enamoró a su padre. Una mujer fuerte y feliz que había luchado y vencido a las tinieblas.

Eran las cuatro de la tarde cuando se apearon del taxi. Las puertas del parque estaban abiertas. Aquí y allá se veían huellas de pisadas infantiles. Las ramas cargadas de nieve parecían fantasmas en la penumbra del atardecer. Volkmann acompañó a Érica hasta uno de los bancos, dejó las maletas en el suelo, apartó la nieve y se sentaron. Al otro lado de la extensión nevada y entre los árboles vio la casa, con las luces encendidas y la delgada columna de humo gris que salía de la chimenea. También había luces en las otras casas. Velas. Las bombillas multicolores de los árboles de Navidad. Ocho horas para el Año Nuevo. Escucharon el arrullo de una paloma por encima de sus cabezas. El batir de unas alas.

-¿Cuál es tu casa? -preguntó Érica-. Volkmann le señaló la casa de ladrillos rojos y la muchacha la observó durante un buen rato antes de añadir-: Va contigo.

-¿Qué quieres decir?

-Es como tú. Sólida. Un poquitín anticuada. Pero se puede confiar en ella -contestó Érica con una sonrisa-. ¿Es aquí donde jugabas de pequeño?

-Sí.

-Sabes, te puedo imaginar jugando -dijo la muchacha con los ojos cerrados-. Por la foto que vi en tu piso.

-Dime qué te imaginas.

-Me imagino a un niño tranquilo y muy serio. Un solitario, pero con una gran curiosidad. Un niño que quiere mucho a sus padres.

-¿Eres capaz de ver todo eso?

-Es lo que me imagino. -Érica abrió los ojos y se apartó un mechón de pelo de la cara. Miró a Volkmann que contemplaba en silencio el paisaje nevado-. Este lugar es algo especial para ti, ¿no es así, Joe?

-Venía aquí con mi padre. -Volkmann sintió el toque de su mano; el calor de los dedos entrelazados con los suyos. Se preguntó cómo había sido capaz de dudar de ella.

-Ahora, los responsables de tu sufrimiento y del de todos los demás han recibido su castigo.

-¿De verdad lo crees así?

-Sí, porque tú evitaste que se volviera a repetir. Ahora ya puedes ;nterrar el dolor de tu padre.

Volkmann miró el rostro de Érica. Le cogió las manos y le besó los ledos. Después se levantó despacio y contempló el parque.

-Me gustaría creerlo. -Miró hacia la casa de su madre-. Ven. Vos espera. Quiero que la conozcas.

Érica se levantó. Volkmann cogió las maletas y caminaron juntos n dirección a la hilera de casas de ladrillo.

Desde la suite en el último piso del hotel Hilton en Madrid se podía disfrutar de una magnífica vista panorámica de las montañas. No había edificios por ese lado del hotel, y los dos hombres sentados junto a la ventana habían tomado todas las precauciones antes de su llegada.

El más joven de los dos, rondaba los treinta años de edad, era delgado y atlético. Había dejado sobre la mesa de centro su maletín y una pila de papeles. El otro tendría unos cincuenta y tantos años. Su rostro atezado mostraba la fatiga después de no haber dormido durante dos días. En el registro del hotel

figuraba como Federico Ramírez, pero había cambiado de pasaporte dos veces desde la salida de Asunción. Fue directamente al grano y no se molestó en ofrecer una copa al visitante.
-¿Tienes las últimas cifras de arrestos?
-Estimamos que ayer a la medianoche los detenidos sumaban veintitrés mil -contestó el joven, después de mirar sus notas. Ramírez no mostró ninguna reacción-. Pero las cifras todavía pueden aumentar. No sabemos cuánto. Además de los que aparecían en las listas, las autoridades sencillamente han optado por detener a cualquiera que tuviera antecedentes que los delataran como simpatizantes. Así que es probable que no presenten cargos y les dejen en libertad.
-Y ¿qué hay de las células? ¿En qué situación se hallan? -preguntó el hombre de pelo gris.
-En la región oriental se mantienen intactas. En todas las demás se han visto afectadas. Pero el daño no es grande. Hemos tenido suerte.
-¿Suerte? -exclamó el hombre mayor. Se levantó, furioso-. ¿Qué ha pasado, Raúl? ¿Qué es lo que ha salido mal? Hemos estado a un tris de conseguirlo. -El hombre juntó el índice y el anular.
-Usted recibió el informe preliminar de Asunción. Por el momento, no tenemos nada más. Habrá que esperar unos días para que podamos hacernos una idea más clara de la situación. De lo que no cabe la menor duda, es de que se puede achacar la mayor parte de la responsabilidad a esa pareja: Volkmann y Kranz. Sin embargo hay algo positivo en este fracaso. Algo que no incluí en el informe. Quería decírselo en persona.
-¿De qué se trata?
-Muchos de nuestros partidarios de base no creían que fuéramos capaces de intentarlo. Ahora han visto que se puede hacer, y están más decididos que nunca a seguir luchando. Esta vez no hemos tenido suerte, pero cuando lo volvamos a intentar estaremos mejor preparados. Habremos aprendido de nuestros errores. Sabemos que las democracias occidentales no pueden afrontar eternamente sus problemas: inmigración, paro, recesión. Se desmoronan. Sólo es una cuestión de tiempo.
-¿Cuál es la estimación?
-No puedo darle una respuesta definitiva. Todavía es muy pronto para saberlo. Pero mientras tanto debemos fortalecer nuestra posición.
-¿Puedo decirlo en Asunción?
-Desde luego. Usted sabe que tenemos los recursos. Es sólo cuestión de tiempo.
-¿Qué han hecho con el cadáver de Schmeltz? -preguntó Ramírez.
-Lo incineraron hace cinco días. Las cenizas están enterradas en un bosque cerca de la frontera polaca.
-¿Cuál fue la pista que les permitió a Volkmann y a Kranz descubrir el plan?
-La foto de Geli Raubal que encontraron en la casa del Chaco. Ésa fue la pista. Eso y la muerte del periodista. -El joven miró a su jefe-. ¿Quiere que nos ocupemos de ellos?
-Ahora no, Raúl -contestó el hombre, después de pensar un instante-. Pero le prometo que pagarán por lo que hicieron. -Miró el reloj-. ¿Regresa a Alemania esta tarde?
-No. Primero debo asistir a una reunión con nuestros amigos de París. El problema de la inmigración es acuciante. Quieren conocer nuestros informes de daños y discutir los planes de cooperación en el futuro. Lo mismo que nuestros contactos en Roma. Hass va de camino a Italia. ¿Y usted?
-Esta noche salgo para Londres. Después regreso a Asunción, vía Río.
-Ya tienen el informe preliminar, pero insista en que debemos seguir adelante con nuestros planes. Convénzalos de que vamos a por todas, señor.
-No se preocupe, Raúl, defenderé nuestra causa. Muchas gracias por venir.
El visitante guardó los papeles en el maletín, recogió el abrigo y se dirigió a la puerta acompañado por su jefe. Se estrecharon las manos y el joven espió el corredor antes de salir.
Estaba a punto de entrar en el ascensor cuando Ramírez lo llamó.
-Raúl...
-¿Sí?
-Casi me olvido. Feliz Año Nuevo.
-Lo mismo digo, señor.

FIN

NOTA FINAL

En el invierno de 1941, diez años después de que Geli Raubal fuera encontrada muerta en el apartamento de su tío en Munich, las autoridades nazis en Viena dieron una orden secreta para que se destruyera la tumba de la joven y todas las que la rodeaban en el cementerio central. No se dieron explicaciones y la orden se ejecutó.

Hasta el día de hoy, el sector veintitrés es una parcela cubierta de hierba en medio de una multitud de nichos y panteones. Nadie sabe con exactitud si los restos de Geli Raubal continúan enterrados allí. Se han formulado numerosas peticiones para exhumar el cadáver, pero las autoridades de la ciudad han denegado cualquier permiso por lo que el misterio sigue sin aclararse. En los meses y años que siguieron al "suicidio" de la joven, diversas personas afirmaron conocer la verdad de la historia, el "secreto" que motivó su asesinato. Todas tuvieron una muerte violenta, incluido el periodista Fritz Gerlich, mencionado en este libro. ¿Cuál era el "secreto"? Hay algunas pistas.

A fines de 1931, un mes después de la muerte de Geli Raubal, Erhard Johann Sebastian Schmeltz, un nazi convencido, amigo íntimo de Hitler, desapareció misteriosamente de su casa de Munich, junto con su hermana. Nunca más se les volvió a ver en Alemania.

Diecisiete años después, y dos desde el final de la guerra, un antiguo oficial de la Waffen SS, buscado por el servicio de inteligencia estadounidense por su participación en el robo y transporte a Suramérica de una parte del tesoro nazi, le escribió a un amigo en Munich desde su nueva casa en Asunción. En la carta mencionaba su sorpresa cuando se había cruzado con la hermana de un viejo amigo de antes de la guerra, en una región remota al norte de la capital paraguaya. El nombre del amigo era Erhard Schmeltz. El oficial también decía que la mujer iba acompañada por un muchacho pensativo y de pelo oscuro que tendría unos diecisiete años.

1 Las palabras escritas en castellano en el original aparecerán siempre en cursiva. (N. de la traductora)

2 López, Francisco Solano. Militar y político paraguayo nacido en Asunción en 1827. Hijo de Carlos A. López, a quien sucedió en la presidencia de la república en 1862. Su idea de hacer de Paraguay el centro de un imperio le llevó a la guerra de la Triple Alianza con Brasil. (N. de la T.)

3 ¡Alto!'.(N. de la T.) .

4 ¿Está ahí, Werner? (N . de la T.)

5 ¡Werner! ¡Rápido! (N. de la T.)

6 Artículos de piel Bruno & Karen Gries. (N. de la T.)